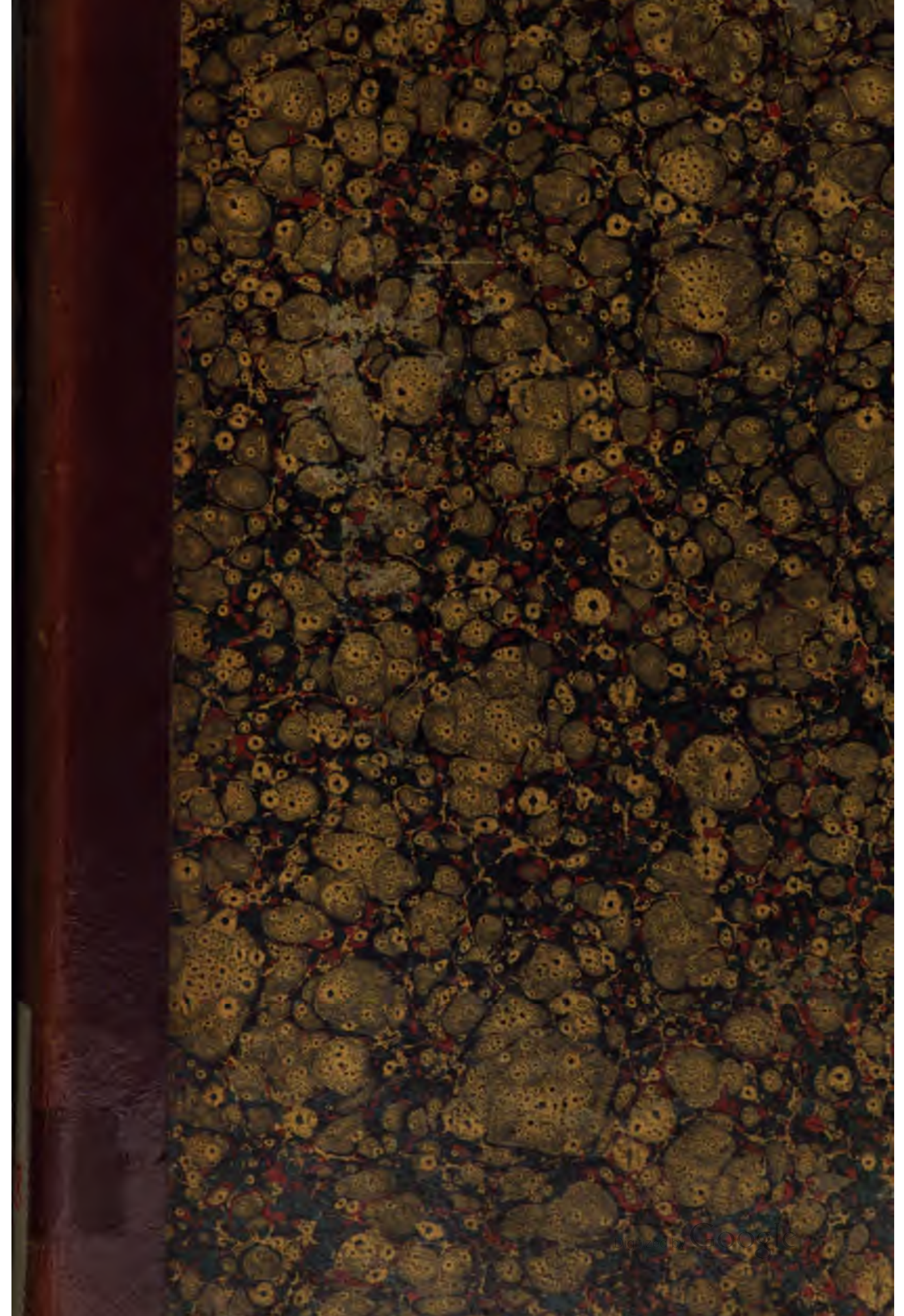
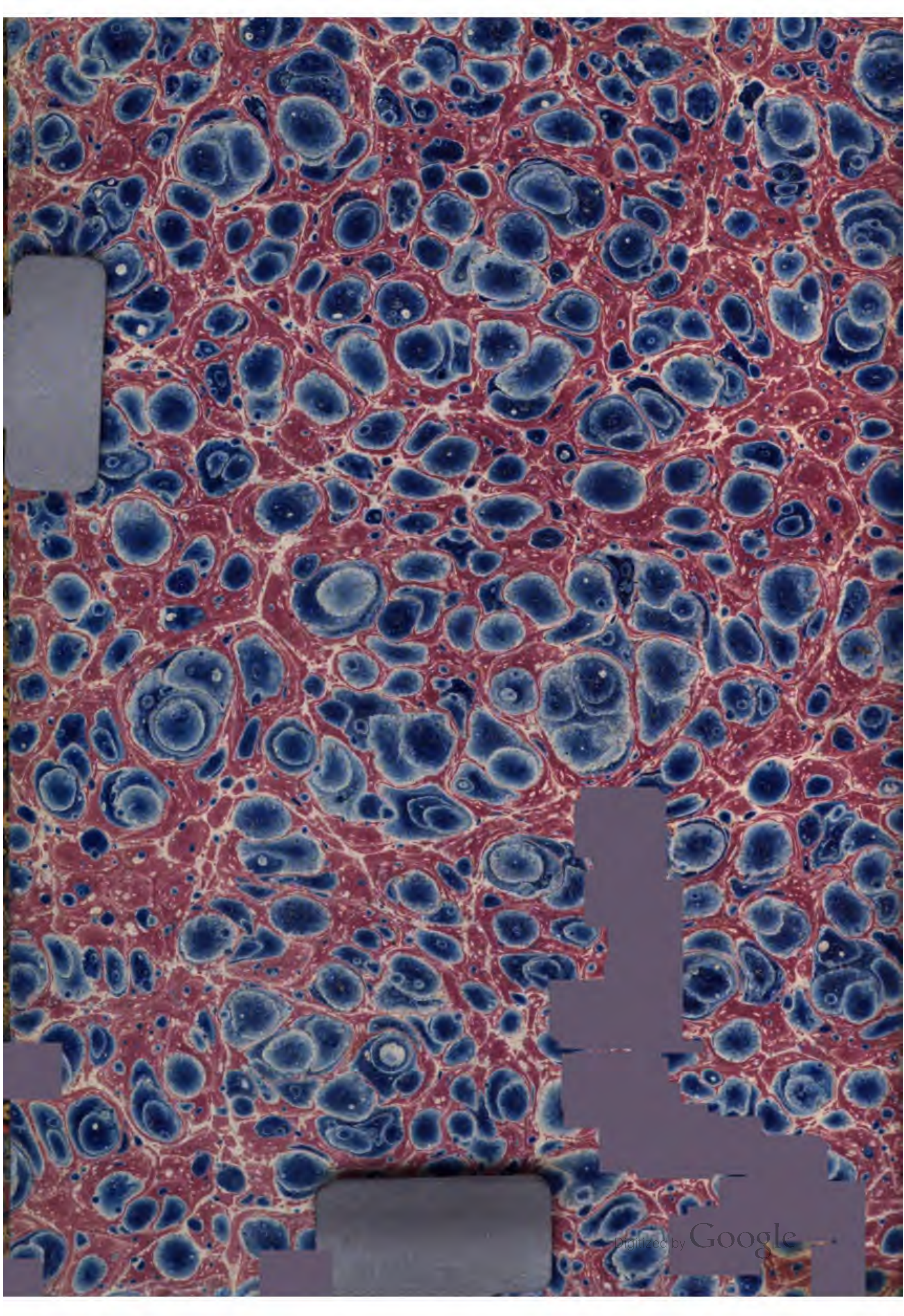
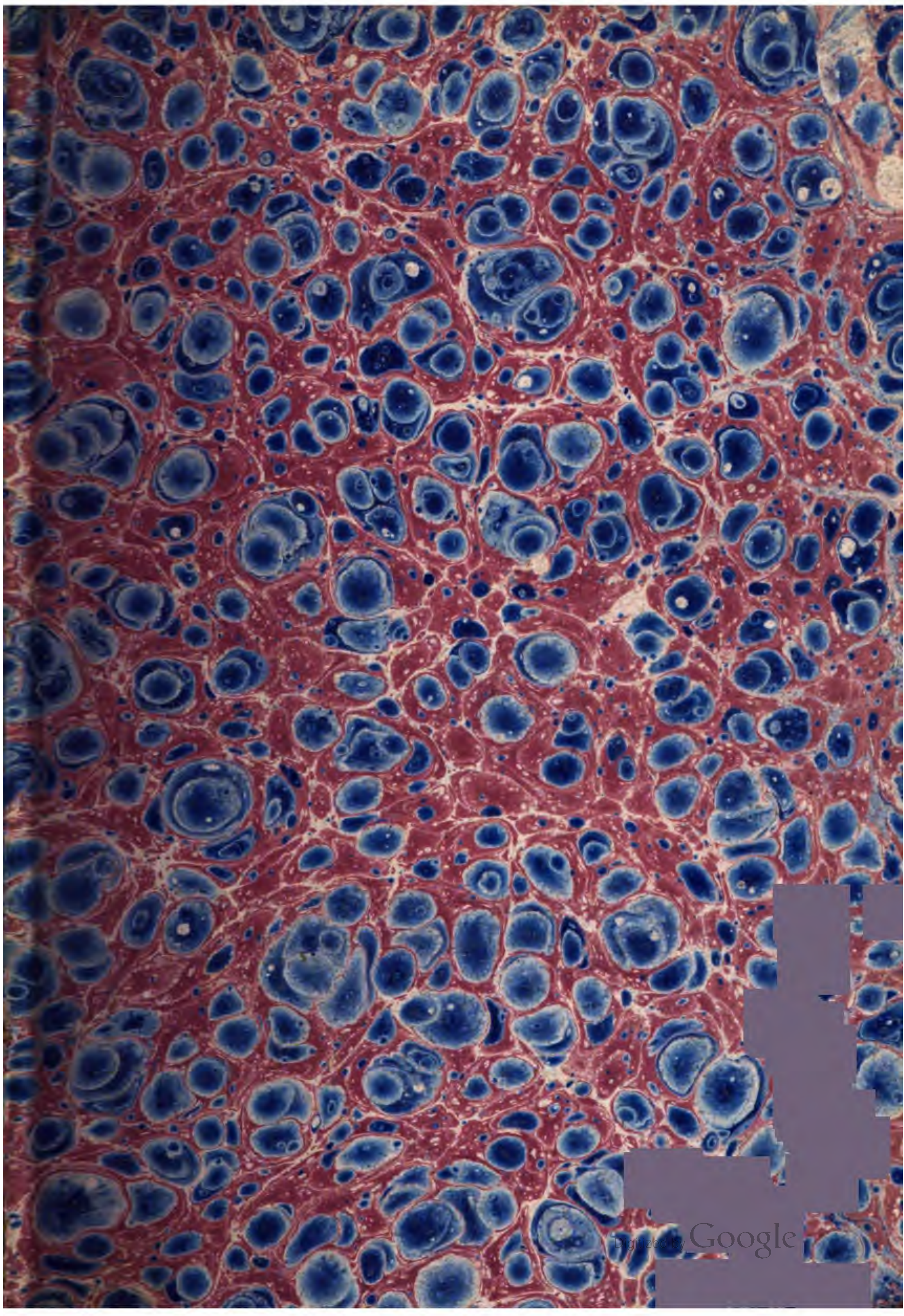
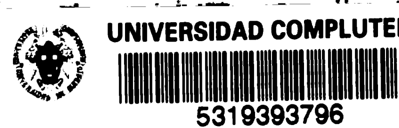








EL MUNDO.

HISTORIA DE TODOS LOS PUEBLOS.

TOMO DÉCIMO.

HISTORIA DE INGLATERRA.

TOMO SEGUNDO.

HISTORIA

DE

INGLATERRA,

DESDE LOS TIEMPOS MAS REMOTOS HASTA NUESTROS DIAS.

POR

AUGUSTO DE SAINT-PROSPER,

CON EL PERIODO DE LA REVOLUCION

escrito por **GUIZOT.**

ADORNADA

CON 46 LAMINAS GRABADAS EN ACERO QUE REPRESENTAN TRAGES, ARMAS, MUEBLES, BUQUES, ETC.,

Y EMBELLECIDA

con un Atlas geográfico-histórico de 6 mapas iluminados, que designan los límites y divisiones de Inglaterra en distintas épocas
y dan noticia de los lugares en que ocurrió algun hecho memorable,

DIRIGIDO POR

A. HOUZÉ.

Traducida por

JUAN CORTADA.

BARCELONA,

Imprenta de A. Brusi.

1842

EL MUNDO.

HISTORIA DE TODOS LOS PUEBLOS

DESDE LA MAS REMOTA ANTIGÜEDAD

HASTA NUESTROS DIAS.

HISTORIA DE INGLATERRA.

PERÍODO DE LA REVOLUCION

por GUIZOT.

CARLOS I.

Este príncipe subió el trono al dia 27 de marzo de 1625. El 2 de abril inmediato convocó el parlamento, y apenas acababa de congregarse en 18 de junio la cámara de los comunes, cuando el honrado Benjamin Rudyard que en tiempo del último monarca era tenido por enemigo de la corte, se alzó para pedir que en adelante no se omitiese medio alguno de cuantos pudiesen conducir al mantenimiento de la perfecta armonía entre el pueblo y el rey, del cual en su concepto podia esperarse cuanto debiera asegurar la ventura y la libertad de Inglaterra. Toda la nacion se entregó

en efecto nó á la esperanza vaga y á la alegría tumultuosa que suelen manifestarse al solemnizar el advenimiento de un nuevo monarca, sinó á una alegría y á una esperanza general, grave y en apariencia bien fundada. Ni debia estrañarse por cierto; pues Cárlos era un príncipe de costumbres severas y puras, conocidamente piadoso, aplicado, frugal, instruido, poco amigo de la prodigalidad, reservado sin adustez, dignitoso sin orgullo, aficionado al órden y á la decencia en su palacio mismo: de manera que por todas partes se traslucia su carácter elevado, su rectitud y su amor á la justicia. Sus modales y su apostura imponian á los palaciegos y agradaban al pueblo, y sus virtudes lo hacian apreciable á todos los buenos. La Inglaterra fatigada de las costumbres ignobles, de la pedantería locuaz y familiar, y de la política inerte y pusilánime de Jacobo I se prometia una época de libertad y de dicha bajo el régimen de un monarca que inspiraba respeto. Ni Cárlos ni el pueblo ingles conocian hasta qué punto eran estraños el uno al otro, ni cuáles eran las causas añejas ya, y de cada dia mas poderosas, que bien pronto debian hacer imposible que se comprendieran uno á otro y anduviesen de acuerdo.

Ejecutábanse hácia esa época dos revoluciones, visible y hasta estrepitosa la una, ignorada la otra, mas no por esto menos cierta; la primera se dirigia contra los tronos de toda Europa, la segunda afectaba el estado social y las costumbres del pueblo ingles. Aquel era el tiempo en que en el continente la monarquía libre de sus antiguas trabas se hacia en todas partes absoluta. En Francia, en España, y en la mayor parte de los estados del imperio germánico habia sujetado á la aristocracia feudal, y como no tenia ya necesidad del pueblo para hacerlo lidiar contra otros enemigos, no daba proteccion á las libertades municipales. El alta nobleza cual si no sintiera ya la amargura de su derrota se agrupaba en derredor del trono, enorgulleciéndose casi con el brillo de su vencedor, y el pueblo disperso y tímido gozaba del nuevo órden de cosas, y de un bienestar desconocido hasta entonces, trabajando por enriquecerse é ilustrarse sin curar todavía de mezclarse en el gobierno. El fausto de las cortes, la rapidez de la administracion, la

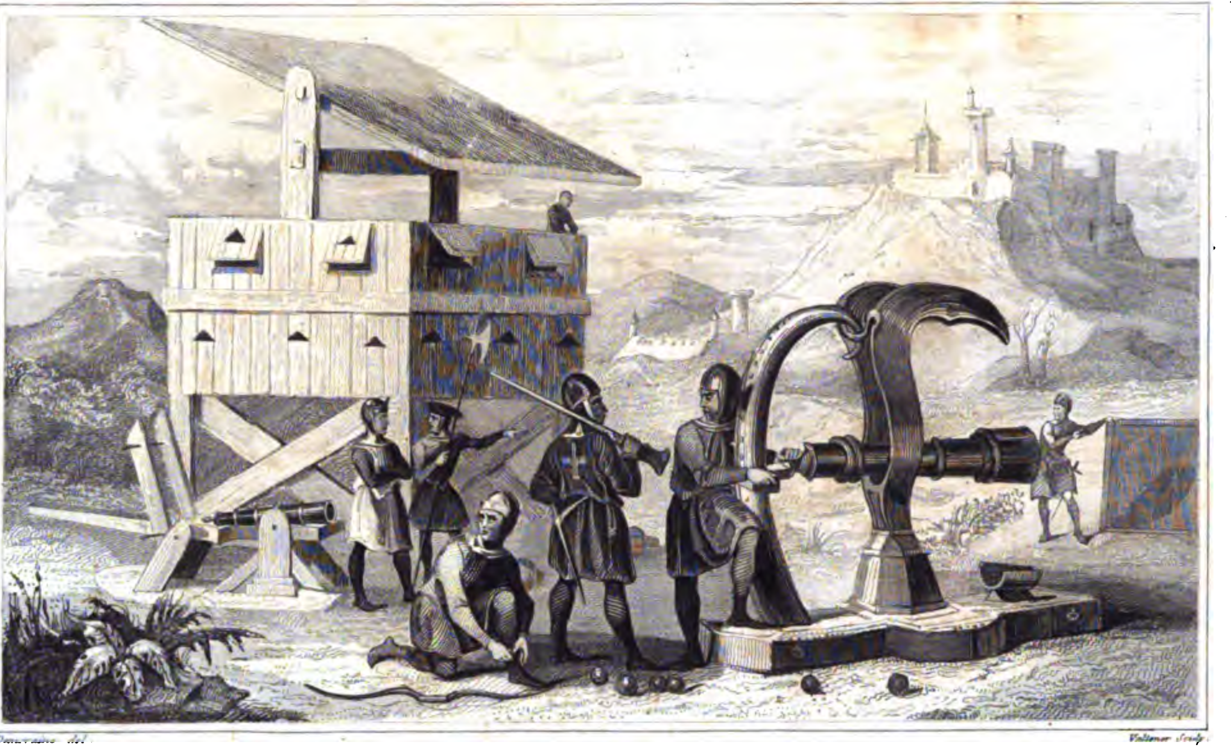
grandeza y la regularidad de las guerras proclamaban en alta voz la preponderancia del poder real. Las máximas del derecho divino y de la soberanía de los reyes prevalecian por todas partes, y si en algun punto no eran reconocidas sufrian muy débil contraste. El progreso de la civilizacion, de las letras, de las artes, de la paz y de la prosperidad interior embellecia el triunfo de la monarquía pura, inspiraba á los príncipes una confianza presuntuosa, y á los pueblos una satisfaccion envuelta en pasmo.

Este movimiento europeo habia llegado tambien á la monarquía inglesa. Desde que en 1485 ocupó el trono la casa de Tudor dejó de tener por enemigos á los orgullosos barones que harto débiles para luchar uno á uno contra su rey, supieron en otro tiempo coligarse ora para sostener sus derechos, ora para inmiscuirse á viva fuerza en el ejercicio del poder real; mas aquella aristocracia, indomable antes, y mutilada ahora, empobrecida, descaecida á manos de sus mismos escesos, en especial durante las guerras de la rosa blanca y de la rosa encarnada, casi sin oponer resistencia cedió primero á la altiva tiranía de Enrique VIII, y despues á los diestros manejos de Isabel. Enrique convertido en gefe de la Iglesia y posesor de bienes inmensos distribuyéndolos con larga mano á las familias cuya flamante grandeza fundaba, ó rehacia la que tuvieron, dió principio á la metamórfosis que transformó á los barones en cortesanos, y que acabó de completarse en tiempo de Isabel. Esta señora, muger y rey á un tiempo, tenia una brillante corte que halagaba sus gustos y decoraba su autoridad, y hácia la cual se lanzó con entusiasmo la nobleza sin escitar el descontento del pueblo, puesto que era grato consagrarse á un soberano popular, y captarse con intrigas y en el hervor de las fiestas la gracia de una reina que contaba con el favor del pueblo. Perdonábanse á un gobierno útil y glorioso para la nacion las máximas, las formas, el lenguage, y hasta las esterioridades de la monarquía pura: el amor del pueblo disimulaba el servilismo de los cortesanos, y la adhesion ilimitada para con una muger cuyos peligros afectaban á todos parecia una ley para el noble, y un deber para el protestante y para el ciudadano. . . . .

Los Stuart era preciso que adelantaran en el camino que desde los Tudor emprendiera la monarquía inglesa; y asi Jacobo I, escoces y descendiente de la sangre de los Guisas, tanto por el recuerdo de su familia como por los hábitos de su pais estaba unido á la Francia y acostumbrado á buscar aliados y modelos en el continente, en donde un príncipe ingles generalmente hablando no veia sino enemigos; y hé aqui por qué bien pronto se manifestó mas imbuido que Isabel y que el mismo Enrique VIII en las máximas que entonces fundaban en Europa la monarquía pura, y las profesaba con el orgullo de un teólogo y el gusto de un rey, haciéndolas servir de contrapeso á la timidez de su gobierno y á los límites de su poder. Cuando tenia que defender con razones sencillas y directas las medidas de su gobierno, las prisiones arbitrarias ó los impuestos ilegales, citaba el ejemplo de los reyes de Francia ó de España. „El rey de Inglaterra, decian los ministros á la cámara, no puede ser de peor condicion que sus iguales," y el influjo de la revolucion verificada en la monarquía del continente era tal en Inglaterra misma que á semejante argumento callaban los enemigos de la corte, convencidos casi de que la dignidad de los príncipes exigia que gozasen de los mismos derechos, por mas que no supiesen de qué manera poner en armonía esta necesaria igualdad de las coronas con las libertades de su patria. El príncipe Cárlos alimentado desde la infancia con estas máximas y con las mismas pretensiones, cuando fue hombre estuvo espuesto mas inmediatamente á su contagio. Debiendo casarse con una infanta de España, el duque de Buckingham le sugirió la idea de venir clandestinamente á Madrid á procurarse su amor y su mano: viage caballeresco que halagó la imaginacion del príncipe, el cual no habiendo podido alcanzar el consentimiento de su padre, empleó todos los recursos imaginables, y ausiliado por los ruegos del favorito logró el permiso de Jacobo I. El príncipe llegado á Madrid en marzo de 1623 fue recibido con muchos obsequios, y aqui vió en todo su esplendor la monarquía magestuosa y soberana, gozando de un rendimiento casi religioso de sus servidores, de un respeto fanático por parte del pueblo, nunca contrariada, y segura

Trajes militares, artilleria y máquinas de guerra. (Siglo XV)

Pl. 25



Duvivier del. Vallemer Sculp.

COSTUMES MILITAIRES, ARTILLERIE ET MACHINES DE GUERRE AU 15e SIECLE.

ANGLETERRE

siempre de que su voluntad triunfaria de todos los obstáculos. Aunque no se verificó el matrimonio de la infanta con Cárlos, casóse este con María Enriqueta, princesa de Francia, puesto que Jacobo pensaba que solo una de estas dos cortes podia proporcionar á su hijo una princesa que conviniera á la dignidad de su trono. El influjo que esta union ejerció sobre el príncipe ingles fue el mismo que habia esperimentado en España; y asi fue que la monarquía de Paris ó la de Madrid fueron á sus ojos la imágen de la condicion natural y legítima de un rey.

Efecto de esto fue que la monarquía inglesa, á lo menos por lo que respecta al príncipe, á la corte y á los consejeros, iba á la par con las del continente, y todo ponia de manifiesto los síntomas y los esfuerzos de una revolucion en otras partes ya ejecutada, y cuyas mas modestas pretensiones eran tolerar las libertades de los súbditos como derechos subordinados y debidos tan solo á la generosidad del soberano. Mientras que en el continente los pueblos no solo no eran capaces de resistirse á esta revolucion, sino que quizás estaban dispuestos á recibirla, en Inglaterra una revolucion contraria y que se habia operado aunque sordamente, minaba el suelo que era base de la monarquía pura, cuya ruina preparaba en lo mejor de sus progresos.

Cuando al advenimiento de la casa Tudor, el alta aristocracia cedió y se humilló ante el trono, los comunes ingleses estaban tan poco dispuestos á ocupar su puesto en la lucha de la libertad contra el poder real, como que ni siquiera aspiraron á la gloria de arriesgar el combate. Cuando en el siglo XIV eran mas rápidos sus progresos, su ambicion se limitó á que se reconociesen sus derechos, y á que le cedieran algunas garantías incompletas é inseguras, sin que jamas les ocurriera que pudiesen mezclarse en la soberanía é intervenir constante y decisivamente en el gobierno del pais; brillante destino que solo sentaba bien á los barones.

En el siglo XVI los comunes, tan arruinados por las guerras civiles como los barones, habian menester órden y reposo; y la monarquía se los procuró aunque imperfectos, pero seguros y cual nunca los habian conocido. Aceptaron pues este beneficio con

gratitud suma, y separados de sus antiguos señores, solos casi delante del trono y de aquellos barones hasta entonces aliados suyos, su lenguage fue tan humilde y tan tímida su conducta, que el rey pudo creer que en lo venidero el pueblo nó seria menos dócil que los señores. El pueblo de Inglaterra sin embargo diferia del pueblo del continente: no era como este una mezcla mal combinada de ciudadanos y de labriegos lentamente emancipados y sujetos todavía al yugo de su antigua servidumbre, puesto que desde el siglo XIV habia ocupado un lugar en los comunes ingleses la mayor parte de la aristocracia feudal compuesta de los posesores de feudos reducidos, que tenian poco influjo y escasas riquezas para entrar á parte con los barones en el poder soberano, mas que no por esto estaban menos envanecidos de tener con ellos un orígen comun y derechos iguales: muchas veces comunicaron á los ciudadanos una fuerza y una energía que nunca estos tuvieran por sí solos, y aunque los largos padecimientos de las discordias civiles los habian debilitado y abatido, apenas hubo paz cuando recobraron su orgullo y su importancia. Mientras que el alta nobleza se precipitaba á la corte para reparar sus pérdidas y recibir grandezas prestadas, tan corruptoras como precarias y que sin restablecer su fortuna la hacia mal vista en el pais, los simples gentiles-hombres, los terratenientes libres y los ciudadanos esclusivamente ocupados en hacer productivas sus haciendas ó sus capitales acrecian sus riquezas, aumentaban su crédito, estrechaban sus vínculos, se hacian suyo al pueblo, y sin ostentacion, sin objeto político y casi sin notarlo se iban haciendo dueños de todas las fuerzas de la sociedad que son las verdaderas bases del poder. Progresaban rápidamente el comercio y la industria, enriquecíase aprisa la ciudad de Londres, hicieron tributarios suyos al rey, á la corte y á todos los magnates, cuyas urgencias corrian parejas con su altivez; creció y se hizo poderosa la marina mercante, plantel verdadero de la marina real, y los navegantes participaron de los intereses y de las tendencias de la clase mercantil.

Lo mismo que en las ciudades pasaba en el campo en donde la propiedad se dividia; pues si bien es cierto que las leyes feudales

eran un grande obstáculo para la venta y subdivision de los feudos, las abolió en parte aunque indirectamente un estatuto de Enrique VII, que el alta nobleza admitió con gusto; y haciendo todo lo posible para convertirlo en utilidad propia, enagenó la mayor parte de los bienes que le habia distribuido Enrique VIII. El rey favorecia las ventas para aumentar el número de los poseedores de bienes eclesiásticos, y los cortesanos habian de apelar á este recurso, porque nada bastaba á satisfacer sus necesidades. Deseando Isabel huir de los subsidios, que siempre son gravosos hasta al que los cobra, vendió mucha parte del patrimonio de la corona; y estos bienes y aquellos los compraban los nobles que vivian en sus haciendas, los propietarios libres que se administraban por sí mismos sus tierras, y los ciudadanos que se retiraban del comercio, porque estos eran los únicos que con el trabajo y la economía juntaban el capital necesario para adquirir lo que no podian conservar el príncipe ni los cortesanos. Prosperaba la agricultura, se aumentaba y enriquecia la poblacion de los condados y de las ciudades, hacíase activa é independiente, y el movimiento que traspasaba á sus manos una gran parte de la fortuna pública fue tan rápido que en 1628 al abrirse el parlamento la cámara de los comunes tenia muchas mas si nó triplicadas riquezas que la de los pares.

Al paso que se ejecutaba esta revolucion, los comunes se resentian de la tiranía, porque el aumento de bienes reclamaba una seguridad mas grande. Algunos de los derechos que el rey habia ejercido por mucho tiempo, no solo sin contradicion alguna sino hasta con libertad absoluta, debian muy pronto ser tenidos por abusos ya que á muchas personas se les hacia insoportable su peso, y preguntaban si siempre habia estado en posesion de ellos y si era justo que en algun tiempo los hubiese poseido. De paso en paso iban recordando los pueblos sus antiguas libertades, los esfuerzos que habia costado la Gran Carta, los principios que consagraba, y por mas que la corte hablase con desprecio de esos tiempos pasados apodándolos incultos y bárbaros, el pueblo sentia renacer por ellos el amor y el respeto, calificándolos de libres y

grandes. Aquellas gloriosas conquistas de nada servian; sin embargo no estaba todo perdido pues el parlamento habia continuado reuniéndose, aunque los reyes hallándolo dócil lo hicieron servir muchas veces de instrumento de su poder. Verdad es que en tiempo de Enrique VIII, y mas todavía en el reinado de Isabel, el jurado se mostró muy complaciente y hasta servil; pero ello es que subsistia, y que las ciudades habian conservado sus cartas y las corporaciones sus franquicias: de manera que si los comunes durante mucho tiempo no dieron indicios de resistirse á cosa alguna, tenian todos los medios de hacerlo; y si les faltaron las instituciones conservaban la fuerza, y la voluntad de echar mano de ella. La primera se la daba la revolucion á cuyo influjo progresaba tanto su grandeza material, y la segunda no se hizo esperar mucho: faltaba tan solo que viniese otra revolucion para darles grandeza moral, alentar su ambicion, elevar sus ideas, presentarles la resistencia como un deber y el dominio como una necesidad. La reforma religiosa obró este efecto.

Reclamada por un déspota comenzó siendo tiránica y persiguiendo á sus partidarios, ni mas ni menos que á sus enemigos. Enrique VIII mientras levantaba cadalsos para los católicos, encendia hogueras para los protestantes que se resistian á suscribir el símbolo y á aprobar el régimen que de él recibia la nueva iglesia. Desde el principio hubo pues dos reformas, la del rey y la del pueblo; incierta la una, servil, mas adicta á los intereses temporales que á la creencia, alarmada con el movimiento á que habia dado orígen, y esforzándose para copiar del catolicismo todo lo que no le impidiera separarse de él; espontánea la otra, ardiente, despreciadora de las consideraciones mundanas y preparada para todas las consecuencias hijas de los principios, reforma verdadera hecha en nombre y con el fervor de la fe. Estas dos reformas unidas con el vínculo del sufrimiento en tiempo de la reina María, y con el de los gozos comunes al advenimiento de Isabel, era preciso que se separasen y que combatieran, pues por efecto de su situacion en sus debates se mezclaban las ideas políticas. La iglesia anglicana al emanciparse de la Iglesia universal habia perdido toda

la fuerza propia, y sus derechos y su poder dependian del poder y de los derechos del gefe del estado. Identificada con la causa del despotismo civil era necesario que profesase las máximas y sirviera los intereses de este, lo uno para legitimar su orígen, y lo otro á fin de salvar sus intereses propios. Los no reformistas por su parte no podian atacar á sus adversarios religiosos sin hacer otro tanto con el soberano temporal, y para completar la reforma de la Iglesia debian reclamar las libertades del ciudadano. El rey habia sucedido al papa, el clero anglicano heredero del católico solo obraba en nombre del rey, de manera que ora se tratase de sus dogmas, de una ceremonia, de una oracion, de erigir un altar, de determinar el corte de un sobrepelliz, el poder real estaba comprometido á la par que el de los obispos, y el gobierno puesto en duda como la fe y la disciplina. Al ver la peligrosa necesidad de luchar contra el príncipe y contra la Iglesia y de hacer una reforma simultánea en la religion y en el estado, los no reformistas vacilaron; pues si para ellos era ilegítimo y digno de desprecio el papismo y todo lo que se le parecia, la autoridad real aunque despótica no lo era todavía. Enrique VIII comenzó la reforma, Isabel la habia salvado; los puritanos mas osados vacilaban en medir los derechos y en fijar los límites de un poder al cual tanto debian, y si algunos daban un paso hácia ese objeto la nacion admirada se lo agradecia, pero no los imitaba.

No habia remedio, ó bien la reforma tenia que retrogradar, ó poner mano en el gobierno que embarazaba sus progresos. Los ánimos se fueron alentando, la energía de conciencia produjo la audacia de las ideas y de los proyectos; la creencia religiosa tenia necesidad de derechos políticos: comenzó por investigar la razon por que no se disfrutaban, quién era su usurpador, el título que para ello tenia y qué era necesario ejecutar á fin de recobrarlos. Aquel ciudadano que al solo nombre de Isabel humillaba con respeto su frente, y que tal vez nunca hubiera dirigido al trono una mirada audaz á no encontrar en la tiranía de los obispos la tiranía de la reina, se dirigió atrevidamente á la una y á los otros para preguntarles el motivo de sus pretensiones cuando la defensa de su

fe le obligó á ello. Entre los simples caballeros, los terratenientes en franco alodio, la clase media y el pueblo se fue generalizando esa necesidad de examinar y de resistirse en materias de gobierno y de dogma, porque en esas clases era en donde fermentaba y queria progresar la reforma religiosa. La corte y una parte de la nobleza de segundo órden menos adictas á sus creencias se contentaron con las innovaciones hechas por Enrique VIII ó por sus sucesores, y sostenian la iglesia anglicana por conviccion, por indiferentismo, por cálculo ó por efecto de lealtad. Los comunes, mas estraños á los intereses y mas espuestos á los golpes del poder, desde entonces cambiaron de actitud y de ideas con respecto á sus relaciones con la monarquía. Su timidez fue desvaneciéndose, y dispertándose su ambicion. Las miradas del ciudadano, del hacendado y hasta del labriego se alzaron á grande altura, y en el retiro de su casa y con sus amigos procuraban sondear los misterios del poder divino, y no veian que hubiese poder terrestre tan alto que no pudiese tambien ser investigado. Leia los preceptos divinos en los libros sagrados, para obedecerlos tenia que resistirse á otras leyes, y era preciso que examinase en qué punto debian estas detenerse. Desde inquirir el límite de los derechos de un señor á investigar su orígen no hay mas que un paso, y asi la índole del poder real y de todos los otros poderes, sus límites primitivos, sus recientes usurpaciones, las condiciones y el manantial de su legitimidad vinieron á ser asunto de exámen y de conversaciones, modestas al principio, hijas mas bien de la necesidad que de un gusto, hechas en secreto, y que no tenia un objeto mas adelantado, pero que daban libertad al entendimiento inspirándole una audacia hasta entonces desconocida. Isabel, reina popular y respetada, esperimentó los efectos de esta disposicion naciente, la rechazó con violencia, pero sin querer desafiar el peligro. Jacobo I débil y despreciado queria ser tenido por déspota, y el alarde de sus impotentes pretensiones provocó mas audacia, que su conducta exasperó lejos de reprimirla. El pensamiento de los ciudadanos á quienes ya nada imponia tenia libre vuelo, y el monarca vino á ser un objeto de irrision y sus cortesanos un objeto de encono. El

orgullo del trono y de la corte era impotente y sin pompa; su ignoble corrupcion disgustaba en muy alto grado á los hombres pensadores, y habia hecho descender á todo lo que es grande hasta el punto de esponerlo á los insultos del pueblo que era tan osado como los hombres de suyo atrevidos. La oposicion se ostentó tan altanera y confiada como el poder, y esta oposicion no era de parte de los magnates ni de la cámara de los pares, sino de la de los comunes, que estaba decidida á ocupar un puesto en el estado y á tomar sobre el gobierno un influjo que jamas tuvo hasta entonces. La indiferencia con que oia las jactanciosas amenazas del príncipe, y la firmeza de su lenguage, bien que rebozada con el respeto, dieron á conocer que todo habia cambiado, que sus ideas eran osadas, y que sus deseos se dirigian á obrar imperiosamente, y el secreto sentimiento de esta revolucion moral se habia generalizado tanto en 1621 que Jacobo al aguardar una comision de la cámara que iba á dirigirle una representacion agria, dijo con una ironía menos amarga de lo que debiera serlo: "prepárense doce sillones, pues he de recibir á doce reyes." En efecto cuando Cárlos I convocó el parlamento, mas bien que un congreso nacional era este un senado de reyes que un soberano absoluto llamaba cerca de su trono. El príncipe y menos todavía el pueblo no habian deslindado ni medido la estension de sus pretensiones: se acercaban el uno al otro con el intento y hasta con la esperanza de unirse; mas en el fondo ya se habia ejecutado su desunion, puesto que ambos pensaban á fuer de soberanos.

Abiertas apenas las sesiones, la cámara de los comunes se mezcló en todo lo que tocaba al gobierno: los asuntos del interior y los esteriores, las negociaciones, las alianzas, el destino dado á los anteriores subsidios, el que habian de tener los subsidios venideros, el estado de la religion, la represion de los papistas, todo creyó que podia tocarlo y mezclarse en todo. Se quejó de que la marina real no protegia debidamente al comercio, y de que el doctor Montague, capellan del rey defendia á la iglesia romana, y predicaba la obediencia pasiva. Manifestó que esperaba del rey el remedio de todos estos males; pero al mismo tiempo se mostró dis-

puesta á intervenir en todo por medio de peticiones, de pesquisas y de consejos.

Aunque estos cargos no se dirigian precisamente al gobierno de Cárlos porque este comenzaba entonces, sin embargo tan minucioso exámen de los negocios públicos le pareció una usurpacion, y tuvo á ofensa la libertad con que se hablaba. Eduardo Clarke, partidario de la corte, quiso quejarse de esto diciendo que la cámara usaba espresiones inoportunas y amargas; pero se alzó contra él un grito universal, le obligaron á presentarse en la barra y á dar esplicaciones, y como insistiese en lo mismo estuvo muy á pique de ser espelido. Efectivamente, aunque en los discursos se servian de palabras humildes no por esto eran menos atrevidos. Hé aqui un trozo de uno de ellos. „No pedimos al rey que aleje de „su lado á los malos consejeros como lo pidió el parlamento en „tiempo de sus predecesores Enrique IV y Enrique VI: no queremos intervenir en las elecciones como se hizo en tiempo de Eduar„do II, Ricardo II, Enrique IV y Enrique VI; tampoco pretende„mos que aquellos á quienes el rey elija hayan de jurar en presencia „del parlamento como se verificó en tiempo de Eduardo I, Eduar„do II y Ricardo II, ni que el parlamento marque con anticipacion „la conducta que han de observar, como juzgó que debia ejecu„tarlo en los reinados de Enrique III y Enrique IV; ni tampoco „que S. M. prometa, como lo prometió Enrique III, que todo lo „hará con consentimiento del Gran Consejo nacional, y nada sin „el parecer de este. Nada de esto pretendemos; nos limitamos á „esponer nuestros modestos deseos, y esto lo hacemos á guisa de „súbditos fieles. Puesto que el rey tiene consejeros sabios, pia„dosos y respetables, deseamos que de acuerdo con ellos remedie „los males del estado, y no se deje guiar por un hombre solo, ni „por consejeros jóvenes." Tal era el lenguage de sir Roberto Cotton, sabio ilustre y orador comedido, y la cámara mientras á una con él protestaba que no tenia intento de imitar la audacia de los antiguos parlamentos, complacíase al oir recordar lo que estos habian hecho.

El rey se incomodaba pero sin manifestarlo, pues aunque seme-

jante lenguage le pareciese inoportuno no lo reputaba por peligroso; y de otra parte tenia necesidad de subsidios. El último parlamento habia manifestado vivos deseos de hacer la guerra á la España, y como no era posible que el actual renunciase á ella, Cárlos pidió que se le proporcionasen los recursos necesarios para llevarla á efecto mientras aseguraba que pondria remedio á las quejas.

Aunque la cámara estimaba al rey y este no habia quebrantado todavía palabra alguna, aquella sin embargo ya no se fiaba de promesas, porque sabia que los príncipes al heredar el trono de sus predecesores heredan tambien sus defectos. Cárlos juzgaba que nada debian temer puesto que él no hizo mal alguno; mas el pueblo creia que era fuerza estirpar los males pasados á fin de estar tranquilo para el porvenir. La cámara se contentó con votar un subsidio de muy poca cuantía y con ceder por un año los derechos de las aduanas. Esto último pareció un ultrage, y la cámara alta se negó á sancionarlo, fundándose en que semejante restriccion daba á entender que se tenia menos confianza en Cárlos que en sus predecesores, á quienes se habian concedido los derechos de aduana para mientras durasen sus reinados, cuando acababa de manifestar con la sinceridad mas grande el estado de las rentas públicas, exhibiendo todos los documentos y dando todas las esplicaciones, y cuando las urgencias eran evidentes. Los lores opinaban que era muy imprudente descontentar tan pronto y sin motivo alguno á un príncipe jóven que se mostraba tan inclinado á llevarse bien con el parlamento. A la verdad la cámara de los comunes no decia que no quisiese conceder mayores subsidios; pero continuaba el exámen de las quejas, y sin declararse estaba resuelta á conseguir ante todo ese remedio. Indignado el monarca de que se tratara de imponerle la ley en tales términos y de que se le quisiera obligar á ceder á la fuerza ó ponerle en situacion de no poder gobernar, juzgó que aquello era usurpar la soberanía que tocaba á él solo, y que por ningun estilo debia ser comprometida; por lo mismo disolvió el parlamento en 12 de agosto de 1625.

A pesar de su mutua benevolencia, el príncipe y el pueblo se

pusieron en contacto para chocar uno con otro, y se separaron sin que ninguno de los dos se creyese débil, ni pensase haber obrado mal, pues ambos estaban igualmente convencidos de la legitimidad de sus pretensiones é igualmente resueltos á sostenerlas. Los comunes protestaban que eran adictos al rey, pero que no abdicarian su libertad, y el rey dijo que respetaria la libertad de sus súbditos, pero que sabria gobernar sin su concurso, y al momento trató de verificarlo. El consejo espidió órdenes á los lores lugartenientes de los condados mandándoles que por via de empréstito reuniesen el dinero que el rey necesitaba, y que para esto se dirigieran á los ciudadanos ricos y remitieran á la corte los nombres de los que se negasen á hacer el adelanto ó retardasen su apronto. El gobierno contaba todavía con la adhesion y con el temor. Al mismo tiempo la escuadra se hizo á la vela para tentar una espedicion contra Cádiz, en cuyo puerto habia muchos buques cargados de riquezas. Con el intento de dar alguna satisfaccion al pueblo, se mandó al clero que procediese contra los papistas, á quiénes se prohibió que se alejasen mas de cinco leguas de sus domicilios sin especial licencia, se los desarmó, y se dispuso que llamasen á los hijos que tenian educándose en el continente. Los comunes habian reclamado sus libertades y se les dió un poco de tiranía contra sus enemigos: espediente miserable que no les contentó, pues por otra parte la persecucion de los papistas era equívoca y sospechosa, ya que el rey les vendia las dispensas ó les concedia perdon secretamente.

El empréstito produjo poco; la espedicion de Cádiz tuvo un mal resultado que el público achacó á la impericia del almirante y á la borrachera de las tropas, y se acusó al gobierno de que no sabia escoger los gefes ni celar las costumbres de los soldados. Seis meses habian transcurrido apenas desde que fue disuelto el parlamento cuando se juzgó necesario la convocacion de otro, y se hizo en 6 de febrero de 1626. El rencor no se habia apoderado todavía del alma del rey, y su despotismo era confiado y tímido: por lo mismo creyó que la nueva convocatoria lisonjearia á los comunes, y aun quizás esperaba que la firmeza que habia desplegado los obli-

garia á ser mas condescendientes. A la verdad no se descuidó en tomar medidas para que no acudiesen al parlamento los oradores mas populares: asi no se enviaron convocatorias al conde de Bristol enemigo personal del duque de Buckingham; y sir Eduardo Coke, sir Roberto Philips, sir Tomas Wentworth, sir Francisco Seymour, y algunos otros que habian sido nombrados jerifes de sus condados no era posible que fuesen elegidos: y nadie dudaba que faltando estos la cámara de los comunes seria dócil; pues en el concepto general el rey era bienquisto del pueblo al cual estraviaban algunos facciosos. Los comunes creian tambien que no faltaba quien estraviáse al rey, y para volverlo á su pueblo era suficiente separar de su lado á un favorito. El primer parlamento se habia limitado á exigir del trono, negándole subsidios, que enderezase los contrafueros; mas este resolvió dirigirse contra el autor de todos los contrafueros que estaba muy inmediato al trono, y en su consecuencia acusó al duque de Buckingham en 21 de febrero.

El duque era uno de aquellos hombres de quienes se dijera han nacido á propósito para brillar en las cortes y desagradar á las naciones. Hermoso, presumido, magnífico, ligero con audacia, sincero y ardiente en sus afectos, descubierto y altivo en sus enemistades, igualmente incapaz de virtud que de hipocresía, gobernaba sin objeto político, no tomándose pena alguna por los intereses del pais ni por los del poder, y ocupado solo en su propia grandeza y en el plan de dominar con esplendor al lado del monarca. Quiso una vez ser popular y lo consiguió; pues obra suya fue el rompimiento del matrimonio de Cárlos con la infanta. Consideraba el favor público como un medio de disponer á su antojo del favor real, y aunque perdió el primero no hizo caso alguno de ello; pues su orgullo estaba satisfecho con haber conservado sobre Cárlos el ascendiente que con no poca audacia ejercia sobre Jacobo I. Su ambicion no estaba sostenida con ninguna especie de talento: sus intrigas no tenian mas objeto que pasiones frívolas, y con una imprevision altiva comprometia al rey y al pais para seducir á una muger ó á fin de perder á un rival. El imperio de se-

mejante hombre reputábalo por un insulto el pueblo que de dia en dia se hacia mas grave y mas sesudo; y aunque el duque continuaba apropiándose las mas altas dignidades del estado la multitud lo consideraba siempre como un favorito salido de la nada, falto de gloria y de conocimientos, é impulsado por una temeridad ilimitada. Para dar una idea del alto favor que habia alcanzado, basta saber que era duque, marques y conde de Buckingham, conde de Coventry, vizconde de Villiers, baron de Whaddon, grande almirante de Inglaterra é Irlanda, gobernador general de los mares y de los buques, lugarteniente general, almirante, capitan general y gobernador de las escuadras y ejército de S. M., gran escudero, lord guardasellos, canciller y almirante de Cinq-Ports, condestable del castillo de Douvres, juez de bosques y cazas reales al mediodía del Trent, condestable del castillo de Windsor, gentil-hombre de cámara, caballero de la Jarretera, y consejero privado; y se evaluaba en 284,395 libras esterlinas el valor de los dominios de la corona de que se le habia hecho merced.

El ataque que contra este hombre dirigieron los comunes fue violento, y como era muy difícil si nó imposible justificar legalmente los delitos que se le imputaban, la cámara votó en 22 de abril que la fama pública era un motivo asaz poderoso para entablar el procedimiento, y admitió todos los cargos que esa voz pública le hacia. El duque rechazó victoriosamente la totalidad ó por lo menos la mayor parte de ellos; pero esta victoria no le aprovechó cosa alguna, porque como la cámara queria reformar el gobierno, Buckinghàm aunque no era reo de robos, de asesinatos, ni de traiciones, no por esto le consideraban como menos pernicioso. La osadía de la cámara dió valor á las rivalidades y á los odios de corte, y como el favorito habia querido alejar de la cámara al conde de Bristol porque le temia, este en marzo se quejó de que no se le hubiese convocado para el parlamento, y habiendo la cámara de los pares reconocido el derecho del conde, Cárlos le envió una convocatoria, mandándole sin embargo que no se moviese de su casa. El conde recurrió nuevamente á la cámara, rogándole que considerase si las libertades de todos los pares del reino exi-

gian ó nó que él fuese á tomar asiento en el congreso. El rey entonces le hizo acusar de delito de alta traicion, y el conde para defenderse, en 1.° de mayo acusó á Buckingham, el cual á la vez se vió perseguido por los representantes del pueblo y por un antiguo cortesano.

Esto inquietaba demasiado el poder de Cárlos y ofendia escesivamente su orgullo, puesto que no habiendo podido probar ninguno de los crímenes de que se acusaba á Buckingham, la persecucion se dirigia contra su ministro y su amigo. Enojado por esto dijo á la cámara: „Es indispensable que se haga entender á la „cámara que no sufriré que se persiga á ninguno de mis servidores, „y mucho menos á los que estan colocados en alto puesto y cerca „de mi persona. En otro tiempo se decia: ¿Qué se puede hacer á „favor del hombre á quien el rey honra? y en el dia hay perso„nas que se ocupan en discurrir qué es lo que podrán hacer con„tra el hombre á quien al rey le place honrar. Deseo que acelereis „el negocio de los subsidios que tengo pedidos, de lo contrario „cosa es esta que puede perjudicaros mucho, y si de ello resulta„re algun daño, creo que yo seré el último en esperimentarlo." Al mismo tiempo prohibió á los jueces que contestasen á las preguntas que la cámara alta les habia dirigido acerca de un incidente del conde de Bristol, y esta prohibicion fue hija del temor que le inspiraba el que la respuesta de los jurisconsultos pudiese ser favorable al acusado.

Los jueces callaron; pero los comunes lejos de arredrarse por esto, eligieron ocho individuos de su seno para que en una conferencia con la cámara alta sostuviesen el procedimiento contra Buckingham; mas apenas la sesion se hubo terminado cuando el rey mandó encerrar en la torre á los dos comisionados sir Dudley Diggs y sir Juan Elliot por haber soltado palabras insolentes. Enojada la cámara declaró que no se ocuparia de cosa alguna hasta que se les restituyese la libertad, y en vano los amigos de la corte trataron de amedrentar á la cámara haciéndole entender el riesgo que corria el parlamento; pues sus amenazas se tomaron á insulto, y fue preciso escusarse por haber insinuado que el rey pudiera

gobernar solo como lo hacian los príncipes del continente, y no solo esto sino que hubo de dejarse libres á los dos presos, y hacer otro tanto á reclamacion de la cámara de los pares con lord Arundel á quien se habia mandado prender durante la sesion.

Cansado Cárlos de sucumbir á los adversarios que él mismo habia convocado y á los cuales podia dispersar; obligado por su turbulento favorito, despues de haber probado si podria mejorar de posicion con condescendencias que eran siempre bien recibidas sin variar no obstante el estado de las cosas, y enterado finalmente de que la cámara de los comunes se preparaba á un ataque mas serio que los anteriores, resolvió sustraerse á una situacion que lo humillaba á sus propios ojos y á los de la Europa entera, y corrió la voz de que iba á disolverse el parlamento. La cámara alta que comenzaba á procurarse el favor popular dirigió una peticion al rey para disuadirle de aquel proyecto, y todos los pares solicitaban ser individuos de la comision que debia presentársela. "Ni un momento mas," esclamó Cárlos, y en 15 de junio se disolvió el parlamento, dando el rey para ello un manifiesto en que esponia las causas que le aconsejaban semejante medida. El proyecto de representaciones de los comunes fue públicamente quemado, y se dió órden para que hiciesen otro tanto todos los que conservasen algun ejemplar. Lord Arundel fue arrestado en su casa, lord Bristol preso en la torre, y con esto Cárlos creyó que otra vez era rey, y Buckingham se tuvo por seguro. Su alegría fue tan breve como su prevision. Empeñado Cárlos en una guerra ruinosa contra la España y el Austria, no tenia ejército que hubiera podido emplear para vencer á sus enemigos y sujetar á sus súbditos. Sus tropas poco numerosas y mal disciplinadas le gastaban grandes cantidades, y en la marina dominaba el puritanismo, de modo que no osaba fiarse á la milicia que era mas dócil al influjo de los ciudadanos ó de los nobles del condado que al del rey. Habia alejado á sus adversarios, pero nó vencido los estorbos ni los obstáculos, que aumentó no poco el loco orgullo de Buckingham. Para vengarse del cardenal de Richelieu que no queria que fuese á Paris á fin de continuar cerca de Ana de Austria sus temerarias pretensio-

nes, decidió á su amo á entablar con la Francia una guerra á la que sirvió de pretesto el interes del protestantismo, pues era preciso salvar la Rochela sitiada, y precaver la ruina de los reformados franceses. Juzgaba la corte que el pueblo se armaria con entusiasmo á favor de la causa, ó que á lo menos se dejaria oprimir. Se exigió un empréstito general de la misma cantidad de los subsidios prometidos pero nó votados por el parlamento, y se mandó á los perceptores que exigiesen de los morosos la esplicacion de los motivos por que rehusaban pagar, quién los impulsaba á ello, con qué palabras y con qué intento; de manera que á un mismo tiempo se daba un ataque á las fortunas y se hacia una pesquisa acerca de las opiniones. Recorrieron los condados algunos regimientos acantonándose en ellos á espensas de los habitantes. Mandóse á los puertos y departamentos marítimos que aprontasen buques armados y equipados, dando el primer ejemplo de una contribucion en barcos. Veinte se pidieron á la ciudad de Londres, y aunque manifestó que la reina Isabel le habia exigido menor número para rechazar la invencible escuadra de Felipe II de España, se le contestó que los ejemplos que dejaron los tiempos pasados lo eran de obediencia y nó de objeciones. A fin de justificar este lenguage se dispuso que en todas partes se predicase la obediencia pasiva, y porque el arzobispo de Cantorbery prelado muy popular se negó á autorizar en su diócesis la venta de los sermones en donde se consignaban aquellos principios, fue suspendido de sus funciones y desterrado.

Se habian echado cálculos exagerados acerca de las pasiones del pueblo, pues no se dejó persuadir de que convenia olvidar su libertad para servir á su fe: bien es verdad que por otra parte desconfiaba de la sinceridad de aquel celo, y por lo mismo convino en dar á los reformados del continente un apoyo muy valedero con tal que se le dejase libre, y que se convocara el parlamento. Muchos ciudadanos se negaron á contribuir al empréstito, y por esto los oscuros y débiles fueron alistados para servir en el ejército de mar ó en el de tierra, y los otros metidos en la cárcel ó enviados á comisiones lejanas, á cuyo desempeño no podian resistirse.

El descontento aunque no produjo sediciones no se limitó á murmurar, y cinco gentiles-hombres detenidos por órden del consejo reclamaron, y en virtud del derecho que correspondia á todos los ingleses fueron puestos en libertad bajo fianza. Aceleraban el curso del proceso un monarca de carácter imperioso y una nacion irritada: el príncipe exigia de los jueces que declarasen como principio fundamental que al hombre preso por órden del rey no debia admitirse la caucion; y el pueblo queria saber si ya no les quedaba garantía alguna á los defensores de la libertad. El tribunal rechazando la demanda del uno y del otro encarceló de nuevo á los comisionados; mas no erigió en principio lo que el rey deseaba, lo cual hacia ver que los magistrados temiendo á este y á aquel no se atrevian á ser ni serviles ni justos, y para salir del atolladero negaban su voto al despotismo y á la libertad su apoyo.

Celoso el pueblo del mantenimiento de todos los derechos, tomó bajo su proteccion hasta los soldados que servian de instrumentos de la tiranía; y asi como á causa de las continuas quejas de sus escesos se pusiese en vigor la ley marcial con el fin de reprimirlos, se censuró que se ejerciese un poder tan arbitrario sin el beneplácito del parlamento, y que los ingleses soldados ó paisanos empleados en vejar ó en proteger á sus conciudadanos, quedasen privados de las garantías legales. En medio de este descontento, imponente si se quiere, pero de cada dia mas dispuesto á ser agresor, se supo que la espedicion enviada en ausilio de la Rochela y mandada por Buckingham en persona habia sido rota en 28 de octubre de 1627, por impericia del gefe que ni supo apoderarse de la isla de Re, ni volverse á embarcar sin perder sus mejores tropas. Desde mucho tiempo no habia sufrido la Inglaterra una derrota tan importante y tan vergonzosa, que derramó el luto en muchas familias del campo y de las ciudades que gozaban del aprecio público. La indignacion fue general, y el labriego abandonaba los campos, y el aprendiz los talleres para ir á averiguar si su patrono fuese gentil-hombre ó pechero habia perdido á su hermano ó á su hijo, y á la vuelta contaba á sus vecinos los desastres que habia sabido y el llanto que habia presenciado, maldiciendo á Buckingham y dan-

do al rey la culpa de todo. Vinieron á exasperar los ánimos pérdidas de otra especie, pues la marina enemiga inquietó y obstruyó el comercio, los buques se estacionaron en los puertos, y los marineros ociosos se ocupaban contando los reveses de la escuadra real y las causas de estar ellos sin trabajo. Diariamente se hacia mas compacta la union del pueblo con los ciudadanos y con la nobleza inferior.

Buckingham á su vuelta sintió á despecho de su arrogancia el peso del odio público, y no le cupo duda de que le convenia huir de él, y por otra parte era necesario escogitar algun medio para vencer los obstáculos y proporcionarse auxilios. Todos los recursos que podia ó sabia poner en práctica la tiranía estaban agotados, y por esto fue llamado al consejo del rey sir Cotton que era el mas moderado de todos los hombres pertenecientes al pueblo. Allí espuso su dictámen con madurez y franqueza, insistiendo en las justas quejas de la nacion, en la necesidad de acallarlas para conseguir su apoyo, y recordando las palabras de lord Burleigh á la reina Isabel: "Ganad su corazon y serán vuestros sus brazos y „sus caudales." Espuso su parecer de convocar otro parlamento, y para amistar á Buckingham con el pueblo se convino en que él haria la proposicion en el consejo en que se adoptasen aquellas medidas. El rey accedió al parecer de sir Cotton, y al momento se abrieron las cárceles, y los hombres reclusos en ellas por haberse resistido á la tiranía salieron poderosos del lugar en que entraron en medio de los insultos. El público los vió con transportes de alegría y se convocó el parlamento.

El rey al abrir las sesiones tomó la mano á razonar de este modo: "Señores, en adelante es menester que cada uno obre segun „su conciencia. Si sucediese, lo que Dios no permita, que negán„doos á proporcionarme lo que las urgencias del estado reclaman, „no cumpliereis con vuestro deber; el mio me ordena valerme de „otros medios que Dios ha puesto en mis manos á fin de salvar lo „que comprometieran los desbarros de algunos. No creais que es„to es una amenaza, puesto que yo me desdeño de amenazar á los „que no son iguales mios; es una advertencia que os da aquel á

„quien la naturaleza y su deber han confiado el encargo de cuidar „de vuestra prosperidad y de vuestra salvacion. El mismo espera „que vuestra conducta le hará reputar como buenos vuestros an„teriores consejos, y que por gratitud contraerá obligaciones que „le pondrán en el caso de llamaros muy á menudo cerca de su „persona." El guardasellos añadió en seguida: „S. M. ha creido „que para alcanzar un subsidio debia dirigirse al parlamento, nó „porque este sea el medio único sino porque es el mas convenien„te; nó porque no tenga otros, sino porque este está mas en armo„nía con sus benévolos intentos, y con los deseos de sus súbditos. „Si muy pronto no consiguiese su objeto, la necesidad y la es„pada de los enemigos os obligarian á tomar otro camino. No ol„videis pues la advertencia de S. M., os ruego que no la olvideis."

Cárlos procuraba con este lenguage disfrazar su situacion; exigente con altanería y agobiado bajo el peso de los reveses y de los dislates, amenazaba desplegar la magestad independiente, absoluta, y superior á todos los dislates y á todos los reveses. Estaba tan infatuado con esto que no le parecia posible sufrir ataque alguno, y rebosando en arrogancia sincera, creia que su honor y su rango reclamaban que al pedir ausilio á la libertad se reservase los derechos y usase el tono de la tiranía. Sus amenazas sin embargo no causaron la menor turbacion á los comunes, á quienes tenia embebecidos un plan orgulloso é invariable. Habian resuelto proclamar solemnemente sus libertades, obligar al poder á reconocerlas por primitivas é independientes, y no consentir que ningun derecho pasase por una concesion, y ningun abuso por un derecho. Gefes y soldados tenian el mismo designio, y por esto el pueblo entero sostenia al parlamento. Dentro de él le dirigian hombres osados y entendidos, entre los cuales descollaban sir Eduardo Coke, honor de la magistratura, y tan ilustre por su saber como por la firmeza de su carácter; sir Tomas Wentworth, que despues fue lord Strafford, jóven de 35 años, elocuente, lleno de ardor, nacido para mandar, y cuya ambicion estaba por entonces satisfecha con captarse la admiracion del pais; Denzil Hollis, jóven de 31 años, hijo menor de lord Clare, compañero de infancia de Cárlos,

amigo sincero de la libertad, y harto orgulloso para servir á un favorito; Pym, sabio jurisconsulto, versado sobre todo en los derechos y en los usos del parlamento, hombre de mucha sangre fria y osado, capaz de conservar la prudencia aun cuando se pusiera á la cabeza de las pasiones populares; y muchos otros, reservados para una época que ninguno de ellos vaticinaba á destinos bien diferentes, y aun á banderías opuestas, y que sin embargo estaban entonces unidos por la igualdad de principios y deseos. La corte no oponia á esta alianza formidable mas armas que el poder de los hábitos, la caprichosa temeridad de Buckingham y la obstinada altanería de Cárlos. Las primeras relaciones del príncipe con el parlamento fueron amigables, y á pesar de sus amenazas conoció el primero que tendria que doblegarse, mientras que el segundo aunque determinado á recobrar todos sus derechos estaba firmemente resuelto á dar al monarca todas las pruebas de adhesion apetecibles. Cárlos no se ofendió por la libertad de los discursos, y estos fueron tan leales como libres. „Suplico á la cámara, dijo „sir Benjamin Rudyard en 22 de marzo de 1628, que huya con „esmero de todo motivo de desavenencias; los corazones de los „reyes estan á tanta altura como su fortuna, y no ceden hasta „que ceden los otros. Abramos al rey un camino para que vuelva „á nosotros como por sí mismo; pues yo no dudo que espera con „impaciencia el momento de verificarlo. Hagamos todos los es„fuerzos imaginables á fin de que el príncipe se ponga de nuestra „parte, y entonces alcanzarémos cuanto acertáremos á desear." A la verdad no todos los diputados tenian estas pacíficas intenciones; pues los habia mas exigentes que sin prever las desgracias que pudiera ocasionar un nuevo rompimiento, presentian la incorregible índole del poder absoluto. A pesar de esto todos se manifestaron animados de los mismos deseos, y la cámara dedicándose simultáneamente al exámen de sus quejas y al de las necesidades del trono, votó por unanimidad á los quince dias de la abertura un subsidio considerable, aunque no dió á su voto el carácter de ley. La alegría de Cárlos fue tanta que en 6 de abril convocó un gran consejo, y al darle noticia del voto de la cámara dijo: „Cuando

„ subí al trono profesaba amor á los parlamentos; despues de al-
„ gun tiempo no sé por qué habia dejado de quererlos; mas hoy
„ han recobrado mi estimacion, y tendré un placer en reunirme á
„ menudo con mi pueblo; pues este dia me da en la cristiandad
„ mas crédito que si hubiera ganado muchas batallas." La misma alegría esperimentó el consejo, y Buckingham creyó que á la par de Cárlos debia manifestar claramente la suya, y felicitó al rey por la armonía que reinaba entre S. M. y el parlamento. "Esto
„ vale mas que un subsidio, dijo; pues abre la mina de subsidios
„ que salen del corazon de nuestros súbditos. Ahora, señor, permi-
„ tidme que añada algunas palabras; confieso que durante mucho
„ tiempo mi vida ha estado colmada de dolores, que el sueño no
„ me proporcionaba reposo, ni la fortuna contento, tanto era mi
„ quebranto al ver que se me reputaba por causa del desacuerdo
„ que habia entre el rey y el pueblo. Ahora no podrá dudarse que
„ habia algunos hombres malévolos que querian presentarme como
„ el genio del mal puesto siempre entre el señor bueno y los súb-
„ ditos leales. Con el favor de V. M. yo me esforzaré á fin de mos-
„ trarme como el genio bienhechor, incesantemente dedicado á
„ procurar la paz y la concordia."

El secretario de Estado Cook dió cuenta á la cámara de la satisfaccion del rey, y de cuán dispuesto estaba á mostrarse propicio á los deseos del parlamento. Los comunes lo celebraron, pero Cook impulsado por la incauta bajeza de un cortesano habló tambien del duque de Buckingham y del discurso que habia pronunciado en el consejo, y esto ofendió á la cámara. "¿Hay algun hombre,
„ de cualquiera rango que sea, dijo sir Juan Elliot, que se atreva á
„ creer que su benevolencia y sus palabras nos alentarán para cum-
„ plir nuestros deberes con respecto á S. M.? ¿O se quiere decir
„ con esto que un hombre tenga poder para inspirar al rey hácia
„ nosotros mas benevolencia de la que S. M. por sí mismo nos
„ tendria? No puedo creerlo. Alabaré siempre y aun daré gracias
„ á cualquiera que emplee á favor del bien público su crédito y
„ sus esfuerzos; mas esa presuncion mucho repugna á las costum-
„ bres de nuestros abuelos y al honor nuestro; no puedo oirlo sin

„sorpresa, ni dejar de vituperarlo, y deseo firmemente que nunca „mas se eche mano de intervencion semejante. Ocupémonos del „servicio del rey, y espero que le serémos tan útiles que no ten„gamos necesidad de mediador ni de ausilio alguno para gran„gearnos su afecto." Cárlos reputó por una insolencia este justo orgullo, y Buckingham lo tuvo por un seguro anuncio de nuevos riesgos; uno y otro callaron sin embargo, y la cámara continuó sus trabajos.

Habia conferenciado con la cámara alta para fijar de comun acuerdo los justos derechos de los súbditos y reclamar su nueva y solemne sancion del príncipe; mas Cárlos informado de los designios que los comisionados de los comunes manifestaban en esas conferencias, comenzó á tener muy vivos recelos. Por esto hizo exortar á la cámara á que diese definitivamente su voto decisivo acerca de los subsidios, y su ministro añadió: „No puedo ocultar „con cuánto disgusto ha llegado á noticia del rey que se trataba „no solo de reclamar contra los abusos del poder, sino tambien „contra el poder mismo, y esto toca muy de cerca al monarca y „á nosotros á quienes el monarca sostiene: hablemos al rey de „los abusos que han podido introducirse en el ejercicio de su au„toridad, y nos oirá con gusto; mas no nos atrevamos á reducir „los límites de sus prerogativas, puesto que quiere enmendar los „contrafueros pero nó mutilar sus derechos.

La cámara de los pares, servil ó tímida, decidió á los comunes á que se limitaran á pedir al rey que declarase que la Gran Carta con los estatutos que la habian confirmado estaban en pleno vigor, que las libertades del pueblo ingles subsistian como en los pasados tiempos, y que el rey no haria uso de las prerogativas inherentes á su poder sino para el bien de sus súbditos. El rey habiendo reunido á las dos cámaras en una sesion solemne en 28 de abril de 1628, declaró que consideraba como intacta la Gran Carta, y como inviolables los antiguos estatutos, é invitó á los dos cuerpos á que contasen para el sostenimiento de sus derechos con su real palabra, mas firme y valedera que cualquier ley nueva que pudiese dárseles. La cámara de los comunes no se dejó intimidar

ni seducir, y considerando que los recientes abusos habian desafiado la fuerza y engañado la prevision de las antiguas leyes, queria garantías nuevas, esplícitas, y revestidas con la sancion del parlamento entero. De nada servia renovar vagamente promesas mil veces violadas, y estatutos por mucho tiempo olvidados; y así la cámara sin gastar el tiempo en vanas palabras, respetuosa pero inflexible, hizo redactar el famoso *bill* conocido con el nombre de peticion de derechos, lo adoptó y transmitiólo á la cámara de los pares á fin de que le diese su asentimiento. Los pares nada tenian que objetar á una ley que consagraba derechos reconocidos ó reprimia abusos universalmente reprobados; mas Cárlos volvia á su propósito primero, pedia de nuevo que se fiase en su palabra, ofreciendo confirmar con una nueva ley la Gran Carta y los antiguos estatutos, dirigiendo incesantes consejos á la cámara alta, mil mensages á la baja, espresándose siempre con prudencia y destreza á pesar de su grande enojo, y haciendo ver solamente su firme resolucion de no permitir que se restringiesen sus derechos, y de no abusar nunca de ellos.

Grande era la perplejidad de los pares pues no acertaban en el medio de asegurar la libertad pública sin quitar al rey el poder absoluto, que á esto se reducia la cuestion en último análisis. Se tentó el espediente de una enmienda, y en 17 de mayo la ley fue adoptada con esta adicion: „Presentamos humildemente á V. M. „esta peticion á fin de asegurar nuestras libertades, y con el justo „designio de dejar intacto el poder soberano de que V. M. está „revestido para la proteccion, la seguridad y el bienestar de sus „súbditos." Cuando la ley volvió á los comunes con esta enmienda M. Alford dijo: „Abramos nuestros anales y veamos lo que dicen. „¿Qué es el poder absoluto? Segun Bodin es aquel poder que no „tiene condicion alguna. Nosotros pues reconocerémos un poder „legal y un poder real; demos al rey lo que la ley le da pero no „le demos mas." „Yo no puedo hablar acerca de esta cuestion, „dijo Pym, porque no comprendo en qué consiste; nuestra peti„cion reclama las leyes de Inglaterra, y aqui se trata de un poder „distinto del de las leyes. ¿En dónde encontramos ese poder? En

„ninguna parte; no está en la Carta ni en los estatutos, y no alcan-„zo de dónde lo tomarémos para concederlo." Si adoptamos esta „enmienda, añadió sir Tomas Wentworth, dejarémos las cosas en „peor estado del que tenian; pues habrémos consignado en una ley „ese poder soberano que nuestras leyes no han conocido nunca."

La cámara se mantuvo firme, el pueblo apremiaba, y los pares harto débiles para reclamar la libertad lo eran tambien demasiado para declararse abiertamente por la tiranía. Retiraron pues la enmienda, y por consideracion á ellos se le sustituyó una frase inútil, y la peticion de derechos adoptada por las dos cámaras fue presentada solemnemente al rey, que vencido al fin prometió admitirla. La respuesta fue vaga y evasiva, no sancionó la ley, y no dijo sino aquello con lo cual la cámara no se habia contentado.

Bien conocieron los comunes que se les escapaba la victoria, y por lo mismo entrados apenas en la asamblea renovaron el ataque. Sir Juan Elliot recapituló con vehemencia todos los desafueros cometidos contra la nacion; dióse órden al ugier para que no dejase salir á nadie de la sala á menos que quisiera ser llevado á la torre, y se resolvió presentar al rey una manifestacion que abrazara todos los puntos, y que se encargó de redactar la comision de subsidios. Apoderábase de algunos miembros aquel prudente miedo que es hijo de la proximidad de un grande trastorno, y que sin discurrir acerca de quién tiene razon ni de lo que debe hacerse, quiere que los hombres se detengan cuando se los ve precipitarse con violencia, Acusaban á Juan Elliot de que obraba por enemistad personal; decíase que sir Tomas Wentworth era imprudente, y que sir Eduardo Coke siempre habia sido duro y terco. En estas circunstancias el rey creyó que podia aprovechar un momento de detencion y aun quizá retroceder un poco, y desde luego hizo prohibir á la cámara que en adelante se mezclase en los negocios de estado. La cámara quedó consternada porque esto era un insulto aun en sentir de los individuos mas moderados, y sin embargo todos callaban cuando Elliot dijo: „Es preciso que hayamos cometido faltas de mucho bulto, puesto que no obstante del celo y del ansia con que hemos procurado ganarnos el ánimo del rey, y

Dios sabe cuán cierto es lo que dijo, se muestra desabrido con nosotros; lo cual debe atribuirse sin duda á falsas noticias que se le han dado. Se dice que hemos manifestado sospechas contra los ministros de S. M., y ningun ministro por muy bienquisto que sea, podria. . . . A estas palabras el presidente se levantó con desenfado de su asiento y dijo llorando: „Tengo órden de interrumpir á cualquiera que hable de los ministros del rey." Sir Elliot volvió á sentarse. „Si no podemos hablar de esto en el parlamen-„to, dijo sir Dudley Diggs, levantémonos y vámonos, ó estémonos „aqui mudos y sin hacer nada." A estas palabras el silencio se hizo general. „Es preciso hablar ahora ó enmudecer para siempre, es-„clamó al fin sir Nathaniel Rich, y en medio de los peligros que „nos cercan no nos conviene callar; pues aunque el silencio nos „salvaria á nosotros, perderia al rey y al estado. Vamos á encon-„trar á los lores, pongamos en su noticia nuestro riesgo, y con „ellos irémos á presentar al rey nuestras súplicas."

Al estupor de la cámara sucedió la cólera: todos los congregados se levantaron, y todos hablaban en medio de la confusion mas grande. „El rey es bueno, dijo M. Kirton, tan bueno como prín-„cipe haya habido en ningun tiempo; los enemigos del estado han „prevalecido cerca de él; mas yo espero que Dios nos dará cora-„zones, brazos y espadas para cortar la cabeza á los enemigos „del rey y á los nuestros." „No es el rey, añadió Coke, quien „nos dice que no nos mezclemos en los negocios de estado, sino „que es el duque." Sí, él es, él es, gritaron por todas partes. El presidente se habia levantado de su asiento, el desórden iba en aumento, nadie trataba de calmarlo, porque los hombres prudentes nada tenian que decir, ya que el enojo es algunas veces legítimo aun á la vista de aquellos que nunca se enojan.

Mientras que la cámara en medio de aquel desórden pensaba adoptar violentas resoluciones, el presidente salió en secreto y con la mayor prisa á fin de dar noticia al rey de todo lo que acontecia. El miedo se comunicó desde la cámara á la corte, y al dia siguiente se esplicó con otro mensage mas templado el que habia producido tan mal efecto, pero ya era tarde para que bastasen las



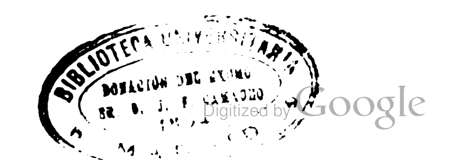
1. Margarita de Anjou, reina de Inglaterra. 2. Traje de corteсano.





1. MARGUERITTE D'ANJOU REINE D'ANGLETERRE,
Femme de Henri VI (1450)

2. COSTUME DE COURTISAN. Règne de Henri VI (1450)



palabras: la cámara estaba en la mayor agitacion, y tratábase en ella de las tropas alemanas que habia alistado Buckingham y que debian desembarcar muy pronto; y hasta hubo quien aseguró que el dia antes habian llegado á Londres doce oficiales alemanes, y que se habia dado órden á dos buques ingleses para trausportar á los soldados. Los subsidios aun no se habian votado, y asi Cárlos y su favorito temieron desafiar por mas tiempo la cólera que de dia en dia iba creciendo. No dudaban que sancionando la peticion de derechos todo se calmaria, y con este fin el rey en 7 de junio se trasladó á la cámara de los pares con la cual la otra estaba reunida. Dijo que habia sido una equivocacion suponer en su primera respuesta un intento oculto, y que estaba dispuesto á dar una que desvaneceria todas las sospechas. Leyóse nuevamente la peticion, y el rey contestó con la fórmula de costumbre: „hágase como se pide." Con esto los comunes alcanzaron el triunfo, pues habian logrado el solemne reconocimiento de las libertades del pueblo ingles. Deseosos de que lo acontecido tuviese toda la publicidad imaginable se habia acordado que la peticion de derechos impresa con la última respuesta del monarca se derramase por el pais, y fuese registrada no solo en las dos cámaras sino tambien en el archivo de Westminster. La concesion de subsidios fue definitivamente adoptada, y Cárlos creyó que ya nada tenia que temer. „He hecho, dijo, todo lo que de mí depende: si el parlamento no tiene „un remate feliz vuestra será la culpa, y nada puede vituperárseme de cuanto en adelante suceda."

Los males crónicos sin embargo no se curan tan pronto, y la ambicion de un pueblo irritado no se satisface con la primera victoria. Era evidente que el sancionar la peticion de derechos no bastaba; pues solo se habia hecho la reforma de los principios, y esta de nada servia sin la reforma práctica, y para ella se necesitaban consejeros. Buckingham quedaba victorioso y el rey percibia los derechos de aduana sin consentimiento del parlamento. La cámara de los comunes conociendo por esperiencia los riesgos de la lentitud, no dejándoles la pasion ver los que habia en las exigencias escesivas y duras, y mezclándose el orgullo y el odio al

instinto de la necesidad determinaron dar al momento los últimos golpes. En una misma semana hicieron dos peticiones: una dirigida contra el duque, y la otra para sentar por principio que los derechos de aduana á la par de otra contribucion cualquiera no debian percibirse sino en virtud de una ley. El rey acabó con su sufrimiento, y resuelto á procurarse á lo menos algun descanso se trasladó á la cámara de los pares, hizo que se reuniera con esta la de los comunes, y en 26 de junio prorogó el parlamento.

Apenas transcurrieron dos meses cuando Buckingham ya habia sido asesinado. En el sombrero de Felton, que fue el homicida, se encontró cosido un papel que recordaba la última peticion de la cámara. Felton lejos de huir ó al menos de defenderse, dijo sencillamente que consideraba al duque como un enemigo del reino; meneó la cabeza al hablársele de cómplices, y murió con toda serenidad confesando no obstante que habia obrado mal.

Este asesinato causó grande turbacion á Cárlos, que se indignó muchísimo por la alegría con que fue sabido por la multitud. Despues de haber prorogado el parlamento procuró complacer los públicos deseos reprimiendo á los predicadores de la obediencia pasiva, mostrándose severo contra los papistas, que eran siempre las víctimas de todas las transacciones entre el príncipe y el pueblo; y el asesinato de Buckingham del cual este esperaba la libertad hizo retrogadar al rey hácia la tiranía. Concedió favor á los adversarios del parlamento; el doctor Montague que perteneció á la cámara de los comunes fue promovido al obispado de Chichester; el doctor Mauwaring que habia sido condenado por la cámara alta obtuvo un pingüe beneficio; el obispo Laud, ya famoso por su apasionada adhesion al poder real y al de la Iglesia pasó á la Sede de Londres. Todo corria de acuerdo con la eleccion de los favorecidos, pues los derechos de aduana se percibian con todo rigorismo, y los tribunales escepcionales mantenian suspensa la accion de las leyes. Cárlos tomando otra vez el camino del despotismo sin estrépito, podia esperar de esta resolucion un éxito feliz, pues al mismo tiempo habia separado de la causa del pueblo á sir Tomas Wentworth, el mas elocuente de sus oradores, el mas distinguido

entre sus gefes, á quien habia creado baron, y que entró en el consejo á despecho de los vituperios y hasta de las amenazas de sus enemigos. „Os cito para la sala de Westminster," le dijo M. Pym al despedirse; pero Wentworth ambicioso y activo se precipitó con ansia hácia la grandeza, bien ageno de prever cuán fatal y odioso habia de ser mas adelante para la libertad. A su desercion siguieron otras, y Cárlos rodeado de consejeros mas graves, mas sabios y menos desacreditados que Buckingham vió sin temor alguno acercarse la nueva apertura del parlamento.

Apenas se hubo verificado cuando la cámara de los comunes quiso saber cómo se habia cumplido la ley de derechos, y supo que en vez de la segunda respuesta del rey se continuó en él la primero, esto es, la evasiva y rechazada. El impresor del rey declaró que al dia siguiente de cerrarse el parlamento se le habia dado órden de hacer aquella variacion y de recoger todos los ejemplares en que estuviese la verdadera respuesta de que Cárlos se vanaglorió diciendo: „He hecho cuanto de mí dependia, y en „adelante no puede achacárseme cosa alguna de lo que suceda." Los comunes revisaron los papeles, vieron la alteracion, y no hablaron mas de ello como avergonzándose de hacer demasiado pública aquella falta de lealtad; mas su silencio no significaba que olvidasen el suceso. Al punto dirigieron sus ataques contra la tolerancia que habia con los papistas, contra el favor concedido á las falsas doctrinas, contra la relajacion de costumbres, la mala distribucion de empleos y dignidades, los procedimientos de los tribunales escepcionales y el menosprecio de la libertad de los súbditos.

Era tal el frenesí de la cámara que llegó á escuchar no solo con calma sino con benevolencia á un hombre desconocido, andrajoso, de mala facha, que hablando por primera vez delataba como un energúmeno y en lenguage abyecto, la indulgencia de un obispo á favor de un predicador oscuro y papista acérrimo. Ese hombre era Olivier Cromwell. En vano procuró Cárlos que los comunes le concediesen los derechos de aduana, que es lo único que le habia impulsado á convocarlos de nuevo; en vano puso en juego

cuando las amenazas, cuando la dulzura; en vano confesó que aquel impuesto á la par que todos los restantes era un puro donativo del pueblo, y que solo al parlamento tocaba establecerlo: fue inútil la repetida demanda de que se otorgasen para mientras durara su reinado segun lo habian ejecutado con casi todos sus predecesores: los comunès fueron inexorables, porque aquella era la única arma que tenian contra el poder absoluto. Mientras se escusaban por su retardo en acceder á los deseos del monarca persistian en lo mismo, y en manifestar sus quejas aunque sin objeto fijo, ni mostrar como en el anterior parlamento, pretensiones claras y categóricas, porque en la asamblea reinaba una turbacion violenta pero indeterminada, y se veia agitada por el sentimiento de un mal que no sabia como curar. El rey se iba cansando; se le negaba su peticion sin hacérsele ninguna, sin que nada se le presentara que pudiese rechazar ó admitir con aire de manifiesta malevolencia, y cual si fuera inventada de propósito á fin de poner trabas á su gobierno. Díjose que tenia intencion de prorogar las cámaras, y sir Juan Elliot propuso inmediatamente en el dia 2 de marzo de 1629 que se hiciese una representacion contra el cobro de los derechos. El presidente alegando una órden del príncipe se negó á ponerlo á votacion; pero como la cámara insistiese se levantó del asiento, y á pesar de los esfuerzos que los amigos de la corte hicieron para arrancarlo de manos de sus enemigos, Hollis, Valentine y algunos otros diputados, le obligaron á que de nuevo se sentara. „Por Dios, le dijo Hollis, que os estaréis sentado aqui „hasta que se levante la sesion." „Ni quiero, dijo el presidente, „ni puedo, ni me atrevo." Pero se habia soltado el freno á las pasiones, y á viva fuerza hubo de permanecer en su puesto. Informado el rey de aquel desórden hizo mandar al ugier de la cámara que se retirase con la maza, que era lo mismo que suspender de derecho las deliberaciones; pero el ugier fue detenido como el presidente, se le quitaron las llaves del salon y se encargó de guardarlas el diputado Miles Hobart. El rey envió otro mensage para disolver el parlamento; mas el enviado encontró la puerta cerrada por dentro y no pudo introducirse en el congreso. Furioso Cárlos

hizo llamar al capitan de su guardia para que fuese á derribar la puerta; pero la cámara ya se habia retirado despues de adoptar una protesta que declaraba ilegal la percepcion de los derechos de aduanas y traidor al que los recaudase ó consintiera en satisfacerlos.

Toda transaccion era ya imposible, y el rey se presentó en la cámara de los pares. „Jamas, les dijo, he penetrado en esta cámara en situacion mas desagradable: vengo á disolver el parlamento. La sediciosa conducta de la cámara baja es la causa de esta resolucion; no acuso á todos sus individuos, pues ya sé que hay muchos que son súbditos honrados y leales y que se han dejado corromper ó amedrentar por unos pocos maldicientes. Los malévolos serán tratados como merecen. En cuanto á vosotros, milores de la cámara alta, podeis contar por mi parte con la proteccion y con el favor que un buen rey debe á la nobleza fiel." En seguida se disolvió el parlamento y en 10 de marzo del mismo año se publicó un manifiesto en que se decia: „Ha cundido la voz de que muy pronto se reunirá otro parlamento, y esta voz ha sido inventada con un designio perverso. S. M. ha demostrado que no tiene ninguna aversion hácia el parlamento, mas los últimos escesos de este le han decidido á su pesar á variar de conducta. En adelante reputará como un acto de insolencia todo discurso y todo paso que tienda á fijar época para la convocacion del nuevo parlamento."

Cárlos mantuvo su palabra, y atendió á gobernar por sí solo.

En materia de gobierno es sumamente peligroso adoptar un sistema como por ensayo y con la esperanza de que podrá sustituirse por otro siempre que se quiera. Esta fue la falta que cometió Cárlos. Habia procurado gobernar de comun acuerdo con el parlamento, pero estando persuadido y repitiéndolo sin cesar, que en caso de que el parlamento fuese muy indócil podria prescindir de él. Con la misma ligereza emprendió la carrera del despotismo manifestando sin reparo su intento de seguirla, pero creyendo que si la necesidad se hacia muy urgente siempre tendria tiempo de recurrir al parlamento. Igual era el dictámen de sus mas hábiles con-

sejeros; y asi ni estos ni él concibieron entonces el proyecto de abolir para siempre las antiguas leyes de Inglaterra y el gran consejo nacional. Menos audaces que imprevisores, y menos perversos que insolentes, sus palabras y aun sus disposiciones traspasaban el fin que tenian sus planes. El rey, decian, se mostró justo y bueno para con su pueblo, habia tolerado y concedido mucho, pero la cámara de los comunes no satisfecha con todo esto exigia que el rey se pusiese bajo su tutela, y esto no podia hacerlo sin dejar de ser rey. Cuando el príncipe y el parlamento no podian ponerse de acuerdo, en concepto de aquellos debia ceder este, porque solo el príncipe era el soberano; y pues que la cámara era tenaz no habia otro remedio que gobernar prescindiendo de ella. La necesidad de obrar asi era manifiesta, el pueblo la habia de comprender mas ó menos tarde, y entonces nada impedia que el rey llamase al parlamento, que se habria hecho mas prudente.

La corte mas incauta todavía que el consejo no vió en la disolucion mas que una restauracion. Cuando los cortesanos tenian á la cámara baja por testigo de sus acciones vivian con disgusto, pues ninguno osaba trabajar en pro de su fortuna, ni hacer alarde de su favor. Las trabas del gobierno trastornaban las intrigas, amortecian las fiestas de Whitehall; el rey estaba de mal humor y la reina vivia intimidada: asi es que disuelto el parlamento todos estos males desaparecieron: las frívolas grandezas podian ostentar su brillo, y la ambicion contaba con un campo libre en que desplegarse. La corte nada mas que esto pedia, y poco le importaba que para alcanzar esto se cambiase ó nó la forma de gobierno.

El pueblo juzgó las cosas de muy distinta manera; pues la disolucion no fue á sus ojos mas que un síntoma manifiesto de un gran designio, que no podia ser otro que la resolucion de abolir el parlamento. Apenas se habia disuelto la cámara cuando en todos los lugares en que residia la corte, los papistas ocultos ó declarados, los encomiadores y los adictos al poder absoluto, los hombres de intriga ó los frívolos, indiferentes á todas las creencias, se felicitaban recíprocamente por su triunfo; mientras que eran detenidos en la torre y en las principales cárceles de Londres y de los condados

los sostenedores de los derechos públicos, y tratados con desprecio y con rigor por lo que habian dicho ó hecho en el inviolable santuario del parlamento. En vano reclamaban sus privilegios, en vano pedian la libertad bajo fianza; los jueces vacilaban, y como el rey los mandaba, al fin las súplicas de los presos eran negadas. Sin embargo de esto estuvieron tan lejos de amedrentarse que la mayor parte de ellos se negaron á confesarse culpables de falta alguna y á pagar las multas que se les imponian prefiriendo continuar en la cárcel.

Mientras duraron estos procedimientos fue tomando creces el odio público que al fin no vaciló en manifestarse. Aquello podia llamarse una prolongacion del parlamento vencido y dispersado, pero que luchaba todavía ante los jueces del pais por el órgano de sus gefes. La firmeza de los acusados mantenia el fervor del pueblo, que los veia ir y volver de la torre á Westminster, y los acompañaba aclamándolos y haciendo votos en favor de ellos. Por otra parte la visible ansiedad de los jueces daba lugar á alguna confianza, de modo que si bien se decia: „todo está perdido", se continuaba esperando y temiendo como en lo mas recio del combate. Al fin los procesos tuvieron término, y algunos de los acusados, sea por temor, sea por seduccion, pagaron las multas, y condenados á vivir á diez millas á lo menos de la residencia del rey fueron á ocultar su debilidad á los condados. La noble perseverancia de los demas fue ahogada en los calabozos, el pueblo que ya no veia ni oia cosa alguna calló y desapareció tambien, y el poder que ya no encontraba adversarios se creyó árbitro del pueblo que acababa de enagenarse. El 14 de abril de 1629 Cárlos hizo la paz con la Francia; en 25 de noviembre de 1630 con la España, y se vió al fin sin rivales en su reino y sin enemigos esteriores.

Durante algun tiempo no fue difícil regir las riendas del estado, porque los ciudadanos se ocupaban esclusivamente de sus negocios; ninguna cuestion vital, ninguna conmocion poderosa agitaba á los gentiles-hombres en las reuniones de los condados, ni á los particulares en las juntas municipales, ni á los marinos en los puer-

tos, ni á los menestrales en sus talleres. No se crea por esto que la nacion vegetase en un estado de apatía; su actividad tomó otra camino, y no parecia sino que en medio del trabajo hubiese olvidado los reveses sufridos por la libertad. El despotismo de Cárlos, mas altivo que ardiente, le turbaba muy poco en su nuevo estado; pues el príncipe ni meditaba vastos designios, ni tenia necesidad de una gloria brillante y arriesgada, bastándole gozar magestuosamente de su poder y de su rango. La paz le dispensaba de exigir del pueblo gravosos sacrificios; el pueblo se dedicaba á la agricultura, al comercio y al estudio, sin que á cada paso viniese una tiranía ambiciosa y agitada á trastornar sus esfuerzos ó á comprometer sus intereses. Asi era que la prosperidad pública se desarrollaba rápidamente, reinaba entre los ciudadanos el órden, y aquel estado de regularidad floreciente hacia aparecer sabio al gobierno y resignado al pais.

La persona mas inmediata al trono, y los mas allegados servidores de este fueron los que suscitaron los primeros embarazos al gobierno; pues apenas se juzgó calmada la lucha entre el rey y el pueblo cuando la reina y los ministros, la corte y el consejo formaron dos bandos á fin de disputarse el despotismo recientemente nacido. Desde su llegada á Inglaterra habia manifestado la reina lo poco que le habia gustado su nueva patria. Religion, instituciones, costumbres, idioma, todo se le hizo repugnante: poco despues de su matrimonio ya trató al rey con una insolencia pueril, y Cárlos exasperado por el modo como manifestaba su disgusto, se vió en la precision de despedir para el continente á algunos de los servidores que trajo la reina. Solo el placer de reinar podia consolar á esta del disgusto de no vivir en Francia, y contó con satisfacerlo desde el dia en que ya no hubo de temer al parlamento. Á fuer de señora de carácter dispierto y agradable, no le costó mucho adquirir sobre su esposo jóven y de costumbres puras, un ascendiente que él le concedió con una especie de gratitud, y como lisonjeado de que su esposa consintiese en hallarse bien á su lado; mas la felicidad de la vida doméstica que hacia el encanto del espíritu grave de Cárlos, no era suficiente para el carácter li-

gero é inquieto de Enriqueta, que necesitaba un imperio absoluto y arrogante, el honor de saberlo y arreglarlo todo, y por decirlo de una vez, el poder cual desea ejercerlo una muger caprichosa. Agrupábanse á su alrededor por una parte los papistas, por otra los ambiciosos frívolos, los intrigantes, los cortesanos jóvenes que habian aprendido en Paris el secreto de hacérsele gratos; y estos solo de ella esperaban su fortuna, y aquellos el triunfo, ó á lo menos la tolerancia de sus principios religiosos. En su vivienda se reunian los católicos y los emisarios de Roma para tratar de sus secretas esperanzas; sus favoritos hacian alarde en ella de las ideas y de las costumbres y hasta las modas de las cortes continentales. Allí todo era estraño y ofensivo para las creencias y los hábitos del pais, y diariamente se revelaban pretensiones y proyectos que no podian llevarse á cabo sino con medidas estralegales ó favores exorbitantes. La reina tomaba parte en estas intrigas, aseguraba su buen éxito, lo exigia del rey y aun reclamaba que para honrarla á la vista del pueblo, segun solia decir ella misma, la consultase en todos los negocios y no hiciese cosa alguna sin contar con su voto. Si el rey se resistia á sus deseos le echaba en cara de un modo insolente que no sabia ni reinar ni amarla, y entonces Cárlos solo pensaba en desvanecer su tristeza ó su ira, y se tenia por feliz al considerar que se inquietaba por su poder y por su amor.

Para los mas serviles consejeros hubiera sido penoso sufrir sin resistencia su imperio caprichoso, y Cárlos tenia dos de ellos ilustrados é independientes, y que consagrados á sustentar su poder querian servirle de una manera muy diversa de lo que exigian los caprichos de una muger y las pretensiones de la corte. Cuando lord Wentworth (que mas adelante fue conde de Strafford) abandonó su partido para unirse al del rey, no hubo de sacrificar principios fijos ni hacer cobardemente traicion á su conciencia, puesto que á fuer de ambicioso y entusiasta habia sido patriota por odio á Buckingham, por afan de gloria, y para desplegar de un modo brillante su talento y su fuerza, mas bien que por una conviccion virtuosa y profunda. Obrar, encumbrarse y dominar, hé aqui su objeto,

ó mas bien la necesidad de su índole. Entrado en el servicio de la corona abrazó con ahinco la causa del poder real como lo hizo en otro tiempo con la causa de la libertad del pais; mas esta vez lo ejecutó de veras y con orgullo á fuer de ministro entendido y áspero, nó á guisa de cortesano frívolo y obsequioso. Como su talento era demasiado estenso para concretarse al círculo de las intrigas domésticas, y su orgullo harto violento para doblegarse á las exigencias de la corte, se dedicó con fervor á los negocios desafiando todas las rivalidades, echando por tierra todos los obstáculos: asi se mostró ardiente para estender y asegurar la autoridad real que venia á ser la suya, mas al propio tiempo se dedicaba á restablecer el órden, á estirpar los abusos, á derrocar los intereses privados que consideraba ilegítimos, y á servir á los intereses generales que no le parecian temibles. Aunque era un déspota fogoso, no estaban apagados en su corazon el amor de la patria, el de su prosperidad, el de su gloria, y comprendia muy bien con qué condiciones y con qué medios puede comprarse el poder absoluto. La idea dominante, la norma de su conducta, y que procuraba inocular en el gobierno real, era una administracion arbitraria pero firme, consecuente, laboriosa, despreciadora de los derechos del pueblo, pero ocupada en el bienestar público, estraña á los abusos diarios, á los desarreglos comunes, y capaz de subordinar á su voluntad y á sus miras á grandes y pequeños, á la corte lo mismo que á la nacion entera.

Iguales eran la disposicion y los designios del arzobispo Laud, amigo de Strafford, por mas que sus pasiones fueran menos mundanas, y su fervor mas desinteresado. Severo en sus costumbres y sencillo en su vida privada, el poder le inspiraba una adhesion fanática; ora lo sirviera ora lo ejerciese. Para él, mandar y castigar era establecer el órden, y en su concepto el órden era siempre la justicia: su autoridad era infatigable, pero reducida á estrechos límites, violenta y dura. Igualmente incapaz de tener contemplaciones con los intereses, y de respetar los derechos perseguia á ojos ciegos las libertades y los abusos, oponiendo á los unos una probidad rígida, y á los otros una animosidad ciega. Era brusco é iracundo

con los ciudadanos lo mismo que con los palaciegos, incapaz de procurarse amistades, y de prever y sufrir resistencia alguna; vivia persuadido de que el poder puesto en puras manos era bastante para todo, y estaba constantemente ocupado en una idea fija que le dominaba con el ardor de una pasion y con la autoridad del deber.

Estos consejeros convenian mucho á la nueva situacion de Cárlos, porque estraños á la corte no tanto se curaban de complacerla como de servir á su amo, y por otra parte no tenian la fastuosa insolencia ni las raras pretensiones de los favoritos. Uno y otro eran perseverantes, audaces, laboriosos y adictos. Apenas fue confiado á Strafford el gobierno de Irlanda, cuando este reino que hasta entonces habia sido un embarazo y una carga para la corona, se convirtió en un manantial de riquezas y de fuerza. Pagóse la deuda pública, las rentas antes percibidas sin órden y dilapidadas escandalosamente se administraron con regularidad y escedieron á los gastos; los magnates cesaron de vejar impunemente á los pueblos, y las facciones aristocráticas ó religiosas de desgarrarse con libertad entera. El ejército que Strafford habia encontrado débil, desnudo é indisciplinado se aumentó mucho, adquirió disciplina, estuvo bien pagado y acabó de saquear á los habitantes. Con el órden prosperó el comercio, la agricultura hizo progresos y adquirió medros la industria; de manera que la Irlanda fue gobernada arbitraria y duramente, y aun no pocas veces con una tiranía atroz, pero de un modo muy favorable á la civilizacion comun y al poder real, en vez de que hasta entonces estaba á merced de la rapacidad de los empleados en el fisco, y bajo el dominio de una aristocracia ignorante y egoista.

Laud investido en Inglaterra y en cuanto á los negocios civiles de una autoridad menos estensa y concentrada que la de Strafford en Irlanda, y por otro lado menos hábil que su amigo, no dejó sin embargo de seguir una conducta muy análoga á la suya. Como gefe de la tesorería no solo supo reprimir las dilapidaciones, sino que se dedicó á conocer los diferentes ramos de las rentas públicas y á escogitar todos los medios que pudiesen hacer su recau-

dacion menos gravosa á los contribuyentes. En la administracion de las aduanas se habian introducido graves abusos y odiosas trabas en pro de los intereses de los particulares, y Laud oyó las reclamaciones de los comerciantes, ocupaba sus ratos de huelga hablando con ellos, se ilustró acerca de los intereses generales del comercio y lo libró de las vejaciones de que no sacaba provecho alguno el erario. Mas tarde por consejo suyo se dió el destino de tesorero á Juxon obispo de Londres, varon laborioso, moderado, y que puso fin á varios desórdenes tan perjudiciales á la corona como á los particulares. Para servir á lo que él creia un interes del rey ó de la Iglesia oprimia al pueblo y daba los mas inicuos consejos; pero siempre que no se tratase de la Iglesia, y sí del monarca, queria el bien, buscaba la verdad y la sostenia sin temer por sí, y sin consideraciones á ninguna clase de intereses.

Este gobierno íntegro y aplicado, pero arbitrario, tiránico y ageno de toda responsibilidad era poco para el pais y demasiado para la corte. Los favoritos pueden medrar con él, pues si se hacen enemigos tambien grangean partidarios, y en este conflicto de intereses personales un intrigante diestro contraresta á los que ofende con aquellos á quienes sirve; pero el que desea gobernar por medio del despotismo, ó conforme con las leyes consultando el interes general del príncipe ó del pueblo, debe contar con el odio de todos los cortesanos. Asi fue que bien pronto se insinuó contra Strafford y Laud, y mucho mas violento y quisquilloso que el de la nacion. Cuando Strafford se presentó por primera vez en Whitehall, los palaciegos vieron con una risa fisgona la súbita elevacion y los modales muy poco galantes de un gentil-hombre de provincia, particularmente conocido por su oposicion en el parlamento; y no disgustaron menos las costumbres austeras, la teológica pedantería y la ceguedad poco atenta de Laud, y no debe estrañarse que asi sucediese, porque estos dos hombres ademas de su apostura y de sus modales tenian contra sí en la corte el ser altaneros, poco cuidadosos de su persona, menos complacientes; enemigos de intrigas, aconsejadores de la economía, y aficionados á hablar de negocios y de necesidades de que la corte no gusta de ocuparse. La reina les to-

mó aversion porque perjudicaban su influjo con el rey: el alta aristocracia se ofendió de su poder, y la corte entera se unió bien pronto con el pueblo para atacarlos, declamando á la par de este contra su tiranía. No por esto los abandonó Cárlos porque confiaba en su saber y en su adhesion; sus máximas le convencian, y ademas profesaba un respeto mezclado de afecto á la mucha piedad de Laud; mas si bien es cierto que el rey los conservaba en su servicio á despecho de la corte, estaba muy lejos de sujetar la corte á su gobierno. Severo en sus afectos y en su vida esterior, era en el fondo harto ligero y poco advertido para penetrar todas las dificultades del poder absoluto, y la necesidad de sacrificárselo todo; y asi es que á sus ojos los derechos de la soberanía eran tales que no le parecia haber cosa alguna que reclamase el mas mínimo esfuerzo. En el consejo solia ocuparse con bastante atencion de los negocios públicos; pero cumplido este deber no se dedicaba á cosa alguna, y la necesidad de gobernar podia en él mucho menos que el gusto de reinar. El buen ó mal humor de la reina, los hábitos de la corte, las prerogativas de los empleados de palacio, le parecian cosas importantes y que no era justo olvidar por los intereses políticos de su corona. De aqui se originaban para sus ministros trabas pequeñas, si se quiere, pero continuas, y en las cuales el rey los dejaba abandonados, creyendo que hacia bastante para ellos y para sí mismo manteniéndolos en su puesto. Debian ejercer el poder absoluto, y les faltaba la fuerza desde el punto en que reclamaban algun sacrificio doméstico, alguna medida contraria á la etiqueta y á las reglas que se seguian en Whitehall. Mientras que Strafford tuvo el gobierno de Irlanda se vió obligado á dar continuas esplicaciones y á hacer apologías de sus actos; pues ora se le acusaba de haber hablado de la reina con ligereza, ora de que alguna familia prepotente se quejaba de su orgullo; de modo que habia de justificar sus palabras, sus modales, su carácter, y contestar á los rumores que acerca de él corrian en palacio; y no siempre alcanzaba un asentimiento que tranquilizándole en cuanto los riesgos ocultos, le pusiese en estado de desplegar sin temor la autoridad que á despecho de todo se le dejaba.

Hé aqui la razon por qué sin embargo del celó de sus principales consejeros, del sosiego del pais, de la rigidez de costumbres del rey, y del orgullo de su lenguage, el gobierno no tenia consideraciòn ni fuerza. Turbado por intestinas discordias, sujeto á influjos opuestos, unas veces sacudiendo con arrogancia el yugo de las leyes, y cediendo otras á los mas despreciables obstáculos, carecia de plan de conducta, y olvidaba á cada instante sus proyectos. No solo habia abandonado en Europa la causa del protestantismo, sino que prohibió á lord Scudamore su embajador en Paris que asistiese á los oficios divinos en la capilla de los reformados, porque lo consideraba poco conforme con los ritos de la iglesia anglicana. Y á pesar de esto permitia que el marques de Hamilton formase en Escocia una division de seis mil hombres, y fuera á combatir á su cabeza bajo las órdenes de Gustavo-Adolfo, sin prever que aquellas tropas adoptarian allí los sentimientos y las creencias de los puritanos que la iglesia anglicana proscribia. La fe de Cárlos en la religion reformada cual la habian constituido Enrique VIII é Isabel, era sincera, y no obstante, ora fuese un esceso de ternura hácia su muger, ora una espíritu de moderacion y de justicia, ora un instinto de conveniencia para el poder absoluto, no solo otorgaba muchas veces á los católicos una libertad que entonces era ilegal, sino que les concedia favores muy considerables. El arzobispo de Laud tan sincero como su amo escribia contra la corte de Roma, predicaba con calor contra el culto que se seguia en la capilla de la reina, y al misma tiempo se manifestaba tan propicio al sistema de la Iglesia romana, que el pontífice creyó que no hacia ninguna cosa irregular ofreciéndole el capelo en agosto de 1633. En la marcha de los negocios civiles reinaba la misma incertidumbre y la inconsecuencia misma, pues no se dejaba ver en ella ningun designio sólido, ni se hacia sentir ninguna mano poderosa. Desplegábase faustuosamente el despotismo, y en ciertas ocasiones se ejercia con rigor; mas para cimentarlo hubieran sido menester demasiados esfuerzos y demasiada perseverancia, y ni siquiera se pensaba en esto, de modo que las pretensiones iban de dia en dia sobrepujando á los medios. El tesoro era administra-

do con órden y probidad, el rey no era pródigo y los apuros de dinero eran los mismos que pudieran ocasionar la prodigalidad del príncipe y las dilapidaciones del tesoro; de la misma manera que Cárlos se habia negado con orgullo á ceder al parlamento á fin de alcanzar de él rentas suficientes para cubrir los gastos, asi hubiera creido humillarse rebajando sus gastos al nivel de sus rentas. El esplendor del trono, las fiestas de la corte, los antiguos hábitos de la corona eran á su entender condiciones precisas, derechos y hasta deberes de la monarquía, y tan pronto ignoraba cuáles eran los abusos capaces de dar lo necesario para hacer todo eso, tan pronto sabiéndolo no tenia valor para reformarlos. De modo, que si bien la paz no reclamaba de él ningun gasto estraordinario, no podia satisfacer todas las necesidades de su gobiermo. El comercio de Inglaterra prosperaba, la marina mercante, mas numerosa y activa de cada dia, pedia la proteccion de la marina real; Cárlos la prometia confiando que podria darla, y aun de tiempo en tiempo hacia un esfuerzo grande para cumplir su promesa; pero comunmente los convoyes del comercio no podian ser escoltados, las naves no tenian aparejos, y los marineros estaban sin paga. Los piratas berberiscos infestaban la Mancha y el canal de S. Jorge, hacian desembarcos, saqueaban los pueblos, y reducian á la esclavitud á millares de habitantes. El capitan Rainsborough encargado de echarse sobre la costa de Marruecos para destruir una de sus guaridas, encontró allí trescientos setenta esclavos ingleses é irlandeses, y la impotencia y la imprevision del gobierno llegaron al punto de que Strafford hubo de armar á sus costas un buque á fin de poner á Dublin al abrigo de las demasías de los piratas.

No se ocultaban estos riesgos y la suma impericia del gobierno á los hombres conocedores: los ministros estrangeros residentes en Londres los ponian en conocimiento de sus reyes; y por esto á despecho de la aparente prosperidad de la Inglaterra, bien pronto se esparció por Europa la opinion de que el gobierno de Cárlos era débil, imprudente y poco firme; y en Paris, en Madrid, en La Haya, sus embajadores fueron tratados con poca consideracion y

hasta con menosprecio. Strafford, Laud y algunos otros consejeros conocian el mal y procuraban remediarlo, y sobre todos el primero como mas osado y mas conocedor luchaba esforzadamente contra los obstáculos: temia mucho por el porvenir y hubiera querido que el rey, dando á los negocios una marcha no interrumpida y siguiéndola con perseverancia se procurase una renta fija, tuviera los arsenales provistos, fortificadas las plazas y un ejército. En cuanto á él no solo no temia convocar el parlamento de Irlanda, sino que bien por el terror que inspiraba, bien por los servicios que hacia al pais, lo convirtió en el mas dócil y útil instrumento de su poder. A pesar de esto, Cárlos le prohibió que lo convocase de nuevo, pues tanto él como la reina temblaban al solo nombre de parlamento, y los temores de su amo no permitieron á Strafford que resistiese á la tiranía con las formas y el apoyo de la ley; y despues de haber insistido en esto la repeticion de las negativas le obligaron á ceder. Aunque enérgico gemia bajo de la debilidad, y á pesar de su prevision tenia que servir á la ceguera. Algunos de los consejeros que pensaban como él, pero que eran mas egoistas, ó conocian mejor la inutilidad de sus esfuerzos, se retiraron al ver que era imposible sostenerlo sin empeñarse en combates, y lo dejaron solo con Laud para que uno y otro fuesen el blanco de las intrigas y de los odios de la corte.

Cuando la tiranía es frívola é inepta solo puede sostenerse haciéndose mayor cada dia, y hé aqui por qué la de Cárlos si no fue la mas cruel era la mas inicua y abusiva que hasta entonces sufriera la Inglaterra. Sin poder pretestar alguna urgencia pública, sin deslumbrar con algun resultado de bulto, y sí solo para satisfacer necesidades oscuras y para saciar caprichos infructuosos, desconoció y ofendió los antiguos derechos y los recientes deseos, echando á un lado las leyes, las opiniones del pais, los reconocimientos y las promesas del mismo rey, probando al acaso y segun las circunstancias del momento todas las especies de opresion, adoptando las mas temerarias resoluciones, las mas ilegales medidas, nó con el objeto de asegurar el triunfo de un sistema consecuente y temible, sino para sostener con espedientes que solo duraban un

dia un poder que á cada paso topaba con obstáculos. Algunos consejeros sutiles hojeando sin cesar registros antiguos con el fin de descubrir algun ejemplar de iniquidades olvidadas desenterraban los abusos de los pasados tiempos y los erigian en derechos del trono, y al momento los agentes secundarios, mas ignorantes y mas atrevidos convertian estos supuestos derechos en vejaciones positivas, y cuando los agraviados reclamaban contra ellos tenian que habérselas con jueces serviles que declaraban ser cierto que la corona habia disfrutado en otro tiempo aquellas prerogativas. Cuando se dudaba de la accesibilidad de los jueces ó se queria contemporizar con su influjo se encargaban de suplirlos los tribunales escepcionales, y por lo mismo dispensados de observar las leyes comunes, y de este modo la ilegitimidad de los jueces estralegales venia en ausilio de la tiranía, cuando no bastaba para satisfacerla el servilismo de los magistrados legales. Asi fue como se restablecieron contribuciones caidas en desuso, y se inventaron otras; asi fue como parecieron de nuevo aquella innumerable muchedumbre de monopolios introducidos y abandonados por Isabel, restaurados y abandonados tambien por Jacobo I, constantemente rechazados por el parlamento, abolidos por Cárlos mismo, y los cuales vendiendo esclusivamente á los contratistas ó á cortesanos privilegiados la mayor parte de las rentas públicas, hacian sufrir al pueblo, y lo exasperaban todavía mas con el inicuo y desordenado reparto de sus productos. El ensanche de los bosques reales, cuyo abuso tantas veces habia sublevado á los barones de la antigua Inglaterra, se hizo tan escandaloso que al solo bosque de Rockingham desde seis leguas de circuito que tenia llegó á dársele sesenta, y al mismo tiempo se inquirian y castigaban con multas enormes las mas pequeñas usurpaciones de los ciudadanos. Recorrian los condados algunos comisarios regios poniendo en duda las títulos de los poseedores de antiguos dominios de la corona, la tasa de los emolumentos que debia pagarse por ciertos empleos, el derecho de los ciudadanos para edificar nuevas casas, el de los labradores para convertir los prados en tierra de sembradura; y los tales no pensaban en reformar los abusos sino en ven-

der caro el permiso de continuar con ellos. Los privilegios y los desórdenes de todo género eran objeto de vergonzosos ajustes entre el rey y aquellos que los beneficiaban. La severidad de los jueces era tambien materia de tráfico; pues como por el menor pretesto imponian horrorosas multas, aquellos que temian ser víctimas de severidad semejante conjuraban el riesgo comprando á los jueces. Parecia que los tribunales no tuviesen otro objeto que proveer á las necesidades del príncipe ó arruinar á los enemigos de su poder. Cuando en algun condado se manifestaba el descontento de manera que se hiciese temible ejercer en él semejante procedimiento, entonces se desarmaba su milicia, y se sustituia con tropas á las cuales tenian que dar casa, alimentos y vestido los habitantes. Eran encarcelados los que no pagaban lo que nunca debieron, y para salir de la cárcel habia de pagarse lo que se reclamaba por entero, ó una parte al menos segun la fortuna, el crédito ó el modo de manejarse de los oprimidos. Impuestos, cárcel, procedimientos judiciales, rigores ó gracias, todo era arbitrario, y la arbitrariedad se ejercia diariamente con mas rigor contra los ricos porque de ellos podia sacarse fruto, y contra los pobres porque en esto no habia riesgo, y cuando las quejas eran tantas que llegaban á poner en alarma á la corte, los magistrados que dieron lugar á ellas compraban tambien la impunidad. En un acceso de despotismo insensato Strafford hizo condenar á muerte á lord Mountnorris sin mas motivo que haber hablado con alguna inconsideracion, y aunque el fallo no se habia ejecutado, la sola noticia del procedimiento produjo contra él en Irlanda, en Inglaterra y en el mismo consejo real un descontento general que se manifestó de un modo muy ostensible. Para calmar la tempestad envió á Londres seis mil libras esterlinas para repartir entre los principales consejeros. Lord Cottington, antiguo y diestro cortesano á quien Strafford habia encargado el reparto le contestó: "He tomado un camino mas corto dando el dinero al que podia hacer el negocio, es decir, al mismo rey." Strafford alcanzó á este precio no solo quedar libre de toda persecucion, sino que se le dió facultad de repartir segun su antojo y entre sus favoritos los despojos del hombre á quien habia condenado.

Tal era el efecto de las urgencias de Cárlos á quien su temor llevó mucho mas allá de lo que hubieran hecho sus solas necesidades. A pesar de su presuntuosa ligereza, algunas veces se conocia débil y buscaba apoyo; y por esto hizo algunas tentativas á fin de restituir á la alta aristocracia la fuerza que ya no tenia. So pretesto de precaver la disipacion se dió órden á los gentiles-hombres para que fuesen á vivir á sus condados; mas el verdadero motivo de esta medida era porque se temia su influencia en Londres. Un tribunal privilegiado se encargó particularmente de celar que se tuviesen á los señores las consideraciones que se les debian, y desde entonces la falta de respeto, una inadvertencia, una chanza, las acciones mas sencillas en que pareciese que se olvidaba la superioridad de su rango ó de sus derechos eran castigados con enormes multas que se distribuian entre el rey y el ofendido. Quísose convertir á los cortesanos en una clase poderosa y respetada; pero las tentativas hechas con este objeto no produjeron fruto, bien porque se conociese su vanidad, bien porque el recuerdo de los antiguos barones inspirase todavía al rey alguna desconfianza hácia los que eran sus descendientes, algunos de los cuales hacian causa comun con los descontentos, y solo ellos gozaban de crédito en el pais. Siempre que se ofrecia ocasion oportuna continuábase humillando á los simples gentiles-hombres ante los grandes señores; mas fue preciso buscar en otra parte una corporacion que siendo ya fuerte por sí misma pudiese todavía recibir algo de la corona y sostener el poder absoluto participando de él en algun modo. Hacia mucho tiempo que el clero ingles deseaba que se le diese este encargo, y entonces fue llamado á desempeñarlo.

La iglesia anglicana, emanada en su orígen de la sola voluntad del soberano temporal, habia perdido como lo hemos visto toda su independencia; ya no tenia mision divina y no subsistia por su propio derecho. Los obispos y el alto clero, estraños al pueblo que no los elegia, separados del papa y de la Iglesia universal que antes fue su apoyo, no eran mas que unos delegados del príncipe y sus primeros servidores; posicion harto falsa para un cuerpo encargado de representar la fe, que es lo mas independiente y lo mas

elevado que hay en el hombre. Muy luego en verdad habia conocido la iglesia anglicana este vicio de su naturaleza, pero sus riesgos y el terrible brazo de Enrique VIII y de Isabel no le permitieron hacer cosa alguna para sacudir ese yugo, y entonces atacada á la vez por los católicos y los no reformistas, vacilante todavía en su doctrina, como en sus posesiones, se entregó sin reserva al servicio del príncipe temporal, profesando su propia dependencia y admitiendo la supremacía absoluta del trono, único que podia salvarla de sus enemigos. Hácia el fin del reinado de Isabel hubo algunos síntomas aunque débiles y aislados que revelaron en la iglesia anglicana pretensiones mayores. El doctor Bancroft, capellan del arzobispo de Cantorbery, sostuvo que el episcopado no era de institucion humana, que el gobierno de la Iglesia habia sido el mismo desde los apóstoles, y que los derechos de los obispos no emanaban del soberano temporal sino del mismo Dios. Comenzaba aquel clero á creerse mas firme y probaba dar un paso hácia la emancipacion; pero la tentativa que se arriesgó con temor, fue rechazada con orgullo. Isabel recobró la plenitud de su supremacía espiritual, repitiendo á los obispos que sin su voluntad no eran nada, y el mismo arzobispo de Cantorbery se contentó con decir que deseaba que el doctor tuviese razon, pero que no se lisonjeaba de ello. El pueblo se declaró decididamente por la reina, pues solo intentaba llevar mas adelante la reforma, y no ignoraba que los obispos al aspirar á la independencia no querian librar de la autoridad temporal á la fe, sino oprimirla en su propio nombre. Nada se decidió en tiempo de Jacobo I, porque á fuer de egoista y artero no le importaba agravar el mal con tal que eludiese el riesgo. Por esto sostuvo su supremacía, pero fue concediendo tanto favor á los obispos, tomándose tanto trabajo para asegurar su poder, maltratando con tan poca consideracion á sus enemigos, que su confianza y su fuerza fueron diariamente en aumento. Mientras con mucho empeño proclamaban el derecho divino del trono no olvidaban el suyo; lo que Bancroft habia insinuado con timidez, fue la opinion que profesaba todo el alto clero que se sostuvo en muchos escritos y se predicó en las iglesias. El

mismo Bancroft fue electo obispo de Cantorbery. Cada vez que el rey hacia ostentacion de su prerogativa, el clero se inclinaba con respeto, mas despues de aquellas momentáneas demostraciones de humildad, insistia en sus planes, indicando siempre que se dirigia contra el pueblo para de este modo escusarse con el rey: mostrábase mas y mas adicto á la causa del absolutismo, esperando el dia en que le fuese tan necesario que el monarca se viera forzado á reconocer su independencia para contar con su apoyo. Cuando Cárlos malquistado con el parlamento se vió solo en medio de su reino, buscando por todas partes medios para gobernar, juzgó el clero anglicano que habia venido el momento oportuno. Habia recobrado inmensas riquezas, y las conservaba sin contradiccion de nadie; los papistas no le alarmaban en ninguna manera; Laud, primado de la Iglesia contaba con la confianza del rey, y dirigia por sí solo los negocios eclesiásticos; entre los otros ministros no habia ninguno que como lord Burleigh en tiempo de Isabel, se ocupase en temer y en combatir las exigencias del clero; la corte era papista ó indiferente cuando menos; la Iglesia contaba con hombres sabios; las universidades y en particular la de Oxford eran ciegas observadoras de sus principios, y no quedaba mas adversario que el pueblo cada dia mas descontento de la reforma incompleta y mas ansioso por consumarla. Pero este adversario lo era tambien del trono, y con el objeto de asegurar lo uno con lo otro pedia simultáneamente la fe evangélica y la libertad: por consiguiente el peligro que amenazaba á la soberanía de la corona y á la del obispado era uno mismo. El rey sinceramente piadoso se mostraba dispuesto á creer que no era el único que tenia de Dios el poder, y que el de los obispos era de orígen tan alto y de carácter tan sagrado como el suyo; de modo que jamas se habian reunido tantas circunstancias favorables para poner al clero en estado de conquistar su independencia de la corona y su dominio sobre el pueblo.

Laud emprendió la obra con su acostumbrada violencia. Ante todo era preciso sofocar cualquiera disidencia que hubiese en la Iglesia, y dar á su doctrina, á su disciplina y á su culto la fuerza que nace de una uniformidad absoluta. Este paso no le costó cosa

alguna, y el poder quedó esclusivamente concentrado en manos de los obispos. El tribunal en que conocian y determinaban todo lo que eran asuntos eclesiásticos se hizo de dia en dia mas arbitrario y mas severo en su competencia, en las fórmulas y en las penas que imponia. De todos los eclesiásticos se exigió la completa adopcion de los cánones anglicanos, la minuciosa observancia de la liturgia ó de los ritos que estaban en vigor en las catedrales; fueron separados de los curatos los no reformistas, y como el pueblo oia con afan sus sermones se les retiraron las licencias de predicar. Arrojados de sus iglesias, desposeidos de sus bienes iban de pueblo en pueblo enseñando y predicando á los fieles que en las posadas, en las casas particulares, en los campos se agrupaban en torno de ellos, y entonces se los persiguió y fueron alcanzados en todas partes. Los nobles de las provincias, los simples ciudadanos, las familias ricas, pero piadosas, los tomaban en calidad de capellanes ó de ayos de sus hijos: la persecucion penetró hasta las familias y echó de ellas á los capellanes y á los ayos que habian elegido. Los proscritos abandonando la Inglaterra, fueron á Francia, Alemania y Holanda á fundar iglesias; pero el despotismo atravesando los mares mandó á las iglesias que habian edificado que se conformasen con el rito anglicano. Los manufactureros franceses, holandeses y alemanes habian introducido su industria en Inglaterra y alcanzado permiso de ejercer su culto nacional; y entonces les fueron recogidas las licencias, y la mayor parte de ellos abandonaron su nueva patria; de modo que la sola diócesis de Norwich perdió tres mil de sus laboriosos huéspedes. Asi los no conformistas privados de todo asilo y de ejercer sus funciones, ocultos ó fugitivos, escribian aun para defender ó propagar su doctrina; pero la censura prohibió aquellas obras y rebuscó y suprimió las antiguas. Se llegó al estremo de prohibir absolutamente tratar ni en el púlpito ni en otra parte alguna las materias que tan agitados tenian entonces á los ánimos; porque la controversia era general y de grande interes, puesto que se trataba de los dogmas de la disciplina, de los misterios, del destino del hombre, y de la conveniencia del culto público; y la iglesia anglicana ni queria

tolerar la disidencia de las ceremonias ni el debate de las opiniones. Lamentábase el pueblo de que no oia hablar á los hombres á que era aficionado, ni de las cosas que le interesaban, y para calmar estas alarmas, á fin de no separarse de su rebaño algunos ministros no conformistas, mas moderados, ó mas tímidos, ofrecian someterse en parte, reclamaban algunas concesiones, como eran no llevar el sobrepelliz, no dar á la mesa de la comunion la figura de un altar. A veces se les respondia que las ceremonias que se exigian eran interesantes, y que era preciso obedecer; y otras que eran insignificantes y que convenia ceder. Hostigados hasta el estremo se resistian tenazmente, y entonces no les quedaba otro remedio que ser insultados y sufrir una condena en los tribunales eclesiásticos. El tratamiento que recibian de los obispos y de los jueces era un título injurioso y los apodos de locos, idiotas, desvergonzados y bellacos, y la órden de callar al punto que abrian la boca para defenderse ó escusarse. Aun cuando renunciasen á predicar, á escribir ó parecer en público, la tiranía lejos de cesar de perseguirlos lo hacia con tal obstinacion y con una sutileza tan grande que la mayor prudencia no bastaba á prevenirla, ni la debilidad era capaz de desarmarla. M. Workman, que habia sostenido que los adornos y los cuadros de las iglesias eran un resto de idolatría fue encarcelado. Poco antes la ciudad de Glocester le habia señalado una renta vitalicia de veinte libras esterlinas, y esta renta le fue quitada; y el corregidor y los individuos de la municipalidad fueron perseguidos y condenados á una crecida multa. Apenas Workman hubo salido de la cárcel cuando abrió una escuela; pero Laud le mandó cerrarla; entonces no teniendo medio alguno para subsistir se dedicó á visitar en calidad de médico, y Laud le prohibió curar como le habia vedado que enseñara. A tantos golpes Workman perdió el juicio y poco despues la vida.

Entre tanto iba introduciéndose en las iglesias, huérfanas de sus ministros, la pompa católica, y la magnificencia decoraba sus paredes mientras que la persecucion hacia huir de ellas á los fieles. Se las consagraba con grande aparato, y luego era preciso echar mano de la fuerza para que concurriese alguien. Laud tenia un gusto

particular en arreglar minuciosamente los pormenores de las nuevas ceremonias, unas veces mendigadas al papismo, otras inventadas por su imaginacion rígida á la vez y faustuosa. Cualquiera innovacion, toda falta contra los cánones ó la liturgia de parte de los no conformistas eran castigadas como un crímen, y Laud innovaba sin consultar con nadie, con el solo parecer del rey, y no pocas veces por autoridad propia. Cambiaba la distribucion interior de las iglesias y las ceremonias del culto, ordenaba otras absolutamente desconocidas, alteraba la liturgia sancionada por los parlamentos, y todos estos cambios no tenian otro objeto, ó á lo menos no producian mas resultado que hacer la iglesia anglicana mas parecida á la romana. La libertad de que gozaban los papistas y las esperanzas de que por cálculo ó por efecto de imprudencia hacian alarde, confirmaban al pueblo en sus siniestros agüeros. Publicábanse libros á fin de probar que la doctrina de los obispos ingleses podia muy bien conformarse con la de Roma, y esos libros aunque no tenian autorizacion estaban dedicados al rey y á Laud, y eran abiertamente tolerados. El obispo Montague y el doctor Gosens, teólogos amigos de Laud, profesaban sin ningun riesgo máximas análogas, mientras que los predicadores bienquistos del pueblo apuraban en vano todo su valor y toda su condescendencia á fin de conservar algun derecho de hablar y de escribir; de modo que á cada momento se daba mayor crédito al próximo triunfo del papismo, y no lo veian mas distante los cortesanos que estaban mas en pormenores y en antecedentes. La hija del duque de Devonshire se hizo católica, y como Laud le preguntase por qué motivo se habia resuelto á ello, la jóven le contestó: „No „gusto de ir con la muchedumbre, y como veo que vuestra Gra„cia, y muchos otros van aprisa hácia Roma, quiero llegar allí „sola y antes que vosotros."

Asegurados de este modo en concepto de Laud el lustre y el dominio esclusivo del episcopado, trató de afirmar su independencia; y aunque podia creerse que el rey en este asunto no se mostraria tan dócil á sus consejos, lo fue lo mismo que en los restantes; de manera que á poco tiempo el derecho divino de los obispos

1. Traje de pescador, en el siglo XV. 2. Traje de paje. idem





1. COSTUME DE PÊCHEUR AU 15e SIÈCLE
2. COSTUME DE PAGE. Règne d'Edouard IV (1475



vino á ser la doctrina reconocida de oficio, no solo por el alto clero sino por el rey mismo. El doctor Hall, obispo de Exeter la puso estensamente de manifiesto en un tratado que Laud se encargó de revisar, y en el cual borró todas las frases vagas ó hijas de la timidez, y todo lo que tenia apariencia de duda. Desde los libros, aquella doctrina no tardó en pasar á los hechos, los obispos tuvieron tribunales eclesiásticos, nó en nombre y como delegados del rey, sino en nombre propio: en todas sus providencias no se ponia mas sello que el episcopal: exigieron juramento directo de los administradores de la fábrica ó fondos de las iglesias, y se decretó que correspondia de derecho al metropolitano el cuidado de las universidades. Aunque no se abolió formalmente la supremacía del príncipe, al parecer no tenia mas objeto que cubrir con un velo las usurpaciones que habian de destruirla; puesto que la Iglesia emancipándose gradualmente del poder temporal, invadia el conocimiento de los negocios civiles; su jurisdiccion tomaba anchuras á costa de los tribunales ordinarios, y crecia el número de obispos en los consejos y en los primeros destinos del estado. Por mas que los jurisconsultos amenazados en sus intereses personales, de tiempo en tiempo alzaban la voz contra tales usurpaciones, Cárlos no hacia caso de ellos; y la confianza de Laud era tan grande que cuando hubo dado el baston de tesorero general al obispo Juxon esclamó transportado de gozo: „Ahora que la Iglesia subsiste, y se sostiene por sí misma, todo está consumado y ya nada „me queda que hacer."

Cuando las cosas hubieron llegado á este punto, no fue solo el pueblo el que se mostró indignado, sino que una parte del alta nobleza participó de la alarma, puesto que en lo hecho no solo habia tiranía, sino una verdadera revolucion que no satisfecha con sufocar la reforma popular, desnaturalizaba y comprometia la primera reforma, hecha por el rey y adoptada por los magnates. Habian estos aprendido á proclamar la supremacía y el derecho divino del trono que los emancipaba de todo otro dominio; mas ahora era preciso que admitiesen tambien el derecho divino de los obispos, y que se humillasen ante aquella Iglesia, cuya humillacion

habian aplaudido, y cuyos despojos se repartieron. Exigiase de ellos el servilismo, mas celoso todavía de sus prerogativas que de la libertad de sus derechos, mientras que á otros inferiores suyos hasta entonces se les permitia arrogarse la independencia: así temian por su rango y aun tal vez por sus bienes. El orgullo del clero era para ellos una ofensa á la que de mucho tiempo no estaban avezados: oian decir que se acercaba el dia en que un simple eclesiástico valdria tanto como el mas orgulloso gentil-hombre del reino: veian como los obispos y sus protegidos invadian los destinos públicos y el favor del monarca, que era lo único que quedaba para recompensar á la nobleza la pérdida de su antiguo esplendor, de sus libertades, de su poder. Por otra parte Cárlos, sincero en su afecto al clero, se habia prometido de su elevacion un firme apoyo contra la mala voluntad del pueblo, mas bien pronto se hizo universal el prurito de censurar la conducta, ó temer los intentos del gobierno; y el descontento pasó desde el pueblo ínfimo hasta el mismo palacio real. En las clases altas se mostraba por medio del poco apego á la corte, y de una libertad de ideas desconocida hasta entonces. Algunos de los magnates mas bien vistos iban á vivir á sus haciendas, queriendo que su retirada fuese una prueba de desaprobacion de cuanto se hacia; y en Londres y hasta cerca del trono penetró el espíritu de independencia y de exámen en las reuniones que habian sido mas serviles. Desde la reina Isabel el gusto por las ciencias y por las letras no era patrimonio esclusivo de los que las profesaban, puesto que los hombres mas ilustres de todas clases, fuesen poetas, literatos, filósofos ó artistas, y los placeres de una conversacion instructiva ó científica eran apetecidos por la corte como un nuevo lustre, y por las personas del gran mundo como un noble pasatiempo, y en tales reuniones no solo no se exigia manifestar un espíritu de oposicion á las doctrinas reinantes, sino que hasta se habia hecho moda, ora se celebrasen en lugar humilde, ora en la casa de algun gran señor, convertir en objeto de burla el humor tétrico y la resistencia fanática de los no conformistas religiosos, conocidos ya entonces con el nombre de puritanos. Las fiestas, los espectáculos, las ten-

zones literarias, un gustoso trueque de las lisonjas y beneficios, esto era el único objeto de una sociedad de que el trono era comunmente centro y protector casi siempre.

En el reinado de Cárlos las cosas mudaron de aspecto; continuaban en verdad las reuniones de los literatos y de la gente del gran mundo; pero se promovian las cuestiones mas espinosas, y se trataban á escondidas del poder á quien hubieran ofendido. Los negocios públicos, las ciencias morales, los problemas religiosos fueron entonces el testo de aquellas conversaciones brillantes y animadas, tras las cuales corrian con ansia los jóvenes que volvian de viajar, ó que se dedicaban á la jurisprudencia en las cátedras del Temple, y todos los hombres de carácter grave y activo á quienes su rango ó su fortuna dejaban ratos para un esparcimiento. Selden les prodigaba los tesoros de erudicion; Chillingworth les hablaba de sus dudas en materias de fe; el jóven lord Falklan les abria su casa, cuyos jardines venian á ser una academia. No habia sectas ni partidos, pero sí opiniones libres y exaltadas. Los hombres que allí se reunian, desprendidos de todo interes, libres de todo deseo, atraidos por el solo placer de estender en comun sus ideas, y de inclinarse unos á otros á sentimientos generosos, disentian sin sujecion, y solo se ocupaban de la justicia y de la verdad. Inclinados los unos á las meditaciones filosóficas investigaban cuál era la forma de gobierno que mas respetaba la dignidad del hombre: los otros que ejercian la carrera de la jurisprudencia no dejaban escapar ninguna providencia ilegal del rey y de los consejos; los teólogos de profesion ó por gusto estudiaban atentamente los primeros siglos del cristianismo, sus creencias, su culto, y los comparaban á la iglesia que Laud queria fundar con tantos esfuerzos. Aquellos hombres no estaban unidos por pasiones y peligros comunes, ni por principios y por un objeto fijo; pero todos iban acordes y se estimulaban recíprocamente á detestar la tiranía, á despreciar la córte, á echar de menos el parlamento, á desear una reforma en que no creian, pero de la cual todos esperaban el término de sus pesares y el cumplimiento de todos sus deseos.

Mas lejos de la corte, y entre los hombres de clase menos alta,

ó de talento menos cultivado, los sentimientos eran mas severos, y las ideas mas limitadas pero mas fijas. Allí las opiniones se ligaban á los intereses, y las pasiones á la opinion. El odio de la nobleza mediana y de la mas baja se dirigia en particular contra la tiranía política; pues como la decadencia del alta aristocracia y del régimen feudal habia desvanecido en gran manera entre los gentiles hombres la diversidad de rangos, todos se consideraban descendientes de los que conquistaron la Gran Carta, y se indignaban al ver sus derechos, sus personas y sus bienes puestos á merced del rey y de sus consejeros, cuando sus abuelos, como ellos mismos decian, hicieron á su soberano la guerra y la ley. No los ocupaba ninguna teoría filosófica, ninguna científica distincion entre la democracia, la aristocracia y la monarquía, sino que tenia embargadas todas sus ideas la cámara de los comunes, la cual á su entender, lo mismo representaba á la nobleza que al pueblo, á la antigua confederacion de los barones y á la nacion entera: en lo antiguo ella sola habia defendido las libertades públicas, y ahora era la única capaz de recobrarlas: cuando se decia parlamento solo se pensaba en ella, y poco á poco iba dominando al entendimiento de todos la idea que era indispensable y era legítimo que la cámara tuviese el poder absoluto. En cuanto á la Iglesia, la mayor parte de los gentiles-hombres no tenian ideas sistemáticas ni intentos destructores acerca de la forma de su gobierno: el episcopado no les repugnaba, pero aborrecian á los obispos, sobre todo como fautores y apoyos de la tiranía. La religion habia proclamado la libertad de la sociedad civil y abolido las usurpaciones del poder temporal hechas por el espiritual: el clero anglicano trabajaba para recobrar lo que perdió Roma: y el voto general de la nobleza de las provincias era que semejante ambicion fuese reprimida, que el papa no tuviese herederos, que los obispos dejando de intervenir en el gobierno del estado se limitasen á administrar en sus diócesis los negocios religiosos, con arreglo á las leyes del pais: con esto la nobleza se mostraba bastante dispuesta á aprobar la constitucion episcopal, siempre que la Iglesia dejase á un lado el poder político y el derecho divino.

La clase media de las ciudades, y en los pueblos muchos gentiles-hombres y casi todos los terratenientes en franco alodio profesaban ideas muy adelantadas, sobre toda en materias religiosas. Dominaba en ellos una decidida adhesion á la reforma, una necesidad urgente de adoptar las consecuencias de tales principios, un odio implacable á todo lo que tuviese resabios de papismo, ó que trajese á la memoria su recuerdo. La Iglesia primitiva, decian, la pureza de su fe, la sencillez de su culto sucumbieron á las usurpaciones de la gerarquía romana; asi es, que los gefes de la reforma, los nuevos dogmatizadores, á saber Zwingle, Calvino y Knox procuraron abolir ante todo aquella constitucion tiránica, aquella pompa idólatra, tomando por regla al evangelio y por modelo á la Iglesia primitiva. Solo la Inglaterra insistia en seguir la marcha conveniente al papismo, y sin embargo el yugo de los obispos no era menos pesado ni su conducta mas evangélica, ni su orgullo menos insolente. A la par que Roma solo pensaban en dominar y en enriquecerse; como aquella temian la frecuencia de la predicacion, la austeridad de costumbres, y la libertad de la oracion; lo mismo que aquella tenian por objeto sujetar el fervor de las almas cristianas á fórmulas minuciosas é invariables, y siguiendo la pauta de Roma sustituian á la vivificadora palabra de Dios el mundano esplendor de sus ceremonias. Si en el santo dia del domingo los verdaderos cristianos querian dedicarse á piadosos ejercicios en el silencio de su casa, su recogimiento era insultado en las plazas y en las calles por juegos, bailes, desórdenes y crápulas; y los obispos no solo permitian al pueblo estas profanas diversiones, sino que las aconsejaban y las mandaban casi por temor de que el pueblo se aficionase á placeres mas puros. Si en su grey habia algun hombre timorato á quien ofendiesen algunas de las ceremonias de la Iglesia, se le mandaba imperiosamente que observase los mas livianos preceptos, y si alguno era rígido observador de ellos, lo atormentaban con sus innovaciones, acababan de sufocar á los humildes y enconaban el ánimo de los orgullosos hasta impulsarlos á revolucionarse. En todas partes reinaban las máximas, las esterioridades y las pretensiones de los enemigos de la fe. ¿Y á qué este

olvido del Evangelio, esta opresion de los fieles celosos? Sin otro objeto que mantener un poder que el Evangelio no conferia á nadie y que los primeros fieles no conocieron nunca. De aqui deducian que era preciso abolir el episcopado, y que la Iglesia recobrando la posesion de sí misma, fuese en adelante regida por ministros iguales entre sí, simples predicadores del Evangelio, y que entonces arreglando de comun acuerdo por medio de una resolucion general la disciplina del pueblo cristiano, la Iglesia seria la verdadera Iglesia de Jesucristo, desaparecerian la idolatría y el despotismo, y la reforma ya consumada nada tendria que temer del papismo que ahora estaba en los umbrales de la puerta, pronto á invadir la casa de Dios, que al parecer engalanaban los eclesiásticos con el objeto de recibirlo en ella.

Cuando el pueblo, entre el cual iban secretamente cundiendo estas ideas desde el principio de la reforma, las vió adoptadas por muchos hombres ricos, de influjo, bien reputados, y patronos suyos naturales y directos, tuvo en ellos y en sí mismo una confianza que sin producir una sedicion cambió muy luego el estado y el aspecto del pais. Desde 1582 á 1616 algunos no conformistas, separándose formalmente de la iglesia anglicana habian formado con el nombre de *Brownistas* y de *Independientes* (que tan célebres fueron mas adelante) sectas disidentes que declarándose contra todo gobierno general de la Iglesia, proclamaban el derecho de arreglar por sí misma su culto cada congregacion de fieles, siguiendo principios puramente republicanos. Desde entonces y conforme con este modelo se habian instituido muchas congregaciones particulares; mas eran poco numerosas, poco ricas, y casi tan estrañas á la nacion como á la Iglesia; y no es de admirar que no hubiesen adquirido mas importancia, porque no teniendo defensa alguna contra la persecucion, apenas esta las descubria cuando sus sectarios apelaban á la fuga, retrayéndose por lo general en Holanda. El recuerdo de la patria sin embargo luchaba bien pronto dentro de sus almas con la necesidad de ser libres, y entonces se ponian de acuerdo con los amigos que la habian dejado á fin de ir juntos en busca de regiones casi desconocidas con tal que pertene-

ciesen á la Inglaterra, y en donde no hubiese mas que ingleses. Los mas acomodados vendiendo sus bienes compraban un buque, algunas provisiones y aperos de labranza, y guiados por un ministro de su secta iban á Holanda á reunirse con sus correligionarios para trasladarse á la América septentrional en donde echaban los cimientos de alguna colonia. Como pocas veces el buque era bastante grande para que cupiesen todos, se reunian en la playa cerca del lugar en que estaba aquel anclado, y allí y en la misma arena, el ministro de la congregacion que habia de quedarse hacia un sermon de despedida: el de la congregacion que marchaba le respondia con otro: todos oraban en comun, se abrazaban por última vez antes de embarcarse, y mientras los unos se hacian á la vela, los otros tornaban silenciosamente á sus casas á esperar en medio de un pueblo estraño la oportunidad y los medios necesarios para ir á encontrar á sus hermanos. Gracias á la condicion oscura de los fugitivos se verificaron con el tiempo y sin obstáculo alguno varias espediciones de esta clase; mas de repente en el año 1637 el rey observó que eran muy frecuentes y de mucha gente, que entre los fugitivos habia hombres dignos de consideracion, los cuales se llevaban consigo sus riquezas, en términos que segun se da por cierto habian salido ya del reino doce millones. La tiranía pues no pesaba únicamente sobre algunos sectarios débiles y oscuros; sus opiniones habian cundido, y sus sentimientos eran generales aun entre las personas que no habian prohijado sus opiniones. Bajo diversos aspectos el gobierno era tan odioso que millares de hombres de diversos rangos, de distinta fortuna, y de diferentes intentos se alejaban de su patria. Por esto pues el consejo espidió una órden en 1.º de mayo de 1637 prohibiendo aquellas emigraciones, en el instante en que estaban anclados en el Támesis y á punto de hacerse á la vela ocho buques, en uno de los cuales se habian ya embarcado Pym, Haslerig, Hampden y Cromwell.

A la verdad su fuga era inoportuna porque el pueblo comenzaba á desafiar la tiranía, puesto que tras el descontento vino la fermentacion, y ya no se trataba solamente de restablecer el órden

legal, y de abolir el régimen episcopal, sino que á la sombra del formidable partido que meditaba estas dos reformas pululaban una multitud de sectas mas ardientes, y habia opiniones mas adelantadas. En todas partes segregábanse de la Iglesia reducidas congregaciones que tomaban por símbolo esta ó la otra interpretacion de algun dogma, ó la oposicion á una ú otra ceremonia: acá se trataba de derrocar absolutamente el gobierno eclesiástico, de establecer la independencia de los fieles, sin otro ausilio que las inspiraciones del Espíritu Santo; de manera que en todas partes la pasion podia mas que el temor. A pesar de las activas pesquisas de Laud los sectarios se reunian, si era en las ciudades bajo alguna bóveda, y si en el campo, ó bien en alguna quinta ó en la espesura de los bosques. La melancolía del lugar, el riesgo y las dificultades de las reuniones, todo inflamaba la imaginacion de los predicadores y de los oyentes; y pasaban juntos no solo horas sino noches enteras orando, cantando, implorando al Señor, y maldiciendo á sus enemigos. El estravío de las doctrinas y el corto número de los sectarios no perjudicaba á la seguridad ni al crédito de aquellas asociaciones, porque el general descontento del pais las ocultaba y protegia. Cualesquiera que fuesen su nombre, sus creencias y sus proyectos, muy luego la confianza que los no conformistas tenian en el favor del pueblo fue tan grande que no vacilaron en distinguirse asi en el trage como en los modales, ni en hacer alarde de sus opiniones cara á cara de los perseguidores. Vestidos de negro, con el cabello sumamente corto, y usando un sombrero muy alto y de alas anchas, en todas partes eran respetados por la muchedumbre que los apellidaba santos; y al fin su crédito llegó á tal punto á pesar de la opresion que los perseguia, que la misma hipocresía se declaró en favor suyo. Los comerciantes quebrados, los operarios sin trabajo, los hombres llenos de deudas, los que se habian arruinado con los vicios, en una palabra, cuantos tenian necesidad de recobrar la estimacion pública, adoptaban el trage, la apostura, el lenguage de los santos, y desde luego podian contar con asilo y proteccion, hijos de la credulidad mas apasionada. En materias políticas, si bien con menos

generalidad y menos desórden no dejaba de comunicarse muy aprisa la efervescencia. Entre las clases inferiores, bien fuese efecto de algunas comodidades de reciente adquiridas, bien de las creencias religiosas, empezaban á cundir ideas y necesidades de igualdad hasta entonces desconocidas. En otra esfera mas elevada, algunos hombres uraños y orgullosos aborrecian la corte, despreciaban la impotencia de las antiguas leyes, y entregándose apasionadamente á la libertad de pensar, en sus horas solitarias, ó filosofando en las de lectura se alucinaban con la idea de instituciones mas sencillas y mas eficaces. Otros impulsados por pretensiones menos puras, estraños á toda fe, de costumbres cínicas y puestos por inclinacion ó por casualidad entre los descontentos, aspiraban á un trastorno que abriese algun camino á su ambicion, ó al menos los dejase libres de todo freno. El fanatismo y la licencia, la sinceridad y la hipocresía, y el respeto y el desprecio hácia las antiguas instituciones, las necesidades razonables y los deseos inmoderados, todo concurria para fomentar el enojo nacional, todo se mancomunaba contra un poder cuya tiranía inflamaba con un odio de la misma especie á los hombres mas diversos entre sí, mientras que su debilidad y su imprudencia daban actividad á las mas reducidas facciones, y esperanzas á los mas audaces desvaríos.

Los progresos de esta agitacion general fueron desconocidos durante algun tiempo para el rey y para el consejo, porque el gobierno, estraño á la nacion, y no encontrando resistencia alguna efectiva, á pesar de sus embarazos estaba orgulloso y confiado. Con el objeto de justificarse hablaba á menudo y con énfasis de las malas intenciones que iban tomando creces; mas aquel recelo momentáneo no dispertaba su prudencia, y al paso que temia á sus enemigos los menospreciaba, y la necesidad de aumentar diariamente su opresion estaba tan lejos de aleccionarle, como que hacia alarde de tanta mayor fuerza cuanto el peligro que iba en aumento le obligaba á mostrarse mas riguroso

En 1636 la Inglaterra se vió inundada de folletos acerca de la proteccion que se daba á los papistas, de los desórdenes de los cortesanos, y en especial contra la tiranía de Laud y de los obis-

pos. Mas de una vez los tribunales escepcionales habian castigado la publicacion de semejantes escritos; mas nunca fueron en tanto número ni tan violentos como entonces, ni se habian derramado y leido con tanto anhelo. Ahora se esparcian por las calles de las ciudades y por los campos, los contrabandistas los llevaban á Holanda con no poco provecho, y eran comentados en las iglesias de que Laud no habia logrado arrojar del todo á los predicadores puritanos, y así fue que el consejo al ver la inutilidad de su rigorismo determinó adoptar medidas mas severas. Hubieron de comparecer simultaneámente ante la cámara el jurisconsulto Prynne, el teólogo Burton, y el médico Bastwich, y si bien al principio se los quiso tratar como reos de alta traicion con lo cual habrian sido condenados á la pena capital, los jueces declararon que no habia medio alguno para dar tanta estension ni al testo de las leyes ni á la letra de sus escritos, y fue preciso limitarse á tratarlos como reos de traicion simple ó de felonía. La iniquidad del procedimiento corrió parejas con la tiranía del fallo; se dispuso que los acusados habian de defenderse en el acto so pena de dar por confesados los cargos, se les dió recado de escribir mandándoles que hiciesen firmar la defensa por un abogado, durante muchos dias se prohibió la entrada en la cárcel al letrado que habian elegido, y cuando finalmente se les permitió conferenciar con ellos, el letrado se negó á firmar la defensa temiendo comprometerse con la corte. Como no se encontró ningun abogado que quisiese arrostrar el peligro, los presos solicitaron que les permitiesen entregar su escrito de descargos firmado por ellos mismos; mas la corte no accedió á esta demanda, repitiendo que si el escrito no venia con la firma de un abogado se tendrian los cargos por confesados. „Señores, dijo „Prynne, nos pedis una cosa imposible;" mas á pesar de esto la corte insistió en su negativa, y se comenzó la cuestion con un insulto vil é infame. Hacia cuatro años que cortaron las orejas á Prynne por haber escrito un folleto, y con este motivo lord Finch mirándole dijo: „Yo pensaba que Prynne ya no tenia orejas, pero „me parece que aun las conserva;" y entonces un ugier para satisfacer la curiosidad de los jueces se acercó al acusado, le separó

los cabellos, y cuando Prynne hubo sufrido este insulto dijo á sus jueces: „Señores, no se ofendan vuestras señorías; pues no pido „á Dios sino que os dé orejas para escucharme."

El proceso se falló condenando á los acusados á ser espuestos á la vergüenza pública, á pagar la multa de cinco mil libras esterlinas y á cárcel perpetua. El dia de la ejecucion que era el 30 de junio de 1637 ocupaba la plaza una multitud inmensa, y como el verdugo quisiese separarla, Burton le dijo: „dejadlos, es preciso „que aprendan á sufrir." El verdugo desistió de su intento, y una muger que por allí andaba dijo á Burton: „mi muy amado caba„llero, este es el mejor sermon de cuantos habeis pronunciado." „Soy de vuestro parecer, contestó Burton, y quiera Dios que con„vierta á mis oyentes." Como Burton observase que un jóven de la muchedumbre perdia la color, le dijo: „¿por qué estais pálido, „hijo mio? mi corazon no es débil, y si tuviese necesidad de ma„yor fortaleza, Dios me la daria." A cada momento la multitud se iba apretando en torno de los reos, y hubo una persona que entregó á Bastwich un ramo de flores en las cuales vino á posarse una abeja. „Mirad á esta pobre abeja, dijo entonces al pueblo, „hasta en este sitio quiere chupar la miel; y ¿por qué pues no „puedo yo chupar en él mismo la miel de Jesucristo?" „Cristianos, „esclamó Prynne, si nosotros hubiésemos estimado en algo nues„tra libertad no estaríamos aqui; pero la hemos comprometido „por la vuestra; guardadla, os lo encargo muy particularmente, „tened firmeza, sed fieles á la causa de Dios y de la patria, pues „no haciéndolo asi caeréis vosotros y vuestros hijos en una escla„vitud eterna." Al acabar estas palabras resonaron por la plaza repetidas aclamaciones.

Algunos meses despues se repitieron las mismas escenas, pues Lilburne sufrió el propio tratamiento por igual causa, y la exaltacion del condenado y la del pueblo parecieron mas ardientes. Mientras atado á una carreta el verdugo lo iba azotando por las calles de Wetsminster no cesaba de exortar á la muchedumbre que en tropel corria para verle. Cuando estuvo atado al poste continuó hablando, y como fue inútil que le mandasen callar, al fin le

echaron una mordaza. Entonces sacó folletos del bolsillo y los arrojó al pueblo que los recogia con ansia, y fue preciso atarle las manos. Con esto se estuvo inmóvil y en silencio, pero la muchedumbre continuó allí para mirarle, y aunque algunos de los jueces estaban en una ventana á fin de ver hasta cuándo tendria perseverancia, se cansaron de mirarle antes que él de mantenerse tan quieto como el poste. Los hombres hasta entonces inmolados pertenecian al pueblo, pues no solo no habia ninguno que tuviese celebridad ni por su cuna ni por sus riquezas ni por su talento, sino que muchos de ellos gozaban de poco renombre aun en sus mismas profesiones; y los principios que sostuvieron eran bajo muchos aspectos los de las sectas fanáticas acreditadas entre la muchedumbre, que enorgullecida no tardó en acusar de apáticas y débiles á las clases superiores. „El honor que hasta hoy habia „residido en la cabeza, ahora se ha bajado á los pies como la en„fermedad de la gota." Con estas palabras zaherian á las personas de elevado rango, y sin embargo tales vituperios no eran fundados, porque la nobleza de las provincias y la clase media estaban irritadas como el pueblo; si bien á fuer de hombres que se dejaban afectar menos y veian mejor las cosas, aguardaban una ocasion oportuna y alguna esperanza de alcanzar un buen resultado; mas al oir el rumor público se estremecieron y cobraron aliento. En efecto era llegado el dia en que la nacion entera conmovida solo pedia gefes conocidos, de influjo y de juicio que resistiesen nó á guisa de aventureros ó sectarios sino invocando los derechos y los intereses del pais. Juan Hampden, hijo de Londres y gentilhombre del condado de Buckingham dió la señal de la resistencia nacional; puesto que salieron fallidos los planes de los que antes de él lo habian intentado. Negáronse estos á pagar los derechos de tonelada, pidiendo que la cuestion se decidiese en el tribunal de hacienda, y que se les permitiera probar en juicio contradictorio que la contribucion era injusta y su resistencia legítima; el tribunal siempre tuvo medio de eludir el litigio, pero Hampden pudo alcanzar que se entablase. Aunque en 1626 y 1628 habia figurado en el parlamento en los bancos de la oposicion, nó por

esto dispertó desconfianza en la corte; y desde la última disolucion habia vivido pacíficamente unas veces en su condado, otras viajando por Inglaterra y por Escocia; observando siempre la disposicion de los ánimos, contrayendo relaciones, pero sin manifestar su opinion con quejas. Disfrutaba de su fortuna sin ostentacion, sus costumbres eran graves y sencillas sin hacer alarde de austeridad, y como hombre de carácter afable y de genio igual teníanle mucha consideracion sus vecinos de todos partidos, y era reputado por hombre prudente y sesudo, contrario al sistema que estaba en boga, pero nó fanático ni faccioso. Por esto los magistrados del territorio contemporizaban con él aunque sin temerle. Para la contribucion de 1636 le señalaron la cuota de veinte chelines, queriendo sin duda tratarlo como amigo, y juzgando que la modicidad le distraeria como hombre prudente de hacer reclamaciones. Hampden se negó á pagar aunque sin estruendo, sin mostrarse irritado, y con el objeto de lograr que saliendo él al frente se juzgasen con formalidad y en su persona los derechos del pais. Cuando le hubieron encarcelado su conducta fue tan reservada y calmosa como siempre; solo reclamaba que se le emplazase en justicia, y decia que el rey estaba igualmente interesado en que las leyes resolviesen aquella controversia. Cárlos que se habia envanecido con que muy recientemente los jueces hubiesen declarado que en caso de urgente necesidad para el sosiego del reino el derecho de tonelada podia ser legal, se dejó persuadir y concedió á Hampden el honor del combate. Los abogados de este lo sostuvieron con la misma prudencia que él habia mostrado, hablando del rey y de sus prerogativas con el mas profundo respeto, huyendo de declamaciones, de principios arriesgados, y no echando mano sino de las leyes y de la historia del pais. Holborne que era uno de ellos se detuvo varias veces rogando al tribunal que perdonase la energía de sus argumentos y que le advirtiera siempre que traspasase los límites que la ley y el decoro le imponian. Los mismos abogados de la corona elogiaron la modestia de Hampden; y durante trece dias que duró el proceso, y en medio de la efervescencia pública, se discutieron las leyes fundamentales del pais, sin que

gloriarse de haber sublevado á la nacion, sostenido la guerra civil, destituido á una reina y dominado á un rey hasta el dia en que ascendiendo á un trono estrangero se emancipó de su imperio. Alentados con esta unidad y con el recuerdo de tantas victorias, en sus sermones y en sus ideas mezclaban audazmente la política con la religion, los negocios del pais con las controversias de fe, y desde el púlpito censuraban la conducta de los ministros de la corona nombrándolos por sus nombres, al paso que lo hacian con las costumbres de sus feligreses. Con semejante escuela el pueblo habia adquirido la misma audacia de espíritu y de lenguage; él alcanzó el triunfo de la reforma, y la estimaba no solo como su creencia sino tambien cual una obra de sus manos. Sentaba cual máxima fundamental nó la supremacía religiosa del monarca, sino la independencia espiritual de la Iglesia, y se creia con derecho y en estado de defender contra el papismo, contra la monarquía y contra el episcopado lo que por sí solo fundó contra ellos. La preponderancia que dió á sus reyes el advenimiento al trono de Inglaterra humilló su valor por algun tiempo, y por esto Jacobo pudo refrenar las doctrinas y las instituciones de los presbiterianos con que hubo de transigir cuando era meramente rey de Escocia.

Los reyes se dejan engañar con facilidad por el aparente servilismo de los pueblos, y asi fue que Cárlos juzgó que la Escocia intimidada estaba vencida. Como á favor de su supremacía y del episcopado contenia en Inglaterra la reforma popular que siempre combatieron en su pro sus predecesores, creyó que podia destruirla en Escocia, en donde habia reinado, en donde estaba legalmente constituida, en donde la supremacía del trono solo era reconocida por el episcopado que acababa de erigirse y que no tenia en su ausilio apoyo alguno. La tentativa tuvo un éxito que muchas veces y en ocasiones semejantes han sorprendido y colmado de pesar á los servidores del despotismo, y se frustró cuando ya se tocaba al término. Hasta entonces todo habia salido perfectamente, el restablecimiento del episcopado, la abolicion de las leyes antiguas, la suspension y la corrupcion de las asambleas políticas y religiosas, y cuanto podia ejecutarse lejos de la vista del pueblo; mas

cuando fue preciso consumar la obra, esto es, alterar el culto público, en el mismo dia en que por primera vez se puso en vigor en la catedral de Edimburgo la nueva liturgia todo se vino abajo de repente. En pocas semanas el levantamiento se hizo general, y para el dia 18 de octubre de 1637 habia acudido á aquella ciudad desde mil puntos del reino una multitud inmensa de propietarios, ciudadanos, menestrales y labradores que iban á reclamar contra las innovaciones con que veian amenazado su culto y á sostener la reclamacion con su presencia. Las calles y las casas estaban atestadas de gente, acampábanse en las puertas y estramuros de la ciudad, sitiaban la sala del consejo privado que en vano pedia ausilios al consejo municipal igualmente sitiado, insultaban á los obispos por la calle, y en la plaza estaban redactando contra ellos una acusacion de tiranía y de idolatría, que con ansia era firmada por eclesiásticos, gentiles-hombres y hasta por magnates. El rey sin contestar á las quejas hizo dar órden á los suplicantes para que se retirasen, y aunque obedecieron menos por sumision que por necesidad, al cabo de un mes volvieron en mayor número. Entonces no hubo ningun desórden; las pasiones presentaron un carácter grave y silencioso, las clases altas habian tomado parte en el negocio, en quince dias se propuso, se adoptó y fue ejecutada una organizacion regular para la resistencia, se dió el encargo de llevar adelante la empresa á un consejo superior elegido entre las diversas clases de ciudadanos presentes, y en cada condado y en cada pueblo ejecutaban sus instrucciones los consejos subordinados: de manera que la sublevacion habia desaparecido; pero estaba dispuesta á presentarse de nuevo al grito de alarma del gobierno que se dió ella misma.

Cárlos respondió finalmente en 7 de diciembre de 1637 aunque para confirmar la liturgia y prohibir á los peticionarios que se reuniesen so pena de ser considerados como traidores, y si bien se mandó al consejo de Escocia que tuviese secreta esta disposicion hasta el instante de publicarla, habia apenas llegado cuando los gefes de los insurgentes sabian su contenido. Al momento convocaron al pueblo á fin de que apoyase á sus representantes, y el

consejo con el objeto de prevenirlos hizo publicar la órden; mas en el mismo instante, y siguiendo los pasos de los heraldos del rey, los dos pares del reino lord Hume y lord Lindsay hicieron publicar y fijar en las esquinas en nombre de sus conciudadanos la protesta que habian firmado. En todas partes donde se promulgó la órden del rey se hizo lo mismo. Los insurgentes de dia en dia mas inquietos, mas amenazados y mas unidos resolvieron ligarse con un pacto solemne semejante á los que desde el principio de la reforma habia adoptado muchas veces la Escocia para declarar y sostener audazmente sus derechos, sus creencias y sus deseos. Alejandro Henderson, eclesiástico de muchísimo influjo, y Archibaldo Johnston, mas tarde lord Wariston, abogado de nota, redactaron el pacto con el título popular de *covenant* (1), y fue revisado y aprobado por los lores Balmerino, Lowden y Rothes en 1.° marzo de 1638. Ademas de una minuciosa y ya antigua profesion de fe contenia la formal reprobacion de los nuevos cánones y de la nueva liturgia, y un juramento de vínculo nacional á fin de defender contra cualquiera riesgo al soberano, la religion, las leyes y las libertades del pais. Apenas el *covenant* fue propuesto cuando quedó admitido con unánimes transportes de regocijo. Los enviados que se iban relevando en cada pueblo lo llevaron con una celeridad increible hasta los puntos mas lejanos del reino, de la misma manera que era llevada al traves de las montañas la cruz de fuego (2) para llamar á las armas á todos los vasallos de un mis-

---

(1) Contrato, convenio, estipulacion.

(2) Cuando un gefe queria en alguna circunstancia importante y repentina convocar todas sus gentes, mataba un pato, hacia una cruz de madera ligera, encendia sus cuatro puntas y las apagaba despues con la sangre del pato. Esta cruz se llamaba de fuego ó de infamia, porque cualquiera que se negase á obedecer aquella señal era reputado por infame. Entregaban la cruz á un mensagero ágil y fiel que corriendo aceleradamente á la aldea mas inmediata la ponia en manos del primero que encontraba sin decirle mas palabras que el lugar de reunion. El que la recibia la llevaba con la misma prontitud al lugar mas cercano, y asi recorria con una celeridad increible todo el territorio dependiente de un mismo gefe, y pasaba á sus aliados y vecinos si el peligro era comun. A la vista de la cruz todos los hombres desde los 16 hasta los 60 años que estuviesen en estado de llevar armas, habian de tomar las mejores y el me-

mo señor. Gentiles-hombres, clero, ciudadanos, labradores, mugeres, niños, todos se reunian en tropel en las plazas y en los templos á fin de prestar juramento al *covenant*. Los montañeses arrastrados por el movimiento nacional olvidaron por un momento su lealtad casi fanática y sus feroces rivalidades. En menos de seis semanas toda la Escocia quedó confederada bajo la ley del *covenant*, y únicamente se negaron á alistarse en sus banderas los empleados del gobierno, algunos millares de católicos y la ciudad de Aberdeen.

Semejante audacia pasmó á Cárlos á quien se habia hablado de los insensatos disturbios de un populacho vil, el mismo consejo municipal de Edimburgo solicitó humildemente su clemencia prometiendo el pronto castigo de los facciosos, y los cortesanos escoceses se vanagloriaban todos los dias de saber por medio de su correspondencia que todo estaba tranquilo ó muy próximo á calmarse. Indignado Cárlos al ver que su voluntad nada podia, determinó apelar á la fuerza; mas nada habia prevenido para esto, y era indispensable ganar tiempo. Envióse pues á Escocia al marques de Hamilton con instrucciones para que halagase á los rebeldes con esperanzas, sin empeñarse ni concluir cosa alguna. Salieron á recibir al marques veinte mil convenidos congregados en Edimburgo con motivo de un ayuno solemne, y setecientos eclesiásticos vestidos de blanco, y colocados en una eminencia inmediata al camino cantaron un salmo en el momento en que él pasaba. El partido queria hacer ostentacion de sus fuerzas, y Hamilton deseoso de conservar su crédito en la nacion, y forzado á obedecer las órdenes del monarca resolvió contemporizar con los alzados, mas los pactos que presentaba parecieron insuficientes y capciosos, y el contrato real con que quiso derrocar el contrato popular fue des-

---

jor vestido, y trasladarse al lugar de la cita. El que faltaba á este deber corria riesgo de que sus propiedades fuesen pasadas á sangre y á fuego que era el peligro simbolizado por la cruz. En la guerra civil de 1745 la cruz de fuego voló con frecuencia por Escocia y entre otras una vez corrió en tres horas todo el distrito de Breadalbane que tiene cerca de diez leguas. Este uso era comun en todos los pueblos escandinavos.

echado con escarnio. Despues de inútiles conferencias y de muchos viages de Edimburgo á Londres, de repente en setiembre de 1638 recibió una real órden para que concediese á los insurreccionados todo lo que pedian, á saber, la abolicion de los cánones, de la liturgia, del tribunal de comision superior, la promesa de un concilio y de un parlamento en donde libremente se discutiesen todas las cuestiones, y los mismos obispos pudieran ser acusados. Los escoceses se regocijaron mas nó sin sorpresa ni sin desconfianza, puesto que se trataba de quitar todo pretesto á la duracion de su liga. El sínodo general se reunió en Glasgow en 21 de noviembre de 1638; mas bien pronto se conoció que Hamilton solo trataba de entorpecer la marcha, y de procurar que en cuanto se hacia hubiese alguna cosa en que apoyarse para darlo de nulidad. En efecto tales eran las instrucciones del gobierno; mas á pesar de ellas la asamblea iba adelante y se preparaba á sujetar á los obispos á un juicio, cuando hé aqui que Hamilton la disolvió de repente, y se supo al mismo tiempo que Cárlos se aparejaba á la guerra y que iba á embarcarse para Escocia una division levantada en Irlanda por Strafford. Hamilton salió para Londres; mas el sínodo negándose á disolverse, continuó sus deliberaciones, condenó todas las novedades hechas por el rey, mantuvo el *covenant* y abolió el episcopado. Muchos magnates que hasta entonces se mantuvieron pasivos, y entre ellos el conde de Argyle, hombre poderoso y de prudencia suma, abrazaron abiertamente la causa del pais: varios mercaderes escoceses atravesaron el mar á fin de procurarse armas y municiones, el *covenant* se envió á las tropas escocesas que servian en el continente, invitóse á uno de sus mejores oficiales que era Alejandro Lesley á que se trasladase á Escocia á fin de que en caso necesario mandase á los insurrectos, y finalmente en nombre del pueblo escoces se dirigió un manifiesto á los ingleses dándoles noticia de las justas quejas de los cristianos hermanos suyos, y rechazando las calumnias con que sus enemigos comunes trataban de afearlos.

En la corte aquel manifiesto fue recibido con desprecio; burlábanse de la insurreccion, y únicamente se plañian del fastidio de

ir á combatir con los alzados, porque no habia gloria ni provecho en guerrear contra un pueblo pobre, grosero y oscuro. Cárlos aunque escoces se lisonjeaba con la idea de que el antiguo odio y desprecio con que los ingleses miraban á la Escocia harian que las quejas de los convenidos no produjeran ningun efecto. Las creencias que unen á los pueblos borran muy luego los límites que los separan, y asi fue que los descontentos de Inglaterra vieron que la causa de los escoceses era la suya, y desde luego se entablaron correspondencias entre los dos paises, se derramó con profusion el manifiesto de los de Escocia; sus quejas, su proceder, sus esperanzas fueron el tema de todas las conversaciones, hicieron amigos y agentes en Londres, en los condados, en el ejército y en la corte misma. Cuando fue conocida su firme determinacion de resistirse, y parecieron apoyados por la opinion pública de Inglaterra, no faltaron cortesanos escoceses y hasta ingleses que para perjudicar á algun rival, para vengarse de algun desaire, y para quedar bien en todo evento se apresuraron á prestarles servicios por medios ocultos, dándoles avisos, exagerando su número, ponderando su disciplina, y manifestándose temer por el rey los obstáculos y los riesgos que podian prevenirse ó conjurarse cediendo en alguna cosa. El ejército realista que se adelantaba hácia la Escocia, oia en todo el camino públicos rumores para intimidarlo ó enfriarlo cuando menos; aconsejaban al general conde de Essex que no anduviera descuidado, que esperase refuerzos, asegurábanle que los enemigos eran superiores, que los habian visto en tal lugar inmediato á la frontera, que ocupaban todas las plazas, y que Berwick caeria en su poder antes que Essex pudiese llegar á ella. El conde, militar exacto y leal, aunque poco afecto á la corte, prosiguió su marcha, entró en Berwick sin obstáculo alguno, y bien pronto pudo convencerse de que los enemigos no eran tantos, ni estaban tan bien preparados como se le dijo; mas aquellos rumores derramados con tanto esmero como oidos con gusto no dejaron de hacer su efecto en los ánimos. La turbacion creció mucho cuando el rey en abril de 1639 hubo llegado á York, á donde se trasladó con una pompa estraordinaria, infatuado como siempre con el irresis-

tible ascendiente de la magestad real, y lisonjeándose con que bastaria ostentarlo para sujetar á los rebeldes. A fin de neutralizar el llamamiento de un pueblo á otro pueblo hecho por la Escocia á la Inglaterra, él lo hizo á la nobleza de su reino, mandándole segun las costumbres feudales, que en aquella ocasion se presentase á prestarle los servicios á que estaba obligada. Los lores y muchos gentiles-hombres corrieron á York como á una fiesta, la ciudad y la campiña ofrecian el aspecto de un torneo, mas nó el de un ejército ni el de la guerra. La vanidad de Cárlos estaba enorgullecida con tanto fausto, sin advertir que en torno suyo reinaban la intriga, la indisciplina y el desórden. Los escoceses fronterizos se comunicaban con sus soldados, y cuando el rey quiso exigir á los magnates juramento de no mantener relaciones con los rebeldes, lord Brock y lord Say se negaron á ello, y Cárlos no se atrevió á mas que á mandarles que se alejasen. Lord Holland penetró en el territorio escoces; mas al aspecto de una division de tropas que Lesley habia colocado con mucha pericia y que el conde juzgó de pronto por mas numerosa que la suya, se retiró precipitadamente. Generales y soldados, todos vacilaban en empeñarse en una guerra desacreditada, y los escoceses informados de ello supieron sacar provecho. Escribieron á lord Essex, lord Arundel, y lord Holland gefes del ejército realista en lenguage adulador y modesto, manifestando una entera confianza en los sentimientos de los lores y del pueblo ingles, y rogándoles que interviniesen para que el rey les hiciera justicia y les volviese su gracia. Cárlos se sentia embarazado, frio y tan dispuesto á cansarse de los obstáculos, como era poco cauto en prevenirlos. En consecuencia de esto se entablaron negociaciones en 11 de junio de 1639. El rey se mostró altivo pero deseoso de acabar; los escoceses obstinados mas nó insolentes. El orgullo de Cárlos contentóse con la humildad de las palabras de sus adversarios, y en 18 de junio siguiendo el parecer de Laud á quien tenia conturbado la proximidad del riesgo, se ajustó en Berwick un tratado de paz que disponia el despedimiento de las tropas, y la inmediata convocacion de un sínodo y de un parlamento escoces; pero no quedaba concluido con esto un tratado

claro y preciso que pusiese término á las diferencias que dieron hincapié á la guerra.

Esta no quedaba mas que prorogada, y los dos partidos lo conocian. Los escoceses al despedir á sus tropas dejaron una parte del sueldo á los oficiales con el encargo de estar siempre dispuestos; y Cárlos apenas hubo licenciado el ejército cuando se ocupó en levantar otro, y al mes de la pacificacion llamó á Strafford á Londres para consultarle, segun decia, acerca de un plan militar; pero en la órden añadia: „tengo otras razones y muy poderosas para querer que esteis algun tiempo á mi lado; no puedo deciros „mas en una carta, el *covenant* escoces se generaliza mucho, muchísimo." Strafford acudió al momento, porque desde largo tiempo deseaba con la mayor ansia estar empleado cerca de la persona del rey, único lugar donde creia posible adquirir bastante poder y bastante gloria. Fue resuelto á desplegar contra los adversarios de la corona toda su energía, hablando de los escoceses con grandísimo desprecio, asegurando que todos los males eran hijos de la debilidad del gobierno, y que por lo mismo todo debia prometerse de la firmeza del rey en la cual contaba tener un seguro apoyo. Encontró la corte agitada por miserables intrigas: el conde de Essex tratado con frialdad á pesar de lo bien que se condujo en la campaña se habia retirado descontento; los oficiales se acusaban unos á otros de imperitos ó débiles; los favoritos de la reina dábanse prisa en aprovecharse del desabrimiento general para mejorar su fortuna y perder á sus rivales; y el rey estaba triste y abatido. Strafford se sintió en muy mala disposicion, y no le fue difícil conocer la imposibilidad de adoptar todo lo que creia necesario, y de hacer cumplir tòdo lo resuelto. Los manejos de los cortesanos se dirigieron contra él, y no pudo impedir que su personal enemigo Enrique Vane fuese elevado á la dignidad de secretario de estado, merced al favor de la reina. El público que esperaba con ansiedad su llegada para ver el uso que de su influjo haria, supo muy presto que estaba por las medidas rigurosas, y no tardó en maldecirle. La necesidad entre tanto se hacia mas urgente. Disputaban los escoceses con el rey acerca de la inteligencia del tratado de Berwick

en donde casi nada se fijó por escrito; y Cárlos hizo quemar por mano del verdugo un papel, que al decir de los confederados contenia las verdaderas condiciones de aquel ajuste: mas no trató de desmentir públicamente á sus enemigos, porque mientras negociaba dejó que los otros esperasen lo que no queria cumplir. El sínodo y el parlamento de Escocia enojados contra este quebrantamiento de fe, é impulsados por sus amigos de Inglaterra á que de cada dia tuviesen mas desconfianza, lejos de ceder en un ápice de sus pretensiones, hacian otras nuevas y harto mas osadas. En efecto, el parlamento solicitaba que el rey estuviese obligado á convocarlo cada tres años, que se asegurase la independencia de las elecciones y de los debates, y que la libertad política firmemente garantizada pudiese celar el mantenimiento de la fe. Entonces mas que nunca resonaron en la corte y en el consejo las palabras de *atentados á las prerogativas*, de *invasiones contra la soberanía*, y Strafford dijo: es indispensable hacer entrar á esas gentes en su deber á latigazos. La guerra pues quedó resuelta, pero las dificultades estaban en los medios de hacerla, y en buscar un motivo nuevo y plausible para justificarla. El tesoro estaba exhausto, las economías reales no existian sino en el nombre, y la opinion era ya poderosa asaz para que se debiese si nó oir, hablar al menos. El proyecto que se buscaba se presentó. Desde el principio de los disturbios, el cardenal de Richelieu, descontento de la corte de Inglaterra en que prevalecia el influjo de la de España, estaba en relaciones con los escoceses, tenia cerca de ellos un agente, les habia enviado dinero, armas y promesas de poderosos ausilios en caso necesario. Entonces se interceptó una carta de los confederados con sobrescrito *Al Rey*, cuyo rey era evidentemente el de Francia, á quien en el escrito se pedia socorros. Cárlos y su consejo no dudaron que este llamamiento á un príncipe estrangero, lo cual era un delito de alta traicion segun la ley, causase á toda Inglaterra el mismo enojo que habia dispertado en ellos; y esto era en su concepto muy bastante para convencer á toda la nacion de la legitimidad de la guerra. Con esta confianza que venia á servir de velo á la dura ley de la necesidad, se decidió convocar al parlamento, y mientras se

aguardaba su reunion Strafford se trasladó á Irlanda en 16 de marzo de 1640 para que las cámaras de esta nacion le concediesen subsidios y soldados.

Pasmóse la Inglaterra al saber la convocacion de un parlamento porque ya habia dejado de esperar una reforma legal que era lo único en que pensaba; pues por mucho que fuese su descontento, la nacion detestaba todo medio de violencia. Los sectarios, en algunos puntos la muchedumbre, y varias personas comprometidas ya como cabezas de los partidos nacientes, eran los únicos que alimentaban pasiones mas sombrías, é ideas que iban mas lejos; y aunque el público habia aprobado y sostenido su resistencia, lo hizo sin tomar parte en otros proyectos y sin suponerlos siquiera. Los multiplicados reveses hacian dudar á muchos y muy buenos ciudadanos si nó acerca de la legitimidad, á lo menos en órden á la conveniencia del ardor y de la obstinacion de los últimos parlamentos. Se recordaban con disgusto aunque sin vituperarlos la acedia de su lenguage y el desórden de las escenas que los habian agitado, y ahora confiaban que obrarian con mas prudencia. Esta disposicion de los ánimos hizo que las elecciones diesen por resultado una cámara de los comunes contraria á la corte, decidida á renovar sus quejas, y en la cual tomaron asiento todos los varones á quienes habia dado popularidad su espíritu de oposicion; pero su mayoría estaba compuesta de ciudadanos pacíficos, libres de todo empeño de partido, desconfiados de las pasiones, de las combinaciones secretas, de los acuerdos súbitos, y esperanzados de que reformarian los abusos sin enagenarse el ánimo del rey, y sin arriesgar la tranquilidad de la patria.

Despues de una dilacion bastante larga, y que desagradó no poco, congregóse en 13 de abril de 1640 el parlamento, en el cual Cárlos hizo leer la carta de los escoceses al rey de Francia, habló largamente de su traicion, anunció la guerra, y pidió subsidios para hacerla. Poca mella hizo en la cámara la carta, en la cual al parecer no vió mas que un incidente sin importancia si se parangonaba con los grandes intereses de que habia de tratar. El rey se ofendió al observar que la cámara veia con tanta frialdad sus afrentas;

y la cámara por su parte se quejó de alguna falta de etiqueta y de consideraciones el dia en que su presidente se apersonó con el rey. La corte despues de once años que pasó sin parlamento no sabia desprenderse de su desdeñosa ligereza; y la cámara á pesar de sus pacíficos intentos, al entrar en Westminster, habia recobrado con justicia el orgullo de un poder público, que por espacio de once años fue desconocido, y que ahora era llamado sin mas motivo que la necesidad. Los debates pues tomaron bien luego un carácter grave. El rey queria que la cámara votase los subsidios antes de ocuparse del exámen de sus quejas, prometiendo que le dejaria continuar sus sesiones y escucharia con benevolencia sus solicitudes. Con este motivo comenzaron discusiones muy largas pero no acres, porque las sesiones continuaron con mucha asiduidad, y se prolongaron mucho mas tiempo del señalado para su duracion ordinaria. Algunas palabras amargas escapadas á varios individuos poco conocidos fueron muy luego reprimidas, y se oyeron con agrado los discursos de muchos servidores de la corona que por otra parte eran sugetos muy bienquistos. A pesar de esto la cámara se mostró decididamente resuelta á no ocuparse de los subsidios hasta despues que se hubiesen ocupado de sus quejas: en vano se le dijo que la guerra apremiaba, pues la guerra le parecia de poquísima importancia aunque no lo dijese por consideracion al rey. Este entonces recurrió á la intervencion de la cámara de los pares, los cuales votaron que en su dictámen los subsidios debian preceder á las quejas, y solicitaron una conferencia de los comunes para exhortarlos á que se decidiesen por esto. Los comunes admitieron la conferencia, pero á su vez votaron al volver á su cámara que la deliberacion de los pares era atentatoria á sus privilegios porque aquellos no tenian derecho alguno á ocuparse de los subsidios hasta despues que la cámara de los comunes los hubiese fijado. Los hombres de partido, á saber Pym, Hampden y Saint-John tomaron ocasion de este incidente para enardecer á la cámara, cuyas intenciones eran mas moderadas de lo que su situacion y sus principios permitian. La cámara pues se agitaba impaciente, refrenando su fuerza, pero decidida á sostener su derecho. Pasábase el

tiempo, el rey decia que aquel parlamento seria tan intratable como los anteriores, y enojado al fin envió un mensage á la cámara en 4 de mayo, diciendo que si queria concederle doce subsidios pagaderos en tres años, se obligaria á no percibir en adelante la contribucion impuesta sobre los buques sino cuando lo otorgase asi el parlamento. Por una parte la suma pareció enorme pues se decia que sobrepujaba á todo el dinero del reino, y por otro lado no bastaba que el rey renunciase la contribucion de los buques, sino que era preciso que asi por lo pasado como para lo venidero aquel impuesto fuese declarado ilegítimo; mas la cámara no deseaba romper con el monarca, y al mismo tiempo se demostró que el valor de doce subsidios no era ni con mucho tanto como se dijo al principio: de manera que á pesar de la repugnancia en suspender el exámen de las quejas, con el fin de acreditar su lealtad, tomó en consideracion el mensage. Estaba ya á punto de decidir que se concederian subsidios sin fijar su cantidad, cuando el secretario de Estado sir Enrique Vane se levantó, y dijo que á menos de acceder al mensage del modo que se hacia era inútil deliberar, porque el rey no admitiria sino lo pedido. El procurador general Herbert confirmó la asercion de Vane; en vista de lo cual la cámara se sorprendió y encolerizó de manera que los individuos mas moderados manifestaron no poca ira. Estaba ya la hora muy adelantada, y se dejó el debate para el dia siguiente; mas en él y cuando los comunes iban á reunirse, el rey los llamó á la cámara alta, y el parlamento fue disuelto en 5 de mayo á las tres semanas de haber sido convocado.

A la hora de la disolucion Eduardo Hyde, que despues fue lord Clarendon encontró á Saint-John, amigo de Hampden y uno de los que manejaban la oposicion convertida ya en partido, y como el segundo naturalmente sombrío, muy alegre y animado entonces, observase que Hyde estaba triste le preguntó qué cosa le tenia conturbado. „Lo que tiene conturbados á muchos hombres de bien, „le dijo Hyde, la imprudente disolucion de un parlamento tan jui- „cioso, y que era el único que podia salvarnos en medio de la „confusion en que estamos." „Os engañais, le contestó Saint-John,

„antes que las cosas vayan bien es menester que se empeoren:
„este parlamento nunca hubiera hecho lo que es necesario hacer."

Durante la velada del mismo dia Cárlos estaba pesaroso, y dijo que le habian dado noticias falsas acerca de los intentos de la cámara, y que Vane no habia recibido autorizacion suya para declarar que no recibiria menos de doce subsidios. Al dia siguiente estuvo aun mas desasosegado, y al fin reunió á varias personas muy juiciosas, y quiso saber su dictámen acerca de si era posible revocar la disolucion. Esta medida se tuvo por impracticable, y Cárlos volvió á su despotismo un poco mas turbado pero no menos ligero, ni menos orgulloso que antes de la prueba arriesgada para salir de situacion semejante.

Las apuradas circunstancias en que se hallaban al parecer dieron á los ministros alguna seguridad, y algun tino á sus medidas. En 4 de abril habia vuelto de Irlanda Strafford atacado de un violento acceso de gota, amenazado de una pleuresía é incapaz de menearse; pero habia alcanzado del parlamento irlandes todo lo que pidió, á saber, subsidios, soldados, ofrecimientos y promesas, y apenas pudo levantarse de la cama cuando emprendió de nuevo la obra con el vigor y el empeño que tenia de costumbre. En menos de tres semanas ingresaron en el tesoro cerca de trescientas mil esterlinas de donativos voluntarios de que él dió el ejemplo, y cuya mayor parte pagaron los papistas. A esto se añadieron todas las vejaciones que estaban ya en uso, los empréstitos forzosos, los impuestos sobre los buques, los monopolios, y hasta se llegó á acuñar moneda de baja ley. A los ojos del rey y de sus servidores todo se escusaba con la necesidad; pero esta no sirve jamas de límite á la tiranía; y asi fue que Cárlos volvió á sus hábitos de persecucion y venganza contra los miembros del parlamento; sir Enrique Bellasis y sir Juan Hotham fueron presos por lo que habian hablado; se registraron la casa y los papeles de lord Brook: Crew fue encerrado en la torre por no haber querido entregar las solicitudes que durante las sesiones habia recibido como presidente de la comision encargada de examinarlas. Se exigió de los eclesiásticos juramento de no consentir en alteracion alguna en el gobierno

de la Iglesia, y al fin de este juramento se añadió la palabra *et cetera* que inspiró no poca desconfianza y enojo. Jamas la corte habia usado un lenguage tan altivo ni tan duro; y asi fue que como algunos gentiles-hombres del condado de York se hubiesen resistido á una requisicion arbitraria, y el consejo quisiese perseguirlos por ello, Strafford dijo que el único modo con que debia perseguírseles era mandarlos venir y ponerlos en la cárcel. Strafford era sin duda el que mejor conocia la estension del mal; pero la pasion sufocaba en él la prudencia y el temor, de modo que no parecia sino que se esforzase en comunicar al rey, al consejo y á la corte aquella fiebre que ciega al hombre en términos que no sepa ver sus fuerzas ni sus riesgos. Volvió á caer enfermo y llegó á las puertas del sepulcro; pero su impotencia no hizo otra cosa que aumentar la dureza de sus consejos, y apenas pudo tenerse en pie cuando partió con el rey á fin de reunirse al ejército levantado en la frontera de Escocia, y á cuyo frente debia ponerse.

Mientras allí se dirigia supo que los escoceses tomando la ofensiva habian entrado en Inglaterra en 21 de agosto, y que llegados hasta York batieron en 28 del propio mes en Newburne, y casi sin hallar resistencia, al primer cuerpo de tropas inglesas que encontraron en su ruta. Ni el uno ni el otro hecho eran obra de los escoceses solos. Durante la paz sus comisionados en Londres contrajeron una estrecha alianza con los gefes de los descontentos, los cuales les aconsejaron que en caso de comenzarse otra vez las hostilidades invadiesen de repente la Inglaterra y contaran con el apoyo de un numeroso partido. Espidióse á Escocia un mensajero, el cual en una caña hueca llevaba una obligacion escrita á cuyo pie lord Saville único motor conocido de aquel complot, deseoso de inspirar mas confianza á los escoceses habia continuado las firmas de seis magnates ingleses. El odio que tenia á Strafford fue la única causa que impulsó á lord Saville, hombre por otra parte despreciable, á tomar sobre sí tan audaz empresa, aunque todo induce á creer que se mezclaron en ella algunos patriotas de los mas influyentes y mas sinceros. No se engañaban estos en órden á la disposicion del pueblo, pues apenas el parlamento fue disuelto cuando por todas

partes se manifestó la aversion á la guerra. En Londres algunos pasquines escitaban á los trabajadores á sublevarse y á dar muerte á Laud, autor de tantos males: una multitud furiosa asaltó su palacio, y Laud hubo de refugiarse en Whitehall. La iglesia de San Pablo en donde estaba un tribunal escepcional fue forzada por una multitud de hombres que gritaban *abajo los obispos*, *abajo el tribunal*. En los condados fue indispensable hacer uso de la violencia para reclutar tropas; pues los hombres comprendidos en la quinta unos se mutilaban, los hubo que se ahorcaron, y los que obedecian sin resistirse eran insultados por las calles, y sus familias y sus amigos los trataban de cobardes. Trasladados á sus cuerpos llevaban allí y encontraban los mismos sentimientos, de modo que los soldados mataron á muchos oficiales por sospechas de ser papistas. Cuando el ejército estuvo cara á cara de los escoceses crecieron infinitamente los murmullos y la indisciplina: veia flotar en sus banderas el compromiso (*covenant*): oia como la caja llamaba á las tropas al sermon, y que á la salida del sol resonaba en su campo el canto de los salmos y de otras preces. A semejante espectáculo y á las nuevas que les llegaban del piadoso ardor y de las amigables disposiciones de la Escocia para con el pueblo ingles, enterneciánse los soldados y se irritaban alternativamente, maldecian aquella guerra impía y se consideraban vencidos por combatir contra sus hermanos y contra su Dios. Llegados los escoceses á las márgenes del Tyne sin hacer demostracion alguna hostil solicitaron permiso para atravesarlo: un centinela ingles hizo fuego, le contestaron los otros con algunos cañonazos, y aunque se comenzó á empeñar una accion dispersóse el ejército, y Strafford se puso al frente para replegarse hasta York, dejando que los escoceses ocupasen sin oposicion el pais y las plazas situadas entre esta ciudad y los confines del reino.

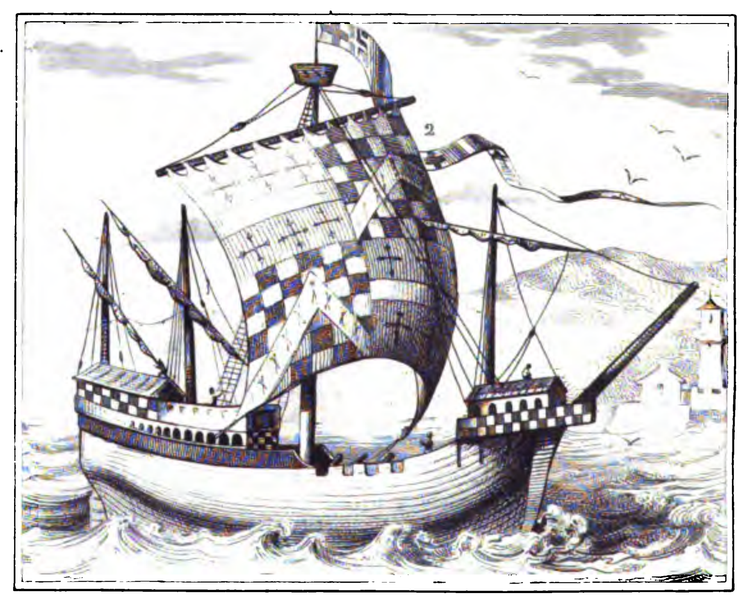
El mismo Strafford quedó vencido desde aquel momento, pues en vano procuró con halagos y con amenazas inspirar á las tropas distintos sentimientos; sus agasajos á los oficiales eran forzados y disimulaban mal su desprecio ó su cólera, y sus rigores exasperaban á los soldados sin imponerles. No tardaron en llegar peticio-

nes de muchos condados, solicitando del rey que hiciese la paz: los lores Wharton y Howard se arriesgaron á presentar una, y Strafford lleno de ira por ello los hizo detener, y convocando un consejo de guerra pidió que fuesen fusilados delante del ejército como fautores de una insurreccion; pero el consejo callaba, y solo Hamilton le contestó: „Milord, cuando se haya proferido la sen„tencia, ¿teneis seguridad de los soldados?" Strafford cual si se le revelara un secreto volvió la cabeza rugiendo de ira, y nada dijo. A pesar de esto su indomable orgullo sostenia su esperanza. „Pronuncie el rey una palabra, escribia á Laud, y haré que los „escoceses salgan de aqui mas aprisa de lo que han entrado: res„pondo de ello con mi cabeza; pero seria menester que este con„sejo saliese de otros y nó de mí." Efectivamente Cárlos huia de él, porque la energía de sus consejos le daba que temer. Grande era el desaliento en que habia caido el príncipe, cada dia le proporcionaba una nueva prueba de su impotencia, faltaba dinero, no salia bien ninguno de los medios capaces de suministrarlo, los soldados se amotinaban ó desertaban á bandadas, en todas partes el pueblo se mostraba agitado é impaciente por ver el desenlace que ya se presentia, y de cada dia se correspondian mas activamente los escoceses con los partidarios del rey, con sus tropas y con su misma servidumbre. Los escoceses siempre prudentes en sus obras y humildes en su lenguage se conducian perfectamente en los condados que invadieron, guardaban mil consideraciones á los prisioneros, y no perdian ocasion ninguna para renovar sus protestas de sentimientos pacíficos, de fidelidad, y de adhesion al rey, y aunque seguros de la victoria solo pedian la paz que no podia menos de consagrarla. Con la voz de *paz* iba envuelta la palabra *parlamento;* y Cárlos atemorizado á este nombre resolvió en 7 de setiembre de 1640 sin que se sepa por consejo de quién, convocar en York el gran consejo de los pares del reino; asamblea feudal caida en desuso habia cuatro siglos, pero que antiguamente y cuando los comunes no tenian fuerza alguna muchas veces dispuso del poder soberano de mancomun con el monarca. Sin saber á punto fijo lo que era ni lo que podria aquella asamblea, se espe-

raba que tendria mas consideraciones y que sabria conllevarse mejor con el rey, y aun se dijo si pudiera ella sola votar subsidios. Mas antes que aquel gran consejo se hubiese reunido, pidieron en términos espresos la convocacion de un verdadero parlamento una representacion de la ciudad de Londres, y otra de los doce pares de mas consideracion en el reino asi por su rango como por su influjo. Tanto bastó para vencer la resistencia del rey que ya nada podia. En medio de estas incertidumbres Strafford, asi para satisfacer su resentimiento como con el fin de justificar sus consejos, habia atacado á los escoceses y conseguido algunas ventajas, lo cual se le vituperó so color de que habia comprometido al rey, y se le dijo que se mantuviese en sus cuarteles. Entre tanto reuniéronse los pares en 24 de setiembre de aquel mismo año, y Cárlos les dijo que convocaba un parlamento y solo pedia su consejo para tratar con los escoceses. Abriéronse pues las negociaciones, y se encargaron de ellas diez y seis pares afectos al partido popular. Desde luego se convino en que quedasen en pie los dos ejércitos, y en que el rey pagaria el de los escoceses á la par del suyo, y con el fin de cumplir esta obligacion se pidió á la ciudad de Londres un empréstito de 200000 libras esterlinas, y los pares comprometieron su palabra juntamente con la del rey para garantizar el uso que se habia de hacer del dinero. Despues de firmar en Rippon los artículos preliminares, Cárlos deseoso de reunirse con la reina para descansar de tantos disgustos y negocios, prorogó las negociaciones para Londres en donde debia congregarse el parlamento. Allá se trasladaron á toda prisa los comisionados escoceses con la seguridad de encontrar amigos poderosos. En toda Inglaterra se verificaban las elecciones que la nacion entera tomó con mucho calor; y la corte triste y abatida procuraba en vano ejercer en ellas algun influjo: sus candidatos débilmente sostenidos eran rechazados en todas partes, y ni aun pudo conseguir que fuese nombrado sir Tomas Gardiner, que el rey deseaba fuese el presidente. La reunion del parlamento se fijó para el 3 de noviembre. Algunas personas aconsejaron á Laud que eligiese otro dia, porque aquel, segun decian, era de mal agüero: en tiempo de En-







1. PORTIER OU GARDIEN, Règne d'Edouard IV. (1480)
2. VAISSEAU sous le règne d'Edouard IV. (1482)

rique VIII el parlamento reunido en igual dia comenzó por la ruina del cardenal Wolsey, y concluyó con la destruccion de las abadías. Laud despreció estos presagios nó porque tuviese confianza, sino cansado de luchar, y abandonándose lo mismo que su amo á los riesgos de un porvenir, que estaban muy lejos de adivinar vencedores y vencidos.

En el dia determinado el rey abrió el parlamento, trasladóse á Westminster sin pompa, y casi sin comitiva, nó á caballo y por las calles segun era costumbre, sino por el Támesis, en una barquilla, temiendo las miradas del pueblo como un vencido que sigue la pompa triunfal de su vencedor. El discurso fue vago y embarazoso; en él prometió que oiria todas las quejas; pero insistiendo en dar á los escoceses el dictado de *rebeldes*, y en pedir que se les arrojase del reino cual si todavía durara la guerra. La cámara de los comunes lo oyó con respeto pero friamente; nunca habia asistido tanta gente á la apertura de las cámaras, y nunca los rostros habian ostentado tanto orgullo en presencia del soberano.

Apenas este hubo salido cuando sus adictos que eran muy pocos en la cámara conocieron al ver los grupos y al oir sus conversaciones que el enojo público era mucho mayor de lo que ellos temian. La disolucion del último parlamento agrió á los mas moderados: nadie hablaba de conciliacion ni de prudencia; y todos afirmaban que era llegado el dia de desplegar el poder de la cámara y de desarraigar los abusos de manera que no pudiesen retoñar nunca. Asi el poder y el pueblo se encontraban cara á cara con fuerzas muy desiguales y con intentos igualmente altivos. Hacia once años que el rey y la Iglesia habian proclamado su soberanía absoluta é independiente por derecho divino, y todo lo habian probado para que el pueblo la admitiese ó la sufriera; y aunque nada alcanzaron, como profesaban siempre las máximas mismas, en medio de su impotencia iban á pedir ausilio á una asamblea, que sin erigirla en principio y sin ostentarla con fausto creia tambien en su soberanía y se juzgaba capaz de ejercerla.

El parlamento, pues, comenzó por hacer públicas todas sus quejas: cada individuo que llegaba era portador de una peticion

de su ciudad ó de su condado; la leia, tomábala por testo de algun discurso, y proponia que la cámara, esperando medidas mas eficaces, votara desde luego que las quejas eran legítimas. En pocos dias y en todas partes se manifestó en este sentido la opinion del pais; y asi repentinamente fueron revisados y condenados todos los actos de tiranía, todos los monopolios, el derecho de tonelada, las prisiones arbitrarias, las usurpaciones de los obispos, y los procedimientos de los tribunales escepcionales. Nadie se opuso á estas resoluciones, y era tal la unanimidad, que muchas de ellas fueron adoptadas por la mera mocion de hombres que poco despues se convirtieron en los mas íntimos confidentes del rey.

Cual si este medio no bastara para descubrirlo todo, se formaron en la cámara mas de cuarenta comisiones para investigar abusos y oir las quejas de los ciudadanos. Todos los dias iban llegando á caballo ciudadanos y arrendatarios á bandadas, trayendo representaciones de la ciudad ó de su territorio; de manera que las acusaciones se hicieron generales: oíanse en el púlpito, en las plazas eran escuchadas con ansia, cualquiera que fuese la persona y la forma con que eran espuestas, y eran creidas con la misma confianza ya fuesen genéricas contra todo el gobierno, ya se nombrasen individuos con el objeto de pedir su castigo sin tener cargo alguno para ello. El poder de las comisiones era ilimitado: nadie pudo oponerle ni siquiera el silencio, y los mismos individuos del consejo privado hubieron de responder acerca de lo que se hubiese hablado en sus sesiones.

Al desaprobarse todos los hechos se proscribió en masa á sus autores. Todo agente de la corona, cualquiera que fuese su rango, con tal que hubiese tomado parte en la ejecucion de las medidas reprobadas fue llamado *delincuente;* y en cada condado se formó una lista de ellos. No se les impuso pena alguna uniforme y definitiva, pero á voluntad de la cámara, con el mas mínimo pretesto de un nuevo disfavor, podian á cualquier hora ser llamados ante la cámara, y castigados con multas, con cárcel, ó con confiscacion de bienes.

Al reconocer los poderes de los diputados, la cámara en 2 de

noviembre de 1640 declaró indignos de ocupar un asiento en ella á cuantos hubiesen tomado parte en algun monopolio, y con este motivo fueron escluidos cuatro individuos de ella, y muchos otros so pretesto de alguna irregularidad, pero en el fondo sin causa alguna legal, sino porque se desconfiaba de su opinion. Los dos monopolizadores mas decididos que eran sir Enrique Mildmay y sir Whitaker fueron admitidos sin oposicion porque se declararon en favor de la cámara.

Al aspecto de un poder tan inmenso, tan súbito y tan ardiente estremeciéronse todos los servidores de la corona porque todos tenian que temer un vituperio ó un enemigo, puesto que para ellos en todas partes habia acusadores y defensor en ninguna. La corte solo pensaba en que la olvidaran: el rey ocultaba en una inaccion completa su tristeza y sus inquietudes: los jueces temblando por sí mismos no hubieran osado proteger á un delincuente: los obispos veian abolidas sus innovaciones sin pensar en hacer resistencia: Juan Bancroft, obispo de Oxford, murió súbitamente de espanto: los predicadores presbiterianos recobraban sin título alguno la posesion de los curatos y de las cátedras; todas las sectas disidentes reinstalaban con la mayor publicidad sus asambleas, y por todas partes y con libertad absoluta circulaban folletos de toda especie. El despotismo real y el episcopal aunque estaba todavía en pie y tenia sus ministros, sus tribunales, sus leyes y su culto, permanecia inmóvil, y en todas partes era impotente.

Strafford habia previsto esta esplosion, y pedia al rey que le dispensase de trasladarse al parlamento. „Allí, le escribia, en nada „podré servir á V. M.; mi presencia aumentará los riesgos, y me „pondrá en manos de mis adversarios: permítame V. M. que con„tinue estando lejos, en Irlanda, en el ejército, donde V. M. quie„ra; allí aun podré servir á V. M. y librarme de la ruina que me „aguarda." „Necesito vuestros consejos, le contestó el rey: es tan „positivo que no correis riesgo alguno como lo es que yo soy rey „de Inglaterra. No llegarán á un cabello de vuestra cabeza." Strafford vacilaba; mas á la segunda invitacion, desafiando la tempestad que podia caer sobre él, partió con la resolucion de acusar

por sí mismo ante la cámara alta y con pruebas recientemente adquiridas, á los principales adalides de la cámara baja, de haber provocado y sostenido la invasion de los escoceses. Pym y sus amigos enterados del golpe que los amenazaba hirieron primero, y Strafford llegado á Londres el dia 9, y detenido en la cama el 10, á causa de sus dolencias y de la fatiga, el 11 por una mocion de Pym fue acusado de alta traicion ante la cámara. Lord Falkland aunque enemigo de Strafford fue el único que dijo que la justicia y la dignidad de la cámara exigian alguna dilacion y algun exámen. „El menor retardo es capaz de malograrlo todo, dijo Pym; „si el conde habla con el rey una vez sola el parlamento será di- „suelto; y por otra parte la cámara no condena, solamente acusa." Y al instante salió con una comision para presentar la acusacion á la cámara de los pares.

Strafford que estaba entonces con el rey, apenas tuvo noticia de esto cuando se trasladó á la cámara alta en donde Pym le habia precedido. Encuentra la puerta cerrada, llama con fuerza, y reprendiendo con acrimonia al ugier que vacilaba para abrirle, atraviesa la sala para ir á ocupar su puesto cuando muchas voces le dicen que se retire. Detiénese el conde, pasea la vista en derredor suyo, y despues de dudar algunos momentos obedece. Llamado al cabo de una hora se le mandó arrodillarse en la barra donde se le hizo saber que la cámara habia admitido la acusacion de los comunes, y á peticion de estos resuelto que seria detenido en la torre. Por mas que quiso hablar, la cámara se negó á oirle, y en el acto fue ejecutada la órden de ponerle preso.

A la acusacion de Strafford sucedió muy luego la de Laud, menos temido, pero mucho mas odiado. Fanático tan sincero como áspero, su conciencia nada le vituperaba, y se pasmó al ver que lo perseguian, y segun dijo no habia en la cámara de los comunes un solo individuo que en el fondo de su alma pudiese creerle reo de traicion. El conde de Essex refirió estas palabras calificándolas de un ultrage contra la cámara que le acusaba. Laud se escusó mostrando la mayor sorpresa y pidió que se lo tratase con arreglo á la antigua costumbre del parlamento. A semejante demanda se irri-

tó lord Say de que osase indicarles el modo como debian proceder, y el arzobispo turbado calló, porque no era capaz de comprender otra pasion que la suya; ni de acordarse de que jamas hubiese hablado á sus enemigos en tales términos.

Aunque lord Finch guardasellos y el secretario de estado Windebank no habian tomado en la tiranía menos parte que los otros dos, el uno que era cortesano astuto supo ver de lejos la tempestad que amenazaba, y hacia tres meses que á costa de su amo se habia dedicado á grangearse la indulgencia de los gefes de partido; y el otro, hombre débil, y de un talento muy mediano, no inspiraba temor ni odio. A pesar de esto, la cámara los acusó; pero fue sin empeño y solo para acallar las exigencias del pueblo. Windebank apelo á la fuga y Finch alcanzó permiso de presentarse á la cámara; y en 21 de diciembre de 1640 recitó allí una chabacana apología, que le agradeció el partido por ser el primer homenage que un ministro rendia á su poder, y quizás por esto se le dió tiempo de espatriarse. Muchos miembros estrañaron esta desigualdad en la justicia; mas Pym y Hampton, diestros gefes de partido, no querian desalentar á los hombres bajos. Tambien se presentaron acusaciones contra dos obispos, algunos teólogos y seis jueces; pero la única que se siguió con teson fue la de Strafford, á cuyo fin se nombró una comision secreta con poderes ilimitados para que investigase toda su vida y buscara en sus palabras y en sus obras y hasta en los consejos que pudo dar, hubiéselos ó no adoptado el rey, pruebas de alta traicion. Otra comision semejante á esta, y formada en Irlanda, sirvió de ausiliar á la cámara de los comunes. Los escoceses se mezclaron en el negocio por medio de una declaracion llena de acrimonia en la que dejaban entrever que su ejército no saldria del reino mientras no se castigase á su mas cruel enemigo. Para el odio y el terror popular aun parecia poco ver á tres pueblos de este modo coligados contra un hombre preso.

Asi la cámara libre de sus adversarios, y preparando una cruenta venganza contra el único á quien temia, se posesionó del gobierno; votó subsidios en cuanto eran indispensables para hacer frente á las necesidades diarias, y su administracion y su destino

se encomendó á los comisionados que se nombraron de entre los individuos de su seno. Los derechos de aduana solo se votaron por dos meses, y se iban renovando; mas como no era posible atender á las obligaciones sin rentas mas considerables, la cámara negoció en su nombre un empréstito con sus partidarios de la ciudad, y hasta con algunos de sus miembros, y sin mas garantía que su palabra: hé aqui el orígen del crédito público. El rey se empeñaba en que se licenciaran los dos ejércitos, y en especial el de los escoceses, alegando cuán pesado era para los condados del norte su permanencia en el territorio; pero la cámara los necesitaba, y se sentia en disposicion de hacer que el pueblo sufriese esta carga. Eludiéronse pues las instancias del rey, y en el reparto de los fondos destinados al pago de sueldos, se hizo mas favor á las tropas escocesas que á las de Inglaterra, cuyos oficiales no todos inspiraban la misma confianza al parlamento; y si bien algunos de ellos se incomodaron por esto, á la cámara estuvo tan lejos de darle cuidado como que decretó que los escoceses habian prestado á los ingleses un ausilio fraternal, que en adelante se los llamaria *hermanos;* y á título de indemnizacion votó á favor de ellos una suma de trescientas mil libras esterlinas. Las negociaciones para la paz definitiva con la Escocia fueron llevadas adelante mas bien por una comision del parlamento que por el consejo del rey: los directores de las dos cámaras, sobre todo de la baja, comian todos los dias juntos y á escote en casa de Pym, á donde iban á reunirse con ellos los comisionados escoceses, los autores de las peticiones mas importantes, los hombres de influjo en la ciudad, y allí se trataban todos los negocios de las cámaras y del estado. Tal era la afluencia de todos los poderes del parlamento que los consejeros de la corona, incapaces y temerosos de decidir por sí solos la cuestion mas trivial, se remitian á él para todo sin que jamas se hubiese tomado la molestia de pedirlo. Acababa de ser condenado á muerte en febrero de 1641 el presbítero católico Goodman, y el rey que queria indultarle puso su vida á merced de los comunes, que era el único medio de salvarlo; pues á despecho de la exaltacion de partido la cámara no se habia mostrado sedienta de sangre.

El pueblo habia concebido un grande odio contra la madre de la reina María de Médicis, entonces residente en Londres, y todos los dias la muchedumbre rodeaba su casa insultándola y haciéndole amenazas. En vista de esto el gobierno se dirigió á los comunes para saber si aquella señora podia permanecer en Inglaterra, y de qué modo deberia atenderse á su seguridad. La cámara respondió que convenia que se fuese, votáronse diez mil esterlinas para su viage, y la determinacion fue luego llevada á efecto en mayo del mismo año. Las sentencias de los tribunales pronunciadas y ejecutadas mucho tiempo antes cayeron bajo su jurisdiccion á la par que los negocios particulares del rey y de la corte. Las condenas de Prynne, de Burton, Bastwick, Leighton y Lilburne fueron declaradas ilegales, y se dió órden para restituirles la libertad, con una indemnizacion que sin embargo no cobraron nunca: suerte comun á todos los méritos antiguos que muy luego quedan olvidados por los méritos y las necesidades nuevas. No tuvieron mas recompensa que la alegría pública; pues al rumor de su vuelta salió á su encuentro una muchedumbre inmensa, y por todas partes por donde pasaban, las calles estaban empavesadas, y los caminos sembrados de romeros y laureles. Los transportes del pueblo, y el abatimiento del rey impulsaban á los comunes á que tomasen las riendas del gobierno: todo concurria para que se erigiesen en poder soberano.

Su primer ensayo en la reforma de las instituciones, si no proclamó su soberanía al menos sentaba como principio su absoluta independencia. En 19 de enero de 1640 se presentó un proyecto de ley que disponia la convocacion del parlamento á mas tardar cada tres años, y que en caso de que el rey no lo convocase pudieran hacerlo doce pares reunidos en Westminster. En falta de los pares los jerifes y los empleados municipales debian proceder á las elecciones; y si los jerifes se negaban á verificarlas los ciudadanos podian reunirse y elegir sus representantes. Ningun parlamento podia ser disuelto ni prorogado sin el consentimiento de las dos cámaras, y cincuenta dias despues de su reunion; y las cámaras eran las únicas que tenian derecho á elegirse el presidente. Al

primer rumor de semejante ley rompiendo Cárlos el silencio en que parecia sumergido, llamó á las dos cámaras á Whitehall y les dijo: „Yo apruebo la presente convocacion de parlamento, pues „convengo en que este es el mejor medio de mantener entre mí y „mi pueblo la armonía que tanto deseo; pero que se deje á merced de los jerifes, y no sé de quiénes mas el derecho de desem„peñar mis veces no puedo en manera alguna consentirlo." En estas palabras no vieron las cámaras sino otro motivo mas para apresurar la adopcion de la ley; nadie osaba aconsejar al rey que se negase á ello, y por lo mismo se conformó, aunque juzgó que convenia á su dignidad dar muestras de su desagrado.

„Despues de lo que acabo de concederos, dijo, no sé qué es lo „que me podeis pedir, ni qué es lo que puedo yo negaros. Hasta „ahora en verdad me habeis alentado poco á que os acordara tan„tas gracias; solo os habeis ocupado de lo que os interesa, sin „curaros ni de mí ni de la fuerza del reino: habeis hecho pedazos „del gobierno, el cual puedo decir que se acaba de escapar de sus „goznes. Espero que ahora veréis que he cumplido mis promesas, „y que pensaréis en cumplir tambien vuestro deber."

Las cámaras dieron un voto de gracias al rey y continuaron al punto la reforma pidiendo la abolicion de todos los tribunales escepcionales. Nadie rechazaba estas proposiciones, y la manifestacion de las quejas hacia las veces de debates. Los mismos hombres que comenzaban á temer un movimiento desarreglado y las ideas ocultas de un partido, no se atrevian á defender los poderes odiosos por sus actos é ilegítimos en el fondo, por mas que muchos de ellos contasen con una existencia legal. La reforma política era un deseo universal, independiente de condiciones sociales y de opiniones religiosas, porque nadie se tomaba aun la pena de calcular su estension ni sus consecuencias: asi es que todos se interesaban en ella sin inquirir sus intenciones ni los motivos que á ello los conducian. Los hombres de alma osada, de grande prevision, ó muy comprometidos en los procederes condenados por las leyes, como eran Hampden, Pym, Hollis y Stapleton trataban de arrebatar á la corona su fatal preponderancia, de hacer que la cámara

se apoderase del gobierno, y que nunca mas saliese de ella, pues esto era á su modo de ver el derecho del pais y la única garantia verdadera para el pueblo y para ellos. Pero impulsados á esto mas por la necesidad que por un principio claramente concebido y manifestado por la opinion pública, iban adelante sin proclamarlo. A imitacion de ellos algunos partidarios ardientes, y hasta varios miembros oscuros si bien muy activos, como Cromwell y Enrique Martyn soltaban de tiempo en tiempo palabras amenazadoras contra la persona del rey y la forma de gobierno; pero cuando menos en la cámara no parecia que gozasen de consideracion ni de crédito, y los mismos á quienes pasmaba ó causaba enojo su inicua violencia no la temian. La mayor parte se lisonjeaba de que una vez desarraigados los abusos volverian al estado que ellos llamaban la antigua Inglaterra: esto es, al poder superior del rey, contenido por el poder periódico de las dos cámaras dentro de los límites de la ley; y con esta espera, pasaban considerándolo cual una necesidad del momento, por el dominio casi esclusivo de los comunes, que por otra parte estaban mas de acuerdo de lo que ellos creian con las ideas y con los sentimientos poco deslindados que los animaban. Asi la reforma política igualmente deseada de todos, aunque por un objeto y con esperanzas muy distintas, se iba efectuando por el ascendiente de una unanimidad irresistible.

En materias religiosas la cosa era muy diferente, puesto que desde los primeros dias se vió la diversidad de opinion y de deseos. Una esposicion de la ciudad de Londres firmada por quince mil personas pidió la abolicion absoluta del obispado el 11 de diciembre de 1640, y casi al mismo tiempo setecientos eclesiásticos se limitaban á solicitar la reforma del poder temporal de los obispos, de su despotismo en la Iglesia, y de la mala administracion de sus rentas; y muy luego llegaron de los condados diez y nueve solicitudes firmadas por mas de cien mil personas que recomendaban el mantenimiento del gobierno episcopal. En el parlamento se manifestaba la misma discordancia. Los comunes admitieron la peticion de Londres á duras penas y despues de un acalorado debate. Presentóse un proyecto de ley que declaraba á los eclesiásti-

cos incapaces de desempeñar cualquiera funcion civil, y escluia de la cámara de los pares á los obispos; mas para que los comunes adoptasen esta ley el partido presbiteriano hubo de prometer que no se llevarian las cosas mas lejos: á este precio ganó Hampden el voto de lord Falkland, y nó por esto la ley dejó de ser rechazada en la cámara de los pares en las sesiones del 24 de mayo y del 7 de junio de 1641. Furiosos los presbiterianos con este chasco, en 27 de mayo pidieron de repente la abolicion de los obispados, deanatos y cabildos; pero la resistencia fue tan obstinada que hubieron de retirar la proposicion para repetirla en tiempo mas oportuno. Vez hubo en que las dos cámaras parecian estar de acuerdo para reprimir los desórdenes con que en todas partes se profanaba el culto, y sostener sus formas legales; mas á los dos dias estaban de nuevo divididas. Los comunes por autoridad propia y sin dar conocimiento siquiera á los pares resolvieron enviar emisarios á los condados para que de repente se quitasen de las iglesias las imágenes, los altares, los crucifijos y todos los restos de idolatría, que asi los llamaban, y los mensageros sancionaron con su presencia las pasiones populares, cuya esplosion se les habia anticipado. Los lores por su parte habiendo sabido que la secta de los independientes acababa de restáblecer sus asambleas; en 18 de enero de 1641 llamaron á sus gefes á la barra para el dia inmediato y los reprendieron aunque con timidez; de manera que puede decirse que en materias religiosas no habia opinion ni intento alguno verdaderamente dominante y nacional. Entre los partidarios del episcopado, algunos si bien en corto número, pero los mas audaces por la energía de su fe ó por la obstinacion de su interes personal, sostenian sus pretensiones al derecho divino: otros considerándolo cual una institucion humana, lo juzgaban esencial en la monarquía, y creian que el trono podria comprometerse en caso de que el poder de los obispos sufriese serios ataques: otros que era el mayor número hubieran escluido gustosamente á los obispos de los negocios públicos, pero manteniéndolos á la cabeza de la Iglesia, como les parecian exigirlo la tradicion, las leyes y la conveniencia del estado. No discordaban menos los pareceres en el bando

contrario: unos tendian al episcopado por sus hábitos, aunque su opinion les fuese poco propicia; en el sentir de muchos y de los mas ilustrados ninguna constitucion de la Iglesia era de derecho divino ni absolutamente legítima; sino que podia variar segun los lugares y los tiempos; el parlamento era dueño de cambiarla siempre que quisiese, y el interes de las libertades públicas era el único que debia decidir de la suerte del episcopado, cuya abolicion ó mantenimiento no lo condenaba principio alguno. El pueblo presbiteriano y sus ministros veian en el régimen episcopal una idolatría condenada por el Evangelio, un heredero y precursor del papismo, y por esto rechazaban con indignacion su liturgia, las ceremonias de su culto y sus mas lejanas consecuencias, y el derecho divino usurpado por los obispos lo reclamaban para la constitucion republicana de la Iglesia.

Despues de los primeros pasos de la reforma política estas disidencias embarazaron por algun tiempo la marcha del parlamento. Apenas se trataba de la cuestion religiosa cuando los adversarios de la corte hasta entonces acordes se dividian y luchaban: la mayoría cambiaba con frecuencia, y no habia partido alguno que en todas ocasiones se mostrase animado de un espíritu mismo, dirigido á los mismos planes y capaz de señorearlo todo. Pym y Hampden, gefes principales del partido político, contemporizaban con los presbiterianos, y aun sostenian sus mas atrevidas mociones; y sin embargo era público que no participaban de sus pasiones fanáticas, que mas bien querian reducir el poder temporal de los obispos que variar la constitucion de la Iglesia, y que en la cámara alta esta contaba muchos partidarios entre los lores mas populares. No faltaron hombres prudentes que aconsejaron al rey que sacase partido de estas secretas desavenencias y que previniese la union de los reformadores políticos y religiosos, atreviéndose á confiar á los primeros los negocios de la corona y del estado.

Para este fin se entablaron negociaciones, y su mas activo agente fue el marques de Hamilton, hombre que gustaba siempre de entrometerse en los partidos. A lo mismo se prestó con mucha dignidad el conde de Bedford, varon moderado, influyente en la cá-

mara alta y muy bienquisto del pueblo: en su casa se reunian muchas veces los directores de una y otra cámara, concedíanle su confianza, y al parecer tenia derecho de tratar en nombre de las dos. El rey por consentimiento mas bien que por voluntad propia nombró al principio un nuevo consejo privado, al que fueron llamados los lores Bedford, Essex, Warwick, Say, Kimbolton y algunos otros magnates de primera cuenta, populares todos y algunos empeñados con mucho ardor en la oposicion. El orgullo de Cárlos ofendido en el hecho de haberse doblegado ante ellos no podia resolverse á confesar su derrota de otro modo mas humillante, y sin embargo el partido insistió en ello, los nuevos consejeros no querian separarse de sus camaradas, y cada dia iba conociendo el réy la importancia de los gefes de la cámara baja que tanto desprecio le inspiraban: mientras estos sin rechazar la condescendencia del monarca no manifestaban tampoco grande ahinco, y esto mas bien era efecto de su embarazo que de indiferencia. Admitiendo estos principios, conseguian el principal objeto de sus esfuerzos; pues en nombre del pais se posesionaban legalmente del poder, obligaban á la corona á que aceptase un ministerio y la sometian á los consejos del parlamento. En cambio de esto se les pidió que salvasen á Strafford y á la Iglesia que era lo mismo que poner en libertad á su mas formidable adversario, y obligarlos á que rompiesen con los presbiterianos que eran sus mas fervorosos amigos. Por una y otra parte la perplejidad era muy grande, y no lo era menos la desconfianza para que pudiesen desde luego ceder á la ambicion ó al miedo. Por lo mismo se hicieron proposiciones directas y fijas: ofrecióse el destino de canciller del tribunal de rentas á Pym, la plaza de ayo del príncipe de Gales á Hampden, la secretaría de estado á Hollis, se nombró á Saint-John procurador general de la corona; ofrecióse al conde de Bedford la presidencia del ministerio con el destino de tesorero general; y ya los que desempeñaban todos sus destinos habian presentado su dimision.

Mientras los dos partidos llevaban adelante estas negociaciones con poca esperanza, y quizás sin sincero deseo de que terminasen

felizmente, hiciérouse al rey otras ofertas que debian serle mucho mas agradables. En el ejército habia bastante descontento, y asi lo manifestaron con claridad en la cámara de los comunes muchos oficiales que eran miembros de ella. Uno entre los demas dijo un dia que si á los escoceses les bastaba pedir dinero para alcanzarlo, los soldados ingleses sabrian hacer lo mismo. No tardó en llegar á oidos de la reina la noticia de ese descubrimiento, y Enrique Jermyn que era su favorito, se ligó con los descontentos, y por medio de este la reina los recibió en Whitehall, deploró con ellos su situacion, que era la misma, aunque menos triste y menos arriesgada que la del rey. Como muger despejada, amable y diestra en hacerles comprender que en ellos se fundaba toda su esperanza, poco le costó persuadirlos de que la suerte del estado se hallaba en sus manos. A consecuencia de esto se entablaron conferencias y se hicieron planes de distintas especies. Quisieran unos que el ejército marchase sobre Londres y sin esperar mas arrancase al monarca de su esclavitud: otros mas prudentes proponian que el ejército dirigiese á las cámaras una representacion manifestando su amor al rey y á la Iglesia, diciendo que en su dictámen la reforma del estado se habia ya hecho, y solicitando que se pusiese un término á las innovaciones. Tratóse tambien de socorros estrangeros, de levantar tropas en Portugal y en Francia: propuestas frívolas todas ellas y sin resultado alguno, pero hechas confiadamente por hombres ligeros ó que se levantaban de la mesa, y á quienes interesaba mas atribuirse alguna importancia que salir bien en su empresa. Con estas conferencias coincidian en el ejército algunos manejos mas activos que eficaces; los descontentos iban y venian de los campamentos á Londres, y en los acantonamientos circulaban folletos. El mismo rey tuvo una entrevista con Percy hermano del conde de Northumberland y uno de los conjurados, y por consejo de Percy rechazó todo medio violento, toda tentativa de conducir el ejército á Londres; pero se sometió á su aprobacion un proyecto de peticion tan amenazadora para el parlamento como lo eran para la corona y para la Iglesia las que diariamente recibia el parlamento. Aprobólo el rey, y para acreditar á los directores

de la empresa se dejó persuadir y puso por su misma mano en señal de asentimiento las iniciales de su nombre.

El complot continuó sin adelantar cosa alguna, la peticion no fue presentada, pero nada se escapa á la desconfianza de un pueblo que interpreta los planes por hechos y las palabras por planes. En las plazas y en las tabernas no pocos espías voluntarios habian oido las palabras de los oficiales, y bien pronto llegó todo esto á noticia de Pym, gefe de la policía del partido, y la traicion le instruyó del resto, pues Coring, que era uno de los confederados le reveló punto por punto al conde de Bedford todo lo que habia. En verdad nada le hizo, pero el rey permitió que se le propusiera todo lo que podian temer los otros. Los gefes de la cámara callaron el descubrimiento, esperando sacar provecho de ello en sazon oportuna, y siguieron las negociaciones entabladas en nombre del rey á fin de entrar ellos en el ministerio. Desde entonces sin embargo ya no vacilaron: aliárouse estrechamente con los presbiterianos fanáticos, cuyo apoyo era el único seguro, y cuya decision era infatigable, porque era el solo que tenia principios fijos, pasiones ardientes, una revolucion que hacer y fuerza popular para llevarla á cabo. En el mismo tiempo se resolvió irrevocablemente la ruina de Strafford y dióse principio á su proceso en 22 de mayo de 1641. Toda la cámara quiso tomar parte en este negocio para sostener la acusacion en su presencia, y á ella asistian los comisionados de Irlanda y Escocia acusadores tambien de aquel magnate. Estaban presentes ochenta pares en calidad de jueces, y los obispos conformándose con el voto violentamente dado por la cámara se recusaron por tratarse de un proceso de vida ó muerte. Encima de los pares y en una tribuna cerrada se colocaron el rey y la reina deseosos de verlo todo, aunque ocultando el uno su angustia, y su curiosidad la otra. En las galerías y en los escaños mas altos estaban apiñados una multitud de espectadores de los dos sexos, y casi de todas las clases, conmovidos por la pompa del espectáculo, la magnitud de la causa, y el interes que escitaba el bien conocido carácter del acusado.

Conducido por agua desde la torre á Westminster atravesó este

trecho sin que hubiera disturbios ni le insultara la multitud agrupada en las puertas; pues á despecho del odio, su reciente grandeza, su apostura, el terror que hasta entonces habia inspirado su solo nombre, aun todavía imponian respeto. A medida que iba pasando con el cuerpo prematuramente encorvado por efecto de sus dolencias, y con los ojos brillantes y altivos como en los dias de su juventud, la muchedumbre le hacia lugar y se descubria la cabeza, y él saludaba cortesmente, tomando aquella actitud del pueblo á buen agüero. Tenia esperanzas; despreciaba á sus adversarios, habia estudiado bien los cargos, y no dudaba que se justificaria del crímen de alta traicion. A la verdad la acusacion de los irlandeses le pasmó durante algun tiempo, pues no le era dable comprender cómo un reino hasta entonces tan sumiso y tan dispuesto á servirle y á adularle habia podido cambiar en tales términos y tan de improviso.

Al segundo dia un incidente le hizo ver que no habia formado un juicio exacto de su situacion, y que la defensa no se presentaba tan fácil como él calculara. „Espero, dijo, que rechazaré sin „mucho trabajo las imputaciones de mis maliciosos enemigos;" mas á estas palabras Pym que dirigia el negocio esclamó con enojo: „Esta injuria se dirige á los comunes, y es un delito calificar„los de enemigos maliciosos." Turbado Strafford cayó de rodillas, escusóse, y desde aquel punto, perfectamente tranquilo y dueño de sí mismo no dejó traslucir la menor señal de ira ni de impaciencia siquiera, ni profirió palabra capaz de perjudicarle.

Durante diez y siete dias discutió, con trece acusadores que se iban relevando, los hechos que se le imputaban, muchos de los cuales quedaron completamente probados como inicuos y tiránicos; pero otros aparecieron como creidos muy á la ligera ó exagerados, y estos fueron fácilmente rechazados, y ninguno de ellos podia calificarse de delito de alta traicion. Mucho esmero puso Strafford en despojarlos de este carácter, hablando con nobleza de sus imperfecciones y de sus debilidades, oponiendo á la violencia de sus adversarios una dignidad modesta, y demostrando sin injuriar á nadie la apasionada ilegalidad de los procedimientos. No

eran pocos los obstáculos que se oponian á su defensa: los letrados que se le dieron á duras penas y contra la voluntad de los comunes, no podian esponer cosa alguna acerca de los hechos ni interrogar á los testigos; y hasta tres dias antes de comenzarse la vista de la causa no se le dió permiso de citar testigos de descargo, mucha parte de los cuales se hallaban en Irlanda. A cada momento reclamaba su derecho, daba gracias á los jueces si se lo reconocian, y lejos de quejarse en caso de que se lo negasen, respondia sencillamente á sus enemigos á quienes irritaba la lentitud que su diestra resistencia oponia: „Creo», decia, que tengo derecho de „defender mi vida como cualquiera otro la tiene de atacarla."

Tanta energía humillaba á la par que embarazaba á los acusadores: dos veces, esto es en 25 de marzo y en 9 de abril de 1641, los comunes exigieron de los lores que desplegasen mas actividad en la sustanciacion de una causa que segun sus palabras les hacia perder un tiempo precioso para el pais, mas los lores se negaron á ello porque cobraban energía al ver la del acusado. Acabada la inquisicion de los hechos, y antes que los abogados de Strafford comenzasen á hablar ni hubiese este resumido su defensa, la comision encargada del negocio se conoció vencida á lo menos en cuanto á la prueba de alta traicion. La agitacion de los comunes llegó á su colmo, pues á favor del testo de la ley y al influjo de su genio fatal iba á librarse un famoso delincuente, y la reforma comenzada apenas estaba próxima á encontrarse otra vez con su mas formidable enemigo: resolvióse pues apelar á un golpe de estado. Sir Arturo Haslerig, hombre de duro y grosero carácter, y partidario acérrimo, propuso en 10 de abril que por un acta del parlamento se declarase culpado á Strafford y se le condenase. Este modo de proceder que hacia á los jueces superiores á las leyes no era nuevo, aunque siempre se puso en práctica en épocas de tiranía, y fue calificado despues de inicuo. En calidad de suplemento de probanzas para justificar el alta traicion se produjeron en autos algunas notas encontradas entre los papeles del secretario de estado Vane, cuyo hijo las entregó á Pym. Segun ellas Strafford en consejo pleno habia opinado que el rey emplease el ejército de

Irlanda para dominar á la Inglaterra. Las palabras que se le atribuian, bien que desmentidas por muchos consejeros y que podian interpretarse de una manera menos odiosa, estaban en demasiada armonía con su conducta y con los principios que habia muchas veces manifestado para que dejasen de producir sensacion muy grande; y ello fue que la ley se admitió á lectura, y entre los diputados unos creyeron que sacrificaban la ley á la justicia y otros la justicia á la necesidad.

Continuábase al mismo tiempo el proceso porque no se queria desperdiciar medio alguno contra el acusado, ni que un golpe de estado le librase del golpe de un procedimiento legal. Antes que los abogados tomasen la palabra para tratar la cuestion de derecho, Strafford resumiendo su defensa en 13 de abril de 1641 habló mucho rato con una elocuencia admirable, y dirigida siempre á probar que no habia ley alguna segun la cual ninguno de sus actos pudiese calificarse de alta traicion. El convencimiento iba ganando terreno en el ánimo de los jueces, y él lo iba aprovechando acomodando las palabras á las impresiones que iban produciendo; pues aunque se mostrase profundamente conmovido, la emocion no le privaba de observar lo que sucedia en torno suyo. "Milores, „esclamó al fin, estos señores dicen que hablan en favor de la sa„lud de la república contra mi arbitraria tirania: permitidme pues „decir á mí que hablo en favor de la salud de la república contra „la arbitraria traicion de que me acusan. Vivimos bajo la protec„tora sombra de las leyes: ¿será posible que muramos en virtud „de leyes que no existen? Las trabas que vuestros antepasados „pusieron por medio de los estatutos enfrenaron con mucho es„mero las terribles acusaciones de alta traicion: no ambicioneis „pues el honor de ser mas sabios y mas diestros en el arte de „matar: no echeis mano de algunos ejemplares sangrientos; no re„gistreis los pergaminos raidos por los gusanos y sepultados en ar„chivos para dispertar á los leones adormecidos, porque pudieran „un dia despedazaros á vosotros y á vuestros hijos. En cuanto á „mí, criatura infeliz, si no consultase el interes de vuestras seño„rías, y el de las sagradas prendas que me dejó una santa que

„ahora está en el cielo. . . . ." Al decir estas palabras se detuvo, soltó abundantes lágrimas, y alzando luego la cabeza continuó: "no me tomaria „tanto trabajo para defender á este cuerpo que se está desmoro„nando, y al cual cargan tanto las enfermedades que en parte me „place muy poco sostener su peso por mas tiempo." Aqui se paró de nuevo cual si quisiera recoger una idea que se le fuera escapando, y luego prosiguió: "Paréceme, milores, que tenia que decir „alguna otra cosa; pero me van faltando las fuerzas y la voz; „pongo pues humildemente mi suerte en vuestras manos; cual„quiera que sea vuestra sentencia, ora me conceda la vida ora me „la quite, anticipadamente la acepto sin oposicion: Te Deum „laudamus."

El auditorio quedó sobrecogido de admiracion y de ternura: Pym quiso responder, pero miróle Strafford; en la inmovilidad de su continente habia una clara espresion de amenaza, y en sus labios pálidos se leia el mas alto desprecio. Pym turbado se detuvo, temblaban sus manos, y buscaba, sin poder dar con él, un papel que tenia delante y contenia la respuesta preparada de antemano y que leyó sin que nadie le escuchara, y procurando él mismo poner fin á un discurso estraño á los sentimientos de la asamblea, y que podia pronunciar con harto trabajo.

En casos tales apenas desaparece la turbacion cuando se presenta otra vez la cólera, y la de Pym y de sus compañeros llegó al colmo en términos que apremiaron para la segunda lectura del decreto de conviccion. En vano se opusieron á ello Selden, que era uno de los mas diestros y antiguos defensores de la libertad y Holborne que fue uno de los abogados de Hampden en el negocio del derecho de toneladas: aquel era el único recurso del partido; pues no se le ocultaba que los lores no condenarian á Strafford como jueces y en nombre de la ley. Osó pedir que el proceso se suspendiese repentinamente, que no fueran oidos los abogados de Strafford, y era tal su ira que se trató de que se presentasen en la barra y fueran castigados los insolentes defensores que se atrevian á patrocinar á un hombre á quien la cámara declaraba reo de alta

traicion. Los lores rechazaron estas furibundas proposiciones; los defensores de Strafford fueron oidos; mas los comunes no les contestaron, ni aun asistieron á la sesion, diciendo que era una mengua para ellos escuchar á los abogados, y cuatro dias despues, á saber, en 21 de abril de 1641, á pesar de la obstinada oposicion de lord Digby, que hasta entonces habia sido uno de los mas encarnizados acusadores de Strafford, fue definitivamente adoptado el decreto declarando convicto al reo.

Estremecido el rey á esta noticia no pensó mas que en salvar al conde á cualquiera costa, y le escribió la siguiente carta: „podeis „estar seguro, y de ello os doy mi real palabra, de que ni vuestra „vida, ni vuestro honor ni vuestra fortuna no sufrirán absoluta„mente nada." Todo se probó á la vez con el ciego empeño del dolor y del miedo: tratábase de calmar á los gefes de los comunes con concesiones y con promesas mientras se conspiraba para hacer evadir al preso, pero las conjuraciones perjudicaban á los manejos y estos á aquellas. El conde de Bedford que parecia dispuesto á condescender murió de repente: el de Essex respondió á Hyde que le hablaba de la invencible resistencia que el rey opondria al decreto: „el rey y su conciencia tienen que conformarse con el pa„recer y con la conciencia del parlamento." Hízose ofrecer á sir Guillermo Balfour, gobernador de la torre, la suma de 20000 esterlinas y una hija de Strafford para esposa de un hijo suyo si queria consentir en la evasion; pero el gobernador lo rehusó todo. Mandósele entonces que con título de guardas recibiese en la cárcel á cien hombres escogidos á las órdenes del capitan Billingsley, y dió noticia de la propuesta á los comunes. Todos los dias se hacian y se frustraban proyectos para salvar al conde. Finalmente el rey contra el dictámen del mismo Strafford hizo llamar á las dos cámaras, y reconociendo las faltas del conde, y prometiendo que jamas le emplearia en cosa alguna, declaró en 1.° de mayo que jamas tampoco le haria consentir en su muerte ni razon ni temor alguno. El odio de los comunes era mas inflexible y mas atrevido que el dolor del rey, y por lo mismo habian previsto su resistencia y escogitado los medios de vencerla. Desde que fue presentado

á la cámara alta el decreto de conviccion, la multitud se reunia diariamente al rededor de Westminster, armada de espadas, cuchillos y garrotes, gritando: ¡Justicia, justicia! y amenazando á los lores que tardaban en dar su aprobacion. Lord Arundel hubo de bajar del carruage y con el sombrero en la mano rogar al pueblo que se retirase, comprometiéndose á trabajar á que se satisfaciesen sus deseos. En los comunes habian votado contra el decreto cincuenta y nueve diputados, y sus nombres fueron puestos por las esquinas con estas palabras: *Estos son los partidarios de Strafford traidores á su pais.* En los púlpitos resonaban las mismas amenazas, se oraba para el suplicio de un grande delincuente. Los lores movidos por un mensage del rey se quejaron de tamaños desórdenes á la cámara baja; mas esta no contestó. El decreto sin embargo continuaba suspenso, y se resolvió echar mano de un golpe decisivo que hasta entonces se tenia como de reserva. Pym llamando al miedo en ausilio de la venganza hizo denunciar en 3 de mayo la conjuracion de la corte y de los oficiales para sublevar el ejército contra el parlamento, y como algunos de los indiciados apelaron á la fuga, esta confirmó las sospechas. Apoderóse de la cámara y del pueblo un terror furioso: ordenóse cerrar todos los puertos y abrir todas las cartas que viniesen de fuera: derramóse la voz de que la sala de los comunes estaba minada y próxima á volarse; la milicia tomó las armas, y una multitud inmensa se precipitó á Westminster. Sir Gualtero Earl corrió á dar noticia de todo á la cámara, y mientras hablaba se pusieron de pie Middleton y Moyle hombres de estraordinaria corpulencia; y como á su peso crujió el piso que era de tablas, muchos individuos gritando "la cámara se levanta," lanzáronse fuera de la sala que al momento fue invadida por el pueblo; y las mismas escenas se renovaron dos veces en dicho dia. En medio de tanta agitacion aseguraban el imperio de los comunes y el buen resultado de sus planes bien combinadas medidas. A imitacion del *covenant* escoces adoptaron las dos cámaras un juramento de union para defender la religion protestante y las libertades públicas; los comunes quisieron exigirle de todos los ciudadanos, y como los lores no lo consintieron, la

cámara baja declaró inhábil para desempeñar todo cargo civil ó eclesiástico al que se negara á prestarlo. Á fin de no correr riesgo alguno en lo sucesivo se propuso la adopcion de una ley para que el parlamento no pudiese ser disuelto sin su propio consentimiento. Tan audaz medida causó apenas la menor sorpresa porque iba paliada con el pretesto de dar una garantía á los empréstitos que diariamente se hacian mas difíciles, y el frenesí general sufocó todas las objeciones. En vano los lores procuraron hacer enmiendas en la ley, la cámara alta estaba vencida, los jueces ofrecieron á la cobardía de la cámara la sancion de su vileza declarando que segun las palabras de la ley los crímenes de Strafford constituian verdaderamente alta traicion. Discutióse por última vez el decreto de conviccion: treinta y cuatro lores que habian tomado parte en el proceso se ausentaron, y en 7 de mayo entre los lores presentes veinte y seis votaron por el decreto, y diez y nueve contra él, de modo que solo faltaba ya la sancion real.

Cárlos luchaba todavía creyéndose incapaz de descender hasta tal deshonra. Llamó á Hollis, que como cuñado de Strafford no habia tomado parte en la acusacion, y le preguntó con la mayor angustia qué podia hacerse para salvarlo. Hollis fue de parecer que Strafford solicitase al rey una dilacion, y que este fuese personalmente á pedir su perdon á las cámaras dirigiéndoles un discurso que redactó en el acto; y al mismo tiempo prometió hacer todo lo posible á fin de decidir á sus amigos á contentarse con el destierro del conde. Arreglado todo de esta manera se separaron. Segun se dijo entonces los pasos hechos por Hollis en la cámara ofrecian buenas esperanzas, cuando la reina estremecida con los motines de cada dia mas alarmantes, enemiga de Strafford en todas épocas, y temiendo segun la relacion de algunos confidentes que para salvar su vida no se hubiese comprometido á revelar todo lo que sabia de sus intrigas, fue á comunicar sus sospechas y sus temores al rey, manifestándose tan aterrorizada, que queria embarcarse y volver á Francia, y hacia ya sus preparativos para el viage. Cárlos conturbado con el llanto de su esposa, é incapaz de resolver por sí, convocó al consejo privado y despues á los obis-

pos. Solo el de Londres le aconsejó que siguiese lo que le conciencia le dictara; pues todos los demas y en especial el de Lincoln, prelado intrigante, contrario siempre á la corte, le apremiaron para que sacrificase un individuo al trono, y su conciencia de hombre á su conciencia de rey. Salia apenas de esta conferencia cuando le fue entregada una carta de Strafford, en que le decia: „Señor, „despues de un largo y recio combate he abrazado la única reso„lucion que debo: todos los intereses privados deben ceder ante „la ventura de vuestra persona sagrada y del estado; os ruego que „aceptando el decreto removais el obstáculo que se opone á la „feliz armonía entre vos y vuestros súbditos. Mi consentimiento, „señor, os sincerará delante de Dios mejor que cuanto pudieran „hacer los hombres; puesto que ningun tratamiento es duro para „con aquel que quiere sufrirlo. Mi alma pronta á separarse del „cuerpo lo perdona todo y á todos con la dulzura de una alegría „infinita. Unicamente os pido que concedais á mi pobre hijo y á „sus tres hermanas tanta benevolencia cuanta merezca su desven„turado padre segun que algun dia resulte reo ó inocente."

Al dia inmediato que era el 20 de mayo el secretario de estado Carlton anunció á Strafford de parte del rey que este habia consentido en el decreto fatal. En las miradas del conde se notó alguna sorpresa, y por toda respuesta alzó las manos al cielo diciendo: „*Nolite confidere principibus et filiis hominum, quia non est* „*salus in illis.*" No confieis en los príncipes ni en los hijos de los hombres, porque no os salvarán. El rey en vez de ir á la cámara como se lo habia prometido á Hollis para solicitar una dilacion, se contentó con escribir el dia 11 y por medio del príncipe de Gales una carta que concluia con esta P. D. „Si debe morir seria „un acto de caridad dejarle vivir hasta el sábado." Las cámaras leyeron la carta tres veces, y sin parar mientes en aquella fria demanda fijaron la ejecucion para el próximo dia.

El gobernador de la torre que estaba encargado de acompañar á Strafford le instó mucho para que tomase un coche á fin de sustraerse á las violencias del pueblo. „Nó señor, le dijo el conde; „yo sé mirar cara á cara á la muerte, y al pueblo ni mas ni me-

„nos. A vos os basta que no me escape, y en cuanto á mí me es „indiferente morir á manos del verdugo ó á las del furor popular, „si esto puede serles mas grato." Salió á pie, delante de sus guardias y paseando los ojos por todas partes cual si marchase á la cabeza de un ejército. Al pasar por delante de la prision de Laud se detuvo; y como el dia antes habia enviado un recado al obispo rogándole que estuviese á la ventana y lo bendijera en el momento de pasar, levantó la cabeza y dijo: „Milord, vuestra bendicion „y vuestras oraciones." El prelado estendió el brazo hácia él; pero como su corazon tenia menos firmeza y estaba muy debilitado á causa de los años, el pobre anciano cayó sin sentidos. „A Dios „Milord, dijo el conde, continuando su marcha, Dios proteja „vuestra inocencia." Al llegar al cadalso subió al momento seguido de su hermano, de los sacerdotes y de muchos de sus amigos, arrodillóse un breve rato y alzándose luego habló al pueblo en estos términos: „Deseo á este reino todas las prosperidades de la „tierra; mientras he vivido he hecho todo lo posible á fin de pro„curárselas, y en el momento de morir hago los mismos votos. „Suplico no obstante á cuantos me escuchan que examinen seria„mente, y poniéndose la mano en el corazon, si el objeto de la „reforma de un reino debe estar escrito con caractéres de sangre: „pensadlo bien cuando os halleis en el rincon de vuestras casas. „No permita Dios que ni una gota de mi sangre caiga sobre vos„otros; pero temo mucho que sigais una senda torcida." Arrodillóse de nuevo, oró un cuarto de hora, y volviéndose luego á sus amigos se despidió de todos apretándoles la mano y dándoles consejos. Al fin dijo: „mi carrera está terminada, un solo golpe va á „dejar viuda á mi esposa, huérfanos á mis queridos hijos y sin „amo á mis pobres criados. Asi Dios sea con vosotros y con todos „ellos. Gracias le sean dadas, continuó quitándose el vestido, por„que me desnudo con el corazon tan tranquilo como si me fuese „á la cama." Llamó al verdugo, perdonóle, hizo una corta prez, y colocando la cabeza sobre el tajo él mismo dió la señal. Cayó su cabeza, el verdugo la enseñó al pueblo gritando *Dios salve al rey*, y le contestaron violentas aclamaciones. La multitud se dis-

persó celebrando con algazara su victoria; mas hubo muchos que se retiraron en silencio llenos de dudas y de inquietudes acerca de la justicia del fallo que acababa de ejecutarse.

La cámara de los comunes á quien causó grand turbacion aquel suceso hizo todos los esfuerzos imaginables para sofocar las murmuraciones; pues no hay cosa que mas irrite á los vencedores como ver que un enemigo muerto es todavía un peligro. Taylor dijo en una conversacion particular que se habia cometido un asesinato jurídico, y tanto bastó para que en 27 del mismo mayo fuese enviado á la torre, escluido de la cámara y declarado incapaz de volver á ella. Lord Digby habia publicado su discurso contra el decreto de conviccion, y la cámara prohibió que circulase y lo hizo quemar por mano del verdugo en 13 de julio. Nunca pareció tan grande ni mejor afianzada la fuerza de la cámara; pues el rey al consentir la muerte del conde habia tambien adoptado, casi sin notarlo, la ley que le privaba del derecho de disolver la cámara sin consentimiento de esta; y sin embargo los comunes no estaban seguros, y cuanto mas crecia su poder otro tanto se sentian impulsados hácia la tiranía. El rey entregándoles á Strafford se habia desacreditado á sus ojos sin tranquilizarlos, y ahora redoblaba la desconfianza una enemistad mas encarnizada. En el seno de la misma cámara comenzaba á formarse un partido realista distinto del de la corte. Pym, Hampden y Hollis se veian diariamente precisados á estrecharse mas y mas con los sectarios, y esta alianza desagradaba hasta á los mas ardientes sostenedores de la libertad. "¿A qué, „preguntaban, entorpecer la reforma política con cuestiones du„dosas? En materias de culto y de disciplina estamos divididos; „contra el poder absoluto toda la Inglaterra piensa unánimemen„te; y este es el único enemigo á quien convenia perseguir sin „descanso." Algunas veces prevalecia este consejo, y la cámara dedicándose al exámen de los abusos se encontraba unánime. Finalmente se decidió la abolicion de todos los tribunales arbitrarios y el rey consintió en ello en 5 de julio despues de dos dias de dudas. La reforma política, al menos cual se habia deseado y concebido, parecia ya completa; ¿pero de qué aprovechaba que estuvie-





1. ARCHER, Règne de Henri VII. (1480)
2. LADY ET GENTILHOMME, Règne de Henri VII. (1500)

ANGLETERRE

se escrita en los estatutos si muchas veces se cometia la ejecucion á sus enemigos? Las dudas del rey, los rumores de conjuraciones, las deserciones conocidas ó supuestas en el ejército y en el parlamento dispertaban grandes alarmas; los gefes de los comunes perdieron su poder, se creyeron perdidos ellos y su causa; para mantenerlo era necesario el apoyo del pueblo, y el pueblo adicto á los presbiterianos reclamaba á su vez una parte del triunfo. Entonces volvian á hacerse todas las mociones contrarias á la Iglesia, y hasta los escoceses comenzaban á solicitar abiertamente la conformidad de culto en ambas naciones. Estas tentativas se frustraban todavía, y su mal resultado, los obstáculos que presentaban en la cámara tantas pasiones y tantos intentos mal combinados aun, daban á sus actos una apariencia de incertidumbre y de cansancio de que algunos se prometian un término de reposo. Pero la lucha religiosa se hacia diariamente mas brava, los sectarios se alentaban y los peligros de la Iglesia iban en aumento. En la misma cámara alta que era su mas firme apoyo todo atestiguaba su decadencia: los lores eclesiásticos no eran ya segun la antigua costumbre, colocados separadamente á la cabeza de los decretos: el clero de la cámara mientras leia afectaba dar la espalda al banco de los obispos, y en las ceremonias públicas los lores legos se arrogaban la preeminencia. El partido presbiteriano notaba estos síntomas y reproducia sus ataques dominando á los reformadores políticos á quienes mantenia en posesion del poder, y á pesar de sus aparentes reveses cada dia adelantaba un paso hácia el triunfo.

Repentinamente el rey volvió á su proyecto de ir á Escocia en donde decia que era necesaria su presencia para la ejecucion de la paz próxima á terminarse. Súpose al mismo tiempo que la reina pretestando la falta de salud se disponia á marcharse al continente. El ejército estaba por el camino que debia seguir el rey, y desde mucho tiempo eran sospechosas las relaciones de la reina con el continente: este doble viage simultáneo y repentino dió á la desconfianza el pie que buscaba. A la verdad esta desconfianza era justa, pues Cárlos falto de fuerzas y de crédito en Londres, rodeado de cortesanos inútiles ó de consejeros espavecidos habia echado

una mirada al reino de sus padres y á los monarcas absolutos de Europa. En Escocia ora se tratase de la Iglesia, ora de la corona, se propuso acceder á todo contando con esto grangearse el favor popular, y colmar de mercedes á los magnates: en el ejército su paso y sus palabras no podian menos de aumentar el número de sus partidarios; y si bien en cuanto al continente sus intenciones eran menos fijas, sin meditar ni prever la guerra buscaba ya dinero y aliados. Los comunes no daban indicios de sus sospechas; pero en 26 de junio solicitaron que la reina no saliera de Londres y que pluguiese al rey retardar su partida. Cárlos se mostró algo resentido afectando que consideraba aquella demanda como un mero capricho, y con el objeto de indicar que no daba importancia alguna á su respuesta, remitió los comunes á los comisionados escoceses, de quienes decia que le rogaban acelerase su viage. Los escoceses convinieron en una dilacion, y la reina prometió muy gustosa que no se iria. Tranquilos ya los comunes apresuraron el licenciamiento del ejército que á propósito habian retardado hasta entonces, y por medio de cartas garantizaron á las tropas el pago de sus sueldos; para acudir á esta urgencia algunos ciudadanos celosos hicieron fundir sus vajillas, contratáronse nuevos empréstitos y se señalaron nuevas contribuciones; y sin embargo el licenciamiento se hacia con mucha lentitud, parte por falta de dinero, parte por la mala voluntad de los oficiales. Aplaudíalo el rey en secreto, tornaban los comunes á las pasadas angustias, y espiró entre tanto la dilacion convenida. Aunque en 8 de agosto la cámara pidió otra fue inútil, pues el rey dijo que iba á partir, y tampoco tuvo mejor éxito la solicitud de que se nombrase un gobernador del reino á fin de que no se interrumpieran los negocios: el rey se contentó con elegir al conde de Essex capitan general al sud del Trent, y partió el 10 de agosto con esperanzas que se entrevian en su lenguage aunque sin ser posible atinar en qué las fundaba. . . . .

Bien pronto hubo de conocer la cámara que estando ausente el monarca no podia hacer cosa alguna, y que por lo mismo le importaba mas vigilar de cerca á sus adversarios é inflamar el celo

de sus amigos de las provincias. Así despues de quince dias de inútiles sesiones en 27 de agosto resolvió proregarse, ya por el motivo indicado, ya porque muchos de sus individuos querian atender á sus negocios y descansar, aunque poco pensaban en ello los gefes del partido. Envióse á Escocia para estar cerca de Cárlos y cuidar de los intereses del parlamento una comision presidida por Hampden. Otra mas numerosa revestida de amplios poderes y presidida por Pym fijó su residencia en Westminster para mientras estuviesen cerradas las cámaras. El alta tomó las mismas medidas, y desde luego se derramaron por los condados muchos individuos llenos de ardor para propagar sus sentimientos y sus temores. Ambos partidos pues con la apariencia de una tregua iban á buscar fuerzas lejos de la capital, y meditaban uno contra otro nuevos combates.

El rey no osó detenerse mucho tiempo al atravesar por el ejército ingles que se iba licenciando y por el escoces que volvia á su pais; y á pesar de esto sus tentativas con la tropa y en particular con los oficiales fueron bastante públicas para que lord Holland que estaba al frente del licenciamiento escribiese con alguna inquietud al conde de Essex, añadiéndole que al volver á Londres se esplicaria mas estensamente. Apenas Cárlos llegó á Edimburgo cuando accedió á todas las peticiones de la Iglesia y del parlamento de Escocia: parlamentos, tribunales, renuncia de todas las antiguas prerogativas de la corona, persecuciones contra los principales adversarios del *covenant*, concurrencia de las cámaras en el nombramiento del consejo privado; en una palabra, ninguna solicitud fue desairada. Con una gravedad en que se entreveia el disgusto se conformaba con el culto de los presbiterianos, asistia á sus preces, escuchaba sus sermones; eclesiásticos y legos, nobles y plebeyos, todo el mundo era recibido con un favor estraordinario; prodigábanseles títulos, empleos, promesas y pensiones. De repente á principios de octubre se derramó por la ciudad la voz de que Hamilton y Argyle que eran los dos magnates de mas crédito en el parlamento se habian marchado de él seguidos de sus amigos, y retirádose al castillo de Kinneil residencia del conde de

Lanerk hermano del primero para sustraerse al peligro de ser detenidos y aun asesinados. La sorpresa general fue grandísima, preguntábanse unos á otros, sin que nadie supiera dar respuesta, qué motivos tenian los fugitivos para tales temores, ó el rey para semejantes intentos. Propagáronse estrañas conjeturas; Cárlos se quejó de ellas con mucho enojo y cual de un ultrage, y reclamó del parlamento la esclusion de Hamilton hasta que su honor estuviese vindicado. El parlamento firme y circunspecto se negó á una decision pronta, y dispuso recibir una informacion. Despues de haber oido á muchos testigos la comision encargada del negocio dió cuenta del resultado, y sin el menor retardo se declaró que no habia lugar ni por parte del rey á una reparacion, ni á temor alguno por parte de los fugitivos, que volvieron al parlamento, sin hablar ni ellos ni Cárlos palabra alguna acerca de lo acontecido, con lo cual el público no supo nada mas de aquel negocio.

Ni uno ni otro partido querian darle á entender todo lo que pasaba, y para ellos ya no habia cosa alguna oculta. En el momento mismo en que el rey á fin de hacerse suya la Escocia para que le ausiliase contra la Inglaterra se decidió á conceder tantas mercedes, habia meditado en uno y otro reino la ruina de sus enemigos. Persuadido de que los jueces no podrian menos de condenar como traicion la correspondencia de los descontentos ingleses con los confederados de Escocia, á la cual se debia quizás la última invasion, fue por sí mismo á buscar las pruebas con el objeto de intentar á su vuelta contra los gefes de los comunes la misma acusacion, que Strafford prevenido por ellos no pudo llevar á cabo. Habíase comprometido á entregarle aquellos documentos el conde de Montrose, gentilhombre atrevido, al principio adicto al *covenant*, pero que mas tarde recobró el favor de Cárlos. Contando con su palabra habia este partido; mas antes de su llegada una carta escrita en cifra é interceptada por Argyle dispertó las sospechas de los escoceses, y el rey encontró preso á Montrose, que alentado por el riesgo y ardiendo en deseos de venganza hizo decir al rey que si él pudiese verlo le haria conocer cuáles eran sus verdaderos amigos y cuáles sus pasadas tramas. Por medio de algunas personas de con-

fianza Móntrose salió ocultamente de la cárcel, trasladóse por la noche al cuarto del rey, informóle de cuanto sabia, acusó á Hamilton y á Argyle de haber tomado parte en los manejos de los descontentos, aseguróle que sus papeles lo justificarian, y le empeñó á que de repente se apoderase de aquellos dos gefes y á que se deshiciera de ellos en caso de resistirse. Cárlos dispuesto siempre á abrazar resoluciones temerarias y sin calcular el efecto que semejante paso habia de producir forzosamente en el ánimo del pueblo cuyo favor queria grangearse, consintió en todo: urdióse la conjuracion haciendo Cárlos muchas mercedes, y todo estaba ya pronto para la ejecucion cuando los dos lores avisados á tiempo lo frustraron todo saliéndose de la ciudad con mucho ruido.

El parlamento de Escocia muy bien aconsejado sufocó este negocio; pues ó no temia el peligro ó no quiso comprometer lo que acababa de adquirir, como lo hubiera comprometido á seguir la lucha hasta el último estremo. El mismo rey para ocultar sus designios y los malos resultados que habian tenido, elevó á Hamilton á la clase de duque, dió á Argyle el título de marques, creó conde de Leven á Lesley; mas á pesar de estas esterioridades de Cárlos, Hampden y la comision inglesa bien sabedores de todo no retardaron un instante dar pleno conocimiento de ello á Londres en donde estaba próxima la nueva apertura de las cámaras. Estremecióse el partido que á pesar de su desconfianza nunca previó tales riesgos, y los gefes creian que sus antiguas relaciones con los insurrectos de Escocia y la rebelion misma estaban del todo perdonadas por el último tratado de paz.

A este síntoma de la obstinacion con que el rey alimentaba sus vengativos intentos, aun los hombres mas moderados se creyeron irremisiblemente comprometidos. Habiendo Hyde encontrado á los lores Essex y Holland que con aire sombrío hablaban de las ocurrencias, burlóse de sus temores, y les recordó lo que un año antes pensaban de Argyle y de Hamilton. Todo se ha cambiado desde entonces, le contestaron; ha cambiado la corte y ha cambiado el pais. El 20 de octubre de 1641 que fue el dia mismo en que se reunió la cámara hizo pedir al conde de Essex una guardia, que en su concepto era indispensable para la seguridad del parlamen-

to. En las conferencias que se celebraron en la casa de lord Holland los gefes de las dos cámaras se comunicaban sus noticias y sus recelos, discurriendo lo que podian hacer en medio de su inquietud, y resueltos á osarlo todo para salir de ella. „Si el rey, como dijo lord „Newport, trama contra nosotros tales conjuraciones, aqui tene„mos á su esposa y á sus hijos;" y su alarma era tanto mayor en cuanto no osaban valerse de ella á fin de conmover al pueblo, porque en Escocia no habia estallado movimiento alguno, y en Londres nada podia descubrirse.

En medio de esta sorda inquietud llegó de repente en 1 de noviembre de 1641 la noticia de que una insurreccion tan general como violenta habia dado motivo á un terrible degüello en Irlanda, y de que amenazaba muy de cerca á la religion protestante y al parlamento. Los católicos irlandeses sin distincion de clases se habian sublevado en todas partes reclamando la libertad de su creencia y de su patria, invocando el nombre de la reina y del rey mismo, haciendo alarde de una comision que decian haberles dado el monarca, y dejando entrever el proyecto de librarse á sí mismo y al trono de los puritanos ingléses sus enemigos comunes. La conspiracion tramada en todo el reino desde mucho tiempo fue descubierta por casualidad únicamente en Dublin el 22 de octubre, víspera del dia en que debia estallar; y apenas hubo tiempo para salvar la capital. En los demás puntos la esplosion no encontró obstáculo alguno, y en todas partes los protestantes de Irlanda acometidos de improviso eran robados, perseguidos, degollados y se les hicieron sufrir todos los martirios que el odio religioso y el politico pueden inventar contra hereges, estrangeros y tiranos. Hacíanse horribles y lamentables descripciones de sus sufrimientos; hablábase de un sinnúmero de muertos, y de tormentos hasta entonces no oidos, y el mal era en realidad tan grande que á merced de los temores y de las intenciones de cada cual, podia exagerarse sin chocar con la verosimilitud. Un pueblo medio salvage y apasionado por su barbarie que le echaban en cara sus opresores pidiéndole al mismo tiempo que saliese de ella, concibió con afan la esperanza de libertad que sus disensiones le ofrecian. Estimula-

do á vengar en un solo dia los ultrages y las desgracias de diez siglos se entregaba con alegría y orgullo á escesos que hacian estremecer á sus antiguos señores. Las autoridades inglesas no tenian medio alguno de resistirle, pues el parlamento dejándose arrastrar por el odio hácia Strafford y hácia la corona, y preocupado con el deseo de fundar la libertad en Inglaterra, olvidó que queria sostener un tiránico sistema en Irlanda. El tesoro estaba exhausto, abolida la ley marcial, reducido á la última espresion el ejército, sin fuerzas el poder real, y como á despecho del monarca se habia prohibido á los irlandeses licenciados que fuesen á servir al estrangero, se derramaron por el pais, y ausiliaban la insurreccion. Aunque el conde de Leicester fue nombrado para suceder á Strafford no residia aun en Irlanda virey alguno; y el gobierno estaba confiado á los dos jueces Guillermo Parsons y Juan Borlase, hombres sin capacidad, sin crédito y sin mas méritos que su celo á favor de los presbiterianos.

La Inglaterra entera dió un grito de espanto y de furor contra el papismo; todos los protestantes se consideraron en riesgo, y Cárlos que recibió estas noticias en Escocia las puso en conocimiento de las cámaras indicando las medidas que con el ausilio de los escoceses habia tomado para sufocar la revuelta, y confiando aquel negocio al parlamento. No tenia el rey parte en tales acontecimientos, y la comision de que hizo mérito sir Phelim O'Neil no era mas que una impostura, pero su conocida enemiga hácia los puritanos, la confianza que mas de una vez habia manifestado á los católicos, las intrigas que desde tres meses antes sostenia en Irlanda á fin de procurarse en ella, si fuese necesario, plazas fuertes y soldados, y finalmente las promesas de la reina, persuadieron á los irlandeses de que podian usar el nombre de Cárlos sin temor de que públicamente se los desmintiera. Apenas el rey hubo visto que toda Irlanda estaba sublevada cuando se lisonjeó de que un peligro tan inminente haria mas tratable el parlamento; y aunque no sostuvo á los rebeldes, ni pensó aliarse con ellos al punto, la sublevacion no despertó en él la ira ni el espanto que habia causado al pueblo, no se dió priesa á sufocar á los rebeldes, y con-

fió el negocio á las cámaras á fin de que recayesen sobre ella las consecuencias, para alejar toda sospecha de complicidad, y quizás tambien con el fin de no ser responsable ante sus súbditos católicos de los rigores de que iban á ser víctimas. Tales manejos sin embargo se estrellan siempre contra las pasiones de un pueblo; y el que no quiere servirlas no es capaz de triunfar de ellas. Los gefes de los comunes mas hábiles, y colocados en mejor posicion, solo trataron de beneficiarlas en favor suyo; su inquietud se desvaneció pues, porque el pueblo se creia en tanto peligro como la cámara; y esta ansiosa por señorearse del poder que el rey le ofrecia se ocupó poco de sufocar la revuelta; los socorros de tropas y dinero enviados á Irlanda fueron escasos, lentos y mal dispuestos; todos sus discursos, todas sus resoluciones se dirigieron no mas á la Inglaterra, y por medio de una conducta tan decisiva como inesperada, resolvieron comprometerla sin remedio. Al abrirse el parlamento, se habia nombrado una comision con el objeto de que preparase un manifiesto general en que se espusieran todas las quejas del reino, y los medios de acallarlas; pero la reforma fue tan rápida que se dejó á un lado aquella solemnidad; y puesto remedio casi á todas las quejas, por lo menos á las que se referian al estado político, la comision no se ocupó de su encargo, y al parecer no habia quien de él se acordase, cuando hé aqui que á principios de noviembre de 1641 se le dió repentinamente órden para que de nuevo emprendiese aquel trabajo, y lo presentase sin el menor retardo. En pocos dias fue redactado el manifiesto, y se presentó á la cámara. Aquel escrito no era ya segun el primer plan la esposicion de los abusos actuales y de los unánimes votos del pais, sino un triste cuadro de los males pasados, de los antiguos agravios, de todos los yerros del rey, de todos los méritos del parlamento, de los obstáculos que habia superado, de los peligros que corrió, de los que entonces le amenazaban y que exigian grandes esfuerzos; en una palabra, era un llamamiento al pueblo, dirigido en particular á los presbiterianos fanáticos, y que inflamando las pasiones dispertadas por la revolucion de Irlanda, los estimulaba á que sin reserva alguna se entregasen á la cámara de los

comunes, única capaz de salvarlos del papismo, de los obispos y del rey. A la primera lectura del proyecto hubo muchos murmullos, pues aquella resolucion hostil, sin motivo alguno conocido, y sin objeto directo ni aparente, sorprendió é hizo sospechar á muchos de los individuos que hasta entonces habian sido poco amigos de la corte; quejáronse estos de la acedía del lenguage, de aquella inútil cólera contra los abusos ya reformados, de la aspereza que manifestaba con respecto al rey, y de las esperanzas dadas á los sectarios, puesto que se ignoraban los ocultos designios y los desconocidos riesgos que exigian tan violentos medios. Si aquella esposicion era para el monarca no podia esperarse de ella bien alguno, y si se dirigia al pueblo era desconocido el derecho con que al pueblo se apelaba. Los gefes del partido respondieron poco porque no podian decirlo todo; mas privadamente trabajaban con fervor para ganar votos, protestando que su objeto no era otro que imponer á la corte, y trastornar sus intrigas, y que cuando la esposicion se hubiese adoptado no la publicarian. Este lenguage produjo su efecto, porque la desconfianza era tanta que algunos hombres por otra parte moderados participaban de ella, si se la hacian entender con prudencia y con dulzura. El dia 29 de noviembre cuando la cámara despues de una sesion de muchas horas iba á retirarse, los gefes del partido que creian seguro el resultado pidieron que la esposicion se votase en el acto; pero lord Falkland, Hyde, Colepepper y Palmer se opusieron á ello insistiendo vivamente en que se dejara para el dia inmediato, á lo que accedió la cámara. «¿Por qué motivo habeis insistido en la dilacion? „preguntó Cromwell á lord Falkland." «Porque es muy tarde, „contestó este, y es seguro que habrá largo debate. Será ligero, „replicó Cromwell, con una confianza verdadera ó afectada." Abierta la cámara al dia siguiente á las 3 de la tarde, llegó la noche y el debate parecia apenas comenzado. Aquella no era la corte luchando cara á cara con el pueblo, sino que por la primera vez contendian dos partidos, si nó nacionales ambos, salidos al menos del seno de la nacion, apoyados uno y otro en intereses y sentimientos públicos y contando cada cual en sus filas ciudadanos de

pro é independientes. Unidos por esperanzas comunes, dividíanlos ahora temores opuestos: cada uno vaticinaba el porvenir reservado al triunfo de su adversario y desconocia el que era fuerza que naciese de su victoria. Combatieron pues con un encarnizamiento nunca visto hasta entonces, y se manifestaron tanto mas obstinados en cuanto se guardaban consideraciones y no se atrevian á acusarse claramente, dejándose arrastrar de sus sospechas. Corrian las horas; los hombres débiles, los indiferentes y los viejos se iban fatigados, y hasta el secretario de estado Nicholas se marchó antes de terminarse el debate. Hácia media noche al fin la cámara se decidió á votar, y la esposicion fue adoptada por 59 votos contra 48. De repente Hampden se levanta, y pide que se imprima. „Ya „lo sabíamos, esclamaron algunos: quereis sublevar al pueblo y „hacer caso omiso de los lores. La cámara, dijo Hyde, no acostum„bra publicar de esta manera sus actas; esta resolucion que yo „reputo ilegal, será funesta; y si se adopta, pido que se me ad„mita protestar. Y á mí tambien, gritó Palmer: protesto, protesto, „repitieron muchos de sus amigos." El partido opuesto se indigna; este modo de proceder usado por los lores era desconocido en la cámara de los comunes: Pym tomó la palabra para demostrar que semejante conducta era tan ilegal como peligrosa, y se le interrumpe con invectivas; trata de continuar su discurso y le responden con amenazas. La cámara entera está en pie, y muchos diputados echando la mano á la cruz de su espada, parecen dispuestos á comenzar la guerra civil en la sala del parlamento. Trascurren dos horas, y á cada tentativa que se hace para adoptar una resolucion, renace el tumulto; finalmente Hampden lamentando con dulzura y gravedad aquel humillante desórden, propone que se levante la sesion, y se deje el negocio para el dia siguiente. En efecto la cámara se separa. „¿Ha habido debate, ó nó? preguntó „lord Falkland á Cromwell, en el momento en que salia. Otra „vez os creeré, dijo Cromwell, y luego acercándosele al oido „añadió: Si la cámara no hubiese adoptado la esposicion, yo y „muchos hombres honrados á quienes conozco hubiéramos ven„dido cuanto tenemos y dejado la Inglaterra para siempre." ...

La sesion inmediata fue poco agitada porque los realistas desesperaban de la victoria, y sus adversarios se creyeron tan próximos á perderla, que no deseaban un nuevo combate. Trataron de perseguir á los autores de la protesta; pero Hyde tenia amigos que se negaron á entregarle; Palmer enviado á la torre salió de ella al instante; algunas esplicaciones terminaron la disputa, y por una mayoría de 23 votos se decidió imprimir la esposicion, lo cual se retardó sin embargo porque era preciso presentarla antes al rey, á quien de dia en dia se esperaba. El 25 de noviembre llegó confiado y orgulloso á pesar del mal éxito de su empresa en Escocia y de que sabia la nueva acrimonia del parlamento. En todo el camino y particularmente en York fue recibido con las mas ardientes muestras de contento y alegría, porque en muchos puntos sus concesiones á los escoceses habian lisonjeado al pueblo, sus ocultos manejos eran desconocidos, y por otra parte en el pais lo mismo que en las cámaras se iba formando un partido realista que comenzaba á hacer ostentacion de sus sentimientos. No fue estraña á ellos la ciudad de Lóndres, en donde los amigos del rey habian logrado que fuese elegido corregidor Ricardo Gourney, hombre activo, valeroso, decididamente adicto, y que preparó al monarca un brillante recibimiento. Fueron á su encuentro, y en medio de las mayores aclamaciones lo escoltaron hasta el palacio de Whithehall una multitud de ciudadanos á caballo, completamente armados y tremolando los estandartes de las corporaciones. El monarca á su vez les dió un magnífico festin, honró al lord corregidor y á muchas otras personas con el título de caballeros, y como deseaba dar á entender cuanto antes á los comunes que se creia fuerte, al dia siguiente de su llegada les retiró la guardia, que durante su ausencia les diera el conde de Essex.

Grande mudanza sufrió el aspecto de los negocios: al unánime movimiento del reino sucedia la lucha de los partidos, y la revolucion á la reforma. Conociéronlo los adalides de esta, y dando repentinamente á su conducta un nuevo carácter, la esposicion fue presentada al rey que oyó con calma su lectura, y dirigiéndose en seguida á la comision preguntó si la cámara trataba de publicar

aquel escrito. La comision contestó que no estaba autorizada á responder á las preguntas de S. M. y Cárlos entonces dijo que regularmente no esperarian su respuesta al instante, y que se la enviaria tan pronto como la importancia del negocio lo permitiera. Esto sin embargo les importó muy poco á los gefes del movimiento, y asi fue que sin esperar cosa alguna desplegaron de repente los proyectos que la esposicion no dejaba entrever siquiera. Hasta entonces habian remediado los contrafueros é invocado las antiguas leyes, y ahora proclamaron principios é imperiosamente pidieron innovaciones. Discutiase entonces la ley para el levantamiento de tropas destinadas á Irlanda, y en el preámbulo de ella se continuó: „que en ningun caso; á no ser el de una invasion estrangera, „podria el rey mandar que sus súbditos fuesen cogidos para des„tinárselos al servicio militar, puesto que este derecho era incom„patible con la libertad de los ciudadanos." Propúsose otra ley segun la cual no podia en adelante organizarse la milicia ni nombrarse sus oficiales sin el concurso y el parecer del parlamento. Pocos dias antes de la vuelta del rey, y merced al influjo de los presbiterianos, se habia reproducido y adoptado la ley que escluia á los eclesiásticos de todos los cargos civiles; mas como los lores la tenian suspensa; los comunes se quejaron de ello con no poca ira. „Nosotros somos, decian, los representantes de todo el reino, „mientras que los pares no son mas que individuos revestidos de „un simple poder personal. Si sus señorías rehusan dar su asenti„miento á lo que es útil para la salud del pueblo, los comunes en „union con los lores que conocen los riesgos; se dirigirán por sí „solos á S. M." Y no faltaban lores que consentian en este lenguage. Fuera de las cámaras el partido se agrupaba con el mismo ardor en torno de sus gefes; la representacion fue publicada; la ciudad declaró que al recibir al rey con tanta pompa no se habia propuesto vender á sus verdaderos amigos, y que los ciudadanos querian vivir y morir con el parlamento. Una peticion de los dependientes de comercio puso de manifiesto las trabas que este sufria imputándolas á los papistas, á los obispos y á los malos consejeros. En los condados formábanse asociaciones para la defensa de la

libertad y de la fe; de todas partes corrian al apoyo de los comunes; siniestros rumores provocaban nuevas demostraciones de adhesion en favor suyo; unas veces se suponia amenazada la vida de Pym; otras preparaban una invasion los rebeldes de Irlanda: cualquiera visita misteriosa, cualquiera palabra oida por casualidad en la calle daban pie á que se denunciase una conjuracion, á que se hicieran juramentos de ausiliarse unos á otros; y mientras que la cámara solicitaba todos los dias que se le diese una guardia, la muchedumbre agrupada en torno de Westminster le formaba una que con grandes gritos discurria acerca de sus peligros comunes.

Contra exigencias tan osadas y sostenidas por pasiones tan tumultuarias procuraba Cárlos reunir á todos sus partidarios, á los servidores interesados en el poder absoluto, á los leales defensores del rey, á los ciudadanos que si bien antes combatieron la tiranía, hoy se mostraban adictos á la corona por temor de las innovaciones y de los escesos. Estos últimos eran casi los únicos que en la cámara de los comunes formaban el naciente partido realista capitaneado por lord Falkland, Hyde y Colepepper. Cárlos resolvió hacerse suyos á estos personages. Antes de su viage á Escocia habia ya tenido algunas conferencias secretas con el segundo que supo ganarse su confianza por la respetuosa sabiduría de sus consejos, por su aversion á las novedades, y sobre todo por su adhesion á la Iglesia. No le era tan grato lord Falkland porque menospreciaba á la corte, estimaba poco al rey, no se mostró á favor de él, ni aun despues de haber roto con los novadores, y si los combatia era mas bien para defender la justicia ofendida, que para servir al poder amenazado. Cárlos le temia, y su presencia le desagradaba; pero la necesidad era urgente, y Hyde que era su mas íntimo amigo se encargó de la negociacion. Falkland se negó de pronto, pues si bien su virtud escrupulosa le alejaba de los fautores de la revolucion, sus principios, sus deseos y el vuelo de su imaginacion un poco estravagante lo impelian de continuo hácia los enemigos de la libertad. Alegó su antipatía por la corte, su falta de aptitud para servirla; su resolucion de no emplear jamas la mentira, el soborno, ni el espionage; medios útiles y tal vez necesarios en su

concepto, pero con los cuales no queria mancharse. A pesar de la sorpresa y de la humillacion que sufria el amor propio de Cárlos en el hecho de suplicar á un vasallo, insistió no obstante, y como Hydè hizo mérito de lo mucho que ofenderia al rey semejante negativa, Falkland se dejó vencer aunque desalentado de antemano y como víctima de una adhesion sin afecto y sin esperanzas. Entonces fue nombrado secretario de estado: á Colepepper mucho menos influyente pero notable por su audacia y por los recursos de su talento se le dió el destino de canciller de rentas, y solo Hyde contra el parecer del rey se negó tenazmente á obtener empleo alguno, nó por temor sino por prudencia, y juzgando que le serviria mas si conservaba la esterior independencia de su posicion. Los tres amigos se encargaron de dirigir en la cámara los negocios de Cárlos, y este prometió no emprender en ella cosa alguna sin su consejo. Al mismo tiempo otros servidores menos útiles y mas activos acudieron de diversos puntos para defender el honor y la vida del rey amenazados por el parlamento. A pesar de la decadencia del régimen feudal, los sentimientos á que dió origen vivian aun en el corazon de muchos gentiles-hombres, que ociosos en sus castillos y poco acostumbrados á reflexionar y á discutir despreciaban á aquellos ciudadanos palabreros, cuya sombría creencia proscribia el vino, los juegos y los placeres de la antigua Inglaterra, y que intentaban dominar al rey á quien sus padres no habian tenido el honor de servir siquiera. Orgullosos con los recuerdos de su propia independencia poco curaban de las nuevas necesidades de la libertad pública, y si bien á la par del pueblo habian murmurado contra la corte y la tiranía, despues de las muchas concesiones hechas por el príncipe, su imprevision y su lealtad se indignaban contra la insolente obstinacion de los novadores. Presentábanse armados en Londres, recorrian con apostura orgullosa las tabernas y las calles, y muchas veces se trasladaban á Whitehall á fin de ofrecer al rey sus servicios solicitando al mismo tiempo alguna gracia. Allí se les reunian otros hombres estimulados por una adhesion menos pura y mas ciega todavía; oficiales á quienes el licenciamiento del ejército habia dejado sin empleo y

sin sueldo, aventureros casi todos, adoctrinados en las guerras del continente, disolutos, insolentes, atrevidos, indignados contra el parlamento que les arrebató sus destinos, contra el pueblo que detestaba sus costumbres, y dispuestos á hacer cualquiera cosa á favor de cualquiera señor que quisiese emplearlos, importándoles muy poco el objeto que se propusiese. Los jóvenes legistas, los escolares del Temple protegidos por la corte, ó deseosos de tomar parte en sus placeres, ó persuadidos de que abrazando su causa se acreditaban de nobles y elegantes; todas estas gentes aumentaban la turbulenta y presuntuosa comitiva que diariamente acudia en torno de Whitehall declamando contra los comunes, insultando á sus partidarios, jactanciosos y burleros, y ansiando que el rey ó la casualidad les ofreciese un momento á propósito para hacer su fortuna, acreditando su lealtad al mismo tiempo. No deseaba menos que ellos el partido popular proporcionarles aquella coyuntura, y asi es que de cada dia el pueblo se agrupaba en mayor número y mas tumultuariamente. Trasladábanse por la mañana de la ciudad á Westminster grupos de trabajadores y mugeres, y al pasar por delante de Whitehall repetian á grito herido: *abajo los papistas, abajo los lores, abajo los obispos*. Parábanse algunas veces, y alguno de ellos subiéndose en algun poste leia los nombres de los *miembros perversos de la cámara de los comunes ó de los lores traidores ó corrompidos*. Su audacia llegó hasta el punto de pedir que no hubiese conserge en las puertas de palacio porque ellos querian ver al rey á todas horas y segun les diese la gana. No tardaron en trabarse violentas disputas, los dos partidos se distinguian con los nombres de *caballeros* y de *cabezas ligeras*: y aunque al principio los del bando parlamentario tomaron este apodo como un insulto, bien pronto lo tuvieron por un honor. Los caballeros á su vez iban á buscar á sus adversarios cerca de Westminster, unas veces para desafiarlos y otras á fin de proteger á los realistas cuando salian del parlamento. La ira del pueblo se ensañaba en particular contra la cámara alta porque tenia paralizado el curso de la ley que escluia de los destinos públicos á los obispos. Un dia en que el arzobispo de York al tiempo de ir á pie

á la cámara quiso detener á un jóven que iba tras él ofendiéndole con injurias, la muchedumbre se le echó encima, y con no poco trabajo pudieron sus amigos lograr que lo soltasen. Ambos partidos se hacian y arrebataban mutuamente prisioneros. Corria la sangre, los caballeros se jactaban de que habian dispersado á sus adversarios; y estos volvian al dia siguiente mejor armados y con doble ardimiento. Una tarde cuando los lores estaban todavía en sesion el tumulto de la calle fue tan grande que el marques de Hertford acercándose al banco de los obispos les aconsejó que no saliesen, porque los de afuera decian á gritos que los aguardaban y que registrarian todos los coches para que no se les escapasen. „¿Y qué, dijeron los prelados, tendrémos que pasar la noche en „este sitio?" „Podria ser muy bien, respondieron algunos de los „del partido contrario." Salieron sin embargo, aunque metidos algunos de ellos en los coches de los lores que tenian popularidad, otros por pasadizos secretos y custodiados por sus amigos; de manera que en concepto de muchos su presencia no valia los riesgos que los amenazaban. Dos veces la cámara de los lores pidió que la de los comunes procurase impedir aquellos ultrages; pero los comunes callaban ó se plañian de los desórdenes promovidos por los caballeros. „Tenemos necesidad de todos nuestros amigos, „decian los adalides; no permita Dios que impidamos al pueblo „conseguir por este medio lo que tiene razon de desear." Los lores se dirigieron á los jueces pidiendo que se reprimiesen los motines con arreglo á las leyes, y por una órden sellada con el sello mayor se mandó poner guardia cerca de Westminster á fin de disipar los grupos; pero los comunes calificaron la órden de un atentado á los privilegios, y uno de los magistrados fue metido en la torre. Al mismo tiempo la cámara votó que pues el rey insistia en negarle una guardia, cada miembro de la asamblea tendria derecho á llevar un criado, y dejarlo á la puerta armado del modo que le pluguiera.

Tales motines, tales gritos, desórden semejante causaba espanto y cólera á Cárlos; pues en medio de sus siniestros agüeros jamas se ofrecieron á su imaginacion escenas de aquella clase: admirábale y le causaba indecible ira que la magestad real estuviese es-

puesta á tales afrentas, y comenzaba á recelar no solo por su poder sino tambien por la seguridad, ó á lo menos por la dignidad de su persona y de su vida. La reina mas conturbada todavía le participaba su terror, y el orgullo de monarca y la ternura de marido no podian soportar la idea de un peligro ó de un insulto con respecto á la compañera de su trono, que al mismo tiempo era el objeto de su amor. Buscando por todas partes un apoyo contra la muchedumbre, y algun medio de prevenir ó castigar sus escesos, determinó alejar al gobernador de la torre Guillermo Balfour, adicto á los comunes, y reemplazarlo con un hombre seguro y atrevido. Para calmar la ira de Balfour se le dieron tres mil libras que produjo la venta de algunas joyas de la reina, y le sucedió en el cargo Tomas Lunsford, que era uno de los mas osados gefes de los caballeros congregados en Whitehall. Simultáneamente el rey usó con el parlamento de un tono y un aire mas serio con el objeto de intimidarlo, y adoptó é hizo publicar en su nombre la respuesta sabia y firme que Hyde habia redactado para contestar á la representacion de los comunes. Las cámaras discutian aun la ley acerca del modo de levantar tropas, y antes que fuese presentada al monarca este anunció en una sesion solemne que no la sancionaria sino con una reserva contra el preámbulo en donde se le quitaba el derecho de coger á los súbditos para obligarlos á tomar las armas. Como los negocios de Irlanda se hallaban en el mismo estado, mandó á los comunes que se ocupasen de ellos, y ofreció reunir diez mil voluntarios si la cámara prometia pagarlos. Los obispos por su parte, y quizás á impulsos del rey, se juntaron para deliberar acerca de su situacion; y como en la puerta de la cámara habian de temer á la violencia resolvieron ausentarse de ella y consignar en una protesta los motivos de su retirada, declarando nulas y de ningun valor cuantas leyes se hiciesen sin el concurso de todos los miembros legítimos y necesarios en el parlamento. La protesta redactada en el acto y firmada por doce obispos fue remitida al rey que la recibió con ansia; pues le hacia entrever la esperanza de anular algun dia, alegando este pretesto, las actas de aquel parlamento fatal que no podia dominar. Al momento y sin hablar de

ello á sus nuevos consejeros, cuyos pareceres temia mas de lo que estimaba su influjo, mandó al guardasellos que en el mismo dia llevase la protesta á la cámara alta, creyendo que con esto habia logrado preparar un porvenir mas halagüeño.

Grande fue la sorpresa de los lores, pues no parecia creible que doce obispos cuya existencia parlamentaria estaba en disputa pretendiesen disponer de este modo de la suerte del parlamento, y reducirlo á la nada con su separacion. La protesta comunicada al punto á los comunes fue recibida en ella con la aparente cólera y la secreta alegría que inspiran los yerros de un enemigo, y al momento se acusó á los obispos de haber atentado contra las leyes fundamentales del reino, y contra la existencia del parlamento, y fue admitida la acusacion. Hasta los amigos de los obispos, irritados por su imprudencia, y quizás prevaliéndose de ella para abandonar sin deshonra una causa perdida, callaron, y solo una voz se levantó en favor de ellos diciendo que no debian ser llevados ante un tribunal sino á Bedlam. La cámara alta admitió la acusacion, y los hizo conducir á la torre, y los gefes de los comunes dispuestos á sacar partido de tan buena coyuntura, avivaron sus ataques. Como se habian manifestado ya muchas quejas por lo que declaró el monarca acerca de la ley sobre el levantamiento de tropas, suponiendo que era atentatoria á los privilegios de la cámara que no permitian que el rey tomase conocimiento de una ley mientras se discutia, insistióse en la necesidad de garantizar firmemente sus privilegios; única áncora de salvacion en medio de tantos riesgos. Prorumpióse en quejas por haberse confiado el gobierno de la torre á Tomas Lunsford, hombre desacreditado, sin fortuna, impío, desmoralizado, y conocido únicamente por sus violencias contra el pueblo, y capaz de los mas infames proyectos. Decian que la alarma de la ciudad era tanta que los mercaderes y los estrangeros ya no depositaban rieles en la torre. Por lo mismo se pidió el nombramiento de distinto gobernador. Lord Digby que se hizo confidente íntimo del rey fue denunciado por haber dicho que el parlamento no era libre, y finalmente corrieron voces de que podia acusarse á la reina del delito de alta traicion. El rey pareció ceder;

no hizo paso alguno en favor de los obispos, quitó á Lunsford el gobierno de la torre para dárselo á sir Juan Byron hombre sesudo y bienquisto, no habló mas de los motines, y no se quejó de los últimos debates. Sin embargo inquietaban á la cámara secretas noticias y vagos dichos; la reina reservada y taciturna parecia tener alguna esperanza; lord Digby cuya temeridad presuntuosa era notoria la veia con frecuencia; adelantaba en su intimidad lo mismo que en la del rey; la afluencia de caballeros á Whitehall iba cada dia en aumento, y los comunes sin esplicar sus temores enviaron un mensage al rey pidiendo una guardia; mas el monarca no contestó, manifestando solo que queria la peticion por escrito. Durante esta dilacion, cual si los comunes estuviesen seguros de un próximo riesgo hicieron llevar armas á la sala de sesiones, y á los tres dias vino la respuesta del rey que era una negativa terminada con estas palabras: „me comprometo solemnemente por mi honor „de rey á preservaros á todos y á cada uno de vosotros de toda „violencia, y á emplear para ello el mismo esmero que podria em„plear para mi propia seguridad y la de mis hijos." A pesar de esto la cámara, de dia en dia mas alarmada, mandó al lord corregidor, á los jerifes y al consejo que tuviesen dispuestas las milicias de Londres y colocaran retenes en diferentes puntos de la ciudad.

No era infundado el temor de los comunes pues aquel dia mismo que fue el 3 de enero de 1642, sir Eduardo Herbert procurador general de la corona se trasladó á la cámara alta y en nombre del rey acusó de alta traicion á lord Kimbolton y á los cinco diputados Hampden, Pym, Hollis, Strode y Haslerig, por haber intentado destruir las leyes fundamentales del reino y arrebatar al rey su poder legal; procurado con odiosas calumnias que el rey perdiese el afecto de su pueblo; sublevado el ejército contra el monarca; empeñado á la Escocia á que invadiese el territorio inglés; anonadado los derechos y hasta la existencia del mismo parlamento; promovido reuniones sediciosas contra este y contra el rey á fin de llevar á cabo por medio de la violencia sus criminales planes; y finalmente incitado la guerra contra el rey. Herbert pidió al mismo tiempo que se nombrase una comision para examinar

estos cargos y que la cámara asegurase las personas de los acusados. Los lores se quedaron inmóviles porque no habiendo ninguno de ellos previsto semejante cosa no habia quien se atreviese á hablar el primero. Lord Kimbolton se levantó al fin y dijo: „estoy „dispuesto á obedecer todas las órdenes de la cámara; mas ya que „se me acusa en público, pido que se me permita justificarme „públicamente." Lord Digby que estaba á su lado le dijo al oido: „el rey está malísimamente aconsejado y yo dejaré de ser quien „soy ó sabré de dónde procede esto:" y al instante salió como para informarse de todo. Asegúrase sin embargo que él era quien comprometió á Cárlos en esta empresa, obligándose ademas á pedir el inmediato arresto de lord Kimbolton luego que el procurador general lo hubiese acusado.

Los lores enviaron inmediatamente un mensage á la cámara baja, la cual como supiese que los agentes del gobierno se habian trasladado á las casas de los cinco individuos acusados y que lo sellaban todo, votaron en el acto que semejante paso violaba todos sus privilegios; que los acusados tenian derecho y todo ministro de justicia obligacion de oponerse á ello, y que los emisarios del rey serian detenidos y presentados en la barra como delincuentes. Sir Juan Hotham fue enviado á los lores á fin de pedirles una conferencia con órden de manifestar que si la cámara alta se negaba á unirse con la baja para alcanzar del rey una guardia, esta se retiraria á lugar mas seguro. Esperábase la respuesta de los lores, cuando se presentó un heraldo y dijo que en nombre del rey su amo requeria al señor presidente para que le entregase los cinco gentiles-hombres miembros de aquella cámara á quienes nombró, y á los cuales S. M. le habia mandado detener como reos de alta traicion. Los acusados que estaban presentes no se movieron, el presidente mandó al heraldo que se retirase, y la cámara sin debate y sin tumulto resolvió quedarse en sesion permanente y enviar una diputacion al rey para decirle que á mensage de tanta gravedad no podia contestarse sino despues de un maduro exámen. Abrióse la conferencia con los lores, cuyo resultado fue la órden de quitar los sellos y la reclamacion de una guardia hecha al rey en nombre

de las dos cámaras por el duque de Richemond su mas honrado favorito. El rey dijo que contestaria al dia siguiente, y las cámaras se prorogaron para la una de la tarde del mismo, mandándose á los acusados que á la par de sus colegas se encontrasen en Westminster.

Cuando al dia siguiente 4 de enero se abrió la sesion eran mucho mayores la inquietud y la cólera, pues tenia á todos en zozobra el presentimiento de algun nuevo riesgo, desconocido sí pero indudable. Los realistas parecian tristes y silenciosos; circulaban entre sus adversarios mil rumores que cundieron la víspera y hasta aquella misma mañana. Los caballeros se habian reunido, el rey les mandó que estuviesen prontos; habíanse llevado á Whitehall dos barriles de pólvora y algunas armas; todo el mundo se agrupaba en derredor de los cinco miembros acusados, y de todas partes recibian noticias y consejos. Ellos sabian mas aun, pues el embajador de Francia, con quien estaban en relaciones, y la condesa de Carlisle reputada por dama de Pym les habian dicho que se preparaba un golpe de estado. De repente llega el capitan Langrish cuyas relaciones con los oficiales reformados le permitian saberlo todo, y anuncia que el rey se acerca, que le ha visto salir de Whitehall escoltado por tres ó cuatrocientos hombres, guardias, caballeros y estudiantes, todos con armas, y que viene á prender por sí mismo á los acusados. Manifiéstase de repente un gran desórden, se apacigua por la necesidad de abrazar una resolucion pronta, y la cámara empeña á los cinco individuos á que se retiren; porque muchos diputados habian echado ya mano de las armas y se disponian á resistirse. Pym, Hampden, Hollis y Haslerig salen al momento, pero Strode se niega á ello; le ruegan, le obligan casi, y el rey estaba ya en el patio cuando su amigo Gualtero Earl le empuja hácia fuera. Toda la cámara se sienta. El rey habia atravesado la gran sala de Westminster entre dos filas de sus servidores; la escalera de la cámara ya no la subió mas que su guardia, y al llegar arriba Cárlos prohibe á los suyos bajo pena de muerte que le sigan y entra con sombrero en mano, sin mas compañía que su sobrino el conde Palatino. Todos los miembros des-

cubran sus cabezas y se levanten. El rey al pasar echó una mirada al sitio en que solia estar Pym, mas no viéndole se adelanta hácia el presidente, y le dice: „con vuestro permiso, señor presidente, „ocuparé por un instante vuestra silla.” Colocado en ella despues de pasear sus miradas en la cámara entera dijo: „Señores: es muy „sensible el motivo que aqui me trae; ayer os envié un heraldo „para que detuviese á algunas personas acusadas de mi órden por „delito de alta traicion, y cuando esperaba de vosotros obediencia „me remitisteis un mensage. Ningun rey de Inglaterra ha sido tan „delicado en mantener vuestros privilegios como yo; pero debeis „saber que en los casos de alta traicion no hay privilegio para „persona alguna. Vengo para ver si se halla aqui alguno de los „acusados, pues mientras ellos ocupen un asiento en la cámara no „puedo esperar que esta entre en el camino recto que sinceramen„te deseo que siga. Vengo á deciros que quiero que se me entre„guen en cualquiera parte en que se hallen. Señor presidente ¿en „dónde estan?” El presidente hincándose de rodillas contestó: „Con perdon de V. M. sea dicho, yo no tengo ojos para ver, ni „lengua para hablar sino en cuanto me lo mande la cámara cuyo „servidor soy; suplico humildemente á V. M. que me perdone si „no puedo dar otra contestacion á lo que V. M. ha tenido á bien „preguntarme.” „Está bien, repuso el rey, veo que los pájaros „han volado, pero espero que me los enviaréis cuando vuelvan. „Os aseguro bajo mi palabra que jamas he pensado hacer uso de „la fuerza y que procederé contra ellos por los medios legales. Ya „que no puedo conseguir el objeto que aqui me ha traido, no os „incomodaré por mas tiempo; pero, os lo repito, cuento con que „me los enviaréis al instante que entren en la sala, y de nó, adop„taré los medios necesarios para encontrarlos.” Al decir esto se salió del congreso llevando siempre el sombrero en la mano, y la cámara quedó inmóvil.

Apenas el rey hubo marchado cuando la cámara sin hacer ni anunciar cosa alguna, se aplazó para el dia siguiente, y todos sus individuos se fueron ansiosos por saber hasta dónde se estendian los planes del rey y cuál era el efecto que en el público habian

producido. Fuera de la sala, en la escalera, y en las mismas puertas de Westminster encontraron á sus servidores y al pueblo que los esperaba, tan conmovidos como ellos estaban: repetianse allí los insultos y las amenazas de los caballeros, uno de los cuales llevando una pistola en la mano habia dicho que se le enseñase el blanco y que no lo equivocaria: otros habian gritado que se echase abajo la cámara de los comunes, que cogieran á sus individuos y los ahorcasen, y aun hubo quien preguntó cuándo se daria la órden para ello. Todo hacia comprender que esperaban alguna sangrienta escena, y estas conversaciones y jactancias corriendo de boca en boca, despertaban en todas partes la indignacion misma. Los cinco individuos acusados se habian retirado á la ciudad; los ciudadanos tomaron las armas al momento; el lord corregidor procuraba calmarlos aunque en vano; formábanse espontáneamente patrullas para la seguridad comun; y durante toda la velada recorrian las calles cuadrillas de jóvenes, gritando que los caballeros iban á pegar fuego á aquel punto de la ciudad, y algunos añadian que el rey se pondria á su frente. Igual por lo menos era la agitacion que reinaba en Whitehall, pues el rey y la reina habian fundado las mas grandes esperanzas en aquel golpe de estado, que desde mucho tiempo era el objeto de todas sus conversaciones, y casi su ocupacion única; así en sus conferencias particulares como en las que tenian con sus mas íntimos amigos. En la misma mañana y en el momento de salir de palacio, Cárlos abrazó á su esposa prometiéndole que dentro de una hora volveria siendo ya dueño de su reino, y la reina esperó su vuelta contando los minutos con el reloj en la mano; y sin embargo todo se habia fallado, y si bien el rey insistia en su plan, era sin esperar cosa alguna y sin saber cómo llevarlo á cabo. Ofendidos y desconsolados sus mas prudentes amigos Falkland, Hyde, y Colepepper nada aconsejaban. Publicóse un manifiesto mandando que se cerrasen los puertos y prohibiendo á todos los ciudadanos que diesen asilo á los acusados; pero nadie ni aun en la misma corte se alucinaba acerca del valor de estas órdenes, pues era conocido el lugar y hasta la casa en que estaban los cinco individuos, y nadie temia que pudiese

penetrarse en ella. Lord Digby fue el único que quiso espiar con su audacia la imprudencia de sus consejos y su debilidad en la cámara alta en el momento de su acusacion; y para ello ofreció al rey que acompañado de Lunsford y de algunos caballeros, iria á sacar á los acusados del asilo en que se refugiaron, y se los traeria vivos ó muertos; mas el rey, ora le contuviese el respeto á las leyes, ora le impusiera semejante temeridad, rechazó la propuesta y determinó ir en persona el dia inmediato á la ciudad, á pedir solemnemente al consejo que le entregase los acusados, pues se lisonjeaba de que su presencia y sus pacíficas palabras calmarian al pueblo cuya indignacion no habia previsto. Efectivamente hácia las diez de la mañana salió de Whitehall sin guardia, para manifestar que tenia una entera confianza en el amor de sus súbditos. Agrupóse la multitud en torno suyo; pero estaba taciturna y sombría, y si acaso levantó la voz fue para pedirle que viviese en paz con su parlamento. En algunos puntos se oyeron voces mas alarmantes, y aun hubo quien tiró al coche un pasquin encabezado con las palabras, *A tus tiendas, Israel*, que fue el grito que dieron las diez tribus de Jerusalen al separarse de Roboam. Llegado Cárlos á Guildhall reclamó los cinco miembros con lenguage dulce y afable, protestando su afecto á la religion reformada, y su sinceridad en las concesiones que habia hecho, y prometiendo obrar en todo segun las leyes. Nadie aplaudió sus palabras, porque el pueblo y el consejo estaban tristes y silenciosos. El rey entonces se dirigió á uno de los jerifes, presbiteriano decidido, y le dijo que iria á comer á su casa: el jerife se inclinó con respeto, y mas tarde recibió en su casa y con pompa al rey, que al volver á Whitehall fue tratado por el pueblo de la misma manera que á la ida, y entró en palacio indignado y abatido.

La cámara reunida votó que habiendo sido escandalosamente violados sus privilegios, y no pudiendo por lo mismo deliberar con libertad á menos que se reparase aquel tuerto y se le diese una guardia que la pusiera al abrigo de tales peligros, se prorogaba por seis dias. Esta prórroga sin embargo no se crea que suspendiese sus trabajos; porque se nombró una comision de veinte

y cinco individuos revestida de amplios poderes que habia de tener su asiento en la ciudad, formar una sumaria acerca del último atentado, y examinar la situacion general del reino, y sobre todo de Irlanda, poniéndose para ello de acuerdo con los ciudadanos, amigos fieles del parlamento. El dia 6 de enero, y con no poca pompa instalóse en Guildhall la comision á la cual esperaba una fuerte guardia, y á cuyas órdenes puso el consejo todas las fuerzas y los servicios de los habitantes. Sus sesiones fueron tan activas como las de las cámaras; á ella podian asistir todos los individuos, y cuanto en la misma se hacia, era con conocimiento y segun el parecer de los cinco acusados cuya casa estaba inmediata. Vez hubo en que los cinco se trasladaron al lugar de la comision, y en el camino eran vitoreados por el pueblo que se enorgullecia de poseer y guardar por sí solo á sus representantes. En medio de su victoria se alimentaba su espanto con hábiles manejos cuyo objeto era inflamar todavía mas su celo, mientras que la cámara y la ciudad estrechaban diariamente su alianza y una á otra se enardecian. Finalmente la comision por su autoridad propia y cual si fuese la cámara entera, publicó el resultado de sus indagaciones, y el consejo en 7 de enero hizo una representacion al rey, quejándose de los malos consejeros, de los caballeros, de los papistas, y del nuevo gobernador de la torre, abrazando abiertamente la causa de los cinco acusados, y pidiendo todas las reformas que los comunes habian dejado entrever solamente.

El rey estaba solo, metido en Whitehall, desamparado de sus mejores partidarios, pues hasta los caballeros se habian separado ó cuando menos estaban silenciosos. En tales circunstancias, el dia 8 de enero trató de responder á la peticion del consejo y demandar otra vez el arresto de los acusados; pero á sus contestaciones no se daba crédito, y sus órdenes no se llevaban á efecto. Entonces supo que dentro de dos dias la cámara abriria otra vez sus sesiones y que los cinco acusados serian conducidos en pompa á Westminster por las milicias, el pueblo y hasta los marineros del Támesis con cuya adhesion pudo contar hasta entonces. ¡Y „qué, esclamó al saberlo, hasta estos sátiros me abandonan?". Es-

ta espresion que llegó á oidos de los marineros, parecióles un insulto que debia vengarse. Cárlos afligido, humillado y lleno de ira, por el grito general que le hostigaba de contínuo, sin que se alzase voz alguna para sofocarlo, no pudo determinarse á ver pasar por delante de su palacio el triunfo de sus enemigos. La reina, ora furiosa, ora tremente le conjuraba para que se alejase; los realistas y los mensageros enviados á diversos puntos del reino prometian fuerza y seguridad en otras partes; los caballeros vencidos en Londres, hacian alarde de su influjo en los condados: de manera que todo concurria para creer que lejos del parlamento el rey seria libre y que sin este aquel no podia hacer cosa alguna. Resolviése pues apelar á esta medida: se convino en retirarse de pronto á Hamptoncourt, y desde allí á otro punto si era preciso; enviáronse órdenes secretas á los gobernadores de algunas plazas cuya adhesion no parecia dudosa; el conde de Newcastle partió para el norte en donde tenia mucho influjo, y el dia 10 de enero, víspera de la apertura de los comunes, Cárlos sin mas compañía que su esposa, sus hijos y algunos criados se alejó de Londres y de aquel palacio de Whitehall, á donde no debia volver sino de camino para el cadalso.

A las dos de la tarde del siguiente dia el Támesis apareció cubierto de buques armados que conducian á Westminster á los cinco individuos de la cámara; seguíanlos una multitud de barquillas empavesadas y llenas de ciudadanos; por ambas márgenes marchaban paralelamente las milicias de Londres, llevando clavadas en las puntas de sus picas las últimas declaraciones del parlamento; y eran acaudilladas por el capitan Skippon, oficial que se habia formado en los campos de Gustavo Adolfo y era un hombre rudo, ignorante pero sencillo, audaz, de costumbres austeras y escesivamente popular. Una multitud inmensa seguia la comitiva, y aquella multitud al atravesar por delante de Whitehall se detuvo y gritó: "¿en dónde estan ahora el rey y los caballeros? ¿á dónde „han ido á parar?" Llegados á Westminster los cinco miembros, elogiaron en gran manera la adhesion de la ciudad á la causa pública, y el presidente de la cámara dió las gracias á los jerifes que

fueron introducidos en la sala. Cuando estos salian de ella se presentó una comitiva compuesta de cuatro mil caballeros, gentiles-hombres, y terratenientes en franco alodio, los cuales venian á caballo desde el condado de Buckingham, patria de Hampden, á fin de entregar á la cámara una peticion contra los lores papistas y los malos consejeros, y en favor de su digno representante: Traian tambien una peticion para la cámara alta, y otra para el rey, y llevaban cosido al sombrero el juramento de vivir y morir con el parlamento cualesquiera que fuesen sus enemigos. En todas partes se manifestaba aquel orgulloso y alegre entusiasmo que permite y aconseja á los gefes del pueblo las mas osadas resoluciones: los comunes entregándose á él con un ardor bien entendido cual el piloto á un viento fuerte pero favorable, en pocas horas votaron que ningun individuo de ellas por pretesto alguno podria ser preso sin su consentimiento, adoptóse una ley que conferia á las cámaras el derecho de reunirse en caso necesario en el lugar que les pluguiese, y se redactó una peticion al rey á fin de que tuviese á bien retirar del gobierno de la torre á sir Juan Byron. Mientras se esperaba la respuesta se encargó al capitan Skippon que pusiese guardias en derredor de aquel fuerte y que lo vigilase con cuidado, se enviaron órdenes á Goring gobernador de Portsmouth prohibiéndole recibir en la ciudad tropas y municiones sin autorizacion del parlamento, y se mandó á sir Juan Hotham, hombre rico y de influjo en el condado de York, que marchase en el acto á tomar el mando de Hull, plaza importante y llave del norte de Inglaterra, en la que habia grandes arsenales. La cámara finalmente votó en el dia inmediato, que era el 13 de enero, que estando el reino amenazado seria puesto sin el menor retardo en estado de defensa, y aunque los lores no quisieron dar su asentimiento á esta declaracion no por esto dejó de llenarse su objeto ni de estar el pueblo sobre el aviso en todas partes.

Con justo motivo temia la cámara la guerra, pues el rey no pensaba mas que en disponerse para ella. Al paso que en Londres se conocia impotente y humillado, apenas hubo salido de allí cuando se vió circuido de sus partidarios, no hubo de ver cada dia y á

todas horas justificada su debilidad, y por fin pudo entregarse libremente á la esperanza de vencer á mano armada al enemigo de quien habia huido sin arriesgar un combate. Los caballeros recobraron tambien su presuncion y no parecia sino que creyesen declarada la guerra y que se dieran prisa á comenzarla. Al dia inmediato á su marcha supo la cámara que doscientos de ellos mandados por Lunsford se habian dirigido á Kington, depósito de los almacenes del condado; puesto á seis leguas de Londres, con el aparente objeto de apoderarse de él y de establecerse allí, y se tuvo tambien noticia de que lord Digby habia ido á encontrarlos de parte del rey á fin de agradecerles su celo y de ponerse de acuerdo con ellos sin duda para algun fatal designio. El parlamento dictó al punto algunas medidas que neutralizaron la tentativa, y lord Digby buscó su salvacion en la fuga. El rey considerándose demasiado cerca de Londres se trasladó á Windsor en 12 de enero seguido de Lunsford y de sus caballeros, y en consejo secreto resolvieron que la reina llevando consigo las joyas de la corona se marcharia á Holanda para hacerse con municiones y armas y solicitar el ausilio de los reyes del continente, y que el viage se cohonestaria con el pretesto de llevar á la princesa Enriqueta Maria niña todavía y con quien seis meses antes contrajo esponsales el príncipe de Orange. Convínose igualmente en que el rey sin interrumpir sus negociaciones con las cámaras se iria retirando hácia los condados del norte en donde sus partidarios eran mas numerosos, y que se fijaria en York á fin de esperar allí los medios y la oportunidad de llevar á efecto sus planes. Arreglado todo de esta manera, la reina hizo con mucho sigilo los preparativos de su marcha, y el rey invitó á las cámaras á que reasumiesen sus quejas y se las presentaran todas juntas prometiendo tomar acerca de ellas en un mismo dia la resolucion que fuese de derecho, poniendo con esto un término á sus desacuerdos. Este mensage fue oido con mucho gusto en la cámara alta entre cuyos individuos tenia el rey muchos amigos, y los que no lo eran, cansados ya ó estremecidos, solo aspiraban á ver el fin de la lucha sin inquietarse por lo que mas adelante sucediese; pero los comunes mas previsores y mas resueltos

no podian creer que el rey accediese á lo que le pedirian ni que despues cumpliera lo que hubiese prometido. A sus ojos pues la propuesta de Cárlos no fue mas que un ardid para acabar de una vez con las cámaras, despedirlas y recobrar el poder: por esto se negaron á tomar parte en la accion de gracias de los lores para con el rey, á menos que antes no se pidiera á este que entregase el gobierno de la torre, y el de las plazas fuertes, y el mando de la milicia á personas que inspirasen confianza al parlamento. La cámara alta no quiso admitir esta enmienda; pero treinta y dos lores protestaron de esta negativa y los comunes contando con el apoyo de esta minoría dirigieron por sí solos la peticion al rey. Cárlos respondió con una negativa formal con respecto á los gobiernos de las plazas fuertes y de la torre, y en términos vagos y evasivos por lo que tocaba al mando de la milicia; con lo cual manifestaba que su intento era no ceder en cosa alguna y ganar tiempo. Los comunes no querian perderlo; y como por todas partes era temida su fuerza, y en Windsor lo mismo que en Londres tenian espías y amigos, nada ignoraban de los proyectos del rey, del viage de la reina ni de los manejos de la corte en el norte del reino ni en el continente. El peligro apremiaba; podria suceder que el rey se hallase prevenido para la guerra antes que estuviese decidida la cuestion de la milicia, y entonces no habia medio de resistirle. El pueblo hallábase agitado por temores mas inmediatos aunque indeterminados; decíase que se habian sacado municiones de la torre, que se conjuraba contra la vida de los gefes del partido, y todo el mundo estaba indignado al ver que las alcanzadas victorias no producian fruto alguno. Creyóse entonces que solo una nueva y espresiva manifestacion del voto público era capaz de superar los nuevos obstáculos, armar á los celosos, decidir á los tibios y reducir á la impotencia á los malvados. Menudearon las peticiones; hacíanlas todos los condados, los ciudadanos de todas clases, los dependientes de comercio, los tenderos, los jornaleros y hasta las mugeres corrian á Westminster á fin de presentar las suyas: „queremos que se nos oiga," gritaban, por cada una de „las que hoy estamos aquí, habrá mañana quinientas." Skippon

que mandaba la guardia fue á tomar órdenes de la cámara, y á su vuelta consiguió hacerlas retirar, pero al dia siguiente volvieron capitaneadas por Ana Stagg muger de un rico cervecero, con una peticion al pie de la cual esponian los motivos que las indujeron á presentarla. „Semejante paso, decian, no es impropio de nuestro „sexo, pues Jesucristo nos redimió á tanta costa como á los hom„bres; como ellos sufrimos por las calamidades públicas; tambien „nosotras tenemos una vida que mantener y una alma que salvar; „y si hacemos esto no es por vanidad ni por orgullo, ni porque „queramos anivelarnos con los hombres en autoridad ni en sabi„duría, sino para cumplir en cuanto de nosotras dependa con lo „que debemos á Dios, á su Iglesia y á nuestro pais." La peticion fue admitida y Pym que salió para responder á ella se colocó delante de la puerta, en donde circuido por todas, dijo: „Buenas „mugeres, la cámara ha leido vuestra peticion y os la agradece; os „rogamos que volvais á vuestras casas y que en vez de hacer pe„ticiones oreis por el buen éxito de nuestros trabajos: nosotros „siempre hemos estado dispuestos, lo estamos y lo estarémos, pa„ra defenderos á vosotras, á vuestros maridos, y á vuestros hijos." Todas se retiraron en silencio: notable ejemplo de circunspeccion en medio de los estravíos del entusiasmo.

Las peticiones de que hemos hablado eran casi iguales, pues todas pedian la reforma de la Iglesia, el castigo de los papistas, y la represion de los malévolos: algunas sin embargo dando un paso mas se dirigieron al mal presente, y amenazaron de un modo claro á la cámara alta. En ellas se decia á los comunes: „Los no„bles lores que quieran tomar parte en vuestras bienhechoras re„soluciones únanse á esta honorable cámara para celebrar las se„siones y votar con ella en un solo cuerpo; con esto se disiparán „nuestros temores y se prevendrán los golpes que hasta los „hombres mas pacíficos tentarian tarde ó temprano, impulsados „por la desesperacion." El pueblo agrupado en las puertas de Westminster gritaba que nunca habia dudado de la cámara de los comunes, pero que segun se aseguraba todo se detenia en la de los lores, y pedia por lo mismo que se le diesen los nombres

de los, que estorbaban la armonía entre los buenos lores y los comunes; y que él por sí pondria remedio. En la misma cámara alta el lenguage de los partidos era una declaracion de guerra: „cual„quiera que se niegue, dijo el conde de Northumberland, á hacer „causa comun con la otra cámara en el asunto de la milicia es „enemigo del estado." Todos sus amigos que en aquel negocio constituian la minoría, se esplicaron en iguales términos. La muchedumbre tenia obstruidas las puertas; el miedo se apoderó de los lores, muchos salieron de la sala, otros mudaron de parecer, y el mismo canciller Littleton, aunque con algunas reservas inútiles, votó por el parlamento de los comunes, que finalmente fue aprobado por la cámara, la cual en el dia 5 de febrero adoptó la ley que escluia á los obispos y que estuvo suspendida por espacio de tres meses.

Como las ordenanzas acerca de la milicia no se habian aun redactado, el dia 7 de febrero se presentó á Cárlos la sola ley de espulsion de los prelados. La perplejidad del monarca fue grande: acababa de noticiar á las cámaras el próximo viage de la reina; para calmarlas habia renunciado oficialmente á perseguir á los cinco individuos acusados, y hasta consentir en nombrar gobernador de la torre á sir Juan Conyers designado por los comunes; y todo esto lo hizo con el objeto de huir de las cuestiones importantes, esperando el dia en que estuviese en disposicion de no hacer cosa alguna mas. La esclusion de los obispos turbaba su conciencia; el abandono de la milicia ponia todas las fuerzas del pais en manos de sus adversarios, y entre tanto se le apremiaba, y sus propios consejeros no creian que pudiese responder con una negativa, pues lord Falkland suponiendo siempre la sinceridad en lo que se pedia estaba por las concesiones. Colepepper poco devoto y amigo de contemporizaciones insistia vivamente en que se adoptara la ley de esclusion de los obispos, diciendo que la milicia era cosa infinitamente mas importante, que con la espada podria reconquistarse todo y que entonces seria fácil declarar nulo el asentimiento arrancado por la violencia. El rey preguntó entonces si Hyde pensaba de la misma manera, y Colepepper contestó que nó, y que su

dictámen era que no se sancionara ninguna de las dos leyes. Tiene razon, repuso el rey, y esto es lo que yo pienso hacer. Entonces Colepepper fue á encontrar á la reina, pintóle los riesgos que amenazaban al monarca y á ella misma, y los obstáculos que se opondrian á su viage, único medio capaz de poner al rey en estado de vencer algun dia á sus enemigos. Tan dispuesta la reina al temor como á la esperanza, y poco aficionada á los obispos anglicanos, fácilmente se dejó persuadir por las palabras de Colepepper y por su vehemente elocuencia esterior: corriendo al cuarto de su esposo, suplicó, lloró, mostróse fuera de sí y le conjuró en nombre de su seguridad, en el de su porvenir y en el de sus hijos. Cárlos incapaz de resistirle cedió, triste y disgustadamente, cual lo habia hecho en el proceso de Strafford, autorizó comisionados para que firmasen la ley en su nombre, y sin hablar de la milicia partió al instante para Douvres en donde debia embarcarse la reina; mas apenas hubo llegado á aquel punto cuando le alcanzó un mensage de la cámara de los comunes, los cuales á la par que Colepepper daban mucha mas importancia al asunto de la milicia que á la esclusion de los obispos, vencidos ya y encarcelados. La cámara pues habíase dado priesa en redactar la ordenanza, y en ella continuó los nombres de los lugartenientes que habian de mandar en cada condado y solicitaba la pronta sancion de todo. Necesito tiempo, dijo el rey, y contestaré á mi vuelta. Cuando en 23 de febrero la verificaba despues del embarque de la reina, se encontró en Cantorbery con otro mensage de la cámara que insistia en su peticion, y al mismo tiempo supo que los comunes se oponian á la marcha de su hijo Cárlos príncipe de Gales á quien habian mandado ir á Greenwich con ánimo de llevarlo consigo al norte; que perseguian al procurador general Herbert por haber obedecido las órdenes del monarca acusando á los cinco diputados, y que finalmente interceptaron y abrieron una carta de lord Digby á la reina. Tanta desconfianza despues de sus deferencias le ofendió ni mas ni menos que si estas deferencias hubieran sido sinceras; asi es que trató á los mensageros con muy poco agrado y acabó por no decidir cosa alguna. Llegado á Greenwich en 26

Trajes en el reinado de Enrique VII.



COSTUMES D'HOMMES SOUS LE REGNE DE HENRI VII. (1502)

ANGLETERRE

de febrero se embarcó la reina; el príncipe, á quien su ayo el marques de Hertford habia llevado allí á pesar de la prohibicion de los comunes. Tranquilo ya entonces con respecto á su muger y á sus hijos con fecha 28 de febrero envió su contestacion á las cámaras á las cuales ofrecia conferir el mando de la milicia á los gefes designados por ellas, reservándose sin embargo el derecho de revocar aquellos nombramientos; si bien exceptuaba de esta medida á las principales ciudades del reino, en donde la milicia debia sujetarse á lo prescrito en sus cartas y en las antiguas leyes, y hecho esto partió para York viajando lentamente. En Theobalds le alcanzaron doce comisionados de la cámara, la cual al recibir su respuesta votó que esta era una negativa; que si el rey no variaba de dictámen, ella dispondria de la milicia sin contar con su voto, y que si no volvia á Londres, era imposible prevenir los males que al reino amenazaban. El lenguage de que usaron los comisionados era duro cual si las cámaras hubiesen querido indicar que conocian su fuerza, y que estaban dispuestas á hacer uso de ella. „Estoy tan pasmado, „dijo el rey, que no sé de qué manera contestaros: hablais de te„mores y de desconfianzas, y si os poneis la mano en el corazon „sin duda os diré que tambien yo debo temer y desconfiar. Seria„mente me he ocupado del negocio de la milicia; mi contestacion „está fundada en la justicia, y no la variaré en manera alguna. „En cuanto á que yo resida cerca de vosotros quisiera poderlo „hacer con seguridad y de una manera honrosa. ¡Ojalá no tuviese „motivos para estar lejos de Whitehall! Bajo mi palabra de honor „os aseguro que no quiero para mi pueblo sino paz y justicia. Yo „sabré sostenerlas y cuento con que Dios me defenderá á mí y á „mis derechos." Firme en su propósito continuó Cárlos el viage, y en 9 de marzo se le presentaron en Newmarket nuevos comisionados con una declaracion del parlamento en la cual recordando este todas sus quejas y todos sus temores, hacia por justificar su conducta, y conjuraba al rey para que volviese á Londres, y se pusiera de acuerdo con su pueblo desvaneciendo de esta manera los funestos presentimientos que tenian agitados los ánimos. A pesar de la firmeza del lenguage columbrábase la viva emocion de la cá-

mara que se dejó traslucir tambien en la entrevista que los comisionados tuvieron con el rey, pues su conversacion fue larga, familiar y cual entre personas á quienes tenia muy conturbadas un inminente rompimiento y que aun procuraban persuadirse. Fácil es comprender que los dos partidos aunque no encontrasen medios de conciliacion, juzgaran la lucha inevitable y estuviesen resueltos á sostenerla, no se empeñaban en ella sin terribles angustias, y á fin de eludirla ensayaban el último esfuerzo, aunque sin esperanzas. „¿Qué es lo que quereis pues, les dijo el rey? ¿He violado „acaso vuestras leyes? ¿Me negué por ventura á la sancion de al„guna ley que pudiese contribuir á la seguridad de mis súbditos? „No os preguntaré lo que vosotros habeis hecho por mí; pero si „quizás hay alguno que todavía tema, yo ofrezco un perdon ge„neral tan amplio como vosotros mismos podais inventarlo. ¿Y la „milicia, señor, preguntó lord Holland. ¿La milicia? dijo el rey, „lo que he resuelto en este punto no es una negativa. Al menos, „repuso el otro, vuelva vuestra magestad cerca del parlamento. „Vosotros, replicó el rey, no haceis cosa alguna que me lo acon„seje. ¿Creeis acaso que vuestra declaracion es á propósito para de„cidirme á ello? Seguramente no habréis hallado tales medios de „persuasion en la retórica de Aristóteles. El parlamento, dijo lord „Pembroke, se lo ha rogado humildemente á vuestra magestad. „Vuestra declaracion, observó el rey, me prueba que las palabras „nada significan. Dígnese pues V. M., insistió el lord, decirnos „claramente lo que V. M. desea para resolverse á ello. Mandaria „dar azotes, dijo el rey, á cualquiera niño de la escuela de West„minster, que en mi respuesta no viese lo que quiero, y advertid „que os engañais si os parece que esto es negarme á volver cerca „del parlamento. ¿No seria posible, insistieron los otros, dejar la „milicia á merced del parlamento por tiempo limitado? Nó, vive „Dios, esclamó Cárlos, ni por una hora; me habeis pedido lo que „nunca se ha pedido á un rey; lo que yo no confiaria ni á mi „muger ni á mis hijos. En seguida volviéndose á los comisionados „de los comunes les dijo: los negocios de Irlanda no se termina„rán jamas con los medios que vosotros habeis adoptado: una

„asamblea de cuatrocientas personas nunca los llevará á término, „porque es necesario que se confie á los cuidados de un hombre „solo. Si se me diese á mí el encargo responderia con mi cabeza „de su arreglo, ahora no soy mas que un mendigo, y sin embar- „go encontraria dinero para llevar la empresa á cabo." Estas últimas palabras volvieron á despertar la desconfianza, pues declaraban que el rey tenia recursos desconocidos, manifestaban el plan de desacreditar al parlamento, atribuyéndole los males de la Irlanda; y el deseo por parte del monarca de encontrarse solo á la cabeza de un ejército para disponer de él á su arbitrio. La conferencia se terminó de esta manera, los comisionados partieron, y Cárlos continuando su marcha llegó á York sin otro incidente.

Entonces comenzó entre él y el parlamento una lucha que no tenia ejemplo en Europa y que era un claro y glorioso síntoma de la revolucion que principió en aquel tiempo y se terminó en nuestros dias. Continuáronse las negociaciones, sin que ninguno de los dos partidos esperase cosa alguna de ellas, ni aun se propusiera transigir. En sus declaraciones y en sus mensages no se dirigian el uno al otro sino que los dos hablaban á la nacion entera, esto es, á la opinion pública; poder nuevo del cual entrambos parecian esperar su fuerza y su victoria. El orígen, la estension del poder real, los privilegios de las cámaras, los límites de la fidelidad que de los súbditos se exigia, la milicia, las peticiones, el derecho de conferir los empleos, todo se convirtió en asunto de una controversia oficial en la cual se deducian, esplicaban y comentaban por ambas partes los principios generales del órden social, la diferente índole de los gobiernos, los primitivos derechos de la libertad, la historia, las leyes y las costumbres de Inglaterra. Entre los debates de los dos partidos asi en las cámaras como en medio del fragor de las armas se interpusieron el raciocinio y la ciencia; suspendiendo el curso de los acontecimientos y desplegando sus mas oportunos esfuerzos á fin de grangearse la libre adhesion de los pueblos con dar á la una y á la otra causa el carácter de la legitimidad. Al abrirse el parlamento la Inglaterra aun no habia creido ni deseado tentar una revolucion; los disidentes eran los

únicos que meditaban una en la Iglesia; pero el voto y la esperanza del pais se concretaban, al menos asi lo creia, á volver al órden legal, al restablecimiento de las antiguas libertades y á la reforma de los presentes abusos: los mismos adalides aunque mas atrevidos y mas ilustrados no por esto habian concebido proyectos mas vastos; la energía de su voluntad sobrepujaba los deseos de sus pensamientos, y por esto se empeñaron de dia en dia no siguiendo un sistema y proponiéndose un fin lejano, sino por efecto del progresivo desarrollo de las circunstancias, y por la precision de hacer frente á imperiosas necesidades. En el instante de sacar la espada todos se admiraron y se estremecieron todos, nó porque su corazon fuese tímido ni porque la guerra civil en general tuviese á los ojos del parlamento ni á los del pueblo nada de estraño ni criminal, puesto que con orgullo la encontraba mencionada en la gran Carta y en la historia, en donde veia que mas de una vez desafió á sus señores, y dió y quitó coronas en tiempos tan lejanos que ahora no se veia en ellos sus miserias sino gloriosos ejemplos de su poder y de su energía. Pero la resistencia se habia hecho siempre en nombre de las leyes, de derechos ciertos y reconocidos; la Inglaterra al conquistar su libertad siempre habia creido defender su herencia, y á las palabras de ley y órden legal iba unido aquel respeto popular y espontáneo que rechaza la discusion y sanciona las mas audaces empresas. Mas ahora los dos partidos se hacian recíprocamente cargos de ilegalidad y de innovacion, y á los dos los asistia la justicia, pues el uno habia violado los antiguos derechos del pais, y no abjuraba las máximas de la tiranía, y el otro fundándose en principios no bien deslindados aun, reclamaba libertades y un poder hasta entonces desconocidos. Los dos conocieron la precision de cubrir con la capa de legalidad sus pretensiones y sus actos; los dos trataron de justificarse no solamente segun la razon sino tambien segun la ley, y tras ellos se lanzó con transporte á aquella liza la nacion entera mas agitada aun que sus gefes por sentimientos que parecian opuestos y que sin embargo eran igualmente sinceros. Libre apenas la Inglaterra de una opresion que sin prevenirla habian condenado

ya las leyes de los antepasados, buscaba con ansia mas eficaces garantías; fundando siempre su esperanza en aquellas mismas leyes cuya impotencia estaba reconocida. En el corazon del pueblo fermentaban nuevas ideas y recientes creencias; en ellas tenia una fè viva y pura, y con fuerza y confiadamente se dejaba arrebatar por aquel entusiasmo que busca á cualquier precio el triunfo de la verdad; y al mismo tiempo modesto en sus ideas, tiernamente fiel á sus hábitos, respetuoso hácia sus antiguas instituciones esforzábase para creer que lejos de ejecutar variacion alguna en todo esto no hacia mas que rendirle homenage y devolverle su vigor perdido. Esto produjo una singular mezcla de timidez y de audacia, de sinceridad y de hipocresía en todos los papeles oficiales y particulares que por entonces inundaron á la Inglaterra. El fervor de los ánimos traspasaba todas las medidas; el movimiento era universal, inaudito y desarreglado; en la capital y en todas las principales ciudades del reino se multiplicaban y propagábanse en todos sentidos los folletos, los diarios, los papeles sin período fijo, en ellos tenian lugar cuestiones políticas, religiosas é históricas, noticias, sermones, planes, consejos é invectivas; todo se contaba en ellos y se discutia; habia quien los llevaba voluntariamente por las aldeas; en los tribunales, en los mercados y en las puertas de las iglesias se atropellaban las gentes para comprarlos ó leerlos; y en esta esplosion de la facultad de pensar, en medio de este llamamiento tan nuevo á la opinion del pueblo; mientras que en el fondo de todos los hechos y escritos reinaba ya el principio de la soberanía nacional luchando con el derecho divino de las coronas, invocábanse sin cesar los estatutos, la jurisprudencia, las tradiciones y los usos, como únicos jueces legítimos de aquel debate; y la revolucion estaba en todas partes sin que nadie osase decirlo ni aun quizás confesárselo á sí mismo.

En tales circunstancias el estado moral del parlamento era falso; porque la revolucion se hacia por él y en provecho suyo, y forzado á hacerla y á negarla á un tiempo, su lenguage desmentia sus actos y estos su lenguage, y vacilaba entre la audacia y la sutileza, la violencia y la hipocresía. Sus principios considerados como

máximas y medidas escepcionales y aplicables solo á tiempos de crisis, eran verdaderos y sus resoluciones legítimas; pero los partidos no se conforman con póseer una legitimidad efímera, ni los pueblos se sacrifican con entusiasmo por doctrinas é intereses transitorios; porque en el mismo momento en que lo presente los domina y decide de sús opiniones y de sus obras, quieren creer en la perpetuidad de estas y de sus ideas y pretenden arreglar el porvenir en nombre de la verdad eterna. Nó satisfecho el parlamento con haberse hecho dueño del poder soberano, votó para fijar el órden legal del pais y como erigiendo un principio, que el mando de la milicia no pertenecia al rey, que este no podia negar la sancion á las leyes deseadas por el pueblo; que las cámaras sin el concurso del monarca tenian derecho de declarar cuál era la ley, y finalmente que era bueno y lícito solicitar por medio de peticiones el cambio de las costumbres y de los estatutos vigentes, al paso que debia rechazarse como falta de objeto toda peticion dirigida á su mantenimiento. A pesar de la incertidumbre, y de la diversidad de los antiguos ejemplos, semejantes máximas erigidas en derecho público y permanente eran de un modo indudable contrarias á los fundamentos históricos, al estado regular y hasta á la existencia misma de la monarquía. El rey se apresuró á sacar partido de esto, y habló en nombre de la antigua Inglaterra, de sus leyes, de sus recuerdos; encargáronse de su causa diestros y sabios defensores: Eduardo Hyde que estaba todavía en Londres unas veces solo y otras de concierto con Falkland, redactaba contestaciones á todo lo que el parlamento publicaba. Estos escritos eran llevados á toda prisa á York en donde el rey pasaba las noches copiándolos de su mano para que nadie supiese quién era su autor, y los publicaba en seguida en nombre de su consejo. Aquellos escritos redactados con arte y claridad, y algunas veces con no poca ironía tenian por objeto poner de manifiesto las sutilezas, los artificios y la ilegalidad de lo que el parlamento pretendia. Cárlos ya no gobernaba; ya no habia de defender la tiranía, y asi le era dable ocultar sus principios, sus ulteriores ideas, sus despóticas esperanzas, é invocar la ley contra sus enemigos que á su vez reina-

ban despóticamente. Fue tal el efecto que hicieron los escritos publicados por el rey, que el parlamento echó mano de todos los medios imaginables para sofocarlos, mientras que Cárlos hacia imprimir al lado de sus respuestas los mensages del parlamento. El partido realista se aumentaba visiblemente, y alentado muy luego volvió contra sus adversarios las armas de la libertad. Jorge Benyon, rico comerciante de Londres, elevó una peticion á las cámaras contra su ordenanza acerca de la milicia, peticion que firmaron muchos ciudadanos distinguidos. Los gentiles-hombres del condado de Kent se reunieron á fin de redactar otra en favor de la prerogativa y del episcopado, y algunos miembros del parlamento, entre ellos sir Eduardo Dering, primer autor de la ley contra los obispos, apoyaban abiertamente estos movimientos. Gozaban de mucho favor los libelos realistas que eran mordaces, altaneros, y en que se veia un tono de superioridad elegante y burlona: entre el pueblo eran ya bien acogidos los insultos, dirigidos á los adalides de los comunes: hablábase con mofa del *rey Pym* y de los pilones de azúcar que se le habian regalado, y de diez mil libras esterlinas, y del dinero del rey con que decian que acababa de dotar á su hija, y de la cobardía del conde de Warwick *que tenia el corazon en las botas*, y proferíanse otros mil dicharachos groseros que pocos dias antes nadie hubiera osado repetir ni escuchar siquiera. En las cámaras los amigos del rey se mostraban orgullosos y delicados, y varios miembros que hasta entonces se mantuvieron silenciosos, rechazaban audazmente las insinuaciones ofensivas á su honor. Fácil es comprender que á los ojos de muchas gentes su causa se hacia buena y que ellos la sostendrian en caso necesario, puesto que ya no vacilaban en declararlo: por esto alarmóse el parlamento y se irritó el amor propio de los gefes que avezados á la popularidad no sabian soportar con paciencia las injurias y el desprecio, y que en aquella guerra hecha con la pluma la ventaja estuviese de parte de sus adversarios. Impulsados por la ira y por el cálculo quisieron conjurar el riesgo con la tiranía: se puso fin á toda discusion libre, sir Rodulfo Hopton fue metido en la torre, lord Herbert amenazado, Jorge Benyon y sir Eduardo

Dering acusados, y sofocada la peticion del condado de Kent. Al rumor de que iba á reproducirse, Cromwell informó de ello á los comunes, quienes en 28 de abril le encargaron que previniese este riesgo. Cromwell poco notable todavía en la cámara, pero mas perito y mas empeñado que cualquier otro en las tramas de la revolucion, empleaba entonces su actividad y su crédito en el espionage, en la denuncia, en inflamar el entusiasmo del pueblo y en burlar á los realistas.

La guerra inmediata era indudable porque los partidos no podian vivir juntos ni estar dentro del ámbito de unas mismas murallas. Diariamente se alejaban de Londres individuos de la asamblea, ó bien para retirarse á sus posesiones disgustados ó estremecidos de lo que pasaba, ó bien para ir á buscar lejos de su pueblo en donde se conocian vencidos nuevas armas con que hacer rostro á sus adversarios. La mayor parte iban al encuentro del rey que habia reunido ya á todos sus consejeros. Un incidente imprevisto aceleró la emigracion y separó para siempre á los dos partidos. El dia 23 de abril el rey á la cabeza de trescientos caballos se adelantó hasta Hull, y requirió para que le entregase la plaza á su gobernador sir Juan Hotham, hombre débil, irresoluto, poco enemigo de la corona, y que en medio de su perplejidad hija de la falta de instrucciones hizo pedir al rey que le diese tiempo de manifestar sus deseos al parlamento. Cárlos á pesar de esto fue adelante, y á las once se presentó en frente de la plaza en la cual tenia amigos y ademas estaban dentro su hijo Jaime duque de York, el príncipe Palatino y lord Newport que fueron allí la víspera so pretesto de pasar un dia. Ya el corregidor y los ciudadanos se dirigian á la puerta para abrírsela, cuando Notham les mandó volver á sus casas y seguido de sus oficiales se presentó en la muralla en donde el rey en persona le mandó que le franquease la entrada. Sir Juan cayó de rodillas, y en medio de la mayor angustia se escusó con el juramento que habia prestado de conservar la plaza á disposicion del parlamento. Murmuraron audazmente los caballeros que iban con el rey, y amenazaban al gobernador llamándole traidor y rebelde. Matadle, gritaban á los oficiales de la guarnicion, y echadle

de la muralla abajo; pero los oficiales eran los que habian determinado al gobernador á que se defendiese, y Cárlos no habiendo podido intimidarlos ni seducirlos se retiró á poca distancia; y al cabo de una hora envió á decir á Hotham que le admitiese á él y á veinte caballos. El veterano se negó igualmente, y escribió á la cámara que si el rey hubiese entrado con solos seis hombres, la ciudad quedaba á disposicion suya. El rey volvió otra vez al mismo punto é hizo declarar traidores á Hotham y á los suyos, y al mismo tiempo envió un mensage al parlamento para pedir justicia contra semejante atentado.

El parlamento aprobó todo lo que habia hecho el gobernador, y contestó al rey que ni las plazas ni los arsenales eran propiedades personales que pudiese reclamar en virtud de la ley como un ciudadano reclama su casa ó su campo, sino que estaba encargado de su guarda para la seguridad del reino, y que la misma causa podia aconsejar á la cámara que se apoderasen de ellos. Esta contestacion era franca y legítima; pero equivalia á una declaracion de guerra y como tal la reputaron los dos partidos. A consecuencia de ella marcharon para York treinta y dos lores y mas de sesenta diputados, entre ellos Hyde. Los condes de Essex y Holland, gran chambelan este, y el otro primer gentil-hombre de cámara, recibieron órden del rey para que fuesen á reunírsele pues queria asegurarse de sus personas y quitar al parlamento su apoyo; mas estos dos personages se negaron á ejecutarlo siguiendo el parecer de la cámara y perdieron sus destinos. El canciller Littleton despues de muchas y pusilánimes dudas remitió al rey el sello mayor y se evadió al dia siguiente, cosa que produjo en Londres una sensacion muy viva, porque parecia gobierno legal aquel en cuyo poder estaba el sello mayor. La cámara alta se manifestó turbada y próxima á ceder, pero la energía de los comunes previno todas las incertidumbres. En efecto, durante los meses de mayo y junio se dió órden á los miembros ausentes para que volviesen, se comenzó á procesar á nueve lores que se negaron á verificarlo; se prohibió á todo ciudadano que tomase las armas obedeciendo la órden del rey; enviáronse instrucciones á todos los condados á fin de que procedieran

á la organizacion de la milicia que ya espontáneamente se formaba en muchos puntos; se dispuso llevar á Londres los arsenales de Hull, y se verificó asi á pesar de los obstáculos que se atravesaron. El rey habia mandado que los tribunales de Westminster se trasladasen á York con el objeto sin duda de que todo el gobierno legal estuviese en su residencia; mas el parlamento se opuso á esta medida y fue obedecido. Finalmente nombró una comision con el encargo de negociar en Londres un empréstito, sin indicar el objeto á que lo destinaba, y envió á York comisionados todos gentiles-hombres ricos y acreditados en aquella provincia, para que residiesen cerca del rey como quiera que este lo tomase, y diesen cuenta á la cámara de cuanto allí vieran. La firmeza de los comisionados fue igual á los peligros de su encargo: „Señores, les dijo „el rey á su llegada, ¿qué es lo que venis á hacer aqui? Os mando que os volvais, y si con desprecio de mi órden os quedais „aqui, mirad lo que haceis, no quiero manejos, no quiero intrigas, pues de otro modo nuestras cuentas estarán muy pronto arregladas." Los comisionados contestaron respetuosamente y permanecieron allí insultados cada dia, amenazados muchas veces y casi sin poder salir de su alojamiento, pero trabajando por bajo mano observándolo todo y poniéndolo en noticia de las cámaras. En York y en Londres todo estaba en movimiento; el rey comenzaba á organizar una guardia; mas no se atrevia á exigir imperiosamente este servicio para el cual habia convocado á los gentiles-hombres de los alrededores con cuyo celo contaba. La reunion fue numerosa y acalorada, las palabras del rey fueron contestadas con repetidas aclamaciones, y los comisionados del parlamento fueron públicamente silbados; cuando hé aqui que el mismo dia llegaron á York muchos miles de terratenientes y arrendatarios á quienes de propósito no se habia convocado, y que al decir de ellos tenian el mismo derecho que los gentiles-hombres para deliberar acerca de los negocios del condado, y se presentaron en la puerta de la sala en que estaban congregados los realistas. Como se les negó la entrada, reuniéronse en otra parte y protestaron contra las medidas de que oian hablar. La misma nobleza se dividió, y asi fue que

al proponerse organizar una guardia, respondieron con una negativa firmada por ellos mismos mas de cincuenta gentiles-hombres á cuya cabeza estaba sir Tomas Fairfax, jóven todavía y desconocido, pero que era ya el mas valiente y el mas sincero de los patriotas del pais. Intimidado Cárlos anunció otra reunion para la cual serian convocados los terratenientes en franco alodio, y aunque se prohibió á los comisionados del parlamento que se presentasen en ella, como la asamblea tuvo lugar en la llanura llamada Heyworth-Moor cerca de la morada de estos, á cada instante iban algunos de los congregados á pedirles consejo. Allí habia mas de cuarenta mil hombres, nobles, hacendados, arrendatarios, artesanos, á pie, á caballo, unos formando grupos y recorriendo otros la llanura para reconocer y reunir á sus amigos. No tardaron los caballeros en saber que circulaba una peticion que tenia por objeto solicitar del rey que renunciase á toda idea de guerra y se pusiera de acuerdo con el parlamento; y á semejante noticia prorumpieron en invectivas y amenazas echándose sobre los grupos, arrancando de manos de los que las leian las copias de la peticion, y declarando que el rey no la recibiria. Cárlos llegó allí muy embarazado y lleno de enojo, no sabiendo qué habia de decir á aquella muchedumbre cuya presencia y algazara ofendian su postiza gravedad. Despues de la lectura de una declaracion equívoca se retiraba apresuradamente para huir de las reclamaciones, cuando el jóven Fairfax logró acercársele y puesto de rodillas colocó la peticion sobre el arzon de la silla, desafiando de este modo hasta en sus mismos pies el enojo del monarca que echó sobre él el caballo y le empujó con fuerza aunque no pudo conseguir que se retirase.

Tanta audacia manifestada en presencia del rey y en el condado mas adicto á su causa, intimidó á todos los realistas y en particular á aquellos que venian de Londres alarmados ya en vista del poder y de la exaltacion del parlamento. En su concepto habian hecho bastante con venir á donde estaba el rey, pues con ello le dieron una arriesgada prueba de su celo; y por lo mismo no querian comprometerse mas, y puestos en York se mostraban pusilánimes y frios. Cárlos les pidió una declaracion de las causas que los habian

obligado á salir de Londres, pues necesitaba de aquel documento á fin de sentar de una manera positiva, que no pudiendo el parlamento ser libre en medio de tantos motines y violencias habia dejado de ser legal. Firmáronla de pronto; mas al dia siguiente muchos de ellos fueron á decir al rey que si la publicaba no podrian menos de desmentirla. „¿Qué quereis pues que haga de ella? les „preguntó el monarca enojado." Mas sin embargo de esto insistieron y la declaracion no pareció en público. A pesar de la afluencia y de las bravatas de los caballeros nada se hacia, pues en York faltaban dinero, armas y municiones de guerra y boca; de manera que el rey tenia apenas lo necesario para acudir al gasto de su casa. A la verdad la reina vendió en Holanda algunas alhajas de la corona; pero podian tanto las amenazas del parlamento que transcurrió un plazo muy largo antes que hallase medio de enviar al rey el producto de la venta. Cárlos prohibió á todos sus súbditos que obedeciesen la ordenanza acerca de la milicia; y comisionó á los gefes realistas de cada condado para que las organizasen en su nombre. Instantáneamente y con el objeto de atenuar el efecto de semejante medida, protestó que no pensaba en la guerra, y los lores residentes en York declararon por medio de un acta oficial profusamente derramada, que en su concepto no se hacia paso ni preparativo alguno que indicase semejante intento. Estas incertidumbres y falsedades no eran hijas de la debilidad tan solamente, puesto que desde la llegada de los desertores del parlamento Cárlos recibia consejos encontrados. Los jurisconsultos, los magistrados y todos los hombres prudentes convencidos de que su mayor fuerza residia en el respeto del pueblo hácia el órden legal, querian que el monarca manifestándose en adelante rígido observador de las leyes dejase que el parlamento fuese el único que las violara; mientras que los caballeros se quejaban de que la lentitud lo perdia todo, y de que en todas ocasiones era preciso tomar la delantera á los enemigos, y Cárlos que no podia renunciar el apoyo de uno ni de otro partido se esforzaba para contentar alternativamente á entrambos.

La situacion del parlamento se habia hecho por lo contrario

mucho mas sencilla, pues la retirada de algunos de sus miembros dejó á los gefes de la revolucion dueños absolutos del poder, y si tal cual vez se oia alguna voz estaba reducida á deplorar y á dar consejos, pero nadie se tomaba la molestia de contestarla. Una mayoría decidida juzgaba inevitable la guerra, y la admitia audazmente, bien que con sentimientos y fines muy diversos. Para guardar algunas consideraciones á las apariencias se nombró una comision á fin de que escogitase los medios de prevenir la lucha, y fueron redactadas y puestas solemnemente en manos del rey las proposiciones de un arreglo contenidas en diez y nueve artículos. Mientras se aguardaba la respuesta sofocábase toda peticion dirigida al mantenimiento de la paz y se disponia abiertamente y con gran calor todo lo necesario para la guerra. Cárlos habia ofrecido ir en persona á terminar la rebelion de Irlanda que era mas violenta cada dia, y su oferta fue rechazada, se negó á dar el mando de la escuadra á lord Warwick propuesto por las cámaras, y sin embargo lord Warwick tomó posesion del mando: el lord corregidor Gourney publicó en Londres la comision del rey que mandaba levantar la milicia en nombre y en servicio suyo, y Gourney fue acusado, metido en la torre y depuesto, y su destino se confirió á Pennington, puritano frenético. La ciudad prestó cien mil libras esterlinas, tomáronse otras tantas sobre los fondos destinados á socorrer la Irlanda, abrióse una suscripcion en las dos cámaras, y cada individuo de ellas llamado separadamente hubo de manifestar en el acto cuáles eran sus intenciones. Algunos no quisieron manifestarse hostiles, y sir Enrique Killigrew que dijo que en caso necesario se procuraria un buen caballo, una buena cota de búfalo y un par de pistolas, y que no le faltaria una buena causa que defender, hubo de marcharse al instante á su condado, porque despues de proferidas tales palabras no era posible que recorriese las calles de Londres sin ser insultado y sin correr graves riesgos. La exaltacion del pueblo habia llegado á su colmo; asi en la ciudad como en Westminster la marcha de los diputados realistas abatió á sus partidarios. Las cámaras hicieron un llamamiento al patriotismo de los ciudadanos, y á fin de equipar algunos escuadrones

de caballería, se practicó una requisicion de las vajillas y alhajas prometiendo un interes de ocho por ciento. Resonaban en los púlpitos las exortaciones de los predicadores y el efecto escedió á las esperanzas, pues durante diez dias se llevó á Guildhall una inmensa cantidad de vajilla, de modo que ni habia hombres para recibirla, ni local en que colocarla. Las mugeres pobres iban á entregar su anillo nupcial y las agujas de moño, y no dejaban de depositar sus ofrendas aunque para ello tenian que aguardarse algunas horas. Sabedor Cárlos de todo esto quiso ensayar el mismo medio, pero el entusiasmo no se imita, y el desprendimiento popular es el único que basta para satisfacer las necesidades de un partido. La universidad de Oxford envió sus albajas al rey, y siguiendo este ejemplo la de Cambridge habia hecho empaquetar las suyas, y hasta enviado una parte de ellas, cuando Cromwell cuya vigilancia era infatigable llegó de repente é impidió que se hiciese otro envío. Los comisionados del rey á duras penas y recorriendo los castillos pudieron recoger escasos donativos, y los caballeros no tuvieron otro consuelo que las burlas y las risas, vano y arriesgado divertimiento de una corte vencida.

Entre tanto llegaron á York las proposiciones de un arreglo las cuales escedian las predicciones de los mas acérrimos realistas, y arrebataron á los mas moderados todas sus esperanzas. Las cámaras pedian que el poder les perteneciese todo entero, y que no se decidiera sin el formal parecer del parlamento la creacion de nuevos pares, el nombramiento y la deposicion de los principales empleados en todos ramos, la educacion y el matrimonio de los hijos del rey, y los negocios militares, civiles y religiosos. Tal era en el fondo el fin verdadero y tal debia ser algun dia el inapreciable resultado de la revolucion; pero no era llegado el tiempo en que el gobierno parlamentario debiese sustituir al gobierno real por un efecto del juego natural de las instituciones y del indirecto pero dominante influjo de los comunes debido al continuo ejercicio del poder. El partido nacional no pudiendo lograr que sus gefes fuesen necesariamente consejeros de la corona, se veia precisado á sujetar á esta á su imperio oficialmente, pues solo asi podia vivir seguro;

mas este medio era falaz, imposible, y á propósito únicamente para traer la anarquía, mas en aquellas circunstancias fue el único que supieron escogitar los mas entendidos. La ira chispeó en los ojos de Cárlos al leer tales proposiciones, y su rostro se encendió con vivo fuego: „Si yo concediera, dijo, lo que se me pide, podria „ser que nadie se presentase aun delante de mí sino con la cabe„za descubierta; aun podria ser que me besaran la mano, y me „tratasen siempre de magestad; las palabras, *la voluntad del „rey, declarada por las dos cámaras* podrian todavía servir de „fórmula para vuestras órdenes; aun seria dable que me precedie„sen la maza y la espada, y me seria lícito divertirme mirando el „cetro y la corona, ramas estériles que no florecerian nunca por„que el tronco habria muerto; todo esto podria suceder; mas en „cuanto al poder real y verdadero yo no seria mas que una imá„gen, un signo, un fantasma de rey." Y al decir esto rasgó los papeles que habian puesto en sus manos.

Tal era la respuesta que el parlamento aguardaba, y apenas la hubo recibido cuando desaparecieron todas las dudas hasta de mera fórmula y se deliberó acerca de la guerra civil. La misma voz que al abrirse el parlamento fue la primera que denunció las públicas quejas, alzóse ahora y fue la única para oponerse á la guerra. Esta voz era la de sir Benjamin Rudyard. „Señor presidente, dijo, „estoy penetrado hasta el fondo de mi corazon de cuánto importa „el honor de la cámara, y que el parlamento quede airoso; mas „para formar un recto juicio de la situacion en que nos encontra„mos es indispensable retroceder tres años. Si alguno de nosotros „hubiera dicho entonces que dentro de tres años la reina, sea por „el motivo que quiera, habria huido de Inglaterra á los Paises„Bajos; que el rey se habria alejado de nosotros y de Londres „para trasladarse á York diciendo que en Londres no estaba segu„ro; que la Irlanda estaria toda sublevada; y que el estado y la „Iglesia serian víctimas de las discordias en que se encuentran, „todos nosotros, no hay que dudarlo, nos hubiéramos estremecido „á la sola idea de situacion semejante: sepamos pues penetrarnos „de ella, ya que en ella nos encontramos. Si por otra parte nos

„ hubiesen dicho que dentro de tres años tendríamos un parlamen-
„ to; que estaria abolida la contribucion sobre los buques; que
„ se habrian suprimido los monopolios y los tribunales escepcio-
„ nales; que los obispos no tendrian voto; que la jurisdiccion del
„ consejo privado estaria sujeta á límites y á reglas; que tendría-
„ mos parlamentos trienales, ¿qué digo trienales? un parlamento
„ perpetuo que nadie puede disolver si no somos nosotros mismos,
„ es indudable que hubiéramos reputado todo esto como un sueño
„ de felicidad. Pues bien, todo esto tenemos real y efectivamente;
„ pero no gozamos de ello, é insistimos en querer nuevas garantías;
„ siendo asi que la mejor de todas es la posesion actual de estos
„ bienes que el uno al otro se garantizan. Huyamos de buscar al
„ traves de mil distintos azares, nuestra pretendida seguridad, no
„ pongamos en riesgo lo que tenemos. Aun cuando alcanzáramos
„ todo lo que deseamos, nunca gozaríamos de una seguridad ma-
„ temáticamente infalible; porque todas las garantías humanas
„ pueden corromperse y fallarse. La providencia de Dios no sufre
„ que se la encadene, pues quiere que el resultado de las cosas de-
„ penda siempre de su mano. Este es el instante en que nos con-
„ viene hacer uso de toda la prudencia y de toda la sabiduría de
„ que somos capaces; porque este es el instante en que nos halla-
„ mos á las puertas del incendio y del caos. Si una vez sola la san-
„ gre llega á tocar á la sangre caerémos en una desventura espe-
„ rando una felicidad insegura que alcanzarémos Dios sabe cuál y
„ cuándo. Todos los hombres estamos obligados á tentarlo todo
„ para evitar el derramamiento de sangre, porque la sangre siempre
„ pide venganza y mancha el reino entero. Salvemos nuestras li-
„ bertades y nuestros bienes; pero de manera que salvemos tam-
„ bien nuestras almas. En cuanto á mí he manifestado lo que mi
„ conciencia me dicta; haga cada uno lo que le dicte la suya."
Este prudente discurso fue un vano grito de alarma de un hombre honrado que no podia hacer otra cosa que retirarse de un campo en que la lid era demasiado brava para que su virtud pudiese terciar en ella. Dominaban imperiosamente al partido nacional otros vaticinios y otros temores no menos legítimos bien que unidos á

pasiones mas ciegas ó menos puras: era llegado el dia en que el bien y el mal, la salvacion y el peligro se mezclan y confunden de tal manera que los hombres de mas firmeza no pudiendo ya discernirlos vienen á ser los instrumentos de la Providencia que alternativamente se sirve de los reyes para castigar á los pueblos, y de los pueblos para castigar á los reyes. En la cámara de los comunes, solo cuarenta y cinco miembros participaron de los escrúpulos de Rudyard, y en la cámara alta el único que protestó fue el conde de Portland. Dictáronse al punto medidas de guerra; las cámaras se apoderaron de las rentas nacionales, y se dió órden á los condados para que hiciesen acopios de armas y municiones y estuviesen prevenidos para la primera señal. Con el nombre de *comité* de seguridad pública se erigió una comision de cinco pares y diez diputados á fin de que vigilasen para la defensa pública é hicieran ejecutar las órdenes del parlamento: decretóse la formacion de un ejército de veinte regimientos de infantería de cerca de mil plazas cada uno, y de setenta y cinco escuadrones de sesenta caballos. Fue nombrado generalísimo de este ejército el conde de Essex, y entre los gefes subalternos estaban los lores Kimbolton y Brook, sir Juan Merrick, Hampden, Hollis y Cromwell directores del pueblo asi en la campiña como en Westminster.

Al saber tales disposiciones y dejada á un lado toda incertidumbre, desplegó todo su vigor el rey á quien desde Holanda habia llegado un pequeño convoy con la esperanza de otros de mas cuantía. El marques de Hertford, el conde de Northampton, lord Strange, sir Rodulfo Hopton y sir Enrique Hastings á quienes comisionó para que reclutasen soldados en su nombre, llenaron bastantemente su objeto en los condados del oeste y del norte: Goring gobernador de Portsmouth se habia declarado en favor del rey: alzábanse en todas partes los caballeros, y derramándose en la campiña, entraban á viva fuerza en las casas de los adictos al parlamento, cogian el dinero, los caballos y las armas, y volvian á York orgullosos con estas victorias y con este botin. Convencido Cárlos de que semejantes desórdenes perjudicarian mucho á su causa pensó reprimirlos, escitando al mismo tiempo el celo de los

realistas, y para ello recorrió los condados de York, Leicester, Derby, Nottingham y Lincoln, convocando en todas partes á la nobleza, agradeciéndole su fidelidad, exortándola al órden y á la prudencia, mostrándose mas activo y afable de lo que acostumbraba, hablando con el pueblo, y dándose en todas partes por muy adicto á la religion y á las leyes del pais. Estas reuniones, estas profesiones de fe política y religiosa, la vista de los nobles que se iban de sus castillos ó los fortificaban, el espectáculo de los pueblos que rehacian las murallas, de los caminos recorridos por gente armada, y de las milicias que se ejercitaban en el manejo de las armas, todo daba á entender que la guerra estaba declarada, y todo lo hacia desear á cada instante y en el reino entero. La sangre habia corrido ya en muchos encuentros que mas bien fueron riñas que combates; y ya el rey haciendo contra las plazas de Hull y Coventry dos inútiles tentativas, habia dado hincapié al parlamento para que le achacase que fue el agresor primero. Uno y otro partido temian igualmente este vituperio, pues aunque los dos estaban dispuestos á arriesgarlo todo para sostener sus derechos, hacia temblar á entrambos la responsabilidad del porvenir. El 23 de agosto resolvió finalmente Cárlos llamar oficialmente á las armas á sus súbditos, enarbolando en Nottingham el estandarte real. A las seis de la tarde colocado en la cumbre de un collado que domina la villa y llevando consigo ochocientos caballos y alguna milicia, hizo leer su proclama. Ya el heraldo habia comenzado, cuando ocurriéndole al rey alguna duda cogió el papel, corrigió con calma algunos pasages, y como lo hizo sobre la rodilla, á duras penas pudo el heraldo leer las enmiendas. Tocaron las trompetas, acercóse el estandarte con la divisa *dad al César lo que es del César;* pero no se sabia en dónde colocarlo ni cómo se practicaba en lo antiguo este modo de convocar á los vasallos á la voz del soberano. El tiempo era sombrío y el viento soplaba con violencia: el estandarte fue puesto en lo alto de una torre dentro de los muros de un castillo, á la manera que lo hizo Ricardo III que era el último ejemplar de que tenian memoria; mas durante la noche el estandarte fue derribado por el viento. „No debian haberlo puesto

„allí, dijo el rey, sino en campo abierto, en donde todo el „mundo pudiese acercarse á él;” y en seguida mandó que fuese trasladado fuera del castillo y cerca del parque. Cuando los heraldos quisieron clavarlo en tierra se lo impidió una roca durísima, y por mas que con los puñales lograron agujerearla no quiso el asta sostenerse, y durante muchas horas hubieron de aguantarla con las manos. Los espectadores se retiraron tristes y teniendo todo esto á mal agüero, y el rey pasó algunos dias en Nottingham, esperando aunque en vano que el pais accediese á su llamamiento.

En Northampton formábase el ejército del parlamento, que tenia ya tantas fuerzas, que sir Jacobo Astley gefe de las tropas realistas dijo que si los otros tentaban un golpe de mano no podia responder de que no cogiesen al rey. Algunos miembros del consejo le apremiaban todavía para que entablase negociaciones; mas se negó á ello diciendo que era una cosa irregular hallándose en el principio de la guerra y aun antes de comenzarla. Hízosele entonces presente la poquedad de sus fuerzas y convino en enviar á Londres cuatro diputados, los cuales no solo volvieron sin haber alcanzado cosa alguna sino que lord Southampton que era uno de ellos no pudo lograr siquiera que la cámara le permitiese entregar personalmente su mensage. Hácia mitad de setiembre el rey se marchó de Notthingam, y aunque le pesaba mucho alejarse de Londres, sabiendo que los condados del oeste se mostraban muy celosos por su causa, puso su cuartel general en Shrewsbury.

Hacia mas de ocho dias que estaba al frente de su ejército el conde de Essex, á quien á su salida de Londres acompañó la muchedumbre con entusiastas vivas, agitando en el aire banderolas de color de naranja que era el de su casa. Iba en su compañía una comision de las dos cámaras que debia residir cerca de su persona, aunque presidida por él y con poderes menos amplios que los suyos. En Northampton encontró cerca de veinte mil hombres, y las instrucciones que llevaba eran transmitir al rey una peticion, en la que se le conjuraba que volviese á Londres, y en caso de despreciarla habia de seguirle á todas partes, y á la fuerza ó por otro medio cualquiera arrebatar á S. M. y á sus dos hijos, el prín-

cipe de Gales y el duque de York, del lado de sus pérfidos consejeros para volverlos á su parlamento. La peticion no fue siquiera presentada, y el rey declaró que no la recibiria transmitiéndosela personas á quienes habia ya declarado traidores. En Shrewsbury habia recobrado su fuerza y su confianza porque del oeste y norte llegaban muchos reclutas á quienes equipó con las armas quitadas á las milicias de muchos condados y se apoderó de los convoyes destinados á Irlanda. Los católicos de los condados de Shrop y de Stafford le habian adelantado cinco mil esterlinas, un gentil-hombre dió seis mil por el título de baron, y desde Londres le enviaban dinero sus partidarios. Su ejército constaba de cerca de doce mil hombres, y á la cabeza de la caballería merodeaba por el pais su sobrino el príncipe Roberto recientemente llegado de Alemania, y tan aborrecido por su brutalidad y sus escesos, como temible por su audacia. Essex adelantándose con lentitud y mas bien para seguir que para alcanzar á su enemigo, habia llegado á Worcester, pocas leguas de la residencia del rey, el dia 23 de setiembre, y allí estuvo algunas semanas sin hacer cosa alguna. Cárlos alentado por la inaccion de su enemigo, por las ventajas reportadas en algunas escaramuzas y por el nuevo aspecto de su fortuna resolvió dirigirse á Londres á fin de terminar la guerra con un solo golpe, cuando á los tres dias de haberse puesto en movimiento, Essex se le adelantó para ir á defender al parlamento.

Grande fue la turbacion en Londres en donde no pensaban en aquel imprevisto riesgo que pasmó á los parlamentarios, puso en movimiento á los realistas y dispertó miedo en el pueblo; pero el miedo del pueblo fácilmente se convierte en ira, y el parlamento supo hacer que asi sucediera. Firme y exaltado en sus obras como en sus palabras, al punto tomó medidas de defensa contra el rey y de rigor contra los desafectos. Cuantos no habian pagado contribuciones voluntarias hubieron de satisfacerlas á la fuerza; los pertinaces fueron encarcelados, desarmados los sospechosos; hiciéronse requisiciones de toda especie; se sacaron de la ciudad y de sus arrabales todos los caballos útiles para el servicio; alzáronse precipitadamente fortificaciones en las cuales trabajaban hom-

bres, mugeres y niños, poníanse cadenas en las calles, formábanse barreras y parapetos, y la milicia reunida estaba dispuesta á emprender la marcha. En la mañana del 24 de octubre derramóse repentinamente la noticia de que se habia dado una gran batalla en que el ejército del parlamento fue roto, y muertos y hechos prisioneros muchos oficiales. Estas noticias venian de Uxbridge algunas leguas de Londres, en donde las habia dado el escoces Ramsey coronel de un regimiento de caballería que pasó por aquella ciudad huyendo. Casi al mismo instante llegaron otras muy diferentes pero nó mas ciertas, á saber, que el conde de Essex habia alcanzado una completa victoria y que el ejército del rey estaba reducido á la nada. Estas noticias se suponian adquiridas de algunas personas encontradas en el camino de Uxbridge que á todo escape corrian á Londres para anunciar tan fausto suceso. El parlamento que no sabia mas que el pueblo, mandó cerrar las tiendas, hizo que las milicias ocupasen sus puestos, que los ciudadanos esperaran órdenes, y exigió que cada uno de sus miembros declarase personalmente su firme adhesion al conde de Essex y á su causa, cualquiera cosa que hubiese sucedido ó pudiese suceder. Al dia siguiente llegó la noticia oficial de la batalla y de sus resultados. Habia esta tenido lugar el 23 de octubre al pie de una colina cerca de Keynton en el condado de Warwick, en donde Essex despues de una marcha de diez dias durante los cuales ambos ejércitos, aunque inmediatos el uno al otro, habian recíprocamente ignorado sus movimientos, alcanzó por fin al realista. Aunque habia dejado atras una parte de la artillería y algunos regimientos, entre ellos al de Hampden, resolvió atacar al momento, cuando ya el rey por su parte adaptaba el mismo partido. Uno y otro deseaban la batalla; Essex para salvar á Londres, y Cárlos á fin de salir de las dificultades que encontraba en un condado tan enemigo de su causa como que los herradores huian de los pueblos para no herrar los caballos. La accion comenzada hácia las dos de la tarde duró hasta la noche; la caballería del parlamento mermada por la desercion del regimiento de sir Fortescue que en el instante de dar una carga se pasó todo entero al enemigo, fue derrotada por el

príncipe Roberto, quien falto de prevision, acalorado con la pelea é impelido por la sed del pillage la persiguió mas de dos millas sin curarse de lo que tras de él pasaba. Detenido en fin por el regimiento de Hampden que llegaba con la artillería retrocedió hácia el campo de batalla, pero á su vuelta encontró la infantería real rota y dispersada, al conde de Lindsey general en gefe mortalmente herido y prisionero, el estandarte real en manos de los parlamentarios, y el rey estremecido por el riesgo que corrió de ser preso. La reserva de Essex estaba sola y en buen órden. En vano Cárlos y su sobrino trataron de decidir á sus escuadrones á que diesen otra carga, porque habian vuelto en la mayor confusion, los soldados buscaban á los oficiales y estos á aquellos, y los caballos se caian de puro cansancio. Los dos ejércitos pasaron la noche en el campo de batalla con no poca inquietud este y aquel, por mas que cada uno de ellos se atribuyese la victoria. El parlamento habia perdido mas soldados, el rey mas gefes y oficiales.

Venido apenas el dia Cárlos recorrió su campo y halló en falta un tercio de la infantería y muchos caballos, nó que todos hubiesen muerto, sino porque el frio, la falta de víveres y la braveza del primer combate desalentaron á muchos voluntarios que se volvieron á sus casas. A fin de continuar libremente su marcha hácia Londres hubiera querido empeñar otra accion, mas no tardó en conocer que era inútil pensar en esto. La misma cuestion se agitaba en el campo contrario en donde Hampden, Hollis, Stapleton, la mayor parte de los oficiales, gefes de las milicias y los miembros de los comunes empeñaban á Essex á que el dia siguiente diese otra batalla. El rey, decian, no se halla en estado de sostenerla, y este ausilio basta para que caiga en nuestras manos ó cuando menos suscriba á las condiciones que le propongamos. La pronta terminacion de la guerra es la única que puede ahorrar males al pais, y al parlamento los riesgos que es imposible prever en el dia, pero los militares veteranos, los oficiales que habian militado en el continente, el coronel Dalbier y otros rechazaron este consejo insistiendo en que era ya mucho haber dado con reclutas aquel glorioso combate; que Londres estaba salvado; que aquella victoria

habia costado cara; que los soldados bisoños todavía estaban pasmados y tristes; que les faltaria el ánimo para emprender tan pronto otra pelea; que el parlamento no tenia mas que un ejército y que era preciso irlo acostumbrando á la guerra, y nó arriesgarlo todo en un dia. La autoridad de sus palabras hizo que este consejo fue adaptado por Essex, quien al dia siguiente trasladó su cuartel general á Warwick á retaguardia del ejército realista, pero en disposicion de seguir sus movimientos. Algunos dias despues avanzándose el rey hácia Londres aunque sin ánimo de acercarse á ella, fijóse en Oxford que entre las ciudades importantes del reino era la mas adicta á su causa. En Londres y en Oxford se dieron gracias al Todopoderoso porque el parlamento segun decian sus amigos se habia librado de un grandísimo riesgo por mas que la victoria no fuese de mucha importancia. A pesar de esto no tardó en conocer que no estaba tan libre del peligro como habia creido, pues el ejército realista mas inmediato que el de Essex se derramaba por el territorio, y la mayor parte de los desertores, desvanecido el primer temor y con la esperanza del botin, volvian á reunirse á sus cuerpos. Las plazas de Banbury, Abingdon y Henley que se juzgaron muy seguras abrieron las puertas al rey sin ensayar siquiera la defensa, y la guarnicion de Reading mandada por Enrique Martyn amigo de Cromwell y único demagogo, huyó vergonzosamente al acercarse algunos escuadrones. El rey trasladó allí su cuartel general mientras el príncipe Roberto hacia correrías y saqueaba hasta las campiñas inmediatas á Londres. La ciudad estaba alarmada, la cámara alta daba oidos á proposiciones pacíficas, y mientras se disponia que Essex se acercase con sus tropas se decidieron á pedir al rey un salvoconducto para seis diputados que debian ir á entablar negociaciones. Cárlos se negó á comprender entre ellos á sir Juan Evelyn á quien en la víspera habia declarado traidor. La cámara de los comunes quiso romper por en medio porque Essex habia llegado, y como el lord corregidor convocara en Guildhall una asamblea general de los ciudadanos, se trasladaron á ella lord Brook y sir Enrique Vane á fin de alentar el valor de los reunidos y exortarlos á que fuesen á militar bajo las

banderas del general. „Ha conseguido, les dijo lord Brook, la mas „grande victoria que jamas se ha visto, les ha muerto dos mil „hombres y nosotros no hemos perdido ciento, lo repito, ni cien„to siquiera á menos que quieran contarse las mugeres, los niños, „los carreteros y los perros; porque las tropas realistas tambien á „los perros han muerto; contando con todo esto la suma ascendia „á doscientos. Sabed, señores, que el general quiere salir mañana; „quiere hacer todavía mas de lo que ha hecho; sabed que si mar„cha es para vosotros, puesto que á él nada le importa; puede „ser un hombre libre, un gentil-hombre, un gran señor, puede „ir á donde le acomode, y si se marcha mañana es solo para vos„otros. Cuando oiréis tocar la caja, puesto que sin remedio la „caja se tocará mañana, no digais: yo no soy de la milicia, ten„go un negocio preciso, hoy no puedo absolutamente abandonar „mi casa, tengo enfermos; nó, no digais nada de todo esto, an„tes bien marchaos, pelead á fuer de valientes, y conquistaréis „vuestra libertad." Resonaron por la sala entusiastas aclamaciones, mas no por esto se desvaneció el terror; porque el rey á quien sus partidarios daban noticia de todo continuó su marcha y estaba en Colebrooke á quince millas de Londres. El parlamento no insistió en que fuese admitido Evelyn, y dispuso que marcharan los otros cinco diputados á quienes Cárlos recibió bien y dijo que en cualquiera lugar y hasta en las mismas puertas de Londres lo encontrarian siempre dispuesto para entrar en negociaciones. Al oir esta contestacion que se leyó en la cámara alta en la mañana del 12 de noviembre, levantóse Essex y preguntó si debia continuar ó suspender las hostilidades. Mandósele que las suspendiera, y sir Pedro Killigrew salió para negociar un armisticio, mas al llegar á Brentford á siete millas de Londres, halló comenzada otra vez la guerra. A pesar de la negociacion el rey avanzando siempre habia caido de improviso sobre el regimiento de Hollis, acuartelado en Brentford, con la esperanza de batirlo á poca costa y de entrar repentinamente en la capital; pero el valor de aquellas tropas dió tiempo para que llegasen los regimientos de Hampden y de lord Brook allí cerca acantonadas, y que durante muchas horas resistieron el

choque del ejército realista. Desde Londres se oia el cañoneo sin que se pudiese adivinar la causa; y cuando se tuvo noticia de ella, Essex que estaba en la cámara montó á caballo y con las fuerzas que pudo reunir marchó para sacar del riesgo á sus tropas. A su llegada la accion estaba terminada, pues los soldados de Hampden y de Hollis despues de una terrible carnicería se habian retirado con mucho desórden, y el rey ocupó á Brentford en donde se detuvo sin ánimo al parecer de marchar mas adelante.

En Londres la cólera subió de punto tanto mas cuanto era impulsada por el espanto. No se hablaba sino de la perfidia del rey, y hasta de su barbarie, pues decian que quiso tomar la ciudad por asalto durante la noche y poner á los habitantes, á sus familias, y á sus riquezas á merced de la avaricia y del desenfreno de sus caballeros. Los mas acérrimos partidarios de la guerra se quejaban amargamente de que la hiciese delante de la capital misma, y de que espusiera á tamaños riesgos á tantos millares de súbditos pacíficos. El parlamento sacando partido de esta disposicion de los ánimos, invitó á los aprendices y mancebos á que se alistasen, declarando que el tiempo de servicio se les abonaria como pasado en el ejercicio de sus profesiones, y la ciudad ofreció cuatro mil hombres de la milicia poniéndolos bajo las órdenes de Skippon. «Vamos, hijos, valientes muchachos, vámos, les dijo al ponerse á su frente; oremos sinceramente y batámonos con valor; yo correré los mismos riesgos que vosotros; acordaos de que esta causa es la de Dios, de que se trata de defender á vuestras mugeres, á vuestros hijos y á vosotros mismos; vamos, valientes muchachos, orad sinceramente, haced la guerra con valor y Dios os bendecirá.» Estos nuevos reclutas, milicianos y voluntarios marcharon de Londres en un solo dia y fueron á reunirse al ejército. Al dia siguiente del combate de Brentford, Essex acompañado de casi todos los individuos de las dos cámaras y de muchísimos espectadores pasó revista á veinte y cuatro mil hombres formados en batalla en Turnham-Green, á menos de una milla de las avanzadas realistas.

Allí volvió á comenzarse el debate que tuvo lugar despues de la

anterior batalla en el consejo del general. Hampden y sus amigos pedian con las mayores instancias que se atacase desde luego, pues en su concepto jamas se encontraria el pueblo tan firme ni tan imperiosamente obligado á vencer. Su dictámen prevaleció y en consecuencia se mandaron algunos movimientos; pero Essex lo seguia contra su voluntad, los veteranos no dejaban de combatirlo, y un incidente vino en apoyo de sus objeciones. Un dia en que el ejército estaba formado en batalla en frente del realista, ó bien que este hiciera algun movimiento simulando un ataque, ó bien por cualquiera otra causa, ello fue que dos ó trescientos espectadores venidos á caballo de Londres, tomaron repentinamente á todo escape el camino de la ciudad, y con solo esto se inmutó todo el ejército parlamentario, circularon noticias fatales, y muchos soldados parecian dispuestos á desertar para volverse á sus casas. Cuando se desvaneció el error, serenáronse los rostros y renacieron la confianza y la alegría, gracias en gran parte á las abundantes provisiones de víveres, vino y tabaco enviados por las mugeres de la ciudad á sus hijos y á sus maridos. A pesar de esto Essex se negó decididamente á arriesgarlo todo sin otra seguridad que el entusiasmo público; llamó á los cuerpos que se habian adelantado, y por todas partes se puso á la defensiva, y el rey que temia tambien un ataque porque estaba falto de balas y pólvora, retiróse sin obstáculo á Reading y despues á Oxford en donde sentó sus cuarteles de invierno. Estas dudas y lentitudes contra las cuales inútilmente combatian los gefes del parlamento eran hijas de causas mas poderosas que la vacilante actitud del soldado ó la prudencia del general. En la misma ciudad habia division ó incertidumbres, manifestábase en ella abiertamente el partido de la paz formado en particular de la clase mas alta de los ciudadanos y de muchos hombres que aceptaron la guerra con temor y con tristeza, y porque no tenian medio de oponerse á ella. Ya solicitaban á las cámaras que la terminasen algunas peticiones que por otra parte se esplicaban con bastante viveza contra el papismo y el poder absoluto. A la verdad se las rechazaba y sus autores eran amenazados; pero venian otras redactadas en los condados y diri-

gidas á los lores á quienes se suponia mas dispuestos á recibirlas favorablemente. No faltaban peticiones contrarias. Por una parte los magistrados y el cuerpo municipal recientemente renovado, y por otra los ciudadanos de menos cuenta y el pueblo estaban á la devocion de los mas osados adalides del parlamento y sacaban partido de cualquiera coyuntura para empujarlos ó sostenerlos. Casi todos los dias se presentaba en la barandilla de la cámara un mercader llamado Shute con numeroso acompañamiento, y reclamando en nombre del partido *piadoso y activo* que se hiciese la guerra con vigor. Oíasele con gusto y se le daban gracias por su celo; pero cuando su lenguage era demasiado imperioso, cuando hablaba con escesiva imprudencia de los lores y de los oficiales del ejército era necesario reprenderlo, porque nadie hubiera osado decir ni quizás pensar que el parlamento debiese separarse de los grandes señores comprometidos en su causa, ni que pudiese triunfar sin su apoyo. A fin de dar una aparente satisfaccion á los amigos de la paz se determinó que el consejo la pidiese oficialmente, nó al parlamento sino al rey mismo quien habria de luchar con las dificultades de la respuesta, y la que daria era imposible que no desagradase á los ciudadanos. Con el asentimiento de las cámaras trasladóse á Oxford en 2 de enero de 1643 una diputacion del consejo, y pidió al rey que diese la vuelta á Londres prometiéndole contener los movimientos populares. Sonrióse el monarca, y dijo que mal podian asegurarle á él la tranquilidad cuando el consejo no podia mantener la paz para sí, y despachó á los diputados con su contestacion haciéndolos acompañar por un gentil-hombre que en nombre suyo debia leerla á la asamblea general de la ciudad. A ella acudió una multitud inmensa y asistieron Pym y lord Manchester dispuestos á rechazar en nombre del parlamento los cargos que el monarca le hiciese. Al ver aquella acalorada muchedumbre el comisionado regio tuvo miedo, y escusándose con la debilidad de su voz quiso dispensarse de leer por sí mismo el mensage; pero habiéndosele mandado que lo hiciese obedeció, y hubo de repetir la lectura dos veces en otras tantas salas para que todo el mundo la oyese. A la segunda lectura algunos realistas que no

sin temor se habian colocado cerca de la puerta osaron prorumpir en aclamaciones que fueron muy luego sofocadas por violentos murmullos. La carta del rey era larga y acre y estaba llena de acriminaciones muy agenas de la paz. Pym y lord Manchester contestaron á ella, y en todos los ángulos de la sala resonó el grito de *vivirémos y morirémos con cámaras*, y las peticiones de paz quedaron sofocadas por algun tiempo. Las tentativas del partido realista nunca produjeron otro resultado; pero renovábanse sin cesar y tenian en una angustia continua á Westminster y á la ciudad: nadie pensaba aun en contrariarlos con aquellos escesos de la tiranía con los cuales los partidos gozan algunos dias de omnipotencia que bien pronto suelen pagarse con largas desdichas; y el parlamento dedicado á combatir contra este mal interior no podia desplegar por fuera toda su energía ni dirigirla libremente hácia otros puntos.

En los condados las cosas tenian otro aspecto: allí nada incomodaba á los partidos, sus actos no estaban sujetos á ninguna responsabilidad general y decisiva, y no arreglaban ni intimidaban sus pasiones las necesidades ni los cálculos de la política. Asi es que mientras la guerra parecia desfallecer en los alrededores de Londres entre el parlamento y el rey, estallaba en otras partes entre los parlamentarios y los realistas de una manera espontánea, viva y franca, y era llevada adelante por cuenta de los habitantes; los cuales obraban sin tener en cuenta lo que sucedia entre Oxford y Londres. Habíanse pasado algunos meses y pululaban por el reino confederaciones hostiles espontáneamente formadas, ya en el interior de un condado entre los hombres de una misma opinion, ya entre los condados limítrofes con el objeto de sostener de mancomun su causa. El primer paso de estas ligas era solicitar y recibir del parlamento ó del rey segun era su objeto una comision para que fuese su gefe y poderes á fin de levantar tropas, imponer contribuciones y dictar todas las medidas que juzgasen necesarias al logro de su objeto; y en seguida obraban aisladamente y segun su albedrío con la condicion de dar cuenta de tiempo en tiempo á Oxford ó á Londres de su situacion y de lo que ha-



COSTUMES DE FEMMES SOUS LE RÈGNE DE HENRI VII. (1502)

ANGLETERRE

bian hecho, y de solicitar en caso necesario ausilios ó consejos. En defecto de estas ligas locales y algunas veces simultáneamente con ellas, algun hombre rico y acreditado reunia gentes y obraba á guisa de guerrillero, unas veces cerca de la ciudad de donde era hijo ó del pais en que tenia alguna hacienda, otras trasladándose mas lejos segun eran su audacia, su fuerza ó sus necesidades. Si en alguna otra parte prevalecian por el momento disposiciones pacíficas se manifestaban tan independientes como las hostiles: en los condados de York y de Chester los dos partidos que se juzgaban á poca diferencia iguales y mas en disposicion de dañarse que de vencerse, concluyeron oficialmente un tratado de neutralidad, al tiempo mismo que en el otro estremo de Inglaterra los condados de Devon y de Cornouailles juraban estar en paz dejando que el rey y el parlamento discutiesen aquella causa. Este y aquel vituperaron con acrimonia tales confederaciones, y los mismos hombres que las habian concluido esperaron demasiado de su paciencia mutua; y asi fue que en aquellos como en los otros puntos comenzó de nuevo la guerra. En los condados del este, del centro y del sudeste, que eran los mas poblados y mas ricos dominaban los parlamentarios; y en los del norte, del oeste y del sudoeste prevalecian los realistas porque la propiedad territorial estaba menos dividida, habia menos industria, el alta nobleza era menos influyente y el catolicismo conservaba menos partidarios. En la una y en la otra de estas dos porciones del reino y sobre todo en aquella en que preponderaba el realismo, el partido mas débil era bastante fuerte para tener estrechados á sus enemigos. El parlamento contaba con la ventaja de que los condados adictos á su causa contiguos casi todos y compactos formaban al derredor de Londres una muralla formidable, al paso que los condados realistas estendiéndose desde el sudoeste al nordeste, y desde la punta de Cornouailles á la de Durham, en una línea angosta y prolongada, intercalados en muchos puntos por distritos en donde la opinion era distinta, estaban mucho menos ligados entre sí, su correspondencia era difícil, raras veces podian obrar de comun acuerdo, y no protegian sino por la espalda el cuartel general de Cárlos colocado en Oxford,

plaza absolutamente realista pero demasiado adelantada y casi sola en medio de un territorio enemigo.

Una guerra de semejante índole en el corazon del invierno, y la inaccion de los dos ejércitos principales era imposible que produjesen resultados prontos y decisivos. Todos los dias y en todas partes se hacian repentinas y cortas espediciones, perdíanse y se tomaban alternativamente plazas de escasa importancia, y habia sorpresas y encuentros en que las ventajas y los reveses por ambos partidos quedaban á poca diferencia compensados. Aguerríanse los ciudadanos sin convertirse por esto en soldados: comenzaban á distinguirse por su valor, su pericia ó su fortuna algunos gefes; pero ninguno de ellos era aun conocido del pueblo entero y su influjo era local como sus hazañas. Por otra parte á pesar del ardor de las pasiones las costumbres se mantenian generosas y dulces; aunque la alta aristocracia estuviera en grande decadencia y el nuevo poder de los comunes fuese la verdadera causa del movimiento nacional, el pais se habia sublevado contra el príncipe y contra su tiranía, y las diversas clases de la sociedad no estaban en pugna ni atormentadas por la necesidad de oprimirse las unas á las otras para defenderse ó hacerse libres. En las dos partes y en casi todos los puntos el mando estaba confiado á hombres de condicion á poca diferencia igual y acostumbrados á los mismos hábitos, capaces de comprenderse y respetarse hasta en medio de los combates. Los caballeros aunque licenciosos, ligeros y aficionados al merodeo no eran feroces, y el pueblo presbiteriano en medio de su austero fanatismo conservaba hácia las leyes y hácia la humanidad un respeto de que presentan pocos ejemplares las civiles discordias. Los parientes, los amigos y los vecinos aunque alistados en bandos contrarios lejos de romper todas sus relaciones se ausiliaban en sus necesidades, y al encontrarse en la pelea tratábanse cortesmente como quienes hasta entonces habian estado en paz y no se consideraban separados para siempre. Por lo comun se daba libertad á los prisioneros sin mas gage que la promesa de que no servirian, y si acaso se los dejó carecer de todo, ó si tan solo el rey se los habia mirado con fria indiferencia al desfilar por delante de él,

producia esto una indignacion grandísima; y la brutalidad muchas veces cruel del príncipe Roberto causaba tanta sorpresa y escándalo que hasta el pueblo bajo le tenia la aversion que pudiera á un adusto estrangero. Asi la guerra aunque general y activa estaba exenta de aquellos furores que la empujan violentamente hácia su término, y los dos partidos, si bien la hacian con franqueza, evitaban al parecer dañarse sin piedad. En todo el reino habia combates diarios sin que por esto se acelerase la marcha de los sucesos, y sin que el parlamento y el rey dejasen de perder el tiempo en insignificantes debates y en inútiles conferencias.

La llegada de la reina hácia mitad de febrero vino á dar nuevo impulso á los negocios. Durante el año que estuvo en Holanda á fin de procurarse socorros, desplegó una destreza y una actividad poco comunes, y como entonces dominaba en los estados el partido aristocrático, su yerno el stadthouder la secundó con todo su poder. Confiada y atrevida cuando no la conturbaba un próximo riesgo, graciosa y seductora para con todas las personas á quienes necesitaba, supo interesar en su suerte á aquel pueblo republicano y reservado. En vano el parlamento envió á la Haya en setiembre de 1642 á su embajador Gualtero Strickland á fin de recordar lo que la nacion inglesa hizo en otro tiempo en pro de la libertad de las Provincias Unidas, y pedir que al menos se mantuviesen estrictamente neutrales; pues el embajador despues de esperar durante mucho tiempo una audiencia, pudo recabar apenas contestaciones equívocas; el pueblo le manifestó claramente su malquerencia, y la reina llevó adelante sin obstáculo alguno sus preparativos de marcha. Tras ella fueron cuatro buques cargados de armas, de municiones, de oficiales, y hasta de soldados; y el almirante Batten á quien el parlamento mandó interceptar el convoy no pudo alcanzarle hasta el instante en que desembarcaba en Burlington el dia 22 de febrero. Batten cañoneó la plaza, y como la reina vivia en el puerto cayeron balas en su casa y aun en su dormitorio, de manera que se levantó precipitadamente y fue á pasar la noche al campo, segun se dice, oculta bajo de un banco. Derramada muy luego por la comarca la noticia de su valor y de sus riesgos, lord

Newcastle fué á buscarla con algunas tropas para conducirla á York: y los gentiles-hombres se entusiasmaron á su vista indignándose contra el traidor Batten que segun ellos decian dirigió á propósito las balas á la casa que ella ocupaba. Corrieron á alistarse en sus banderas muchos católicos; y en vano se denunció á Cárlos y al parlamento esta infraccion de las leyes del reino, y en vano para desacreditar ó imponer á lord Newcastle se dió á su ejército el apodo de *ejército de los papistas y de la reina*, porque autorizado como lo estaba por el rey mismo formalmente y desde mucho tiempo rechazó con desprecio estas habladurías, y conservó todas las tropas viéndose muy pronto á la cabeza de considerables fuerzas. La reina continuaba residiendo en York menos ansiosa de reunirse con su marido que satisfecha con mandar sola y ser la directora de los proyectos que en su corte se fraguaban. Hamilton y Montrose fueron allá desde Escocia, para ver la manera de empeñar á aquel reino en la causa realista: el primero, conciliador siempre y prudente, sostenia que á pesar del enemigo influjo del marques de Argyle era posible ganar al parlamento escoces, y el segundo presuntuoso y atrevido queria que desembarcase en Escocia una division irlandesa á las órdenes del conde de Antrim, señor poderoso en el nordeste de Irlanda y venido tambien á York para ofrecer sus servicios; que con aquella gente se sublevase á los montañeses y que se pasara á degüello á los gefes presbiterianos, de todo lo cual se ofrecia á ser director y ejecutor él mismo. La reina oyó con gusto todos estos planes; y aunque en secreto estuviese á favor de los mas exaltados procuraba hacerse agradable á cuantos iban á prestar homenage á su poder. Al mismo tiempo urdia eficaces intrigas con algunos gefes parlamentarios disgustados ya de su partido ó vacilantes en sus opiniones; de manera que Hugo Cholmondley gobernador de Scarborough que un mes antes batió una division realista prometia hácia fines de marzo entregarle la plaza; y el mismo Hotham parecia dispuesto á abrirle las puertas de Hull que tan audazmente cerró al rey antes de estallar la guerra. En todo el norte los realistas estaban llenos de ardimiento y de esperanza, y los parlamentarios inquietos y tacitur-

nos escribian de continuo á Londres pidiendo consejo y ausilios.

Tampoco el parlamento estaba tranquilo, pues al principio de la guerra se habia alucinado con la esperanza de una pronta victoria, y ahora el aumento de las contribuciones daba lugar á quejas, hablábase de conjuraciones en la ciudad, y á pesar de la ausencia de muchos diputados amigos de la paz no podia esta mentarse sin que en los comunes encontrase muchos partidarios. Como las negociaciones no estaban absolutamente rotas, se propuso entablarlas otra vez y que la una y la otra parte licenciasen desde luego sus ejércitos como para dar una prueba de buena fe, proposicion que apoyó Benjamin Rudyard diciendo: „durante mucho tiempo y con „no poco quebranto mio he temido que la copa de terror que á „vuestra vista ha circulado de una en otra nacion de Europa viniese un dia á la nuestra; héla aqui ya, y puede ser que nosotros tengamos que beber sus heces que son lo mas amargo que „contiene. Solo una esperanza nos queda, y es que nuestras miserias no pueden ser largas; porque no es dable que combatamos „aqui como se hace en Alemania, en aquel vasto continente, en „donde puede hacerse la guerra en muchos puntos á la vez sin „que falten otros tranquilos en los cuales se siembre y siegue para alimentarse. Nosotros estrechados por la mar hácia todos puntos, combatimos en un reducido palenque y no podemos oponer „á los enemigos otras murallas que nuestros cráneos. En esta cámara se ha dicho que estábamos obligados en conciencia á castigar la efusion de sangre inocente; ¿y quién responderá de la „que va á derramarse si no procuramos la paz por medio de un „pronto tratado? Tambien se ha encarecido la confianza en Dios, „y efectivamente debe tenerse confianza en él asi para ajustar un „tratado como para hacer la guerra; porque de él procede la sabiduría para los negocios y el valor para los combates, y procura un resultado feliz en aquellos y estos, segun place á sus altos juicios. La sangre pide venganza, mancha á toda la nacion „en la cual se vierte, acelerémonos pues á evitar su derramamiento." A pesar de esto la proposicion fue rechazada por una mayoría de solos tres votos; y muchos hombres honrados repetian las pala-

bras de Rudyard. Los gefes de los comunes rugian en silencio al verse obligados á pedir una paz imposible, á menos de acceder á pactos que la harian fatal; cedieron sin embargo, porque aun entre sus amigos era escaso el número de los que suscribian á tantos y tan inevitables males. El 20 de marzo despues de algunas negociaciones preliminares salieron para Oxford cinco comisionados con el encargo de negociar en el término de veinte dias, primero un armisticio, y despues un tratado.

El rey los recibió bien; sus relaciones con la corte fueron nobles y corteses, el conde de Northumberland presidente de la comision desplegó grande magnificencia, pues hizo que le siguieran toda su servidumbre, su vajilla, su repostería y hasta su bodega; diariamente se le enviaban de Londres las provisiones, visitábanle los realistas y comian á su mesa, y el mismo rey se dignó aceptar el regalo que le hizo de algunos platos. Varios de los compañeros del conde que no eran mas que simples individuos de los comunes gustaban de ostentar en Oxford aquel aparato; mas cuando se trató del objeto del viage, de nada sirvieron aquellas faustuosas demostraciones, ya que ni el parlamento ni el rey pudieron aceptar sus recíprocos pactos porque eran los mismos que habian rechazado antes de la guerra y que hubieran puesto al uno ó al otro partido á merced de su adversario. Los mensageros del parlamento se lisonjearon una noche de que habian arrancado al rey alguna concesion de importancia, probablemente con respecto á la milicia; porque despues de una larga conferencia pareció ceder y que á la mañana inmediata habia de darles su respuesta escrita; mas con grandísima sorpresa suya esta fue muy distinta de lo convenido, y supieron que en el momento de acostarse el rey y cuando estaban ya fuera los ministros le habian hecho variar de resolucion sus palaciegos y los confidentes de la reina. „Si al menos quisiese el rey, dijo á sus consejeros „el comisionado Pierpoint. tratar favorablemente á algunos de los „grandes señores adictos al parlamento, el influjo de estos podria „servirle." Pero Cárlos rencoroso y altivo con sus cortesanos lo mismo que con su pueblo no podia sufrir que se le hablase de

reintegrar algun dia al conde de Northumberland en el destino de grande almirante; y las intrigas hijas del interes personal fueron tan inútiles como hubiera sido su buen éxito. El rey á la par que los directores de los comunes no queria la paz; prometió á la reina no hacerla nunca sin su consentimiento, y ella le escribió desde York para disuadirle, resentida como estaba de que en su ausencia se hubiesen entablado negociaciones, y declarando á su marido que dejaria la Inglaterra si oficialmente no se le señalaba una guardia para su seguridad. Los oficiales de la guarnicion de Oxford movidos secretamente por el mismo Cárlos representaron contra el armisticio: en vano algunos de los comisionados quisieron en conversaciones particulares espantar al rey con el porvenir; en vano otros venidos de Escocia á fin de solicitar la convocacion de un parlamento en este reino proponian ser mediadores; el rey rechazó la oferta como una injuria, prohibióles mezclarse en los negocios de Inglaterra, y últimamente su respuesta á los negociadores fue que se presentaria en las cámaras siempre que estas quisiesen trasladar la residencia del parlamento á lo menos á veinte leguas de Londres. Al recibir las cámaras este mensage llamaron á sus comisionados repentinamente y de un modo tan terminante que estos creyeron del caso partir el dia mismo por mas que ya fuese tarde y que no estuviesen preparados los coches de camino.

Su conducta en Oxford y sobre todo la manera con que vivieron con el rey y con la corte habian inspirado tanta desconfianza á los partidarios de la guerra que lord Northumberland supo al llegar á Londres que Enrique Martyn, miembro del comité de Seguridad pública, conocido únicamente por la audacia de sus palabras y porque se escapó de Reading al acercarse las tropas realistas, habia abierto una de las cartas que desde Oxford dirigió á su esposa. No habia ningun magnate tan celoso de su dignidad ni tan acostumbrado á la deferencia de sus conciudadanos como el conde, el cual encontrando á Martyn en Westminster le pidió cuenta de aquel ultrage, y como Martyn en tono burlon sostuvo que habia hecho bien, el conde le dió un palo delante de muchos testigos. Puesta querella en las cámaras, los comunes la oyeron con

no poco embarazo al paso que con mucha altanería los lores, y al momento quedó sofocada porque se habia llegado ya á aquel punto en que todo revela y fomenta disensiones que nadie quiere que estallen.

Adelantábase la primavera y ora se deseara la paz ora se temiese, era indispensable ocuparse de la guerra. El 15 de abril, dia en que los comisionados estuvieron de vuelta en Londres, entró en campaña Essex á quien Hampden aconsejaba que de repente marchase sobre Oxford á fin de sitiar y reducir al monarca. En Oxford mismo se tuvo miedo de que lo hiciese, y aun se trató de si convendria ir á reunirse con la reina y con lord Newcastle en el norte; pero Essex desconfiando todavía de sus fuerzas ó temeroso del resultado rechazó otra vez aquel atrevido consejo, y acampado entre Oxford y Londres se contentó con sitiar á Reading plaza en su concepto necesaria para la seguridad del parlamento. Reading cayó á los diez dias, y por mas que Hampden reclamaba de nuevo el sitio de Oxford, Essex insistió en la negativa. Nada estaba tan lejos de él como la traicion ó el miedo; pero hacia la guerra tristemente y ya no venian á distraer sus fatales vaticinios los placeres de la popularidad. Aun antes de que se abriese de nuevo la campaña habíase manifestado contra él alguna enemiga en los comunes y sobre todo en el comité de seguridad, verdadero foco del partido: los mas exaltados llegaron á decir que no era imposible reemplazarle, y con este motivo fue pronunciado el nombre de Hampden; pero este era harto prudente para dar entrada á la idea siquiera de un poder al cual no se sentia inclinado, pues fuese ó nó capaz de mandar se habia limitado á servir como simple coronel á las órdenes de Essex. Desde el principio de la guerra y sobre todo durante el invierno otros habian adquirido una gloria mas independiente y mas sonada, y asi es que en el norte Fairfax y su padre, á despecho de la superioridad de lord Newcastle le disputaban todos los dias en diversos puntos y con mucha audacia el dominio del pais. Lord Manchester capitaneando la confederacion de los condados del este no hubo de combatir con ningun gefe realista de nombradía; pero muchas veces socorrió oportuna-

mente á los parlamentarios del norte y del centro, tenia á su disposicion milicias bien organizadas; y su franqueza, su generosidad y su dulzura le hacian bienquisto de todos sus habitantes. El coronel Cromwell famoso ya en los mismos condados por algunos felices golpes de mano, ejercia sobre muchos hombres de ánimo osado, de piedad exaltada y de condicion oscura pero acomodada, un influjo en que despuntaba un grande genio y un poder grande. En el sud y en el oeste la dispersion de muchos cuerpos realistas y la toma de siete plazas verificada en tres meses habian hecho dar á Guillermo Waller el apellido de Guillermo el *Conquistador*. Esto pues demostraba en concepto de algunos que el parlamento no carecia de generales ni de ejércitos, y que si lord Essex se negaba á vencer se le encontraria un sucesor. A pesar de estas acres conversaciones no se hizo proposicion alguna ni se insinuó nada en público, porque Essex no era simplemente un oficial que sirviese á un partido descontento, sino que estaban unidos á él los grandes señores adictos á la guerra, los hombres moderados que deseaban la paz, y los mas perspicaces entre los presbiterianos, gentes todas que no dejaban de llevar inquietos á otros partidarios mas atrevidos. El mismo Hampden y los adalides del bando político al paso que apremiaban al conde á fin de que obrase con vigor, nó querian de modo alguno separarse de él; y hé aqui por qué no estalló la discordia. Mas aunque se mantuviese oculta, era ya soberana, y Essex no tardó en sentir sus efectos, pues aquellos que debian contemporizar con él lo removieron todo para perjudicarlo, y sus defensores creyendo haber hecho bastante con sostenerlo, poco curaban de secundarle. A los pocos meses hubo de quejarse del mal estado de su ejército pues le faltaban los sueldos, los víveres, y el vestuario; los sufrimientos y las enfermedades diezmaban á los soldados de quienes hasta entonces se cuidara con tanto esmero; y si bien hizo entender sus necesidades á las diferentes comisiones encargadas de proveer á ellas, sus adversarios mas traviesos y mas asiduos que sus amigos, ejercian allí mayor influjo, puesto que en consideracion á su actividad se les encargaron casi todas las medidas ejecutivas, y los empleados subalternos eran

casi en todas partes elegidos por ellos. De aqui provino que las reclamaciones del general no produjeron resultado alguno. Aunque al abrirse la segunda campaña no parecia haberse cambiado cosa alguna, ya el partido que arrebató el poder al rey, lo veia escaparse de sus manos; un nuevo partido forzado todavía á callar era bastante fuerte para reducir á la impotencia al grande ejército del parlamento, y asaz apasionado para arriesgarlo todo, dándo esta ventaja al enemigo comun.

Al influjo de las mismas pasiones comenzaba á formarse sin estrépito un nuevo ejército. En los combates que á despecho de las negociaciones entre Oxford y Londres, se trababan diariamente en todas partes, los parlamentos desde el hecho de armas de Brentford habian sufrido frecuentes reveses. La caballeria real sobre todo tenia amedrentada á la suya, y la caballería entonces, lo mismo que en el tiempo del feudalismo, era el arma que gozaba de mas consideraciones y que decidia las batallas. Hampden y Cromwell hablaban en cierto dia de esta inferioridad de su partido: „¿Qué queréis que suceda, dijo Cromwell, si vuestra caballería „se compone casi toda de criados muy viejos, de muchachos díscolos y de la hez del pueblo, y de gentes de su misma clase, cuando en la realista estan los hijos de los gentiles-hombres, los segundones de los nobles y otras personas de alta clase? ¿Creeis „que los pillos de baja esfera como los vuestros se sientan con valor para hacer rostro á gentiles-hombres resueltos y pundonorosos? „No tomeis á mal lo que os digo, y estoy seguro de que no lo tomaréis; mas es preciso que tengais hombres animados de un espíritu capaz de llevarlos hasta donde puedan ir los gentiles-hombres; de otro modo no me queda duda de que siempre seréis „batidos. Teneis razon, dijo Hampden, pero esto es imposible. Yo „puedo remediarlo en parte, replicó Cromwell, y lo haré: reclutaré hombres que llevarán siempre por delante el temor de Dios, „y que obrarán con conciencia, y entonces yo respondo de que „no serán batidos." Efectivamente recorrió los condados del este reclutando jóvenes la mayor parte conocidos suyos y que le conocian, todos propietarios ó hijos de tales para quienes no era ne-

cesario el sueldo, ni la ociosidad un placer. Todos fanáticos, orgullosos y duros, adictos por conciencia á la guerra, y alistados bajo las órdenes de Cromwell por la confianza que en él tenian. „No „quiero engañaros, les dijo este, ni haceros creer como lo dicen „los poderes de mi comision que vais á combatir por el rey y „por el parlamento: si el rey se me presenta cara á cara le pegaré un pistoletazo lo mismo que á cualquiera otro, y si vuestra „conciencia no os permite hacer lo mismo, id á servir á otra par„te." La mayoría no vacilaron y apenas estuvieron alistados cuando se les prohibió llevar la muelle vida de las ciudades ni mas ni menos que la vida licenciosa de los campamentos: atenidos á la mas severa disciplina, obligados á cuidar de los caballos, á limpiar con esmero las armas, á dormir en campo raso y á pasar sin intermision desde las faenas del servicio á los ejercicios de piedad, su gefe exigia de ellos que se consagrasen á su profesion lo mismo que á su causa, y que á la libre energía del fanatismo reuniesen la puntual firmeza del soldado. Cuando se abrió la campaña marchaban á las órdenes de Cromwell catorce escuadrones de estos voluntarios que componian un cuerpo de cerca de mil hombres.

Un mes transcurrió sin que aconteciese cosa alguna notable. La toma de Reading de que tan poca cuenta se hizo en Londres derramó el espanto en Oxford, y el rey lejos de obrar deliberaba si convenia escaparse. El parlamento embarazado en sus discusiones se ocupaba de ellas mas que de los enemigos, unas veces hacia por dar una satisfaccion á todos sus adictos exaltados y moderados, políticos y devotos, y otras las resoluciones mas decisivas arrancadas á duras penas por un partido eran infructuosas, y casi de comun acuerdo se renunciaba á ejecutarlas. Hacia mucho tiempo que los presbiterianos reclamaban y ya se les habia prometido una asamblea de teólogos para reformar finalmente su iglesia. Convocóse en efecto; pero el parlamento nombró sus ciento veinte y un miembros. Diéronsele en calidad de adjuntos y con los honores de la presidencia treinta legos, á saber, diez lores y veinte diputados de los comunes; fueron llamados á ella eclesiásticos de opiniones muy diversas, y la asamblea tan falta de autoridad como de inde-

pendencia, no tuvo otro encargo que dar su dictámen acerca de las cuestiones que le consultasen las dos cámaras, ó la una de ellas. Acusóse entonces de alta traicion á la reina, y nadie alzó la voz para oponerse á ella; mas despues que Pym hubo llevado la acusacion á la cámara alta no se habló mas de semejante cosa. La falta del grande sello entorpecia diariamente la administracion de justicia y la marcha de muchos negocios públicos y particulares; por cuyo motivo, y mas todavía con el objeto de apropiarse los atributos legales de la soberanía, los comunes mandaron hacer un sello nuevo; pero los lores se resistieron á esto estremeciéndolos mas la usurpacion de las insignias del poder soberano que el ejercicio del mismo falto de esta sancion: los comunes pues juzgaron prudente renunciar á esto por entonces. Algunas veces los partidos votando juntos con intenciones diversas se reunian en una falsa y estéril unanimidad, pero con mas frecuencia hallándose con fuerzas á poca diferencia iguales, reducíanse recíprocamente á la impotencia y parecian aguardar que algun acontecimiento esterior los obligase á reunirse ó á separarse para siempre.

El dia 31 de mayo, que lo era de ayuno, las dos cámaras asistian á un sermon en la iglesia de Santa María de Westminster cuando fue entregado un billete á Pym que se levantó al instante comenzando á hablar en voz baja y con mucho calor los que estaban en torno suyo. Sin aguardar que la funcion se terminase salió precipitadamente de la iglesia con sus principales colegas dejando á los asistentes tan llenos de curiosidad como turbados. Despues del sermon reuniéronse las cámaras, y el público supo que acababa de descubrirse un grande complot en el cual segun decian tomaron parte muchos lores, muchos miembros de los comunes y muchos ciudadanos, quienes se proponian armar á los realistas, apoderarse de la torre, de los almacenes, de los principales puntos militares, capturar á los gefes de ámbas cámaras, é introducir en Londres á las tropas reales. El mismo dia 31 era el fijado para la ejecucion, y todo iba muy luego á ponerse en claro porque se habia nombrado una comision encargada de averiguarlo, y ya circulaba la noticia de que por su órden habian sido capturadas varias personas.

Efectivamente en la misma noche, y en el dia inmediato fueron presos é interrogados Edmundo Waller miembro de los comunes y poeta ya célebre, su cuñado Tompkins que habia pertenecido á la servidumbre de la reina, Challoner ciudadano rico, y muchos otros, todos los cuales confesaron con mas ó menos pormenores un complot verdadero aunque no para todos tuviese la misma estension ni el plan mismo. Unos solo habian pensado en negarse á satisfacer las contribuciones para obligar al parlamento á que concluyese la paz, otros querian de comun acuerdo y en crecido número elevar peticiones á las cámaras para esa paz misma, y otros habian simplemente concurrido á algunas reuniones ó ayudado á la redaccion de listas en las cuales se continuaban los nombres de todos los ciudadanos conocidos, distribuyéndolos en las tres clases de enemigos, moderados y bien intencionados; pero ello era cierto que al traves de estos hechos de importancia muy distinta é hijos de diferentes motivos, el complot existia desde mucho tiempo y habia ido tomando un carácter mas grave. Recordóse entonces que mas de tres meses antes, y en una de las negociaciones tantas veces rotas y añudadas entre Londres y Oxford, Waller habia sido comisionado para ir á este último punto, y que el dia que se presentaron al rey, como este le viese colocado el último entre sus compañeros, lo recibió con mucha benevolencia diciéndole: „Señor Waller, aunque estais el último no sois el peor ni el „mas enemigo mio." Desde entonces hubo con Oxford una correspondencia continua, cuyos principales agentes eran algunos comerciantes realistas que se habian marchado de Londres huyendo de la persecucion de la cámara. El encargado de llevar estos mensages era Hall, el cual vivia ocultamente en Beaconsfield: Lady Aubigni, á quien el parlamento habia permitido ir á Oxford para sus negocios volvió con una comision del rey autorizando á varios de los conjurados á que reclutasen hombres y recogiesen dinero en nombre suyo; y finalmente hacia muy poco tiempo que le oyeron decir á Hall, que todo estaba dispuesto, y se lo habia avisado á lord Falkland el cual contestó que se apresurasen pues de cada dia era mas difícil detener la guerra.

Esto era mucho mas de lo que necesitaba la justicia de los partidos, y si el parlamento quisiera aun podia tener otras noticias. Waller llevado de un vergonzoso deseo de conservar la vida, pidió rescatarla á cualquier precio, y asi prodigó dinero, confesiones y denuncias, dirigiéndose á los protectores mas poderosos y á los mas oscuros; y suplicando á todos los fanáticos influyentes que fuesen á oir la humilde confesion de su arrepentimiento, dispuesto á exagerar la gravedad de aquella trama de la misma manera que en Oxford exageró tal vez el número y la importancia de los conspiradores. Denunció á los lores Portland y Conway, y sus respuestas comprometieron al conde de Northumberland y á muchos otros. Aunque eran pocas las personas que hubiesen llegado á vias de hecho criminales segun las leyes, muchas supieron y aprobaron lo que se preparaba; mas el parlamento conduciéndose con suma madurez no quiso abusar contra sus enemigos ni de su imprudencia ni de la bajeza de su cómplice, y supo creer que para su seguridad bastaba ser justiciero. El consejo de guerra juzgó solamente á siete personas, y aunque recayó condena contra cinco, no fueron ejecutados mas que Challoner y Tompkins. Los dos murieron como hombres de valor sin creerse ni querer pasar por mártires, sino confesando con una sinceridad que interesaba su incertidumbre acerca de la bondad de su causa. „He pedido á Dios, dijo Challoner al subir al cadalso, que si este plan no habia de redundar „en honor suyo me lo hiciese comprender, y Dios me ha escu„chado. Estoy contento, dijo Tompkins, de que la conjuracion se „haya descubierto, porque pudo tener terribles resultados." A Waller condenado igualmente se le perdonó la vida en pago de sus revelaciones, gracias á la reputacion de algunos de sus parientes, entre otros de Cromwell que era primo suyo, y quizás tambien por un resto de la consideracion que se guarda siempre al talento aun cuando lo posea un cobarde.

Los gefes de los comunes se lisonjearon durante algunos dias de que el descubrimiento y el castigo de aquella conjuracion turbaria á la corte, intimidaria á los realistas de Londres, suspenderia las disensiones de las cámaras, y sacaria finalmente á su partido

de las dificultades en que se gastaba infructuosamente su energía; mas bien pronto hubo de renunciar á esta halagüeña esperanza, porque apenas se hubieron dado gracias al Altísimo y se prestó el nuevo juramento de union decretado en el instante del peligro, cuando el parlamento fue el blanco de violentos debates en su mismo seno, y de varios reveses en distintos puntos. El rey supo sin grave pesar el fatal éxito de la conjuracion al mismo tiempo que recibia la noticia de que en el sud, en el oeste y en el norte habian alcanzado sus generales grandes ventajas. Queria mas bien esperar su triunfo de los caballeros y de la guerra que de un clandestino arreglo con ciudadanos contrarios en otro tiempo á todos sus consejos. El inesperado accidente ocurrido en 19 de junio llamó otra vez su atencion hácia Londres y hácia el parlamento.

Derramóse en efecto la noticia de que el dia antes y á pocas leguas de Oxford Hampden habia sido herido en un encuentro con la caballería mandada por el príncipe Roberto, que sorprendió y batió á los parlamentarios. Un prisionero dijo que lo habia visto alejarse del campo de batalla antes de concluirse la accion, cosa en él desusada; que llevaba muy inclinada la cabeza y apoyadas las manos en el cuello del caballo, de manera que era indudable que estaba herido. La nueva causó en Oxford una emocion vivísima, hija mas bien de la curiosidad que de alegría, pues pareció muy difícil que semejante hombre estuviese tan próximo á sucumbir á tan impensado golpe, y no se atrevian sus enemigos á lisonjearse de ello. Cárlos en el primer momento solo pensó en aprovechar aquella coyuntura, para conciliarse si era posible, y con el objeto de transigir pacíficamente, á aquel poderoso adversario que le habia hecho tanto daño, y á quien se creia capaz de repararlo todo. Hallábase en Oxford el doctor Giles cuya hacienda estaba inmediata á la de Hampden y que habia conservado con él relaciones familiares. Llamóle el rey y le dijo que enviase á saber noticias del herido, y que en caso de faltarle cirujanos el mismo rey le enviaria el suyo. A pesar de la repugnancia que tenia el doctor á tomar semejante encargo lo cumplió, y cuando en 24 de junio su mensagero llegó á la habitacion de Hampden este estaba

casi muerto pues dos balas le habian roto el espinazo y era víctima de los mas acerbos dolores. Se le dijo sin embargo quién era el que enviaba á saber noticias suyas y con qué intento. El enfermo manifestóse sumamente agitado, pareció que deseaba hablar pero no pudo, y murió á muy poco rato. Cuando Cárlos supo su fallecimiento complúgose por ello mas de lo que le hubiera alegrado encontrarlo dispuesto á transigir, y en la corte de Oxford ya no se habló mas de Hampden sino para traer á la memoria sus ofensas y repetir con aire de triunfo que habia sido muerto en el mismo condado y cerca del lugar mismo, en que él antes que todos los demas puso en ejecucion la ordenanza del parlamento acerca de la milicia, y levantó tropas contra el rey.

Aquella muerte causó en Londres y en el reino entero un dolor acerbo, porque jamas hubo en el mundo hombre alguno que inspirase al pueblo tanta confianza. Todos los que pertenecian al partido nacional, cualquiera que fuese el grado de su adhesion, ó los motivos de ella, contaban con Hampden para la realizacion de sus deseos: los mas moderados creian en su prudencia, los exaltados en su desprendimiento patriótico, los mas hombres de bien en su rectitud, y en su habilidad los intrigantes. Tan prudente y reservado como dispuesto á desafiar todos los riesgos, aun no habia dado ocasion á que se frustrase ninguna esperanza, aun poseia el afecto de todos, y á todos lo arrebató repentinamente la muerte. Grande fortuna fue la suya que fijó para siempre su nombre en la altura á donde lo habian ensalzado las esperanzas de sus contemporáneos y que quizás salvó su virtud y su gloria de los escollos contra los cuales las revoluciones estrellan á sus mas ilustres favoritos.

La muerte de Hampden fue la señal de los desastres del parlamento que durante mas de dos meses se sucedieron sin interrupcion, agravando á cada paso el mal todavía oculto y de donde procedian. Los enemigos de Essex haciendo que el ejército de este careciese de todo contaron pero equivocadamente con la victoria de sus rivales. Mientras que el general en gefe y el consejo de guerra que consigo tenia enviaban correos uno sobre otro pidiendo dine-

ro, vestuario, municiones y armas, se supo que Fairfax acababa de ser batido en el norte y cerca de Atherton-Moor, que sir Juan Hotham estaba á punto de entregar á la reina la plaza de Hull, que lord Willoughby no podia defender el condado de Lincoln contra lord Newcastle, y que como resultado de esto iba á quedar abierta para el enemigo la confederacion de los condados del este que era el baluarte del parlamento. En el sudoeste las cosas se hallaban en peor estado todavía, pues en una semana Guillermo Waller perdió allí dos batallas, y los paisanos de Cornouailles descendientes de los antiguos bretones dispersaban en todas partes á los reclutas del parlamento. En Lansdown se los vió atacar corriendo, despues de haber pedido con mucha modestia permiso para ello, una batería que se juzgaba inespugnable, y á los quince dias asaltaron con la misma audacia las murallas de Bristol. En aquel condado la propiedad no habia pasado á distintas manos: vivian en él las mismas familias de gentiles-hombres circuidas por las mismas familias de arrendadores, y el pueblo conservando sus costumbres piadosas y sencillas, estraño á las ideas novadoras, dócil sin temor ni servilismo al influjo de la nobleza, conservaba hácia sus patronos y sus hábitos el entusiasmo mismo que los mas celosos partidarios tenian por sus opiniones y por sus derechos. Por otra parte el rey tenia allí y en los condados inmediatos á algunos de sus mejores adictos, entre ellos al marques de Hertford cuñado de Essex, y que disgustado de la corte vivió mucho tiempo en sus haciendas, á sir Bevil Greenville, que entre todos los gentiles-hombres de Cornouailles era el mas popular, y á sir Rodulfo Hopton, tan hombre de bien como valiente oficial, que no pedia á la corte merced alguna, enfrenaba rigurosamente la licencia, en todas partes protegia las poblaciones, y creyendo cumplir con esto los deberes de un súbdito fiel lo hacia todo á guisa de buen ciudadano. El mérito de estos generales y el valor de sus soldados desacreditaron y pusieron espanto en el ejército de Waller, cuyas indisciplinadas tropas desertaban á centenares. Las personas á quienes el parlamento enviaba para despertar el celo del pueblo se sentian poseidas del mismo miedo y lo derramaban en torno suyo en

términos que como los magistrados de Dorchester enseñasen un dia á Strode las fortificaciones de aquella ciudad y le preguntasen qué le parecia de ellas, contestó que todo aquello no era capaz de detener media hora á los caballeros, para quienes era un juego escalar murallas de veinte pies de altura. Efectivamente Dorchester se rindió á la primera intimacion; siguieron su ejemplo Weymouth, Portland, Barnstaple, Bediford, Taunton, Bridgewater, Bath, y Bristol que era la segunda ciudad del reino cedió al primer ataque por la cobardía de su gobernador Nataniel Fiennes, sin embargo de que era uno de los gefes del partido mas exaltado. Todos los dias llegaba á Londres la noticia de algun revés, mientras en Oxford la fuerza se iba aumentando á la par que la confianza; y la reina finalmente se habia juntado con el rey llevando tres mil hombres y cañones. Su primera entrevista tuvo lugar en Keynton, en el mismo sitio en que en el año precedente los dos partidos llegaron por primera vez á las manos, y el mismo dia y á la misma hora Wilmot y Hopton alcanzaban en Roundway-Down una brillante victoria sobre los parlamentarios. Cárlos y su esposa entraron en Oxford en triunfo, y Waller que al dirigirse al ejército habia mandado á los gobernadores de todos los pueblos que estuviesen dispuestos para recibir á los prisioneros volvió á Londres sin soldados.

Essex inmóvil siempre é imputando siempre su inaccion á los que á él se la vituperaban, presenció todas estas derrotas sin participar de ellas ni prevenirlas. Finalmente escribió á la cámara alta la siguiente carta: «Soy de parecer que VV. SS. si lo juzgan conveniente harian muy bien en enviar un mensage al rey para alcanzar la paz, garantisando la religion, las leyes, las libertades de los súbditos, y el justo castigo de los principales delincuentes que han causado al reino tantos males. Si con este paso no se alcanza un tratado, entiendo que convendrá suplicar á S. M. que se aleje de esta escena de matanza, y entonces los dos ejércitos decidirán la cuestion en un dia.» Esta carta hubiera sido bien recibida algunos dias antes, mas ahora al rumor de los primeros reveses los lores protestaron solemnemente su fidelidad al rey, y dispusieron nuevas proposiciones de paz; pero los comunes mas

irritados que abatidos habian mandado á la cámara alta que adoptase finalmente su resolucion en órden al grande sello; y como los lores se negaron á ello, por su propia autoridad hicieron grabar uno que á un lado tenia las armas de Inglaterra y de Escocia, y en el otro estaba representada la cámara de los comunes en acto de sesion en Westminster sin objeto alguno que recordase á los lores. En tal acceso de discordia estos hubieran secundado indudablemente las pacíficas miras del general; pero hácia la misma época enorgullecido el rey con el feliz éxito de sus armas declaró oficialmente que las personas reunidas en Westminster ya no formaban dos cámaras verdaderas; que la retirada de tantos individuos, y la falta de libertad en las deliberaciones les habia hecho perder toda existencia legal; que en adelante ya no les daria el nombre de parlamento, y que prohibia á todos sus súbditos que obedeciesen á aquel grupo de traidores y sediciosos. Esta general y violenta reprobacion unió al instante á las dos cámaras, las cuales en 5 de julio decretaron de comun acuerdo que de su parte irian algunos comisionados á pedir á sus hermanos los escoceses que enviasen un ejército para ausiliar á los protestantes de Inglaterra á quienes amenazaba el yugo de los papistas, y cuando llegó á los lores la carta de Essex votaron que no enviarian al rey peticion ni proposiciones pacíficas mientras no renovase el manifiesto en que dijo que las dos cámaras ya no formaban un parlamento libre y legal.

Essex no insistió mas: á fuer de hombre honrado y sincero aconsejó la paz por juzgar que lo exigia su deber; mas por otro lado respetaba á las cámaras, y despues que hubo dado su consejo lejos de intentar hacerles la ley estuvo dispuesto á obedecerlas. Durante algunos dias pareció reinar en Londres un perfecto concierto entre los dos partidos: todos se reunieron para colmar á Essex de demostraciones de aprecio; al punto recibió municiones y refuerzos, al mismo tiempo que Waller á pesar de sus desastres fue ensalzado por su valor y honrosamente tratado á fuer de hombre de quien podia aun esperarse mucho. Mandóse levantar en los condados del este un ejército al mando de lord Manchester y de Cromwel como lugarteniente general. Hotham á quien los comunes

advertidos con tiempo mandaron detener en Hull antes que pudiese entregar la plaza al rey, esperaba en la torre su castigo. Nombráronse los comisionados que debian trasladarse á Escocia que fueron dos por los lores y cuatro por los comunes, y se les rogó que activasen su marcha. La mayor parte de los teólogos de la asamblea salieron de Londres para trasladarse cada uno á su parroquia á fin de calmar las inquietudes del pueblo, y persuadirle á que hiciese nuevos esfuerzos. Todos los dias en una iglesia de la ciudad y ante muchas madres, hijos y hermanas se celebraba un oficio divino para implorar la proteccion de Dios á favor de los que se consagraban á la defensa de la patria y de su ley, y todas las mañanas al toque de caja salian en cuadrilla hombres y mugeres de todas clases para ir á trabajar á las fortificaciones. Nunca se habia visto en las cámaras y entre el pueblo tanta energía con tanta prudencia y tan buen acuerdo.

A pesar de esto el riesgo iba en aumento porque en todas partes el rey continuaba ganando terreno, y el fervor público no bastó para que algunos se negasen á comprometerse mas en favor del parlamento. Lord Grey de Wark que era uno de los comisionados de la cámara alta para ir á Escocia eludió el encargo, y los lores lo enviaron á la torre: el conde de Rutland que debia acompañarle se escusó tambien pretestando la falta de salud: de manera que los representantes de los comunes hubieron de marchar solos y les fue preciso ir por mar, porque los caminos del norte no estaban seguros ni Fairfax tenia bastante gente para hacerlos escoltar. Con esto su viage duró veinte dias, durante cuyo intervalo el rey mejor aconsejado publicó otro manifiesto menos acre, y con la esperanza renació el deseo de la paz. El dia 4 de agosto á propuesta del conde de Northumberland los lores adoptaron unas proposiciones para enviar al rey que eran las mas moderadas que hasta entonces se habian hecho, en las cuales se mandaba el licenciamiento de los ejércitos, se llamaba á las cámaras á los individuos eliminados de ellas por haberse reunido al monarca, y dejaban para decidirse mas adelante las cuestiones acerca de la milicia y de la Iglesia, la una en un sínodo y en el parlamento la otra. Al dia siguiente estas

proposiciones fueron transmitidas á la cámara de los comunes, á la cual se declaró muy abiertamente que era tiempo de poner fin á las calamidades del pais. Sorprendido con este repentino ataque el partido que opinaba por la guerra, insistió aunque en vano en el riesgo que habia de perder, á trueque de algunos meses de descanso, el fruto de tantos esfuerzos y de males ya sufridos, y pidió que al menos se esperase la contestacion de Escocia. La respuesta de los lores fue que el rompimiento de las negociaciones con Oxford habia sido un mal muy grande, y que si bien el pueblo bajo de Londres estaba dispuesto á continuar la guerra, los ciudadanos ricos y distinguidos no la querian, supuesto que se negaban á satisfacer nuevas contribuciones para sostenerla. Sostuvieron que ademas ningun daño hacia enviar al rey proposiciones razonables, pues en caso de aceptarlas se grangearia la paz, y si las rechazase, su negativa produciria mas hombres y mas dinero que todas las órdenes de los comunes. Noventa y cuatro votos contra sesenta y cinco decidieron que se tomasen en consideracion las proposiciones de los lores.

El partido estremo quedó en gran manera turbado, pues la paz solicitada en medio de tantos descalabros no era una transaccion sino una derrota, y sobre dejar espuestos á los mayores riesgos los intereses públicos y los particulares engañaba las esperanzas de los patriotas que querian una reforma mas amplia, y de los ambiciosos que deseaban una revolucion. Decidióse pues hacer todo lo posible á fin de rechazarla. El 6 de agosto por la tarde sin embargo de ser domingo el lord corregidor Pennington á quien los manifiestos del rey escluyeron de todas las amnistías, convocó el consejo, y al dia siguiente se presentó á los comunes una violenta peticion para que rechazaran las proposiciones de los lores y en su lugar adoptasen una ordenanza cuyo modelo presentó juntamente con la peticion Atkins portador de esta. Una inmensa muchedumbre del pueblo aguijoneada por los pasquines derramados el dia antes apoyaba con gritos aquella demanda. Los lores al llegar á Westminster atravesando aquel motin se quejaron á los comunes declarando que se prorogarian si no se castigaban semejantes

atentados; pero los comunes habian comenzado ya á deliberar acerca de las proposiciones de paz, y despues de un largo debate votaron á favor de ellas ochenta y un diputados, y setenta y nueve en contra. El tumulto habia llegado á su colmo; fuera de la cámara el pueblo gritaba que no se iria sin una contestacion satisfactoria, y dentro de la sala los adversarios de la paz reclamaban con violencia otra votacion, sosteniendo que al contarse los votos se habian equivocado y que ellos no se dejaban engañar de aquel modo. Cedióse por fin, la cámara se dividió otra vez, ochenta y un votos insistieron en querer la paz, pero los escrutadores que contaban los votos por la negativa declararon que habia ochenta y ocho, el presidente publicó este resultado, y los partidarios de la paz salieron consternados. Al dia siguiente 9 de agosto quisieron vengarse de lo sucedido. Desde la mañana en derredor de Westminster se reunieron de dos á tres mil mugeres que llevaban en la cabeza cintas blancas, símbolo de la paz que efectivamente reclamaban con una peticion deplorable. Sir Juan Hippisley les dijo que tambien la cámara deseaba la paz, que esperaba procurársela bien pronto, y que entre tanto se volviesen á sus casas. Las mugeres se quedaron allí y entre las cinco mil á que mas tarde ascendia su número habia algunos hombres vestidos de muger á cuyas instigaciones una cuadrilla de ellas llegaron hasta las puertas de la cámara gritando *paz*, *paz*. La guardia, que la daba la milicia, les dijo que se retirasen; mas ellas redoblaron la vocería gritando: „que „nos entreguen á los traidores que estan contra la paz pues que„remos hacerlos pedazos; que nos entreguen al bribon de Pym." Entonces las rechazaron hasta el pie de la escalera, y la milicia disparó algunos fusiles al aire para espantarlas. No es mas que pólvora, gritaban ellas, y al mismo tiempo arrojaban piedras á los milicianos que entonces hicieron una descarga verdadera, y al mismo tiempo llegó un escuadron de caballería sable en mano. A pesar de esto se obstinaron todavía un momento empujándose en todos sentidos para hacer lugar á los soldados, á quienes al paso abrumaban á imprecaciones y gritos; mas al fin tuvieron que huir, y despues de algunos minutos de un espantoso tumulto no quedaron

en derredor de Westminster mas que dos mugeres muertas y siete ú ocho heridas que lloraban.

La victoria era completa, pero costó muy cara, pues fue preciso echar mano del fraude y de la violencia, medios que desacreditan sus propios resultados, sobre todo cuando la reforma se hace en nombre de las leyes y aspira á restablecerlas en su vigor. Era ya un dicho vulgar que no se vituperaba al rey cosa alguna, que á su vez no la hubiese hecho el parlamento: la cámara alta estaba irritada, habia corrido la sangre del pueblo, y los odios intestinos comenzaban á sobrepujar á todos los demas sentimientos. Los adalides de los comunes tuvieron noticia de que algunos miembros de estos acaudillados por los principales lores se proponian salir de Londres, refugiarse en el campamento de Essex, publicar que se separaban de un parlamento esclavizado por la muchedumbre, y entablar negociaciones con Oxford. La probidad de Essex que no quiso prestarse aguó el proyecto, y fue para el partido un consuelo muy grande saber que su general no pensaba en venderlo. A pesar de esto se marcharon de Londres para reunirse con el monarca los lores Portland, Lovelace, Conway, Clare, Bedford y Holland; el conde de Northumberland se retiró á su castillo de Petworth; deserciones que perjudicaron mucho al parlamento, pues si bien su fuerza no se la daban estos magnates, le sirvieron de égida, y el esplendor de su nombre contribuia al lustre de la cámara. Algunos de los gefes de esta al verse solos parecieron intimidarse, y el mismo Pym fue acusado de estar en correspondencia con el enemigo. Por otra parte los mas violentos demagogos, y los sectarios mas fogosos comenzaban á manifestar sus secretos sentimientos, y asi es que Juan Saltmarsh que despues fue capellan en el ejército de Fairfax sostuvo que era menester impedir á toda costa la reconciliacion del rey con el pueblo, y que si el primero no queria prestarse á todo debia estirpársele á él y á su raza y dar á otro la corona. El libelo en que esto se dijo fue denunciado á la cámara de los comunes; pero Enrique Martyn tomó su defensa y dijo: „No „veo razon alguna para condenar á Saltmarsh, pues no puede du„darse que la ruina de una sola familia es preferible á la de mu-

„chas. Pido, esclamó sir Nevil Poole, que se mande á Martyn que „diga de qué familia entiende hablar. Del rey y de sus hijos, re„plicó Martyn, sin titubear un punto." Tanta audacia era inusitada hasta entonces, y el partido que hacia alarde de ella era hasta incapaz de poder sostenerla, pues no llegaba noticia alguna de Escocia, no se sabia aun que los comisionados hubiesen desembarcado, y á cada instante se temia que viniese la nueva de que el rey iba hácia Londres, ó de que habia puesto sitio á Glocester, última plaza del parlamento en el oeste del reino, y la única que embarazaba las comunicaciones de los ejércitos realistas del sudoeste al nordeste y les impedia obrar de concierto en todas partes.

Las pasiones cedieron á los riesgos, y los partidos formaron un exacto juicio de su situacion. Ni el uno ni el otro eran bastante fuertes para acabar prontamente con su contrario y quedarse luego en disposicion de hacer ventajosamente la paz ó la guerra. En vez de buscar su salvacion los moderados en la debilidad, y los fanáticos en el frenesí, los primeros comprendieron que antes de tratar era preciso vencer, y los segundos que para alcanzar la victoria ellos debian servir y sus rivales mandar. Desapareció toda desconfianza y las ambiciones transigieron con esperar á satisfacerse mas tarde. Fuese á ver con Essex una comision en la cual habia algunos de los mas acérrimos partidarios de la guerra, y esta comision le dió noticia de las medidas que se habian dictado á fin de reclutar y proveer de todo lo necesario á su ejército. Preguntóle si deseaba otra cosa; y finalmente puso en sus manos la suerte de la patria, prodigándole las mayores demostraciones de la confianza del parlamento. Por su parte el conde y sus amigos se dedicaron á la guerra con tanto ardor como si nunca hubiesen deseado otra cosa. Hollis que habia pedido pasaporte para retirarse con su familia al continente no hizo uso de él y se quedó: por todas partes los hombres vituperados antes de cobardes ó traidores estaban á la cabeza de los preparativos, de los esfuerzos, de los sacrificios; y sus fogosos adversarios reservados y dóciles los secundaban ahora con fervor, pero sin bullicio. Casi sin mostrar resistencia alguna permitieron que Enrique Martyn fuese escluido y encerrado

en la torre con motivo de la audaz proposicion que habia sentado. Tan firmemente querian los exaltados sacrificarlo todo á aquel momentáneo concierto, único medio de salvacion que les quedaba. Esta prudente conducta no tardó en producir su fruto, pues mientras que Waller y Manchester cada uno por su parte formaba un ejército de reserva, se ejecutaron con una rapidez inaudita el levantamiento de nuevas fuerzas, la recaudacion de fondos y las provisiones destinadas á las tropas de Essex, únicas que podian entrar prontamente en campaña: cuatro regimientos de la milicia de Londres quisieron servir entre ellas, y el 24 de agosto despues de una solemne revista en Hounslow-Heath á presencia de la mayor parte de los miembros de ambas cámaras, el conde salió á la cabeza de catorce mil hombres para ir á marchas forzadas á socorrer á Glocester, que el rey bloqueaba estrechamente de quince dias á aquella parte.

Bien contra sus deseos renunció Cárlos despues de la victoria á dar un golpe decisivo á Londres mismo, y aun se habia resuelto hacerlo siguiendo un plan que ofrecia los mejores resultados, pues se trataba de que mientras el rey se adelantase desde el oeste al este, lord Newcastle vencedor tambien en el condado de York marcharia desde el norte al sud y los dos grandes ejércitos realistas se reunirian ante las murallas de la ciudad. Tomada Bristol Cárlos envió á Felipe Warwick que era uno de sus mas fieles servidores á que comunicase este plan á lord Newcastle y le empeñara á ponerse en movimiento; pero los grandes señores que servian al partido del rey no eran generales á quienes él pudiese hacer obrar á su antojo. Del monarca habian recibido la comision mas nó el poder, y contentos con sustentar su causa en los lugares en que tenian influjo no pensaban perder su independencia. Newcastle hombre orgulloso, magnífico, amante de la pompa y del ocio, poco amigo de que se le contradijera, y rodeado de una pequeña corte, á la cual su elegancia y sus modales atraian á los hombres de gusto, no queria ir á Oxford á confundirse entre los cortesanos, ni formar parte del ejército del rey, á las órdenes de un basto estrangero como el príncipe Roberto. Despues de escuchar con frialdad la

proposicion que le hizo Warwick, le dijo: „me acuerdo de la his-
„toria del rebelde irlandes Tyronne hecho prisionero por el virey
„Mountjoy y presentado á la reina Isabel, el cual cuando en los
„salones de Whitehall vió que apenas habia quien reparase en el
„virey y que este estaba en pie como los demas aguardando á
„que se presentara la reina, se volvió hácia uno de sus compatri-
„cios y le dijo; mucho me humilla haber sido hecho prisionero
„por un hombre que me parecia poderoso y que confundido aho-
„ra entre la muchedumbre se empequeñece tanto como es preciso
„para aguardar aqui que una muger pase. Por lo mismo, continuó
„Newcastle, mientras Hull no sea tomada es imposible que yo
„abandone el condado de York." Warwick transmitió esta contes-
tacion al rey, que no se quejó de ella. No faltaba todavía quien le
aconsejase que marchara sobre Londres, y tal era tambien el pare-
cer de la reina, mas él no gustaba de las tentativas arriesgadas, no
tanto por temor del peligro como por no comprometer su digni-
dad, mucho mas cuando no habia olvidado que el año anterior
despues de las batallas de Edgehil y de Brentford hallándose casi
en las puertas de la capital hubo de contramarchar, nó sin que su
orgullo se resintiera en gran manera de ello. Muchos y buenos
oficiales eran de parecer que se sitiase á Glocester, los unos con
miras desinteresadas y otros con la esperanza de un rico botin, y
el coronel Guillermo Leg se jactaba de que tenia inteligencia con
el gobernador Eduardo Massey. Decidióse finalmente el rey, y en 10
de agosto su ejército mandado por él mismo en persona fue á ocu-
par las colinas que dominaban la plaza, defendida únicamente por
una guarnicion de mil quinientos hombres y por los habitantes.

Apenas hubo llegado cuando les intimó la rendicion dándoles
dos horas de tiempo para contestar. Antes que espirase este plazo
se presentaron en el campamento real dos diputados de Glocester
pálidos, flacos, con los cabellos arrasados, y vestidos de negro, di-
ciendo que traian á S. M. la respuesta de la piadosa ciudad de
Glocester, y habiendo sido presentados al rey le leyeron una car-
ta que decia de esta manera: „Nosotros los habitantes, los magis-
„trados, los oficiales y la tropa de Glocester damos al gracioso

„mensage de S. M. esta humilde respuesta: en fe de nuestro jura-„mento tenemos dicha plaza para el servicio de S. M. y de su real „posteridad: nos creemos obligados á obedecer las órdenes de S. „M. segun nos son transmitidas por las dos cámaras del parlamen-„to; y en consecuencia de esto con la ayuda de Dios defenderé-„mos la plaza con todo nuestro poder." Al oir semejante mensage leido con voz clara y tono firme, al ver el estraño aspecto y la fria apostura de los dos diputados que estaban inmóviles ante el rey esperando su respuesta, faltó poco para que estallase entre los circunstantes una esclamacion de sorpresa, de enojo y hasta de burla; pero el rey grave á la par que sus adversarios, contuvo la esclamacion con un gesto y despidió á los mensageros diciéndoles que padecian notable engaño si es que contaban con el ausilio del conde de Essex ó de Waller; porque el primero no podia atravesar hasta Glocester y el segundo fue derrotado. Vueltos apenas á la plaza, vieron que solo tenian que defender lo que estaba dentro del circuito de los muros porque los habitantes mismos habian incendiado los arrabales.

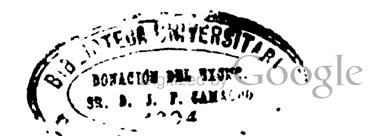
Su infatigable ardimiento burló desde el 10 de agosto al 5 de setiembre los esfuerzos de los sitiadores: á escepcion de ciento cincuenta hombres que siempre habia de reserva la guarnicion entera estaba en pie, y los ciudadanos, las mugeres y los niños compartian los trabajos y los riesgos de la tropa. Hiciéronse varias salidas de la plaza, y en todas ellas no desertaron mas que tres hombres. El ejército real cansado de tan larga espera en que no alcanzaba gloria ni tenia reposo, trató de vengarse devastando el pais, y hasta los mismos oficiales ocupaban á los soldados en arrebatar del campo á algun propietario rico y de opinion distinta que habia de rescatar su libertad con gruesas sumas. Crecian de continuo la indisciplina del campamento y la ira del pueblo. Bien hubiera podido arriesgarse un asalto; pero el de Bristol, reciente todavía, costó tan caro que nadie osaba proponerlo, y asi fue que el rey no tenia mas esperanza que el cansancio que tarde ó temprano debia producir en la ciudad un largo bloqueo; cuando hé aqui que de repente y con no poca sorpresa se supo que se acercaba el conde

de Essex. En vano el príncipe Roberto saliendo de los reales con una division de caballería quiso detenerlo, pues el conde avanzaba empujando por delante á su enemigo. Hallábase ya á pocas millas del campo, y los caballeros del rey se habian replegado en las avanzadas de su infantería con la esperanza de detener al conde aunque solo fuese por un dia, cuando Cárlos le envió un mensage con proposiciones pacíficas. „ El parlamento, dijo Essex, no me ha „ dado encargo de negociar sino de socorrer á Glocester, y esto es „ lo que haré ó moriré en la demanda." La misma tropa gritaba que no queria escuchar proposiciones; por todo lo cual Essex continuó su marcha, y cuando el dia 5 de setiembre desplegaba su ejército en las cumbres de Presbury á dos leguas de Glocester, conoció que se habia levantado el sitio, puesto que el campamento real estaba ardiendo. Entró en la plaza, aprovisionóla completamente, colmó de elogios al gobernador y á los soldados, felicitó á los ciudadanos por su valor, con el cual se salvaron á sí mismos y salvaron al parlamento; á su vez recibió demostraciones de la mas acendrada gratitud, en la iglesia, en su casa misma y en las calles, y á los dos dias se puso en marcha hácia Londres, pues su mision estaba cumplida y era urgente poner cerca de las cámaras el único ejército capaz de protegerlas.

Todo parecia prometerle una retirada tan feliz como la espedicion, pues Cirencester habia caido en su poder con sus ricos almacenes de víveres, y su caballería sostuvo gloriosamente en algunas escaramuzas las cargas de los formidables caballeros del príncipe Roberto, cuando el dia 19 de setiembre al acercarse á Newbury vió que los enemigos se le habian adelantado, y que ocupaban la ciudad y las alturas circunvecinas, que el camino de Londres estaba obstruido, y que solo podia facilitárselo una batalla. El rey en persona estaba á la cabeza de su ejército en una posicion ventajosa, y á propósito para recibir de Oxford y de Wallnigford los socorros que necesitase, y el pais poco favorable á los parlamentarios ocultaba con esmero todos los frutos. Por grandes que fuesen los riesgos que ofreciese una batalla era preciso darla, asi para ir adelante como para no perecer de hambre. Essex no va-

ciló un instante, y apenas amanecido el siguiente dia, trasladándose á la vanguardia atacó la principal colina y arrojó de ella á los regimientos que la ocupaban. Empeñada sucesivamente la accion entre todos los cuerpos y en todas las posiciones, duró hasta la noche y fue tan bravamente sostenida por ambos partidos como que el uno y el otro en sus relaciones hicieron consistir toda la gloria en elogiar al enemigo. Sostenia á los realistas la esperanza de reparar un descalabro que suspendió el curso de sus triunfos, y á los parlamentarios el deseo de no perder cuando estaban ya tan cerca del fin, el fruto de un triunfo que puso término á sus descalabros. Las milicias de Londres hicieron prodigios, pues dos veces sostuvieron con firmeza las cargas del príncipe Roberto que habia roto la caballería enemiga. Los generales Essex, Skippon, Stapleton y Merrick se arriesgaron como simples soldados, y los criados y toda la gente que seguia el ejército se metieron en la batalla y se portaron como valientes. Al caer el dia cada hueste se quedó en su posicion respectiva; y si bien Essex habia ganado terreno, las tropas realistas le cerraban todavía el paso, y parecia indudable que á la mañana siguiente se repetiria la batalla, cuando á la salida del sol se vió con no poca sorpresa que las tropas del monarca se retiraban dejando libre la carretera. Con esto Essex continuó la marcha sin mas contratiempo que algunas cargas del príncipe Roberto, y aquella noche la pasó en Reading con su ejército y al abrigo de todo riesgo.

La crudeza del combate habia desalentado á los realistas no menos valientes, pero nó tan porfiados como sus adversarios, y prontos á desesperar lo mismo que á lisonjearse de un éxito favorable. Es verdad que sus pérdidas fueron grandes y de aquellas que cuando acaecen cerca de un rey, hieren á la imaginacion con mucha mas viveza. Habian sucumbido mas de veinte oficiales de nota, y entre ellos algunos tan ilustres por su mérito como por su clase, cuales eran lord Sunderland que tenia apenas veinte y tres años, y cuyas opiniones abiertamente manifestadas, le habian hecho bienquisto de todos los hombres y de todos los buenos protestantes de su partido; lord Caernarvon escelente oficial y muy



útil al rey por su rigidez en materia de disciplina, querido de la tropa por su justicia y tan escrupuloso observador de su palabra, que nada fue capaz de detenerle en el ejército del oeste, cuando el príncipe Mauricio que lo mandaba, violó la capitulacion ajustada con las ciudades de Weymouth y de Dorcester; lord Falkland honor del partido realista, patriota siempre, aunque proscrito en Londres, y siempre respetado del pueblo aunque fuese ministro en Oxford. Nada le obligaba á ir al campo de batalla, y sus amigos mas de una vez le habian echado en cara su inútil temeridad; pero él les respondia riéndose: „mi empleo no puede hacerme perder los privilegios de mi edad, y un ministro de la guerra debe „estar en el secreto de los mayores riesgos." Algunos meses hacia que los buscaba con empeño, pues el espectáculo de los sufrimientos del pueblo, los males mayores que previa, la ansiedad de sus deseos, el desvanecimiento de sus esperanzas, y su constante malestar en un partido cuyos triunfos temia á la par que sus reveses, todo le sumergió en una amarguísima tristeza; habíase agriado su humor, hízose fija y sombría su imaginacion naturalmente brillante y viva, y á pesar de que por gusto y por costumbre le distinguió siempre una elegancia poco comun, ahora habia descuidado enteramente su trage y su persona, no le gustaba conversacion ni trabajo alguno; y muchas veces sentado entre sus amigos, y descansando la cabeza en las manos rompia su largo silencio, esclamando con acento de dolor, *la paz, la paz*, y la esperanza de alguna negociacion era la única cosa capaz de reanimarle. El dia de la batalla los que estaban cerca de él se admiraron de verle mas alegre y de que pusiese mayor esmero en vestirse. „Si me matan hoy, dijo, no quiero que encuentren mi cuerpo mal vestido; y como lo conjurasen para que no fuese á la batalla, de nuevo reapareció la tristeza en su semblante, y mientras en calidad de voluntario iba á reunirse al regimiento de lord Byron dijo: „Nó, hace ya demasiado tiempo que todas estas cosas despedazan mi alma." Apenas se hubo comenzado la accion cuando una bala lo hirió en el bajo vientre, y habiendo caido de caballo murió víctima de circunstancias demasiado bravías para su pura y tierna

virtud. Al dia siguiente encontraron su cadáver, y si bien sus amigos, en particular Hyde, se mostraron inconsolables por su pérdida, los cortesanos supieron sin mucho pesar la muerte de un hombre que les era estraño, y Cárlos manifestó un sentimiento regular y se sintió mas libre en el consejo.

Apenas Essex hubo llegado á Reading cuando una comision de las cámaras fue á mostrarle la gratitud de estas, á proveer á todas sus necesidades y á averiguar todos sus deseos. El parlamento no solo estaba salvado sino que podia creerse para lo sucesivo libre de semejantes riesgos, mucho mas cuando el mismo éxito feliz que obtuvieron sus armas, alcanzó tambien á sus negociaciones, pues mientras que Essex hacia levantar el sitio de Glocester, Vane llegado finalmente á Edimburgo concluia una estrecha alianza con los escoceses. Con el nombre de *liga y convenio solemne* fue votado en un mismo dia por la convencion de los estados, y por la asamblea general de la iglesia de Escocia un tratado político y religioso, que consagraba á la defensa de la causa misma las fuerzas unidas de ambos reinos. Al dia siguiente partieron comisionados escoceses para Londres, en donde las dos cámaras despues de consultar á la asamblea de los teólogos sancionaron igualmente el tratado, y ocho dias despues en la iglesia de Santa Margarita de Westminster, todos los miembros del parlamento en pie y con la cabeza descubierta y las manos alzadas al cielo lo juraron, primero de viva voz y despues por escrito. En la ciudad fue recibido con el mas fervoroso entusiasmo aquel tratado que prometia la reforma de la Iglesia y el pronto ausilio de veinte y un mil escoceses: de manera que á la vez quedaban disipados los temores y satisfechos los deseos del pueblo presbiteriano. Al dia inmediato á la ceremonia Essex hizo su entrada en Londres, en donde la cámara de los comunes con su presidente se trasladó en cuerpo á la habitacion del general para cumplimentarlo, y el lord corregidor y las demas autoridades fueron á dar gracias al salvador y protector de sus vidas, fortunas, mugeres é hijos. Se espusieron al público las banderas cogidas en Newbury al ejército real, entre las cuales habia una que representaba la fachada esterior de la cámara de los

comunes con dos cabezas de delincuentes clavadas en la cima, con esta inscripcion: *Ut extra sic intra*. El pueblo se agrupaba en torno de estos trofeos. Los milicianos que habian tomado parte en la espedicion contaban los pormenores de ella, y en todas partes, asi en las conversaciones particulares como en los sermones y en los grupos que en las calles se formaban era proclamado con entusiasmo y bendecido el nombre de Essex. Resueltos el conde y sus amigos á sacar partido de este triunfo trasladóse aquel á la cámara alta, y presentando su dimision pidió que se le diera licencia para retirarse al continente, ya que ningun riesgo público le obligaba á quedarse, y por otra parte habia sufrido durante su mando muy graves disgustos y vaticinaba que se reproducirian, pues si Guillermo Waller conservaba mando independiente del suyo y el título de generalísimo, le dejaba á él solo toda la responsabilidad mientras que otro tenia derecho de no obedecerle; era demasiado terrible esta situacion para que quisiese continuar en ella. Sorprendidos los lores ó fingiendo quedarlo, al oir declaracion semejante, votaron que pedirian una conferencia á los comunes; pero al instante mismo llegó un mensage de estos, que hacia inútil semejante conferencia, porque informados ya de todo se apresuraban á poner en conocimiento de los lores que Waller ofrecia renunciar á su comision, recibir en adelante instrucciones del general en gefe y nó del parlamento, y solicitaba que se formase una comision que en el acto terminara á gusto del conde este desagradable incidente. Nombróse la comision y el negocio se concluyó antes que la sesion se levantase. Waller y sus amigos se sometieron sin murmurar, Essex y los suyos triunfaron sin jactancia, y la reconciliacion de los partidos pareció consumada en el instante en que de nuevo se empeñaba el combate.

El gozo de los presbiterianos estaba en su colmo; á su gefe debia el parlamento su salvacion, callaban sus enemigos, la próxima llegada del ejército escoces prometia á su causa un apoyo infalible, y en adelante ellos solos dispondrian de las reformas y de la guerra, pudiendo á su arbitrio continuarlas ó detenerlas. En las cámaras y fuera de ellas, en Londres y en los condados pronto se

hizo pública la victoria de los presbiterianos por el acceso de furor y la tiranía religiosa que se manifestaron en todas partes. Mandóse á la asamblea de teólogos que dispusieran un plan de gobierno eclesiástico y fueron llamados asimismo cuatro teólogos escoceses á fin de que trabajasen de concierto en el gran proyecto del partido, que era la uniformidad de culto en ambos pueblos. Las comisiones encargadas de examinar en cada provincia la conducta y la doctrina de los eclesiásticos que desempeñaban algun cargo, redoblaron su actividad y su rigor. Cerca de dos mil de ellos fueron espulsados de sus curatos y muchos otros perseguidos por anabaptistas, brunistas, independientes etc. fueron encarcelados por los mismos hombres que poco antes maldecian á una con ellos á sus comunes perseguidores. Cuantos en la ciudad se negaron á firmar el *covenant* fueron declarados incapaces de pertenecer al consejo, y hasta privados del derecho de elegir á sus individuos. El parlamento desde el orígen de la guerra habia hecho cerrar todos los teatros sin anatematizarlos por esto y limitándose á decir que los tiempos de afliccion pública debian consagrarse al arrepentimiento y á la oracion mas bien que á los placeres. Prohibiérouse ahora todas las diversiones, todos los juegos populares que estaban en uso en el reino para los domingos y demas dias festivos, sin esceptuar á ninguno por muy antiguo é inocente que fuese. Los mayos que desde tiempo inmemorial han sido una demostracion de regocijo por la vuelta de la primavera, fueron echados abajo con prohibicion de poner otros, y si los muchachos infringian estas órdenes, los parientes espiaban con una multa la espansion de la infantil alegría. El arzobispo Laud olvidado hacia tres años en una cárcel, de repente recibió órden de presentarse ante la cámara alta y de responder á la acusacion de los comunes; ¡pero qué mucho si para el fanatismo el odio y la venganza son deberes!

El mismo ardor se manifestaba para la guerra, pues los presbiterianos de la ciudad, orgullosos por haber tenido tanta parte en las últimas victorias, ya no hablaban de paz; algunos hombres ricos equipaban soldados y se ofrecian á servir personalmente, y Rolando Windsor que debia heredar de su padre un comercio inmenso y

una renta de dos mil esterlinas, se unió al ejército de Essex á la cabeza de un regimiento levantado á sus costas. Hollis, Clynn, Maynard, y otros gefes tan inclinados antes á negociar, arengaban ahora al consejo para que hiciese los últimos esfuerzos; de manera que nunca el partido pareció mas enérgico ni mas seguro del poder. A pesar de todo estaba muy próximo á la decadencia.

Empeñado desde su orígen en la doble reforma de la Iglesia y del estado no las continuaba en virtud de los mismos principios ni con los mismos planes. En materias religiosas su fe era ardiente, y sus doctrinas sencillas, firmes, rigurosamente deducidas unas de otras y encadenadas: el sistema presbiteriano, esto es, el gobierno de la Iglesia ejercido por ministros iguales entre sí y que deliberasen de comun acuerdo no era á sus ojos una institucion humana y acomodaticia que pudiese modificarse segun los tiempos y las circunstaucias, sino el único sistema legítimo, un gobierno de derecho divino y la misma ley de Cristo. Asi es que el partido queria su triunfo sin restriccion alguna y á toda costa, como una revolucion santa é indispensable. Lo contrario sucedia en política. A pesar de la acrimonia de sus obras y de su lenguage, sus ideas eran vagas, y moderadas sus intenciones: no le dominaban creencia alguna sistemática, ni pasiones verdaderamente revolucionarias: amaba la monarquía; al paso que combatia contra el rey respetaba las prerogativas trabajando para avasallar á la corona; solo confiaba en los comunes sin que por esto quisiera mal ni despreciase á los lores; obedecia á los hábitos antiguos, ni mas ni menos que á las recientes necesidades; no sabia darse precisa cuenta de los principios, ni de las consecuencias de su conducta; creia intentar solo una reforma legal y no deseaba otra cosa.

El partido presbiteriano agitado por tan contrarias disposiciones, imperioso é incierto, fanático alternativamente y moderado, ni aun tenia gefes salidos de sus mismas filas y constantemente animados por unos sentimientos mismos, sino que iba en pos de los reformadores políticos, primeros intérpretes y verdaderos representantes del movimiento nacional. Reputaba por natural y necesaria su alianza con estos: natural porque estos como él querian

reformar el gobierno y nó abolirlo: necesaria porque estos estaban en posesion del poder y lo conservaban gracias á la superioridad de su clase, de su saber y de sus riquezas: ventajas que no querian disputarle ni los mas exaltados presbiterianos. Mas si bien la mayor parte de los reformadores políticos admitian en los casos necesarios y aun compraban á costa de grandes concesiones el apoyo de los presbiterianos, no participaban en órden á la Iglesia ni de sus opiniones ni de sus miras. Un episcopado moderado y reducido á la administracion de los negocios eclesiásticos les hubiera convenido mas, y hé aqui por qué secundaban el sistema presbiteriano á disgusto suyo y nó sin trabajar por bajo mano al objeto de contener sus progresos. De esta manera la energía del partido en la revolucion religiosa era contrariada por gefes que el partido no queria ni podia abandonar, y su union no era completa y sincera sino en cuanto á la reforma política, es decir, en la causa en que ni los gefes ni el partido tenian pasiones tenaces que satisfacer ni principios absolutos cuyo triunfo apetecieran.

Al fin del año 1643 la reforma política legal al menos estaba terminada: no existian los abusos, habíanse hecho todas las leyes que se juzgaron necesarias, y modificado las instituciones tan bien como se supo: de modo que nada faltaba á la obra que los defensores de las libertades antiguas y los presbiterianos deseaban igualmente y podian llevar á cabo de comun acuerdo. Mas la revolucion religiosa estaba apenas comenzada; y la política vacilante y mal garantizada amenazaba convertirse en revolucion. Cerca estaba pues el instante en que debian infaliblemente estallar los vicios interiores del partido dominante hasta entonces, y la incoherencia de su composicion, de sus principios y de sus planes. Todos los dias se veia forzado á marchar por caminos opuestos y á tentar esfuerzos contradictorios. Rechazaba en el estado lo que queria en la Iglesia, y era preciso que variando sin cesar de posicion y de lenguage invocase alternativamente los principios y las pasiones democráticas contra los obispos, y las máximas y el influjo monárquicos ó aristocráticos contra los republicanos nacientes. Espectáculo era por cierto bien estraño ver como los mismos

hombres demolian con una mano y sustentaban con la otra, predicaban á veces las innovaciones y otras maldecian á los novadores; verlos ora temerarios, ora tímidos, rebeldes á la vez y déspotas, persiguiendo á los episcopales en nombre de los derechos de la libertad, y á los independientes en nombre de los derechos del poder; y notar que se arrogaban los privilegios de la tiranía y de la insurreccion declamando de continuo contra la insurreccion y la tiranía.

El partido se veia al mismo tiempo desamparado ó comprometido por muchos de sus gefes. Algunos como Rudyard solícitos ante todo de su reputacion y de su virtud se retiraban de la arena, ó parecian por ella muy de tarde en tarde, mas bien con el objeto de protestar que para hacer alguna cosa. Otros menos honrados como Saint-John, ó mas perseverantes ó mas atrevidos como Pym, ú ocupados sobre todo en su seguridad personal solicitaban ó mimaban cuando menos al nuevo partido cuyo próximo poder presentian. Muchos desengañados ó corrompidos habian renunciado á toda esperanza patriótica, no cuidaban sino de su propia fortuna, y formando en las comisiones que manejaban los negocios una confederacion hambrienta se distribuian los empleos, las confiscaciones y las ventas. Muchos de los grandes señores comprometidos en la causa nacional la habian abandonado para ir segun hemos visto á mendigar su paz á Oxford; otros se retiraban absolutamente de los negocios públicos, y recogidos en sus haciendas negociaban ya con la corte ya con el parlamento para librarse unas veces del pillage y otras del secuestro. El 22 de setiembre la cámara alta se componia de diez lores, y en 5 de octubre este número quedó reducido á la mitad; mas como se mandase pasar lista nominal en la apertura de cada sesion, lo cual hubiera justificado legalmente la ausencia, algunos de ellos volvieron á Westminster. El alta aristocacia mas sospechosa de cada dia y mas estraña al pueblo era para los presbiterianos un estorbo mas que un apoyo, y mientras que su fanatismo religioso alejaba de ellos á los mas útiles defensores de las libertades públicas, su moderacion política les impedia deshacerse de los aliados inciertos y capaces de comprometerlos.

Trajes militares, en tiempo de Enrique VIII.

Pl. 32



COSTUMES MILITAIRES SOUS LE RÈGNE DE HENRI VIII. (1530)

ANGLETERRE

Hacia tres años que el partido dominaba: que hubiese ó nó cumplido sus designios en la Iglesia y en el estado, ello es que de tres años á aquella parte se gobernaba con su ausilio y segun su parecer. Solo por esto cansábanse de él muchas gentes, atribuíanle todos los males ya sufridos y todos los engaños de sus esperanzas; reputábasele por tan perseguidor como á los obispos, tan arbitrario como al rey; encarecíanse con acrimonia sus contradicciones y sus debilidades, y generalmente por el solo progreso de los acontecimientos, y nó por interes ó enemiga se esperimentaba una secreta necesidad de nuevos principios ó de nuevos dominadores. Los unos y los otros estaban dispuestos, y para enseñorearse del poder no esperaban mas que una coyuntura. Mucho antes que comenzaran los disturbios y cuando los presbiterianos solo mostraban su intento de dar á la iglesia nacional una constitucion republicana, de mantener en ella bajo esta forma la unidad del poder y la de la fe, disputando asi al obispado la herencia del papazgo, entonces, decimos, los independientes, los brunistas y los anabaptistas preguntaban audazmente por qué razon habia de haber una iglesia nacional y con qué título un poder cualquiera, fuese el papazgo, el obispado, ó el presbiterio, se arrogaban el derecho de sujetar las conciencias de los cristianos al yugo de una unidad falaz. Toda la congregacion de fieles, decian, habitantes ó vecinos de un lugar mismo que en virtud de su fe comun se reunen libremente para adorar juntos al Señor, es una verdadera iglesia, sobre la cual ninguna otra iglesia puede reclamar autoridad alguna, y que tiene derecho de elegir por sí misma sus ministros, arreglar su culto y gobernarse por sus propias leyes.

El principio de la libertad de conciencia proclamado de esta manera por sectarios oscuros y entre los desbarros de un entusiasmo ciego, fue calificado de crímen y locura, y hasta los mismos que lo proclamaron parecian sostenerlo sin comprenderle y arrastrados por la necesidad, mas bien que á impulsos del raciocinio. Asi fue que lo proscribieron del mismo modo los episcopales y los presbiterianos, los predicadores y los magistrados, y solo se continuó la discusion acerca de cómo y por quién debia ser

gobernada la iglesia de Cristo. Juzgábase que lo interesante era elegir entre el poder absoluto del papa, la aristocracia de los obispos y la democracia del clero inferior, sin discutir si estos gobiernos, cualquiera que fuese su forma y su nombre, eran legítimos en sus principios.

Mientras tanto un general movimiento agitaba todas las cosas aun aquellas que no parecian afectadas por el mismo, y diariamente se hacia alguna tentativa á la cual ningun sistema podia sustraerse, ó se promovia algun debate que en vano procuraba sufocar el partido dominante. Llamados los hombres á considerar diariamente bajo distinto aspecto los negocios, á discutir opiniones, á rechazar exigencias hasta entonces desconocidas, sentian emanciparse su espíritu, y los unos se remontaban libremente sobre el hombre y sobre la sociedad á ideas mas latas, y los otros sacudian con audacia todas las preocupaciones y tascaban todos los frenos. Al mismo tiempo la libertad práctica en materias de fe y de culto era casi absoluta; ni jurisdiccion ni autoridad alguna reprensiva habian reemplazado todavía al obispado; y el parlamento ocupado en vencer á sus enemigos poco curaba de vigilar los piadosos estravíos de sus partidarios. El celo presbiteriano alcanzaba algunas veces de las cámaras declaraciones amenazadoras contra los nuevos sectarios; otras los recelos y los odios de los reformadores políticos coincidian con los de sus adictos aliados, y entonces de comun acuerdo dictaban contra sus adversarios medidas de rigorismo. Una ordenanza destinada segun su preámbulo „á reprimir las calumnias „y la licencia de las cuales la religion y el gobierno son blanco „de algun tiempo á esta parte," abolió la libertad de la prensa tolerada hasta entonces, y sujetó á previa censura todo lo que se publicaba. Mas como es imposible que el poder detenga á aquellos que le preceden en el movimiento por el cual es arrastrado el mismo, á las pocas semanas los realistas y los episcopales eran los únicos que sufrian el peso de estas restricciones, pues las sectas nuevas sabian burlarlas ó desafiarlas, y pululaban por todas partes y cada dia en mayor número, mas variadas y mas audaces, con los nombres de independientes, brunistas, anabaptistas, antipedobap-

tistas, cuákeros, antinomios y hombres de la quinta monarquía. La revolucion á la sombra del dominio de los presbiterianos suscitaba á la vez contra ellos á los entusiastas, á los filosófos y á los libertinos.

Todas las cuestiones tomaron entonces un nuevo giro, y varió de carácter la fermentacion social. Hasta entonces habian dirigido y refrenado las ideas de los reformadores políticos y de los religiosos los hechos de entidad y dignos de ser respetados, pues á los unos servia de modelo y de freno el estado legal de la antigua Inglaterra segun ellos lo concebian, y á los otros la constitucion de la Iglesia, cual la disfrutaban la Escocia, Holanda y Ginebra. Por mucha que fuese la audacia de sus empresas no guiaban á los unos ni á los otros deseos vagos ni pretensiones ilimitadas; no todos sus designios eran innovaciones, ni conjeturas todas sus esperanzas, y si desconocian la importancia de sus actos, érales dado al menos fijar su término. Ningun objeto preciso arregló la marcha de sus rivales, y ningun hecho histórico legal contenia dentro de sus límites las ideas que los impulsaban, sino que confiados en su fuerza, orgullosos con su elevacion, con la santidad de sus miras ó con su audacia, les atribuyeron el derecho de juzgarlo todo, de dominarlo todo, y tomándolas por guia los filósofos buscaban á toda costa la verdad, los entusiastas al Señor, y los libertinos el buen éxito de sus planes. Ora fuesen las instituciones, ora las leyes, las costumbres ó los sucesos, todo hubo de arreglarse segun el raciocinio ó la voluntad del hombre; todo fue materia de combinaciones nuevas, y en este audaz trabajo todo pareció legítimo, porque para ello se invocaba la ley de la necesidad, la fe que se tenia en un principio, ó el impulso que daba un arrobamiento. Los presbiterianos proscribian en la Iglesia la monarquía y la aristocracia, y por lo mismo no veian la necesidad de conservarlas en el estado. Los reformadores políticos habian dejado entrever que en definitiva cuando el rey ó los lores se obstinaban en negar su adhesion, debia prevalecer la voluntad de los comunes, y pareciales que se estaba en el caso de decirlo claramente. ¿Por qué no invocar la soberanía del pueblo sino cuando se desesperaba de la causa, y

queria legitimarse la resistencia, siendo asi que debia servir de base al mismo gobierno, y legitimar con anticipacion el poder? Despues de haber sacudido el yugo del clero romano y del clero episcopal se estaba muy próximo á sufrir el del clero presbiteriano; ¿para qué se necesitaba el clero? ¿Con qué derecho los presbíteros formaban un cuerpo permanente, rico, independiente, y autorizado á reclamar el brazo seglar? Quíteseles toda jurisdiccion, y príveseles de la facultad de escomulgar: déjenseles únicamente los medios persuasivos, á saber, la predicacion, la enseñanza y la oracion; y haciéndolo asi cesarán al momento todo abuso de poder espiritual, y todos los obstáculos que se oponen á que se vaya de acuerdo con el poder civil. Por otra parte el legítimo poder en materia de fe reside en los fieles y nó en los presbíteros; á los fieles toca elegir é instituir sus curas, nó á estos instituirse unos á otros para que los fieles los admitan de grado ó por fuerza. Finalmente, cada fiel puede considerarse como un presbítero para sí mismo, para su familia y para todos los cristianos que movidos por sus palabras le juzguen inspirado por el cielo, y quieran orar en su compañía; porque, ¿quién se atreverá á disputar á Dios el poder de conferir sus dones á quien quiere y de la manera que le place? Ora se trate de predicar ó de combatir, el Señor es quien elige y consagra los santos; y cuando él los elige pone su causa en sus manos y á ellos solos revela los medios por los cuales deben alcanzar el triunfo. Los libertinos aplaudian este lenguage, pues con tal que la revolucion fuese llevada á su término poco les importaban los motivos que la impulsaran ni los medios que se empleasen para ello.

De esta manera se formaba el partido de los independientes, menos numeroso en verdad y menos arraigado en el suelo nacional, que el de los presbiterianos; pero árbitro ya de aquel ascendiente hijo de las creencias sistemáticas y completas, dispuestas siempre á dar razon de sus principios y á aceptar todas sus consecuencias. La Inglaterra hallábase entonces en una de aquellas crisis gloriosas y formidables en que el hombre olvidando su debilidad para no acordarse mas que de su dignidad tiene aquella sublime

ambicion de no obedecer sino á la verdad pura y el loco orgullo de atribuir á su opinion todos los derechos de la verdad. Políticos, sectarios, presbiterianos, independientes, todos los partidos en fin pensaban tener razon y se sentian dispuestos á probarlo. En esta prueba quedaban poco airosos los presbiterianos; porque su sabiduría se fundaba nó en principios sino en la autoridad de los hechos y de las leyes; y no sabian cómo rechazar, valiéndose de la razon sola, los argumentos de sus rivales. Los independientes eran los únicos que profesaban una doctrina sencilla, y en la apariencia rígida, que sancionaba todos sus actos, bastaba á todas las necesidades de su situacion y no obligaba á los hombres sinceros á ser hipócritas, ni á los resueltos á ser inconsecuentes: por esto ellos empezaban á pronunciar aquellas palabras poderosas que bien ó mal comprendidas, dispiertan en nombre de nobles esperanzas las mas enérgicas pasiones de la humanidad, á saber, la igualdad de derechos, el justo reparto de los bienes sociales y la abolicion de todos los abusos. Entre sus sistemas religioso y político no habia contradiccion; no luchaban sordamente los gefes y los soldados, ningun símbolo esclusivo, ningun límite riguroso hacia difícil acercarse al partido; pues á la par de la secta de donde tomó el nombre tenia por máxima fundamental la libertad de conciencia. Por otra parte la inmensidad de las reformas que se propuso, y la vasta incertidumbre de sus proyectos permitian alistarse en sus banderas á los hombres de todas las clases: asi los jurisconsultos se unian á él con la esperanza de arrebatar toda jurisdiccion y todo imperio á los eclesiásticos sus rivales; los publicistas populares se prometian de él una legislacion nueva, clara y sencilla, que hiciese perder á los jurisconsultos sus enormes utilidades y su poder: Harrington podia en aquel partido soñar en una sociedad de sabios, Sidney en la libertad de Esparta, ó de Roma; Lilburne en la restauracion de las antigas leyes sajonas; Harrison en la venida de Cristo; y hasta era tolerable en él por consideracion á su audacia el cinismo de Enrique-Martyn y de Pedro Wentworth. Los republicanos, los niveladores, los raciocinadores, visionarios, fanáticos, ambiciosos, todos eran admitidos á reunir en un solo punto

sus enojos, sus teorías, sus éstasis y sus intrigas; bastaba que impulsados todos por un odio igual contra los caballeros y los presbiterianos se condujesen con el ardor mismo hácia aquel desconocido porvenir que habia de colmar tantos deseos.

Ni Essex ni sus amigos podian alcanzar en el campo de batalla ni en Westminster victoria alguna capaz de sofocar ni de contener siquiera por largo tiempo semejantes discordias, que eran públicas en Oxford lo mismo que en Londres, y constituian la base de las combinaciones de todos los hombres sensatos, ora fuesen parlamentarios ora realistas. Todo se le noticiaba al rey y se le apremiaba para que se aprovechase de las circunstancias, si bien es verdad que no estaban acordes en las noticias, en las proposiciones ni en los medios, los cortesanos, los ministros, los intrigantes y los servidores sinceros. Confiados los unos en que las facciones rivales querrian mas bien batallar mutuamente que acudir al comun peligro, aconsejaban que se hiciese la guerra con actividad, eran de dictámen otros que por medio de los condes de Holland y de Bedford refugiados en Oxford se entablasen relaciones con Essex y con su partido, que en el fondo siempre habian deseado la paz, opinaban otros que se hiciesen proposiciones á los gefes de los independientes, que ya tenian reputacion, asegurando que este era el medio de sacar mejor partido; y lord Lovelace seguia con conocimiento del rey una asidua correspondencia con Enrique Vane, bien lejos de creer que este la sostuviese con el beneplácito de los suyos y con el fin de averiguar el estado de la corte. Sin embargo ninguno de estos consejos tenia eficacia ni era adoptado. Los lores desertores del parlamento consiguieron á duras penas que se les abriesen las puertas de Oxford, pues al primer rumor de que se acercaban se alzó contra ellos un grito general, el consejo privado deliberó larga y solemnemente acerca de la manera con que se los recibiria, y á pesar de las prudentes reflexiones de Hyde, recientemente nombrado canciller del tribunal de rentas, Cárlos decidió que se los admitiese pero que se los tratara con frialdad. En vano lord Holland que era el mas elegante y mas diestro entre todos los cortesanos, logró con la ayuda de Jermyn congraciarse de nuevo

con la reina; en vano hizo uso de toda su maña para recobrar su antigua familiaridad con el rey, unas veces afectando que le hablaba al oido, otras llevándolo al alfeizar de alguna ventana para tener ocasion ó aparentarlo al menos de hablar con él en secreto; en vano en la batalla de Newbury se batió bizarramente como voluntario, ofreciendo su sangre en prenda de su nueva fidelidad: nada pudo vencer la altiva sequedad del rey, ni acallar los clamores en la corte, de manera que los lores refugiados viendo que sus servicios no eran aceptos pensaban solo en sustraerse á tantas pesadumbres. Mas favor alcanzaban los que querian una guerra activa, aunque sus palabras no producian tampoco efecto. El fatal éxito del sitio de Glocester habia puesto á Oxford en una anarquía impotente y quisquillosa; todos se vituperaban recíprocamente aquella desgraciada empresa: el consejo se quejaba de los desórdenes del ejército: el ejército rechazaba con insolencia los vituperios del consejo: el príncipe Roberto, aunque dispensado hasta en un dia de batalla de obedecer á cualquiera que no fuese el rey, tenia zelos del general en gefe, y el general y todos los grandes señores murmuraban abiertamente contra la independencia y la grosería del príncipe Roberto. El rey que en la persona de sus sobrinos respetaba la dignidad de su sangre, no podia resolverse á dar razon contra ellos á un súbdito, y á este ridículo orgullo sacrificaba los derechos y hasta los servicios de sus mas útiles amigos. Hyde era el único que se oponia francamente á semejantes faltas, y lograba algunas veces prevenirlas; pero estraño como era á la corte, sin mas lustre ni poder que el de su destino, tenia precision de que la voluntad del rey le sostuviera, unas veces contra el humor de la reina, y otras contra las intrigas de zelosos cortesanos: mantenia su reputacion de consejero influyente y hombre sabio, pero sin ejercer un ascendiente positivo ni alcanzar resultado alguno importante. La discordia pues era tan grande y mas fatal en Oxford que en Londres; porque aqui precipitaba el movimiento y en Oxford lo paralizaba.

En medio de semejantes obstáculos y cuando en el fondo de su corazon estaba quizás tan cansado de su partido como de su pue-

blo, supo Cárlos la nueva alianza de la Escocia con el parlamento, y que uno de sus reinos se disponia con esto á hacerle la guerra. En el acto mandó al duque de Hamilton que acababa de recobrar su confianza y era su comisionado en Edimburgo que impidiese á toda costa union semejante. Para ello se ofreció á los escoceses asegurarles la tercera parte de los destinos de la casa real, incorporar de nuevo á la Escocia los condados de Northumberland, Westmoreland y Cumberland unidos en otro tiempo á su territorio, fijar en Newcastle la residencia real y establecer en Escocia mismo al príncipe de Gales y á su corte. Semejantes promesas, si es ciertó que se hicieron, no podian ser sinceras ni cumplirse, y aun cuando el parlamento escoces lo hubiese querido, un hecho reciente no permitia que se dejase engañar. El conde de Antrim acababa de ser detenido en Irlanda por las tropas escocesas acantonadas en Ulster pocas horas despues de su desembarco, y se le encontraron encima las pruebas de un plan formado en York, entre él y Montrose, mientras su permanencia cerca de la reina, con el objeto de transportar á Escocia una division de católicos irlandeses, sublevar á los montañeses del norte, y hacer una poderosa diversion en favor del rey. Evidentemente estaban ya á punto de comenzar la empresa; porque Montrose se habia reunido al rey durante el sitio de Glocester, y Antrim llegaba de Oxford. De aqui se seguia que el rey lo mismo que en su último viage á Escocia meditaba contra sus súbditos muy siniestros planes, al tiempo mismo que de su parte se les hacian las proposiciones mas ventajosas. El parlamento de Edimburgo ajustó al instante su tratado con el de Westminster y le informó de todos estos pormenores. Habia hecho y le transmitió un importante descubrimiento. Los papeles de Antrim dejaban entrever que el rey mantenia frecuentes relaciones con los irlandeses insurreccionados, que habia recibido muchas solicitudes y ofrecimientos suyos, y que estaba próximo á concluir con ellos una suspension de armas de la cual se prometia para la inmediata campaña felicísimos resultados. Todo esto era positivo, pues Cárlos sin dejar de maldecir á la Irlanda cuando hablaba á la Inglaterra, desde mucho tiempo á aquella parte contemporizaba con ella y entendia

en negociaciones. La guerra encendida en aquel desgraciado pais por la insurreccion continuó sin descanso aunque sin producir resultado alguno; porque diez ó doce mil soldados mal pagados, eran harto débiles para someter, pero bastantes para impedir la emancipacion. En febrero de 1642, antes que estallase la guerra civil, deseando las cámaras hacer un grande esfuerzo abrieron un empréstito suficiente para los gastos de una espedicion decisiva, y para su reembolso se habian señalado las tierras que la confiscacion no podia menos de incorporar á la corona. Con esto se recogieron muchas sumas y se enviaron algunos socorros á Dublin; pero entonces estalló la guerra civil y el parlamento ocupado en sus negocios propios solo pensó en la Irlanda muy de tarde en tarde y con poco calor y menos fruto para acallar cuando se hacian muy frecuentes las súplicas de los protestantes de aquel pais y á fin de que á los ojos de la Inglaterra el rey fuese responsable de sus desgracias. Cárlos no atendia ni sacrificaba mas á los intereses de la Irlanda, y mientras que vituperaba al parlamentó por haberse apropiado algunas de las cantidades recogidas con aquel objeto, interceptaba los convoyes destinados allá y arrebataba de los mismos arsenales de Dublin los fusiles y la pólvora de que la tropa tenia una necesidad urgente. Los principales protestantes de Irlanda, aristócratas por su posicion social, eran adictos al episcopado y á la corona. Entre los oficiales del ejército habia muchos de aquellos á quienes el parlamento alejó porque eran caballeros y el general era el conde de Ormond, rico, valiente, generoso y popular que ganó dos batallas contra los rebeldes y atribuyó al rey esta ventaja. Consecuencia fue de todo esto que el partido parlamentario declinase rápidamente en Irlanda en donde los magistrados que le eran adictos fueron sustituidos por otros realistas; y cuando el parlamento envió á dos miembros de los comunes en calidad de comisionados suyos, y para que recobrasen algun poder, Ormond les impidió la entrada en el consejo y á los cuatro meses tuvo la fuerza necesaria para obligarlos á que de nuevo se embarcasen. Desde entonces el poder civil y el militar quedaron en manos del rey, que desembarazado de una vigilancia importuna aunque

impotente no vaciló en seguir el plan hácia donde lo arrastraban su posicion y sus inclinaciones. La reina mantuvo siempre con los católicos irlandeses una correspondencia que no es regular ignorase su marido, y por otra parte la insurreccion no era como en los primeros dias el asqueroso desencadenamiento de un populacho feroz, pues un consejo soberano compuesto de veinte y cuatro miembros y residente en Kilkenny desde el 14 de noviembre de 1642, la dirigia con prudencia y regularidad y mas de una vez elevó al rey afectuosos mensages suplicándole que no persiguiese, con el fin de complacer á sus enemigos, á súbditos fieles que no aspiraban sino á servirlo. Cárlos no se juzgaba todavía ni en bastante riesgo, ni tan desobligado con la opinion de su pueblo que pudiese aceptar abiertamente semejante alianza; pero sí creyó que al menos podia mostrar á los irlandeses alguna dulzura y llamar á Inglaterra al ejército que combatia contra ellos en su nombre á fin de emplearlo contra rebeldes mas aborrecidos y mas temibles. Mandóse pues á Ormond que entablase negociaciones en este sentido con el consejo de Kilkenny, y mientras se esperaba su resultado para escusarse con la necesidad, se hizo cundir la voz del apuro, que en efecto era real, á que estaban reducidos en Irlanda asi la causa del protestantismo como sus defensores. En una larga y patética representacion dirigida al consejo de Dublin espuso el ejército todas sus miserias, y su resolucion de dejar un servicio que no podia cumplir por mas tiempo, y fueron enviados al rey y á las cámaras á Oxford y á Londres la misma declaracion y las quejas mismas. Proseguíanse entre tanto las negociaciones que tocaban ya á su término, cuando Antrim fue arrestado, y hácia mitad de setiembre, esto es, pocos dias antes que en Westminster se jurase solemnemente el tratado concluido con la Escocia, la Inglaterra supo que el rey acababa de firmar con los irlandeses rebeldes una tregua de un año, y que llamadas las tropas inglesas que batallaban contra los insurrectos desembarcarian muy pronto en Chester cinco regimientos y otros tantos en Bristol.

En todas partes se levantó entonces un clamor violento: los irlandeses eran para la Inglaterra un objeto de desprecio, de aver-

sion y de espanto; en tanto estremo que entre los mismos realistas y hasta en la ciudad de Oxford no tardó en manifestarse el descontento. Muchos oficiales dejando el ejército de lord Newcastle se sujetaron al parlamento. Lord Holland llegó á Londres diciendo que en Oxford prevalecian decididamente los papistas, y que su conciencia no le permitia estar allí; y con el mismo preteste cohonestaron su inconstancia ó su cobardía los lores Bedford, Clare, Paget, Eduardo Deuing, y muchos otros que se fueron de la corte. Las cámaras no eran delicadas en materia de arrepentimiento. El proceder del rey era el objeto de las invectivas y de los sarcasmos del pueblo; recordábanse sus recientes protestas, y el altivo tono con que hizo su apología, cuando se le vituperó la inteligencia de la corte con los insurgentes; aplaudíanse por su mucho tino los que vaticinaron los secretos manejos de Cárlos, y todo el mundo se indignaba de que hubiese querido engañar de esta manera á su pueblo y contado con los buenos efectos de tan insigne mala fe. Mucho mayor fue la ira cuando se supo que con el ejército venido de Irlanda iban muchos papistas irlandeses y que no faltaban mugeres armadas de largos cuchillos y vestidas á guisa de salvages. Esto daba bien á entender que poco satisfecho el rey con no tomar venganza del degüello sufrido por los protestantes de Irlanda admitia en su servicio y contra los protestantes de Inglaterra á sus feroces matadores. Muchas personas aun de aquellas que se hacen superiores á las inconsideradas prevenciones de la muchedumbre concibieron contra el rey un odio terrible, por su doblez los unos, y los otros por el favor que dispensaba á los aborrecidos papistas. Desde entonces su nombre fue insultado, no obstante de que antes se pronunció siempre con respeto.

Sabedor Cárlos de todo y del empeño con que el parlamento procuraba fomentar esta enemiga, mostróse ofendido, cual si fuera un ultrage juzgar de sus intenciones, por sus obras y nó por sus palabras. Encendida mas y mas su cólera llamó á Hyde y le dijo: « tratar á esos rebeldes de Westminster como una fraccion „del parlamento es honrarlos demasiado, pues mientras ocupen un „lugar en la sala del congreso usurparán el poder de este. Se me

„ asegura que el acta en cuya virtud prometí no disolverlos sino
„ con consentimiento suyo es absolutamente nula de derecho, por-
„ que no me es dado abolir de esta manera las prerogativas de la
„ corona. Resuelto como estoy á hacer uso de ellas quiero que se
„ redacte un manifiesto que declare las cámaras disueltas, les pro-
„ hiba reunirse y prohiba tambien á todos mis súbditos que las
„ reconozcan y obedezcan." Hyde escuchaba con sorpresa y ansie-
dad, porque la sola idea de semejante medida le parecia una insen-
satez. "Veo, dijo al rey, que V. M. ha pensado maduramente este
„ negocio; mas en cuanto á mí es absolutamente nuevo y exige un
„ exámen muy serio. Por ahora diré tan solo que no comprendo
„ absolutamente cómo puede la prohibicion de V. M. de reunirse
„ en Westminster impedir á un solo hombre que penetre allí den-
„ tro; y sin embargo esta órden inspirará al reino entero grandísi-
„ mos recelos. Es posible, y yo me inclino á pensarlo asi, que el
„ acta de que V. M. habla sea en efecto nula; pero mientras que
„ el parlamento corregido de sus yerros ó reprimido en su rebelion
„ no lo declare por sí mismo, no habrá juez ni ciudadano alguno
„ que se atreva á sostener semejante dictámen. Mucho se ha habla-
„ do ya de que en el fondo esta era la idea de V. M.; que alimen-
„ taba la esperanza de revocar algun dia, invocando el mismo
„ derecho, todas las demas actas del parlamento; y el rumor solo
„ de esto ha traido muchos perjuicios á su servicio, por mas que
„ V. M. ha procurado con esquisito esmero desmentirlo: ¿Qué será
„ pues cuando se justifique la legitimidad de todas las sospechas
„ con un manifiesto que por otra parte es impotente? Suplico con
„ el mayor encarecimiento á V. M. que antes de poner por obra
„ este proyecto lo reflexione mas detenidamente."

Apenas se supo que Hyde habia hablado al rey con tanta franqueza, cuando casi todos los miembros del consejo se mostraron adictos á su dictámen. Cárlos á pesar de la terquedad de su carácter mostrábase incierto y tímido en medio de ellos, embarazábanle las objeciones, y comunmente cedia á ellas, ó bien no supiese qué responder, ó bien quisiera abreviar la discusion que aun con sus mismos adictos le desagradaba. Despues de algunos dias de dudas,

mas aparentes que verdaderas, abandonóse el proyecto aunque se convino que era necesaria alguna importante medida, cuando solo fuese para indicar al partido realista lo que le convenia é impedir que en el intervalo de las campañas fuese el parlamento el único que ocupara la impaciente actividad del pueblo. Puesto que el nombre de parlamento ejercia tanto imperio, propúsose convocar en Oxford á todos los miembros de las dos cámaras que se habian separado de Westminster, oponiendo asi á un parlamento faccioso y mutilado, un parlamento legal y verdadero, puesto que el monarca formaria parte del mismo. No le plugo á Cárlos esta proposicion, porque un parlamento aun cuando fuese realista baciasele sospechoso é importuno, considerando que seria menester escuchar sus consejos, sujetarse á su influjo y condescender acaso con deseos de paz que lastimaban el honor del trono. La oposicion de la reina fue mas tenaz, porque una asamblea inglesa por muy celosa que se mostrase en pro de la causa real no podia menos de ser enemiga de los católicos y de los favoritos. Era sin embargo difícil que esta proposicion una vez hecha pública fuese rechazada, y asi es que el partido realista la oyó con gusto, el consejo ponderó sus ventajas, haciendo mérito de los subsidios que las nuevas cámaras votarian y del descrédito en que habian de caer las de Westminster, cuando se viese el crecido número de individuos que de ellas desertaron. Cárlos cedió á pesar de su repugnancia, y porque la tendencia de los ánimos era tal que al hablarse de disolver un parlamento rebelde no se tuvo mas objeto que la congregacion de otro.

Esta noticia causó alguna sensacion en Londres, mucho mas porque se sabia que el partido realista hacia en la ciudad nuevas tentativas; que se hablaba de tratar directamente de la paz entre el rey y los ciudadanos, sin la mediacion del parlamento; que estaban ya acordadas las bases del ajuste, y que una de ellas era el reconocimiento de los empréstitos hechos á la ciudad y cuyos intereses no satisfacian las cámaras, mientras que el rey procuraba garantizarlos. Descubrióse fuera de Londres otra conspiracion tramada segun se decia por los moderados, y por algunos indepen-

dientes oscuros, cuyo objeto era oponerse á la entrada de los escoceses en el reino, y sacudir á toda costa el yugo del partido presbiteriano. Simultáneamente los comunes tenian que deplorar la pérdida de Pym que era el mas antiguo y quizás el mas útil de sus gefes á quien arrebató una enfermedad en pocos dias. Su reputacion no era tan brillante como la de Hampden, pero con consejos y con obras no habia hecho menos servicios que este. Era hombre firme, paciente, diestro en perseguir al enemigo y para dirigir un debate ó una intriga, utilísimo para fomentar la cólera del pueblo, y empeñar ó mantener en su causa á los magnates inciertos; miembro infatigable de la mayor parte de las comisiones, autor de las medidas decisivas, dispuesto siempre á tomar sobre sí los encargos mas penosos y temidos; indiferente al trabajo, á los disgustos, á la fortuna y á la gloria, y sin mas ambicion que el triunfo de su bando. Poco antes de su enfermedad publicó una apología de su conducta dirigida principalmente á los amigos del órden y de la paz, cual si estuviese arrepentido de lo pasado y le estremeciera que le pudiesen echar en cara los males venideros. La muerte le libró lo mismo que á Hampden de la dura alternativa de hacer todo lo que de él se esperaba ó de desmentirse á sí mismo; y sin embargo Cromwell, Vane, Haslerig y los demas hombres que se preparaban para convertir en revolucion la reforma nacional, lejos de encarecer con acrimonia los ligeros indicios de duda que en los últimos dias de su vida manifestó aquel veterano de la reforma, se empeñaron á porfía en honrar su memoria. El cuerpo de Pym estuvo de manifiesto algunos dias, tanto para satisfacer la ansiedad del pueblo que en tropel iba á verle, como para desmentir el rumor que circuló entre los realistas de que habia sido víctima de una asquerosa enfermedad pedicular. Se nombró una comision para que examinase el estado de su fortuna y le erigiese un monumento en la abadía de Westminster, la cámara entera siguió su féretro, y pocos dias despues se encargó de pagar sus deudas que ascendian á diez mil esterlinas, y que segun se dijo contrajo para el servicio de la patria.

En el momento en que los comunes resolvian esto se trasladaba

á la cámara de los lores una diputacion del consejo de la ciudad á dar gracias á las dos cámaras por su energía y al lord general por su valor, á renovar el juramento de vivir y morir por la santa causa que habian abrazado, y á convidar al parlamento á una comida solemne en testimonio de su union. Estas cosas rehicieron la confianza del parlamento. El dia mismo en que debia reunirse la asamblea en Oxford tuvo lugar en Westminster un llamamiento nominal al cual acudieron únicamente veinte y dos lores, si bien en los comunes se juntaron doscientos ochenta diputados, y hubieran sido muchos mas á no hallarse fuera otros ciento en desempeño de alguna comision de la cámara. Resolvió el parlamento no sufrir que sus derechos fuesen puestos en duda y rechazar con desprecio toda relacion con los rivales que se trataba de darle. Bien pronto se ofreció coyuntura para esto. Apenas habian transcurrido ocho dias, cuando Essex envió á la cámara alta y sin abrirlo un pliego que acababa de remitirle el conde de Forth general en gefe del ejército realista. La comision encargada de este negocio dijo muy luego que el pliego no contenia cosa alguna dirigida á las cámaras, y que el general no tenia mas que hacer que devolverlo. Essex obedeció en el acto. Efectivamente el pliego era para él y estaba reducido á que cuarenta y cinco lores y ciento diez y ocho miembros de los comunes congregados en Oxford le daban noticia de su instalacion, de sus intentos pacíficos y de la buena disposicion del rey, y le empeñaban para que emplease su crédito á fin de determinar en favor de la paz á las personas en quienes tuviese confianza. Con estas últimas palabras se designaba á las cámaras de Westminster que Cárlos insistia en no reconocer como parlamento.

En 18 de febrero Essex recibió otra carta en que el conde de Forth le pedia un salvoconducto para dos gentiles-hombres á quienes el rey queria enviar á Londres con instrucciones relativas al asunto de la paz. „Milord, le respondió Essex, siempre que me pidais un salvoconducto para que esos señores puedan presentarse „en nombre del rey á las dos cámaras del parlamento, haré con „mucho gusto cuanto en mí quepa para contribuir á lo que de„sean todos los hombres de bien, esto es, al restablecimiento de la

„buena armonía entre S. M. y su fiel y único consejo que es el „parlamento."

Gozábase Cárlos en hallar á sus adversarios tan intratables y en que no le quedase á su partido mas esperanza que la guerra. La asamblea de Oxford no era orgullosa; sentíase sin fuerza, dudaba de su derecho, no se atrevió á tomar el nombre de parlamento, y le pesaba que el rey negándose á darlo á las cámaras de Westminster hubiese puesto un obstáculo á la consecucion de la paz; por lo mismo insistió en que el monarca hiciese algun paso y concediera alguna cosa capaz de calmar los ánimos. A tanto empeño consintió Cárlos en escribir á las cámaras á fin de proponerles una negociacion, y puso el sobrescrito *A los lores y á los comunes del parlamento reunido en Westminster;* pero en el escrito hablaba de los lores y de los comunes del parlamento congregado en Oxford, como de sus iguales. La respuesta de las cámaras que vino muy luego estaba concebida en estos términos: „La carta de V. M. „nos da con respecto á la paz muy tristes esperanzas: en ella ha„bla V. M. de las personas reunidas hoy en Oxford, y que faltan„do á su deber han desertado de vuestro parlamento, colocándolas „en el igual rango que á este, al paso que V. M. defrauda del „mismo nombre á este parlamento convocado segun las leyes co„nocidas y fundamentales del reino y autorizado á continuar sus „sesiones por una ley especial sancionada por V. M. Nosotros no „podemos hacer traicion al honor del pais confiado á nuestra guar„da, y consideramos un deber declarar á V. M. que estamos fir„memente resueltos á defender á costa de nuestras fortunas y „vidas los justos derechos y el pleno poder del parlamento."

En vista de esto la asamblea de Oxford perdida toda esperanza de conciliacion se consideró desde entonces como sin objeto. Continuó sus sesiones hasta el 10 de abril publicando largos y tristes manifiestos, votando algunas contribuciones y empréstitos, dirigiendo á las cámaras de Westminster amargos vituperios, y dando al rey multiplicadas pruebas de fidelidad. Era sin embargo tímida, mostrábase inactiva, disgustada de su impotencia, y deseosa de conservar al menos alguna dignidad, no perdia coyuntura para ma-

nifestar en presencia de la corte su anhelo por el órden legal y por la paz. El rey que habia temido el imperio de tales consejeros bien pronto los juzgó importunos é inútiles, y ellos mismos se cansaron de congregarse solemnemente sin objeto y sin provecho. Despues de pomposas protestas en que Cárlos prometia arreglar su conducta en conformidad con los deseos de la asamblea la prorogó, y apenas estuvo cerrada la sala de las sesiones, cuando se felicitó á una con la reina por verse libre de aquel parlamento mestizo, de donde salian cobardes y sediciosas proposiciones.

Anunciábase bajo tristes aspectos la próxima campaña, pues si bien los dos ejércitos principales se mantuvieron inactivos durante el invierno, en lo demas del reino continuó la guerra en pro siempre del parlamento. Hácia el nordeste despues de seis semanas de ventajas los regimientos llamados de Irlanda fueron batidos y casi enteramente rotos por Fairfax en el condado de Chester: en el norte, los escoceses mandados por el conde de Leven comenzaron su invasion en 19 de enero mientras que lord Newcastle iba á su encuentro; Fairfax derrotó en Selby un crecido cuerpo de realistas, y Newcastle hubo de retrogradar y encerrarse en York para poner á esta importante plaza á cubierto de todo ataque. Hácia el este formábase á las órdenes del lord Manchester y de Cromwell un nuevo ejército de catorce mil hombres, pronto á trasladarse á cualquiera punto donde fuese necesario; y por la parte del mediodía y cerca de Alresford Guillermo Waller alcanzó una imprevista victoria sobre Rodulfo Hopton. Tantos y tan multiplicados descalabros no bastaron á compensarlos algunas ventajas que en los condados de Nottingham y de Lancaster alcanzó el príncipe Roberto, y por otra parte crecian en el ejército realista la indisciplina y el desórden, los hombres de bien se entristecian y disgustaban, y los otros exigian la licencia por premio de un valor sin virtudes; y la autoridad del rey sobre los gefes militares y la de estos sobre sus soldados iban en continua decadencia. En Londres sucedia lo contrario; todas las medidas eran á la vez mas regulares y mas enérgicas, y como hubo quejas de que la accion de las cámaras era tardía, de que ningun acuerdo podia mantenerse secreto y de que

el rey al instante tenia noticia de todo, creóse con el nombre de *comision de los dos reinos* una junta compuesta de siete lores, de catorce miembros de los comunes, y de cuatro comisionados escoceses, y se le dió un poder casi absoluto con respecto á la guerra, á las relaciones de los dos pueblos y á la correspondencia con los estados estrangeros. Algunas familias entusiastas se abstenian de una comida cada semana y entregaban su valor al parlamento, y esto que era un donativo voluntario se convirtió en contribucion forzosa para todos los habitantes de Londres y de las cercanías. Estableciéronse derechos de consumo hasta entonces desconocidos, sobre el vino, la cidra, la cerveza, y muchos otros artículos, mientras que la comision de secuestro mostraba cada dia mas rigorismo. A la abertura de la campaña, el parlamento mantenia cinco ejércitos, de los cuales el de los escoceses, el de Essex y el de Fairfax corrian por cuenta del tesoro nacional; y los de Manchester y de Waller se pagaban de las contribuciones locales, colectadas semanalmente en varios condados, que cuidaban tambien del enganche. Toda esta gente componia un total de mas de cincuenta mil hombres puestos á disposicion absoluta de la comision de los dos reinos.

Por muy presuntuosos que fuesen cuantos en Oxford estaban, no tardaron en manifestarse inquietos. Admirábales sobre todo no recibir de Londres ninguna noticia exacta y ver cuán secretos se mantenian los planes del parlamento, de quien se supo tan solo que en todas partes hacia grandes preparativos, que el poder se concentraba en manos de los mas atrevidos directores, que hablaba de medidas decisivas y que no habia cosa que no tomase un aspecto siniestro. Corrió repentinamente la noticia de que Essex y Waller puestos en movimiento se dirigian á sitiar á Oxford. La reina embarazada, de siete meses, dijo al punto que queria marcharse, y en vano algunos miembros del consejo le hicieron presente el mal efecto que su salida produciria, y en vano Cárlos mismo le manifestó sus deseos de que variase de dictámen; porque segun ella decia le era imposible soportar la idea de verse dentro de una plaza sitiada, y habia de morir si no la dejaban retirarse

hácia el oeste en algun punto en que pudiese parir lejos del teatro de la guerra y embarcarse para Francia en caso necesario. Como á la menor objecion se encolerizaba, suplicaba y vertia lágrimas, nadie insistió mas; y elegida para punto de su residencia la ciudad de Exeter que era la cabeza del condado de Devon, hácia fines de abril se separó de su marido que nunca mas volvió á verla.

La noticia que habia dado ocasion á todo esto era cierta, pues en realidad Essex y Walter se adelantaban para bloquear á Oxford, mientras que Fairfax, Manchester y los escoceses habian de reunir sus fuerzas delante de York y sitiarla. De manera que á la vez y por todas las fuerzas del parlamento iban á ser atacadas las dos grandes ciudades, y los dos grandes ejércitos realistas, y el rey, y lord Newcastle. Tal era el sencillo y audaz plan que adoptó la comision de los dos reinos. Hácia fines de mayo Oxford estaba casi absolutamente sitiada, pues las tropas del rey, perdidas una tras otra las plazas de que en el territorio eran dueñas, hubieron de replegarse las unas en la ciudad y las otras en un solo punto fuera de las murallas de esta y hácia el lado del norte; mientras que por otra parte era imposible que llegase á tiempo socorro alguno, porque el príncipe Roberto se internó en el condado de Lancaster, el príncipe Mauricio sitiaba el puerto de Lyma en el condado de Dorset, y lord Hopton estaba en Bristol ocupado en poner aquella importante plaza á cubierto de las intrigas que en ella procuraban urdir los enemigos. Un refuerzo de ocho mil hombres de las milicias de Londres puso á Essex en estado de formalizar el bloqueo, y el peligro parecia entonces tan inminente que uno de los consejeros del rey le propuso que se trasladase en persona al campamento del conde. „Podrá ser, dijo „Cárlos indignado, que me encuentren en poder del conde de „Essex; pero será estando muerto." Entre tanto cundió en Londres la voz de que no sabiendo cómo escaparse proyectaba presentarse repentinamente en la ciudad ó acogerse bajo la proteccion del lord general. El alarma de los comunes fue tanta como pudiera serlo la ira de Cárlos, y en el acto enviaron á Essex el despacho siguiente: „Milord: en esta capital circula la noticia de que S. M.

„quiere venir á ella y deseamos que V. S. procure por todos me-
„dios averiguar el fundamento que tenga, y creemos que si algu-
„na vez V. S. tiene motivos para pensar que S. M. se propone re-
„tirarse aqui ó al ejército de V. S., al momento lo pondrá V. S. en
„conocimiento de las cámaras y que no dará paso alguno sin con-
„sultar antes con ellas." Conociendo Essex la desconfianza que en estas palabras se traslucia contestó: „Iguoro absolutamente de dón-
„de nace el rumor de que S. M. quiere ir á Londres. Trataré de
„averiguarlo; pero en Londres es el punto en donde pueden te-
„nerse mas noticias de esto, pues en cuanto á mi ejército no he
„oido en él una palabra acerca de este asunto. Si llego á entender
„que el rey intente trasladarse á mi ejército ó al parlamento in-
„formaré de ello sin el menor retardo. Por de pronto entiendo
„que no hay motivo para dar crédito á esta noticia, y en todo ca-
„so creo que yo seré el último que la sepa."

No tardó en sorprender al parlamento y al ejército la noticia cierta y bien distinta de que el rey se les habia escapado. En efecto, á las nueve de la noche del 3 de junio, seguido del príncipe de Gales y dejando en la plaza al duque de York con toda la corte, habia salido de Oxford, pasado entre los dos campos enemigos, y alcanzando algunas tropas ligeras que le esperaban por el costado del norte se puso en un momento fuera del alcance de sus enemigos. La sorpresa fue tan grande como era evidente la necesidad de una pronta resolucion. El sitio de Oxford ya no tenia objeto; los dos ejércitos ya no habian de emprender cosa alguna juntos; el rey en campo libre iba sin duda á hacerse formidable, y sobre todo era menester impedir que se reuniese con el príncipe Roberto. Essex convocó un gran consejo de guerra y en él propuso que Waller que tenia menos artillería pesada y menos bagages fuese en persecucion del rey mientras que el conde se dirigiria al oeste para hacer levantar el sitio de Lyma y someter el pais al dominio del parlamento. Waller rechazó el plan fundándose en que no era este el destino que la comision de los dos reinos habia señalado al uno y al otro ejército en el caso de que debiesen separarse; sino que segun las instrucciones de la comision á él le correspon-

dia mandar en el oeste. El consejo de guerra apoyó el dictámen del lord general, Essex exigió de Waller que se sometiera, y este obediente se puso en marcha despues de haberse quejado á la comision del desprecio con que Essex miró sus instrucciones. Ofendida la junta elevó el asunto á la cámara de los comunes, y despues de un debate de que no queda vestigio alguno se mandó á Essex que retrocediera y fuese en persecucion del rey, dejando que Waller se adelantase solo hácia al oeste como debiera hacerlo desde el principio. El conde habia entrado en campaña con disgusto; sus enemigos á quienes intimidaron sus peligros y sus victorias comenzaron de nuevo durante el invierno á indicar sospechas contra él y á ocasionarle disgustos; poco antes de su salida una representacion del pueblo pidió la reforma de su ejército sin que los comunes se manifestaran disgustados de esto; el ejército de Waller estaba siempre mejor provisto y pagado, y no podia dudarse que Manchester levantaba otro contra él y con el objeto de reemplazarle en caso necesario; en Londres y en el ejército indignábanse sus amigos de que desde el salon de Westminster quisiesen dirigir las operaciones é indicar los movimientos de los generales hombres absolutamente estraños á la guerra. Todas estas cosas movieron á Essex á contestar en tales términos: "Vuestras „órdenes son contrarias á la disciplina militar y á la razon: si yo „volviese atras, esta retirada alentaria en gran manera á mis ene„migos. Vuestro inocente aunque sospechoso servidor, Essex." Dada esta contestacion siguió su marcha.

Sorprendida la junta contuvo por de pronto su cólera y dejó la cuestion para mas tarde, pues como los enemigos de Essex no tenian la fuerza necesaria para perderlo ni les era dable prescindir de él, se contentaron con que en la respuesta de la junta se continuasen algunas reprensiones por el tono que habia usado en la carta, sin embargo de lo cual se le mandó que continuase la espedicion de que el primer mensage le mandó separarse. La prudencia con que la junta se condujo era en gran parte hija de las noticias que habian llegado del ejército de Waller, quien despues de haber perseguido inútilmente al rey estaba entonces en peligro.

Apenas Cárlos supo que los dos generales del parlamento se habian separado y que no tenia que habérselas sino con uno de ellos se detuvo, escribió al príncipe Roberto que sin pérdida de momento fuese á socorrer á York, y él retrocediendo audazmente por el camino mismo que siguió al huir de Oxford penetró en la plaza á los diez y siete dias de haber salido de ella, púsose á la cabeza de sus tropas, y tomó la ofensiva mientras que Waller le perseguia aun en el condado de Worcester. Cuando este general tuvo noticia de los primeros movimientos del rey retrocedió á toda prisa porque á él tocaba cubrir el camino de Londres, y muy luego sostenido por algunos refuerzos se adelantó con su acostumbrada confianza para ofrecer ó aceptar cuando menos el combate. Cárlos y los suyos inflamados de aquel ardor que inspira una imprevista ventaja despues de un grande riesgo, lo deseaban con mas ansia todavía. La accion se empeñó el 29 de junio en Cropredybridge en el condado de Buckingham, y Waller á pesar de su brillante resistencia fue mas completamente batido de lo que de pronto creyeron sus mismos vencedores. La suerte pareció que daba á Cárlos una audacia y una pericia hasta entonces desconocidas. Tranquilo con respecto á Waller resolvió marchar repentinamente hácia el oeste, perseguir á Essex sin descanso, derrotando asi uno tras otro á los dos ejércitos que poco antes le tenian casi prisionero. Essex por otra parte se habia presentado delante de Exeter, y la reina que estaba allí, despues de pocos dias de parida no sabiendo aun las victorias de su marido iba á ser otra vez víctima de sus terrores. Cárlos se puso en marcha luego de su victoria, y al mismo tiempo con el objeto de hacerse agradable al pueblo mas bien que porque desease sinceramente la paz, desde Evesham dirigió un mensage á las cámaras en donde sin darles el nombre de parlamento hizo mil pacíficas protestas y ofreció otra vez entablar negociaciones. Pero mientras que se alejaba y antes que llegase á Londres su mensage la capital estaba ya tranquila por haber cambiado el aspecto de los negocios, pues la derrota de Waller no fue de importancia y el parlamento acababa de saber que cerca de York sus generales habian alcanzado una brillante victoria, que la ciudad no podia

tardar en rendirse y que en el norte el partido realista estaba casi anonadado.

Efectivamente desde las siete á las diez de la noche del 2 de julio se dió en Marston-Moor la batalla mas decisiva que tuvo lugar hasta entonces y que produjo mas resultados. Tres dias antes al acercarse el príncipe Roberto que se adelantaba hácia York con veinte mil hombres, los generales parlamentarios se decidieron á levantar el sitio con la esperanza de que á lo menos podrian impedir que el príncipe socorriese la plaza; mas este burlando sus planes entró en York sin obstáculo alguno. Newcastle le rogó encarecidamente que se diese por satisfecho con lo que habia ejecutado, pues segun dijo fermentaba la discordia en el campo enemigo; los escoceses estaban desavenidos con los ingleses, los independientes con los presbiterianos, el teniente general Cromwell con el mayor general Crawford, y que si queria combatir aguardase á lo menos un refuerzo de tres mil hombres que debian llegar dentro de pocos dias. El príncipe sin escucharlo apenas contestó con desabrimiento que tenia órdenes del rey, y mandó á las tropas que marchasen sobre el enemigo que se retiraba. Alcanzada muy pronto la retaguardia de este detuviéronse unos y otros, y juntando respectivamente sus fuerzas se dispusieron al combate. Aunque estaban á tiro de mosquete sin tener en medio mas que algunas zanjas, pasaron sin embargo dos horas inmóviles y en absoluto silencio esperando cada uno de ellos que el otro lo atacase. Newcastle preguntó al príncipe qué lugar le destinaba; mas como este le contestase que no queria empeñar la accion hasta la mañana siguiente y que por lo mismo podia descansar aquella noche, el general fue á meterse en su carruage. Apenas estuvo en él cuando el ruido de la mosquetería le indicó que la batalla estaba comenzada, y de repente sin recibir órden para ello se trasladó allí al frente de algunos gentiles-hombres ofendidos y voluntarios lo mismo que él. A los pocos instantes habia en aquel sitio un desórden espantoso. Los dos ejércitos se acometieron, penetraron el uno en el otro y se mezclaron: de manera que parlamentarios y realistas, caballeros y peones, oficiales y soldados iban errantes por el

campo de batalla, aislados ó en cuadrillas, pidiendo órdenes, buscando los cuerpos á que pertenecian, batiéndose en el mismo lugar en que se encontraban; pero sin plan alguno y sin ningun resultado. De repente manifestóse en derrota el ala derecha de los parlamentarios; dispersóse la caballería escocesa, desbaratada y estremecida de horror por una vigorosa carga de los realistas, y en vano procuraba Fairfax detenerla, porque los escoceses huian gritando: *desgraciados de nosotros, estamos perdidos.* Fue tal la rapidez con que derramaron por el pais la noticia de su derrota, que desde Newark fue un correo á llevarla á Oxford en donde se encendieron hogueras en demostracion de regocijo. Mas al volver los realistas de la persecucion vieron con no poca sorpresa que el enemigo á fuer de vencedor estaba en posesion del terreno que ellos ocuparon antes. Efectivamente mientras que la caballería escocesa huia sufrió igual suerte el ala derecha de los realistas mandada por el mismo príncipe Roberto, la cual despues de una encarnizada lucha hubo de ceder á la invencible obstinacion de Cromwell y de sus escuadrones, y acabó su derrota la infantería de Manchester. Cromwell contento con haber puesto en dispersion á los caballeros del príncipe supo reunir otra vez los suyos y trasladarse al campo de batalla para asegurar la victoria antes de ocuparse de gozar de ella. Despues de un momento de duda los dos cuerpos vencedores empeñaron de nuevo el combate, y á las diez de la noche no habia un solo realista en el campo, esceptuando los tres mil que quedaron muertos, y mil seiscientos prisioneros.

El príncipe Roberto y Newcastle entraron en York á media noche sin hablarse y sin verse, y apenas estaban en la ciudad cuando se enviaron recíprocamente un mensage. „He resuelto, decia el „príncipe al conde, marchar esta mañana con la tropa que me „queda. Yo parto al instante, contestó Newcastle, y voy á pasar „la mar para trasladarme al continente." Los dos cumplieron su palabra. El segundo se embarcó en Scarborough y el primero se puso en marcha hácia Chester con los restos de su ejército. York capituló á los quince dias.

El partido independiente rebosaba de alegría y esperanzas;

Trajes de la infanteria, en tiempo de Enrique VIII.

COSTUMES MILITAIRES INFANTERIE SOUS LE RÈGNE DE HENRI VIII. (1530)


ANGLETERRE

aquella brillante victoria la habia decidido la pericia de Cromwell y alcanzádola los gefes y los soldados de su bando. Aquella fue la primera vez en que los escuadrones parlamentarios habian roto á los escuadrones realistas, y los ejecutores eran los caballeros de Cromvell, los santos del ejército. Ellos y su general habian sido apellidados en el mismo campo de batalla *costillas de hierro*. El estandarte del mismo príncipe Roberto colgado en Westminster atestiguaba el triunfo y hubieran podido atestiguarlo cien banderas enemigas si los parlamentarios en medio de su entusiasmo no las hubieran hecho pedazos para ponerse las giras en los gorros y en los brazos. Essex habia vencido dos veces; pero casi obligado á ello y para salvar al parlamento, y sin que sus victorias produjeran fruto alguno; pero los santos buscaban el combate y no tenian miedo de la victoria. Los escoceses que tan débiles se mostraron en aquel dia memorable en vano pretenderian sujetarlos á su tiranía presbiteriana, y ya no era menester hablar de la paz como de una cosa necesaria. Solo eran necesarias la victoria y la libertad; era preciso conquistarlas á toda costa, y llevar hasta su fin aquella bienhadada reforma tantas veces comprometida por hombres interesados ó tímidos, y salvada tantas por el brazo del Señor. En todas partes se oia hablar este lenguage: en todas los independientes, libertinos ó fanáticos, ciudadanos, predicadores ó soldados manifestaban sus pasiones ó sus deseos, y en todas se mezclaba el nombre de Cromwell mas exaltado que todos los demas en sus razonamientos y que pasaba ya por el mas perito en formar planes audaces. „Milord, dijo un dia á Manchester en quien aun fiaba „el partido, decidios por nosotros, no digais ya que es preciso „tener consideraciones por la paz, que hemos de contemporizar „con la cámara de los lores y temer un desaire del parlamento: „para nada necesitamos la paz y la nobleza, ni las cosas pueden „ir bien hasta que vos os llameis sencillamente Montague. Si os venis al partido de los hombres honrados, bien pronto estaréis á la „cabeza de un ejército que dará la ley al rey y al parlamento." A pesar de estas grandes esperanzas no sabia Cromwell cuán inmediata estaba la victoria de su partido ni cuán cerca la triste suerte

que habia de alcanzar al adversario á quien él mas temia. Essex se iba empeñando hácia el oeste lisonjeado por algunos golpes venturosos aunque de poca importancia, é ignorando absolutamente los peligros que á su retaguardia se iban amontonando. En tres semanas hizo levantar el sitio de Lyma, ocupó á Weymouth, Barnstaple, Tiverton, Taunton, y desbarató sin combatir algunas fuerzas realistas que trataban de detenerle. Al acercarse á Exeter la reina le hizo pedir un salvo conducto para ir á Bath á fin de convalecer de su parto; pero Essex le contestó: „si V. M. quiere „trasladarse á Londres no solamente le daré un salvoconducto „sino que la acompañaré yo mismo. Allí es donde V. M. recibirá „los mejores consejos, y será cuidada con toda la eficacia que ne„cesita el restablecimiento de su salud; mas tratándose de ir á „cualquier otro punto no me es dado acceder á los deseos de V. M. „sin tratarlo antes con el parlamento." La reina estremecida se escapó á Falmouth en donde se embarcó para Francia, y Essex continuó su marcha. Estaba todavía á la vista de Exeter cuando supo que el rey vencedor de Waller se adelantaba rápidamente hácia él reuniendo en el camino todas la fuerzas de que le era dado disponer. Convocado al instante un consejo de guerra, tratóse de si convenia pasar adelante é internarse en el pais de Cornouailles ó retroceder á fin de ir al encuentro del rey y ofrecerle el combate. Essex era de este último dictámen; pero muchos oficiales y entre otros lord Roberto amigo de Enrique Vane poseian en el pais de Cornouailles muchos bienes, cuyas rentas no cobraban desde largo tiempo, y habian contado con esta espedicion para hacer que sus arrendadores les pagasen; y por este motivo rechazaron toda idea de retirarse sosteniendo que la poblacion de Cornouailles oprimida por los realistas se sublevaria al acercarse el ejército, con lo cual Essex arrebataria al rey aquel condado que fue hasta entonces su mas firme apoyo. Dejóse persuadir Essex y se metió en los desfiladeros de Cornouailles, pidiendo simultáneamente refuerzos á Londres; mas como el pueblo no se levantase á su favor, tuviese falta de víveres y el rey le estrechara de cerca, escribió de nuevo á Londres manifestando que su situacion cada

dia era mas peligrosa y que era absolutamente necesario que Waller ó cualquier otro hiciese una diversion hácia la retaguardia del ejército realista á fin de que el suyo pudiera salir del embarazo en que se encontraba. La comision de los dos reinos sobre encarecer mucho su desgracia pareció muy dispuesta á socorrerle; mandáronse hacer rogativas públicas y diéronse órdenes á Waller, á Middleton, y al mismo Manchester vuelto del norte con una fraccion de su ejército; todos los cuales se manifestaron muy dispuestos á socorrer al conde. „Que se me envien hombres y dinero, escribia „Waller: Dios sabe que no es culpa mia si no voy mas aprisa; „caigan la vergüenza y la sangre sobre la cabeza de los que re„tardan mi marcha. Si no me llega el dinero marcharé sin él." Y sin embargo de estas protestas no marchó. Middleton se esplicó en los mismos términos y se puso en movimiento; pero se detuvo al primer obstáculo, y en cuanto á Manchester no destacó cuerpo alguno de su ejército.

Vane, Saint-John, Ireton, Cromwell y algunos otros adalides independientes asegurados con la victoria de Marston-Moor estaban contentos de comprar á costa de un grande descalabro la ruina de su enemigo, no podian imaginar que en aquel mismo momento y en medio de sus apuros su suerte estaba quizás en manos de Essex, quien en 6 de agosto y hallándose en su cuartel general de Lestithiel recibió una carta del rey en que le daba pruebas de su estimacion, le hacia muchas promesas y le empeñaba para que volviese la paz á su pais. Lord Beauchamp sobrino del conde era el portador del mensage al cual se mostraron favorables muchos coroneles del ejército; pero Essex se limitó á contestar que no responderia al mensage, y que no tenia que dar al rey mas que un consejo, á saber, que volviese cerca de su parlamento. Cárlos no insistió, porque á pesar del desastre de Marston-Moor quizás deseaba muy poco la intercesion de semejante mediador; pero la paz tenia entre sus adictos acérrimos partidarios; reinaba entre los realistas el espíritu de independencia y de exámen: el nombre del rey no ejercia ya el imperio de antes, y en las reuniones de oficiales muchos de ellos discutian libremente acerca de los negocios públicos y de

lo que ellos deseaban. Persuadidos pues de que si Essex rechazó todas las proposiciones fue porque las promesas del rey le parecieron desnudas de toda garantía, determinaron ofrecerle la suya é invitarle á un abocamiento con ellos. Estaban á la cabeza de este proyecto los lores Wilmot y Piercy, comandantes de caballería y de artillería; audaz el uno, hombre dispierto, bebedor infatigable y muy quisto en el ejército por su carácter alegre; el otro frio y altivo, audaz en sus empresas, y hombre que tenia buena mesa de la cual participaban muchos oficiales. Noticioso Cárlos de sus pasos y del proyecto de una carta que circulaba en nombre de dichos oficiales, se enojó sobre manera; pero como el plan gustaba aun á aquellos que desaprobaban el medio, el rey comprendió que no tenia mas recurso que aprobarlo; la carta vino á ser un documento oficial firmado por el príncipe Mauricio y por el conde de Brentford general en gefe del ejército, y fue remitida al campo enemigo. Essex contestó en estos términos: „Milores, desde las „primeras líneas de vuestra carta habia procurado manifestar en „virtud de qué autorizacion me la remitian; mas como yo no he „recibido del parlamento á quien sirvo encargo alguno para tra„tar, no puedo prestarme á ello sin faltar á mis juramentos. Quedo „vuestro humilde servidor, Essex." Esta seca repulsa ofendió muy al vivo á los realistas que renunciaron á toda tentativa de negociaciones: asi los dos coroneles perdieron el mando y las hostilidades continuaron.

Bien pronto fue desesperada la situacion de Essex, que diariamente combatia para verse diariamente en nuevos riesgos; cansábanse sus soldados; formábanse conjuraciones en el ejército; íbalo el rey estrechando y haciendo reductos en todas partes; faltaba el forrage á los caballos del conde; á duras penas mantenia alguna comunicacion con la mar que era el único camino por donde podia recibir víveres, y hácia fines de agosto estaba tan apurado que desde las alturas inmediatas podian ver los realistas lo que en su campo sucedia. En semejante angustia dió órden á la caballería mandada por sir Guillermo Balfour para que del modo que pudiera se abriese paso entre los enemigos, y él se puso en

marcha con la infantería á fin de alcanzar el puerto de Joy. A favor de la noche y de la niebla logró la caballería pasar entre dos divisiones realistas; pero la infantería metida en caminos angostos y cenagosos, perseguida por todo el ejército del rey, forzada á abandonar á cada paso cañones y bagages, perdió toda esperanza de salvarse y se comenzó á hablar de capitulacion. Abátido Essex, turbado, y lleno de la idea de librarse de humillacion semejante, sin consultar con nadie y sin mas compañía que dos oficiales, dejado el mando del ejército al mayor general Skippon, marchóse de repente, ganó la costa y se metió en un barquichuelo que se hizo á la vela para Plymouth. Cuando su marcha fue pública Skippon reunió un consejo de guerra y dijo á los congregados: „Ya „veis, señores, que nuestro general y algunos de los principales „gefes han tenido por conveniente abandonarnos: nuestra caballe„ría se ha marchado y no podemos contar para la defensa sino „con nosotros mismos. Tenemos tanto valor como nuestros caba„lleros, nos ayuda el mismo Dios, y yo propongo que tentemos „la misma fortuna procurando abrirnos camino entre los enemigos. „Vale mas morir con honor que salvarnos cobardemente." El heroísmo de Skippon no persuadió al consejo, pues aunque tódos los oficiales del ejército eran valientes y fieles, algunos de ellos, presbiterianos ó moderados como Essex estaban á la par que él tristes y sin aliento. En tales circunstancias el rey propuso una capitulacion en que solo exigia la entrega de la artillería, armas y municiones, prometiendo que todos los oficiales y soldados quedarian libres y serian conducidos con seguridad hasta donde hubiese tropas del parlamento. Aceptadas estas condiciones, los batallones parlamentarios atravesaron sin general, sin armas, y con escolta de caballería realista los mismos condados que poco antes recorrieron á guisa de vencedores.

Essex desembarcado en Plymouth dió noticia de su desastre al parlamento. „Ha sido, le decia, el mas terrible golpe que habemos sufrido. Deseo que se me juzgue, porque sobre tales hechos no debe correrse un velo." A los ocho dias recibió de Londres esta respuesta: „Milord: las cámaras del parlamento á quien esta comision

„de los dos reinos ha comunicado la carta de V. S. de fecha en
„Plymouth nos mandan decir á V. S. que penetradas de la grave-
„dad de esta desgracia, pero sumisas á la voluntad de Dios, con-
„servan por V. S. los mismos sentimientos y nó por esto tienen
„menor confianza en la fidelidad de V. S. ni estiman menos sus
„méritos. Han resuelto hacer los mas grandes esfuerzos para re-
„parar esta pérdida y poner al mando de V. S. un ejército que
„con la bendicion de Dios coloque nuestros negocios en mejor
„estado. El conde de Manchester y sir Guillermo Waller han reci-
„bido órden de marchar con todas sus tropas hácia Dorchester. Al
„mismo tiempo han dispuesto las cámaras que se remitan á V. S.
„á Portsmouth seis mil mosquetes, otros tantos uniformes, y qui-
„nientos pares de pistolas á fin de que pueda V. S. equipar y re-
„hacer el valor de sus soldados. Las cámaras confian que la perma-
„nencia de V. S. en ese condado á fin de reorganizar y poner en
„movimiento las tropas producirá los mas beneficiosos resultados."

Grande fue la sorpresa del conde que esperaba persecuciones ó cuando menos amargos vituperios; pero su fidelidad tan recientemente esperimentada, la importancia misma del desastre y la necesidad de imponer al enemigo, hizo adictos suyos á los hombres inciertos y aconsejó á sus adversarios que desistiesen por entonces del combate. Essex confuso de su desgracia y de su falta no les pareció temible, y como quienes le conocian previeron que para poner su dignidad á cubierto de tan duros golpes bien pronto se separaria espontáneamente de la arena política. El tratarle entonces con honor era dar pruebas de energía; evitábase una pesquisa que pudiera traer graves males, y finalmente se empeñaba en un nuevo esfuerzo para la guerra á los mismos partidarios de la paz. Los caudillos de los independientes, diestros y apasionados, callaron, y el parlamento se manifestó unánime en soportar con dignidad aquel grande desastre.

Su actividad y la firmeza de su actitud amortiguaron desde luego los movimientos del rey que remitió á la cámara un mensage pacífico, y se contentó con no hacer durante tres semanas otra cosa que presentarse delante de Plymouth, Lyma, y Portsmouth que

no se rindieron; pero hácia fines de setiembre supo que Montrose que desde mucho tiempo le prometiera promover en Escocia la guerra civil, habia logrado finalmente que estallara é iba alcanzando ventajas. Despues de la batalla de Marston-Moor, Montrose vestido de criado y en compañía de dos amigos pasó á pie la frontera de Escocia y se trasladó á Strathern para esperar allí el desembarco de los ausiliares irlandeses que Antrim debia enviarle. Durante el dia estaba oculto y de noche iba errante por las montañas circunvecinas, recogiendo por los puntos de antemano convenidos, las noticias de sus confidentes. Bien pronto supo que los irlandeses habian en efecto desembarcado y que se adelantaban por el pais, robando y talándolo todo, pero sin saber á dónde dirigirse y buscando al general que se les habia prometido. Al aproximarse al condado de Athol, Montrose se presentó repentinamente en su campo vestido de montañes y con un solo compañero, y le reconocieron al momento por su gefe. Al rumor de su llegada acudieron muchas tribus, á las cuales sin titubear llevó al combate, exigiéndolo todo de su valor, y prometiéndolo todo á su avaricia; y á los quince dias habia ganado dos batallas, héchose dueño de Perth, entrado por asalto en Aberdeen, puesto en sublevacion á la mayor parte de las tribus del norte, y sembrado el espanto hasta las puertas de Edimburgo. Al saber tales noticias juzgó Cárlos que el desastre de Marston-Moor quedaba reparado, que el parlamento bien pronto tendria en el norte un adversario formidable, y que sin temor alguno podia seguir él hácia el mediodía el curso de sus victorias. Determinó pues marchar sobre Londres, y á fin de que su espedicion pareciese una cosa popular y decisiva, en el momento de la marcha y con un manifiesto profusamente derramado invitó á todos sus súbditos del mediodía y del este á tomar las armas, á elegirse por sí mismos los oficiales y á reunírsele en el camino para obligar todos juntos á las cámaras á que finalmente aceptasen la paz.

El parlamento habia dictado ya sus medidas: protegian á Londres por el costado del oeste las tropas reunidas de Manchester, Waller y Essex; y ademas de ser aquel el ejército mas grande que

nunca tuvieron las cámaras reunido en un solo punto, á la voz de que el rey se acercaba fueron á engrosarlo cinco regimientos de la milicia de Londres mandados por sir Jaime Harrington. Decretáronse al mismo tiempo nuevas contribuciones, mandóse fundir para las urgencias públicas la vajilla del rey depositada en la torre; y cuando se supo que los dos ejércitos estaban frente á frente, cerráronse las tiendas, acudió el pueblo á las iglesias, y se mandó un ayuno solemne para que Dios bendijera á las tropas parlamentarias en la próxima batalla. Esperábase esta de un dia para otro así en la ciudad como en el campo, y solo Essex triste y enfermo permanecia en Londres aunque revestido siempre con el mando. Sabedoras las cámaras de que no marchaba, nombraron una comision para que fuese á asegurarle de nuevo que el parlamento tenia puesta en él su confianza. El conde dió gracias á los comisionados, pero no fue á reunirse con su ejército. En 27 de octubre dióse la batalla en Newbury casi en las mismas posiciones que en el año precedente volviendo de Glocester habia vencido con tanta gloria. En su ausencia mandó la accion lord Manchester. La lucha fue larga y encarnizada, sobre todo los soldados de Essex hicieron prodigios, y á la vista de los cañones que perdieron en el condado de Cornouailles se precipitaron á las baterías reales, recobraron las piezas y se las trajeron abrazándolas con ternura. En cambio algunos regimientos de Manchester sufrieron un grande descalabro. Por un momento los dos partidos se atribuyeron la victoria; pero al dia siguiente desistiendo Cárlos de sus proyectos sobre Londres, empezó su contramarcha para ir á sentar sus cuarteles de invierno en Oxford. El parlamento dió poca importancia á su triunfo; no se celebró ninguna accion de gracias, y el dia siguiente al en que llegó á Londres la noticia de la batalla observóse el ayuno mensual de las cámaras segun el uso establecido y cual si no hubiese motivo alguno de regocijo. Semejante frialdad pasmó al público; pronto circularon rumores siniestros; díjose que la victoria pudo ser mas decisiva, pero que los generales estaban discordes; que habian permitido que el rey se retirase libremente á la vista de su ejército inmóvil en una noche alumbrada por la luna,

cuando el menor movimiento bastaba para impedirlo. Mayor fue el descontento cuando se supo que el rey acababa de presentarse otra vez en las cercanías de Newbury, que sin contradiccion habia retirado su artillería del castillo de Donington y ofrecido otra vez la batalla sin que el ejército saliese de su inaccion. El clamor se hizo entonces general. La cámara de los comunes mandó formar una sumaria que era el paso que aguardaba Cromwell para estallar. Apenas oyó esta disposicion cuando dijo: „Al conde de Manches„ter es á quien debe achacarse todo lo sucedido: desde la batalla „de Marston-Moor teme vencer y parece que le impone algun „grande y próximo acontecimiento favorable á nuestro partido: „cuando el rey se ha presentado otra vez cerca de Newbury, na„da era mas fácil que destruir enteramente su ejército: yo fui á „encontrar al general; le dije lo que para ello debia hacerse, le „pedí permiso para atacar con mi sola brigada, otros oficiales so„licitaron lo mismo; y el conde no satisfecho con negarse á nues„tras súplicas añadió que aun cuando consiguiésemos anonadar su „ejército, el rey seria siempre rey y muy pronto encontraria otro, „al paso que nosotros si una sola vez quedábamos vencidos no se„ríamos mas que rebeldes y traidores á quienes la ley infalible„mente condenaria." Estas últimas palabras causaron una profunda sensacion en la cámara, la cual no podia sufrir que se dudase de que su resistencia era legal. Al dia siguiente en la cámara alta rechazó Manchester el ataque, esplicó su conducta y sus palabras, y acusó á Cromwell de indisciplinado, de embustero, y hasta de traidor ó pérfido, porque en el dia de la batalla ni él ni su regimiento se presentaron en el lugar que se les habia señalado. Cromwell en vez de contestar redobló la violencia de sus acusaciones.

La conmocion de los presbiterianos fue grande porque desde mucho tiempo los tenia alarmados Cromwell. Al principio se le vió lisonjero con Manchester, habíase notado que siempre lo ensalzaba á costa de Essex, y que poco á poco fue adquiriendo sobre su ejército mas imperio del que tenia el conde mismo. Convirtiólo en un lugar de asilo para los independientes, para los sectarios de todas clases, tan enemigos del *covenant* como del rey: bajo su pro-

teccion reinaba en él una licencia fanática y todos hablaban, oraban y predicaban á su antojo y sin haber recibido encargo de hacerlo. En vano para contrapesar el influjo de Cromwell se nombró mayor general al coronel Skeldon Crawford escoces y presbiteriano rígido; pues este no supo sino acusar á Cromwell de cobarde, y Cromwell dedicándose incesantemente á investigar las faltas de su adversario, á desacreditarlo entre la tropa y á dar noticia de sus yerros al parlamento y al pueblo, le puso en disposicion de no poder ofenderle. Alentado con esto y con los visibles progresos de su partido declaróse abiertamente patrono de la libertad de conciencia, y con ausilio de los libertinos y de los filósofos, consiguió de las cámaras que se erigiese una comision á fin de que discurriera por qué medios podria contentarse á los disidentes ó dejarlos en paz. Al mismo tiempo atacaba á Manchester, hablaba de los escoceses con menosprecio, jactábase de que triunfaria sin ellos y de que los arrojaria de Inglaterra si trataban de oprimirlo; y finalmente su audacia llegaba á poner en duda el trono, los lores y el órden antiguo y legal del pais. Azorados y llenos de ira los gefes de los presbiterianos y de los políticos moderados no menos que los comisionados escoceses, reuniéronse con Hollis, Stapleton, Merrick, Glynn y otros en casa del conde de Essex, con objeto de discurrir la manera como podrian conjurar á este formidable enemigo. Despues de una larga conferencia resolvieron consultar á los dos sabios jurisconsultos Whitelocke y Maynard acreditados en la cámara y á quienes tenian por adictos á su causa. En el corazon de la noche y sin decirles de qué se trataba fueron á buscarlos de parte del lord general, y llegaron un poco espantados, asi por la hora como por la manera de convocarlos. Despues de algunos cumplimientos, lord Lowden, canciller de Escocia les dijo: „bien sabeis, señores, que no podemos contar entre nuestros amigos al teniente general Cromwell, el cual desde que entraron en „Inglaterra nuestras tropas ha hecho todo lo posible para desacreditarnos y traernos perjuicios: sabeis igualmente que no quiere „mejor que nosotros á S. E. el lord general á quien asi vosotros „como nosotros tenemos tantos motivos para conservar estimacion

„y respeto; y no ignorais finalmente que segun la letra de nuestro „convenio solemne cualquiera que represente entre los dos reinos „el papel de incendiario debe ser instantáneamente perseguido, y „segun la ley de Escocia la palabra incendiario se aplica al que „siembra la discordia y trabaja para promover disturbios. Deseamos saber de vosotros si la ley inglesa da á esa palabra el mismo „significado; si el teniente general Cromwell merece en vuestro „concepto la calificacion de incendiario, y si en efecto la merece „de qué manera debe procederse contra él." Los dos jurisconsultos se miraron mutuamente; los congregados se mantuvieron en silencio y despues de un rato Whitelocke tomó la palabra y dijo: „Supuesto que nadie habla procuraré á fin de probar mi sumision „á S. E. decir humilde y libremente mi parecer acerca de la cuestion que con tanta claridad ha espuesto milord canciller. La palabra incendiario significa entre nosotros lo mismo que en las „leyes de Escocia; mas si el teniente general Cromwell merece esta „calificacion no puede saberse sino probándose que ha hecho ó „dicho cosas que tiendan á promover la discordia entre los dos „reinos ó á escitar disturbios entre nosotros. Es bien seguro que „ni vos ni milord general ni vosotros milores comisionados de Escocia gozando del poder y de la dignidad de que gozais no os „empeñaréis en un negocio, ni menos todavía en una acusacion „sin estar seguros del éxito. El teniente general Cromwell es hombre de espíritu audaz, diestro, fecundo en recursos, y sobre todo en los últimos tiempos ha adquirido mucho influjo en la cámara de los comunes, y es bien seguro que en la de los lores no „le faltarán amigos ni medios que le sostengan. No he oido referir „á S. E. ni á milord canciller ni á otra persona alguna, ni á mi „noticia ha llegado ningun hecho capaz de probar á la cámara „que el teniente general es un incendiario. Por esto dudo mucho „que sea prudente acusarlo en este concepto, y me parece que „antes convendria reunir todos los datos que acerca de esto pudiesen procurarse, y entonces si VV. SS. lo juzgan oportuno podrán llamarnos otra vez y oido nuestro dictámen resolver lo que „juzguen conveniente."

Maynard habló en el mismo sentido que su compañero, añadiendo que la palabra incendiario era poco usada en las leyes inglesas, y que daria pie á muchas incertidumbres. Hollis, Stapleton y Merrick sostuvieron con calor su proyecto, diciendo que Cromwell no tenia en la cámara el influjo que se pensaba, que con gusto se encargarian de acusarle y deducirian hechos y palabras suficientes en su concepto para justificar evidentemente sus planes. Los comisionados escoceses rehusaron empeñarse en esta lucha, hácia las dos de la madrugada se fueron los consultores, y la conferencia no tuvo otro resultado que impulsar á Cromwell á que precipitase sus golpes, porque algun *falso hermano* dice Whitelocke, que probablemente fue Whitelocke mismo, le dió noticia de lo que habia pasado. Essex y sus amigos tratando de buscar á su mal otro remedio, dirigieron sus ideas hácia la paz. Nunca las cámaras habian absolutamente dejado de ocuparse de ella; unas veces se hacia alguna mocion formal que daba pie á deliberaciones en las cuales ó el presidente solo ó muy pocos diputados decidian la suerte del pais; y otras veces los embajadores de Francia y de Holanda yendo sin cesar de Londres á Oxford y de Oxford á Londres ofrecian su mediacion poco sincera siempre y siempre eludída aunque nó sin embarazo. Era tanta la gente que queria la paz que nadie hubiera deseado manifestarse abiertamente contrario de ella, y hacia ya mas de seis meses que trabajaba para redactar las proposiciones una comision compuesta de miembros de las dos cámaras y de representantes escoceses. De repente el partido presbiteriano activó este trabajo, y en pocos dias las proposiciones fueron presentadas á la cámara, discutidas y adoptadas, y el 20 de noviembre partieron veinte comisionados para llevárselas al rey. En la inteligencia de que se encontraba en Wallingford se presentaron delante de esta plaza, y despues de dos horas de espera y de cavilaciones acerca de su mision, su salvoconducto y su acompañamiento, recibiólos al fin el gobernador que era el coronel Blake para decirles que el rey se habia marchado y que probablemente lo hallarian en Oxford. Querian pasar la noche en Wallingford, pero fue tanto lo que se acaloraron Blake y lord Denbigh presidente de la comision,

Blake se esplicaba con tanta acrimonia y la actitud de la guarnicion era tan amenazadora, que juzgaron prudente retirarse al instante. Llegados en el dia inmediato á las cercanías de Oxford se detuvieron en una colina á quinientos pasos de la ciudad y enviaron un corneta para que los anunciase. Habian ya transcurrido algunas horas sin que se les hubiese enviado contestacion, cuando el rey desde el jardin en que se paseaba vió sobre la colina el grupo que formaban los comisionados y su acompañamiento, y preguntó qué gentes eran aquellas. Cuando se lo hubieron dicho, envió sobre la marcha á Killigrew con órden de introducirlos en la plaza, de prepararles alojamiento y de manifestarles cuánto le pesaba que los hubiesen hecho aguardar tanto rato. Cuando escoltados por algunos caballeros atravesaban las calles de Oxford, la multitud agrupada no contenta con injuriarlos les arrojaba piedras y barro. Llegados apenas á una mala posada hubo un tumulto cerca de su cuarto, y cuando Hollis y Whitelocke salieron de él vieron algunos oficiales realistas que en la sala inmediata disputaban con las personas del séquito de los comisionados tratando á aquellas y á estos de miserables traidores y rebeldes, y no querian que se acercasen á la chimenea. Hollis cogió á uno de los oficiales por el cuello de la casaca, y sacudiéndole con fuerza lo arrojó de la sala afeándole su comportamiento. Su compañero hizo otro tanto, las puertas de la posada se cerraron y el gobernador colocó allí una guardia. Durante la velada fueron á ver á los comisionados muchos miembros del consejo entre otros Hyde, y se escusaron por aquellos desórdenes manifestando á los recien venidos su vivo deseo de concurrir con ellos á la paz, añadiéndoles de parte del rey que S. M. los recibiria al dia siguiente.

La audiencia fue corta; lord Denbigh leyó en alta voz y en presencia del consejo de la corte las proposiciones del parlamento, que eran tales que no era dable que el rey las aceptase, pues se le pedia que entregase su poder á la desconfianza de las cámaras y su partido á la venganza de estas. Mas de una vez se notó entre los asistentes un murmullo hijo de la cólera, sobre todo en el instante en que lord Denbigh nombró á los príncipes Roberto y Mau-

ricio que estaban presentes, dándolos por escluidos de toda amnistía. A punto estuvieron los concurrentes de reirse, pero el rey volviéndose con aire severo impuso silencio á todo el mundo, y continuó escuchando con gravedad y calma. Acabada la lectura, preguntó á lord Denbigh si tenia poderes para tratar. El comisionado contestó que el encargo de ellos se reducia á presentar aquellas proposiciones á S. M. y á suplicarle que contestase á ellas por escrito. Pues bien, dijo el rey, os remitiré la respuesta tan pronto como me sea posible. Los comisionados se volvieron al alojamiento, y Hollis y Whitelocke por consejo de sus compañeros hicieron aquella misma noche una visita á lord Lindsey, gentil-hombre de cámara, amigo suyo en otro tiempo, y que no habia ido á visitarlos porque no se lo permitieron sus heridas. Hacia apenas un cuarto de hora que estaban en su casa, cuando el rey se presentó en ella y adelantándose con benevolencia hácia los comisionados les dijo: „ Siento, señores, que no hayais traido proposiciones mas razonables. Señor, dijo Hollis, son las que el parlamento ha creido „que debia adoptar, y yo espero que son capaces de producir „buenos resultados. Es cierto, observó el rey, que vosotros no podiais traer sino lo que querian enviar; pero confieso que algunas „de estas proposiciones me han pasmado en gran manera, y seguramente no podeis vosotros creer que sea razonable ni honorífico „para mí el aceptarlas. En verdad, señor, repuso Hollis, hubiera „deseado que no todas fuesen lo que son; pero V. M. sabe que „estas cosas se deciden por mayorías. Lo sé, dijo el rey, y estoy „seguro de que vos y vuestros amigos, y con esto no entiendo „decir vuestro partido, habeis hecho en la cámara todos los esfuerzos imaginables á fin de que las proposiciones fuesen otras, „porque sé que deseais la paz. Muchas veces, dijo Whitelocke, he „tenido el honor de acercarme á V. M. para este mismo objeto, y „me aflige el ver que hasta ahora no he podido alcanzar cosa alguna. Mucho desearia, contestó el rey, que todos fuesen de „vuestro dictámen y del de Hollis, y creo que con esto veríamos „muy luego el término de nuestras diferencias; porque tambien „yo quiero la paz, y para probároslo y daros al mismo tiempo

„un testimonio de la confianza que tengo en los dos que estais aqui „conmigo, os pido que me aconsejeis acerca de la respuesta que „me conviene dar á estas proposiciones á fin de que de ellas pueda „resultar la paz. V. M. nos escusará, dijo Hollis, si en nuestra „situacion actual creemos que no nos es dable aconsejar á V. M. „Es casual, dijo Whitelocke que tengamos el honor de estar aqui „en presencia de V. M., y las funciones de que estamos revestidos „no nos permiten en esta ocasion aconsejar á V. M. aun cuando „fuésemos capaces de hacerlo. En órden á vuestra capacidad, dijo „el rey, yo soy el juez de ella. En este instante yo no os conside„ro como miembros del parlamento, y si os pido vuestro parecer, „es en calidad de amigos y simples particulares, de fieles súbditos „mios. Como particulares, dijo Hollis, V. M. ve que nos hemos „esplicado francamente, y en órden á vuestra contestacion la me„jor seria que volvieseis en medio de nosotros. ¿Cómo es posible, „preguntó el rey, que yo vuelva con seguridad á Londres? Yo „creo, contestó Hollis, que no habria para V. M. riesgo alguno. „Esto es una pregunta, dijo el rey, y yo supongo que aquellos „que os envian quieren que se dé una pronta contestacion á su „mensage. La mas pronta y la mejor, dijo Whitelocke, seria á no „dudarlo la pronta aparicion de V. M. en el parlamento. Dejemos „esto á un lado, dijo el rey. Permitidme, señores, os ruegue que „entreis en el cuarto inmediato, que confirais allí un momento „juntos y que pongais por escrito lo que en concepto vuestro de„ba responder á este mensage, lo cual adelantará con mas seguri„dad la buena obra de la paz."

Hollis y Whitelocke obedecieron, y despues de algunas dudas, el segundo escribió desfigurando su letra el parecer que el rey les pedia, y dejando el papel sobre la mesa volvieron al cuarto en que el rey estaba. El rey entró solo en la pieza de donde aquellos salian, tomó el papel, volvió al cuarto inmediato, trató con mucha amabilidad á los dos comisionados y se retiró. Los comisionados se volvieron al instante á su posada sin decir una palabra á sus compañeros de lo que habia pasado. A los tres dias el rey llamó á la comision y entregó á lord Denbigh un pliego cerrado y sin

sobrescrito diciéndole: esta es mi contestacion, llevadla á aquellos que os han enviado. Sorprendidos por esta fórmula desusada y por ver al rey tan obstinado en no dar á las cámaras el nombre de parlamento, el conde pidió permiso de retirarse un momento con sus compañeros, á fin de deliberar acerca de lo que debian hacer. „¿Para qué deliberar? dijo el rey, no teneis poderes para tratar „segun á la llegada me lo dijisteis vosotros mismos, y yo sé que „desde entonces no habeis recibido correo alguno." Lord Denbigh insistió alegando que la comision quizás tendria que hacer algunas observaciones á S. M. „Señores, dijo con viveza el rey, recibiré „todo lo que tengais que decirme desde Londres, pero no quiero „saber nada de cavilaciones ni de quimeras hijas de lo que podais „haber oido en Oxford: perdonad mi franqueza si os digo que „no me cogeréis en el garlito. Señor, replicó el conde, no somos „gente nosotros que cojamos en el garlito á nadie; y mucho me„nos á V. M. No lo digo por vos, esclamó el rey. Permítanos V. „M., insistió el conde, que le preguntemos á quién se dirige este „pliego. Es mi respuesta, contestó el rey. Yo os la entrego y vos„otros debeis tomarla aunque fuese un romance de Robin Hood. „El negocio que acá nos trae, dijo el presidente, es algo mas gra„ve que un romance. Lo sé, dijo el rey. Pero vosotros, os lo repi„to, me dijisteis que no teniais poderes para tratar. Mi memoria „es tan feliz como la vuestra; vuestro cargo estaba reducido á „entregarme las proposiciones, encargo que lo mismo que voso„tros podia desempeñar un postillon. No creo, dijo el conde, que „V. M. nos tome por postillones. Yo no digo esto, contestó el rey; „pero repito que esta es mi respuesta y que vosotros debeis to„marla: yo no estoy obligado á mas." La conversacion fue haciéndose mas acre, y en vano Hollis y Pierpoint trataron de hacer de modo que el rey dijese que dirigia su mensage á las dos cámaras, pues al fin los comisionados hubieron de decidirse á recibirlo en aquella forma y salieron de la audiencia. Durante la velada se les presentó Ashburnham page de cámara del rey, y en nombre de este les dijo que recelando S. M. que incomodado como estaba pudieron habérsele escapado algunas palabras capaces de ofenderlos,

iba para asegurarles en su nombre que no habia tenido semejante intento y que esperaba que se persuadirian de ello. Los comisionados hicieron protestas de su respetuosa deferencia á las palabras del rey y tomaron el camino de Londres seguidos de un corneta que habia de recibir la respuesta que el parlamento diese al pliego cerrado de que eran portadores.

Este pliego no contenia mas que la peticion de un salvoconducto para el duque de Richmond y el conde Southampton, por cuyo medio el rey prometia enviar dentro de breves dias una contestacion esplícita y minuciosa. Espidióse el salvoconducto, y los lores que fueron oidos en el mismo dia de su llegada no traian aun respuesta alguna; sino que su mision oficial estaba reducida á pedir que se abriesen conferencias y que por una y otra parte se nombrasen negociadores á fin de tratar de la paz; mas cuando hubieron entregado este mensage se quedaron en Londres y cundió la voz de que allí se reunian gentes sospechosas y de que muchos miembros de las cámaras tenian con los mensageros frecuentes entrevistas. El consejo en que mandaban los independientes manifestó vivas inquietudes, se aconsejó á los dos lores que partiesen, y como bajo frívolos pretestos lo dilataban crecia la agitacion, las pasiones populares amenazaban estallar antes que hubiesen podido llevarse á término las intrigas de partido, é instigados por los mismos amigos de la paz dieron finalmente la vuelta á Oxford. A las tres semanas se convino en que se reunirian en Uxbridge cuarenta comisionados, veinte y tres en nombre de los parlamentos de los dos reinos y diez y siete en representacion del rey, á fin de discutir con regularidad las condiciones de un tratado.

En tanto que los presbiterianos preparaban la paz, los independientes se hacian dueños de la guerra. En 9 de diciembre se habia reunido la cámara de los comunes á fin de tomar en consideracion los sufrimientos del reino y buscar á ellos algun remedio: nadie tomaba la palabra por creer todos que de allí saldria alguna medida decisiva, cuya responsabilidad nadie deseaba tomar sobre sí. Despues de un largo silencio levantóse Cromwell y dijo: „Ha lle„gado por fin el dia de hablar, ó es preciso callar para siempre.

„Trátase nada menos que de salvar á una nacion ensangrentada
„y casi moribunda del deplorable estado á que la ha reducido la
„larga duracion de la guerra. Si no resolvemos hacerla de una
„manera mas enérgica, mas rápida y mas eficaz, si nos conduci-
„mos á guisa de aventureros que solo tratan de que la guerra du-
„re, el reino se cansará de nosotros y detestará hasta el nombre
„de parlamento. ¿Qué dicen nuestros enemigos, y qué muchas
„gentes que al abrirse este parlamento eran amigas nuestras? Di-
„cen que los miembros de ambas cámaras han grangeado empleos
„y mandos: que ellos son los que empuñan las armas: que por su
„influjo en el parlamento y su autoridad en el ejército quieren
„perpetuarse en su grandeza, y que no permitirán que la guerra
„se acabe por temor de que con ella se acabe su poder. Lo que yo
„digo aqui de nosotros mismos y delante de todos, los otros lo
„murmuran á nuestras espaldas y en todas partes. Estoy lejos de
„hacer aplicaciones á persona alguna: conozco el mérito de los
„generales, miembros de las cámaras á quienes está confiado el
„mando; pero en descargo de mi conciencia debo decir que si el
„ejército no se gobierna de otro modo, si no se hace la guerra con
„mas vigor, el pueblo no nos soportará por mas tiempo, y nos
„obligará á concluir una paz vergonzosa. La prudencia exige que
„de ninguna manera dirijais acusacion ni queja alguna contra nin-
„gun gefe, por motivo ninguno: yo mismo me reconozco culpable
„de muchas faltas y sé cuán difícil es evitarlas mientras se hace
„la guerra. Desterremos toda idea de pesquisa acerca de las causas
„del mal y busquémosle remedio: creo que todos nosotros tene-
„mos el corazon bastante ingles para que ninguno vacile en sacri-
„ficar al bien público su interes personal, ó se ofenda por lo que
„el parlamento decida. Es cierto, dijó al momento otro diputado;
„cualquiera que sea la causa es una verdad que se han terminado
„dos campañas y que no estamos salvados. Dijérase que nuestras
„victorias compradas con sangre inestimable, alcanzadas con tanto
„valor, y lo que es mas concedidas tan graciosamente por el Se-
„ñor, han sido echadas en un cesto sin fondo. Lo que ganamos
„en un dia lo perdemos en otro; las ventajas del verano no sirven

„mas que para dar asunto á las conversaciones de invierno; la „partida se acaba con el otoño, y es preciso comenzarla otra vez „á la primavera, cual si la sangre derramada debiese servir tan „solo para abonar el campo de la guerra á fin de que en él se re- „coja mas abundante cosecha de combates. Yo no quiero decidir „cosa alguna; pero la division de nuestras fuerzas, el estar con- „fiado su mando á distintos gefes, la falta de armonía entre ellos „han perjudicado en gran manera al servicio público." En seguida se levantó Zouch Tate, fanático oscuro y á quien no sacó de su oscuridad la importancia de la proposicion que hizo, y dijo: „Para „acabar tantos males no hay mas que un remedio, y es que todos „nosotros renunciemos francamente á nosotros mismos. Propongo „que ningun miembro de la una ni de la otra cámara, pueda te- „ner ni ejercer durante la guerra destino ni mando alguno militar „ni civil, y que se redacte una ley á este objeto."

Esta proposicion no era nueva, porque ya en el año anterior y en la cámara alta, se habia espresado una idea semejante, aunque de paso y sin que produjera efecto; y poco tiempo antes por consideraciones sin duda al clamor público, la cámara de los comunes habia mandado hacer una informacion acerca del número y del valor de los empleos de todas clases desempeñados por individuos del parlamento. Ora se sintiesen embarazados los presbiterianos, ora llevasen en ello algun proyecto, vacilaron en rechazar desde el primer momento la mocion de Tate, la cual fue admitida casi sin oposicion; mas al dia siguiente cuando se presentó en forma de ordenanza definitiva, el debate fue largo y violento, y se reprodujo cuatro veces en ocho dias. Veíase claramente que el objeto era arrancar el poder ejecutivo á los políticos moderados, á los presbiterianos, y á los primeros gefes de la revolucion, confinarlos en el salon de Westminster y levantar un ejército estraño al parlamento; y por esto en todas las sesiones se mostraba la resistencia, y cada vez mas acalorada. Algunos de los diputados que solian contemporizar con los independientes se declararon contra aquella medida. „Bien sabeis, dijo entre otros Whitelocke, que entre los „griegos y los romanos los primeros destinos asi militares como

„ civiles estaban confiados á los senadores, porque se creia que „ siendo comunes sus intereses con los del senado y presenciando „ sus deliberaciones comprenderian mejor los negocios públicos, y „ era menos temible que fuesen desleales. De la misma manera lo „ practicaron nuestros antepasados: en todos tiempos consideraron „ á los miembros del parlamento como los hombres mas á propó- „ sito para los destinos eminentes; seguid su ejemplo, os ruego que „ no querais voluntariamente privaros de vuestros mas útiles y se- „ guros servidores." Otros diputados llevaron la cosa mas adelante y anunciaron abiertamente la oculta ambicion de sus rivales. Se habla, decian, de renunciar á sí mismo, y esto será el triunfo de la envidia y del interes personal. El público tenia poca fe en estos vaticinios: el partido presbiteriano estaba usado y desacreditado, y todos los que no pertenecian á él lo veian caer sin ningun disgusto. Aunque los independientes estaban muy lejos de formar mayoría en la cámara, su proposicion salió victoriosa de todas las pruebas que hubo de sufrir: en vano haciendo los amigos de Essex la última tentativa pidieron que este fuese esceptuado de la regla general, pues la enmienda fue rechazada, y en 21 de diciembre la ordenanza definitivamente adoptada se transmitió á la cámara de los lores. En ella se fundaba toda la esperanza de los presbiterianos, pues el interes de la cámara en rechazar aquella medida era grandísima, ya que alcanzaba á casi todos sus miembros y hubiera dado al traves con el poder que le quedaba. Esto mismo era en el público una causa de debilidad y de descrédito. Para atenuar su efecto, á fin de desvanecer las sospechas de connivencia con la corte de Oxford, con el objeto de impedir las conjuraciones realistas prontas siempre á renacer, y sobre todo para procurar alguna satisfaccion á las pasiones del pueblo presbiteriano, los gefes del partido en el momento que procuraban detener la revolucion le ofrecian concesiones y víctimas. Entonces fueron abiertos otra vez y continuados sin descanso cuatro procesos comenzados mucho tiempo antes y en que de hecho se habia sobreseido. Estos fueron el de lord Macguire, como cómplice de la insurreccion de Irlanda, el de los dos Hotham padre é hijo por

haber querido entregar al rey la plaza de Hull; el de sir Alejandro Careci por una tentativa igual en la isla de San Nicolas de que era gobernador, y finalmente el de Laud, tomado, dejado, y vuelto á tomar distintas veces. Los cuatro primeros eran reos de delitos recientes legalmente justificados y que podian encontrar imitadores; pero Laud preso hacia cuatro años, viejo y enfermo no tenia que dar cuenta sino de la parte que tomó en una tiranía vencida hacia cuatro años. De la misma manera que en el proceso de Strafford, fue imposible probar contra él y segun la ley el crímen de alta traicion; y para condenarle dando por justificado el crímen, segun se ejecutó con aquel ministro, era indispensable el consentimiento del monarca. A pesar de todo esto como los odios religiosos son impacables, aquel mismo Prynne á quien Laud en otro tiempo habia hecho mutilar, deseoso ahora de vengarse hizo todo lo posible para perderlo. Despues de largos debates en los cuales desplegó un saber y una prudencia superiores á lo que de él podia esperarse, Laud fue condenado por una simple ordenanza de las dos cámaras votada únicamente por siete lores, é ilegal hasta segun las tradiciones de la tiranía parlamentaria. Murió con un valor religioso, y ocupándose solamente del desprecio con que miraba á sus adversarios y de sus temores acerca del porvenir del rey. Los otros procesos tuvieron el mismo resultado, y en el corto espacio de seis semanas cinco veces se levantó el cadalso en Tower-Hill, cosa que aun no habia sucedido con tanta frecuencia desde el principio de la revolucion. Las medidas de órden general iban dirigidas en el mismo sentido. Ocho dias antes de la ejecucion de Laud fue definitivamente abolida la liturgia de la iglesia anglicana tolerada hasta entonces, y á propuesta de la asamblea de los teólogos sancionó el parlamento un libro titulado *Direccion para el culto público*. No se les ocultaba á los gefes del partido que esta novedad encontraria una enérgica resistencia; mas nada les importaba el éxito, y para conservar el poder que estaba muy próximo á escapárseles necesitaban todo el apoyo de los presbiterianos fanáticos que no podian negarles cosa alguna. Por su parte los independientes no perdonaban medio alguno á fin de que la cámara alta adop-

tase la ordenanza decisiva; emprendióse otra vez el camino de las peticiones entre las cuales habia algunas amenazadoras y otras que solicitaban que los lores y los comunes formasen una sola asamblea. Mandóse un ayuno solemne para que Dios iluminase á los que debian ocuparse en una deliberacion tan grave, y las dos cámaras asistieron solas á los sermones pronunciados aquel dia en Westminster sin duda con el objeto de dejar libertad absoluta á los predicadores que fueron elegidos por Vane y Cromwell. Finalmente despues de repetidos mensages y conferencias los comunes se trasladaron en cuerpo á la cámara alta á reclamar la adopcion de la ordenanza; pero los lores estaban ya resueltos, y el mismo dia en que se dió este estrepitoso paso la ordenanza fue rechazada. La victoria parecia grande, y favorable el momento para sacar partido de ella, mucho mas cuando se aproximaba el término de las negociaciones de Uxbridge. A instancia de los miembros refugiados que acababan de empezar oscuramente en Oxford sus sesiones, Cárlos consintió finalmente en dar á las cámaras de Westminster el nombre de parlamento. „Si en mi consejo, escribia á „la reina, hubiese habido solamente dos personas de mi pare„cer, nunca hubiera cedido." Al mismo tiempo habia nombrado sus comisionados, los cuales casi todos deseaban la paz. Entre los del parlamento Vane, Saint-John y Prideaux eran los únicos que llevaban otro objeto. En 29 de enero llegaron á Uxbridge los negociadores con muy buenos deseos y con muchas esperanzas.

Por ambas partes se hicieron un fino y esquisito recibimiento, pues no solo se conocian todos desde muchos años, sino que muchos de ellos eran amigos antes de aquellas funestas discordias. En el mismo dia de su llegada se visitaron Hyde, Colepepper, Palmer, Whitelocke, Hollis y Pierpoint, felicitándose porque trabajarian juntos para dar la paz á su pais. Notábase sin embargo en los comisionados de Westminster algun embarazo y reserva; porque sufrian el yugo de un señor mas duro y mas desconfiado. Como las negociaciones debian durar veinte dias, la milicia de Irlanda se convino en que se tratase de cada una de estas cosas durante tres

dias, sin perjuicio de volverse á ocupar de ellas alternativamente. Mientras no se habló mas que de arreglos preliminares todo fue fácil y la confianza entera y la política esquisita; pero cuando finalmente comenzó la discusion oficial volvieron á presentarse todas las dificultades; porque cada una de las fracciones parlamentarias tenia su interes fundamental del que no queria ceder un ápice. Los presbiterianos deseaban el establecimiento privilegiado de su iglesia, los políticos el mando de la milicia, los independientes la libertad de conciencia, y el rey obligado á ceder á todos no arrancaba de cada uno de ellos sino sacrificios á los cuales los otros absolutamente se negaban. Uno y otro partido se preguntaban ademas si despues de concluida la paz estaria el poder en sus manos, porque ni uno ni otro querian tratar sino con este pacto. El debate comenzado por el asunto de la religion tomó muy luego el carácter de una controversia teológica; asi es que se argumentaba en vez de negociar, y no tanto se trató de concluir la paz como de tener razon. Bien pronto la acrimonia vino á sustituir á las anteriores relaciones amigables, y se introdujo en las conversaciones familiares, en las que varios de los negociadores procuraban alguna vez vencer los obstáculos que los habian detenido. Los comisionados de Westminster procuraban singularmente bienquistarse con Hyde que entre los de Oxford era el mas sabio y el que gozaba de mas favor con Cárlos. Lord Lowden canciller de Escocia, y los condes de Pembroke y de Denbigh hablaron mucho tiempo y francamente con él acerca de los venideros peligros, de los siniestros designios que en el parlamento iban tomando cuerpo y de la necesidad de que el rey cediese mucho para salvar el todo. Hyde se prestaba voluntariamente á esto; pero la delicadeza de su amor propio, la altiva rigidez de sus razon, su tono seco y burlesco, y su probidad desdeñosa, ofendian y rechazaban á casi todos los que hubieran querido acercársele. El mas pequeño accidente ponia al descubierto las dificultades de la situacion, y la impotencia de los pacíficos deseos de los negociadores. El fanático predicador Love recien llegado de Londres predicó de un modo muy ofensivo contra los realistas y contra el tra-

tado en la iglesia de Uxbridge y en presencia de un numeroso concurso. „Nada bueno, dijo, podémos esperar de ellos; porque „esas gentes han venido de Oxford con el corazon lleno de „sangre, y no quieren mas que distraer al pueblo mientras es„peran el momento en que puedan hacerle algun gran da„ño: hay tanta distancia desde ese tratado á la paz como des„de el cielo al infierno." En vano los comisionados del rey pidieron que se castigase á aquel hombre, pues los de Westminster se contentaron con hacerlo salir de Uxbridge. Corrian al mismo tiempo fatales rumores acerca de las verdaderas intenciones del rey, reducidos á que si cedió al parecer de sus consejeros no queria la paz, continuaba prometiendo á la reina que no concluiria cosa alguna sin su dictámen, y se dedicaba mas á fomentar las interiores discordias de las cámaras que á entenderse de veras con ellas. Sospechábase tambien que por bajo mano mantenia secretas relaciones con los papistas de Irlanda á fin de levantar un ejército de ellos, y aunque sus comisionados hicieron las mas solemnes protestas de que nada de esto habia, nó por ello lograron desvanecer la desconfianza de los parlamentarios.

Acercábase entre tanto el término fijado para las negociaciones, y las cámaras no parecian dispuestas á prolongarlo. Los amigos de la paz desconsolados al ver que iban á separarse sin haber logrado cosa alguna, trataron de hacer el último esfuerzo. Parecióles que si el rey concedia algo en el asunto de la milicia ofreciendo por ejemplo que por algunos años se daria el mando de ella á gefes cuya mitad nombrase el parlamento, podria con esto alcanzarse algun fruto. Lord Southampton se trasladó á toda prisa á Oxford para alcanzarlo del rey, y si bien este se negó de pronto, insistió el conde, otros se unieron á él suplicándole de rodillas en nombre de su corona y de su pueblo que no rechazase este medio de negociar, y Cárlos al fin cedió, con lo cual los consejeros llenos de alegría, y vivamente deseosos de la paz, creyeron allanadas todas las dificultades. Fairfax y Cromwell estában entre los comisionados á quienes el mismo rey habia de proponer que se diese el mando de la milicia. Durante la cena reinaba la alegría en la mesa

Trajes militares, en tiempo de Isabel.

Pl. 34



Zeleire del. — Pardin sculp.

COSTUMES MILITAIRES SOUS LE RÈGNE D'ÉLISABETH. (1580)

ANGLETERRE

del rey, en términos que como este se quejase de que el vino era malo uno de los convidados dijo riendo que esperaba que dentro de pocos dias S. M. lo beberia mejor en Guildhall con el lord corregidor; y sin embargo de esto cuando á la mañana siguiente lord Southampton se presentó á recibir instrucciones quedó sorprendido al ver que Cárlos retiraba su palabra y se negaba definitivamente á ratificar lo que en la víspera habia concedido.

La causa de este cambio repentino fue una carta de Montrose que con una rapidez increible llegó aquella noche y venia desde el corazon de la Escocia. En ella despues de dar noticia al rey de la brillante victoria que quince dias antes alcanzó en el condado de Argyle sobre las tropas escocesas, mandadas por Argyle mismo, le decia: „Ahora, señor, me permitirá V. sacra M. que le manifieste „mi parecer en órden á lo que me anuncian mis amigos del me„diodía; esto es, que V. M. está en negociaciones con el rebelde „parlamento. Cuanto habian colmado de alegría mi corazon las „victorias de vuestras armas en Escocia otro tanto han venido á „quebrantarlo estas noticias de Inglaterra. La última vez que tu„ve el honor de ver á V. M. le manifesté especificadamente todo „lo que me constaba acerca de los planes de sus rebeldes súbdi„tos de los dos reinos. V. M. no habrá olvidado cuán convencido „quedó de que yo tenia razon. Desde entonces estoy seguro de „que no ha sucedido cosa alguna capaz de hacer variar en esta „parte el juicio de V. M. Cuanto mas le conceda mas pedirán; y „me asisten razones demasiado poderosas para creer que no se „contentarán hasta haber hecho de V. M un rey de mampara. „Perdonadme, augusto y sacro soberano mio, si me atrevo á de„cir á V. M. que en mi dictámen es indigno de un rey tratar con „súbditos rebeldes mientras que estos empuñan las armas. No per„mita Dios que yo quiera poner coto á la misericordia de V. M.; „pero me horrorizo al pensar que se trata de ajuste, mientras que „V. M. y esas gentes estan en campaña con dos ejércitos. Permi„tidme, señor, que con toda humildad os asegure que si no me fal„ta la bendicion de Dios, estoy en buen camino para sujetar este „reino al poder de V. M; y si no se fallan, como no lo temo, los

„planes concertados con otros leales súbditos vuestros, no se acabará este verano sin que yo pueda ir en ausilio de V. M. con un „valiente ejército que sostenido por la justicia de vuestra causa, „hará sufrir á los rebeldes, asi en Inglaterra como en Escocia, el „justo castigo de su rebeldía. Permitidme tan solo, señor, que cuando haya puesto bajo vuestra obediencia á este pais y conquistado „desde el Dan hasta Beersebah diga á V. M. como dijo al rey David su lugarteniente: *Ven tú mismo, no sea que á este pais „se le dé el nombre mio;* porque en todas mis acciones no me „propongo mas que la gloria y el interes de V. M."

Esta carta volvió al rey todas sus esperanzas y lord Southampton, aunque menos confiado, dejó sin embargo de insistir, y llevó á Uxbridge una negativa sin esplicar los motivos de ella. Termináronse las conferencias y los gefes presbiterianos volvieron á Westminster con el corazon lastimado por esta desgracia que los sumergia otra vez en todos los riesgos. Su situacion durante aquella ausencia se habia agravado en gran manera; porque los independientes forzados á desistir á lo menos por entonces de la ordenanza que prescribia la abnegacion propia, dirigieron de golpe todos sus esfuerzos hácia la medida que debia acompañarla, que era la nueva organizacion del ejército. En pocos dias estuvo todo dispuesto, concertado y resuelto, asi el plan como la forma, los gastos, y los medios para sufragarlos. En adelante no debia haber mas que un ejército compuesto de veinte y un mil hombres y mandado por un solo general á quien se conferia el derecho de nombrar todos los oficiales, si bien la eleccion debia ser ratificada por el parlamento. Este general era Fairfax. Desde mucho tiempo llamaban la atencion su brillante bravura, la franqueza de su carácter, el feliz éxito de sus espediciones, y el entusiasmo guerrero que inspiraba á sus soldados, y Cromwell habia hecho comprender en público á la cámara y en secreto al partido la conveniencia de eleccion semejante. Resolvióse tambien que Essex conservaria su título y Waller y Manchester su comision aunque sin sombra siquiera de poder. La ordenanza que arreglaba la ejecucion de estas medidas fue enviada en 28 de enero á los lores que retarda-

ron su despacho, ora con enmiendas ora con la lentitud de los debates; pero en este punto era difícil resistir, porque la ordenanza tenia á su favor el voto del pueblo en cuyo concepto la verdadera causa de que la guerra se prolongase y fuese ineficaz era la multiplicidad de ejércitos y de gefes. Contando los comunes con este apoyo insistieron sin descanso: cedieron los lores; en 15 de febrero de 1645 se adoptó la ordenanza; y en 19 del mismo, dos dias antes que se rompieran las negociaciones de Uxbridge, Fairfax fue introducido en la cámara y con aire sencillo y modesto y manteniéndose en pie al lado del asiento que para él prepararon, oyó la enhorabuena oficial que le fue dada por el presidente.

De vuelta á Westminster, los gefes presbiterianos trataron de rehacerse de esta derrota. La cámara alta se quejó amargamente de los discursos imperiosos y hasta amenazantes pronunciados contra ella y del rumor que generalmente cundia de que los comunes trataban de abolir la dignidad de par. Contestaron estos haciendo una solemne declaracion de su profundo respeto por los derechos de los lores, y de su firme intencion de mantenerlos. Los comisionados escoceses dirigieron á las cámaras en nombre del *covenant* una representacion agria al mismo tiempo que tímida; mas los comunes sin inquietarse por ello, transmitieron á los lores una nueva ordenanza que ampliaba los poderes de Fairfax, y quitaba de su comision la órden de velar por la seguridad de la persona del rey, órden hasta entonces repetida en todas las actas de la misma especie; y aunque los lores votaron que volviese á insertarse, los comunes se negaron á ello diciendo que aquella frase solo era buena para embarazar á los soldados y hacer que el rey pudiese presentarse á la cabeza de su ejército sin correr jamas riesgo alguno. Insistieron los lores, y en tres sucesivos debates á pesar de los manejos de los comunes, en la cámara alta se preparaban los votos en pro y en contra de esta cuestion. Todo quedó suspenso; por lo cual los comunes declararon que habiendo hecho por su parte cuanto de ellos dependia, los lores serian responsables ante el pais de cualquier desgracia que aquel retardo ocasionase. Comenzaban los lores á cansarse de una resistencia cuya inutilidad preveian á la

par que su término inmediato, cuando llegó de Escocia el marques de Argyle, que si bien era presbiteriano en cuanto á la Iglesia, tenia ideas mas adelantadas en órden á la política; y luego contrajo íntimas relaciones con los independientes, y en particular con Vane y Cromwell. Argyle por otra parte tenia que vengar recientes injurias. A fuer de hombre profundo, que se amañaba á las circunstancias y que era mas firme en el consejo que en el campo de batalla, no tuvo otra parte en la derrota de los escoceses por Montrose que presenciarla desde el lago de Inverlochy, pues su barquilla ció en el momento de ver la fuga de los soldados. Desde aquel dia asi en Inglaterra como en Escocia, los caballeros hablaban de él con desprecio, y Argyle creyó que no podria lavar sus afrentas sino con la completa humillacion de estos. Hizo uso de su influjo para disuadir á los comisionados escoceses y á varios gefes presbiterianos, de que se opusiesen por mas tiempo no solo á la reorganizacion del ejército, sino tambien á la ordenanza de renuncia á sí mismo, pues segun decia aquella oposicion lo trastornaba todo, y tarde ó temprano seria vencida por la necesidad. Viendo Essex que la firmeza de sus amigos era cada dia mas vacilante, y resuelto por ello á vencerlos en debilidad, anunció que queria presentar su dimision, y hallándose en la cámara alta el dia 1 de abril se levantó con un papel en la mano, porque no era orador, y dijo: «Milores, tomé sobre mí esta pesada carga para obedecer „las órdenes de las dos cámaras, y me atrevo á decir que en los „tres años en que he empuñado su espada os he servido fielmente y „á lo que creo sin mengua de mi honor y sin descalabro para el „público. En el dia la aparicion de todas estas ordenanzas me in- „dican que la cámara de los comunes desea que mi comision es- „pire, y si he tardado en presentarla no ha sido por ningun moti- „vo personal, cualesquiera que sean los rumores que acerca de esto „cundan. Muchas personas saben que queria hacerla despues de la „jornada de Glocester, y que desistí de ello por las instancias que „se decian fundadas en el bien público. Hágolo ahora; devuelvo „mi comision á las manos de las cuales la he recibido, y deseo „sinceramente que esto sea para los males que nos aquejan un re-

„medio tan bueno como algunas personas juzgan. Creo que no se „me achacará á orgullo el pedir á las cámaras que se dé una par„te de sus atrasos á los oficiales á quienes se despida, y que se les „garantice el resto. Bien sé, milores, que en el triste estado de nues„tros negocios es imposible sofocar las desconfianzas, pero creo „no obstante, que es prudente y caritativo ponerle un límite para „impedir á lo menos que ocasione nuestra ruina. Confio que este „aviso no se calificará de impertinente, pues nace de mi adhesion „al parlamento, por cuya prosperidad anhelaré siempre con todas „veras, cualquiera que sea la suerte que me quepa. No soy yo el „primero que ofrezco un ejemplo del destino que me toca."

Este discurso pareció que volvia la libertad á la cámara alta, la cual desde luego hizo saber á los comunes que prohijaba sin enmienda la nueva ordenanza acerca de la reorganizacion del ejército. No tardaron en presentar su dimision los condes de Denbigh y Manchester, y la cámara les dió por este patriótico sacrificio un voto de gracias á que se adhirieron los comunes. Al dia siguiente fue admitida sin obstáculo alguno por la cámara alta una ordenanza de renuncia á sí mismo un poco diferente de la primera, pero igual á ella en sus efectos, y muchas personas se felicitaron al ver terminada en fin aquella lucha que tanto las habia estremecido.

Presentada apenas la dimision de Essex y de Manchester salió Fairfax de Londres, y fijando su cuartel general en Windsor puso manos á la obra para formar con los ejércitos de estos el que debia estar á sus órdenes. Habíase creido que esta operacion hallaria mucha resistencia, y Cromwell á quien debia alcanzar lo mismo que á Essex y á Manchester la ordenanza de renuncia á sí mismo habia rechazado los temores de los que tan tristemente predijeron, protestando que en cuanto á él sus soldados habian aprendido á marchar ó estar quietos, á combatir ó dejar las armas, segun lo mandase el parlamento. A pesar de esto estallaron algunas sediciones sobre todo en Reading en donde habia cinco regimientos de la infantería de Essex, y en el condado de Hertford en donde estaban acantonados ocho escuadrones de caballería á las órdenes del coronel Dalbier. La presencia de Skippon nombrado mayor general

ya batido á los realistas en tres encuentros, héchose dueño de la plaza de Blechington y dado cuenta de todo á las cámaras. Mientras que en Londres felicitábase todo el mundo de que Cromwell no hubiese presentado su dimision, Cárlos esclamaba: „¿quién me „traerá á ese Cromwell vivo ó muerto?" No habia transcurrido una semana cuando el parlamento decidió que Cromwell no presentase su dimision.

Habíase dado principio á la campaña. El rey salido de Oxford é incorporado con el príncipe Roberto se adelantaba rápidamente hácia el norte, ya para hacer levantar el sitio de Chester ya para combatir el ejército escoces y recobrar por aquel lado su antigua preponderancia: en caso de conseguirlo podria segun le acomodara ir al este ó al mediodía, sin que pudiera oponerse á sus proyectos Fairfax que se dirigia hácia el oeste para libertar la importante plaza de Taunton que muy estrechada tenia el príncipe de Gales. Fairfax fue llamado; y entre tanto solo quedaba para observar los movimientos del rey Cromwell á quien á pesar de la ordenanza se mandó que continuase su servicio durante cuarenta dias. La misma órden se dió á sir Guillermo Brereton, á sir Tomas Middleton y á sir Juan Price oficiales de mérito é individuos de los comunes, bien porque no apareciese que Cromwell era el único esceptuado, bien porque hubiese con respecto á ellos los mismo motivos que militaban á favor de este.

Fairfax se dió prisa en volver; el rey habia continuado su marcha hácia el norte, y en Londres sin que se supiese la razon de ello se habian calmado los públicos temores. Ningun ejército realista cubria á Oxford que continuaba siendo el foco de la guerra en el centro del reino; y como el parlamento creia tener inteligencia segura dentro de la plaza, mandó á Fairfax que la atacase. En caso de apoderarse de ella eran incalculables los resultados de aquella victoria, y si el sitio se prolongaba, desde allí podia dirigirse sin obstáculo alguno hácia todos los puntos que el rey amenazase. Cromwell se incorporó con el ejército delante de Oxford. Apenas estuvieron juntos los dos ejércitos cuando renació en Londres la alarma y de un modo mas imponente. Diariamente llegaban

del norte malas nuevas: el ejército escoces en vez de marchar al encuentro del rey á fin de detenerle ó combatirlo se habia replegado hácia las fronteras de Escocia, segun unos por necesidad y para estar en disposicion de oponerse á los progresos de Montrose, que cada dia eran en aquel reino mayores, y segun otros por venganza y porque las cámaras se resistian á sufrir el yugo de los presbiterianos y de los estrangeros. Como quiera que sea, á favor de esta retirada no tuvo el rey necesidad de llegar á Chester para hacer levantar el sitio; y tranquilo acerca de esta plaza que era su medio de comunicacion con la Irlanda, se dirigia hácia los condados confederados del este que fueron hasta entonces el muro y la fuerza del parlamento. Era preciso salvarlos de esta invasion á toda costa, y nadie podia hacerlo sino Cromwell, porque allí era en donde ejercia mas influjo, pues allí tuvieron principio su ejército y sus hazañas. Por lo mismo recibió órden de trasladarse al punto hácia el lado de Cambridge y de tomar sobre sí la defensa de la confederacion. Otro peligro mas inminente hizo que se le llamara bien pronto. Ocho dias despues de su llegada se supo que el rey acababa de tomar por asalto la rica ciudad de Leicester y que en el oeste Taunton estaba estrechamente sitiada despues que habia logrado libertarla del riesgo un destacamento del ejército de Fairfax. Grande fue la consternacion, puesto que los presbiterianos triunfaban. „Hé aqui el fruto, decian, de esta reorganizacion tan „cacareada. ¿Qué es lo que hemos visto despues que se ha verifi- „cado? Nada mas que incertidumbres y descalabros. El rey se „apodera en un solo dia de nuestras mejores plazas, y vuestro ge- „neral permanece inmóvil delante de Oxford, esperando sin duda „que las mugeres de la corte tengan miedo y le abran las puer- „tas." Por toda respuesta se presentó en la cámara alta una peticion del consejo que achacaba todos los males á la inercia de los escoceses, al retardo que se esperimentaba en la leva de gentes, y á la pretension que las cámaras tenian de dirigir desde lejos las operaciones de la guerra, y solicitaba que se diese mas libertad al general, á los escoceses consejos de mas firmeza y á Cromwell su antiguo mando. Se dispuso al mismo tiempo que Fairfax abando-

nase el sitio de Oxford, buscase al rey y lo batiera á toda costa. Al tiempo de partir escribió á las cámaras para solicitar que le diesen á Cromwell, que segun él era indispensable para el mando de la caballería. Diez y seis coroneles firmaron la carta; y aunque los lores dejaron para mas tarde su respuesta, la autorizacion de los comunes fue pronta y se juzgó suficiente. Fairfax notició todo esto á Cromwell; todas las divisiones aceleraron su marcha y el dia 12 de junio hallándose el ejército un poco al oeste de Northampton algunos caballeros parlamentarios que habian ido en descubierta dieron repentinamente con un destacamento del ejército realista. Ageno estaba el rey de creer que sus enemigos estuviesen tan cerca. Noticioso del bloqueo de Oxford y cediendo al terror de la corte que le conjuraba para que volviese, habia renunciado á su espedicion á los condados del norte y del este para ir á libertar su cuartel general, sin que por esto decayera su confianza, puesto que otra victoria de Montrose habia alentado recientemente los ánimos. „Desde el principio de la rebelion, escribia á la reina, „nunca mis negocios han estado mejor." Así es que continuaba con lentitud su marcha, deteniéndose en los lugares que le agradaban, divirtiéndose en la caza y dejando casi la misma libertad á los caballeros, cuya confianza era todavía mayor que la suya. Al primer rumor de la aproximacion de los parlamentarios, replegóse hácia el costado de Leicester á fin de reunir sus tropas y aguardar las que en breve debian llegar del pais de Gales ó de los condados del oeste. La misma seguridad tenia en la siguiente noche, y muy lejos estaba de pensar en una batalla, cuando supo que los escuadrones parlamentarios molestaban su retaguardia sin duda porque algunas horas antes habia llegado Cromwell al ejército. Reunido al instante un consejo de guerra, hácia la media noche, y á despecho de muchos oficiales en cuyo concepto debieran esperarse los refuerzos, el príncipe Roberto hizo decidir que al instante mismo se retrocediera para salir al paso al enemigo. El encuentro tuvo lugar en la siguiente mañana del 14 de junio de 1655 en la llanura de Naseby al nordeste de Northampton. Al amanecer el ejército realista estaba formado en batalla sobre una eminencia y

en posicion ventajosa; y como los esploradores enviados para reconocer al enemigo volvieron á las dos horas diciendo que no lo habian visto; el impaciente Roberto fue por sí mismo á la descubierta con algunos escuadrones, conviniéndose en que el ejército permaneceria inmóvil hasta su vuelta. Apenas habia andado media legua cuando se presentó la vanguardia enemiga caminando hácia los caballeros, y el príncipe, que cual si estuviera ciego pensó que se retiraban, continuó la marcha y mandó decir al rey que se le reuniese á toda prisa por temor de que el enemigo se le escapase. Hácia las diez de la mañana llegaron los realistas un poco trastornados por la celeridad del movimiento, y Roberto al frente de la caballería y de la ala derecha se lanzó de golpe sobre el ala izquierda de los parlamentarios mandada por Ireton que despues fue yerno de Cromwell. Casi al mismo momento este cuyos escuadrones ocupaban el ala derecha atacó la izquierda del rey formada por los caballeros de los condados del norte y puesta á las órdenes de sir Marmaduke Langdale; y muy poco despues llegaron tambien á las manos las dos infanterías colocadas en el centro; la una bajo las órdenes de Fairfax y de Skippon, y la otra mandada por el rey mismo. Ninguna de las anteriores acciones habia sido tan pronto general ni tan encarnizada. Los dos ejércitos eran casi iguales en fuerzas; los caballeros cuya confianza era ciega tenian por grito de guerra *La reina María* y los parlamentarios firmes en su fe marchaban cantando *Dios está con nosotros*. El príncipe Roberto dió la primera carga con el feliz éxito que acostumbraba, y asi fue que despues de una brava pelea los escuadrones de Ireton fueron rotos y el mismo gefe con las espaldas magulladas y el muslo atravesado de un lanzazo cayó por un momento en manos de los caballeros. Pero mientras que Roberto arrastrado siempre por la misma falta perseguia al enemigo hasta su campamento defendido por los artilleros, y malgastaba el tiempo atacándolos con la esperanza del botin, Cromwell dueño de sí mismo y de los suyos, ni mas ni menos que en Marston-Moor habia roto los escuadrones de Langdale, y dando á dos de sus oficiales el encargo de impedir que volviesen á reunirse aceleraba su vuelta al campo de

batalla en donde estaba peleando la infantería. Allí era el combate mas vivo y mas mortífero que en los demas puntos. Los parlamentarios cargados por el rey en persona fueron de pronto desordenados, y Fairfax empeñaba á Skippon á que se retirase porque estaba gravemente herido; mas aquel valiente dijo que mientras se mantuviese firme un solo hombre él estaria allí, y en el acto mandó á su reserva que avanzase. Un sablazo derribó el casco de Fairfax, y cómo Cárlos Doyley coronel de sus guardias que le vió recorrer el campo con la cabeza descubierta le ofreciese el suyo, Fairfax le dijo: "Estoy bien así, Cárlos, no lo necesito;" é indicándole un cuerpo de infantería realista que nada habia podido trastornar aun le dijo: "qué, ¿no es posible acercarse á esas gentes? ¿Los habeis „cargado? = Dos veces, general; pero no he conseguido cosa al„guna. = Pues bien, replicó Fairfax: cogedlos de frente; yo haré „lo mismo por la espalda, y nos encontrarémos en medio:" y efectivamente se reunieron al traves de las desbaratadas filas. Fairfax mató por su própia mano al abanderado y entregó la bandera á uno de los suyos, que se jactaba de haberla arrebatado él mismo. Por todas partes cedian los realistas cuando se presentó Cromwell con sus escuadrones victoriosos, á cuya vista el desconsolado Cárlos se puso á la cabeza del regimiento de guardias que era su única reserva para ir á cargar á este nuevo enemigo. Ya estaba dada la órden y la tropa en movimiento, cuando el escoces conde de Carnewarth que galopaba al lado del rey, cogió de repente las riendas de su caballo, y echando un voto le hizo girar de golpe hácia la derecha diciéndole: ¿quereis haceros matar? Los caballeros inmediatos á Cárlos ejecutaron lo mismo que él sin saber el motivo, imitáronles otros, y en un pestañear el regimiento entero dió la espalda al enemigo. Convirtióse en terror la sorpresa. Todos se dispersaron por la llanura: los unos con el objeto de huir, y los otros para detener á los que huian. En vano Cárlos entre un grupo de oficiales gritaba *deteneos, deteneos*, pues continuó el desórden hasta presentarse el príncipe Roberto que finalmente volvia con sus escuadrones. Entonces se reunió en torno del rey un cuerpo bastante numeroso; pero lo formaban caballeros cansados, turba-

dos y abatidos. Cárlos con espada en mano, echando fuego por los ojos, y con la desesperacion pintada en el rostro se lanzó dos veces hácia adelante, gritando con todas sus fuerzas: *Señores, otra carga y la victoria es nuestra.* Nadie le siguió, la infantería rota en todas partes, estaba en completo desórden ó era prisionera; no hubo pues otro remedio que la fuga; y el rey con unos dos mil caballos se dirigió hácia el lado de Leicester dejando en poder del parlamento, artillería, municiones, bagages, mas de cien banderas, su propio estandarte, cinco mil hombres, y todos los papeles de su consejo privado.

La victoria escedia á las mas atrevidas esperanzas, y Fairfax se apresuró á noticiarla á las cámaras en lenguage modesto y sencillo, sin hacer alusiones ni dar consejos. Cromwell escribió tambien aunque solamente á los comunes, porque de ellos solos habia recibido su mision, y el final de su carta estaba concebido en estos términos: „en todo esto no hay mas que la mano de Dios; á él solo „pertenece la gloria y nadie puede dividirla con él. El general os „ha servido con honor y lealtad: el mayor elogio que de él pue„do haceros, es que todo lo refiere á Dios, y que mas quiere mo„rir que pretender para sí cosa alguna; sin embargo por su valor „puede concedérsele en esta circunstancia todo lo que es posible „conceder á un hombre. Los hombres de bien (con este nombre „queria indicar á los independientes entusiastas) os han servido „lealmente; tienen muchísima confianza, y en nombre de Dios os „pido que no los desalenteis. Deseo que esta victoria engendre hu„mildad y agradecimiento en el corazon de todos los que estan „interesados en ella; y deseo tambien que el que arriesgue su vida „por la salvacion del pais, pueda confiar en Dios por lo que toca „á la libertad de su conciencia, y en vosotros, por lo que respecta „á la libertad en cuyo nombre combate.”

Ofendiéronse algunos al ver que un teniente general y un servidor del parlamento, segun ellos decian, les diese con semejante tono consejos y alabanzas; pero su enfado no podia producir efecto alguno en medio del entusiasmo público, y asi fue que el dia en que llegó á Londres la carta de Cromwell los mismos lores vo-

taron que su mando se prolongase por tres meses mas. Simultáneamente votaron que era menester aprovechar aquella victoria para dirigir al rey proposiciones razonables; y del mismo dictámen fueron los comisionados escoceses. Los vencedores sin embargo estaban muy distantes de esto, y asi fue que los comunes en vez de contestar pidieron que todos los ciudadanos fuesen convocados en Guildhall para oir la lectura de los papeles encontrados en los bagages del rey, y sobre todo la de sus cartas á la reina, y juzgar por sí mismos la confianza que desde entonces podia tenerse en las negociaciones. Fairfax vaciló en enterarse de los papeles; pero Cromwell é Ireton desvanecieron sus escrúpulos, y la cámara no pensó en participar de ellos. La lectura verificada en medio de un concurso inmenso hizo un efecto prodigioso: por ella se venia en conocimiento de que el rey nunca quiso la paz; de que á sus ojos ninguna concesion era definitiva, ni obligatoria promesa alguna; que en el fondo no contaba mas que con la fuerza y aspiraba al poder absoluto; y finalmente que á pesar de sus protestas mil veces repetidas se dirigia al rey de Francia, al duque de Lorena, y á todos los príncipes del continente para introducir en el reino tropas estrangeras. El mismo nombre de parlamento que para celebrar las conferencias de Uxbridge habia dado á las cámaras no fue por su parte mas que una mentira; porque mientras lo daba protestó secretamente contra este paso oficial, é hizo continuar esta protesta en los registros del consejo. Permitióse á todos los ciudadanos que por sus propios ojos se convencieran de que las cartas estaban escritas de puño propio del rey, y despues de la asamblea de Guildhall el parlamento las hizo publicar. La cólera fue general en todas partes, y los amigos de la paz quedaron reducidos al silencio. En vano algunos declamaron contra aquella publicidad calificándola de brutal violacion de los secretos domésticos: en vano preguntaban si podia creerse en su autenticidad; si no era probable que muchas cartas habian sido truncadas y omitidas otras; en vano decian que en las mismas cámaras algunos hombres habian negociado con tan poca franqueza como el rey, y sin querer tampoco la paz; todo fue inútil, porque cuando el pueblo sabe que

ha querido engañársele, de nada sirven las esplicaciones ni las escusas. Por otra parte, aun cuando todo eso fuese cierto, no resultaba menos evidente la mala fe del rey, á quien al fin era preciso fiarse para hacer la paz. Desde entonces ya solo se habló de la guerra; activáronse las levas, la recaudacion de contribuciones, la venta de bienes de los desafectos, satisfaciéronse los sueldos á las tropas y se municionaron todas las plazas importantes. Los escoceses consintieron finalmente en adelantarse hácia el interior del reino, y Fairfax viendo que ya no habia fugitivos que perseguir se puso en movimiento hácia los condados del oeste para continuar la espedicion que le obligó á suspender el sitio de Oxford.

En los condados que fueron hasta entonces el baluarte de la causa realista todo habia variado, nó porque la opinion del pueblo se hubiese hecho mas favorable al parlamento sino porque se habia enagenado del rey. Es verdad que aun tenia allí muchas tropas y casi todas las plazas; pero la guerra no era dirigida como al principio por hombres maduros, respetados y populares, tales como el marques de Hertford, sir Bevil Greneville, lord Hopton, Trevanion, Slanning, amigos desinteresados de la corona, los cuales ó habian perecido ó se disgustaron, ó fueron alejados por los manejos de los cortesanos y sacrificados por la debilidad del monarca. En lugar de ellos mandaban allí los dos intrigantes lord Goring y sir Ricardo Greenville, aquel el mas relajado entre los caballeros y este el mas codicioso. No los unia á la causa real ningun principio ni afecto alguno; sino que guerreando en favor de ella podian satisfacer sus pasiones, oprimir á sus enemigos, vengarse, divertirse y enriquecerse. Goring era valiente, amigo de los suyos, y dotado de pericia y energía en en el campo de batalla; pero nada habia que pudiese compararse con su incuria, ni con la insolente intemperancia de su conducta, ni con la libertad de sus conversaciones: ni aun su fidelidad era segura, pues primero fue traidor al rey, mas tarde al parlamento, y al parecer estaba siempre dispuesto á una traicion nueva. Greenville menos relajado y menos influyente en la nobleza del pais era duro, insaciable y de un valor si nó dudoso al menos muy poco solícito. Gastaba el tiempo sa-

cando contribuciones para tropas que no alistaba ó para empresas que ni siquiera acometia. El ejército habia cambiado lo mismo que sus gefes: no era ya un partido que se alzó á impulsos de sus sentimientos y de sus intereses, frívolo pero sincero, y licencioso pero adicto; sino que era una reunion de pícaros indiferentes casi á su causa, entregados dia y noche á los mas intolerables desórdenes y cuyos vicios indignaban al pais desolado ya por sus estorsiones. Reducido el príncipe de Gales, ó mas bien su consejo, á servirse de semejantes hombres, se consumia en vanos esfuerzos para satisfacerlos ó reprimirlos alternativamente, ya á fin de proteger contra ellos al pueblo, ya para llamar á este á sus banderas. Mas el pueblo ya no respondia á este llamamiento, y no tardó en hacer todavía mas. Reuniéronse millares de paisanos que con el nombre de *Clubmen* recorrian armados la campiña, nó con el objeto de tomar partido ni de declararse por el parlamento, sino para alejar de los pueblos y de sus campos los estragos de la guerra, y se dirigian contra cualquiera que les diese ocasion de temer, sin importarles nada su nombre. En los condados de Worcester y de Dorset, se habian formado en el año anterior algunas partidas por efecto de las violencias del príncipe Roberto; y hácia el marzo de 1645, los *Clubmen* vinieron á ser en los condados del oeste una confederacion permanente, regular, sostenida y hasta mandada por gentiles-hombres, algunos de los cuales habian servido en el ejército del rey, y procurado incesantemente defender las propiedades y las personas, y reclamar el órden y la paz. Trataban con las tropas y guarniciones de ambos partidos, encargábanse de proporcionarles víveres, con el pacto de que no se los tomasen á la fuerza, á las veces les impedian batirse, y habian puesto en sus rústicas banderas este mote: *Quien quiera robarnos tendrá que batirse.*

Mientras que dominaron en el oeste los realistas, los *Clubmen* se sublevaron contra ellos y parecieron dispuestos á confederarse con los parlamentarios. Unas veces amenazaban quemar á cualquiera que rehusase unirse á ellos para esterminar á los caballeros, y otras invitaban á Massey que mandaba en el condado de Wor-

cester en nombre del parlamento á que viniese á sitiar con ellos á Hereford de donde salian los caballeros para infestar el pais. Desde Wells seis mil de ellos dirigieron en 2 de junio una representacion al príncipe de Gales, quejándose de las rapiñas de Goring, y desobedecieron la órden del príncipe que les mandaba separarse. A principios de julio Fairfax llegó á guisa de vencedor al oeste, y como los caballeros intimidados cesaron de devastar la campiña, los *Clubmen* se volvieron al instante contra las tropas parlamentarias; pero Fairfax, tenia un bueu ejército bien pagado y provisto, en el cual el entusiasmo y la disciplina se prestaban mutuo apoyo, y por otra parte trató con dulzura á los *Clubmen*, negoció con ellos, asistió á alguna de sus reuniones, les prometió la paz y activó la guerra. En pocos dias la campaña quedó decidida: Goring sorprendido y roto en Langport en el condado de Somerset dejó dispersar libremente las tropas que le quedaban, sir Ricardo Greenville devolvió al príncipe de Gales su nombramiento de mariscal quejándose con desvergüenza de que se le hubiese obligado á hacer la guerra á su costa; y á las tres semanas de la llegada de Fairfax, los caballeros que hasta entonces recorrieron el oeste á fuer de señores, estaban casi todos encerrados en las plazas que se disponia á sitiar el general parlamentario.

En todas partes se preguntaban mientras tanto qué hacia el rey y en dónde estaba; porque eran muchos los que no lo sabian. Despues del descalabro de Naseby, fue corriendo de pueblo en pueblo, sin descansar apenas, y tomando tan pronto el camino del norte tan pronto el del oeste, á fin de ir á juntarse con Montrose ó con Goring, segun era la incertidumbre de sus temores ó de sus proyectos. Llegado á Hereford decidióse finalmente por el pais de Gales, en donde esperaba reclutar alguna infantería, envió al príncipe Roberto á Bristol y trasladóse al castillo de Ragland, residencia del marques de Worcester gefe del partido católico y el mas rico magnate de Inglaterra. Dió esta preferencia á la casa de Worcester á causa de ciertos planes secretos de que solo los católicos podian tener noticia y porque desde tres años á aquella parte el marques le daba pruebas de una adhesion ilimitada; habíale

prestado cien mil libras esterlinas; levantó á sus costas dos divisiones que puso á las órdenes de su hijo el conde de Glamorgan; y á pesar de su edad y de sus dolencias él mismo mandaba en su castillo una fuerte guarnicion. Recibió al rey con una pompa respetuosa, convocó la nobleza del territorio y dispuso partidas de caza, y todas las fiestas y diversiones de una corte, con lo cual vuelto Cárlos á su situacion regular respiró un momento y durante mas de quince dias olvidado de sus desgracias, de sus peligros y de su reino, solo pensó en gozar de la dignidad real. Sacóle de aquella apática ilusion el rumor de los desastres que su causa sufrió en el oeste. Sabedor al mismo tiempo de que hácia el norte los escoceses dueños de Carlisle marchaban con direccion al mediodía, y con el objeto de sitiar á Hereford salió de Ragland para ir al ausilío de Goring; mas apenas hubo llegado al Saverne el mal estado de las levas, las disensiones de los oficiales, y mil imprevistos obstáculos le desalentaron en términos que dió la vuelta al pais de Gales. Hallábase en Cardiff sin saber á qué resolverse cuando recibió una carta escrita por el príncipe Roberto al duque de Richemond á fin de que la hiciese ver al rey. Segun ella considerando el príncipe que todo estaba perdido aconsejaba la paz á cualquier precio; mas como Cárlos, al considerar su honor en peligro, recobraba una energía de que nunca supo hacer uso para su salvacion, respondió en el acto á su sobrino: „Si yo hiciese la „guerra por otra cosa que no fuese la defensa de mi reli„gion, de mi corona, y de mis amigos, tendriais muchísima „razon; porque hablando como hombre de estado ó como mi„litar, convengo en que mi ruina es probable; mas á fuer de cris„tiano debo deciros, que Dios no sufrirá que su causa perezca y „que los rebeldes prosperen. Cualquiera que sea pues el castigo „que le plazca imponer á mi persona, no hay cosa alguna capaz „de hacerme arrepentir de esta guerra, y menos aun de decidir„me á abandonarla. Asi se lo manifiesto sin rodeos á mis amigos: „cualquiera que se quede conmigo debe estar decidido á morir „por una buena causa, ó lo que es peor á vivir por sostenerla, en „medio de la miseria mayor á que podrán reducirlo esos insolen-

„tes rebeldes. No nos lisonjeemos por Dios con vanas quimeras, „y creed que la sola idea de que vos deseais un tratado acelerará „mi pérdida." A fin de rehacer á su partido y de alentar él mismo su valor dejó el pais de Gales, pasó sin ser visto mas allá del ejército escoces acampado delante de los muros de Hereford, atravesó rápidamente los condados de Shrop, de Stafford, de Derby, de Nottingham, y llegado al de York convocó en Doncaster á todos sus fieles caballeros del norte á fin de ir á reunirse con Montrose, leal como ellos y vencedor siempre. Acudieron los caballeros, la presencia del rey que por tan largo tiempo fue su huésped dispertó en el condado un ardiente entusiasmo; tratóse de levantar un cuerpo de infantería; las dos plazas de Pontefract y de Scarborough se habian visto obligadas á rendirse por falta de víveres; pero como los soldados que las guarnecian estaban libres, en tres dias fueron á ofrecer sus servicios al rey, cerca de tres mil hombres, prometiéndole estar dispuestos dentro de veinte y cuatro horas para marchar á la primera órden. Esperábase tan solo una carta de Montrose para saber si habian de ir á reunírsele en Escocia, ó darle una cita en Inglaterra, cuando hé aqui que de repente se supo que David Lesley habia dejado el sitio de Hereford y que al frente de la caballería escocesa estaba ya en Rotheram á cuatro leguas de Doncaster buscando al rey por todas partes. El desastre de Naseby habia amilanado de tal manera á los realistas que al ver el riesgo de cerca perdian toda su confianza; asi fue qué muchos se marcharon de Doncaster; no se presentó allí ninguno mas, y en concepto de los mas valientes solo debia pensarse en la seguridad del rey, puesto que era ya tarde para tratar de reunirse á Montrose. Cárlos salió de allí con mil quinientos caballos, atravesó sin dificultad el centro del reino, batió en el camino algunos destacamentos enemigos, y en 29 de agosto entró de nuevo en Oxford no sabiendo qué hacer de las pocas tropas que le quedaban. A los dos dias de estar allí tuvo noticia de las recientes y prodigiosas victorias de Montrose en Escocia, pues la causa realista no solo triunfaba hácia el norte del reino y entre los montañeses, sino que Montrose se habia adelantado al mediodía en las tierras bajas, y

el dia 15 de agosto, hallándose en Kilsyth no lejos de las ruinas de la muralla romana alcanzó la séptima y mas brillante victoria. El ejército contrario estaba destruido: todas las ciudades inmediatas y hasta la misma Edimburgo abrieron las puertas al vencedor, los realistas á quienes puso presos el parlamento de Escocia estaban libres, y todos los hombres tímidos como el marques de Douglas, los condes de Annandale y de Linlithgow, los lores Seaton, Drummond, Erskine, Carnegie y otros que para declararse habian esperado ver el éxito de la batalla se atropellaban ahora á fin de preceder el uno al otro, temiendo todos llegar tarde. Los gefes parlamentarios huian por todas partes, á Irlanda los unos y á Inglaterra los otros; la caballería escocesa que sitiaba á Hereford habia sido llamada á toda priesa para que á las órdenes de David Lesley fuese al socorro de su patria, y aun hubo quien dijo que cuando Lesley se presentó en los alrededores de Doncaster no solo no trataba de pelear con el rey, sino que se dirigia á Escocia.

Envalentonado Cárlos á la nueva de tan gloriosos sucesos salió al punto de Oxford para ir contra el ejército escoces y aprovecharse de su desaliento cuando menos para hacerle levantar el sitio de Hereford. A su paso por Ragland supo que Fairfax acababa de acometer á Bristol que era su mas importante plaza en el oeste; pero como la ciudad estaba bien fortificada, y la defendia con una buena guarnicion el príncipe Roberto que prometió sostenerse durante cuatro meses, no se turbó por esto el ánimo del monarca. Mas aliento le hizo cobrar la nueva que tuvo á una jornada de Hereford de que los escoceses al rumor de su ida, levantando el sitio se retiraban precipitadamente hácia el norte. Instósele entonces á fin de que los persiguiera; porque yendo fugitivos y cansados y atravesando un pais que les era contrario, se presentaba muy fácil anonadarlos; pero el rey cansado de una actividad superior á sus fuerzas dijo que era preciso socorrer á Bristol, y mientras esperaba que llegasen algunas tropas llamadas del oeste con tal objeto, volvió al castillo de Ragland halagado por los encantos de aquel sitio, ó con el fin de ocuparse con el marques de Worcester del importante y misterioso plan que ambos tramaban. Apenas hu-

bo llegado cuando recibió la inopinada noticia de que el príncipe Roberto al primer asalto y sin hacer casi resistencia habia rendido Bristol cuando no le faltaban murallas, ni víveres, ni soldados. Esta nueva consternó á Cárlos porque debia causar su ruina en el oeste y era ademas un chasco muy amargo. Asi es que escribió al príncipe en estos términos: „ Sobrino mio: aunque la pérdida de „Bristol es para mí un golpe terrible, el modo con que habeis „rendido esa plaza me hace olvidarlo todo. ¿Qué es lo que debe „hacerse cuando un hombre tan unido á mí por los vínculos de „la sangre y por los de la amistad comete una accion tan cobar- „de? (la califico con los términos mas dulces); cuando comete „una accion tal...... es tanto lo que deberia decir que prefiero no „decir cosa alguna. Acordaos de que en 12 de agosto me escri- „bisteis que si no habia en Bristol sedicion alguna, os sostendriais „en ella cuatro meseses. ¿Os habeis sostenido acaso cuatro dias? „¿Ha habido una sombra de sedicion siquiera? Quiero concluir „pronto. Deseo que vayais á procuraros vuestra subsistencia en „alguna parte de ultramar, hasta que Dios quiera disponer de „mi suerte; y para esto os envio un pasaporte. Ruego á Dios que „os haga comprender cuál es vuestra situacion y que os dicte los „medios con que podais recobrar lo que habeis perdido. Os juro „que no hay victoria que pueda causarme un placer tan grande „como me lo daria el tener un motivo justo para aseguraros sin „correrme que soy vuestro afecto tio, y vuestro fiel amigo, Cár- „los rey."

El mismo dia escribió á Oxford á donde el príncipe se habia retirado para mandar á los lores del consejo que le reclamaran sus despachos, vigilaran sus pasos, destituyesen al coronel Legg, gobernador de Oxford y muy amigo de Roberto, é hiciesen prender á este y al coronel si se notase algun movimiento en la plaza. Su carta acababa con esta posdata. „ Decid á mi hijo que me causará menos „pesar saber que ha sido aplastado que verle hacer una cosa tan „cobarde como ha sido la rendicion de la plaza y del fuerte de „Bristol."

Quedábale al rey un recurso que siempre era el mismo y al cual

apeló varias veces sin fruto alguno, á saber, el reunirse con Montrose. Por otra parte era menester que marchase hácia el norte para libertar á Chester sitiada de nuevo, y què despues de la pérdida de Bristol era el único punto á donde pudiesen llegar los socorros de Irlanda que eran ahora su sola esperanza. Despues de pasar ocho dias en Hereford en el mas triste abatimiento, se marchó al traves de las montañas del pais de Gales, único camino por donde podria escaparse á una division de los parlamentarios que á las órdenes del mejor general Poyntz observaba todos sus movimientos. Iba el rey acompañado de cinco mil hombres, compuestos de infantes galeses y de caballeros de los condados del norte, y estaba ya á la vista de Chester cuando los parlamentarios que aunque salieron mas tarde llevaban un camino directo y fácil alcanzaron su retaguardia. Sir Marmaduke Langdale que la mandaba cargó al enemigo con tanto vigor que le obligó á replegarse en desórden; pero como el coronel Jones que dirigia el sitio destacó algunas tropas que de repente se presentaron hácia la retaguardia de los realistas, Poyntz reunió sus fuerzas. El rey estrechado entre dos fuegos vió caer en torno suyo á los mejores oficiales, y á su vez obligado á huir entró lleno de desesperacion en el pais de Gales, rechazado de nuevo por una barrera inaccesible del campo de Montrose que era su última esperanza.

Esta esperanza sin embargo era un error, porque de diez dias á aquella parte Montrose huia lo mismo que el rey buscando un asilo y soldados. En efecto el dia 13 de setiembre en el bosque de Ettrick cerca de la frontera de los dos reinos fue sorprendido por Lesley hallándose con muy pocas fuerzas y bien ageno de pensar que tuviese tan cerca á su enemigo. A pesar de todos sus esfuerzos los montañeses lo dejaron para ir á poner en salvo el botin; y entre los grandes señores, zelosos unos de su gloria se alejaron con sus vasallos, y desconfiando otros de su fortuna no se le reunieron como se lo habian prometido. La temeridad y la esplendidez de Montrose dispertaban la envidia en los corazones viles sin inspirar seguridad á los tímidos. En sus conversaciones mezclaba algunas jactancias que eran muy perjudiciales á su influjo, y por esto si sus

amigos le servian con pasion y sus soldados con entusiasmo, no impuso nunca á sus iguales. La única base de su poder era la victoria, y los hombres prudentes cuyo número diariamente crecia, mirábanlo sorprendidos cual un meteoro al cual nada es capaz de detener pero que pasa pronto. Un solo reves bastó para desvanecer su pasada gloria, y asi es que al dia siguiente de su derrota, el vencedor de Escocia no era en ella mas que un osado proscrito. A semejante noticia Cárlos volvió los ojos en derredor suyo sin saber en qué fundar sus esperanzas. Para que todo le faltase hallábase tambien sin consejeros, pues habia enviado con su hijo á los de mayor cuenta, como eran lord Capel, Colepepper, é Hyde, y solo le quedaba Digby siempre atrevido, confiado, dispuesto siempre á conjurar los reveses con proyectos y ocupado á pesar de la sinceridad de su celo en conservar ante todo su crédito. Ocurrióle al rey retirarse á la costa del pais de Gales á la isla de Anglesey próxima á la Irlanda, con el objeto de pasar allí el invierno; pero no costó mucho disuadirle de que se marchase de este modo de su reino, en donde poseia aun muy importantes plazas, como eran Worcester, Hereford, Chester, Oxford y Newark. Todos daban la preferencia á Worcester; mas esto no convenia absolutamente á lord Digby enemigo declarado del príncipe Roberto, y despues de la pérdida de Bristol habia fomentado el enojo del rey y segun se dijo fue causa de que este tratase con tanto rigor á su sobrino. Furioso Roberto queria ver al rey á toda costa, justificarse y vengarse, todo lo cual le era fácil en Worcester puesto que gobernaba esta plaza su hermano el príncipe Mauricio. Entre todas las ciudades que el rey tenia, Newark era la que presentaba mas dificultades para que Roberto pudiese alcanzar su objeto, y por esto con no poca sorpresa de todos el rey determinó dirigirse á ella.

Pronto lo supo el príncipe, y sin embargo de la prohibicion de su tio se puso en marcha para ir á encontrarle en aquel punto, y aunque Cárlos repitió que no le recibiria, lord Digby estaba con mucha zozobra. De repente ora fuese calculada ora casual cundió la voz de que Montrose habia reparado su derrota, batido á Lesley

y aproximádose á la frontera de los dos reinos; y Cárlos sin mas que esta noticia partió con lord Digby y dos mil caballos á fin de probar por tercera vez si podria alcanzar á su partidario. El error quedó bien pronto desvanecido, pues á los dos dias de marcha se supo de una manera positiva que Montrose continuaba fugitivo por las montañas del norte sin tener un soldado. A semejante noticia el rey no podia hacer otra cosa que dar la vuelta á Newark, y Digby convino en ello; mas como estaba decidido á no correr el riesgo de encontrarse en aquella ciudad cara á cara con el príncipe Roberto, persuadió á Cárlos de que á toda costa era indispensable enviar socorros á Montrose, y se encargó de verificarlo por sí mismo. Separáronse pues: Digby coutinuó su marcha hácia el norte con mil quinientos caballos que era casi todo lo que le quedaba al rey, y este entró de nuevo en Newark sin mas ejército que tres ó cuatrocientos caballos, y sin otro consejero que su ayuda de cámara Juan Ashburnham. Al llegar á aquel punto supo que el príncipe Roberto se hallaba en el castillo de Belvoir á tres leguas de la plaza acompañado de su hermano Mauricio y de una escolta de ciento veinte oficiales. Ofendido de que hubiese llegado allí sin permiso, le mandó que no pasase adelante hasta nueva órden; mas el príncipe continuó avanzando y salieron á recibirle muchos oficiales de la guarnicion de Newark y su gobernador sir Ricardo Willis. Llegó Roberto y sin hacerse anunciar se presentó al rey con toda su comitiva. "Señor, le dijo, vengo á dar cuenta de la „rendicion de Bristol y á rechazar los cargos que se me hacen." Cárlos tan embarazado como lleno de enojo le contestó apenas, y como era la hora de cenar la comitiva se retiró y los dos príncipes se sentaron á la mesa en la cual el rey dirigió la palabra á Mauricio sin hablar con Roberto. Sin embargo de esto el rey consintió en convocar el dia inmediato un consejo de guerra, y despues de una sesion de algunas horas se declaró que el príncipe no habia faltado al valor ni á la fidelidad. Esto que fue lo único que pudo recabarse del rey no satisfacia al príncipe ni á sus partidarios que se quedaron en Newark manifestando abiertamente su desagrado. El rey por su parte trató de poner término á los desór-

denes de la guarnicion que iban siempre en aumento. A pesar de que esta se componia de dos mil soldados, habia veinte y cuatro oficiales generales ó coroneles cuyo sueldo absorvia casi todas las contribuciones del condado. Hasta los mas adictos gentiles-hombres de los alrededores se quejaban amargamente del gobernador; y por lo mismo Cárlos determinó reemplazarlo; y como por otra parte no queria perder en él un defensor le nombró comandante de su guardia de á caballo. Sir Ricardo se escusó de admitir el destino diciendo que aquella merced se interpretaria por una desgracia, y que ademas era muy pobre para terciar en la corte. El mismo dia mientras Cárlos estaba comiendo entraron de repente sir Ricardo Willis, los dos príncipes, lord Gerrard y veinte oficiales de la guarnicion: „Señor, dijo Willis, lo que V. M. me ha dicho esta mañana en secreto es ya público en el pueblo y me „deshonra. Sir Ricardo, continuó Roberto, no pierde el gobierno „porque haya cometido falta alguna, sino porque es amigo mio. „Todo esto, esclamó lord Gerrard, no es mas que un com- „plot de lord Digby que es un traidor y se lo probaré." Cárlos sorprendido y turbado dió algunos pasos hácia su cuarto mandando á Willis que le siguiese. „No señor, dijo Willis, he „recibido una injuria pública y espero una reparacion pública „tambien." A semejante repulsa Cárlos fuera de sí se lanzó hácia ellos, y pálido de cólera, con voz atronadora y gesto amenazador gritó: *salid, salid, y nunca mas parezcais ante mi vista.* Turbados tambien los otros salieron precipitadamente, volvieron á la casa del gobernador, mandaron dar la señal de botasela y salieron de la ciudad en número de doscientos caballeros. Todas las tropas de la guarnicion y los habitantes corrieron á manifestar al rey su adhesion y su respeto, y por la noche los descontentos le hicieron pedir pasaporte, rogándole que no los considerase como rebeldes. No pienso bautizarlos hoy, dijo el rey, y en cuanto á pasaporte dénseles todos los que pidan.

Aun todavía estaba conmovido por la pasada escena, cuando recibió noticia de que en su marcha hácia Escocia lord Digby ha-

bia sido alcanzado y roto por una division de parlamentarios, que sus caballeros fueron dispersados, y que se ignoraba el paradero que él tuvo. Con esto no quedaban hácia el lado del norte ni soldados ni esperanzas; Newark no era ya un lugar seguro; las tropas de Poyntz acercándose y ocupando las plazas inmediatas, estrechaban diariamente sus cuarteles, de modo que era ya problemático si el rey podria evadirse. A las once de la noche del 3 de noviembre se reunieron en la plaza del mercado de cuatrocientos á quinientos caballeros, restos de muchos regimientos, presentóse el rey y poniéndose á la cabeza de un escuadron tomó el camino de Oxford. Habíase hecho afeitar la barba, cubrian el camino dos divisiones realistas, y marchando dia y noche huyendo unas veces de una division y otras de una plaza enemiga se creyó salvado al entrar de nuevo en Oxford; porque allí encontraba su consejo, su corte, su modo habitual de vivir y algun reposo. Sin embargo de esto no tardó en topar allí con nuevos apuros. Mientras que él anduvo errante de ciudad en ciudad y de uno en otro castillo, Fairfax y Cromwell que no temian de él y estaban seguros de que la division de Poyntz era bastante para entretenerlo habian continuado en el oeste el curso de sus victorias; y asi fue que en cinco meses cayeron en su poder las quince importantes plazas de Bridgewater, Bath, Sherborne, Devizes, Winchester, Basing-House, Tiverton, Monmouth etc. Concedieron, sin escatimarlos, honrosos pactos á las guarniciones que se mostraron dispuestas á escuchar sus ofrecimientos, y las que contestaban con firmeza eran asaltadas en el acto. Hubo momentos en que los *Clubmen* les causaron alguna zozobra; pero despues de haberlos buenamente dispersado muchas veces, Cromwell hubo de atacarlos y lo hizo bravamente á fuer de hombre dispuesto á pasar de golpe y segun las circunstancias lo exigian de la dulzura á la severidad, y de esta á aquella. Siguiendo su parecer el parlamento calificó de traicion toda asociacion de aquella especie, fueron presos algunos gefes, la exacta disciplina del ejército tranquilizó á los pueblos, los *Clubmen* se desvanecieron, y cuando el rey entró en Oxford la situacion de su partido era en el oeste tan desesperada que el dia inmediato

escribió al príncipe de Gales mandándole que estuviese dispuesto para trasladarse al continente.

En cuanto á sí mismo no tenia plan ni idea alguna; unas veces se entregaba á la mas terrible angustia y pugnaba otras á fin de olvidar por medio de la inaccion el sentimiento de su impotencia. Sin embargo invitó al consejo á que le indicase algun espediente ú otro medio de que pudiese esperar algun resultado. En verdad habia poco que escoger: el consejo propuso un mensage á las cámaras y la peticion de un salvoconducto para cuatro negociadores; en lo cual consintió el rey, sin hacer objecion alguna.

Nunca el parlamento habia estado menos inclinado á la paz. En la cámara de los comunes acababan de ingresar ciento treinta diputados nuevos en reemplazo de los que se separaron para seguir al rey. Esta medida que se habia prorogado unas veces por contemporizaciones, despues por la dificultad de la ejecucion y últimamente á propósito, fue al fin tomada á peticion de los independientes que deseaban aprovechar las ventajas conseguidas en el campo de batalla para robustecer en Westminster su partido. Pusieron en juego todos los resortes á fin de dominar en las elecciones, haciendo que se verificasen aisladamente una tras otra, procurando algunas veces que se retardasen y que se aceleraran otras, segun eran las probabilidades que tenian de un éxito favorable. Entonces entraron en la cámara muchos personages que no tardaron en hacerse memorables, tales como Fairfax, Ludlow, Ireton, Blake, Sidney y otros. Las elecciones sin embargo no tuvieron en todas el mismo resultado, y asi fue que muchos condados enviaron á Westminster hombres estraños á toda faccion, bien que contrarios de la corte y amigos del órden legal y de la paz. Mas á su llegada halláronse faltos de esperiencia, sin vínculos que los unieran, y sin gefes, y poco dispuestos á juntarse á los antiguos adalides presbiterianos cuya mayor parte por lo menos habia perdido su reputacion de rectitud, de pericia ó de energía. Estos diputados pues tuvieron desde luego poca importancia y menos influencia, de manera que el primer efecto de su entrada en la cámara fue dar á los independientes, mas poder y mas audacia. Las

disposiciones del parlamento tomaron desde entonces un carácter mas acerbo. Como era ya cosa sabida que los comisionados del rey durante su permanencia en Londres intrigaban á fin de promover conspiraciones y sublevar al pueblo, determinóse no recibir otros, ni abrir mas conferencias, que las cámaras redactarian sus proposiciones de paz en forma de decreto, y que requeririan al rey para que simplemente lo sancionase ó nó, cual si residiera en Whitehall y segun la práctica de los tiempos regulares. En 20 de setiembre del mismo año 1645 el príncipe de Gales ofreció ser mediador entre el rey y el pueblo, y Fairfax transmitió su carta á las cámaras; porque segun dijo consideraba cual un deber no sufocar en su nacimiento las benéficas esperanzas del jóven pacificador. A pesar de esto, ni siquiera se dió contestacion á su escrito.

Como estaba próximo á espirar el plazo señalado al mando de Cromwell, se le prorogó por cuatro meses sin esponer la razon de ello, y desde luego se procedió con doble rigor contra el partido realista, en términos de revocarse la ordenanza que señalaba á las mugeres y á los hijos de los desafectos el quinto de las rentas de los bienes secuestrados. Por otra ordenanza que durante mucho tiempo rechazaron los lores se mandó vender una porcion considerable de los bienes de los obispos y de los desafectos. En la guerra se ejecutaba la misma revolucion: de modo que se prohibió dar cuartel á los irlandeses cogidos en Inglaterra con las armas en la mano, á quienes se fusilaba á centenares ó se les sumergia en la mar atados espalda con espalda. Entre los mismos ingleses desaparecieron aquella dulzura y aquella cortesanía de que hubo tantos ejemplos en las primeras campañas, y que era manifiesto indicio de que en los dos partidos habia á poca diferencia la misma educacion, las mismas costumbres, y el hábito y la necesidad de la paz aun en medio de la guerra. En el ejército parlamentario Fairfax era el único que conservaba aquella humanidad cortesana, pues los oficiales y soldados hechos valientes y peritos pero de costumbres duras, ó violentos y sombríos á fuer de fanáticos, no se curaban mas que de vencer, y en los caballeros no veian sino enemigos. Irritados tambien los caballeros, y considerando como una afrenta

sucumbir á tales adversarios, se procuraban un consuelo ó una venganza con burlas, epígramas ó canciones de cada dia mas insultantes. Con tal disposicion por una y otra parte la guerra se iba haciendo brava y hasta cruel, cual pudiera serlo entre gentes que no se hubiesen conocido sino para despreciarse ó aborrecerse. Mostrábase al mismo tiempo la mala inteligencia entre los escoceses y las cámaras que hasta entonces estuvo sofocada: quejábanse aquellos de que sus tropas no se pagasen, y las segundas de que un ejército de aliados robase y devastára el pais, como pudieran hacerlo sus enemigos. En todas partes la exaltada fermentacion, la rencorosa enemistad y las medidas estremas y decisivas, hacian casi imposible que viniese á contenerlas la paz, ó que las suspendiera á lo menos una tregua.

Las proposiciones del rey fueron rechazadas y negóse el salvoconducto á los negociadores, de manera que si bien envió otros dos mensageros no consiguió cosa alguna pues le contestaron que las intrigas que sus cortesanos urdian en la ciudad, aconsejaban que nó se les permitiese venir á ella. Ofreció trasladarse él mismo á Westminster á fin de tratar en persona con el parlamento, y á pesar de las reflexiones de los escoceses no pudo lograr su intento. El 15 de enero de 1646 renovó sus instancias no tanto porque esperase llevar á término su proyecto, como para desacreditar á las cámaras ante el pueblo que deseaba la paz; pero sus enemigos habian alcanzado un medio mas seguro de desacreditarlo á él. Publicaron solemnemente que poseian la prueba de la falsía de sus palabras; que acababa de ajustar con los irlandeses, nó un armisticio sino un tratado de alianza; que bien pronto desembarcarian en Chester diez mil de aquellos rebeldes á las órdenes del conde de Glamorgan; que el precio de aquel detestable socorro era la completa abolicion de las leyes penales contra los católicos, la libertad de su culto, el reconocimiento de su derecho á las iglesias y á las tierras de que se habian apoderado; es decir, el triunfo del papismo en Irlanda y la ruina de los protestantes. Habian sido encontradas una copia del tratado y muchas cartas que á él se referian en el coche del arzobispo de Tuam que era uno de los gefes

de los insurgentes, muerto casualmente en una escaramuza ante los muros de Sligo. La comision de los dos reinos que de mas de tres meses á aquella parte las tenia reservadas para alguna ocasion oportuna las presentó á las cámaras que las hicieron publicar al momento. Grande fue la alarma del rey, pues los hechos eran ciertos y el parlamento aun no lo sabia todo. Hacia mas de dos años que Cárlos manejaba por sí mismo esta intriga sin conocimiento de su partido ni de su consejo, y ocultándose hasta del marques de Ormond su lugarteniente en Irlanda, aunque no dudaba de su celo ni podia prescindir de su concurso. El católico lord Herbert primogénito del marques de Worcester y elevado ya á la dignidad de conde de Glamorgan, era el único que en este negocio poseia toda la confianza de Cárlos. Glamorgan, hombre valiente, generoso, irreflexivo, y apasionadamente adicto á su amo á quien veia en peligro y á su religion oprimida, iba y venia de Inglaterra á Irlanda, y de Dublin á Kilkenny, encargándose de los pasos que Ormond no queria hacer, y era sabedor del término hasta donde podian estenderse las concesiones del rey. Por sus manos pasaba la correspondencia de Cárlos con Rinuccini nuncio del papa, recientemente llegado á Irlanda y con el mismo pontífice; en una palabra, el rey lo habia autorizado con despachos firmados por él mismo, y de que ellos dos solos tenian conocimiento, á otorgar á los irlandeses cuanto juzgase necesario para alcanzar un ausilio eficaz, obligándose á aprobarlo y ratificarlo todo, por muy ilegales que fuesen las concesiones, y llevado del único deseo de que nada se trasluciese hasta el dia en que pudiera manifestarlo todo. El tratado se concluyó en 20 de agosto anterior y Glamorgan sin moverse de Irlanda activaba su ejecucion. Aquel era el secreto de las frecuentes visitas, de las largas estadas del rey en el castillo de Ragland, residencia del marques de Worcester, y de las misteriosas esperanzas que dejaba entrever en medio de sus reveses.

Casi simultáneamente se supo en Oxford y en Dublin que el tratado era ya público en Lóndres, y no le fue difícil á Ormond comprender hasta qué punto perjudicaria esto á los negocios del rey, aun entre las gentes de su partido. Bien sea que ignorase, co-

mo lo aseguró, que Cárlos hubiera autorizado tales concesiones, bien que quisiera facilitar á este los medios de negarlo, al instante hizo prender á Glamorgan por haberse escedido de sus poderes y puesto al monarca en grave compromiso, concediendo á los rebeldes lo que debia negárseles segun todas las leyes. Glamorgan cuya adhesion era inalterable no solo calló y retuvo secretas las actas firmadas por Cárlos que poseia, sino que dijo que el rey no estaba obligado á ratificar lo que él prometió en su nombre. Cárlos por su parte, envió un manifiesto á las cámaras y cartas oficiales al consejo de Dublin, segun cuyos documentos Glamorgan no tenia otro encargo que reclutar soldados y secundar los esfuerzos del lord lugarteniente: pero en uno y otro partido la mentira era ya un hábito inveterado é inútil que no engañaba á nadie ni aun al pueblo mismo. Glamorgan puesto en libertad á los pocos dias trabajó de nuevo para hacer pasar á Inglaterra un ejército irlandes; y como al mismo tiempo las cámaras votaron que la justificacion del rey era insuficiente y se prorogó el mando de Cromwell, Cárlos se vió precisado á buscar su salvacion en la guerra, cual si pudiera sostenerla.

Dos divisiones solas le quedaban, la una en el condado de Cornouailles á las órdenes de lord Hopton, y la otra en las fronteras del pais de Gales al mando de lord Astley. Hácia mediados de enero el príncipe de Gales que continuaba gobernando el oeste, pero que fue abandonado por Goring y por Greenville generales suyos hasta entonces, habia llamado á lord Hopton que por mucho tiempo fue gefe de aquellos condados para rogarle encarecidamente que tomase el mando de los restos del ejército que aun quedaba. „Monseñor, le dijo Hopton, en el dia es costumbre en las gentes que „no quieren obedecer lo que se les manda, decir que es contra su „honor, que su honor no permite hacer esto ó aquello. En cuanto „á mí no puedo hoy obedecer á V. A. sin resignarme al sacrificio „de mi honor, porque es imposible conservarlo con las tropas que „V. A. me da. Sus amigos las temen y sus enemigos se burlan de „ellas; solo son formidables en un dia de saqueo, y resueltas úni„camente para huir. Sin embargo, puesto que V. A. ha juzgado

„conveniente llamarme estoy pronto á seguir aunque sea con ries-„go de mi honor.” En seguida tomó el mando de siete á ocho mil hombres, para quienes fue luego tan odioso como lo eran para él sus escesos. Hasta los mas valientes no podian sufrir el rigorismo de su disciplina y de su vigilancia, acostumbrados como estaban en tiempo de Goring á una guerra menos incómoda y mas provechosa. Fairfax dedicado siempre á sujetar el oeste se dirigió muy luego contra ellos, y en 16 de febrero Hopton sufrió en la frontera del condado de Cornouailles una derrota mas desastrosa que sangrienta. En vano retirándose de pueblo en pueblo procuró rehacer una parte de su ejército, porque oficiales y soldados todo le faltaba. En esta época, decia, jamas he dado cita á un regimiento sin que haya llegado con la mitad menos de la fuerza ó dos horas mas tarde. Entre tanto Fairfax lo estrechaba de mas cerca cada dia: de manera que al fin se vió arrinconado en la punta de Cornouailles con las pocas tropas fieles que le quedaban. En Truro supo que las gentes del pais fatigadas de la guerra y con el objeto de acabar de una vez habian proyectado apoderarse del príncipe de Gales y entregarlo al parlamento, por lo cual el príncipe se embarcó con su consejo para retirarse á la isla de Scilly que estaba en territorio ingles y á la vista de las costas. Libre Hopton de este cuidado quiso probar todavía la suerte de las armas, pero las tropas á voz en grito pidieron capitular. Fairfax le hizo ofrecer pactos honrosos; mas como él procuraba eludir el ajuste, sus oficiales le hicieron entender que si él no se convenia tratarian por sí solos. Tratad pues, les dijo Hopton, mas no trateis para mí, y ni él ni lord Capel quisieron ir comprendidos en la capitulacion sino que una vez estuvo esta firmada y disuelto el ejército se embarcaron para ir á juntarse con el príncipe, con lo cual no le quedaron al rey en el sudoeste mas que algunas insignificantes guarniciones.

No fue menos desgraciado lord Astley. Hallábase en Worcester con tres mil hombres cuando Cárlos le mandó que fuese á reunirse con él en Oxford de donde él marchó con mil quinientos caballos para salirle al paso. Su objeto era tener cerca de sí una division suficiente para esperar los socorros de Irlanda que nunca dejaba de

aguardar; mas antes que lograse reunirse con Astley, este fue alcanzado en el condado de Glocester por sir Guillermo Brereton y por el coronel Morgan que á la cabeza de una division de tropas parlamentarias hacia un mes que seguia sus movimientos. La derrota de los caballeros fue completa: de manera que quedaron muertos ó prisioneros mil ochocientos de ellos y los restantes dispersados. El mismo Astley despues de una heroica resistencia cayó en poder del enemigo. Este general era anciano, y como á puro cansado del combate caminaba con trabajo, los soldados enternecidos al ver sus canas y su desgracia le trajeron una caja de guerra. Sentóse en ella y dijo á los oficiales de Brereton: „Señores, „vuestra obra está terminada, y podeis iros á jugar, á no ser que „prefirais reñir los unos con los otros."

Esta era la última esperanza de Cárlos y trató de trabajar desde luego para que no se frustrase. Hacia ya mucho tiempo que mientras dispensaba á varios gefes presbiterianos consideraciones capaces de comprometerlos mantenia secretas relaciones con los independientes y sobre todo con Vane, intrigante tan activo como entusiasta apasionado. Algun tiempo antes el secretario de estado Nicholas habia escrito á Vane para empeñarle que hiciese de manera que el rey pudiese trasladarse á Londres á fin de negociar por sí mismo con las cámaras, prometiéndole que si estas exigian el triunfo de la disciplina presbiteriana, los realistas harian causa comun con sus amigos para estirpar del reino aquella dominacion tiránica y garantizarse mutuamente su libertad. No se sabe lo que Vane contestó á esta carta; pero despues de la derrota de Astley, el mismo rey le escribió en estos términos: „Contad con el cum„plimiento de todo lo que os tengo prometido; por todo lo que „es mas apreciable al hombre os ruego que activeis vuestros bue„nos oficios, pues de otro modo será demasiado tarde y yo mo„riré antes que pueda recoger el fruto de ellos. Me es imposible „deciros todas mis urgencias, y estoy bien persuadido de que si „lo hiciera dejariais á un lado todas las consideraciones para col„mar mis deseos. Nada mas tengo que deciros, fiad en mí y yo „recompensaré vuestros servicios. Si dentro de cuatro dias no ten-

„go respuesta me veré precisado á buscar otro espediente. Dios „sea vuestra guia: en cuanto á mí he cumplido con mi deber." Al mismo tiempo envió un mensage á las cámaras ofreciendo licenciar las tropas, abrir todas las plazas y volver á residir en Whitehall. A semejante propuesta y al rumor que cundió de que de repente y sin esperar cosa alguna podia el rey presentarse, hubo en Westminster una alarma grandísima; políticos y fanáticos, presbiterianos é independientes, ninguno ignoraba que cuando el rey estuviese en Whitehall no se dirigirian contra él las sediciones que en la ciudad hubiese; y por lo mismo todos estaban igualmente resueltos á no quedar á merced suya. Por esto pues dictaron al instante y á fin de prevenir semejante riesgo las mas violentas medidas prohibiendo recibir al rey, acercarse á él en caso de que fuese á Londres, y proporcionar á quien quiera que fuese medios para ponerse en relacion con el mismo. Diéronse poderes á la comision de la milicia para que impidiese toda reunion, detuviera á los que viniesen con el rey, impidiese toda afluencia de gentes hácia él, y en caso necesario pusiera su persona á cubierto de todo riesgo. Mandóse salir de Londres en el término de tres dias á los papistas, á los desafectos, á los oficiales reformados, á los aventureros y á cuantos habian tomado partido contra el parlamento. Finalmente se erigió una comision militar y se impuso pena de muerte á todo el que directa ó indirectamente mantuviese relaciones con el rey ó que viniese sin pasaporte de algun punto ocupado por los realistas, ó que recibiera ú ocultara á quien hubiese hecho armas contra el parlamento ó que voluntariamente dejase escapar un prisionero de guerra. Jamas salió de las cámaras decreto alguno en que tan á las claras apareciese el terror. Vane por su parte no contestó á la carta del rey, y si lo hizo no produjo resultado alguno.

Mientras tanto las tropas de Fairfax se adelantaban á marchas dobles á fin de bloquear á Oxford, y ya habia llegado á la vista de la plaza el coronel Rainsborough con tres regimientos. El rey ofreció á aquel gefe que se le entregaria con tal que se comprometiera á conducirlo desde luego al campamento; pero el coronel se negó, y como segun la apariencia dentro de pocos dias se forma-

lizaria el bloqueo, y su resultado tarde ó temprano era infalible, comprendió el rey que iba á caer como prisionero de guerra en manos de sus enemigos. El único asilo que podria procurarse era el campo de los escoceses; asilo que de dos meses á aquella parte trabajaba para proporcionarle el embajador de Francia M. de Montreuil impulsado mas bien por la triste situacion de Cárlos que por las instrucciones de Mazarino. Rechazado desde luego por los comisionados escoceses residentes en Londres y convencido por un viage que hizo á Edimburgo de que era inútil esperar cosa alguna del parlamento de Escocia, se dirigió á algunos gefes del ejército que sitiaba á Newark, los cuales le parecieron estar en tan buena disposicion que juzgó del caso prometer al rey en nombre y bajo la garantía del rey de Francia, que los escoceses lo recibirian como su legítimo soberano, y que en caso necesario le pondrian á él y á los suyos á cubierto de todo riesgo, contribuyendo ademas con todo su poder á que la paz se restableciera. Las incertidumbres y las retractaciones de los oficiales escoceses que quisieran salvar al rey sin romper con el parlamento hicieron bien pronto conocer á Montreuil que se habia adelantado mucho y dió noticia de todo á Oxford. Sin embargo la necesidad de cada dia mas urgente hacia al rey y al mismo Montreuil menos delicados, y por otra parte la reina que desde Paris tenia tambien relaciones y agentes en el ejército escoces exortaba á su marido á que se fiase al mismo. Mas adelante los oficiales hicieron algunas promesas á Montreuil que las comunicó al rey repitiéndole no obstante que aquel paso era arriesgado, que debia preferirse cualquiera otro refugio, y que solo en el caso de no tener ninguno hallaria entre los escoceses una seguridad absoluta á lo menos para su persona. Ora estuviese Cárlos incierto, ora decidido, no podia esperar mas, porque Fairfax estaba en Newbury, y dentro de tres dias iba á formalizarse el bloqueo. A consecuencia de esto el 27 de abril á media noche y sin mas compañía que Ashburnham y el eclesiástico Hudson, hombre muy práctico del pais, partió de Oxford á caballo con el disfraz de criado de Ashburnham, llevando en la grupa la maleta en que iba la ropa de todos, y para desva-

necer las sospechas en el momento mismo salian por cada una de las puertas de la ciudad tres hombres á caballo. Cárlos tomó el camino de Londres. Llegado á las alturas de Harrow á la vista de la capital se detuvo perplejo. Podia en verdad descender, entrar otra vez en Whitehall y presentarse repentinamente en medio de la ciudad que se hubiera declarado por él; pero nada era mas ageno de su carácter que una resolucion singular y atrevida, porque le faltaba presencia de espíritu, y sobre todo temia todo lo que pudiese comprometer su dignidad. Despues de algunas horas de dudas se alejó de Londres caminando hácia el norte, pero lentamente, casi sin direccion fija y como hombre que está todavía incierto. Montreuil que prometió salirle al encuentro en Harborough no parecia. El rey inquieto envió á la descubierta á Hudson, y se dirigió hácia los condados del este errando de pueblo en pueblo y de castillo en castillo sin abandonar nunca las costas, cambiando incesantemente de disfraz, pidiendo noticias de Montrose é impulsado fuertemente por el deseo de alcanzarlo. Esto sin embargo era una empresa demasiado larga y embarazosa. Hudson volvió sin traer noticia alguna, y Montreuil seguia prometiendo una retirada si nó agradable á lo menos segura en el campo escoces. Cárlos se decidió en fin mas por cansancio que por eleccion, y en la mañana del 5 de mayo, nueve dias despues de su salida de Oxford, Montreuil le introdujo en Kelham, cuartel general de los escoceses. A la vista del rey el conde de Leven y sus oficiales afectaron grandísima sorpresa; al punto se dió noticia de su llegada á los comisionados del parlamento y salieron correos para llevarla á Londres y á Edimburgo. Asi los oficiales como los soldados trataban al rey con un profundo respeto; mas por la noche so pretesto de hacerle los debidos honores se colocó en la puerta de su casa una guardia, y cuando quiso con el objeto de conocer su situacion darle el santo, Leven le dijo: „V. M. me perdone, pero yo soy aqui el soldado mas viejo y V. M. me permitirá que me encargue de ejecutarlo."

Bien pronto se supo en Londres que el rey habia salido de Oxford sin que cosa alguna indicara en dónde estaba ni á dónde

queria ir. Cundió la voz de que se habia escondido en la ciudad, y de nuevo se amenazó con la irremisible pena de muerte á cualquiera que lo receptase. Fairfax dió noticia de que se habia dirigido hácia los condados del este, á donde se enviaron con órden de buscarlo á toda costa, á los coroneles Russel y Wharton de cuya adhesion no podia dudarse. Los parlamentarios y los realistas envueltos todos en la misma incertidumbre sufrian con igual angustia, estos sus esperanzas y sus temores aquellos. Finalmente en la tarde del 6 de mayo llegó la noticia de que el rey estaba en el campo de los escoceses, y al dia siguiente los comunes votaron que solo á las dos cámaras correspondia disponer de su suerte, y que sin demora seria conducido al castillo de Warwick. Los lores no quisieron conformarse con esto; mas aprobaron que se mandase á Poyntz acantonado cerca de Newark que vigilase los movimientos del ejército escoces, y á Fairfax que estuviera dispuesto á marchar en caso necesario.

Los escoceses por su parte obligados á alejarse alcanzaron del rey en el mismo dia de su llegada que mandase á lord Bellacis gobernador de Newark que les abriese las puertas; con lo cual entregaron la ciudad á las tropas de Poyntz, y á las pocas horas poniendo al rey en la vanguardia emprendieron la marcha hácia Newcastle, frontera de su pais.

Grandes eran la angustia y la cólera del partido independiente. Hacia mas de un año que la fortuna le era favorable. Puesto á la cabeza del ejército venció en todas partes, y sus triunfos hicieron mucha sensacion en el espíritu del pueblo; acudian á sus banderas todos los hombres atrevidos, los ambiciosos enérgicos, los que alimentaban desmedidas esperanzas, cuantos tenian que hacer su fortuna, meditaban algun grande proyecto ó sentian inmoderados deseos. Hasta el genio no encontraba al parecer cabida ni libertad sino en sus filas; pues Milton, jóven todavía, pero distinguido ya por su saber y su elegancia acababa de reclamar con una nobleza de lenguage desconocida hasta entonces las libertades de conciencia y de imprenta, y la facultad de divorciarse; y el clero presbiteriano indignado por tanta audacia lo denunció aunque in-

fructuosamente á las cámaras, haciéndoles cargo porque toleraban semejantes escritos. Juan Lilburne conocido ya por su tenaz resistencia contra la tiranía, comenzaba ahora una guerra infatigable contra los lores, los jueces y los legistas, y su nombre era aclamado con entusiasmo por el pueblo. De continuo iban en aumento el número y la confianza de las congregaciones disidentes unidas todas al bando independiente, y en vano fue que los presbiterianos alcanzasen de las cámaras el esclusivo y oficial establecimiento de su iglesia: porque los independientes ausiliados por los jurisconsultos y los libertinos sostuvieron la supremacía del parlamento en materias religiosas, y enervada con esto aquella medida se ejecutaba lentamente. Al mismo tiempo crecia de una manera admirable la fortuna personal de los adalides del partido, los cuales si iban desde el ejército á Westminster las cámaras les tributaban un homenage solemne, y al restituirse al ejército los regalos en dinero y tierras, las gratificaciones y los empleos prodigados á sus criaturas atestiguaban y acrecian su reputacion. El movimiento social de cada dia se declaraba mas á favor del partido asi en Londres como en los condados, ora se tratase de política ó de religion, de los intereses ó de las ideas. Y cuando halagado por tantas prosperidades alcanzaba casi la cumbre de su poder, se veia en riesgo de perderlo todo; porque en efecto todo lo perderia en caso de que el rey y los presbiterianos se confederasen en su contra.

No hubo resorte que no moviera para guarecerse de este golpe. A seguir sus inclinaciones quizás en el acto hubiera enviado el ejército contra los escoceses y cogido el rey á viva fuerza; mas á pesar de haber salido vencedor en las nuevas elecciones, era fuerza que obrase con cautela, pues sobre estar en minoría en la cámara alta no contaba en los comunes sino con un ascendiente precario, debido mas bien á la inesperiencia de los nuevos diputados que á sus verdaderos sentimientos. Hubo pues de recurrir á caminos indirectos y por toda clase de medios secretos ó aparentes, osados ó mañosos, trató de ofender á los escoceses y de irritar contra ellos al pueblo, con la esperanza de que esto produci-

ria un rompimiento. Unas veces en las mismas puertas de Londres eran detenidos sus correos é interceptados sus partes por subalternos contra los cuales era inútil que pidiesen justicia: otras llovían contra ellos peticiones de los condados del norte en que se relataban sus exacciones, sus desórdenes y todo lo que el pais tenia que sufrir por su residencia. Foot presentó en nombre de la ciudad una que les era favorable y pedia que se reprimiese á los nuevos sectarios autores de los disturbios de la iglesia y del estado, peticion á que se mostraron agradecidos los lores; pero que apenas mereció de los comunes una seca y lacónica respuesta. Aun quedaban algunos regimientos que eran los últimos restos del ejército de Essex en los cuales prevalecian los sentimientos presbiterianos, y en particular se distinguia bajo este concepto la division acantonada en el Wiltshir á las órdenes del mayor general Massey; pero fueron tantas las quejas que hubo contra aquella tropa que al fin se recabó su licenciamiento. En las cámaras, en los periódicos, en los lugares públicos y mas que todo en el ejército, los independientes no hablaban de los escoceses sino para insultarlos, ya declamando contra su avaricia ya burlándose de su parsimonia, dirigiéndose siempre con ardides groseros pero eficaces á las prevenciones nacionales y á la desconfianza del pueblo, aprovechando cualquiera ocasion para estimular contra sus enemigos la ira ó el desprecio. Al fin votaron los comunes que ya no se necesitaba el ejército escoces, y quedándole cien mil libras esterlinas y exigiéndole cuentas por lo restante se le rogaria que diese la vuelta á su pais. Estos manejos sin embargo no produjeron el efecto que de ellos se esperaba, pues los escoceses no se manifestaron ofendidos ni coléricos, sino que su conducta fue cobarde é incierta, y por lo tanto mas útil aun á sus enemigos. Las dificultades de los gefes inclinados á servir al rey eran cada dia mayores, pues Cárlos incorregible en su doblez, porque tratándose de súbditos rebeldes no se creia obligado á cosa alguna, meditaba su ruina mientras pedia su apoyo. „No desespero, escribia á Digby algunos dias an-
„tes de salir de Oxford, de empeñar á los presbiterianos ó á los
„independientes á que se unan á mí para esterminarse los unos á

„los otros, y entonces volveré á ser verdaderamente rey." Por su parte el pueblo presbiteriano, asi de Inglaterra como de Escocia, gobernado siempre por sus ministros y siempre entusiasta por el *covenant* y por el triunfo de su iglesia, no queria que se hablase de ningun arreglo ni de dar socorros al rey sino á este precio: de manera que los mas moderados y los mas inquietos por el porvenir ni podian fiarse de él ni rebajar en nada sus pretensiones. En esta perplejidad y siendo á la vez el blanco de las acusaciones de sus adversarios y de las exigencias de su partido, sus palabras eran contradictorias y sus procedimientos se destruian unos á otros, de manera que deseaban la paz, la prometian al rey, sin cesar hablaban á sus amigos del terror que les inspiraban los independientes, y al mismo tiempo nunca habian sido tantas ni tan ruidosas sus demostraciones de celo á favor del *covenant*, de firme adhesion á las cámaras, de indisoluble alianza con los ingleses sus hermanos, y nunca tampoco se manifestara con el rey y con los caballeros tan ásperos ni tan recelosos. Seis de los mas ilustres compañeros de Montrose cogidos en la batalla de Philip-Haugh fueron condenados á muerte y ejecutados: rigor hijo tan solo de la venganza, y del cual la guerra civil de Inglaterra no habia presentado ejemplar alguno. Antes de salir de Oxford escribió Cárlos al marques de Ormond que se trasladaba al campo de los escoceses, porque le prometieron sostener en caso necesario sus justos derechos y su persona; y aunque es probable que el lenguage de los escoceses no seria tan esplícito, no cabe duda de que en efecto le dieron motivo para contar con su apoyo. Ormond publicó la carta del rey, y los escoceses la desmintieron al instante calificándola de abominable mentira. De cada dia era mas estrechamente guardada su persona; prohibióse acercarse á él á cuantos hubiesen militado en favor suyo, interceptábanse sus cartas, y por último los gefes escoceses con el objeto de dar una relevante prueba de su fidelidad á la causa del *covenant* obligaron al rey á que se dejase instruir en la verdadera doctrina de Cristo, y el afamado predicador Henderson se trasladó á Newcastle para dedicarse oficialmente á la conversion del monarca prisionero. Cárlos sostuvo

Trajes civiles, en tiempo de Isabel.

Pl 35.



Lilière del. Pardinel sculp.

COSTUMES CIVILS SOUS LE RÈGNE D'ÉLISABETH. (1580)

ANGLETERRE

esta controversia con dignidad y tino mostrándose inalterable en su adhesion á la iglesia anglicana; pero arguyendo sin acrimonia contra su adversario que tambien era dulce y respetuoso. Durante estas discusiones el rey escribió á los gobernadores realistas que rindiesen las plazas, á las cámaras que activasen la remesa de sus proposiciones, á Ormond que continuara negociando con los irlandeses, aunque entonces mismo le mandaba oficialmente que rompiese todo trato con ellos; y finalmente decia á Glamorgan que era el único sabedor de sus ocultos planes lo siguiente. „Si podeis „procurarme una crecida suma de dinero dando en hipoteca mis „reinos me haréis un favor grandísimo, y en el momento en que „recobre la posesion de estos satisfaré la deuda. Decid al nuncio „que si se me presenta algun medio para ponerme en sus manos „ó en las vuestras lo aprovecharé desde luego; porque veo de „una manera muy clara que todos los demas me desprecian."

Al fin recibió las proposiciones de las cámaras que le presentaron los condes de Pembroke y de Suffolk y cuatro individuos de la cámara de los comunes. Cuando Goodwin que era uno de ellos comenzaba á leer, el rey le interrumpió preguntándole si tenian poderes para tratar, y como contestasen negativamente, Cárlos les dijo: „En este caso, si esceptuamos el honor del mensage, un trompeta hubiera hecho lo mismo que vosotros." Goodwin acabó su lectura, y como el rey dijese que regularmente no querian una pronta respuesta pues el negocio era grave, lord Pembroke manifestó que tenian órden de no permanecer allí mas que diez dias, á lo cual repuso Cárlos que los despacharia dentro del plazo fijado. A pesar de esto transcurrieron muchos dias sin que los comisionados pudiesen hablar de cosa alguna. El rey leia y tornaba á leer tristemente las proposiciones, mas humillantes, y mas duras que las que constantemente habia rechazado. Pedíasele que adoptase el *covenant*, que aboliese enteramente la iglesia episcopal, que dejara á las cámaras por el tiempo de veinte años el mando del ejército, de la marina y de la milicia, que se conformase con ver esceptuados de toda amnistía á sesenta y uno de sus mas fieles amigos espresamente nombrados, y privados de ejercer destino alguno

mientras al parlamento pluguiera á cuantos habian tomado las armas en favor de él y á cuantos fueron sus partidarios. Y á pesar de esto por todos lados se hacian esfuerzos para que se determinase á aceptarlo todo. M. de Bellièvre embajador de Francia que llegó á Newcastle el dia mismo que el mensage de las cámaras se lo aconsejaba en nombre de su corte; Montreuil le trajo cartas de la reina en que se lo rogaba encarecidamente, y á un aviso de Bellièvre hizo marchar de Paris á sir Guillermo Davenant con órden de manifestar al rey que todos sus amigos desaprobaban su resistencia. „¿Qué amigos son esos, preguntó Cárlos enojado. —Lord Jer-„myn. —Jermyn no entiende una jota en cosas de Iglesia.—„Lord Colopepper es del mismo parecer. —Colepepper no tiene „religion. ¿De qué parecer es Hyde? — Lo ignoramos, señor, por „que Hyde no está en Paris: abandonó al príncipe y se quedó en „Jersey en vez de ir con él adonde está la reina, cosa de que S. M. „está muy resentida. — Mi muger hace muy mal de estarlo, por-„que Hyde es un hombre honrado que no me abandonará nunca „ni á mí, ni al príncipe, ni á la Iglesia: siento mucho que no es-„té al lado de mi hijo." Davenant insistió con el calor de un poeta y la ligereza de un libertino con no poca incomodidad del rey que al fin le mandó salir de su presencia. No eran menos vivas las instancias por parte de los presbiterianos. Muchas ciudades de Escocia, entre ellas Edimburgo, dirigieron al rey amigables peticiones; y la ciudad de Londres hubiera hecho lo mismo á no prohibírselo formalmente los comunes. Por fin las amenazas se unieron á los ruegos: la asamblea general de la iglesia escocesa pidió que si el rey se negaba á adoptar el *covenant* en ningun caso pudiese ir á Escocia, y en una audiencia solemne tenida en presencia de los comisionados escoceses el canciller lord Lowden le declaró que si insistia en su repulsa se le prohibiria entrar en Escocia, y que era posible que en Inglaterra le depusiesen é instituyeran otro gobierno. Todo sin embargo se estrelló contra el orgullo del rey, contra sus escrúpulos religiosos y contra alguna secreta esperanza que de continuo alimentaban sus crédulos ó intrigantes amigos. Despues de retardar de dia en dia su respuesta, en 1.° de agosto llamó final-

mente á los comisionados y les entregó un mensage escrito en donde sin rechazar absolutamente las proposiciones pedia que se le recibiese en Londres, á fin de tratar en persona con el parlamento. La alegría de los independientes llegó á su colmo. A la vuelta de los comisionados se les dió como era de costumbre un voto de gracias. Al rey es á quien deben darse las gracias, gritó un diputado. ¿Qué será de nosotros, preguntó un presbiteriano, habiendo el monarca rechazado nuestras proposiciones? ¿Qué fuera de nosotros, preguntó un independiente, si las hubiese admitido?

Presentóse en las cámaras un mensage de los comisionados escoceses ofreciendo entregar todas las plazas que ocupaban y retirar su ejército de Inglaterra, en cuya vista los lores votaron que sus hermanos de Escocia habian merecido bien del reino, y los comunes sin adherirse á esto, hicieron una ordenanza prohibiendo hablar mal de los escoceses, é imprimir cosa alguna contra ellos. Un momento hubo en que los dos partidos, desalentado el uno y tranquilo el otro, con la negativa del rey solo pensaron en arreglar de comun acuerdo sus intereses y sus divergencias. Las treguas hijas del despecho ó de la prudencia son de poca duracion cuando las hacen pasiones enemigas. El ofrecimiento que los escoceses hacian de retirarse daba lugar á dos cuestiones, á saber: cómo se les satisfarian los atrasos que se les debian, y que desde mucho tiempo reclamaban, y quién dispondria de la persona del rey. Suscitadas apenas estas dos cuestiones los partidos entablaron de nuevo el combate. En órden á la primera, los presbiterianos alcanzaron la victoria, aunque eran exorbitantes las demandas de los escoceses, puesto que deduciendo lo que tenian satisfecho reclamaban aun cerca de setecientas mil esterlinas, sin hablar de las enormes pérdidas que costó á la Escocia su alianza con la Inglaterra y cuya valuacion confiaban á la equidad de las cámaras. Los independientes declarándose contra esta fraternidad tan gravosa, presentaron á los escoceses una minuciosa cuenta de las cantidades que habian percibido y de sus exacciones en el norte del reino, segun cuya cuenta la Escocia debia á la Inglaterra mas de cuatrocientas mil esterlinas. Esto sin embargo ni aun podia dar lugar á

discusion entre hombres sensatos; la retirada de los escoceses era evidentemente necesaria: los condados del norte la pedian á voz en grito, y para que se verificase era menester pagarla, porque una guerra hubiera costado mucho mas cara y comprometido al parlamento. La quisquillosa obstinacion de los independientes se atribuyó á ceguedad y á manejos de partido, y como los presbiterianos prometian traer á los escoceses á pactos mas razonables, todos los hombres indecisos ó desconfiados que no militaban en partido alguno y que disgustados del despotismo presbiteriano sostuvieron muchas veces á los independientes, se colocaron ahora de parte de sus adversarios y se votó el pago de cuatrocientas esterlinas (como el maximum de lo que podian esperar los escoceses), pagaderas por mitad en el momento de su marcha y dentro del término de dos años. Aceptaron el contrato, y para llevarlo á efecto se hizo en la ciudad un empréstito hipotecando la venta de los bienes eclesiásticos.

Al tratarse de la persona del rey, la posicion de los presbiterianos se hizo muy embarazosa, pues aun cuando ellos desearan que se quedase en manos de los escoceses, no era posible dejar entrever siquiera semejante idea como depresiva del orgullo nacional. Públicamente se decia que el derecho y el honor reclamaban que el pueblo ingles fuese el único que dispusiera de su soberano, y que los escoceses no podian tener jurisdiccion alguna en el suelo de Inglaterra. No eran allí otra cosa que ausiliares pagados y que segun se veia claramente no pensaban mas que en sus sueldos y que era menester darles el dinero y que se volviesen á su pais, puesto que no eran necesarios ni inspiraban temor alguno. Por mucho que los escoceses deseasen evitar todo rompimiento, no podian oir con indiferencia semejantes desprecios, pues como lo decian Cárlos era tan rey suyo como de los ingleses; tenian el mismo derecho que estos para velar sobre su persona y su suerte, y el *covenant* se lo prevenia como un deber. La disputa se fue embraveciendo; multiplicábanse y eran cada dia mas acaloradas las conferencias, los libelos y las recíprocas acusaciones; el pueblo sin distincion de partidos se declaraba abiertamente contra las pretensiones de los

escoceses que habian perdido la opinion pública; renacieron las preocupaciones y las antipatías nacionales; y su avaricia, su rígida prudencia y su pedantería teológica disgustaban al espíritu mas libre y al fanatismo mas lato y mas audaz de sus aliados. Hollis, Stapleton y Glynn, gefes del partido presbiteriano, cansados de una lucha en que se veian oprimidos buscaban medios para terminarla, y se persuadieron que si los escoceses ponian al rey en manos de las cámaras seria fácil licenciar el ejército que era la única fuerza de los independientes y el verdadero enemigo del parlamento y del monarca. Asi fue que consultando el interes de su propia causa aconsejaron á los escoceses que cediesen, y en el mismo momento los lores determinados sin duda por igual motivo se adhirieron despues de cinco meses de suspension al voto de los comunes de que el derecho de disponer de la persona del rey pertenecia tan solo á las dos cámaras. La mayor parte á lo menos de los presbiterianos escoceses á quienes embarazaba su propia resistencia y que no sabian ni cómo desistir de ella ni cómo sostenerla, juzgaron muy oportuno creer en la sabiduría de aquel consejo y seguirlo; pero los amigos del rey desde algun tiempo á aquella parte tenian en el partido algo mas de audacia y de poder. A su cabeza estaba el duque de Hamilton que despues de tres años de detencion en un castillo con motivo de la desconfianza que su conducta habia inspirado á la corte de Oxford y al rey mismo salió de allí cuando el fuerte vino á poder de los parlamentarios; estuvo algunos dias en Londres buscando la amistad de todos los miembros de las dos cámaras, desde allí se trasladó á Newcastle á donde Cárlos acababa de llegar con el ejército escoces, allí recobró su antiguo favor, y vuelto á Edimburgo trabajaba eficazmente para salvar al rey. No tardaron en hacer causa comun con él casi toda el alta nobleza del reino, y entre la clase media se le juntaron los presbiterianos moderados, los hombres prudentes á quienes disgustaban el ciego fanatismo de la muchedumbre y el insolente imperio de sus ministros, y los hombres honrados y tímidos dispuestos á sacrificarlo todo á trueque de disfrutar algun reposo. Estos consiguieron que se enviase otra solemne diputacion, la cual

fue á Newcastle á suplicar de rodillas al rey que aceptase las proposiciones del parlamento. Las vivas instancias de estos diputados, todos compatricios de Cárlos y casi todos compañeros de su infancia, hicieron vacilar su resolucion. „En verdad os juro, les dijo, „ que los peligros que me habeis pintado me conturban menos que „ el disgusto de no dar pronta y cumplida satisfaccion á los deseos „ de mi pais nativo espresados por boca vuestra. No quiero que „ nadie se engañe con respecto á mis intenciones; yo no rehuso, „ nó, repito y protesto que no rehuso; considerad que no reclamo otra cosa que ser oido por las gentes de Londres; si un rey „ rehusaba semejante cosa al menor de sus súbditos, con justo motivo se le tacharia de tirano." Al dia siguiente por efecto sin duda de nuevas súplicas ofreció reducir el mantenimiento de la iglesia episcopal á cinco diócesis, dejando que en lo demas del reino prevaleciese el régimen presbiteriano, reclamando únicamente para él y los suyos la libertad de su conciencia y de su culto, hasta que de comun acuerdo con las cámaras hubiese puesto un término á todas sus diferencias. Mas el pueblo presbiteriano no podia darse por satisfecho con ninguna concesion que no fuese absoluta, y cuanto mayores eran las que el rey ofrecia otro tanto se dudaba de su sinceridad. La última proposicion pues fue apenas escuchada, y Hamilton desalentado habló de retirarse al continente al mismo tiempo que cundió la voz de que el ejército escoces estaba en vísperas de dar la vuelta á su pais. Entonces el rey escribió al duque en estos términos: „Hamilton: es tanto lo que tengo que escribir y tan poco el tiempo para hacerlo, que esta carta será „ como los tiempos actuales sin órden y sin raciocinio. Las gentes „ de Londres se jactan de que se apoderarán de mí diciendo á nuestros compatricios que no quieren hacer de mí un prisionero; por „ cierto que nó; lo que ellos quieren es únicamente darme una „ guardia de honor que para la seguridad de mi persona me seguirá á todas partes. Os digo pues y nó en secreto, pues mi ánimo „ es que todos lo sepan, que cuando salga el ejército escoces no „ quiero quedarme en Inglaterra á no ser que de una manera muy „ esplícita y por medio de pactos estipulados segun las antiguas

„fórmulas legales me quede en ella á fuer de hombre libre, y sin „que se me dé bajo pretesto alguno ningun servidor que yo no „quiera. Os ruego que no partais. Vuestro mas seguro, mas verda- „dero mas fiel y mas constante amigo." Hamilton se quedó, y reunióse el parlamento de Escocia cuyas primeras sesiones parecian anunciar en favor del rey una firme y activa benevolencia, pues declaró que sostendria al gobierno monárquico en la persona y en los descendientes de S. M. como tambien sus justos derechos á la corona de Inglaterra, y que se enviarian instrucciones á los comisionados escoceses residentes en Londres á fin de que alcanzasen que el rey pudiese trasladarse allí con honor, seguridad y libertad. Sin embargo en el dia inmediato la comision permanente de la asamblea general de la iglesia presbiteriana presentó un manifiesto al parlamento echándole en cara que escuchaba consejos pérfidos, y quejándose de que pusiese en riesgo la union de los dos reinos para servir á un príncipe obstinado en rechazar el *covenant* de Cristo. Hamilton y sus amigos no tenian poder para neutralizar intervencion semejante, y dócil el parlamento retractó lo votado en la víspera, y los moderados solo pudieron alcanzar que se diese otro paso con el rey á fin de que aceptara las proposiciones. Cárlos respondió con un nuevo mensage solicitando que se le permitiese tratar en persona con el parlamento.

Mientras por la quinta vez manifestaba este inútil deseo, concluian las cámaras el tratado que arreglaba la retirada del ejército escoces y la manera con que seria satisfecho. El empréstito abierto en la ciudad quedó cubierto al punto, y en 16 de diciembre salieron de Londres con una escolta de infantería y metidas en doscientas cajas selladas con el sello de las dos naciones y puestas en treinta y seis carros las doscientas mil esterlinas que debian cobrar los escoceses antes de su partida. Skippon que mandaba el convoy puso en la órden del dia que cualquier oficial ó soldado que de palabra, por obra ó de cualquier otro modo diese motivo de queja á cualquier oficial ó soldado escoces sufriria un severo castigo. El dia 1.° de enero de 1647 entró el convoy en York saludado por una salva de artillería, y á las tres semanas los escoceses recibieron

en Nort-Allerton su primera paga. En toda esta negociacion no se mencionó para nada al rey, pero ocho dias despues de firmarse el tratado las dos cámaras votaron que Cárlos seria conducido al castillo de Holmby en el condado de Northampton; y en tanto se hacia cuenta de su persona para aquel contrato como que los comunes discutieron si se enviarian comisionados á Newcastle para que solemnemente lo recibiesen de manos de los escoceses, ó si pediriau que sin ceremonia alguna fuese entregado á Skippon con las llaves de la ciudad y el recibo del dinero. Los independientes con el deseo de envilecer á un mismo tiempo á sus rivales y al rey insistian en que se adoptase este último medio; mas los presbiterianos consiguieron que fuese rechazado, y en 12 de enero salieron de Londres para ir á tomar posesion de su soberano nueve comisionados, tres de la cámara de los lores y seis de la de los comunes con una crecida comitiva.

Cárlos jugaba al ajedrez cuando tuvo la primera noticia de lo resuelto por las cámaras, y de su próxima traslacion al castillo de Holmby, sin embargo de lo cual acabó tranquilamente la partida limitándose á contestar que cuando llegasen los comisionados les haria entender lo que deseaba. La angustia de cuantos lo circuian era muy grande; sus amigos buscaban por todas partes algun socorro ó algun refugio proyectando una nueva fuga ó haciendo que se sublevara algun punto del reino. El mismo pueblo parecia que comenzaba á interesarse por su suerte. Un ministro escoces que predicaba en Newcastle delante de él indicó á sus oyentes que cantasen el salmo LI cuyo primer versículo dice: *¿Por qué haces alarde de tu malignidad, tú que solo eres poderoso para obrar la iniquidad?* De repente se levantó el rey, y en vez de este versículo entonó el salmo LVI que comienza: *Ten piedad de mí, Dios mio, ten piedad de mí ya que mi alma tiene puesta en tí su confianza. A la sombra de tus alas esperaré hasta que pase la iniquidad;* y por un movimiento espontáneo todos los presentes se unieron á su voz. Sin embargo la compasion del pueblo es tardía. Los comisionados llegaron á Newcastle cuando el parlamento de Escocia habia consentido de oficio en la entrega del rey. Al

saberlo este dijo: me han vendido y comprado. A pesar de todo recibió bien á los comisionados, habló jovialmente con ellos, felicitó á lord Pembroke porque á su edad y en estacion tan rigurosa habia podido hacer aquel viage, informóse de cómo estaban las carreteras, y finalmente manifestó sus deseos de que creyesen que iba con gusto á reunirse al parlamento. El dia antes de separarse los comisionados escoceses y sobre todo lord Lauderdale que era el mas previsor de todos, hicieron la última tentativa en favor del *covenant*. Si el rey lo adopta, decian, en vez de entregarlo á los ingleses lo llevarémos á Berwick y alcanzarémos pactos razonables. No contentos con esto ofrecieron á Montreuil que seguia siendo su intermediario una crecida suma si alcanzaba tan solo una simple promesa; pero Cárlos insistió en su negativa aunque sin quejarse de la conducta que con él observaba la Escocia, tratando igualmente á los comisionados de ambas naciones con el objeto de no manifestar desconfianza y enojo á la una ni á la otra. Los escoceses cansados de su impotencia se marcharon al fin, Newcastle fue entregado á las tropas inglesas, y en 9 de febrero salió el rey escoltado por un regimiento de caballería. Su viage era lento. Por todas partes salia la muchedumbre á la carretera, le llevaban los que adolecian de humores frios y los ponian en derredor de su coche ó en la portezuela para que al pasar los tocase. Recelosos los comisionados prohibieron aquellas demostraciones, pero sin fruto, porque nadie estaba todavía acostumbrado á oprimir ni á temer, y la tropa no se atrevia á hacer uso de la fuerza para rechazar á los paisanos. Al acercarse á Nottingham, Fairfax que tenia allí su cuartel general salió á recibirle, echó pie á tierra, besóle la mano y montando otra vez á caballo atravesó la ciudad á su lado y en conversacion respetuosa. El general es hombre de honor, dijo el rey al separarse de él, y me ha cumplido su palabra. Cuando al dia siguiente al entrar en Holmby vió la multitud de gentiles-hombres y de ciudadanos que se habian reunido para festejar su llegada, se felicitó al ver el recibimiento que sus súbditos le hacian.

En Westminster los mismos presbiterianos concibieron por ello

alguna inquietud que se desvaneció luego con el gozo de verse dueños del rey, y en disposicion de atacar audazmente á sus adversarios. Cárlos llegó á Holmby el 16 de febrero, y el 19 los comunes habian votado ya el licenciamiento del ejército, no dejando mas que el necesario para la guerra de Irlanda y el servicio interior del reino. Poco faltó para que Fairfax no fuese separado del mando de las tropas que no se despedian; y aunque finalmente se le conservó fue decretando que no podria servir con él ningun miembro de la cámara, que no tendria bajo sus órdenes ningun oficial de mayor graduacion que un coronel, y que todos estarian obligados á conformarse con lo prescrito por la iglesia presbiteriana y adoptar el *covenant*. Por su parte los lores á fin de aliviar los condados inmediatos á Londres que eran los mas adictos á la causa pública, pidieron que mientras se verificaba la disolucion del ejército fuese á acantonarse á mayor distancia. Al mismo tiempo abrióse en la ciudad un empréstito de doscientas mil esterlinas destinadas á satisfacer parte de los atrasos á la gente que se licenciaba; y por último se nombró una comision especial de los principales gefes presbiterianos á fin de que acelerara la ejecucion de estas medidas, sobre todo la marcha de los ausilios que de tanto tiempo antes aguardaban los infelices protestantes de Irlanda.

Este ataque no cogió de sorpresa á los independientes que veian la decadencia de su partido en la cámara, porque la mayor parte de los nuevos electos que al principio desconfiaron del despotismo presbiteriano, comenzaban ahora á declararse contra ellos. „Es „mucha miseria, dijo un dia Cromwell á Ludlow, servir á un par„lamento. Por mas que un hombre haya sido fiel viene á lo mejor „un legista y le calumnia y ya nunca mas puede lavar aquella man„cha, en vez de que sirviendo á un general es uno igualmente útil „y no ha de temer el vituperio ni la envidia; si tu padre viviese „les hablaria bien claro á esas gentes.” Ludlow, republicano sincero y estraño todavía á las intrigas de su partido, por mas que tuviese sus pasiones, nada contestó ni comprendió siquiera lo que estas palabras significaban; pero habia otros á quienes era mas fácil engañar ó seducir. Cromwell tenia ya en el ejército diestros

cómplices, y ciegos instrumentos, entre los cuales estaban Ireton, antes jurisconsulto y ahora comisario general de la caballería, hombre de espíritu firme, terco y sutil, capaz de llevar á cabo los mas osados planes, con mucha solapa y sin ruido aunque con apariencia franca; Lambert que era uno de los mejores oficiales del ejército, vanidoso, lleno de ambicion y que educado para el foro lo mismo que el anterior habia conservado de su anterior carrera el don de insinuarse que le sirvió mucho con la tropa; Harrison, Hammond, Pride, Rich, Rainsborough, coroneles todos de un valor á toda prueba, y de mucha popularidad y unidos á Cromwell, el primero porque en las reuniones piadosas oraron juntos, el segundo porque debia á su influjo el haberse casado con una hija de Hampden, y los otros porque estaban sujetos al ascendiente de su genio, ó le obedecian como soldados, ó de él esperaban su fortuna. Merced á estos, Cromwell que acabada la guerra fue á ocupar su puesto en Westminster, conservaba en el ejército todo su influjo, y desde lejos desplegaba en él su actividad infatigable. Apenas se trató del licenciamiento, ellos fueron los mas quejumbrosos; ellos eran los que recibian de Londres las noticias y las insinuaciones de los consejos; ellos las hacian circular por los acantonamientos, impulsando por bajo mano á los soldados para que reclamasen con firmeza el pago total de sus atrasos y á fin de que se negasen á servir en Irlanda, y se resistieran sobre todo á dejarse diseminar. Y mientras tanto Cromwell fijo en Londres para alejar las sospechas, deploraba en la cámara el descontento del ejército, y hacia mas y mas protestas de adhesion. Desde luego llegó á la asamblea una representacion escrita en tono humilde y firmada no mas que por catorce oficiales, que prometian trasladarse á Irlanda á la primera órden y se limitaban á dar como de paso modestos consejos con respecto al pago de los atrasos y á las garantías que tenia derecho de esperar la tropa. Las cámaras les dieron las gracias aunque con desagrado, y diciendo que á nadie correspondia dar consejos al parlamento. Llegada apenas al ejército esta respuesta se redactó otra peticion mas firme y mas precisa, en la cual se solicitaba que se arreglasen exactamente los atrasos, que nadie

fuese obligado á pasar á Irlanda contra su voluntad, que se diese una pension á los inválidos y á las viudas é hijos de los soldados muertos, y que se pagase algo á cuenta á las tropas á fin de que no fuesen gravosas al pais en que estaban acantonadas. Aquel escrito no iba en nombre de algunos oficiales sino de los oficiales y soldados, y no se dirigia á las cámaras sino á Fairfax, intérprete natural del ejército y custodio de sus derechos. El proyecto de esta representacion se leia á la cabeza de los regimientos y eran amenazados los oficiales que se negaban á firmarla. Al primer rumor de estos manejos, las cámaras mandaron á Fairfax que los contuviese, declarando que cualquiera que insistiese en ellos seria tenido como enemigo del estado y perturbador del público reposo; y exigiendo ademas que se presentasen algunos oficiales para dar esplicaciones. Fairfax respondió que obedeceria; Hammond, Pride, Lilburne y Guines fueron á Westminster y negaron abiertamente los hechos de que se los acusaba. No es verdad, dijo Pride, que el proyecto de peticion se haya leido á la cabeza del regimiento. La verdad era que la lectura se hizo al frente de cada compañía, pero no se insistió mas en ello, porque bastaba que se negase y se abandonara el proyecto. Con esto se trató otra vez del licenciamiento; y como el empréstito abierto en la ciudad no se llenaba ni podia ser bastante, se estableció para suplirlo una contribucion general de sesenta mil esterlinas mensuales. Apresuróse sobre todo la formacion de los cuerpos destinados á Irlanda; hiciéronse proposiciones ventajosas á los que se enganchasen con este objeto; fueron elegidos Skippon y Massey para mandarlos; y se trasladaron al cuartel general á fin de comunicar estas resoluciones cinco comisionados, todos del partido presbiteriano. El mismo dia de su llegada entraron en conferencia con ellos doscientos oficiales reunidos en casa de Fairfax. «¿Quién nos mandará en Irlanda? pre-„guntó Lambert. Los nombrados son el mayor general Skippon „y el mayor general Massey. El ejército, replicó Hammon, seguirá „con mucho gusto al mayor general Skippon porque conoce el „mérito de este gran soldado; pero necesitamos tambien á los ofi-„ciales generales que tan esperimentados tenemos. Sí, sí, los que-

„remos todos, gritaron los oficiales, que vengan Fairfax y Crom-
„well é irémos todos." Los comisionados salieron de la sala aturdidos é invitaron á los oficiales mas calmosos á que fuesen á verse con ellos en su posada. Doce ó quince no mas lo ejecutaron. A los pocos dias ciento cuarenta y un oficiales dirigieron á las cámaras una solemne justificacion de su conducta. „Cuando nos hicimos
„soldados no dejamos de ser ciudadanos, decian, y puesto que de-
„fendemos las libertades de nuestro pais, no es posible que noso-
„tros seamos esclavos. Se rechazan nuestras peticiones y se nos
„prohibe hacerlas, y al mismo tiempo se reciben las que contra
„nosotros hacen varios condados, y hasta se provocan. Trátasenos
„de enemigos del estado; mas esperamos que se nos absolverá de
„este cargo y que antes de licenciarnos se nos darán las garantías
„necesarias para nuestra seguridad personal y para el cobro de
„nuestros atrasos."

Terminada apenas la lectura de esta carta alzóse Skippon y presentó otra que en la víspera le trajeron tres soldados, y en la cual ocho regimientos de caballería se negaban espresamente á servir en Irlanda. „Ardid pérfido, decian, y mero pretesto para separar á
„los soldados de los oficiales á quienes aman y solo por la ambi-
„cion de algunos hombres que despues de haber servido durante
„mucho tiempo han gustado ahora la soberanía y para no perder-
„la degeneran en tiranos." Sorprendidos é irritados los gefes presbiterianos á semejante ataque, pidieron que la cámara suspendiendo todos los negocios mandase llamar é interrogara por sí misma á los tres soldados. Presentáronse en efecto con rostro sereno y con firme apostura, y comenzó entre ellos y el presidente un interogatorio. „¿En dónde se ha resuelto, preguntó el segundo, escribir esta
„carta? — En la junta de los regimientos. — ¿Quién la ha escri-
„to? — La junta de los comisionados que nombró cada regimien-
„to. — ¿La han aprobado vuestros oficiales? — Muy pocos tienen
„noticia de ello. — ¿Sabeis que solo es dado á los caballeros obrar
„de esta manera? ¿Vosotros habeis acaso sido caballeros? — Antes
„de la batalla de Edge-Hill entramos al servicio del parlamento y
„nunca lo hemos abandonado. Entonces se adelantó uno de los tres

„y dijo: en una sola accion recibí cinco heridas, y cuando ya me „habia caido del caballo, el mayor general Skippon me vió en „tierra acercóse á mí y me dió cinco chelines para que me socor- „riese. El mayor general puede decir si miento. Es verdad, dijo „Skippon mirando con interes al soldado. ¿Pero qué significa, „continuó el presidente, esta frase en que hablais de la soberanía? „—Nosotros no somos mas que comisionados de los regimientos, „y si la cámara quiere darnos las preguntas escritas, las llevaré- „mos al regimiento y volverémos con la respuesta." Grande fue el tumulto que hubo en la cámara, y en medio de él los presbiterianos hicieron amenazas. Cromwell inclinándose hacia Ludlow que estaba á su lado le dijo: „estos hombres no estarán quietos hasta „que el ejército los coja por las orejas y los eche fuera."

A la cólera sucedió la inquietud, pues se habian hecho tristes descubrimientos. No se trataba ya de reprimir algunas tropas descontentas, pues el ejército entero se concertaba, erigíase en poder independiente, y tenia ya su propio gobierno. Dos consejos, compuestos el uno de los oficiales y el otro de los agentes ó incitadores nombrados por la tropa, arreglaban todos los negocios y se disponian á negociar en su nombre. Nada se habia olvidado á fin de sostener aquella organizacion naciente; cada escuadron y cada compañía nombraba dos incitadores; todas las veces que habian de reuirse, cada soldado daba un tanto para acudir á los gastos, y los dos consejos debian obrar siempre de comun acuerdo. Derramóse al mismo tiempo y nó sin motivo la voz de que el ejército habia propuesto al rey que si queria colocarse á su cabeza y bajo su custodia le restableceria en sus justos derechos. Al aspecto de este nuevo poder, y temiendo mas bien su fuerza que su triunfo, se intimidaron los hombres prudentes de las dos cámaras, alejándose de Londres los unos, y acercándose los otros á los generales, sobre todo á Cromwell que se les mostraba muy afecto. En tales circunstancias se resolvió echar mano de medios suaves y hacer que calmasen al ejército sus propios gefes. En vez del sueldo de seis semanas antes votado se prometió ahora el de dos meses á las tropas á quienes alcanzase el licenciamiento; se preparó

una amnistía general por todos los desórdenes cometidos durante la guerra; se señaló un fondo para socorrer á las viudas y á los hijos de los soldados; y finalmente se encargó el restablecimiento de la armonía entre el ejército y las cámaras á Cromwell, Ireton, Skippon y á todos los generales miembros de los comunes, y que fuesen bienquistos entre la tropa.

Quince dias trascurrieron sin que su ida al cuartel general produjese al parecer ningun efecto. Escribian con frecuencia, mas sus cartas nada indicaban, porque unas veces el consejo de oficiales se negaba á contestar sin el concurso de los incitadores, y otras veces estos pedian tiempo para consultar con los soldados. Diariamente y á la vista de los comisionados de las cámaras adquiria este gobierno enemigo mas poder y mas firmeza, y Cromwell no cesaba de escribir que sus esfuerzos no eran bastantes para apaciguar al ejército, que su crédito sufria mucho, y que hasta él no tardaria en ser sospechoso á los soldados. Finalmente volvieron á Londres algunos de los comisionados trayendo de parte del ejército las mismas proposiciones y las mismas negativas. Los gefes presbiterianos que ya lo esperaban, sacando partido del enfado de la cámara, consiguieron que en pocas horas se tomasen resoluciones bastantes firmes. A propuesta de Hollis se votó que las tropas que no se comprometerian para ir á Irlanda fuesen al instante licenciadas y se fijaron el dia, el lugar y los medios como habia de ejecutarse esta medida. Los cuerpos debian ser disueltos repentina y aisladamente, cada uno en sus cuarteles, y cuasi todos en un momento mismo, á fin de que no pudiesen concertarse ni reunirse. Envióse á diversos puntos el dinero necesario á las primeras operaciones, y salieron comisionados presbiterianos á fin de vigilarlas. Estaba el ejército en una confusion terrible, porque á la noticia del golpe que le amenazaba se insurreccionaron la mayor parte de los regimientos. Unos echando á los oficiales de quienes desconfiaban se habian puesto en marcha con banderas desplegadas para ir á reunirse á sus compañeros: otros se atrincheraban en las iglesias con ánimo de no separarse: algunos habian cogido el dinero destinado al licenciamiento, y todos pedian á voz en grito una reu-

nion general para que el ejército fuese oido. Los soldados enviaron una carta á Fairfax diciéndole que si los oficiales se negaban á guiarlos, por sí mismos sabrian reunirse y defender sus derechos. Trastornado Fairfax y en gran manera afligido exortaba á los oficiales, escuchaba á los soldados, y escribia á las cámaras cual hombre sincero é impotente con todos los partidos, y tan incapaz de renunciar á la popularidad como de ejercer el poder. Convocó finalmente un consejo de guerra en el cual los oficiales á escepcion de seis votaron que las resoluciones de las cámaras eran insuficientes, que el ejército no podia separarse sin mas seguras garantías, que se aproximarian los acantonamientos, que se celebraria una reunion general á fin de calmar los temores del soldado, y que el consejo dirigiria al parlamento una humilde representacion informándole de todo.

Ya no era tiempo de alimentarse con ilusiones, porque hollada de esta manera la autoridad de las cámaras no se bastaban á sí mismas y habian menester contra tales enemigos otra fuerza que su nombre y otro apoyo que la ley. Solo podian dárselo por una parte el monarca y por otra la ciudad, presbiteriana siempre y muy próxima ahora á convertirse en realista. En este sentido se habian tomado ya algunas medidas, pues se quitó al partido independiente el mando de la milicia que fue confiado á una comision de presbiterianos, las cámaras estaban custodiadas por una guardia mas numerosa, se le habian asignado doce mil esterlinas mas para sus gastos, y residian libremente en crecido número en la ciudad los oficiales reformados, fieles reliquias del ejército de Essex. Con no poco dolor del partido este gefe habia muerto casi repentinamente hácia fines del año anterior cuando segun voz pública se preparaba á intervenir en favor de la paz; y su pérdida pareció á los presbiterianos un golpe tan funesto que corrieron voces de envenenamiento achacándolo á sus enemigos. Waller, Poyntz y Massey ardian en celo y estaban próximos á declararse. En cuanto al rey las cámaras temian con razon que no estaria dispuesto á favor de ellas porque dos veces con el seco rigor que el odio teológico inspira le negaron el servicio de sus capellanes, y dos ministros presbite-

rianos celebraban solemnemente en Holmby aunque Cárlos se negó siempre á presenciarlo; alejaron de su persona á sus mas fieles servidores; se le privó de toda correspondencia fuera del castillo, aun cuando se tratase de su muger, de sus hijos ó de sus amigos; á duras penas alcanzó permiso para hablarle un comisionado del parlamento de Escocia, y finalmente se habian pasado mas de quince dias sin que la cámara pareciese dispuesta á tomar en consideracion la minuciosa respuesta de Cárlos á las proposiciones recibidas en Newcastle. Despues de tantos y tan inoportunos rigores, toda reconciliacion parecia difícil; pero la necesidad era urgente, y si el rey tenia por qué quejarse de los presbiterianos, sabia al menos que no deseaban su ruina. En Holmby mismo á pesar de aquella escrupulosa vigilancia se le hacian los honores debidos á la soberanía, en su casa se ostentaba la esplendidez, observábase exactamente el ceremonial de la corte, y jamas le faltaron á las consideraciones ni al respeto los comisionados todos presbiterianos que estaban cerca de su persona; asi es que vivian en muy buena inteligencia, y el rey los invitaba á que le acompañasen á paseo, jugaba con ellos al ajedrez y á las bochas, los trataba con mucha atencion y procuraba conversar con ellos. Creíase que por fuerza debia conocer el rey que los enemigos de las cámaras lo eran tambien suyos, y que por tanto no despreciaria el único medio de salvacion que le ofrecieran. En 20 de mayo los lores votaron que se rogaria á S. M. fuese á residir mas cerca de Londres en su castillo de Oatlands, y los comunes sin votar lo mismo dejaron entrever iguales deseos; la correspondencia con los comisionados que custodiaban al rey y sobre todo con el coronel Greaves comandante de la guarnicion se hizo mas activa y misteriosa; y finalmente asi en Westminster como en la ciudad se hablaba ya con la esperanza de que el rey se reuniria muy pronto al parlamento, cuando el dia 4 de junio llegó repentinamente la noticia de que el dia antes habia sido arrebatado de Holmby por un destacamento de setecientos hombres, y que el ejército lo tenia en su poder.

Efectivamente hallándose el rey jugando á bochas á dos millas de Holmby en la tarde del 2 de junio, los comisionados que le acom-

pañaban observaron con sorpresa entre los asistentes á un hombre desconocido que llevaba el uniforme del regimiento de guardias de Fairfax. El coronel Greaves le preguntó quién era, de dónde venia y qué se decia en el ejército, y aquel hombre respondió con una aspereza un poco altiva, y cual si estuviera seguro de su importancia, aunque no echándola de fanfarron. No tardó en circular el rumor de que se dirigia á Holmby un numeroso cuerpo de caballería. „¿Habeis oido hablar de esto, dijo Greaves al desconocido?— Sé mas que esto: ayer he visto la tropa muy cerca de aqui." El alarma fue grande. Al punto dióse la vuelta á Holmby, se tomaron algunas medidas para resistir un ataque, y la guarnicion prometió ser fiel al parlamento. Los rumores eran tan fundados como que á media noche se presentó delante del castillo reclamando su entrada un cuerpo de caballería. Los comisionados preguntaron quién era el comandante, y la contestacion fue que mandaban todos; adelantóse sin embargo un hombre que era el mismo que pocas horas antes se presentó en donde el rey estaba: „me llamo Joyce „dijo, soy corneta del cuerpo de guardias del general, y tengo que „hablar al rey.—¿De parte de quién?— De la mia." Los comisionados se echaron á reir; en cuya vista Joyce dijo: „aqui no hay na„da de que reirse ni yo he venido para tomar consejo, sino que „quiero hablar al rey al instante." Greaves y el mayor general Brown que era uno de los comisionados mandaron á la guarnicion que estuviese pronta á hacer fuego; pero los soldados habian hablado ya con los recien venidos, abríanse los rastrillos y puertas, ya los caballeros de Joyce estaban en el patio del castillo echando pie á tierra, dando la mano á sus camaradas, diciendo que venian por órden del ejército á poner en seguridad la persona del rey, porque habia una conjuracion cuyo objeto era arrebatarlo y llevarlo á Londres, levantar nuevas tropas, suscitar otra guerra civil, y segun decian el coronel Greaves comandante del castillo estaba dispuesto á ejecutar la traicion. A semejantes palabras gritaron los soldados que no se separarian del ejército, y Greaves se evadió á toda priesa. Despues de algunas horas de conferencias se convencieron los comisionados de que era inútil pensar en la resistencia, y so-

bre el medio dia Joyce tomó posesion del castillo, puso centinelas, y á fin de dar algun reposo á la tropa se retiró hasta la noche. A las diez de ella presentóse de nuevo pidiendo que al momento se le llevara á donde estaba el rey, y como le dijesen que se habia acostado contestó que no importaba, que habia esperado bastante y que era preciso que le viese; y sacando una pistola se hizo llevar al cuarto de Cárlos. „Siento mucho, dijo á „los gentiles-hombres que estaban de servicio, interrumpir el sue„ño de S. M.; mas no puedo remediarlo porque es menester que „le hable, y que le hable al instante." Preguntáronle si traia autorizacion de los comisionados. „Nó, contestó, he puesto centi„nelas en sus cuartos, y mis órdenes proceden de personas que „no les temen." Pretendióse entonces que dejara las armas, pero se negó á ello decididamente, y como se resistian á abrirle echó á gritar de manera que al ruido de la disputa, dispertóse Cárlos, llamó y dió órden para que le introdujesen. Joyce entró con la cabeza descubierta, con una pistola en la mano, con aire resuelto; pero nó de un modo indecoroso. En presencia de los comisionados á quienes el rey hizo llamar, tuvo con el monarca una conferencia bastante larga y le despidió diciéndole: „Hasta mañana, Joyce; „partiré gustoso con vos, con tal que vuestros soldados confirmen „lo que me habeis prometido."

A las seis de la mañana siguiente los soldados de Joyce estaban á caballo y formados en batalla en el patio del castillo. Presentóse el rey acompañado de los comisionados y de sus servidores en lo alto de la escalera, y Joyce se adelantó hasta el pie de ella. „Joyce, „le dijo el rey, he de preguntaros en virtud de qué autoridad pre„tendeis apoderaros de mí, y sacarme de este castillo. — Señor, me „ha enviado la autoridad del ejército para que previniera los de„signios de sus enemigos que por segunda vez quieren anegar en san„gre nuestra patria. — Esta no es una autoridad legal; en Inglaterra „no conozco otra que la mia, y despues de la mia la del parla„mento; ¿traeis comision escrita de sir Tomas Fairfax? — Ten„go órden del ejército y en el ejército está comprendido el gene„ral. — Esto no es contestacion á mi pregunta; el general está á

„la cabeza del ejército: vuelvo á deciros si traeis comision escrita.
„—Señor, os ruego que no me pregunteis mas, pues he respondido ya bastante.—Vamos, Joyce, sed franco conmigo y enseñadme vuestra comision.—Ahí está, señor.—¿En dónde?—Ahí.—„¿En dónde decis? Ahí, á mi espalda, y le enseñó los soldados.—„Nunca, dijo el rey sonriéndose, habia visto comision semejante; „convengo en que está escrita en hermosos caractéres y muy inteligibles, puesto que todos esos señores estan muy bien equipados y tienen escelente traza; mas habeis de saber que para llevarme con vosotros será preciso que useis de la violencia á menos „de prometerme que me trataréis con respeto y que no se exigirá „de mí cosa alguna que repugne á mi conciencia, ni ofenda mi „honor.—Nada, nada, gritaron unánimemente los soldados.—„Nuestros principios, dijo Joyce, no son de violentar la conciencia de nadie, y menos todavía la de nuestro rey.—¿Y á dónde „pensais conducirme, señores?—A Oxford si os place, señor.—„Nó, el aire de Oxford es malo.—Entonces á Cambridge.—Tampoco: prefiero que me lleveis á Newmarket, cuyos aires siempre „me han gustado mucho.—Como gusteis, señor." El rey se retiró entonces, y los comisionados se adelantaron hácia la tropa.—«Señores, dijo el lord Montague, nosotros estamos aqui en virtud „de la confianza de las cámaras, y quisiéramos saber si aprobais „lo que ha dicho el señor Joyce.—Todos, todos." El mayor general Brown dijo entonces: «los que quieran que el rey se quede con nosotros que somos los comisionados del parlamento „que lo digan en alta voz.—Ninguno, ninguno, contestó la tropa." Los comisionados viendo tan manifiestamente declarada su impotencia cedieron, tres de ellos se metieron en un coche con el rey, los otros montaron á caballo, y Joyce dió la señal de marcha.

En el mismo instante partió hácia Londres un mensagero con una carta en la cual Joyce decia á Cromwell que todo habia salido á pedir de boca. Si Cromwell no estaba en la capital la carta debia entregarse á sir Arturo Haslerig, y en defecto de este al coronel Fleetwood que fue quien la recibió porque Cromwell se hallaba en

el cuartel general y cerca de Fairfax á quien turbó en gran manera la noticia de lo acontecido. „Esto me gusta, dijo á Ireton, „¿quién ha dado semejantes órdenes?—Yo he mandado, dijo „Ireton, que se asegurase al rey en Holmby pero nó que se le obligase á salir de allí.—Ha sido necesario, dijo Cromwell, que acababa de llegar de Londres, pues á no hacerlo el rey iba á ser „sacado de allí y conducido al parlamento." A pesar de esto Fairfax envió al encuentro del monarca al coronel Whalley con dos regimientos de caballería y con órden de que otra vez llevara al rey á Holmby. Cárlos se negó á ello, aunque protestando siempre contra la violencia que se le habia hecho, por mas que en el fondo complacíale mudar de prision y vér que los enemigos estaban discordes. Al dia siguiente se le presentaron en Childersley cerca de Cambridge el mismo Fairfax, con todo su estado mayor y con Cromwell, Ireton, Skippon, Hammond, Lambert y Rich. La mayor parte de ellos y antes que todos Fairfax le besaron la mano con el mayor respeto, y solo Cromwell é Ireton se mantuvieron separados. Fairfax protestó al rey que era inocente en todo lo que habia sucedido, y Cárlos le contestó que no lo creeria á menos que en el acto hiciese ahorcar á Joyce; Joyce fue llamado y dijo: „yo manifesté al rey que no llevaba comision del general; he obrado por „órden del ejército; que se reuna todo, y si las tres cuartas partes del mismo no aprueban mi conducta me conformo con que „me ahorquen al frente del regimiento." Fairfax quiso pero inútilmente que el corneta fuese juzgado ante un consejo de guerra. El rey al separarse del general en gefe le dijo: caballero, en el ejército puedo tanto como vos, y en seguida volvió á pedir que lo condujesen á Newmarket. El coronel Whalley se estableció allí con el encargo de custodiarle; Fairfax dió la vuelta al cuartel general, y Cromwell retornó á Westminster en donde desde cuatro dias á aquella parte causaba mucha admiracion no verle. Al llegar allí encontró á las cámaras vacilando entre la cólera y el miedo, la debilidad y la firmeza. Al recibirse la noticia del rapto del monarca fue general el espanto, y Skippon á quien los presbiterianos se empeñaban en reputar como partidario suyo pidió en tono lastime-

ro que se hiciese un ayuno solemne para alcanzar del Señor el restablecimiento de la armonía entre las cámaras y el ejército, y mientras tanto se votó por una parte el pago de una buena porcion de los atrasos, y por otra que seria revocada y borrada de los registros la declaracion que calificó de sedicioso el primer proyecto de peticion de los oficiales. Algunos nuevos pormenores que despertaron la indignacion de la cámara les volvieron tambien su valor, pues en efecto se recibió la relacion minuciosa de las escenas de Holmby que los comisionados enviaban; túvose noticia de la carta de Joyce á Cromwell, y aun se supuso que se sabia precisamente la hora en que en el cuartel general y en una reunion de varios oficiales, y de los principales incitadores, fue concebido y resuelto á instancia de Cromwell aquel audaz golpe. Cuando el lugarteniente general volvió á presentarse en la cámara se le manifestaron abiertamente estas sospechas, y él las rechazó con calor tomando por testigo á Dios, á los ángeles y á los hombres de que hasta aquel dia Joyce era para él una persona tan estraña como la luz del sol para un niño que no ha salido todavía del seno materno. Mientras tanto Hollis, Glynn, y Grinstone, firmemente convencidos, buscaban pruebas por todas partes, resueltos á aprovechar la primera coyuntura favorable para pedir su arresto. Una mañana y pocos momentos antes de abrirse las cámaras se presentaron á Grinstone dos oficiales. „Hace poco, le dijeron, que en una reunion de „oficiales se trataba de si convendria espurgar el ejército á fin de „no tener sino gente con quien pudiese contarse. El teniente ge„neral ha dicho que estaba bien seguro del ejército, que era mu„cho mas urgente espurgar la cámara de los comunes, y que el „ejército era el único que podia hacerlo. —¿Repetiréis estas mis„mas palabras, les preguntó Grinstone, en la cámara?— Estamos „prontos, dijeron, y le acompañaron á Westminster." Al llegar allí se habia empezado una discusion, pero Grinstone, dirigiéndose al presidente le dijo que rogaba á la cámara suspendiese el debate pues debia llamar su atencion hácia un punto mas urgente y mas grave, como que se trataba de su libertad y de su existencia; y al instante acusó á Cromwell que se hallaba presente de que que-

ria emplear contra la cámara la fuerza armada: ahí fuera estan mis testigos, dijo, y pido que se los haga entrar. Presentáronse los dos oficiales y repitieron todo lo que antes habian dicho. Habíanse retirado apenas, cuando Cromwell se levantó echándose de rodillas, deshaciéndose en lágrimas, y con una vehemencia de palabras, de sollozos y de gestos, que no pudo menos de admirar y conmover á la asamblea entera, hizo mil piadosas invocaciones y fervorosas plegarias, llamando sobre su cabeza el anatema divino si en todo el reino habia un hombre mas fiel á la cámara. Levantándose en seguida habló mas de dos horas del parlamento, del rey, del ejército, de sus amigos, de sí mismo, confundiéndolo todo, mostrándose humilde y audaz, verboso y entusiasmado; repitiendo sin cesar que se le incomodaba injustamente, que se comprometia á la cámara sin motivo, y que á escepcion de algunos hombres, cuyos ojos se dirigian sin cesar á la tierra de Egipto, todos los demas asi oficiales como soldados le eran adictos y estaban contentos con obedecerle. Fue tal el triunfo que alcanzaron sus palabras, que cuando volvió á sentarse sus amigos eran los mas poderosos, y segun treinta años despues decia el mismo Grinstone, la cámara hubiera enviado á la torre como calumniadores á este y á los dos oficiales.

Cromwell era demasiado sensato para pensar en la venganza y demasiado previsor para engañarse en órden á la importancia de su triunfo. Convencido de que semejantes escenas no podian reproducirse, en la misma noche salió secretamente de Londres, se trasladó al ejército reunido en Triploe-Heath cerca de Cambridge, y dejando á un lado las contemporizaciones con los presbiterianos y con las cámaras como cosa imposible hasta para su hipocresía, se puso sin rebozo á la cabeza de los independientes y de la tropa. A los pocos dias de su llegada el ejército marchaba hácia Londres, todos los regimientos habian firmado un solemne compromiso de sostener su causa á todo trance; habian remitido á las cámaras con el título de *humilde representacion*, no solo un relato de sus quejas, sino tambien una audaz manifestacion de sus deseos con respecto á los negocios públicos, á la constitucion del parlamento,

á las elecciones, al derecho de peticion y á la general reforma del estado. A tales demandas, inauditas hasta entonces, iba unido un proyecto de acusacion contra Hollis, Stapleton, Maynard y otros miembros de los comunes hasta el número de once, á quienes se calificaba de enemigos del ejército y de autores de las fatales equivocaciones en que con respecto al mismo estaba el parlamento. Los presbiterianos habian previsto este golpe y procurado con anticipacion su defensa. Desde quince dias á aquella parte nada perdonaban para alentar en favor suyo al pueblo de la ciudad; quejábase este de los derechos impuestos sobre la sal y la carne, y se abolieron; deploraban los trabajadores la supresion de las fiestas religiosas y en especial de la del dia de Navidad, que en otro tiempo era en toda Inglaterra un dia de regocijo, y se instituyeron para reemplazarlas dias de fiestas públicas. Era general el grito contra la avaricia de muchos diputados, la acumulacion de empleos, las indemnizaciones, los provechos sobre los secuestros, y para acallar estas quejas los comunes votaron que ninguno de sus miembros obtendria en adelante empleo alguno lucrativo ni la menor asignacion sobre los bienes de los desafectos; que llevarian al tesoro público las sumas que hubiesen percibido, y que sus propiedades quedarian sujetas á la ley comun por lo que tocaba al pago de sus deudas. Finalmente se restableció la comision encargada de oir las quejas de los ciudadanos contra los miembros de la cámara, comision que habia caido en desuso.

Era llegado el dia en que las concesiones no prueban mas que el apuro, y en que los partidos no reconocen sus faltas sino para espiarlas. La ciudad detestaba á los independientes, pero con temor, y tenia á los gefes presbiterianos una adhesion sin respeto y sin confianza como á protectores desacreditados y vencidos. Por un momento produjeron algun efecto aquellas medidas: el consejo manifestó la firme resolucion de sostener al parlamento: formáronse algunos escuadrones de caballería, se aumentó la milicia, los oficiales reformados corrieron en tropel á alistarse en casa de Massey, Waller y Hollis; en torno de Londres se hicieron preparativos de defensa, y por último las cámaras votaron que se mandaria al

ejército que se alejara y entregase el rey á sus comisionados, y que se invitaria á S. M. á que fijase su residencia en Richmond bajo la custodia del parlamento. El ejército continuaba avanzando y Fairfax escribió en su nombre al consejo quejándose de que permitiera reclutar contra la tropa. El consejo se defendió sin rodeos protestando que si el ejército se retiraba y consentia en acantonarse á cuarenta millas de Londres cesarian al punto todas las divergencias. Contestó Fairfax que aquella carta habia llegado muy tarde, que su cuartel general estaba ya en San Albano, y que le era absolutamente necesario el sueldo de un mes. Determinaron las cámaras que se le pagase, insistiendo en que el ejército retrocediera, mas este pidió que ante todo fuesen separados del parlamento los once miembros sus enemigos. Los comunes no podian determinarse á dar un golpe tan fatal á sus propios intereses, pues aunque mas de una vez se habia deliberado acerca de esto, la mayoría contestó siempre que una acusacion vaga, sin hechos que apoyasen los cargos, y sin pruebas que apoyasen los hechos no bastaba para despojar de su derecho á ningun miembro del parlamento. El ejército decia que la primera acusacion contra lord Strafford fue tambien vaga y puramente general, y que mas tarde presentaria las pruebas como entonces se hizo. Con esto continuaba avanzando, de modo que en 26 de junio tenia el cuartel general en Uxbridge. La ciudad le envió comisionados sin conseguir por esto fruto alguno, y asi es que el terror iba en aumento, cerrábanse las tiendas y se vituperaba acremente la obstinacion de los once diputados que comprometia al parlamento y á la ciudad. Conociendo lo que este lenguage significaba, ofrecieron separarse espontáneamente; su sacrificio fue admitido con gratitud, y el mismo dia de su retirada los comunes votaron que aprobaban todo lo hecho por el ejército, que se encargarian de su manutencion, que se nombrarian comisionados para que de acuerdo con los suyos arreglasen los negocios del reino, rogándose entre tanto al rey que no fuese á Richmond como se le habia pedido, y resolviendo que por ningun término podria residir mas cerca de Londres de lo que lo estuviese el cuartel general. Con estas condiciones Fairfax retrocedió algunas millas y

eligió seis comisionados para tratar con los del parlamento. En el instante en que el rey tuvo noticia de estas resoluciones se disponia á marchar hácia Richmond segun se lo pidieron las cámaras; ó al menos iba á probarlo porque de algun tiempo á aquella parte se le vigilaba escrupulosamente y era llevado de ciudad en ciudad siguiendo al ejército; y en todos los puntos á donde llegaba veia circuida de centinelas la casa de su alojamiento. Manifestó bien claramente cuánto le incomodaba esto, diciendo que puesto que las cámaras le pedian que fuese á Richmond, era preciso que para estorbarlo se echase mano de la fuerza, deteniéndole el caballo, y que si acaso se encontraba un hombre capaz de atreverse á tanto no tenia que achacársele á él si aquella era la última accion de su vida. Cuando supo que las mismas cámaras se oponian á su marcha, que habian cedido enteramente al ejército, y que luchaban con este lo mismo que con un vencedor, se burló de esta humillacion de sus principales adversarios, y pensó dirigir por otro camino sus intrigas. Esceptuando las medidas tomadas para evitar que se fugase, nada tenia de que quejarse con respecto al ejército, pues los oficiales se le mostraban tan respetuosos como los comisionados del parlamento y mas condescendientes que estos. Permitiósele tener al lado á los doctores Sheldon y Hammond, capellanes suyos, los cuales oficiaban con toda libertad conforme á los ritos de la iglesia episcopal; se toleraba que estuviesen en relaciones con él algunos de sus antiguos servidores, y hasta caballeros que habian militado en sus banderas: de modo que estaban en contacto con él el duque de Richmond, el conde de Southampton, y el marques de Hertford. Los gefes del ejército se complacian en ostentar ante los magnates realistas su generosidad y su poder; y entre los oficiales de mas baja categoría resistíanse al espíritu militar, á aquellas precauciones nimias y cavilosas medidas que tanto hicieron sufrir al rey en Newcastle y en Holmby. Desde la rendicion de Oxford, el duque de York, la princesa Isabel y el duque de Glocester que eran sus hijos menores, residian unas veces en Saint James, otras en Sion-House cerca de Londres, bajo la custodia del conde de Northumberland á quien el parlamento los habia confia-

do. Cárlos manifestó deseos de verlos, y Fairfax apoyó oficialmente esta demanda para con las cámaras, diciendo cuán sensible seria que por tan poca cosa se desairase el natural afecto del rey hácia sus hijos. Accedióse pues á lo que solicitaba, y la entrevista tuvo lugar en Maidenhead en medio de un numeroso concurso que sembraba de flores los caminos por donde debia pasar la familia real; y los oficiales y soldados, lejos de mostrar enfado ni desconfianza, conmovidos á la par que el pueblo por el gozo de un padre, encontraron muy justo que se llevara á sus hijos á Caversham en donde residia y que los tuviese dos dias consigo. Cromwell, Ireton, y algunos otros harto previsores para lisonjearse de que su lucha con los presbiterianos se hallara terminada, ni fuera segura su victoria, estaban poco tranquilos con respecto al porvenir, discurrian todo lo que podia traerles, y buscando en todas partes el desenlace de aquella crisis, preguntábanse si el favor del rey protegido por ellos podia ser para su partido una buena garantía, y para ellos el medio mas seguro de su poder y su fortuna.

Públicas fueron en el reino todo, las consideraciones que el ejército tenia al rey, y los pasos que daban algunos de sus gefes á fin de acercarse á su persona, y hasta se referian los ofrecimientos que se les hicieron y circulaban libelos en pro y en contra del partido. Juzgó este que era del caso desmentir oficialmente estos rumores y solicitar el castigo de aquellos que los propalaban, sin embargo de lo cual continuaron las negociaciones con el rey, muchos oficiales se le mostraban solícitos y obsequiosos, y entre ellos y los caballeros se entablaban amigables relaciones, cual entre gentes que combatieron con lealtad, y que tan solo deseaban vivir en paz. El mismo Cárlos escribió acerca de esto á la reina con bastante confianza, y este negocio vino á ser el objeto de todas las conversaciones de los pocos emigrados que la siguieron á Paris ó que se refugiaron en Normandía, en Ruan, en Caen, y en Dieppe. Entre todos ellos habia dos que con mas ahinco que los otros procuraban generalizar aquella voz dejando entrever que sabian mucho mas de lo que esplicaban y que ellos eran los que en tales circunstancias podian hacer al rey importantes servicios. Sir Juan

Berkley que era el uno, se defendió valerosamente en Exeter y sostuvo la plaza hasta tres semanas antes de la fuga del rey al campo de los escoceses: Ashburnham que era el otro no se separó de Cárlos hasta Newcastle, y si lo hizo entonces fue por necesidad y con objeto de ponerse á salvo del odio del parlamento. Uno y otro eran intrigantes, vanidosos y habladores; Berkley tenia mas valor, pero el otro era mas fino y estaba mas acreditado cerca del rey. Ambos á dos, si bien el primero por casualidad y el otro por órden del mismo Cárlos, habian tenido con algunos de los gefes relaciones bastantes en su concepto para gloriarse de ello, y creerse en circunstancias de aprovecharlas. La reina oyó sin titubear todas sus seguridades, y por su órden y con el intervalo de algunos dias partieron los dos á principios de julio para ir á ofrecerse al rey y al ejército en calidad de negociadores.

Apenas hubo desembarcado Berkley cuando fue á verle sir Allen Apsley caballero amigo suyo enviado por Cromwell, Lambert y algunos otros para decirle que no habian olvidado las conversaciones que con él tuvieron despues de la toma de Exeter ni sus escelentes consejos, y que como estaban dispuestos á sacar provecho de ellos le pedian que acelerase su ida. Enorgullecido Berkley con este mensage que le daba mas importancia de la que él mismo creia tener; sin detenerse apenas en Londres se dirigió á toda prisa al cuartel general que estaba en Reading. A las tres horas de encontrarse allí, ya Cromwell habia hecho escusarse por no haberle visitado en el acto, y á las diez de la noche del mismo dia fue á verle acompañado de Rainsborough, y de sir Hardress Waller. Los tres manifestaron sus buenos intentos por el servicio del rey, si bien el primero lo hizo muy eficazmente y el segundo con sequedad. „He presenciado, dijo Cromwell, el ternísimo espectáculo „de la entrevista del rey con sus hijos: he vivido sumamente en„gañado en el concepto que del rey tenia: ahora estoy seguro de „que es el hombre mejor de sus tres reinos, y nosotros le debe„mos infinitas obligaciones, pues nuestra ruina era inevitable si „en Newcastle hubiese aceptado los ofrecimientos de los escoce„ses. Dios me conceda sus bondades á medida de la sinceridad de

„mi corazon con respecto al rey." Por otra parte, segun él decia, todos los oficiales estaban convencidos de que no entrando el rey en posesion de sus justos derechos, ningun hombre podria tener seguros en Inglaterra ni su vida ni sus bienes, y se disponian á dar un paso decisivo, en cuya vista el rey no podria dudar de sus sentimientos. Contentísimo Berkley hízose presentar al monarca en el dia inmediato y le dió cuenta de esta entrevista que Cárlos oyó muy friamente como hombre que no se fiaba de tales demostraciones ó que por medio de la reserva queria que pagase muy cara la satisfaccion que le causaba. Retiróse Berkley confundido, juzgando que el rey que le conocia poco estaba prevenido contra él, y que Ashburnham, cuya llegada se esperaba, lograria mas aina persuadirlo. Continuaba sin embargo sus relaciones con el ejército, rodeábanle á todas horas oficiales y hasta simples incitadores, los unos amigos é instrumentos de Cromwell y los otros desconfiados de él y que aconsejaban á Berkley que estuviese prevenido, porque era hombre con quien no podia contarse, y que cada dia y con cada persona variaba de conducta y de lenguage sin tener mas idea fija que el deseo de ser en todo caso el gefe de los vencedores. Sin embargo de esto Berkley creyó que Ireton, que era el mas íntimo confidente de Cromwell, trataba francamente, puesto que le comunicó las proposiciones que disponia el consejo general de oficiales y aceptó algunas enmiendas que el otro hizo. Nunca hasta entonces se le ofrecieron al rey pactos tan moderados; se le exigia que renunciase por diez años el mando de la milicia y el nombramiento para los primeros destinos; que continuasen desterrados del reino siete de sus principales consejeros; que se le quitase al clero todo poder civil y coercitivo; que no pudiese tomar asiento en la cámara ninguno de los pares creados desde que estalló la guerra, y que para el próximo parlamento no pudiese ser elegido ningun caballero. Es menester, dijo Ireton, que haya y aparezca alguna diferencia entre vencedores y vencidos.

Entre estas condiciones menos duras que las de las cámaras no se veia la obligacion de abolir la iglesia episcopal ni la de arruinar á la mayor parte de los realistas con enormes multas, ni la inhabi-

litacion legal, por decirlo asi, del rey y de su partido mientras que al parlamento pluguiera. Es verdad que el ejército pedia reformas nuevas y en el fondo mas importantes, como eran una distribucion mas igual de los derechos electorales y de las contribuciones, el cambio del procedimiento civil, la abolicion de una multitud de privilegios políticos, judiciales y mercantiles; y finalmente la admision en el órden social y en las leyes de algunos principios de igualdad hasta entonces desconocidos. La mente de los mismos autores de estas demandas no era dirigirlas contra el rey, su dignidad ni su poder, porque nadie creia que la autoridad real estuviese interesada en que continuasen los escandalosos provechos de los jurisconsultos y los fraudes de algunos deudores; asi fue que Berkley calificó estas condiciones de muy dulces, y tales que en su concepto jamas se habia recobrado á tan bajo precio una corona tan próxima á perderse. Obtenido el permiso de comunicarlas en secreto al rey antes que el ejército se las presentase oficialmente, vióse con S. M. y su sorpresa fue todavía mayor que la vez primera, porque Cárlos reputó aquellas condiciones por muy duras y se lo hizo entender con enfado. „Si verdaderamente quisieran tratar conmigo, le dijo, me propondrian cosas qué yo pudiese „aceptar;" y como Berkley hizo algunas observaciones é insistió en los peligros de una repulsa, de repente cortó el rey la conferencia y dijo: „nó, sin mí no pueden esas gentes salir del atolladero, y no tardaréis en ver que tienen á grandísima dicha aceptar „condiciones mas razonables."

En vano procuraba Berkley averiguar el motivo de esta confianza, cuando llegó al cuartel general la nueva de que en la ciudad habia una sublevacion violenta; que Westminster estaba de continuo sitiado por cuadrillas de ciudadanos y de trabajadores; que de un momento á otro el parlamento podria verse precisado á votar la vuelta del rey, la admision en la cámara de los once miembros separados de ella, y las resoluciones mas fatales al ejército y á su partido. Desde que la licencia dada por seis meses á aquellos once miembros habia hecho perder todas las esperanzas á sus partidarios, indicaban aquella esplosion síntomas de cada dia mas alar-

mantes, reuniones, peticiones y gritos tumultuosos, cuando hé aqui que una medida considerada como decisiva por uno y otro partido hizo que esta esplosion estallara. Disolvióse la comision presbiteriana á la cual hacia dos meses que estaba confiado el mando de la milicia de Londres, y los independientes tomaron posesion de este importante cargo. No pudiendo sufrir la ciudad que la representaran y mandaran sus enemigos, en pocas horas la fermentacion se hizo general; en un instante se continuaron millares de firmas en un papel fijado en Skinners'hall, en el cual se decia que era menester procurar á todo trance que el rey volviese á Londres con honor y libertad; al tiempo de salir el mensagero hácia el cuartel general se espedian copias para todo el reino; hacíase una peticion á fin de que las cámaras la aprobasen; en todas partes los oficiales reformados se reunian con el pueblo, todo daba indicios de un movimiento tan general como violento.

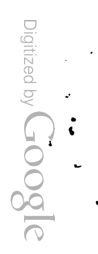
El ejército se puso en marcha para Londres, Fairfax escribió en su nombre cartas amenazadoras; en las cámaras, el partido independiente contando con este apoyo hizo declarar traidor á cualquiera que suscribiese al compromiso de la ciudad. La amenaza sin embargo llegaba muy tarde para sufocar el entusiasmo público, y asi fue que al dia siguiente de esta declaracion ya muy de mañana se agrupaban en derredor de Westminster jornaleros, oficiales reformados, y marineros, acalorados todos, profiriendo injurias y venidos allí con algun audaz objeto. Al abrirse la sesion el dia 26 de julio los comunes alarmados mandaron cerrar las puertas y prohibieron que ningun miembro saliese sin su permiso. El cuerpo municipal hizo una peticion moderada y respetuosa pidiendo que el mando de la milicia se devolviese á los gefes á quienes se habia quitado, y dando conocimiento á las cámaras de la impaciencia del pueblo, aunque se esplicaba tambien en órden á esto en términos comedidos. Mientras se deliberaba acerca de esta peticion, supo el presidente que la multitud reunida iba á presentar otra; salieron dos individuos para recibirla; leyóse al instante y se vió que venia á decir lo mismo que la del cuerpo municipal, si bien en términos menos fuertes de lo que debia temerse. Prolongábase

el debate, la respuesta se hacia esperar, el dia estaba próximo á su fin; la multitud en vez de cansarse se enojaba mas y mas; invadió todas las avenidas, resonaba en la sala el tumulto de los pasos y de las voces, y al fin se oyó gritar: *entremos, entremos.* Bamboleábase la puerta á los continuos golpes, muchos diputados pusieron mano á la espada y rechazaron por un momento el ataque. No estaba menos amenazada la cámara alta; algunos trabajadores habian escalado las ventanas, y desde ellas arrojaban piedras manifestándose muy dispuestos á conducirse peor si no se los escuchaba. En los comunes resistíanse todavía; pero al fin la puerta se vino abajo; entraron los mas furiosos en número de cuarenta ó cincuenta, con la cabeza cubierta, con gestos amenazadores y sostenidos por la multitud hacinada detras de ellos. *Votad, votad,* gritaban. Las cámaras cedieron, la declaracion de la víspera fue revocada, y el mando de la milicia vuelto á la comision presbiteriana. El desórden parecia terminado, los miembros se levantaban para salir, y ya el presidente habia dejado su asiento, cuando cogiéndolo un grupo de curiosos le forzó á ocuparlo de nuevo: ¿qué es lo que quereis? les dijo. La vuelta del rey, contestaron; que se vote la vuelta del rey. Practicóse al punto, la proposicion fue adoptada, y solo Ludlow la rechazó con un nó abiertamente pronunciado.

A la noticia de semejantes acontecimientos estalló en el ejército una fermentacion no menos violenta, en especial entre los incitadores que acusaban al rey de pérfido y de cómplice. Lord Lauderdale venido de Londres á fin de hablar con S. M. de parte de los comisionados escoceses dispertó tanta desconfianza que una mañana antes de levantarse algunos soldados entraron de repente en su cuarto y le obligaron á marcharse sin permitirle ver otra vez al rey. Ashburnham que habia llegado cuatro dias antes aumentaba la ira y las sospechas con su desdeñosa insolencia, y se negaba á tener relaciones con los incitadores. „Siempre he sido hombre de „buena sociedad, dijo á Berkley, y nada puedo tener de comun „con esos bestias; es menester asegurarse de los oficiales, con lo „cual podrémos contar con el ejército entero." A pesar de esto no

COSTUMES DE LA FIN DU RÈGHE D'ÉLISABETH. 1600

ANGLETERRE



estaba en contacto sino con los generales; y entre los mismos oficiales que se habian declarado por el rey, algunos comenzaban á alejarse de él. „Señor, le dijo Ireton, vos quereis ser árbitro entre „el parlamento y nosotros, y nosotros queremos serlo entre vos y „el parlamento." Dudosos sin embargo acerca de lo que pasaba en Londres, resolvieron presentarle oficialmente sus proposiciones, y á la conferencia asistieron Berkley y Ashburnham. Cárlos se manifestó seco y altanero, escuchando con irónica sonrisa la lectura de las proposiciones, rechazándolas casi todas con pocas palabras y con tono amargo, cual si estuviera seguro de su fuerza y como si desease dar á conocer su descontento. Ireton sostuvo las proposiciones con mucha dureza, asegurando que el ejército no cederia en cosa alguna; Cárlos le interrumpió diciéndole que no podian prescindir de él y que estaban perdidos si él no los sostenia. Los oficiales miraban con sorpresa á Ashburnham y á Berkley, como preguntándoles la razon de semejante acogida, y Berkley por su parte procuraba con inquietas miradas dar á entender al rey su imprudencia, aunque nada conseguia. Al fin acercándose á él le dijo al oido: „Señor, V. M. habla cual si contara con una fuerza „y un poder de que yo no tengo noticia; y supuesto que V. M. „nada me ha dicho de todo eso, hubiera deseado que no lo reve„lase á estas gentes." Cárlos conoció entonces que habia dicho demasiado, y procuró adulzorar su lenguage; pero los oficiales, ó á lo menos su mayor parte, habian ya tomado su resolucion; Rainsborough, que era el mas opuesto á un arreglo habia salido en silencio, para hacer cundir por el ejército la voz de que no habia medio de fiarse al rey, y la conferencia se acabó secamente y cual era de esperar entre personas que no pueden entenderse ni engañarse.

Apenas los oficiales hubieron vuelto al cuartel general cuando llegaron allí muchos carruages de Londres, y con no poca admiracion de los circunstantes salieron de ellos mas de sesenta miembros de las dos cámaras con los dos presidentes lord Manchester y Lenthall, que segun dijeron se habian escapado del furor del populacho, é iban á buscar seguridad y libertad en el ejército. La

alegría fue igual á la sorpresa: temian romper violentamente con el parlamento, y ahora habian de proteger al parlamento mismo, á sus gefes legales, y á sus miembros fieles. El ejército todo rodeó á los fugitivos; escuchábase con indignacion el relato de sus peligros, de las injurias que sufrieron; se les daban gracias, se les tributaban homenages, y se dirigian alabanzas al Señor por su patriótica resolucion. Cromwell y sus amigos eran los únicos cuya sorpresa era afectada, puesto que de cinco dias á aquella parte trabajaban para que hubiese en las cámaras aquella division, valiéndose para ello de los amigos que tenian en Londres, especialmente de Saint-John, Vane, Haslerig y Ludlow. Berkley llevó desde luego al rey esta triste noticia, conjurándole para que en el acto dirigiese á los gefes del ejército una carta que diera esperanzas de acoger mas bien sus proposiciones, ó que á lo menos calmase la desconfianza y atenuase el mal efecto de la última conferencia. Segun dijo aquel era el parecer de Cromwell y de Ireton, que á este precio respondian aun de la tropa. Pero Cárlos tenia tambien noticias de Londres, en donde estalló la sublevacion con conocimiento suyo, y desde la cual supo que en el mismo dia en que partieron los miembros fugitivos, los que se habian quedado y eran en mayor número eligieron sus presidentes, á saber, los comunes á Pelham, y los pares á lord Willoughby de Parham; que los once miembros proscritos habian vuelto á ocupar sus asientos; que las cámaras de esta manera constituidas mandaron al instante que el ejército se detuviese, que la ciudad preparase todos los medios de defensa, y que Massey, Crown, Walter y Poyntz formasen al instante regimientos. Decíase que el entusiasmo era grande; que á una sesion que celebró el consejo se habian presentado millares de jóvenes jurando sostener á todo trance su causa, cualesquiera que fuesen los peligros y los enemigos. Unicamente manifestaron sentimientos contrarios los vecinos del arrabal de Southwark. En el momento en que iban á Guildhall para presentar una peticion, Poyntz seguido de algunos oficiales los habia arrojado de allí con tanta dureza que seguramente no se atreverian á presentarse de nuevo. Recogíase dinero, artillábanse las murallas, habíase invita-

do formalmente al rey á que volviese á Londres, y esta resolucion publicada por las calles á son de trompeta, debia comunicársele dentro de pocas horas ó cuando mas al dia siguiente. En vista de todo esto Cárlos dijo á Berkley que aguardaria, y que siempre habria tiempo para escribir aquella carta, cuando hé aqui que llegó del cuartel general otro mensagero, con la noticia de que se habian escapado de Westminster varios miembros de las cámaras para reunirse con sus colegas y que otros habian escrito manifestando que se retirarian á sus condados, y que no aprobaban la formacion de aquel supuesto parlamento. En Londres mismo el partido independiente poco numeroso pero tenaz, lejos de perder el tiempo ni el valor, resistia todas las medidas que no pudo prevenir; empleábase con lentitud el dinero recogido; los reclutas de Massey no tenian armas; algunos predicadores presbiterianos ganados por el ejército derramaban por todas partes el temor y hablaban de transaccion, y sus voces eran escuchadas por algunos honrados individuos de las cámaras y del consejo, á quienes lisonjeaba el honor de restablecer la paz. Finalmente Cromwell hizo entender á Ashburnham que dentro de dos dias la ciudad estaria en su poder.

Aun vacilaba Cárlos, mas al fin reunió sus mas adictos servidores, redactóse la carta, fue discutida, se dejó á un lado, se volvió á coger, y últimamente el rey se decidió á firmarla. Entonces Ashburnham y Berkley partieron para llevarla al cuartel general, y por el camino encontraron otro mensagero enviado por dos oficiales amigos suyos que reclamaban su pronto envío. Ultimamente llegaron, pero antes que ellos habia llegado la noticia de que la ciudad estaba sometida. Los miembros fugitivos acababan de pasar revista al ejército en medio de las mas entusiastas aclamaciones, y todos juntos se dirigian á Londres seguros de penetrar en ella sin el mas pequeño obstáculo. La carta y la alianza del rey no tenian ya valor alguno para los vencedores. Al dia siguiente 6 de agosto salió de Kensington para Westminster una brillante y formidable comitiva, cuya vanguardia la formaban tres regimientos, y otro regimiento la retaguardia. En el centro iban Fairfax y su estado mayor á caballo. Los miembros fugitivos en sus coches, y detras de

ellos grande muchedumbre de sus partidarios que anhelaban por asociarse al triunfo. En la carretera habíase formado cordon, y los soldados en cuyos sombreros se veia un ramo de laurel gritaban *viva el parlamento libre*. En Hyde-Park, aguardaban el lord corregidor y algunos individuos del consejo á fin de cumplimentar al general por la paz restablecida entre la ciudad y el ejército. Fairfax les contestó apenas y solo de paso; y aunque en Charing-Cross se le presentó el consejo en cuerpo, no fue mejor acogido. Llegada la comitiva á Westminster y escapados ú ocultos los gefes presbiterianos, Fairfax restableció en sus asientos á los protectores del ejército, escuchó con aire modesto sus acciones de gracias, oyó votar una mesada para sus tropas, y fue á tomar posesion de la torre cuyo gobierno le fue conferido. A los dos dias el ejército llevando á Skippon en el centro y á Cromwell á la retaguardia atravesó á Londres, grave, silencioso, conservando el mayor órden, sin cometer esceso alguno, y sin insultar á ningun paisano, porque el intento de los gefes era tranquilizar la ciudad é imponerle al mismo tiempo. Cumplióse plenamente su objeto; porque á la vista de aquellas tropas tan disciplinadas como altivas y tan dóciles como amenazadoras, los presbiterianos se encerraron en sus casas, los independientes recobraron el poder y los hombres de alma baja circuyeron con afan á los vencedores. El consejo rogó á Fairfax y á sus oficiales que aceptasen un público banquete; y si bien rehusó, al instante se hizo cincelar un jarro de oro para ofrecérselo. Algunos jóvenes fueron á felicitarle y los recibió en solemne audiencia, no poco satisfecho con dar á entender que el ejército tenia tambien partido entre aquella juventud formidable. Las cámaras, y en particular la de los lores, haciendo ostentacion de su servil reconocimiento, votaron que todo lo ejecutado durante la ausencia de los miembros que fueron á buscar un asilo en el ejército era nulo de derecho sin que hubiese necesidad de revocarlo. Este acuerdo inquietó á los comunes, que si bien consentian en revocarlo todo y en perseguir á los autores del movimiento que dividió á las cámaras, sin embargo la mayor parte de los individuos que se quedaron en Westminster tuvieron parte en las reso-

luciones cuya nulidad absoluta se les pedia que declarasen ahora, y por lo mismo se negaron hasta tercera vez á suscribir á tamaña exigencia. Al dia siguiente acampó en Hyde-Park una partida de caballería, pusiéronse guardias en todas las avenidas inmediatas á la cámara, mientras que Cromwell é Ireton sostenian dentro de ella la resolucion de los lores. Por fin adoptóse esta y ya nada faltaba al triunfo del ejército porque los mismos que fueron sus víctimas proclamaban su legitimidad.

A consecuencia de este grande y fácil triunfo el movimiento revolucionario, que aun entre los independientes habia estado contenido ó regularizado cuando menos por la necesidad de luchar, desplegó libremente su vuelo y se manifestaron al descubierto y adquirieron audacia todas las esperanzas y todos los desvarios. Entre las mas elevadas clases del partido, en el seno de los comunes y en el consejo general de oficiales aparecieron claros y positivos los proyectos republicanos: desde mucho tiempo que Vane, Ludlow, Haslerig, Martyn, Scott y Hutchinson contestaban apenas cuando se les hacia cargo de que atentaban á la monarquía; al hablar de ella siempre lo hacian con desprecio; el principio de la soberanía del pueblo y de una sola cámara delegada por él y para representarle, era el blanco á donde se dirigian todas sus palabras y acciones; de manera que toda idea de arreglo con el rey, cualesquiera que fuesen sus pactos, era calificada de traicion. En el pueblo y en el ejército manifestábase en todas partes el hervor de los ánimos; en todas materias tratábase de reformas hasta entonces inauditas, y aparecian millares de reformadores á cuyos fogosos deseos no habia ley que inspirase respeto, ni hecho que pareciera un obstáculo: tanto mas confiados é imperiosos cuanto eran mayores su oscuridad y su ignorancia, sus diarios, libelos y peticiones todo lo amenazaban. Si se los citaba ante los jueces se negaban á reconocer la jurisdiccion de estos y querian que se levantasen de un lugar usurpado: si los ministros presbiterianos los atacaban en las iglesias lanzábanse repentinamente al púlpito, y sacando de él al predicador predicaban ellos, mostrándose sinceros en sus arrebatos, aunque diestros en aprovecharse de ellos á favor de sus

pasiones. Al frente de este movimiento no habia doctrina alguna fuerte y completa, ninguna intencion general y precisa: aquellos campeones populares enteramente adictos al republicanismo llevaban sus ideas y sus deseos mucho mas allá de una revolucion en el gobierno, puesto que aspiraban á cambiar hasta la sociedad, las relaciones, las costumbres, los mutuos afectos de los ciudadanos; mas en todo esto sus miras eran confusas y limitadas; los unos empleaban su audacia para conseguir alguna innovacion importante, pero parcial; como por ejemplo la abolicion de los privilegios de los lores ó de los jurisconsultos; bastábales á otros algun piadoso desvarío como era la espera del próximo reinado del Señor; algunos con el título de raciocinadores reclamaban para la razon de cada hombre una soberanía absoluta; otros hablaban de establecer una rigurosa igualdad de derechos y de bienes, y á estos dieron sus enemigos el nombre de niveladores. Ni les convenia este desacreditado título que constantemente rechazaron, ni tampoco ningun otro, porque ni formaban una secta adicta á una creencia sistemática, ni una bandería dispuesta á marchar hácia un objeto determinado. Ya fuesen paisanos, ya soldados, ya visionarios, ya demagogos, impelianlos la necesidad de innovaciones, mas bien apasionadas que estensas, vagos instintos de igualdad, y sobre todo un decidido espíritu de independencia. Poseidos de una ambicion ciega aunque pura, é intratables para todo aquel que les parecia débil é interesado, unas veces constituian la fuerza y otras eran el terror de los partidos, que alternativamente se veian precisados á servirse de ellos y á engañarlos.

En ambas cosas nadie habia sido tan feliz como Cromwell, y nadie vivia en tan íntima confianza con aquellos poderosos aunque oscuros entusiastas. Desde el principio todo les agradó en Cromwell, asi los desordenados vuelos de su imaginacion, como su empeño en hacerse el igual y el compañero de los mas oscuros partidarios: su lenguage místico y familiar, sus modales, ya entusiastas, ya triviales, unas veces le presentaban como hombre franco y otras como inspirado; y hasta su carácter libre y flexible que al parecer dedicaba al servicio de una causa santa todos los recursos

de la humana destreza. Con estos medios hizo suyos á los agentes de mas valía, tales como Ayres, Evanson, Berry, Sexby, Sheppard, Wildman, miembros principales de los incitadores, prontos siempre á una voz del lugarteniente general á sublevar el ejército, ya fuese contra el rey ya contra el parlamento. El mismo Lilburne que era el mas indomable y el menos crédulo entre todos ellos, y que poco antes habia dejado el servicio, porque le era imposible obedecer, tenia en Cromwell grandísima confianza. „Entre todos „los poderosos de Inglaterra, le escribia, os reputo por el cora„zon mas perfectamente puro y mas desprendido de toda mira „personal." Cromwell mas de una vez se habia servido del valor de Lilburne contra los presbiterianos.

Cuando pareció consumada la ruina de estos, cuando los independientes tuvieron en su poder la ciudad, el rey y las cámaras; y cuando finalmente estallaron todas las pasiones, y todas las exigencias revolucionarias, insaciables, desordenadas y ciegas, la posicion de los gefes del partido, y en particular la de Cromwell que era ya el blanco á donde se dirigian las miradas de todos, tardó poco en resentirse de aquel estado de cosas. A su vez se concibió desconfianza de ellos y hubieron de temer. No eran pocos los que habian visto con malos ojos las negociaciones entabladas con el rey, y á no ser la necesidad y el peligro de sucumbir bajo el poder de los presbiterianos, desde mucho antes se hubiera manifestado el desagrado y las sospechas; mas ahora la necesidad de contenerse habia desaparecido, porque el Señor acababa de poner á todos sus enemigos en manos de sus servidores, y sin embargo en vez de concluir y asegurar el triunfo de su causa continuábase viviendo amistosamente y tratando con los delincuentes. El rey que era el primero de ellos, el mas culpable de todos, aquel sobre cuya cabeza hacia dos años que llamaban la venganza algunos hombres fieles, y que poco antes impelido por su loco orgullo habia rechazado proposiciones que nunca debieran hacérsele, el rey, decian, lejos de perder terreno con los últimos acontecimientos, logró acrecentar con ellos su esplendor y su fuerza. Los generales le habian permitido instalarse nuevamente en su castillo de Hamp-

ton-court, en donde residia; era servido con una pompa idólatra, y tenia una corte mas orgullosa que nunca: sus antiguos consejeros Richmond, Hertford, Capel, Southampton, se habian apresurado á reunirse con él, cual si estuvieran en vísperas de recobrar y ejercer el poder soberano. El mismo Ormond que era el mas temible gefe de los realistas de Irlanda, que poco antes luchaba todavía en aquel reino contra el parlamento, y que á duras penas consintió por último en rendir la plaza de Dublin, este mismo hombre de vuelta á Inglaterra fue recibido con singulares muestras de afecto por el general, por su lugarteniente, y por casi todos los oficiales de graduacion; comunicábase libremente con el rey, y sin duda disponia con él alguna nueva insurreccion en Irlanda. Simultáneamente Berkley, Ashburnham, Ford, Apsley y otros activos confidentes del rey sin cesar iban y venian de la corte al cuartel general y de esta á aquella, y las casas de Cromwell y de Ireton estaban siempre abiertas para ellos, mientras se negaba la entrada á muchos hombres de probidad. Ireton y Cromwell unas veces en persona y otras por medio de mensageros manteniau asiduas relaciones con Cárlos, habíaseles visto pasearse con él en el parque y encerrarse luego en su gabinete, y las esposas de ambos fueron presentadas en Hampton-court, donde el rey las recibió con mucha benevolencia. Tanta familiaridad causaba escándalo y tantas conferencias eran indicios de alguna traicion. Tal era el lenguage de los republicanos y de los entusiastas, sobre todo en las reuniones de soldados. Desde los calabozos de la torre en donde la cámara alta habia encerrado á Lilburne, á fin de poner coto si era posible á sus palabras y á sus libelos, escribió este hombre á Cromwell vituperándole agriamente y dando fin á su carta en estos términos: "si desdeñais mis advertencias, como lo habeis hecho hasta „ahora, emplearé contra vos toda mi fuerza y mi influjo, los cua„les causarán en vuestra fortuna un cambio que os agradará muy „poco." Cromwell daba poca importancia á los consejos de Lilburne y á sus amenazas; mas la cosa varió de aspecto cuando estas estaban apoyadas por el disgusto de tantos hombres hasta entonces adictos suyos. Aunque dispuesto siempre á meterse en intrigas y á

concebir esperanzas, no por esto dejaba de conocer de un modo seguro los peligros y los obstáculos, y cualesquiera que fuesen sus pasiones y su objeto sabia mirar á todos lados y oir y obrar en todos sentidos. En este concepto rogó á Berkley y á Ashburnham que fuesen á verlo con menos frecuencia, y al rey que no estrañase si se mostraba mas reservado en sus relaciones. „Si soy hombre honrado, dijo, he hecho cuanto era necesario „para convencer á S. M. de la sinceridad de mis intenciones; „y si no, nada hay capaz de convencerle en lo sucesivo.” Al mismo tiempo se dirigió á la torre, hizo una larga visita á Lilburne, le habló con efusion acerca de su celo por la causa comun, insistió con calor en el peligro que habia en dividirse, le preguntó cómo pensaba obrar cuando fuese puesto en libertad, y al dejarle prometió hacer todo lo posible para que cuanto antes fuese sacado de su prision. A pesar de esto Lilburne no recobró la libertad, y las relaciones de Cromwell con el rey aunque mas reservadas no fueron menos activas, porque estraño á la ciega presuncion de su partido, devorado por la ambicion y la incertidumbre, atormentaban su espíritu las combinaciones y los diversos resultados que preveia, y no queria romper con nadie ni ligarse con nadie de un modo decisivo. Los triunfos de los republicanos le parecian dudosos; los deseos de los entusiastas quiméricos; la palabrera y apasionada indisciplina de los soldados amenazaba su poder; su carácter se indignaba con el desórden aunque él mismo lo fomentaba; el nombre del rey era todavía un poder, su alianza un medio, y su restauracion un camino hácia la fortuna; contemporizaba pues con este recurso como con muchos otros y se sentia dispuesto á abandonarlo por otro mejor, no pensando sino en encumbrar su suerte por cualquiera medio y abrazando cada dia aquel que en su concepto podia alzarlo mas pronto á mayor altura. El rey por su parte conociendo cuál estaban los ánimos asi en las cámaras como en el ejército dió á sus negociaciones un nuevo giro entablándolas mas bien con los gefes que con el partido, y dejando entrever favores particulares mas bien que concesiones públicas. Ofrecióse á Ireton el gobierno de Irlanda; á Cromwell el mando general de

los ejércitos, el de la guardia real, el título de conde de Essex y la órden de la jarretera, y se prometieron iguales ventajas á sus mas íntimos amigos. A pesar de esto el juez Jenkins y el caballero sir Lewis Dives, realistas ambos y el último preso en la torre con Lilburne, sin cesar hablaban á Cromwell y á Ireton del tratado que suponian ya hecho entre los generales y la corte, relatábanle sus condiciones, avivaban su desconfianza, y le escitaban á que la propagase. Si la conclusion de este tratado no pasaba de una sospecha era suficiente para conturbar al partido, mas si se habia ya aceptado aseguraba al rey el apoyo de los gefes ó los dejaba á ellos dos sin apoyo alguno. Ireton y Cromwell no podian equivocarse en órden á estos manejos porque tenian espías cerca del rey; el coronel Whalley que le guardaba con su regimiento era primo y criatura de Cromwell y asi recibian noticia exacta de las menores circunstancias de la vida del monarca, de sus paseos, de sus conversaciones, de las visitas y de los pasos de sus consejeros, y de las indiscreciones de sus servidores; y mas de una vez se quejaron de que los rumores que salian de Hampton-court, y eran derramados como á propósito, les impedian servir al rey en el ejército y arruinaban el crédito que en el mismo tenian. Ireton á fuer de hombre de carácter mas duro y menos indiferente á la mentira, se incomodó mucho de todo esto y estuvo á pique de romper las negociaciones que sin embargo continuaron, y muy luego la conducta de los generales pareció confirmar las sospechas de los soldados. A instancias de los escoceses y con el objeto de dar alguna satisfaccion al público deseoso de la paz, las cámaras resolvieron que de nuevo se presentasen al rey las proposiciones de Newcastle, y los condes de Lauderdale y Lanerk conjuraban al monarca para que las aceptase y se uniera por fin á los presbiterianos, únicos que deseaban sinceramente salvarlo. A semejante peligro Cromwell é Ireton redoblaron con él sus protestas y sus promesas; aconsejáronle que rechazase las proposiciones y que pidiese como base de una nueva negociacion las del ejército que eran mucho mas suaves, comprometiéndose á sostener esta demanda con todo su poder. „Estamos resueltos, le mandó decir Ireton, á espurgar, volver á

„ espurgar y por tercera vez espurgar la cámara hasta que esté en „ disposicion de convenir con S. M.; y en cuanto á mí antes de fal- „ tar á lo que he prometido al rey me aliaré con los franceses, con „ los españoles, con los caballeros, y con cualquiera que prometa „ ayudarme á cumplir mi palabra." Cárlos siguió el consejo de los generales, y su respuesta produjo un acalorado debate en los comunes, pues los presbiterianos irritados no querian desistir de sus proposiciones, y los entusiastas pedian que no se hiciese ni recibiera ninguna otra. Ireton y Cromwell insistieron segun lo habian prometido en que se diese oidos á la peticion del rey y se abriera un tratado entre este y el parlamento segun las condiciones ofrecidas por el ejército; mas este paso de los dos generales fue tanto mas ruidoso en cuanto no produjo efecto alguno, porque los presbiterianos y los entusiastas se habian mancomunado á fin de que no lo tuviera. La desconfianza y el enojo de los soldados tomaron un aspecto amenazador; en los acantonamientos se formaban reuniones, ora tumultuarias ora secretas; pronunciábase el nombre de Cromwell unido siempre con las palabras de ambicion, traicion y mentira; comentábanse con enojo las palabras escapadas á su destemplado lenguage, y contábase que habló de la necesidad de poner un término á la persecucion de los caballeros y que dijo: „ ahora que tengo al rey en mi poder tengo al parlamento en el „ bolsillo;" y que otra vez esclamó: puesto que Hollis y Stapleton han gozado tanta autoridad no sé por qué no puedo yo gobernar el reino tan bien como ellos. Él era quien en la comision encargada de la causa de Lilburne habia suscitado mil incidentes para que continuase preso. Lilburne lo denunció formalmente á los incitadores haciendo una enumeracion de los empleos de que Cromwell y sus amigos se habian apoderado, y los incitadores á su vez pidieron á las cámaras la libertad de Lilburne, y á Fairfax la de cuatro soldados que segun decian fueron presos por haber proferido algunas palabras injuriosas y amenazadoras contra la persona del rey. El mismo Lilburne juntamente con Wildman y algunos otros trataron de deshacerse de Cromwell por medio de un asesinato. Sin embargo de lo cual no hubo contra él ninguna tentativa;

pero bien fuese por esto, bien por alguna otra causa, el mismo consejo de los incitadores se hizo sospechoso á los soldados, pues segun decian el lugarteniente general tenia en aquel cuerpo algunos adictos que le informaban de todo. A fin de evitar el riesgo que esto traia consigo, muchos regimientos nombraron con el título de *nuevos agentes* incitadores mas seguros, encargados de vigilar á los traidores y de servir la buena causa en cualquiera lugar y á toda costa. Algunos oficiales de graduacion y varios individuos de los comunes se declararon gefes de la insurreccion, con lo cual la faccion mas violenta separada del consejo general de los oficiales y de las cámaras empezó á proclamar abiertamente sus máximas y sus intentos.

Apoderóse de Cromwell el temor porque veia desunido al ejército, á los realistas y á los presbiterianos esperando el momento de aprovecharse de sus discordias, y considerábase él mismo atacado por hombres de carácter inflexible que hasta entonces habian sido sus mas fieles aliados y sus mas útiles instrumentos. De cada dia se hacian mas sospechosas las intenciones del rey, quien hablando con Ireton que le estrechaba para que decididamente se uniese con ellos, le dijo que aun habia de hacer su juego; y al mismo tiempo los lores Lauderdale y Lanerk sin abandonarle nunca le prometian el apoyo de un ejército escoces si se decidia por fin á coligarse con ellos. Segun rumores estaban ya ajustadas las bases del tratado, y hasta en Escocia en donde el crédito de Hamilton era mucho mayor que el de Argyle marchaban tropas hácia la frontera mientras que por su parte los caballeros ingleses Capel, Langdale y Musgrave preparaban calladamente una insurreccion. „Tened por seguro, habia dicho el rey á Capel, de que las dos „naciones muy luego estarán en guerra; los escoceses cuentan con „el ausilio de todos los presbiterianos ingleses; prepárense pues y „tomen las armas nuestros amigos, pues de otro modo cualquiera „que sea el partido que alcance la victoria ganarémos poco en „ello.” Al mismo tiempo se hizo crítica la situacion del ejército acantonado al rededor de Londres, porque la ciudad oponia una inercia invencible á todas las demandas de dinero que se hacian

para pagar los sueldos, y los oficiales no sabian cómo mandar á las tropas á quien no les era dable satisfacer sus haberes. Circulaban por todas partes atrevidos libelos revelando unas veces las intenciones de los soldados contra el rey y otras las negociaciones de este con los generales. En vano Fairfax reclamó y obtuvo al punto el establecimiento de una rígida censura; en vano Cromwell se trasladó á la ciudad á fin de hacer presentes las urgencias del ejército; en vano desplegó todos los recursos de la razon y del ardid para persuadir á los fanáticos de que si querian ser pagados era menester que se contuviesen; en vano quiso dar á entender á los moderados que para refrenar á los fanáticos era preciso pagarlos; y en vano finalmente pudo conseguir que entre los nuevos agentes de los soldados se eligiesen algunos de sus adictos. Sus esfuerzos no produjeron resultado alguno; su prudencia era nociva á él mismo, y si bien habia sabido mantener las relaciones y medios de accion en todos los partidos, la fermentacion desarreglada é indomable amenazaba dejar fallidos todos sus cálculos y arruinar su influjo. Su destreza solo habia servido para aumentar los obstáculos y los riesgos que por todas partes le cercaban. En medio de esta perplejidad uno de sus espías, que los tenia hasta en el mismo cuarto del rey, fue á avisarle de que en aquel dia mismo se despachaba del castillo de Hampton-court una carta para la reina en la cual estaban espuestos los verdaderos intentos de Cárlos con respecto al ejército y á sus gefes. La carta cosida en una silla que llevaba en la cabeza un hombre ignorante del secreto debia llegar hácia las diez de la noche á la posada de Sanglier-bleu en Holborn, en donde estaba preparado un caballo para conducir el hombre á Douvres á fin de que desde allí pasase á Francia. Cromwell é Ireton se decidieron al punto, y disfrazados de simples caballeros sin mas compañía que un soldado salieron de Windsor con intento de trasladarse al lugar indicado. Puestos ya en él colocaron al soldado de acecho delante de la puerta, y metidos en la posada se sentaron á beber cerveza. Efectivamente á la hora fijada apareció el mensagero con la silla de caballo en la cabeza, y advertidos de ello salieron con espada en mano, apoderáronse de la silla so pretesto

de que habia órden para registrarlo todo, llevaronla á su cuarto y habiéndola deshecho encontraron la carta, recompusieron la silla y la entregaron al mensagero espavecido, diciéndole en tono alegre que era un buen muchacho y que podia continuar su camino. La confidencia era exacta, pues efectivamente Cárlos escribia á su muger que las dos facciones le buscaban igualmente, que él se uniria á aquella cuyos pactos fuesen mejores, y que creia tratar mas bien con los presbiterianos escoceses que con el ejército. "Por lo demas, „añadia, yo soy el único que está al corriente de mi situacion; „puedes vivir tranquila con respecto á todas las concesiones que „yo haga, porque cuando llegue la hora ya sé cómo es preciso „conducirse con estos pícaros, y en vez de una jarretera de seda „les daré una cuerda de cáñamo." Los dos generales se miraron el uno al otro viendo confirmadas de una manera indudable todas sus sospechas, y volvieron sobre la marcha á Windsor, libres ya de la incertidumbre en que estuvieron acerca de sus intentos con respecto al rey y con respecto á los suyos.

Habia llegado la hora en que su conducta fuese franca y segura; la cólera de los entusiastas se manifestaba abiertamente y ponia al ejército en una confusion mas violenta. El dia 9 de octubre en nombre de cinco regimientos de caballería entre los cuales estaba el del mismo Cromwell, los nuevos agitadores redactaron con el título *Situacion del ejército*, una larga manifestacion de sus desconfianzas, de sus principios y de sus deseos; presentáronla oficialmente al general el dia 18; y en 1.º de noviembre se dirigió á la nacion entera y en nombre de diez y seis regimientos un libelo intitulado *Resolucion del pueblo*. En uno y otro escrito los soldados acusaban de traidores á los oficiales y de cohecho á las cámaras; escitaban á sus compañeros á que se juntasen con ellos, y pedian que el actual parlamento fuese disuelto al punto y que en adelante ninguna corporacion ni persona alguna dividiese con la cámara de los comunes el poder soberano; que esta fuese renovada cada dos años, que el derecho de votar fuese repartido con igualdad por todo el territorio en razon de la poblacion y de las contribuciones; que ningun miembro pudiese ser reelegido al ins-

tante, ningun ciudadano preso por deudas ni obligado al servicio militar, ni escluido de los empleos sin mas motivo que profesar una religion distinta; que en los condados el pueblo nombrase á los magistrados; que las leyes civiles iguales para todos fuesen reformadas y refundidas en un solo código, y finalmente que se declarasen inviolables y superiores á todo poder humano algunos derechos y sobre todo la libertad de conciencia. Grande fue la turbacion de los gefes al ver manifestadas de esta manera las ideas y las esperanzas del pueblo, pues los mas sensatos de entre ellos, aunque enemigos de la corte y de los presbiterianos, consideraban la monarquía y la cámara alta tan poderosas, tan profundamente arraigadas en los hechos, en las leyes y en las costumbres, que la república vista ya de cerca y como muy inmediata no era á sus ojos sino un desvarío muy peligroso. Entre los mismos republicanos habia muchos que aunque sinceros y osados estaban lejos de participar de todos los deseos de la soldadesca, pues los unos acostumbrados á dominar en las elecciones de su pueblo ó de su condado temian que aquel nuevo sistema les haria perder su preponderancia, otros que habian comprado bienes del clero veian con espanto que el pueblo se indignaba de que aquellas compras se hubiesen hecho á precios ínfimos y trataba de pedir que se anulasen; los jurisconsultos querian conservar su imperio con sus provechos, y todos rechazaban con calor la idea de que la cámara se disolviese al instante y que su causa quedase espuesta á los azares de una reeleccion. Chocaba ademas á su recto juicio la poca importancia social, la mística demencia y la altanera indisciplina de los soldados reformadores. No veian la posibilidad de fundar á los ojos de los realistas y de los presbiterianos un gobierno con aquella faccion incapaz de ser gobernada, é insensata hasta el punto de poner cada dia en peligro la union del ejército que era su único apoyo. Era imposible atacar en nombre de los desvaríos de aquellos sectarios oscuros tantos hechos y tantos derechos antiguos y respetados. A semejantes delirios casi por el reino entero manifestábase en el pueblo bajo una fermentacion hasta entonces desconocida, abrazábanse en todas partes con ciega y furiosa con-

fianza las hermosas y confusas nociones de justicia absoluta, los ardientes deseos de una felicidad igual, sufocados muchas veces pero nunca estinguidos en el corazon humano. Los mismos gefes que no querian escucharlos no sabian qué contestarles porque en el fondo no eran estraños á los principios en cuyo nombre se manifestaban aquellos deseos. Por esto sus primeros pasos fueron sin energía y dudosos. Las cámaras votaron que uno y otro escrito eran un atentado al gobierno y que perseguirian á sus autores; pero al mismo tiempo para complacer á los republicanos declararon que el rey estaba obligado á sancionar todo lo que el parlamento le presentase. El consejo general de los oficiales reunido en Putney llamó á los principales agitadores, y se mandó á una comision, en donde habia muchos de ellos, que con arreglo á lo que pidiesen se hiciera relacion á las cámaras. No tardó en efecto á presentarse en el parlamento un proyecto de proposiciones en donde eran admitidas la mayor parte de aquellas demandas, pero al mismo tiempo tuvieron lugar en ellas el nombre y las mas esenciales prerogativas del rey. Los agitadores se irritaron, y se les prometió que en el inmediato consejo se discutiria libremente si en adelante debia ó nó subsistir la monarquía. Cuando vino el dia fijado Ireton se salió repentinamente del consejo protestando que no volveria á entrar en él si se promovian semejantes cuestiones. Prorogóse el debate para el lunes siguiente 6 de noviembre, y bien fuese para eludirlo, bien porque se esperase que los soldados en masa serian mas condescendientes, se convino en que se reuniria todo el ejército para que manifestase sus intenciones. Cromwell que lo habia propuesto supo evitar el riesgo que aquel remedio traia consigo. Cada nuevo debate aumentaba la desunion en el ejército, el cual cuanto mas era consultado otro tanto se emancipaba de sus gefes y se iba hácia la anarquía. Para servirse de él y hasta para salvarlo era preciso restablecer la disciplina y recobrar el poder. Esto no podia ser sin mucho peligro porque los soldados, á lo menos los mas activos de entre ellos, los cabecillas y los fanáticos no querian mas rey y estaban dispuestos á ir contra cualquiera que le fuese favorable; y solo dispondria de su fuerza y de su

obediencia el que participase en esto de su voluntad y se convirtiera en su ejecutor. Cromwell hizo su resolucion. Llegado el dia del consejo se prohibió toda discusion, los oficiales superiores declararon que para restablecer la buena inteligencia del ejército era indispensable que todos, asi oficiales como incitadores, se restituyesen á sus regimientos; que en vez de una reunion general habria tres reuniones parciales en los acantonamientos de los principales cuerpos, y que mientras se ejecutaba esto el consejo suspenderia las sesiones dejando obrar al general y al parlamento. Entre tanto la situacion del rey en Hampton-court cambió de repente, en términos que se mandó salir de allí á sus consejeros Richmond, Southampton y Ormond, separóse de su lado á Berkley y á Ashburnham, se le doblaron las guardias, y no pudo pasearse libremente. De todas partes llegaban siniestros rumores, y en particular corria válida la voz de que los soldados querian apoderarse de su persona para arrebatarlo á sus oficiales como estos lo arrebataron al parlamento. El mismo Cromwell dió con no poca inquietud esta noticia al coronel Whalley; y ora temiese alguna tentativa de aquella clase, ora se propusiera espantar al rey, ora siguiese en su empeño en contemporizar con todos, quiso engañar todavía al monarca en órden á sus intenciones y darle á entender que le servia.

Estas noticias, tantas privaciones nuevas, mil rumores de traicion, de planes inauditos y hasta de asesinatos pusieron al desgraciado Cárlos en una augustia que iba cada dia en aumento. Su imaginacion que si bien grave era muy delicada y viva, sufria mucho de estas cosas y formaba siniestros augurios de todo, ya fuese de una desgraciada partida de caza, ya de una pesadilla, ya de que se le apagase la luz durante la noche, pues aunque su orgullo se resistia á creer que sus enemigos llegasen á osarlo todo, por otra parte todo le parecia posible en ellos. Hablósele de fugarse y tuvo intenciones de hacerlo; pero no sabia ni cómo ni á dónde ni con qué medios verificarlo. Los comisionados escoceses ofrecieron secundar su evasion un dia en que estaba cazando, y Lauderdale le mandó decir que todo estaba dispuesto para marchar con cincuenta caba-

llos, y que si se juntaba con ellos se dirigirian á toda prisa hácia el norte; mas como todas las resoluciones súbitas le imponian y por otra parte no contaba con que le diese un asilo la Escocia que ya lo habia entregado, y en donde no tenia medios con que rechazar el yugo presbiteriano y el *covenant*, se negó á admitir la oferta. Aconsejáronle otros que se retirara á la isla de Jersey en donde la facilidad de trasladarse al continente obligaria á todos los partidos á tenerle consideraciones. Cárlos contaba aun con la buena intencion de los oficiales que le habian hecho secretas promesas; lisonjeábase de que su frialdad era aparente y forzada, y de que en la próxima congregacion del ejército podrian sujetar á los incitadores, rehacer la disciplina y entablar nuevas conferencias. Resistíase á salir de Inglaterra antes de esta última prueba, y sin embargo la idea de la fuga se le hacia cada instante mas familiar y mas urgente. Refiriéronle que se habia presentado al consejo de los incitadores un profeta aleman dándose por encargado de revelar la voluntad del cielo, pero que á la sola palabra de reconciliacion con el rey se habian negado á escucharle. Por todos los medios imaginables Cromwell insinuaba que era preciso escaparse, y entonces mismo alguna persona que no se sabe quién fue habló al rey de la isla de Wight como de un asilo á propósito y seguro por estar muy inmediata á la tierra firme, por ser conocidamente realista, y porque acababa de darse su gobierno al coronel Hammond sobrino de uno de los mas fieles capellanes del rey. Esta idea fue la que mas le plugo á Cárlos, de manera que tomó informes de la isla y hasta hizo algunos preparativos. Sin embargo no dejó de vacilar por esto y buscaba por todas partes alguna cosa que le decidiese. Era entonces famoso en Londres el astrólogo Guillermo Lilly, que si bien adicto al partido del pueblo pronosticaba y daba consejos á quien quiera que se los pidiese. El rey encargó á mistriss Whorewood que en su nombre consultase al astrólogo acerca del punto á donde le convenia fugarse, y le dió para cumplir su comision quinientas esterlinas de las mil que acababa de enviarle el realista Adams. Despues de consultar solemnemente las estrellas dijo Lilly que el monarca debia retirarse hácia el este

en el condado de Essex á veinte millas de Londres. Mistriss Whorewood se apresuró á llevar á Hampton-court su respuesta; pero Cárlos no la habia aguardado, pues el dia 9 de noviembre una carta anónima escrita al parecer por un amigo sincero, le advirtió que el riesgo apremiaba, que en una reunion celebrada en la noche anterior por los incitadores se habia resuelto deshacerse de él, y que era llegado el caso de temerlo todo, si instantáneamente no se ponia fuera de su alcance. Otro aviso recibió diciéndole que desconfiase de la guardia que al dia siguiente entraria de servicio en el castillo. A semejantes noticias decidióse, y á las nueve de la noche del 11 de nóviembre dejando sobre la mesa muchas cartas, sin mas compañero que el ayuda de cámara Guillermo Legg salió por una escalera escusada y llegó á una portezuela que daba al parque inmediato al bosque, en donde Ashburnham y Berkley avisados de antemano le aguardaban con algunos caballos. Todos juntos emprendieron la marcha hácia el sudoeste: la noche era sombría y tempestuosa; el rey, único que conocia el bosque, guiaba á sus compañeros, y despues de haberse estraviado, al amanecer llegaron á la aldea de Sutton en el Hampshire en donde Ashburnham habia dispuesto de antemano que tuviesen caballos apostados. En la posada en que estos aguardaban habia una comision de parlamentarios que estaba discutiendo acerca de los negocios del condado, y los fugitivos partiendo en el acto se dirigieron sobre Southampton hácia el costado opuesto en frente de la isla de Wight, pero sin que el rey manifestase con claridad á dónde queria ir. Al llegar á la pendiente de un ribazo en frente de la ciudad, Cárlos dijo que echasen pie á tierra á fin de tratar de lo que era preciso resolver. Hablóse segun se dice de un buque con que Ashburnham contaba y de que no tenian noticia alguna; se trató despues de internarse en los condados del oeste en donde Berkley contaba con la adhesion de muchísimos amigos; y finalmente de la isla de Wight, partido mas cómodo, que ponia término á los embarazos de su situacion y que sin duda, á juzgarlo por la ruta que habian seguido, fue el que se propuso el rey á la partida. No obstante como el gobernador no estaba avisado y era peligroso

fiarse á él sin garantía alguna, se convino en que Ashburnham y Berkley se trasladaran á la isla, sondeasen el ánimo del gobernador y le dijeran cuán grande era la prueba de confianza que iba á recibir; y que mientras tanto Cárlos aguardaria su vuelta cerca de Tichfield, en un castillo en donde vivia la madre de lord Southampton. Separáronse pues y á la mañana siguiente desembarcados en la isla los dos caballeros se trasladaron al instante al castillo de Carisbrooke residencia del gobernador que estaba en Newport de donde habia de volver el dia mismo. Ashburnham y Berkley fueron al instante á su encuentro, y habiéndole hallado le informaron sin preámbulo alguno del objeto de su viage. Hammond perdió el color, escapáronsele de la mano las riendas del caballo y temblaba de los pies á la cabeza. „Señores, señores, esclamó, me habeis „perdido trayendo el rey á la isla, y si aun no está en ella os „conjuro para que no lo dejeis venir; ¿qué haré yo puesto entre „mis obligaciones hácia S. M. que acaba de darme esta grande „prueba de confianza y lo que debo al ejército que me ha conferido este gobierno?" En vano procuraron calmarle echando mano del inmenso servicio que haria al rey, y de los empeños que el mismo ejército tenia contraidos con S. M. y asegurándole otras veces que si no opinaba como ellos el rey no queria obligarle á que le recibiese. Hammond no hacia mas que desconsolarse, pero sin embargo cuando los dos caballeros parecian próximos á desconfiar del buen éxito de su intento, y prontos casi á retirar su proposicion, mostrábase menos incierto, queria saber el paradero del rey, si corria algun riesgo, y aun se manifestaba pesaroso de que no se hubiese confiado á él de golpe y enteramente. Largo rato duró la conversacion estando ambas partes dudosas y temiendo igualmente este y aquellos romper y obligarse. Al fin pareció que Hammond cedia: „el rey, dijo, no tendrá que quejarse de mí, ni „se dirá que yo haya engañado sus esperanzas: me portaré como „hombre de honor: vamos juntos á encontrarlo y á decírselo." Berkley alarmado no queria consentir en esto; pero Ashburnham aceptó la propuesta y partieron al punto sin que Hammond llevase en su compañía mas que al capitan Basket. Una barca los trasladó

en pocas horas á Tichfield, y Ashburnham dejando en el patio del castillo á los tres compañeros subió solo al cuarto del rey y le refirió lo acontecido. «¡Ah Juan, Juan, tú me has perdido trayendo „aqui al gobernador, dijo Cárlos; ¿no ves que ahora no puedo „ya menearme?" En vano encareció el otro las promesas de Hammond, los buenos sentimientos que habia manifestado y sus dudas que eran una prueba de su sinceridad, pues el rey desconsolado se paseaba precipitadamente por el cuarto, unas veces con los brazos cruzados y otras alzando al cielo las manos y los ojos con la mas viva espresion de angustia. Ashburnham conturbado á su vista, le dijo: «Señor, el coronel Hammond está abajo con un solo „hombre, y nada es mas fácil que apoderarse de él; y qué? replicó el rey, ¿querriais matarlo? ¿Querriais que se dijese que ha „espuesto su vida por mí, y que yo le he privado de ella con tan„ta indignidad? Nó, es ya tarde para tomar otro partido, es me„nester confiar en la voluntad de Dios." Hammond y Basket aguardaban con impaciencia, y el rey á quien Berkley hizo advertir de ello dispuso que subieran. Recibiólos Cárlos con aire de confianza y franqueza. Hammond renovó sus promesas mas latas que hasta entonces aunque siempre vagas y con aire embarazoso. El sol estaba próximo á su ocaso cuando se embarcaron para dirigirse á la isla, cuyos habitantes corrieron al encuentro del rey, puesto que la voz de su llegada ya se habia hecho pública. Al atravesar las calles de Newport una muger jóven le presentó una rosa encarnada que se habia abierto á pesar de los rigores de la estacion, y en alta voz hizo votos por su bienandanza. Asegurósele que la poblacion entera le era adicta y que toda la guarnicion del castillo de Carisbrooke consistia en doce soldados viejos, y que por lo mismo podria evadirse siempre que quisiera. Fuese calmando el terror de Cárlos, y cuando al levantarse en la mañana siguiente contempló desde las ventanas del castillo el risueño aspecto que presentaban la mar y la tierra; cuando hubo respirado el aire de la mañana, cuando vió que el gobernador le daba todas las imaginables pruebas de respeto y le prometia libertad absoluta de pasearse á caballo por la isla, de tener cerca de sí á sus servidores y de recibir

á quien le pluguiese, entonces penetró en su alma el consolador sentimiento de la seguridad y dijo á Ashburnham: „este gobernador es un escelente hombre; aqui estoy al abrigo de los incitadores y creo que no tendré sino motivos para aplaudir mi resolucion."

Mientras el rey corria segun lo hemos dicho en busca de un asilo que le pusiera al abrigo de sus adversarios, los comisionados del parlamento y los oficiales de la guarnicion de Hampton-court aguardaban que se presentase á cenar á la hora acostumbrada, y pasmados de no verle fueron por fin á su cuarto en donde hallaron tres cartas autógrafas, dirigidas la una á lord Montague presidente de la comision, la otra al coronel Whalley, y al presidente de la cámara alta la tercera. En esta indicaba el motivo de su fuga, que eran las conjuraciones de los incitadores y su derecho de vivir libre y seguro como cualquier otro ciudadano. El objeto de las otros dos era manifestar á Montague y á Whalley lo mucho que agradecia sus atenciones, é indicarles el destino que habian de dar á sus caballos, perros, cuadros y demas muebles que en su cuarto habia dejado; pero ni en estas dos ni en la otra habia la mas pequeña indicacion de su ruta ni del lugar de su asilo. El trastorno que la noticia causó en Westminster fue grandísimo, y tanto mayor por cuanto en el instante en que llegaba de Hampton-court se recibió una carta del cuartel general de Windsor escrita á media noche por Cromwell que daba parte de lo mismo. De aqui resultaba que este habia sido el primero en tener conocimiento del suceso, que lo habia adquirido antes que las cámaras y aun quizás antes de la partida del rey, puesto que cundió la voz de que el dia 11 habia sido menor la vigilancia de la guarnicion de Hampton-court, y que se habian retirado centinelas de algunos puntos. Muy luego se recibieron cartas de Hammond, dando á las cámaras noticia de la llegada del rey, protestando su adhesion al servicio del parlamento y pidiendo instrucciones. A pesar de esto no quedó del todo disipado el temor; pues tambien Cromwell habia recibido cartas de Hammond, cual si todos los servidores del parlamento se creyesen obligados á darle noticia de todo y á pedirle instruccio-

nes en todas circunstancias. Cromwell comunicó las cartas á las cámaras con tanta alegría que admiró á los menos recelosos; alarmante síntoma de alguna esperanza ó de alguna victoria que en vano querian penetrar. Apenas habian transcurrido dos dias cuando inspiró á sus enemigos nuevas y mas fundadas alarmas. Llegó el 15 de noviembre, dia aplazado para verificarse en Ware en el condado de Hertford la primera reunion del ejército, que tenia por objeto poner un término á sus disensiones, y allá se trasladó Cromwell con Fairfax y con varios oficiales de los mas adictos. Para aquel dia habian sido convocados los siete regimientos menos exaltados y en que era mas fácil restablecer la disciplina. Contábase con su sumision para intimidar ó con su ejemplo para reprimir á los mas acalorados, pero al llegar á la llanura de Ware los generales encontraron nueve regimientos en vez de siete, pues el de caballería de Harrison y el de infantería de Roberto Lilburne fueron allí sin órden ninguna y violentamente agitados. El último habia echado fuera á todos los oficiales á escepcion de los subtenientes y del capitan Bray que lo mandaba, y los soldados llevaban todos en el gorro un ejemplar de la *Resolucion del pueblo* con este mote *Libertad de Inglaterra, derechos de los soldados.* Cual si todos ellos estuvieran poseidos de un frenético entusiasmo hacian resonar mil gritos por la llanura, mientras que Rainsborough, Ewers, Scott y el mismo Juan Lilburne á quienes poco antes autorizaron los comunes para salir todas las mañanas de la torre á fin de atender á su salud, recorrian ahora á caballo aquel campo; iban de uno en otro batallon inflamando á los mas animosos, tratando de cobardes á los moderados y repitiendo en todas partes que pues estaban con las armas en la mano debian en conciencia hacerlas servir para asegurar cumplidamente y para siempre la libertad de su pais. En medio de aquel tumulto Cromwell, Fairfax y su estado mayor se adelantaron hácia los regimientos mas pacíficos, y allí fue leido en nombre del consejo general de los oficiales un manifiesto en donde con lenguage firme se vituperaba á los nuevos agitadores, sus sediciosos manejos, los peligros á que esponian al ejército, se recordaban las pruebas de afecto y

fidelidad que este debia á sus gefes, las victorias que bajo su mando habia alcanzado, y finalmente se prometia sostener ante el parlamento los justos deseos de los soldados, ya con respecto á ellos mismos, ya en órden á la patria, con tal que ellos firmasen una obligacion de sujetarse de nuevo á la disciplina y de obedecer en adelante las órdenes de sus oficiales. Los siete regimientos contestaron á la lectura con aclamaciones de alegría. Entonces Fairfax se adelantó hácia el de Harrison cuyos caballeros oidas apenas su voz y sus promesas arrancaron de los gorros la *Resolucion del pueblo*, y esclamaron que los habian engañado y que querian vivir y morir con su general. Solo quedaba el regimiento de Lilburne, rebelde siempre y violentamente agitado, el cual comenzaba ya á contestar con gritos sediciosos á las palabras de Fairfax cuando se adelantó Cromwell. „Arrancaos ese papel de los gorros," dijo á los soldados; mas como estos se negaron á ejecutarlo, métese de golpe entre filas, señala y hace prender á catorce de los mas alborotados, reúnese en el acto un consejo de guerra y se condena á muerte á tres soldados. El consejo manda que la suerte escoja uno entre ellos y que sea al instante fusilado. La suerte elige á Ricardo Arnell incitador fogoso á quien al punto se ejecuta al frente del regimiento; pónense entre filas los otros dos condenados y sus once compañeros, son presos el mayor Scott y el capitan Bray; reina en la llanura un profundo silencio; todos los cuerpos vuelven á sus acantonamientos; verificanse con la mayor tranquilidad las otras dos reuniones de tropas, y al parecer el ejército entero queda sometido á sus gefes.

A pesar de todo no desconocia Cromwell la inseguridad y el peligro de semejante triunfo, y cuando fue á ponerlo en noticia de los comunes, en medio de las gracias que le votó la mayoría enagenada con la derrota de los incitadores, los gefes presbiterianos no disimularon su frialdad, ni su cólera los republicanos, porque á los primeros todo triunfo de Cromwell les parecia sospechoso, cualquiera que fuese su efecto aparente, y los segundos consideraban su comportamiento en la llanura de Ware como otra prueba de su traicion. Ludlow se opuso en la cámara al voto de gracias;

Trajes militares, en tiempo de Carlos 1º



COSTUMES MILITAIRES SOUS LE RÈGNE DE CHARLES 1ER (1630)

ANGLETERRE

el predicador Saltmarsh corrió desde el fondo de su condado para anunciar á los generales en nombre del mismo Dios que este los abandonaba por haber puesto presos á sus santos, y por fin despues de algunos momentos de estupor, muchos oficiales y soldados y casi todos los que dirigian la sedicion de los regimientos declararon á Cromwell y á Ireton que no habia medida ni rigor alguno capaz de hacerlos desistir de sus planes; que estaban resueltos á deshacerse del rey y á establecer una república, y que arriesgándolo todo dividirian el ejército, arrastrarian á lo menos las dos terceras partes del mismo y ellos solos llevarian la empresa adelante antes de dejarse sujetar. Nada le importaba á Cromwell reducirlos á este estremo, pues si bien quiso haciendo un ejemplar detener en el ejército los progresos de la anarquía, érale conocida la fuerza de los fanáticos, y solo trataba de reconciliarse con ellos. Sin decidirse por la república habló muy mal del rey con cuantos fueron á verle, dijo que tenian razon en no esperar de Cárlos cosa alguna, convino en cuanto á él en que por un momento le habian deslumbrado las glorias mundanas, que no supo discernir con claridad la obra del Señor, ni confiarse únicamente á sus santos, humillóse por esto ante ellos y reclamó el ausilio de sus oraciones para que el cielo le perdonase. Los predicadores mas populares y entre ellos Hugo Peters, entusiasta intrigante y palabrero, se encargaron de hacer públicos sus protestas y sus deseos, mientras él por su parte tranquilizaba á los soldados presos, y únicamente insistia con tono firme en la necesidad de mantener en el ejército la union y la disciplina, como medios únicos de alcanzar el triunfo y de salvarse. Muchos creyeron en sus palabras siempre entusiastas y poderosas, y otros aunque menos ciegos conocian cuán necesario les era su genio, y aunque dudaban de su arrepentimiento no se atrevian á negarlo. La mayor parte convenian en que los incitadores fueron harto aprisa y demasiado lejos, que los soldados debian tener mas sumision y mas respeto á sus gefes, y los mismos Rainsborough, Scott y Ewers confesaron sus yerros y ofrecieron ser mas prudentes en lo sucesivo. Verificóse finalmente una gran reunion en el cuartel general, en donde los oficiales, los incitado-

res y los predicadores pasaron diez horas juntos hablando y orando; los intereses comunes se sobrepusieron á los rencores y á las desconfianzas aunque sin desvanecerlas; decidióse que los prisioneros serian puestos en libertad, que el capitan Bray volveria á su regimiento, que se rogaria á las cámaras que repusiesen á Rainsborough en el destino de vice-almirante de que acababan de separarle, y se tuvo una comida para solemnizar aquella reconciliacion cuyo precio era la ruina del monarca.

En medio de estos sucesos llegó al cuartel general sir Juan Berkley, á quien Cárlos que ya sabia el resultado de la congregacion de Ware enviaba á toda prisa á los generales con el objeto de felicitarles por su victoria y recordarles sus promesas. Aunque el mensagero no solo llevaba cartas del rey sino tambien de Hammond para Fairfax, Ireton y Cromwell, no dejaba de estar inquieto, pues en el camino habia encontrado al corneta Joyce á quien pasmó su confianza, y el cual le dijo que los incitadores lejos de temer cosa alguna habian arrastrado á su partido á los generales y se preparaban á procesar al rey. Al llegar á Windsor se presentó en el consejo de oficiales y entregó las cartas al general. Mandáronle salir en el acto; mas habiéndole llamado al cabo de media hora Fairfax le dijo con tono severo: „nosotros somos el ejército del „parlamento y nada tenemos que contestar á las proposiciones del „rey, pues solo al parlamento le toca juzgar acerca de esto." Berkley miró á Cromwell y á Ireton, quienes le saludaron apenas con una risa de desprecio. Retiróse pasmado el mensagero, y despues de pasar todo el dia sin adquirir noticia ni esplicacion alguna, al anochecer recibió un aviso del comandante Watson que era el oficial con quien habia tenido mas íntimas relaciones, para que á media noche se encontrase detras de la posada de la jarretera en donde se verian. Allí supo Berkley lo que habia pasado, y hasta qué punto llegaba la exaltacion del ejército. „Es tal, le dijo Watson, que con venir aquí arriesgo mi vida, pues Ireton ha presentado dos proposiciones pidiendo en la una que se os mande „preso á Londres, y en la otra que se prohiba bajo pena de la vi„da á cualquiera que sea comunicarse con vos. Es preciso pues

„que si el rey aprecia la vida, se escape al momento si tiene me-
„dios de hacerlo. ¿Me aconsejais, le preguntó Berkley, que haga „entregar á Cromwell y á Ireton las cartas que el rey me dió para „ellos? No dejeis de hacerlo, dijo Watson, pues de otro modo „sospecharian que os he descubierto sus planes." Segun lo habia previsto Watson no pudo Berkley ver á los generales ni alcanzar de ellos una respuesta; únicamente Cromwell le mandó decir que haria lo posible para servir al rey; mas que no esperase que se perdiera por amor suyo; Berkley envió al punto estas amargas noticias á Cárlos, estrechándole para que no tardase un momento en evadirse. Quizás Cárlos hubiera podido hacerlo, porque segun voz pública desde algunos dias á aquella parte cruzaba por las aguas de la isla un buque enviado por la reina; mas acababa de alentar sus esperanzas una nueva intriga, porque despues de una acalorada discusion en los comunes, en 14 de diciembre de 1647 las cámaras votaron que se le presentarian en forma de leyes cuatro proposiciones, y que en caso de aceptarlas se le admitiria á tratar en persona con el parlamento segun muchas veces lo habia pedido. Reducíanse las proposiciones, primero: á que el mando de las fuerzas de mar y tierra corresponderia durante veinte años á las cámaras con la facultad de retenerlo mas adelante si pareciese exigirlo asi la seguridad del reino. Segundo: que el rey revocaria todas sus declaraciones, proclamas y cualquiera otro escrito publicado contra las cámaras en que se las calificase de ilegales y rebeldes. Tercero: que anularia todos los títulos de par que hubiese dado despues de su salida de Londres: y finalmente que las cámaras tendrian el derecho de aplazarse para el tiempo y el lugar que les pareciese conveniente. Cárlos á pesar de su apurada situacion no tenia el menor intento de sancionar semejantes leyes, ni de reconocer de este modo la legitimidad de la guerra que á tal estremo le redujo; pues sabia que los comisionados escoceses se habian opuesto fuertemente á ellas, que se mostraban agriamente resentidos del desprecio con que las cámaras miraban sus reflexiones. De su parte recibió junto con las cartas de Berkley una comunicacion secreta para que rechazase proposiciones tan ofensivas,

y la promesa de trasladarse á la Isla de Wight para tratar con él en nombre de la Escocia y con condiciones mucho mejores. „Es preciso aguardar, dijo Cárlos á Berkley cuando estuvo de vuelta. „Quiero arreglarme con los escoceses antes de dejar el reino, pues „si me viesen separado del ejército serian mucho mas exigentes."

Los lores Lauderdale, Lowden y Lanerk llegaron en efecto al castillo de Carisbrooke el dia 25 de diciembre, y casi al mismo tiempo que lord Denbigh y sus cinco colegas comisionados de Westminster. Las negociaciones comenzadas en Hampton-court se prosiguieron con mucho misterio; porque segun decian su ida tuvo por objeto protestar contra las proposiciones del parlamento. En dos dias se ajustó el convenio, se redactó y quedó firmado, y en seguida lo enterraron en un jardin de la isla aguardando el instante en que pudiese hacerse público sin riesgo alguno. En él se prometia el rey la intervencion de un ejército escoces para restablecerlo en sus justos derechos, con el pacto de confirmar para tres años el régimen presbiteriano en Inglaterra aunque quedando dispensados de conformarse con él Cárlos y los suyos, y de que el rey durante aquel término arreglaria definitivamente de acuerdo con las dos cámaras y consultando la asamblea de los teólogos la constitucion de la Iglesia. Esta concesion general iba acompañada de muchas otras provechosas á la Escocia y que en gran manera hubieran ofendido el honor ingles. Convínose ademas en que con el apoyo del ejército escoces los caballeros se armarian en todo el reino, que Ormond marcharia á Irlanda para tomar el mando del partido realista, y que cuando el rey hubiese rechazado las cuatro proposiciones se evadiria de la isla trasladándose á Berwick ó á cualquier otra plaza de la frontera de Escocia para aguardar en libertad el momento de obrar.

Arreglado todo de esta manera Cárlos mandó decir á los comisionados del parlamento que estaba pronto á entregarles su contestacion. Cual lo hizo tres años antes en las negociaciones de Oxford habia resuelto darles la respuesta sellada, temiendo que sabedores de su negativa y aun quizás de sus proyectos tomasen contra él medidas que lo hiciesen fallar todo; pero lord Denbigh se negó

obstinadamente á recibir el mensage del rey en aquella forma porque segun dijo el parlamento les habia encargado hacer relacion nó de todo lo que S. M. quisiera encargarles sino de si adoptaba ó nó las cuatro leyes. Con esto fue preciso que el rey cediese y leyera en alta voz el mensage, en el cual rechazaba de un modo absoluto las proposiciones y pedia negociar en persona sin estar obligado á aceptar cosa alguna anticipadamente. Retiráronse los comisionados, y despues de una corta conferencia con Hammond regresaron á Westminster; y á las pocas horas mientras que el rey se ocupaba con Berkley y Ashburnham acerca de los medios de evasion preparados para la siguiente noche, cerráronse las puertas del castillo, prohibióse la entrada á todos los estrangeros, dobláronse las guardias y se mandó salir al instante de la isla á Ashburnham, á Berkley, y á casi todos los demas servidores del monarca. En medio del mas vivo dolor y de la mas ardiente cólera mandó este llamar á Hammond y le dijo: „Por qué me tratais de esta manera? ¿En dónde estan las órdenes que teneis para ello? ¿Quién „es el que os inspira que obreis asi?" Hammond que no tenia órdenes formales callaba y vacilaba, pero al fin habló de la respuesta que S. M. habia dado á las proposiciones del parlamento. „¿No „me prometisteis bajo palabra de honor, le dijo el rey, que por „término alguno no obrariais conmigo de esta manera? = Yo nada „he prometido. = Vuestro lenguage va siempre envuelto en reticen- „cias y subterfugios. Espero que permitiréis estar conmigo á uno „de mis capellanes, pues si sois partidario de la libertad de con- „ciencia no querréis sujetar la mia. = No puedo daros ningun „capellan. = Vos no me tratais ni como gentil-hombre ni como „cristiano. = Os hablaré cuando esteis en mejor disposicion que „ahora. = He dormido perfectamente toda la noche. = Siempre „me he portado cortesmente con vos. = ¿Pues por qué no lo haceis „ahora? = Señor, vos sois demasiado alto. = Esto en todo caso „seria por culpa de mi zapatero, y no creo que haya levantado „los tacones de mis zapatos." Dos veces repitió esta frase paseándose por el cuarto; y volviéndose despues hácia Hammond le dijo: „¿Me será permitido salir á tomar el aire? = Nó, no puedo per-

„ mitíroslo. — Que no podeis permitírmelo? ¿Estoy preso acaso? „ ¿Es esta la fe que me debeis? ¿Son estos vuestros juramentos? „ Responded." Hammond salió al momento turbado y llorando, pero no hizo mudanza alguna en sus disposiciones.

Entre tanto llegaron á Westminster los comisionados del parlamento, y apenas hubieron dado cuenta de su viage y de sus resultados cuando sir Tomas Wroth, persona hasta entonces desconocida, se levantó en la cámara de los comunes y dijo: „ Señor presidente, Bedlam es un lugar preparado para los locos, y Topheth „ lo fue para los reyes (1): el nuestro se ha portado últimamente „ cual si Bedlam fuese la única morada que le corresponde, y pido „ humildemente que las cámaras no se dirijan ya á él y que arreglen los negocios públicos sin contar con su concurso. Poco me „ importa la forma de gobierno que establezcan con tal que en él „ no haya diablos ni reyes." Ireton apoyó la mocion diciendo: „ Al „ rechazar el rey las cuatro leyes ha negado á su pueblo seguridad y proteccion; en recompensa de esta se le debe obedecer, „ mas si nos retira la proteccion, nosotros debemos retirarle la „ obediencia y arreglar el estado sin contar con él." Pasmados los presbiterianos á tan audaz ataque y exasperados tambien por la negativa del rey, mostráronse tímidos y sin saber qué hacerse; mas sin embargo algunos se opusieron á semejante medida. „ Si la adoptamos, dijo Meynard, disolvemos en cuanto de nosotros depende

---

(1) Topheth es una palabra hebrea que en su significacion general quiere decir cosa abominable, digna de execracion, y como nombre propio significa un lugar del valle de Ben-Hinnom en donde por mucho tiempo se ofrecieron sacrificios á Moloch, al cual fueron arrojadas las imágenes de los falsos dioses cuando se demolieron los altares que tenian en las eminencias inmediatas á Jerusalen, y que mas tarde se convirtió en un muladar en que se echaban las inmundicias y se quemaban los cuerpos de los ajusticiados. En este sentido lo empleó el profeta Isaias cuando al hablar de Sennacherib y de su ejército dijo: *hace mucho tiempo que Topheth está preparado para el rey*. Sin embargo san Gerónimo y otros doctores entendieron por aquella palabra el infierno, y lo mismo hicieron Calvino, la version inglesa de la Biblia, Milton en su Paraiso perdido, y en el mismo concepto alude sir Tomas Wroth al pasage de Isaias, que á la par de todo el texto de la sagrada Escritura tenian entonces muy presente cuantos le escuchaban.

„el parlamento: cuando los reyes se han negado á recibir sus pe-
„ticiones ó á escuchar sus palabras, tales actos se han considerado
„siempre como una manifiesta violacion de sus privilegios, porque
„esto era disolver de hecho el parlamento sin pronunciar su diso-
„lucion, y nosotros al decidir que no recibirémos del rey mensa-
„ge alguno, que no le dirigirémos ninguno mas, ¿qué es lo que
„vamos á hacer sino declarar que ya no somos parlamento?" Pro-
longábase la discusion y se hacia acalorada, los presbiterianos co-
braban confianza y la cámara dispuesta al principio contra ellos
mostrábase vacilante, cuando Cromwell se alzó y dijo: „Señor pre-
„sidente; el rey es hombre de mucho saber y de gran talento,
„pero tan disimulado y tan falso que es imposible fiar en él.
„Mientras que protesta su amor á la paz trata por bajo mano con
„los comisionados escoceses para sumergir á la nacion en otra
„guerra; ha llegado pues la hora de que el parlamento gobierne
„y salve por sí solo al reino, y no dudeis que los hombres que á
„costa de su sangre os han defendido de tantos riesgos, os defen-
„derán todavía con la misma fidelidad y el valor mismo. Si sois
„negligentes en velar por vuestra seguridad y por la del reino
„que es tambien la suya podeis darles ocasion de creer que se los
„ha vendido y entregado á la ira del enemigo á quien para voso-
„tros vencieron: temed que la desesperacion los impela á buscar
„su salvacion abandonándoos, puesto que os abandonais vosotros
„mismos. Cuán fatal seria para vosotros resolucion semejante, no
„me atrevo á decirlo y fácil es que lo juzgueis vosotros mismos."
Dicho esto se sentó poniendo la mano sobre la guarnicion de la es-
pada. No hubo nadie que se opusiera á las palabras de Cromwell,
y la mocion adoptada al punto, al dia siguiente fue transmitida á
la cámara alta. Los lores vacilaban al parecer, iba prolongándose el
debate, cuando el 11 de enero de 1648 llegaron dos manifiestos
del ejército, el uno dirigido á los comunes felicitándolos y amena-
zando á sus enemigos, y el otro á los lores, dulce, cariñoso, des-
mintiendo los rumores que circulaban acerca de los riesgos que cor-
ria la dignidad de par, y prometiendo sostenerla en todos sus
derechos. Los cobardes se estremecieron ó se tranquilizaron segun

les plugo; la discusion se hizo viva, y en el momento de votarse los lores Warwick y Manchester fueron los únicos que protestaron contra la adopcion. Mientras que en las cámaras no habia mas que esta protesta, manifestóse en el reino otra muy enérgica y muy formidable: hé aqui, decian los caballeros, justificadas las acusaciones y los vaticinios que tantas veces se calificaron de quimeras ó de calumnias; y con los caballeros maldecian aquella traicion detestable un inmenso número de personas que hasta entonces habian vacilado. Antes que el rey pudiera responder á la declaracion de las cámaras parecieron muchas contestaciones hijas del celo espontáneo de simples ciudadanos. Nunca se habló tanto en Westminster de conspiraciones realistas, ni hubo contra las cámaras tantos escritos. En la isla de Wight el capitan Burley, oficial de marina retirado, hizo tocar repentinamente la caja por las calles de New-port, y reuniendo una multitud de trabajadores, mugeres y muchachos se puso en marcha para ir á sacar al rey de su prision. Esta tentativa se sufocó al instante, y Burley fue ahorcado como culpable de haber querido hacer la guerra al rey y á su parlamento. Sin embargo de esto en los condados hasta entonces mas enemigos de la cámara realista habia las mismas disposiciones y los mismos deseos; y los soldados reformados del ejército de Essex iban tumultuariamente hasta las puertas de Westminster gritando *viva el rey*, y deteniendo los carruages para obligar á los transeuntes á beber con ellos por la salud del monarca. Indignábanse los republicanos al ver contrariada de esta manera su victoria; en vano recibian felicitaciones de algunos condados; en vano los comunes ostentaban su proyecto de reformar las leyes civiles y de hacer la justicia menos costosa, y en vano suspendian sus propios privilegios en materias litigiosas y de deudas, porque los únicos que conocian y deseaban estas importantes mejoras eran los hombres de su mismo partido y algunos de talento aventajado, pues con respecto al pueblo ó las consideraba como contrarias á sus preocupaciones, ó no las comprendia á causa de su ignorancia. Por otra parte destruia todo su efecto el interes por el cual, en la apariencia al menos, eran sugeridas. La falta de popularidad trató de suplirse con la

tiranía. Activáronse los procedimientos comenzados ya contra las dos cámaras y los magistrados de la ciudad, presuntos autores ó fautores de las conmociones presbiterianas ó realistas; se hizo salir de Londres y residir á mas de veinte millas de ella á cuantos hubiesen empuñado las armas contra el parlamento; se mandó separar á todos los jueces de paz del reino cuyos sentimientos fuesen sospechosos, decretóse que ningun delincuente, ningun hombre que hubiese tomado parte ó fuese acusado de haberla tenido en algun complot contra el parlamento podria ser elegido lord corregidor ó miembro del consejo comun de la ciudad, ni aun concurrir á la eleccion de sus oficiales, ni ser individuos del jurado, ni tomar parte en la eleccion de los miembros de los comunes. Se dispuso que se reuniera todos los dias la comision encargada de reprimir la libertad de imprenta, y se puso á su disposicion una crecida suma á fin de recompensar al que descubriese las prensas de los desafectos. Finalmente el ejército atravesó la ciudad de Londres en grande aparato de guerra, y tres mil hombres de él se acuartelaron dentro de sus muros y cerca de Whitehall, y de la torre.

Los fanáticos, los hombres de carácter duro, y la parte de pueblo que estaba á favor del partido aplaudian estas medidas que eran una ostensible prueba de su fuerza, y que daba á su energía nuevos alientos. Cromwell era el único á quien causaban alguna inquietud por mas que tomase parte en las mismas, no porque tuviese escrúpulo alguno ni vacilara en hacerlo todo para llevar adelante sus planes, sino porque á despecho de sus resoluciones contra el rey las esperanzas y los intentos de los republicanos y de los entusiastas parecíanle insensatos. Veia que en todos los condados los principales propietarios y hombres ricos y de algun valer se retiraban de los negocios públicos, abandonando las corporaciones administrativas y las magistraturas locales, y que el poder se trasladaba á manos de gentes de mas baja clase que ansiaban por tenerlo, y que si podian ejercerlo con vigor eran poco aptos para conservarlo. Parecíale imposible que la Inglaterra consintiese en ser gobernada por mucho tiempo de esta manera, que pudiera cimentarse cosa alguna durable sobre la opresion legal de tantos y

tan poderosos ciudadanos, y que no fuesen fatales para los mismos vencedores la discordia y la anarquía que diariamente tomaban cuerpo en el parlamento y bajo su imperio. Atormentábase su infatigable imaginacion buscando un medio capaz de poner término á semejante estado de cosas, ó para discernir á lo menos en medio de aquel profundo caos el camino mas rápido y mas seguro hácia la grandeza. Dió un convite á los principales independientes y presbiterianos asi eclesiásticos como seculares, les habló con calor acerca de la necesidad de conciliarse ó de aplazar al menos sus divergencias para hacer rostro todos juntos á los nuevos peligros que fácilmente se preveian; pero los presbiterianos se mostraban harto altaneros y sus pretensiones teológicas eran demasiadamente escesivas para que se prestasen á tales combinaciones: asi fue que la conferencia no tuvo resultado alguno. A poco tiempo reunió á algunos de los adalides políticos, á casi todos los oficiales generales y á los republicanos; manifestóles cuánto importaba que de comun acuerdo viesen cuál era el gobierno que mejor convenia á la Inglaterra, puesto que ellos debian arreglarlo; mas en el fondo lo que él deseaba era saber cuáles eran entre ellos aquellos con quienes pudiese tratarse y lo que debia temerse ó esperarse de unos y otros. Ludlow, Vane, Hutchinson, Sidney y Haslerig se declararon abiertamente rechazando toda idea de monarquía, como condenada por la Biblia, la razon y la esperiencia. Los generales se mantuvieron mas reservados, pues en su concepto aunque la república fuese apetecible el éxito era dudoso, y por tanto valia mas no comprometerse, consultar el estado de los negocios y las exigencias de los tiempos, y seguir la direccion de la Providencia. Los republicanos insistieron en que cada uno se esplicase sin rodeos, la discusion tomaba calor, Ludlow estrechaba á Cromwell á que se declarase, pues segun dijo querian conocer á sus amigos; Cromwell huia de una respuesta categórica, dejaba entrever una sonrisa fisgona, y viéndose al fin cerrado por todas partes salió del apuro con una bufonada, y marchó repentinamente del cuarto echando á la cabeza de Ludlow una almohada que este le devolvió con algun enfado.

Entre tanto avanzaba el peligro; aumentábase el número y la audacia de los descontentos, y en todas partes así en el oeste como en en el norte, en torno de Londres, en los condados de Middlesex, Essex, Surrey, Kent, ya en la mesa de algun rico gentilhombre, ya en los tribunales y en los mercados, ya en cualquiera punto en que los caballeros pudieran ponerse de concierto ó mezclarse con el pueblo, preparábanse peticiones y conjuraciones realistas, y se hablaba de ellas á cara descubierta. Cuando el corregidor de Cantorbery quiso hacer observar en el dia de Navidad la ordenanza que suprimia aquella fiesta, hubo un violento tumulto en que los amotinados gritaban *Dios, el rey Cárlos y el pais de Kent.* Los sublevados se introdujeron en el arsenal de la ciudad, fueron atacadas muchas casas de parlamentarios, maltratados los magistrados municipales, y á no llegar muy pronto algunas tropas, las gentes del contorno se disponian ya á sostener el alzamiento. El domingo 9 de abril estando algunos jóvenes jugando á bochas á la hora del sermon, una guardia de la milicia quiso prohibírselo; mas ellos se resistieron y dispersaron á los milicianos, y si bien una partida de caballería los dispersó á ellos, derramáronse por la ciudad llamando en su ayuda á sus camaradas y á los marineros del Támesis, formáronse en todos los cuarteles numerosos grupos, reuniéronse durante la noche, sorprendieron dos de las puertas de la ciudad, tendieron cadenas por las calles, y tambor batiente y á los gritos de *Dios y el rey Cárlos*, atacaron la casa del corregidor, apoderáronse de un cañon y del depósito de armas, y al amanecer parecian dueños de la ciudad. Durante toda la noche hubo un consejo de guerra permanente, dudábase si se atacaria á los amotinados y si para ello bastarian los dos regimientos que estaban de guarnicion en Londres ó si era menester esperar refuersos. Fairfax y Cromwell opinaron por un pronto ataque cuyo éxito no fue dudoso, pues á las dos horas no se oia por las calles sino el paso regular de las tropas que volvian á sus cuarteles. A pesar de esto aunque el pueblo huyó no estaba vencido, pues diariamente cualquiera suceso inesperado acrecia su cólera ó alentaba su enojo; los miembros presbiterianos y los del consejo municipal á quienes

los comunes hicieron comparecer ante la cámara alta, negáronse obstinadamente á reconocer su jurisdiccion, á arrodillarse, á escuchar la lectura de sus cargos; y cada vez que fueron á Westminster aclamábalos la muchedumbre á su salida. Prohibíanse las reuniones, se conferia á los cuerpos administrativos de cada condado el derecho de detener y encarcelar á todos los desafectos y sospechosos, y á pesar de todas estas providencias la fermentacion iba mas aprisa que la tiranía; y en Norwich, en Thetford y en muchos otros puntos con el menor pretesto se tocaba la caja, armábanse los habitantes, y las tropas no pocas veces sufrieron por ello. Bien pronto hubo que temer algo mas que conmociones y disturbios del paisanage. En el condado de Pembroke que está en el mediodía del pais de Gales los coroneles Poyer y Powel y el mayor general Langhorn oficiales de mérito y que habian hecho su fortuna en el ejército del parlamento, se destacaron de él hácia últimos de febrero, enarbolaron el estandarte real, y sostenidos por la insurreccion de los caballeros de las cercanías en breve fueron dueños de toda la comarca. Reuníase casi al mismo tiempo el parlamento de Escocia. Hamilton y los realistas dándose por aliados de los presbiterianos moderados prevalecieron en las elecciones, y en vano Argyle y la parte mas fogosa del clero se esforzaban para contrariar su marcha, y en vano los comisionados venidos de Londres derramaban el oro y hacian amenazas en Edimburgo, porque el parlamento siempre circunspecto y hasta humilde en su lenguage con los fanáticos, pero en el fondo decidido en pro del monarca, votó en 3 de mayo que se instalará una comision ejecutiva, y se levantase un ejército de cuarenta mil hombres para defender el *covenant* y la monarquía contra los republicanos y los sectarios. Esta era la señal que esperaban para alzarse los caballeros del norte de Inglaterra, puesto que hacia mas de un mes que Langdale, Glenham, Musgrave y otros de sus principales gefes estaban en Edimburgo arreglando con Hamilton, ya pública ya clandestinamente, su plan de insurreccion. En Irlanda lord Inchiquin presidente de la provincia de Munster, que hasta entonces fue el mas firme apoyo del parlamento contra los insurgentes, acababa de

pasarse tambien á las banderas reales. Al llegar todas estas noticias á Londres, en ella y en las cámaras alzaron los presbiterianos la cabeza, y para ocultar sus esperanzas fingieron muchísima alarma. Juan Everard declaró con juramento ante el consejo municipal que la noche antes estando en la cama en la posada de la jarretera en Windsor habia oido en el cuarto inmediato como muchos oficiales y entre otros el aposentador general Grosvenor y el coronel Ewers se prometian mutuamente que en el instante en que los escoceses pusieran los pies en el reino el ejército entraria en Londres, desarmaria á todos los ciudadanos, exigiria un millon de esterlinas so pena de saqueo, y ademas invitarian á costas de la ciudad todos los hombres de bien á tomar las armas. Segun Everard, decia Ireton estaba informado de este plan. En el acto fue estendida y presentada á la cámara una peticion en que el consejo municipal pedia la restitucion de las cadenas que se le quitaron en la noche del último alzamiento, que el ejército alejase su cuartel general y que todas las fuerzas de Londres y de los arrabales fuesen puestas al mando de Skippon. Accedióse al instante á estas demandas, y al dia siguiente 28 de abril despues de una discusion de que no quedan vestigios, los comunes votaron: primero, que no alterarian el gobierno fundamental del reino compuesto de un rey, de lores y de comunes; segundo, que las proposiciones ofrecidas al rey en Hampton-court serian la base de las medidas que era preciso adoptar á fin de restablecer la paz pública; y tercero, que á pesar de la revolucion de 3 de enero anterior que probibia dirigirse al rey para cosa alguna, todos los miembros de la cámara eran libres de proponer lo que en su concepto exigiesen los intereses del pais.

Cromwell que desde mas de tres semanas previa aquel reves y trabajaba para conjurarlo, en nombre de los gefes del ejército y del partido habia hecho ofrecer al consejo que se devolveria á la ciudad el mando de la milicia y de la torre y que saldrian libres los concejales acusados, con tal que se obligara á no hacer cosa alguna que redundase en favor de los escoceses en su invasion inmediata. Rechazado este ofrecimiento y puesto en el caso de re-

nunciar á toda esperanza de conciliacion, cuando vió que los presbiterianos cobraban valor en la ciudad y crédito en el parlamento, sintióse poseido del vehemente deseo de arriesgar un golpe decisivo. Trasladóse al cuartel general, hizo convocar el consejo de oficiales, y propuso que el ejército marchase sobre Londres, espulsara de las cámaras á todos sus enemigos, y que en nombre de los buenos y de la salud de la patria tomase entera posesion del poder. Aunque por un instante la proposicion fue adoptada, sin embargo tan recio ataque á los derechos de un parlamento que habia sido el ídolo y el dueño del pais, estremecia aun á los mas audaces. Fairfax á quien comenzaba á inquietar lo mismo que él hacia, se negó á las instancias del lugarteniente general que queria dar en el acto las órdenes necesarias, y el proyecto quedó abandonado. Enojado Cromwell por esta doble frustracion de sus esperanzas, sospechoso á los unos por sus tentativas de arreglo y á los otros por la audacia de sus planes, y no pudiendo finalmente permanecer inactivo y perplejo, resolvió de pronto dejar á Londres, ir á someter á los insurgentes del oeste y recobrar por medio de la guerra el ascendiente que iba perdiendo. Fácil fue que las cámaras le encargaran esta mision, y mientras que las tropas que debia mandar hacian sus preparativos de marcha se quejó con Ludlow de su situacion, recordando lo que habia hecho para la causa comun, los peligros que habia corrido, los odios á que tuvo que hacer rostro, y ponderando la ingratitud de su partido. Ludlow le recordó los motivos con que habia dispertado la desconfianza y le prometió que si renunciaba á todas las intrigas y á toda mira ambiciosa tendria el sincero apoyo de los republicanos, y se separó de él satisfecho de la docilidad con que escuchara sus consejos. A los pocos dias marchó para el pais de Gáles á la cabeza de cinco regimientos, y en las mismas puertas de Londres los ministros presbiterianos tuvieron con él una conferencia que los dejó muy contentos. Apenas hubo partido cuando estalló en torno del parlamento la guerra que iba á buscar á otra parte; pues si bien los caballeros acordaron no intentar cosa alguna hasta que los escoceses entrasen en el reino, no habia momento ni lugar en donde el impulso del

pueblo, una ocasion propicia ó una inesperada circunstancia no precipitase la insurreccion. Los habitantes del condado de Essex habian pedido que volviesen á abrirse negociaciones con el rey y el ejército licenciado despues del pago de sus atrasos, y á su ejemplo en 16 de mayo se trasladaron á Londres setecientos ú ochocientos gentiles-hombres terratenientes del condado de Surrey con una peticion de la misma naturaleza, pero redactada en lenguage mas altanero, pues querian que el rey llamado á Whitehall fuese repuesto en el trono con el mismo esplendor que sus antepasados. Al atravesar los patios y las salas de Westminster algunos de ellos dirigiéndose á los soldados les dijeron cómo era posible que se estuviesen allí guardando á aquella cuadrilla de pícaros. Los soldados se ofendieron de esta injuria, trabóse la pelea, fue desarmada la guardia y muerto un soldado, pero llegaron nuevas tropas y los peticionarios cargados á su vez, perseguidos de uno en otro corredor, de sala en sala y de calle en calle, se escaparon despues de una viva resistencia, dejando cinco ó seis muertos en las puertas del parlamento. Sabedores de lo acontecido los realistas del condado de Kent que disponian tambien una peticion, se organizaron en diferentes cuerpos de infantes y caballeros, eligieron oficiales y puntos de reunion, nombraron general á lord Goring conde de Norwich, hiciéronse dueños de Sandwich, de Douvres y de muchas fortalezas, y congregados en Rochester mas de siete mil de ellos se comprometieron á ir todos juntos y con armas á presentar su peticion al parlamento. Apenas flotó bajo este pretesto el estandarte de la rebelion, cuando otros lo enarbolaron sin tomarse el trabajo de esponer en una súplica sus quejas y sus deseos. Sir Cárlos Lucas en el condado de Essex, lord Capel en el de Hertfort, sir Gilberto Biron en las cercanías de Nottingham, reclutaban abiertamente para el servicio del rey; y se supo al mismo tiempo que en el norte Langdale y Musgrave con el objeto sin duda de abrir á los escoceses las puertas del reino se habian apoderado y ocupaban el uno á Berwick y á Carlisle el otro. En la flota estacionada en el Támesis se notaron algunos síntomas de fermentacion, y aunque el vice-almirante Rainsborough se presentó para sufocarlos los

marineros no quisieron recibirle. Embarcaron en una lancha á todos los oficiales, los pusieron en tierra, y sin mas gefes que los contramaestres se declararon por el rey é hicieron rumbo hácia la Holanda en donde tomaron su mando el duque de York que habia podido evadirse de Saint-James, y luego despues el mismo príncipe de Gales. En Londres se hacian alistamientos secretos, comprometíanse con juramentos los realistas, atravesaban la ciudad partidas armadas que iban á reunirse á algun cuerpo de los insurrectos, las casas del conde de Holland y del jóven duque de Buckingham estaban á todas horas llenas de descontentos que iban á preguntar el dia y el sitio en que era preciso declararse; y por todas partes en fin cual un incendio que no puede cortarse rebosaba la insurreccion, se estendia, estrechaba mas y mas á Westminster, y todos los esfuerzos de la comision de Derby-house en que dominaban los independientes, y toda la astucia de Vane y de Saint-John para procurar denuncias y descubrir conspiraciones no bastaban á impedir que sin cesar resonara en los oidos del parlamento el grito de *Dios y el rey Cárlos.*

Alarmáronse los mismos presbiterianos pues no llegaban los escoceses que eran su mas firme apoyo, y por otra parte se veian próximos á caer bajo el dominio de los caballeros, dueños absolutos del movimiento, y que no profesando á las doctrinas y á los intentos de los presbiterianos mas estimacion que á cualquiera otro, maldecian indistintamente á las cámaras, reclamaban las leyes y el rey de la antigua Inglaterra, desafiaban con insolencia el austero rigorismo del nuevo culto, divertíanse con los juegos prohibidos y celebraban las fiestas suprimidas. Hammond dió noticia de que el rey estuvo muy á pique de escaparse, y los mas moderados se estremecieron al considerar que pudo presentarse de repente en las puertas de Londres á la cabeza de muchos miles de insurreccionados: á semejante peligro cedieron los odios de partido, los deseos de la paz y los temores del porvenir. A fin de quitar á la rebelion sus mas especiosos pretestos se resolvió negociar otra vez; fueron puestos en libertad los concejales presos; Skippon fue nombrado gefe de la milicia, dióse el mando de la torre al coronel West que

fue depuesto por Fairfax, y se hizo contra la heregía y la blasfemia una ordenanza en que se impuso hasta la pena de muerte y que atestiguó que el partido presbiteriano habia recobrado el ascendiente. Rechazóse sin embargo de una manera absoluta toda idea de contemporizacion con los caballeros; fueron desterrados de Londres bajo penas muy severas los papistas y los desafectos; los bienes de los delincuentes fueron destinados al pago de las deudas contraidas con los amigos de la buena causa; se activó la venta de los bienes eclesiásticos; reforzóse la guarnicion de Carisbrooke, y el consejo municipal despues de haber recibido comunicaciones que, segun dijo, fueron para él como un rayo de luz que penetra al traves de las nubes, protestó solemnemente que estaba resuelto á vivir y morir con el parlamento. Mandóse á Fairfax que en el acto saliese á campaña contra las partidas que infestaban las cercanías de Londres, á Lambert que se trasladara á los condados del norte para reprimir á lo menos la insurreccion que Langdale y Musgrave habian hecho estallar en ella mientras aguardaban á los escoceses, y por medio de una violencia hasta entonces inaudita y con el objeto sin duda de probar la sinceridad de sus miras, en 11 de mayo votaron los comunes que no se daria cuartel á los rebeldes á quienes la presencia del rey no serviria de escusa.

A los tres dias de su salida de Windsor Fairfax habia alcanzado y batido en Maidstone el principal cuerpo de los insurrectos los cuales en vano se esforzaron para evitar aquel terrible encuentro, y en vano empeñados en el combate sostuvieron por las calles de la ciudad una larga y sangrienta pelea, pues los soldados de Fairfax impulsados por el mas ardiente fanatismo y envejecidos ya en los campos de batalla hacian con rabiosa cólera una guerra cuyo peligro lo reputaban por una afrenta. A marchas dobles recorrieron el condado de Kent dispersando diariamente algunas partidas, recobrando plazas, manifestándose duros con respecto al pais, pero exactos en la disciplina y sin dejar á los realistas un momento de reposo ni un punto en que refugiarse. A pesar de esto Goring pudo reunir todavía tres ó cuatro mil hombres, á la cabeza de los

cuales se presentó cerca de Londres con la esperanza de que á su llegada habria en ella una sublevacion, ó que cuando menos se le enviarian socorros por bajo mano. No vaciló en escribir á la municipalidad pidiendo que se le permitiera atravesar el pueblo para trasladarse seguro con los suyos al condado de Essex; mas el consejo municipal lejos de contestarle remitió su carta sin abrirla á los comunes, manifestándose dispuestos á conformar su conducta con la voluntad de estos. Tal noticia introdujo el desórden y desalentó á los caballeros que desertaban á bandadas, de manera que á duras penas pudo Goring reunir las lanchas necesarias á fin de atravesar el Támesis por Greenwich con siete ú ochocientos hombres que le siguieron al condado de Essex. En él encontró la insurreccion bastante fuerte, esperanzada todavía y puesta á las órdenes de sir Cárlos Lucas. Lord Capel fue á reunírsele con algunos caballeros del condado de Hertford, y todos juntos se trasladaron á Colchester un poco rehechos de su tristeza, con el proyecto de descansar allí uno ó dos dias, recorrer despues los condados de Suffolk y Norfolk sublevando al paso á los realistas, y volver sobre Londres por el condado de Cambridge á la cabeza de un ejército numeroso. Mas apenas habian entrado en la plaza cuando Fairfax se presentó ante sus muros y atacóla audazmente. Quince dias de campaña bastaron para encerrar en un pueblo indefenso los restos de aquella insurreccion que poco antes circuia á Londres por todas partes. Es cierto que procuró reanimarse en algunos puntos de los condados de Rutland, Northampton, Lincoln y Sussex; que en la ciudad misma y á la vista del parlamento los lores Holland, Peterborough y Buckingham tomaron las armas y seguidos de unos mil caballeros salieron de la ciudad declarando que no trataban de sacrificar al rey las libertades públicas, y que solo querian restituirle sus legítimos derechos; pero aun estaban en las inmediaciones de Londres, cuando sir Miguel Livesey salido contra ellos del cuartel general los atacó de improviso, matóles muchos oficiales, entre otros al jóven Villiers hermano de Buckingham, y reforzado al dia siguiente por el regimiento del coronel Scroop los persiguió sin descanso hasta el condado de Huntingdon,

en donde fatigados hasta de huir se desbandaron, dejando en manos del enemigo á lord Holland herido. En el este y en el sur no produjeron mejor resultado las tentativas de los realistas, y Cromwell escribió prometiendo que dentro de quince dias estaria en su poder el castillo de Pembroke que era el baluarte de los insurgentes del oeste. En el norte Lambert aunque con fuerzas inferiores sostenia bizarramente contra los caballeros de Langdale el honor y la autoridad del parlamento; y la ciudad de Colchester á pesar de la inflexible resistencia de los sitiados que no cedian ni á los ofrecimientos ni á los asaltos, era víctima del hambre y no podia resistirse mucho tiempo contra Fairfax á quien ningun otro cuidado molestaba.

Repuestos los presbiterianos de su turbacion primera y seguros de no ser presa de los caballeros, comenzaron á temer de los republicanos y del ejército, y á pensar en la paz admitiendo mas benévolamente las peticiones que la solicitaban en mucho número si bien en lenguage menos altanero. Revocóse la proscripcion de los once miembros, y se los invitó á que fuesen á ocupar otra vez sus asientos. Hablóse de presentar al rey nuevas proposiciones menos duras que las primeras, y se dejó ver disposicion de negociar con él, si consentia desde luego en revocar todos los manifiestos hechos contra las cámaras, en poner á disposicion de estas por el plazo de diez años las fuerzas de mar y tierra, y en establecer en la iglesia por el término de tres el régimen presbiteriano. Instalóse una comision para que examinase lo que debia hacerse á fin de conseguir este objeto, y en qué tiempo, en qué lugar y bajo qué forma convendria abrir las conferencias. Hubo quien preguntó si seria útil que el rey volviese desde luego á Windsor, y á una peticion de la ciudad votaron los lores que las negociaciones debian abrirse en Londres. Finalmente en 30 de junio se revocó oficialmente el acuerdo de las cámaras que prohibia dirigirse al rey para cosa alguna, y á los tres dias se hizo en la de los comunes una mocion terminante para que sin retardo se le propusiese un nuevo convenio. Sin embargo de esto los independientes que habian recobrado alguna confianza, y á quienes enorgullecían las victorias

de sus soldados, se opusieron tenazmente á esta mocion. „Ningun „tiempo, ni lugar alguno, dijo Scott, son á propósito para tratar „con un príncipe tan pérfido y tan implacable, pues siempre será „muy tarde ó muy temprano. Cualquiera que saca la espada con- „tra el rey debe echar la vaina al fuego, pues la paz que con él „se ajuste no puede traer sino la ruina de los buenos." Los pres- biterianos no defendieron al rey, pero se declararon contra aque- llos supuestos hombres de bien á quienes la paz debia arruinar en efecto porque la guerra labraba su fortuna. „El pueblo arruinado „por la guerra, dijeron, no quiere ya servir de pábulo á ese fue- „go en que solo viven sus salamandras; no quiere alimentar con „su sangre ni con su meollo á esas sanguijuelas que se llaman „ejército, á las cuales no habia admitido sino para que le sir- „vieran."

Al tratarse del lugar en que convenia abrir las negociaciones, los presbiterianos se declararon por Londres, ó por algun casti- llo poco distante, y los independientes por la isla de Whtig en que Cárlos estaba en poder de ellos. „Si tratais en Londres, dijo „Scott, ¿quién os asegura que la ciudad no haga por sí misma „la paz con ese rabioso rey entregándole vuestras cabezas en ho- „locausto, como los samaritanos entregaron á Jehú las de los se- „tenta hijos de Achab? Si el rey reside en algun castillo inmedia- „to, ¿qué seguridad teneis, aunque os dé palabra de ello, de que „permanecerá allí mientras negocie? El rey ha sido veinte veces „perjuro y no debeis fiar de él." Muchos apoyaron esta asercion y entre otros Vane; pero luego tomó la palabra sir Symonds de Ewers y dijo: „Yo pienso de otra manera, y creo que la cámara „no solo debe fiar en el rey, sino que no puede menos de hacer- „lo. Si ignorais, señor presidente, cuál es vuestra situacion, os la „voy á pintar en dos palabras: vuestro dinero se ha concluido, „vuestra escuadra se ha rebelado; vosotros sois despreciados; „vuestros amigos los escoceses estan furiosos contra vosotros, y „habeis perdido enteramente la adhesion de la ciudad y del reino „todo. Juzgad si este es un estado seguro, y si es hora de que „para salir de él hagais todo lo posible." Irritáronse los indepen-

dientes; pero muchos diputados estraños á las facciones y hechos á irse con este ó con el otro partido segun los tiempos, aprobaban en silencio las palabras del orador. Votóse finalmente que se debia tratar; mas como la cámara insistió contra el parecer de los lores en que el rey accediese ante todo á los tres pactos poco antes mencionados, no se determinó cosa alguna en órden al lugar en que debian abrirse las conferencias. Discutíanse con el consejo municipal las medidas que era preciso dictar para que aquellas pudiesen verificarse en Londres sin riesgo para el rey ni para el parlamento, cuando llegó la noticia de que los escoceses habian entrado en el reino el dia 8 de julio y de que Lambert se replegaba. A pesar de los manejos de Argyle y de los acalorados sermones de una parte del clero, Hamilton pudo levantar y poner en marcha un ejército que en verdad no era conforme con las primeras resoluciones del parlamento, pues en vez de cuarenta mil hombres constaba apenas de catorce mil. Por otra parte la Francia habia prometido municiones y armas y no se recibieron; el príncipe de Gales que debió pasar á Escocia á tomar el mando, permanecia en Holanda, y los caballeros de Langdale y de Musgrave no se habian reunido á sus aliados porque se negaron á jurar el *covenant*, y Hamilton no podia colocar á aquellos infieles cerca de sus soldados sin riesgo de perderse: de manera que estos formaban un cuerpo distinto, que al parecer obraba por sí solo y siempre lejos de los escoceses. Al traves de tantos obstáculos no estaban terminados los preparativos de Hamilton, ni completos sus regimientos, ni arreglada su artillería, cuando la prematura esplosion de las insurrecciones realistas en Inglaterra le forzó á apresurar su marcha y salió de Escocia desprovisto, inquieto y perseguido por las invectivas de una multitud de fanáticos, que profetizaban la ruina de un ejército cuyo objeto era, segun decian, restituir sus derechos al rey antes que Cristo estuviese en posesion de los suyos.

No por esto conmovió menos á la Inglaterra la noticia de invasion semejante, mucho mas cuando al parecer no habia medios de resistencia, pues Fairfax continuaba delante de Colchester, Cromwell al frente de Pembroke, y la insurreccion comprimida apenas

podia rehacerse á todas horas y en todas partes. Las dificultades de los presbiterianos eran infinitas; el pueblo mas adicto á ellos habia recobrado su antigua aversion á los escoceses, de los cuales no hablaban sino con desprecio, recordaban de qué manera vendieron al rey de quien eran defensores ahora, y por lo mismo pretendian que ante todo fuesen arrojados del reino aquellos avarientos y falaces estrangeros. Hízose una mocion en la cámara de los comunes para que se los declarase enemigos públicos y se tuviera por traidor al que los hubiese llamado, y aunque la rechazaron noventa votos fue aprobada, mas nó asi en la cámara alta, la cual votó ademas que era preciso activar las negociaciones con el rey, y esta vez los presbiterianos alcanzaron de los comunes que no insistirian acerca de las tres leyes que quisieron fuesen la condicion preliminar del tratado. Mas la comision de Derby-house sin inquietarse por las vicisitudes en la suerte diaria de los partidos, y puesta siempre en manos de los independientes, enviaba á Lambert dinero y refuerzos, mandaba á Cromwell que dirigiese hácia el norte todas las tropas disponibles y que él se trasladase allí al instante que le fuera dable; y los mismos gefes republicanos humillando su desconfianza ante el genio de aquel hombre le escribian por bajo mano que no temiese, que obrara con nervio, y que contase con ellos, á pesar de la oposicion que en otro tiempo le hicieron. Cromwell no habia esperado para obrar ni órdenes ni promesas, pues desde un mes á aquella parte informado quizás por Argyle de la situacion y de los movimientos del ejército escoces, mandó á Lambert que se replegara al punto que se presentase, y que esquivara toda accion pues luego se hallaria en estado de sostenerlo. El castillo de Pembroke capituló á los tres dias de la invasion, y al siguiente Cromwell partió á la cabeza de cinco ó seis mil hombres descalzos y desnudos pero orgullosos de su gloria, irritados contra sus peligros, llenos de confianza en su gefe, de odio hácia sus enemigos, ansiosos por combatir y seguros de la victoria. Con ellos atravesó desde luego del oeste al este, y despues del sur al norte, y al fin casi toda la Inglaterra con una rapidez inaudita, sembrando en todo el camino protestas, y ocupa-

do únicamente en disipar las sospechas, en ganar los corazones de los fanáticos y en simpatizar con los soldados. A los trece dias de su partida la caballería enviada delante se habia reunido con la de Lambert, y Cromwell se juntó con ella en 7 de agosto en el condado de York, con lo cual estaba al frente de nueve ó diez mil hombres.

Entre tanto los escoceses se habian adelantado por el camino del oeste atravesando los condados de Cumberland, Westmoreland, y Lancastre, pero llevando una marcha incierta, deteniéndose á cada paso, estendiéndose en una línea de siete ú ocho leguas, agriados por las disensiones religiosas, políticas, y militares, y desconociendo absolutamente los designios y los movimientos de sus adversarios. De repente Langdale que con los ingleses sublevados marchaba á la izquierda y delante del ejército mandó decir á Hamilton que Cromwell se acercaba, que tenia de ello aviso cierto y que todo daba á entender que pensaba empeñar el combate. „Es „imposible, contestó el duque, no tienen tiempo de haber llega„do, y si Cromwell está cerca no puede traer sino poca gente y „por lo mismo no nos atacará." Persuadido de esto trasladó su cuartel general á Preston en donde no tardó en recibir la nueva de que la caballería de Langdale estaba ya batiéndose con la de Cromwell. Langdale prometió contenerlos, pues su posicion era buena y sus tropas estaban animosas; tan solo pedia un refuerzo de mil hombres con lo cual esperaba dar el tiempo necesario para que el ejército entero pudiera reunirse y batir de todo punto al enemigo. Hamilton prometió refuerzos: y Langdale se batió durante cuatro horas con tal valor que segun confesion del mismo Cromwell jamas habia encontrado una resistencia tan obstinada. Los refuerzos sin embargo no llegaron y fue preciso ceder. Cromwell dejando huir á los ingleses vencidos marchó contra los escoceses que atravesaban á toda prisa el Ribble para poner este rio entre ellos y el general ingles. Ya la mayor parte de los regimientos habian ganado la opuesta márgen y solo quedaban en la otra para cubrir la retirada dos brigadas de infantería y Hamilton con sus escuadrones, cuando Cromwell los derrotó enteramente, pasó el rio con

ellos, y despues de dar á sus tropas un momento de reposo, al amanecer del dia siguiente continuó tras aquella hueste que marchando siempre hácia el sud, proseguia su movimiento de invasion. En el mismo dia la alcanzó en Wigan á cinco leguas de Preston y rompió la retaguardia. El orgullo de estas dos victorias, la esperanza de un triunfo decisivo, la impaciencia del cansancio redoblaba á cada instante el ardor de las tropas, de manera que al dia siguiente se continuó la persecucion con mayor rapidez y con doble audacia. Airados los escoceses al verse hostigados de aquel modo por un enemigo inferior en fuerzas, y encontrando cerca de Warrington un desfiladero ventajoso, hicieron rostro al adversario y se empeñó la tercera batalla mas larga y sangrienta que las otras, pero cuyo resultado fue igual á ellas. Tomaron los ingleses el desfiladero, y poco despues en Warrington se apoderaron de un puente que los escoceses querian romper á fin de procurarse un instante de reposo. El desórden y el desaliento se apoderaron del ejército escoces, y el consejo de guerra decidió que como la infantería falta de municiones no podia resistir por mas tiempo era preciso que toda se rindiese. Hamilton á la cabeza de la caballería procuró llegar al pais de Gales á fin de rehacer allí el partido realista: mas cambiando repentinamente de intento dirigióse al nordeste con la esperanza de coger las fronteras de Escocia: pero en todo el pais que atravesaba alzábase contra él el paisanage, los magistrados exigian que capitulase, en Utoxeter en el condado de Stafford sus mismos caballeros se amotinaron al saber que queria evadirse con algunos oficiales; estaban ya muy próximos á alcanzarlo Lambert y lord Grey destacados en su persecucion, y no sintiéndose con valor para hacer rostro á situacion tan apurada, dejó que sus tropas se desbandaran ó se rindiesen como les pluguiera, aceptó los pactos que Lambert le hizo, fue enviado primero á Nottingham, y á los quince dias de campaña no viendo Cromwell ningun rastro del ejército escoces en todo el suelo de Inglaterra, se puso en marcha hácia la Escocia para invadir á su vez y arrebatar con esto á los presbiterianos realistas todo medio de obrar y de salvarse.

En los grandes riesgos los partidos lejos de abatirse se exaltan y obran con mayor energía. Aun antes que llegasen á Westminster las noticias de estos acontecimientos, apenas vieron los presbiterianos que Cromwell se habia puesto en movimiento contra los escoceses cuando comprendieron que el triunfo de este seria la ruina de ellos, y que únicamente podia salvarlos la pronta conclusion de la paz ó la pérdida de aquel hombre, y con este motivo dirigieron todos sus esfuerzos hácia el uno y el otro objeto. Hollis que á pesar del nuevo llamamiento de los once miembros vivió en Francia hasta entonces, vino ahora á ocupar su asiento en los comunes. Huntington que fue mayor en el mismo regimiento de Cromwell hizo públicas en una memoria dirigida á la cámara de los lores, las intrigas del lugarteniente general, sus promesas al rey, sus perfidias, sus audaces miras, su desprecio por las cámaras, por las leyes, por los deberes y derechos comunes de los hombres, los perniciósos principios y los osados planes que á veces dejaba entrever en medio de su hipocresía, y que á menudo indicaba en sus conversaciones familiares. Los lores mandaron leer la memoria, y Huntington aseveró su certeza con juramento. Proponíase presentarla asimismo en los comunes, mas el terror que causaba el nombre de Cromwell era tanto que ningun miembro quiso encargarse de hacerlo. Envióla pues con un pliego al presidente, Lenthall no habló de ella á la cámara, y quiso entregarla otra vez al ugier que se negó á admitirlas. Los lores la transmitieron de oficio á los comunes; mas como lord Warton, íntimo amigo de Cromwell marchó tras los mensageros é hizo entender al presidente el objeto del mensage, no fueron admitidos en la cámara. Indignáronse los independientes, pues segun decian era una cobardía criminal atacar de aquella suerte á un hombre ausente, que tal vez á aquellas horas estaba librando á su pais de una invasion estrangera: argumento que no dejaba de intimidar á varios presbiterianos. Fue preciso renunciar á toda esperanza de perder directamente al lugarteniente general, y Huntington se limitó á hacer imprimir su memoria. Los pasos que se dirigian á la consecucion de la paz produjeron mejor resultado: en vano los gefes del partido independiente,

en particular Vane y Saint-John agotaban todos los recursos para prolongar los debates: en vano otros partidarios menos astutos dirigian á sus adversarios golpes mas decisivos: pues estas mismas violencias, la anarquía que iba creciendo, la arrogancia de los soldados, el imperioso tono de los libelos y de las peticiones, hasta de aquellas que iban encaminadas á la paz, todo justificaba á la cámara su propia decadencia: todo despertaba el deseo de la paz en todos los que estaban afiliados de un modo decidido en una faccion. Rudyard levantóse un dia en la cámara y dijo: "Señor presidente; á fuerza de estar aqui, hemos llegado á una situacion "hermosa: todo el reino se ha convertido en un parlamento: el "ejército nos ha estado diciendo durante mucho tiempo lo que debia hacerse, y aun quisiera enseñármoslo ahora; la ciudad, las "provincias, los oficiales reformados vienen á decirnos diariamente lo que deberíamos hacer, ¿y por qué todo esto? porque nosotros no sabemos lo que es preciso que hagamos." La mayoría pensaba lo mismo que Rudyard, que solo la paz podia sacarlos á todos de tantos obstáculos. Resuelta al fin la mayoría votó que desde luego se abrieran nuevas negociaciones con el rey á fin de imponer silencio á los independientes, aprobó que se verificasen en la isla de Wight, y nombró tres comisionados para que fuesen á presentar al monarca la proposicion formal: preguntaron al rey en qué punto de la isla queria residir durante las conferencias, y qué consejeros deseaba tener á su lado.

Los independientes no se equivocaron: aquello era un reves que no tenia remedio. La mayoría conociendo próximo el momento de la crisis y mas asustada del triunfo que de las amenazas, se pasaba decididamente á sus enemigos. Ludlow se trasladó al punto al cuartel general que continuaba en Colchester. "Se está haciendo un "complot, dijo á Fairfax, para vender la causa que cuesta tanta "sangre; á toda costa se trata de hacer la paz; el rey prisionero "como está, no se creerá obligado por lo que prometa: los mismos que mas trabajan para la negociacion no piensan obligarle á "cumplirla: su único objeto es emplear su nombre y su autoridad "para destruir el ejército: y es preciso que el ejército lo impida

„si quiere conjurar su ruina y la de la patria." Fairfax convino en que tenia razon, protestó que en caso necesario estaba dispuesto á emplear para la salvacion de la causa pública, la fuerza que tenia en sus manos. „Mas para ello, dijo, es preciso que se me invite de „un modo claro y positivo, y por ahora no puedo abandonar es- „te asedio que no basto á concluir á pesar de todos los esfuerzos." Ludlow fue á verse con Ireton á quien Cromwell al tiempo de marchar habia dejado cerca del general, porque se prometia de él mas decision y energía. „El momento no es todavía oportuno, le „dijo Ireton, es menester dejar que se entablen las negociaciones „y que el peligro se haga inminente." En defecto del ejército los republicanos dirigieron á Westminster peticiones amenazadoras y entre ellas una redactada por Enrique Martyn, que proclamaba todos los principios de partido, instaba á las cámaras á que se erigiesen en poder soberano y respondieran finalmente á la esperanza del pueblo haciendo todas las reformas que se habia prometido al tomar las armas para sostener al parlamento. La cámara no contestó cosa alguna, y al dia inmediato le fue presentada otra peticion quejándose del desprecio de la primera, y los peticionarios aguardaban en las puertas gritando á voces „¿De qué sirven el „rey y los lores? Esto son invenciones de los hombres: Dios nos „ha hecho á todos iguales; para sostener estos principios derra- „marán su sangre millares de hombres honrados; somos cuarenta „mil los suscritos en esta peticion; pero mas que todo esto servi- „rian cinco mil caballos." Scott, Weaver y otros miembros de la cámara salieron de la sala para confundirse con la multitud y darle audacia. La cámara no obstante insistió en su silencio; pero cuanto mayor era su firmeza, otro tanto el partido se lanzaba apasionadamente hácia los planes poco ántes manifestados, y á los cinco dias de esta escena Enrique Martyn partió de improviso hácia la Escocia en donde acababa de penetrar Cromwell.

Al mismo tiempo salian para la isla de Wight quince comisionados, á saber, cinco lores y diez diputados, todos partidarios de la paz, á escepcion de Vane, y aun quizá de lord Say. Jamas hubo negociacion alguna que llamase tanto la atencion del público:

habia de durar cuarenta dias: el rey la aceptó al punto dando palabra de que durante aquel tiempo, y veinte dias despues no haria tentativa alguna para evadirse. Fueron admitidos á fin de que le ayudasen con sus consejos veinte de sus mas antiguos servidores, magnates, teólogos y jurisconsultos, pidió y obtuvo que se le devolviesen algunas personas de su servidumbre, pages, secretários, chambelanes, escuderos, guardaropas y ayudas de cámara, y asi fue que cuando llegaron á Newport los comisionados, eran tales la confusion y la multitud de gentes, que se pasaron tres dias antes de que pudiesen alojarse los recien venidos. Los comisionados entre tanto se presentaban todas las mañanas al rey mostrándose sumamente respetuosos pero reservadísimos y sin que ninguno se atreviese á hablar con él en particular. En cambio la mayor parte de ellos se comunicaban familiarmente con los consejeros y les daban consejos, exhortándoles sobre todo á que luego y con los menores debates posibles admitiese el rey las proposiciones del parlamento, porque segun decian iba á perderse si la negociacion no se concluia y el rey no estaba de vuelta en Londres antes que el ejército de Cromwell tuviese lugar de presentarse otra vez en ella. Cárlos parecia tener por sinceros sus consejos y se mostraba inclinado á conformarse con ellos; mas en el fondo de su corazon alimentaba esperanzas bien distintas. Ormond despues de permanecer seis meses en Paris estaba á punto de presentarse de nuevo en Irlanda, provisto de dinero y de municiones que le prometió la corte de Francia: al llegar debia de acuerdo con lord Inchiquin, concluir la paz con los católicos, comenzar contra el parlamento una guerra activa, y el rey evadiéndose entonces encontraria un reino y soldados. „Esta negociacion, „escribia á sir Guillermo Hopkins, que debia preparar su fuga, „será ilusoria como las otras; mis intentos son los mismos de „siempre."

En 18 de setiembre se abrieron las conferencias, estando el rey en un estremo de la sala y sentado bajo un dosel, y á su frente y á poca distancia tomaron asiento en derredor de una mesa los comisionados de Westminster; detras del rey estaban los consejeros en

pie y en silencio; pues el parlamento queria tratar con el rey en persona, porque todo intermediario le parecia que humillaba su dignidad; y los comisionados resueltos á someterse á lo dispuesto por las cámaras, con no poco trabajo se decidieron á que presenciasen el acto otras personas. Cárlos pues era el único que sostenia la discusion, y solo en caso necesario podia trasladarse á un cuarto inmediato y tomar consejo de sus amigos. A la vista del rey solitario y forzado á bastarse á sí mismo, todos los presentes se sintieron íntimamente conmovidos. Cárlos estaba encanecido, entre el orgullo de sus miradas traslucíase la espresion de una tristeza habitual, su continente, su voz, todos los rasgos de su fisonomía revelaban una alma siempre altiva pero vencida, tan incapaz de luchar contra su destino como de dejarse abatir por él: interesante y singular mezcla de grandeza sin fuerza y de presuncion sin esperanza. Las proposiciones del parlamento que siempre eran las mismas, salvo algunas modificaciones de poca importancia, fueron leidas y examinadas una tras otra. Cárlos discutió con gusto y calma, contestando á todo sin incomodarse por la oposicion que se le hacia y mostrándose diestro en sacar partido de todos los recursos de su causa, admirando á sus contrarios por la firmeza de su talento, por su dulzura, por su conocimiento de los negocios y de las leyes del reino. „El rey, dijo el conde de Salisbury á sir Felipe „Warwick, ha hecho maravillosos progresos.—Nó milord, contestó Warwick, el rey ha sido siempre lo que es ahora, pero vos „lo habeis conocido harto tarde." Bulkley que era uno de los comisionados de los comunes, le instaba para que lo aceptase todo asegurándole que si el tratado se cerraba no habria nadie capaz de romperlo. „¿Cómo, le dijo Cárlos, dais á esto el nombre de „tratado? Os ruego que os acordeis de aquella riña de la comedia, „en la cual uno de los campeones al salir dice: ha habido combate y no le ha habido porque se han dado tres golpes y los tres „los he recibido yo. Esto es precisamente lo que me sucede á mí; „pues admito casi todas vuestras proposiciones, rechazo únicamente una pequeña parte de ellas, y vosotros no transigis en cosa alguna." Al fin se habia ya conformado con ceder en órden al

mando de las fuerzas de mar y tierra, al nombramiento de los principales empleados, en lo tocante á la Irlanda, á la legitimidad de la resistencia que trajo la guerra civil, y á las peticiones del parlamento: mas en vez de hacerse de golpe y sin vacilar disputaba palmo á palmo el terreno que no podia defender, unas veces haciendo á la cámara proposiciones diferentes, otras procurando eludir sus mismas concesiones, obstinándose en sostener su derecho al mismo tiempo que renunciaba á él; saliendo al paso con sutilezas, con reticencias, y dando cada dia á sus adversarios alguna nueva razon para pensar que contra él no tenian otra garantía que la necesidad absoluta. Por otra parte insistia, tanto por conciencia como por el interés de su poder, en rechazar la abolicion del episcopado y los rigores con que se trataba de perseguir á sus principales partidarios. Finalmente despues de haber prometido con toda solemnidad que haria cesar las hostilidades en Irlanda, escribia á Ormond reservadamente: „Obedeced las órdenes de mi muger y „de ningun modo las mias, mientras no os participe que disfruto „libertad completa, y no os inquietéis por mis concesiones con „respecto á la Irlanda pues no tendrán resultado alguno." El dia en que dejó á las cámaras por el término de veinte años el mando de la fuerza armada escribia á sir Guillermo Hopkins: „Si he de „deciros verdad, la gran concesion que he hecho esta mañana „no tiene mas objeto que facilitar mi próxima evasion; sin la „cual jamas hubiera cedido de este modo: despues de una negativa habria podido sin grave pesadumbre caer de nuevo en „mi pesado cautiverio; mas confieso que ahora despedazaria „mi alma, pues he hecho lo que no puedo justificar sino con la „evasion."

El parlamento sospechó estas perfidias, y los mismos amantes de la paz, aquellos á quienes mas interesaba la suerte del rey y su salvacion rechazaban, pero no sin dificultades, las acusaciones de los independientes. Al mismo tiempo los presbiterianos devotos, aunque poco exigentes en materias políticas eran inexorables en su odio por el obispado, y en cuanto al triunfo del *covenant* no querian admitir dilacion ni término alguno. Esta idea estaba mu-

cho mas arraigada porque despues de tantos males como la guerra habia traido al pais, era preciso que el partido que sucumbiese sufriera legalmente la responsabilidad, y que para satisfacer la justicia divina manifestada en los libros santos por claros ejemplos, el crímen de los verdaderos culpables quedase espiado con su castigo. Disputaban acerca del número, los entusiastas populares reclamaban que se hicieran muchas escepciones en la amnistía que debia proclamarse con la paz, los presbiterianos solo pedian siete si bien de un modo irrevocable, porque renunciando á ella hubieran creido aceptar su propia condena: de manera que contrariaban el éxito de las negociaciones aun entre el partido de la paz las preocupaciones y los rencores. Durante las conferencias cinco veces se votó que los ofrecimientos y las concesiones del rey eran insuficientes. En medio de estas incertidumbres vino á espirar el plazo fijado para las negociaciones: prorogóse tres veces, se decidió que no entrarian en cuenta los domingos y demas dias festivos; pero nada mas se cedió, no se dieron á los negociadores nuevas instrucciones ni la menor libertad para obrar. El rey por su parte declaraba en nombre de su honor y de su fe que no iba mas lejos: „Soy, decia, como aquel capitan que no recibiendo de sus „gefes ausilio alguno, alcanzó permiso para rendir la plaza. — No „pueden socorrerme cuando lo pido; socórranme pues cuando pue„dan, y entre tanto sostendré la plaza hasta que alguna de sus „piedras sirva para cubrir mi sepulcro; y lo mismo haré por la „iglesia anglicana." La negociacion continuaba en el mismo estado, sin servir mas que para patentizar la impotente ansiedad de ambos partidos, empeñado uno y otro en desconocer y en rechazar la necesidad.

Precipitábanse sin embargo las cosas y todo iba tomando un aspecto mas amenazador de cada dia. Despues de dos meses de la mas encarnizada resistencia Colchester se rindió al fin vencida por el hambre, y al dia siguiente un consejo de guerra condenó á muerte á sus tres mas valientes defensores sir Cárlos Lucas, sir Jorge Lisle y sir Bernardo Gascoing para que sirvieran de ejemplo á los futuros rebeldes que pensasen imitarlos. En vano lord Capel

y los demas prisioneros pidieron á Fairfax que suspendiese la ejecucion de la sentencia, ó mandase que la sufrieran todos, pues todos eran igualmente culpables, porque el general movido ó mas bien intimidado por Ireton no contestó y se dió órden para que en el acto fuesen fusilados los tres oficiales. Sir Cárlos Lucas fue el primero que murió: al tiempo de caer Lisle corrió hácia él, abrazóle y levantándose en seguida dijo á los soldados: „Acercaos, „porque estais muy lejos." No tengais cuidado, respondieron los soldados, os acertarémos: „Camaradas, les contestó Lisle sonriéndose, otras veces he estado mas cerca de vosotros, y no me habeis tocado." Entonces mismo cayó al lado de su amigo. Gascoing ya se desnudaba cuando llegó órden del general para que se suspendiese la ejecucion.

Rendida Colchester no quedaba en los condados del este ningun foco de insurreccion: en el norte Cromwell vencedor de Hamilton penetró sin dificultad en Escocia: los paisanos de los condados del oeste se alzaron en masa al primer rumor del triunfo, y los feligreses guiados por sus párrocos marcharon hácia Edimburgo á fin de lanzar de ella á los realistas. En el castillo de Mordington á dos leguas de Berwick, Argyle que fue á su encuentro tuvo una larga conferencia con él: previsores uno y otro á la par que osados, el triunfo no les ocultó los peligros, y como los realistas escoceses poderosos á pesar de su derrota y armados todavía en muchos puntos se mostraban decididos á no sufrir sin resistencia una reaccion sangrienta, por medio de un tratado prontamente concluido se les aseguraron el reposo y el goce de sus bienes con el pacto de licenciar sus tropas, de renunciar á todo empeño en favor del rey, y de prestar nuevo juramento á la liga que nunca debió haberse roto entre los dos reinos. Argyle y su partido habiendo recobrado con esto el gobierno recibieron á Cromwell en Edimburgo con gran pompa: la comision de los estados, el cuerpo municipal, reelegidos ó espurgados, el pueblo y el clero fanático le abrumaban á visitas y á arengas, á sermones y á banquetes: mientras que él apremiado por lo que le decia Enrique Martyn, y dejándoles á Lambert con dos regimientos á fin de que protegiesen su mando,

Trajes militares, en tiempo de Cromwel. (1650)



COSTUMES MILITAIRES SOUS CROMWEL. (1650)

ANGLETERRE

tomó á toda prisa el camino de Inglaterra. Apenas estuvo en el condado de York, y mientras que al parecer solo se ocupaba en disipar los restos de la insurreccion, salieron de allí muchas peticiones dirigidas solamente á los comunes, y reclamando que desde luego se juzgase á los delincuentes cualquiera que fuesen su rango y su nombre. Al propio tiempo llegaron iguales peticiones de los otros condados, presentadas siempre ó sostenidas por los amigos de Cromwell. Rechazábanlas los presbiterianos en nombre de la Gran Carta y de las leyes del reino. „Señor presidente, dijo Dio-„nisio Bond, republicano oscuro, estos señores suponen que la cá-„mara no tiene derecho de juzgar á lord Norwich ni á ningun „otro lord porque esto es contrario á la Gran Carta, y que no „deben juzgarlos sino sus iguales; mas yo confio que muy pronto „llegará el dia en que prendamos al mayor de todos esos lores, si „es que lo merece, sin que lo juzguen sus iguales, y no dudo „que entonces hallaríamos jueces honrados y de firmeza para eje-„cutarlo á despecho de la Gran Carta.” La cámara rechazó las peticiones; mas luego se le presentaron otras mucho mas esplícitas y temibles, pues las hacian los regimientos de Ireton, Ingoldsby, Fleetwood, Whalley y Overton, y formalmente pedian á los comunes que juzgasen al rey y á Fairfax, que se restableciera el consejo general del ejército, único capaz en su concepto de prevenir los desastres que amenazaban, ya por medio de sus representaciones á la cámara ya de cualquier otro modo. Efectivamente el consejo abrió otra vez sus sesiones, y el 20 de noviembre de 1641 el presidente informó á los comunes de que en la puerta de la sala habia algunos oficiales capitaneados por el coronel Ewers, y que iban en nombre del general del ejército para entregar un papel que era una larga representacion parecida á la que siete años antes y en igual dia los comunes presentaron al rey para romper decididamente con él: á imitacion suya el ejército enumeraba en esta todos los males, los temores todos de la Inglaterra, y los imputaba á la debilidad de las cámaras, á su olvido de los intereses públicos, á sus negociaciones con el rey: exigian que le hiciese comparecer ante la justicia, que se proclamara la soberanía del

pueblo, que se decretara que en adelante el rey seria elegido por los representantes de aquel, que pusiesen fin á su legislatura, que antes de separarse se decretara la igualdad en el derecho de votar, la manera de reunirse de un modo regular los parlamentos futuros, se hicieran las reformas apetecidas por los buenos, y últimamente amenazaban aunque nó de un modo esplícito, que el mismo ejército salvaria la patria si continuaba comprometida por la negligencia ó la cavilosidad de hombres que al fin solo eran, ni mas ni menos que la tropa, los delegados ó los servidores de sus conciudadanos.

La lectura de semejante escrito dió lugar á una sesion borrascosa; Scott, Holland, Wentworth y otros independientes pidieron á voz en grito que se diesen las gracias al ejército por sus francos y atrevidos consejos; los presbiterianos, unos con ira y otros en términos lisonjeros para los oficiales querian que la cámara no tomase en consideracion el manifiesto, y que para acreditar su descontento se abstuviese de responder cosa alguna. Este espediente lo mismo convenia á los tímidos que á los audaces, de manera que fue adoptado por una grande mayoría y despues de dos debates. Mas era llegada la hora en que las victorias solo sirven para precipitar los sucesos: dentro y fuera de Westminster la efervescencia habia llegado á su colmo: hablábase ya de la próxima vuelta de Cromwell, y el ejército anunciaba el proyecto de dirigirse á Londres. Los realistas, perdida toda esperanza, solo pensaban en deshacerse ó en vengarse de sus enemigos cualesquiera que fuesen los medios que conviniese adoptar: por las calles fueron acometidos é insultados muchos diputados republicanos; Fairfax recibió avisos hasta de Francia de que dos caballeros habian resuelto asesinarlo en San Albano: en Doncaster una cuadrilla de veinte hombres arrebató al gobernador Rainsborough, y tres de ellos lo mataron á puñaladas cuando queria escaparse, y hasta cundió el rumor de que habia una conjuracion para asesinar cuando saliesen de Westminster á ochenta de los diputados de mayor influjo. En medio de aquel anárquico desencadenamiento se supo que dentro de dos dias Cromwell estaria en el cuartel general; que en la isla de Wight el

gobernador Hammond á quien se echaba en cara que tenia demasiadas consideraciones con el rey y con el parlamento, recibió órden de Fairfax para que dejase la plaza y volviera al ejército confiando al coronel Ewers la custodia de Cárlos: que estremecido este á semejante noticia dió mas latitud á sus concesiones y cerró las conferencias de Newport, y que los comisionados portadores de sus ofrecimientos definitivos habian marchado el mismo dia á fin de poner en noticia del parlamento el resultado de su cometido.

Llegaron efectivamente en el dia inmediato, muy afectados casi todos por el peligro en que dejaban al rey y por su última despedida. „Milores, les dijo Cárlos, venis á despediros de mí, y „mucho me cuesta creer que volvamos á vernos: pero hágase la „voluntad de Dios; yo le doy gracias pues me he puesto bien con „él, y sufriré sin miedo todo lo que ha resuelto que los hombres „hagan de mí. No podeis menos de conocer, milores, que en mi „ruina veis la vuestra y muy de cerca. Ruego á Dios que os pro„cure amigos mejores de los que yo he encontrado. Tengo exacta „noticia de la conjuracion urdida contra mí y los mios, y nada „me aflige tanto como el espectáculo de los sufrimientos de mi „pueblo y el presentimiento de los males que le preparan esos „hombres que mientras le hablan siempre del bien público solo „piensan en satisfacer su ambicion particular." Cuando los comisionados hubieron hecho relacion de lo acontecido, aunque las nuevas concesiones del rey diferian poco de las que tantas veces fueron rechazadas, los presbiterianos propusieron á los comunes que las declarasen satisfactorias y á propósito para servir de base á la paz. La proposicion fue apoyada por Nataniel Fiennes hijo de lord Say y que antes habia sido uno de los mas furibundos gefes del partido independiente. Despues de algunas horas de discusion la cámara recibió aviso de que Fairfax daba noticia al cuerpo municipal de que el ejército se ponia en marcha para Londres. Deseosos los independientes de aprovechar aquel instante de alarma hicieron todos los esfuerzos imaginables para que se resolviese la cuestion, mas á pesar de esto y contra sus esperanzas se prolongó

el debate para el dia inmediato. En él se comenzó con mucha mayor energía á despecho del movimiento de las tropas que entraban por diversos puntos, y que se iban alojando en San James, en York-house, en todos los alrededores de Westminster y en el centro de la poblacion. Aun entonces esperaban los independientes que el miedo les proporcionaria la victoria. „Hoy por fin, dijo „Vane, vamos á saber quiénes son nuestros amigos y quiénes nuestros contrarios, ó para hablar con mas claridad verémos quién „en esta cámara es del partido del rey y quién del partido del „pueblo." „Señor presidente, interrumpió al punto un individuo „cuyo nombre no ha conservado la historia; puesto que el preopinante no ha vacilado en dividir esta cámara en dos partidos, „creo que tendré derecho de hacer lo mismo. Sí señor; hay aqui „quien desea la paz y son los que han perdido en la guerra, y hay „quien rechaza la paz y son los que con la guerra han ganado. „Propongo pues humildemente que los gananciosos indemnicen á „los que han perdido á fin de que todos nos pongamos al mismo „nivel, pues sin esto es imposible que acabemos nunca." Los independientes se mostraron ofendidos aunque con mucho embarazo, porque en uno y otro partido los intereses personales ejercian un imperio que apenas osaban negar ellos mismos. Rudyard, Stephens, Grimstone, Walker, Prideaux, Scott, Wroth, Corbet y muchos otros sostuvieron ó atacaron la mocion sin que se viese todavía el término del debate. El dia se acababa, habíanse ya retirado muchos individuos de la cámara; un independiente propuso que se trajeran luces y un presbiteriano esclamó: „Señor presidente, estos „señores no solo confian helarnos de miedo con la aproximacion del „ejército, sino que quieren prolongar la sesion toda la noche con „la esperanza de que los diputados de mas avanzada edad, á quienes se considera mas inclinados á la paz, se irán de puro cansancio antes que llegue el momento de votar. Espero que la cámara „no se dejará engañar por este artificio." Sin embargo de lo que pidieron los independientes el debate se prorogó para el dia inmediato.

Cuando en él se abrió la sesion, notábase en la cámara un sordo

murmullo, pues segun se dijo el rey habia sido arrebatado de la isla de Wight durante la noche y á despecho suyo, y conducido al castillo de Hurst, especie de prision situada en la costa y en frente de la isla, en la estremidad de un promontorio árido, desierto é insalubre. Los independientes callaban á pesar de las vivas interpelaciones de sus enemigos. Abrióse la sesion: el presidente leyó cartas llegadas de Newport y dirigidas á la cámara por el mayor Rolph que mandaba en la isla por ausencia de Hammond. ¡El rumor era fundado y desde entonces fue imposible que entre el rey y el parlamento hubiese relacion alguna contra la voluntad del ejército.

Hácia el nochecer del 29 de noviembre y algunas horas despues de terminadas las conferencias de Newport y de haber partido los comisionados, un hombre disfrazado dijo á una persona de la servidumbre del rey: "Acaban de desembarcar tropas; advertid al rey „que esta noche será arrebatado de aqui." Cárlos hizo llamar al instante al duque de Richmond, al conde de Lindsey y al coronel Eduardo Cook oficial de su confianza para preguntarles lo que debia hacerse á fin de saber si era cierto el aviso. En vano procuraron sonsacar al mayor Rolph, pues no soltó mas que pocas y oscuras respuestas. "El rey puede dormir tranquilo esta noche: doy „mi palabra de que esta noche no le molestará nadie." Cook ofreció montar á caballo, recorrer la costa, ir á Carisbrooke á donde dijeron que habian llegado las tropas, y ver lo que allí pasaba. La noche era sombría, la lluvia violenta, la empresa arriesgada y el rey dudaba en aceptar, pero Cook insistió y se puso en marcha. Efectivamente encontró en Carisbrooke la guarnicion reforzada, diez ó doce oficiales recien venidos; el capitan Bowerman que mandaba allí con guardia de vista, y en todo notó una agitacion misteriosa. Volvia á toda prisa á dar al monarca estas noticias cuando al llegar á Newport á eso de la media noche vió circuida de centinelas la casa en que habitaba el rey: las habia al pie de todas las ventanas, en el interior del edificio y hasta en el cuarto del monarca en el cual penetraba por todas partes el humo de las pipas. Ya no habia lugar á dudas; y los dos lores conjuraron al rey

para que en el acto y á toda costa probase evadirse. Este consejo desagradaba á la pusilánime gravedad de Cárlos; alegó la dificultad de conseguir el objeto, y la ira que causaria al ejército. „Si „se apoderan de mí, dijo, será preciso que me guarden consideraciones, pues ningun partido puede sin aliarse conmigo cimentar con solidez su triunfo. — Tened cuenta, señor, dijo Lindsey, „con que esas gentes no se gobiernan por esas máximas: acuérdese V. M. de Hampton-court. — Coronel, preguntó Richmond á „Cook, ¿cómo habeis podido pasar? — Porque tengo el santo y „seña. — ¿Podria pasar yo con vos? — No hay inconveniente." Richmond cogió un capote de soldado: salieron los dos, atravesaron todos los puntos militares y volvieron sin dificultad. Puestos ambos de pie cerca del rey renovaron sus instancias mientras el coronel calado por la lluvia se mantenia cerca de la chimenea. „¿Qué me aconsejais, Cook? le dijo el rey volviéndose hacia él „repentinamente."— Cook vacilaba en responder, mas al fin dijo: „el rey tiene aqui sus consejeros. — Nó, nó, mi querido Cook, „yo os mando que me digais vuestro parecer. — Pues bien, permítame V. M. que le haga una pregunta. — Hablad. — Si no solamente digo sino que pruebo á V. M. que el ejército quiere „apoderarse de su persona, si añado que tengo santo y seña, caballos cerca de aqui, una lancha á mi disposicion y que me espera, que estoy pronto á acompañar al rey, que la noche parece „hecha á propósito y que no veo ningun verdadero obstáculo, „¿qué hara V. M.?" Cárlos se mantuvo un rato en silencio y despues meneando la cabeza: „Nó, dijo, ellos me han dado su palabra, han recibido la mia, y no faltaré á ella. — Pero señor, „repitió Cook, yo creo que ese *ellos* y ese *su* se refieren al parlamento: y ahora esto ha cambiado, pues el que quiere poner „en una prision á V. M. es el ejército. — No importa, no faltaré „á mi palabra: buenas noches, Cook; buenas noches, Lindsey; voy „á dormir tanto tiempo como pueda. — Señor, temo que no será „mucho. — A la voluntad de Dios." Era la una de la noche cuando los dos salieron, Cárlos se acostó y al lado de la cama se quedó Richmond solo. Al amanecer llamaron á la puerta. ¿Quién va?

¿Qué quereis? preguntó Richmond. Oficiales del ejército que quieren hablar con el rey. Richmond no abrió esperando que el rey estuviese vestido; pero llamaron de nuevo y con mayor violencia. Abrid, dijo Cárlos al duque, y antes que hubiese saltado de la cama se precipitaron en el cuarto muchos oficiales á cuya cabeza iba el teniente coronel Cobbett.—„Señor, dijo este al rey, trae- „mos órden de sacaros de aqui.—¿A dónde me llevais?—Al „castillo.—¿A qué castillo?—Al castillo.—El castillo no es un „castillo: estoy dispuesto, cualquiera que ese castillo sea, nom- „bradle." Cobbett consultó á sus compañeros, y decidiéndose finalmente, dijo: „Al castillo de Hurst.—No hay otro peor, dijo „el rey á Richmond," y volviéndose á Cobbett le preguntó si podia llevar alguno de sus criados. Los mas precisos, dijo el oficial. Cárlos entonces indicó á sus dos ayudas de cámara Harrington y Herbert, y á Mildmay su trinchante. Richmond salió para hacer preparar el desayuno; mas los caballos llegaron antes que estuviese dispuesto. „Señor, dijo Cobbett, es preciso marchar." El rey subió al coche sin decir una palabra y con él los tres servidores; Cobbett se presentó tambien para entrar, pero Cárlos le obstruyó el paso con el pie y mandó cerrar al momento la portezuela. Marcharon escoltados por un destacamento de caballería; en Yarmouth esperaba una lancha, en ella se embarcó el rey, y á las tres horas estaba encerrado en el castillo de Hurst, sin comunicacion alguna fuera de él, en un cuarto tan sombrío que á medio dia se necesitaba luz, y bajo la custodia del coronel Ewers, carcelero mucho mas grosero y amenazador de lo que fue Cobbett.

Al recibir estas noticias los presbiterianos dieron libre curso á su indignacion. „La cámara, decian, prometió al rey mientras „permaneciese en Newport, respeto, seguridad y libertad; y está „tan deshonrada como perdida si no rechaza de un modo ostensi- „ble esta rebelion insolente." En efecto se votó que el rapto del rey se habia hecho sin conocimiento ni noticia de la cámara, y se comenzó con nuevo calor el debate relativo á la paz. Despues de doce horas de duracion y cuando la noche estaba ya muy adelantada, y la asamblea comenzaba á sentir cansancio, sobre todo los

individuos ancianos y débiles, alzóse un hombre famoso entre los mártires de las libertades públicas, pero que no habia mas que tres semanas que estaba en la cámara: Este hombre era Prynne, que durante doce años sostuvo el mas tenaz combate contra la tiranía de Laud y de la corte. „Señor presidente, dijo, ya se sabe que „yo quiero hablar de la paz y se me vitupera que soy apóstata; „y ya aludiendo al título de una de mis obras se me apellida el „favorito real. Hé aqui los favores que he recibido del rey y de „su partido. Me han cortado las orejas en dos veces y del modo „mas bárbaro; dos veces me han puesto en la picota durante dos „horas cada una de ellas; han hecho quemar mis obras en mi pre„sencia y por mano del verdugo aunque estaban autorizadas; me „han impuesto dos multas de cinco mil esterlinas cada una; me „han tenido ocho años en la cárcel sin plumas, sin tintero, sin „papel, sin libros á escepcion de la Biblia, y sin amigos, dándo„me apenas lo necesario para mantenerme. Si alguno de los indi„viduos de esta cámara me envidia estas muestras del favor real, „convengo en que no sin razon me tratará de apóstata ó de favo„rito." En seguida habló durante muchas horas discutiendo minuciosamente todas las proposiciones del rey y todo lo que el ejército pretendia, considerando en sus diversas fases el estado del parlamento y del pais, mostrándose grave sin pedantería, patético sin cólera, sublime por la energía y el desinteres de su conciencia, superior á las pasiones de su secta, á los defectos de su propio carácter y á los alcances regulares de su talento. „Señor presidente, „dijo antes de poner término á su discurso, supónese que si des„contentamos al ejército estamos perdidos; uno de sus gefes acaba „de decirnos que dejaria las armas, y no nos serviria mas, y se „pregunta ¿qué será entonces de nosotros y de nuestros fieles „amigos? Si esto debiera ser asi, confieso que haria muy poco ca„so de la proteccion de traidores hasta tal punto inconstantes y „turbulentos; y no dudo que en caso de abandonarnos el ejército „Dios y el reino estarian con nosotros; y si el rey y nosotros lle„gamos á entendernos para hacer este tratado, espero que para „muy poco necesitaríamos los futuros servicios del ejército. Como

„quiera que sea *fiat justitia*, *ruat cœlum*, hagamos nuestro deber „y dejemos el porvenir á Dios."

La cámara habia escuchado este discurso atentísimamente y con la mayor emocion: eran las nueve de la mañana, habia veinte y cuatro horas que la sesion duraba, aun estaban presentes doscientos cuarenta y cuatro individuos: resolvióse finalmente pasar á la votacion, y por ciento cuarenta votos contra ciento y cuatro se decidió que las contestaciones del rey eran á propósito para servir de base á la paz. Todo se les escapába á los independientes, y hasta se les acabó el miedo; pues todos los miembros capaces de esperimentarlo se habian rendido ó marchado. En vano Ludlow, Hutchinson y algunos otros para poner embarazos á la cámara pidieron protestar contra su decision; su voto fue rechazado como contrario á la costumbre del parlamento, y sin ocuparse de la importancia que trataban de darle. Al salir de la cámara se reunieron los adalides del partido, juntáronseles muchos oficiales llegados del cuartel general aquel mismo dia; el riesgo era inminente; pero como dueños del ejército tenian con que conjurarlo, y á fuer de fanáticos sinceros ó de libertinos ambiciosos no era capaz de contenerlos ninguna institucion, ley ni costumbre; para unos era un deber salvar la buena causa y para otros era una necesidad. Resolvióse que habia llegado el momento y se encargó hacer los preparativos á seis de los presentes, tres miembros de la cámara y tres oficiales. Pasaron juntos muchas horas teniendo á la vista la lista de los diputados, examinando uno por uno su conducta y sus sentimientos, recogiendo noticias y enviando órdenes á sus confidentes. A las siete de la mañana del dia inmediato 6 de diciembre estaban ya en movimiento algunas tropas, gracias al impulso de Ireton y sin que Fairfax tuviese de ello la menor noticia. Siguiendo el parecer de Skippon se habia hecho retirar á la milicia que daba la guardia á las cámaras, el regimiento de caballería del coronel Rich y el de infantería del coronel Pride ocupaban el patio de la gran sala de Westminster, la escalera, el vestibulo y todas las avenidas de la cámara, y en la puerta misma de los comunes estaba Pride teniendo en la mano la lista de los diputados pros-

critos, y cerca de él á lord Grey de Grooby y á un ugier que cuidaban de indicarlos á medida que iban llegando. No entraréis, decia Pride á cada uno de ellos, y hasta hizo llevar presos á los mas sospechosos. No tardó en manifestarse al rededor de la cámara un violento tumulto: los individuos escluidos probaban todas las avenidas; invocaban sus derechos, interpelaban á la tropa y esta se burlaba de ellos. Algunos, y entre ellos Prynne, se resistieron obstinadamente. No daré ni un paso si no es á la fuerza, dijo, y algunos oficiales lo lanzaron hasta el pie de la escalera, ufanos con añadir al triunfo de la fuerza el placer de la brutalidad. Cuarenta y un individuos fueron detenidos de este modo y encerrados momentaneámente en dos piezas inmediatas, y muchos otros fueron escluidos pero nó presos. Entre todos los que comprendia la lista de Pride solos Stephens y Birch lograron penetrar en la cámara, pero con falsos pretestos los trajeron á la puerta y los soldados se apoderaron de ellos al instante. „Señor presidente, gritó Birch „procurando entrar otra vez en la sala, ¿sufrirá la cámara que sus „individuos sean arrojados de aqui ante sus ojos y continuaréis „inmóviles de esta manera?"

La cámara por medio de sus porteros envió órden á los individuos que estaban fuera para que entrasen á ocupar sus asientos; pero Pride detuvo á los porteros, y los que salieron con segundo recado no pudieron llegar hasta los individuos detenidos. La cámara decidió que no se ocuparia de cosa alguna hasta que le fuesen devueltos aquellos miembros, y nombró una comision para que en el acto fuese á reclamarlos al general; mas apenas la comision habia salido cuando llegó un mensage del ejército presentado por el teniente coronel Axtell y algunos oficiales, en el cual se pedia la esclusion formal de todos los individuos detenidos y de cuantos últimamente votaron en favor de la paz. La cámara no contestó esperando el resultado de los pasos de su comision, la cual dijo que tambien el general se negaba á responder hasta que la cámara hubiese resuelto acerca del mensage del ejército. Mientras tanto los individuos escluidos eran arrebatados de Westminster y paseados por Londres de cuartel en cuartel y de una en otra taberna, unas

veces hacinados en coches, otras á pie y por el barro, circuidos de soldados que les pedian cuenta de sus atrasos. El predicador Hugo Peters, capellan de Fairfax, llegó con toda solemnidad y llevando ceñida una espada á tomarles los nombres de parte del general; y como muchos de ellos le preguntasen con qué derecho se los detenia, contestó que con el de la espada. Hicieron pedir al coronel Pride que se los oyera, y este contestó que no tenia tiempo para ellos, pues lo necesitaba para otras cosas. Finalmente Fairfax y su consejo que estaban reunidos en Withehall prometieron una audiencia; y se trasladaron allí, mas despues de muchas horas de espera fueron tres oficiales para decirles que el general rodeado de ocupaciones no podia recibirlos. Tanto desprecio indicaba algun embarazo: temian encontrarse cara á cara con ellos, temian que su terquedad inflexible no provocase un esceso de rigor. Los vencedores á pesar de la audacia de sus planes y de sus obras conservaban en el fondo del alma sin conocerlo siquiera un secreto respeto al órden legal y antiguo: asi al estender la lista de las proscripciones se contuvieron dentro de los límites de la rigurosa necesidad, esperando que un sólo espurgo bastaria para asegurar su victoria. Veian no sin desasosiego que la cámara se obstinaba en reclamar sus individuos y que los adversarios conservaban un partido poderoso que quizás constituyera la mayoría; mas como era imposible mantenerse en la incertidumbre, determinaron comenzar otra vez la misma tarea. Al dia siguiente 7 las tropas ocuparon de nuevo las avenidas de la cámara, reprodujeron la misma escena, fueron alejados de allí cuarenta individuos, y algunos otros detenidos en sus casas. Escribieron á la cámara pidiendo ser puestos en libertad: mas entonces ya estaba consumada la derrota de los presbiterianos; y en vez de contestar, la cámara resolvió por cincuenta votos contra veinte y ocho que se tomasen en consideracion las proposiciones del ejército. La última minoría se retiró espontáneamente protestando que no volveria á entrar en la cámara mientras que no administrase justicia á sus compañeros, y despues de la espulsion de ciento cuarenta y tres individuos, cuya mayor parte no fueron presos, ó salieron de su encierro poco á

poco y sin ruido, los republicanos y el ejército se vieron finalmente en plena posesion del poder asi en Westminster como fuera.

Desde aquel dia todo cedió y hubo un silencio general; ni resistencia ni voz alguna turbó al partido en la embriaguez de su victoria; él solo hablaba y obraba en todo el reino y podia contar con la sumision ó con el consentimiento universal: asi es que el entusiasmo de los fanáticos estaba en su colmo. „Vosotros, de„cia Hugo Peters á los generales predicando ante los restos de las „dos cámaras, vosotros á la par que Moises estais destinados á sa„car al pueblo de la servidumbre de Egipto; ¿y cómo se llevará „á cabo esta grande obra? hé aqui lo que todavía no se ha di„cho." Metió entonces la cabeza entre las manos, colocóla sobre una almohada que tenia al frente, y alzándose de pronto dijo: „Hé aqui la revelacion hecha y voy á participárosla. Este ejército „estirpará la monarquía, no solamente aqui sino tambien en Fran„cia y en todos los reinos que nos rodean: esta es la manera con „que os sacará de la esclavitud de Egipto. Dícese que emprende„mos un camino que nadie ha andado todavía, ¿qué pensais de la „Vírgen María? ¿Habia antes de ella algun ejemplar de que una „muger hubiese concebido sin comunicarse con un hombre? El „camino que emprendemos servirá de ejemplar á las edades veni„deras." El pueblo que pertenecia al partido se entregaba con transporte á este místico orgullo. En medio de tanta exaltacion el mismo dia en que los postreros restos de los presbiterianos se retiraban de los comunes, Cromwell se presentó allí á ocupar su puesto. „Pongo por testigo á Dios, repetia en todas partes, que „nada he sabido de lo que hasta ahora se ha hecho en esta cáma„ra; mas puesto que la obra está consumada, pláceme mucho, y „ahora es menester sostenerla." La cámara le recibió con las mas grandes demostraciones de agradecimiento; el presidente le dió solemnes gracias por su campaña en Escocia, y al salir de la sesion fue á alojarse en Withehall en los mismos cuartos del rey. Al dia siguiente el ejército se apoderó de los fondos de varias comisiones so color de que por sí mismo habia de atender á sus necesidades para no ser gravoso al pais por mas tiempo. A los tres dias envió

á Fairfax con el título de *Nueva resolucion del pueblo*, un plan de gobierno republicano, redactado por Ireton á lo que se dijo, é invitó á que fuese discutido en el consejo general de oficiales, quienes debian presentarlo en seguida al parlamento. Mientras tanto los comunes sin consultar el parecer de los lores revocaron todo lo hecho en favor de la paz, y cuanto pudiera servir de obstáculo á la revolucion. Finalmente se presentaron nuevas peticiones para que se juzgase al rey, único culpable de tanta sangre vertida, y en el acto salió del cuartel general un destacamento con la órden de llevarlo desde el castillo de Hurst á Windsor.

En el corazon de la noche del 17 de diciembre despertó á Cárlos el ruido del puente levadizo que se bajaba y las pisadas de los caballos que penetraban en el patio del castillo. Restablecióse el silencio á poco rato, pero el rey estaba inquieto y antes que amaneciese llamó á Herbert que dormia en el cuarto inmediato. "¿No „habeis oido nada esta noche? le preguntó.—Sí señor, he oido „el ruido del puente levadizo que se bajaba, pero sin tener órden „del rey no he osado salir del cuarto á hora tan intempestiva.— „Id á saber qué ocurre." Herbert salió y á la vuelta dijo que habia llegado el coronel Harrison. Al oirlo turbóse el rey muy visiblemente. "¿Estais seguro de que es Harrison? —El capitan Rey„nolds me lo ha dicho.—Entonces lo creo, pero ¿habeis visto al „coronel?—Nó señor.—¿Y os ha dicho Reynolds á qué venia? „—He hecho todo lo posible á fin de saberlo, mas no me ha sido „dable sacar otra respuesta sino que muy pronto se sabria el mo„tivo de la venida del coronel." Cárlos envió otra vez á Herbert, llamóle al cabo de una hora pero manifestándose muy turbado y vertiendo abundantes lágrimas.—"Señor, perdonadme, le dijo „Herbert, pero no puedo menos de decir que estoy consternado „al ver la turbacion que causa á V. M. esta noticia.— No creais „que esto me estremezca, pero vos no sabeis que ese hombre es „el mismo que formó el proyecto de asesinarme durante las últi„mas negociaciones, y de ello tuve aviso por medio de una carta. „No me acuerdo de haberle visto nunca ni de que le haya hecho „mal alguno, pero no quisiera ser sorprendido, y este lugar es á

„propósito para cometer un crímen: volved pues y procurad ave-
„riguar cuál es el motivo que trae aqui á ese hombre." Herbert mas feliz esta vez que la pasada supo que el coronel venia para hacer conducir el rey á Windsor dentro de tres dias á mas tardar, y desde luego fue á ponerlo en noticia de Cárlos en cuyos ojos brilló la alegría. „Sea en hora buena, dijo, se vuelven mas trata-
„bles: Windsor es un sitio que siempre me ha gustado y en él me
„desquitaré de lo que aqui he sufrido."

Efectivamente á los dos dias el teniente coronel Cobbett fue á decir al rey que tenia órden de llevarlo al punto á Windsor á donde Harrison habia ya vuelto, y Cárlos lejos de quejarse apresuró la marcha, y á una legua de Hurst encontró un destacamento de caballería que debia escoltarlo hasta Winchester. Salian al camino durante la marcha multitud de gentes, asi gentiles-hombres como clase media y pueblo, unos como simples curiosos que se retiraban despues de haberle visto pasar, y otros mostrándose muy afectados y deseándole en voz alta libertad y ventura. Al llegar á Winchester salieron á recibirle el corregidor y el ayuntamiento, y al presentarle segun era costumbre, la maza y las llaves de la ciudad le dirigieron un afectuosísimo discurso; pero Cobbett les preguntó bruscamente si se olvidaban de que la cámara habia declarado traidor á cualquiera que se dirigiese al rey, con lo cual aterrorizados escusáronse humildemente, protestando que ignoraban la voluntad de la cámara, y suplicando á Cobbett que le pidiese perdon en nombre de ellos. Al dia siguiente el monarca prosiguió el viage. Entre Alresford y Farnham se presentó en batalla otro cuerpo de caballería á fin de relevar al que sirvió de escolta hasta entonces: mandábalo un oficial de buena traza, ricamente vestido, con un gorro de terciopelo, un justillo de búfalo y una faja de seda carmesí con franjas de oro; su continente llamó la atencion de Cárlos, que pasó cerca de él á paso corto, recibió un respetuoso saludo y al emparejar con Herbert supo por este que aquel era el coronel Harrison. Volvió el rey la cara y miró al coronel con atencion y por tanto rato que el coronel corrido se puso detras de la tropa para robarse á sus miradas. „Este hombre, dijo Cárlos á Herbert,

„tiene todo el aspecto de un verdadero soldado; me precio de ser „fisonomista y su rostro me gusta y no es el de un asesino." Por la noche hallándose en Farnham en donde habian de hacer alto, el rey observó al coronel en un ángulo de la sala y le indicó que se acercase. Harrison obedeció un poco turbado y con aire de deferencia: es decir basto y tímido á un tiempo: el rey lo cogió por el brazo, llevóle á una ventana, habló con él cerca de una hora, y aun le dijo del aviso que habia recibido referente á él. „Nada „es mas falso, señor, dijo Harrison, hé aqui lo que dije y lo que „puedo repetir: que la justicia no hace acepcion de personas, y „que la ley lo mismo obliga á los grandes que á los chicos;" y al decir las últimas palabras lo hizo con un acento muy marcado. El rey terminó la conversacion, sentóse á la mesa, no dirigió mas la palabra á Harrison sin que por esto pareciese dar á su respuesta significacion alguna que pudiese inquietarle.

Al dia siguiente debia llegar á Windsor, y al partir de Farnham dijo que queria detenerse en Bagshot y comer en medio del bosque en casa de lord Newburgh que era uno de los caballeros mas leales servidores suyos. Harrison no se atrevió á oponerse por mas que tantas instancias le inspirasen sospechas. Estas sospechas eran legítimas porque lord Newburgh aficionadísimo á caballos tenia uno que pasaba por el mas ligero de Inglaterra: y en la larga correspondencia que con el rey tenia le habia empeñado en que lastimase por el camino al que montaba, prometiéndole darle uno con el cual le seria fácil escaparse repentinamente de su escolta y burlar al traves de las sendas del bosque que el rey conocia muy bien la persecucion mas obstinada. Efectivamente Cárlos en el camino desde Farnham á Bagshot se quejó incesantemente de su caballo, diciendo que queria otro: mas apenas hubo llegado cuando supo que en la víspera el caballo con que contaba habia recibido una coz tan fuerte que no podia salir de la cuadra. Lord Newburgh desconsolado le ofreció otros escelentes, y en su concepto útiles para llevar á cabo el proyecto; pero aun con el mas veloz la empresa habria sido arriesgada, porque los soldados de la escolta no se menéaban del lado del rey y tenian siempre la

pistola preparada en la mano. Cárlos pues renunció sin gran pesar á tantos azares, y al llegar á Windsor por la tarde, contento con entrar en uno de sus palacios, con ocupar el cuarto de otras veces, verlo todo preparado para recibirle casi del mismo modo que cuando iba allí con su corte á pasar los dias festivos, lejos de sentirse atormentado por siniestros agüeros casi olvidó que estaba preso.

En el mismo dia y casi en el mismo instante la cámara votaba que se le haria comparecer en justicia y nombró una comision á fin de que preparase los cargos. A pesar de ser corto el número de los individuos presentes alzáronse muchas voces contra semejante medida: pedian unos que no se hiciese mas que deponerlo como se verificó en lo antiguo con algunos de sus predecesores: otros sin decirlo hubieran deseado que se deshicieran de él clandestinamente de modo que fuese posible aprovecharse de su muerte sin responder de ella; pero los libertinos osados, los entusiastas sinceros, los republicanos rígidos querian un juicio público y solemne, que acreditase su fuerza y proclamara su derecho. Solo Cromvell que era quien con mas ardor lo deseaba, al hablar de él lo hacia hipócritamente. „Si alguno, dijo, hiciese esta mocion „premeditadamente lo consideraria como el mas insigne traidor del „mundo; mas puesto que la Providencia y la necesidad han pues- „to á la cámara en el caso de deliberar acerca de esto, ruego á „Dios que la ilumine aunque por mi parte no estoy dispuesto á „manifestar desde luego mi dictámen." Por uno de aquellos estraños pero irremediables escrúpulos en donde se descubre la iniquidad cuanto mas se procura encubrirla, á fin de no sujetar al rey á un juicio sin una ley en cuyo nombre pudiese condenársele, sentó como principio que habia traicion por su parte en hacer la guerra al parlamento: y á propuesta de Scott se adoptó al punto una ordenanza erigiendo un tribunal supremo con el cargo de juzgarlo. Debia componerse este tribunal de ciento cincuenta individuos, seis pares, tres magistrados superiores, once baronetes, diez caballeros, seis concejales de Londres, todos los hombres influyentes del partido del ejército, de los comunes y de la ciudad, á es-

cepcion de Saint-John y de Vane los cuales declararon formalmente que desaprobaban el acto y no querian tomar en él ninguna parte. Cuando la ordenanza se presentó á la sancion de la cámara alta manifestóse algun orgullo en aquella asamblea hasta entonces tan servil que al parecer habia transigido con su propia nulidad. "No hay parlamento sin el rey, dijo lord Manchester; y asi es que el rey no puede ser traidor con respecto al parlamento. Los comunes han querido, dijo lord Denbigh, continuar mi nombre en la ordenanza, pero me dejaré hacer pedazos antes de asociarme á tal infamia. No gusto, dijo el anciano lord Pembroke, de mezclarme en asuntos de vida ó muerte, no hablaré contra esa ordenanza, pero no consentiré en ella." Los doce lores presentes la rechazaron por unanimidad. Cuando los comunes vieron al dia inmediato que no recibian mensage alguno encargaron á dos de sus miembros que se trasladaran á la cámara alta, se hiciesen enseñar los registros y se enteraran de su resolucion. Al oir la respuesta votaron que la oposicion de los lores no servia de obstáculo alguno; que como despues de Dios el pueblo era el origen de todo poder legítimo, los comunes de Inglaterra, elegidos por el pueblo y representantes suyos, tenian el poder soberano, y por una nueva ordenanza se dispuso que el supremo tribunal de justicia instalado en nombre de los comunes solos, y reducido á ciento treinta y cinco individuos se reuniese al momento á fin de arreglar los preparativos del proceso. Congregóse en efecto con este objeto y en sesion secreta en los dias 8, 10, 12, 13, 15, 17, 18 y 19 de enero, bajo la presidencia de Juan Bradshaw primo de Milton, jurisconsulto muy bien quisto en el foro, hombre grave y de costumbres morigeradas, pero de carácter duro y de talento limitado, fanático sincero y sin embargo ambicioso, inclinado á mejorar su fortuna si bien dispuesto á sacrificar su vida por su opinion. La ansiedad pública era tanta que en el mismo tribunal se manifestó una division espantosa, de modo que ni las reuniones ni todos los esfuerzos bastaron para juntar en las sesiones preparatorias mas de cincuenta miembros. Fairfax se presentó en ellas la primera vez y no volvió á parecer. Entre los mismos indi-

viduos presentes algunos solo acudieron allí para declarar su oposicion: tal fue la conducta que entre otros observó Algernon Sidney, jóven todavía, pero muy influyente en el partido republicano. Cuando supo en el castillo de Penshurst en donde estaba con su padre que se le habia nombrado individuo del tribunal supremo, marchó al punto para Londres, y en las sesiones de los dias 13, 15 y 19 de enero, por mas que la cuestion parecia decidida, se opuso enérgicamente al proceso. Temia en particular la aversion con que el pueblo miraria la república, y tambien le atemorizaba quizás una insurreccion imprevista que salvase al rey y derrocara al nuevo gobierno. „Nadie se moverá, esclamó Cromwell á quien „estos vaticinios mortificaban; os aseguro que le cortarémos la „cabeza con corona y todo." „Haced lo que gusteis, replicó Sid„ney, puesto que yo no puedo impedíroslo; mas estad seguro de „que no tomaré parte alguna en todo esto." Reducido finalmente el tribunal á los miembros que quisieron pertenecer á él, se ocupó de arreglar las fórmulas del proceso. Juan Coke, abogado de alguna nota y amigo íntimo de Milton fue nombrado fiscal, y en esta calidad quedó encargado de llevar la palabra ya en la acusacion, ya en los interrogatorios. Elsing que hasta entonces habia sido escribano cartulario de los comunes acababa de retirarse á pretesto de estar enfermo, y se le dió por sucesor á Enrique Scobell. Fijóse con mucho escrúpulo cuáles y cuántos regimientos darian el servicio durante la instruccion de la causa; en dónde se colocarian centinelas, y las pusieron hasta en todas las ventanas que daban á la sala: determinóse formar barreras á fin de separar por todos lados al pueblo, no solo del tribunal sino tambien de los soldados. Finalmente se señaló el dia 20 de enero para que el rey pareciese ante el tribunal en Westminster-hall, y el dia 17 como ya se le hubiese condenado se nombró una comision á fin de que recorriese los palacios, castillos y demas lugares en que hubiese habitado el príncipe, para formar un exacto inventario de los muebles que desde entonces pasaban á ser propiedad del parlamento.

Cuando el coronel Whitchcott gobernador de Windsor partici-

pó al rey que en breve seria trasladado á Londres contestó: „Dios está en todas partes, y en todas partes son los mismos su „poder y su bondad." Sin embargo esta nueva le causó una viva y repentina inquietud: desde tres semanas á aquella parte vivia en la mas admirable seguridad, sabiendo mal y pocas veces lo que en la cámara se iba resolviendo, alimentándose con algunas noticias de Irlanda que le prometian prontos ausilios, y manifestándose tan confiado y alegre que admiraba á las mismas personas de su servidumbre. „Dentro de seis meses, decia, la paz se habrá resta„blecido en toda Inglaterra, y si asi no fuese recibiré de Irlanda, „de Dinamarca y de otros reinos los socorros necesarios para re„cobrar mis derechos." Otro dia dijo: „Tengo todavía cuatro car„tas para sacar en el juego, y la peor de ellas basta para que vuel„va á ganar todo lo perdido." Sin embargo poco antes ocurrió una circunstancia que le habia turbado. Hasta los últimos dias de su permanencia en Windsor se le sirvió con toda la etiqueta de la corte, comia en público en el salon de gala, bajo dosel: el chambelan, el trinchante, el mayordomo mayor ejercian sus funciones segun la costumbre de palacio, se le presentaba la sopa de rodillas, llevábanle los platos tapados, los gustaban y él gozaba de todo este respeto y de este aparato solemne con la gravedad mas grande. De repente y por efecto de una carta llegada del cuartel general se varió todo esto; los soldados llevaban los platos descubiertos, nadie los probaba, nadie se volvió á arrodillar para servirle y cesó absolutamente toda la etiqueta. Mucho fue ló que esto apesaró á Cárlos. „Las consideraciones que me „niegan, decia, nunca le han faltado á un soberano, ni aun á „los súbditos de rango elevado: no hay en el mundo cosa „mas despreciable que un príncipe á quien se envilece." A fin de no sufrir este ultrage no quiso comer sino en su cuarto, y casi solo, eligiendo dos ó tres platos de la lista que se le presentaba.

El viernes 19 de enero llegó á Windsor un cuerpo de caballería mandado por Harrison y con el encargo de llevar al rey, y en el patio del palacio aguardaba una carroza con seis caballos. En ella

entró Cárlos, y pocas horas despues estaba en Londres y en el palacio de San-James, rodeado de guardias con dos centinelas de vista y sin otro servidor que Herbert que dormia al lado de su cama.

Hácia el medio dia del 20, el tribunal reunido primero en sesion secreta procuraba arreglar los últimos pormenores de su encargo: estaba apenas concluida la prez cotidiana cuando se dió aviso de que el rey iba á llegar de un momento á otro en una silla de manos cerrada y puesto entre filas. Cromwell salió á la ventana, y volviendo pálido aunque muy animado dijo: „Aqui está, aqui está, la hora se acerca, señores, decidid pronto lo que habeis de „responderle: hacedlo, hacedlo, porque en el acto os preguntará en nombre de quién y porqué autoridad quereis juzgarle." Nadie tomaba la palabra, cuando Enrique Martyn dijo: „Debe decírsele „en nombre de los comunes reunidos en parlamento y de todo el „buen pueblo de Inglaterra." Ninguno manifestó oposicion: el tribunal se puso en marcha para trasladarse con toda solemnidad á la grande sala de Westminster: iba á su cabeza el lord presidente Bradshaw, delante de él llevaban la maza y la espada y precedian al tribunal diez y seis oficiales armados de partesanas. El presidente se sentó en un sillon de terciopelo carmesí, á sus pies estaba el escribano sentado cerca de una mesa cubierta con un rico tapete de Turquía, y encima de la cual se puso la maza y la espada; á derecha é izquierda se colocaron los individuos del tribunal en asientos de paño de color de escarlata, y á los dos estremos estaban los hombres de armas un poco adelantados al tribunal. Instalado este se abrieron todas las puertas, la multitud se presentó en la sala; á poco rato se restableció el silencio, y despues de la lectura del acta de los comunes que erigia el tribunal se llamó nominalmente á todos sus individuos, de los cuales estaban presentes setenta. „Sargento, esclamó el presidente, que traigan el preso."

Presentóse el rey custodiado por el coronel Hacker y treinta y dos oficiales; estaba preparado para él un asiento de terciopelo carmesí, adelantóse, arrojó al tribunal una mirada severa y sentóse sin quitarse el sombrero, volvió á levantarse al punto, miró detras

de él la guardia puesta á su izquierda, y la muchedumbre de los espectadores que estaba á la derecha de la sala; otra vez miró á los jueces y volvió á sentarse en medio de un silencio universal.

Bradshaw se levantó al instante y dijo: „Cárlos Stuart rey de „Inglaterra, los comunes de Inglaterra, reunidos en parlamento, „y profundamente afectados por el sentimiento de los males que „se han hecho caer sobre esta nacion, y de los cuales sois conside„rado principal autor, han resuelto perseguir este crímen: con tal „objeto han erigido este supremo tribunal de justicia ante el cual „compareceis en este dia. Vais á oir los cargos que pesan sobre „vos."

El fiscal Coke se levantó para tomar la palabra, mas el rey tocándole la espalda con el baston le dijo: ¡Silencio! Coke se volvió sorprendido y airado, el puño del baston del rey se cayó, su rostro se alteró profundamente por un instante, y como no tenia cerca á nadie que pudiese recogerle el puño, se bajó, cogiólo, volvió á sentarse y Coke leyó el acta de acusacion en la cual imputando al rey todos los males originados al principio de la tiranía y despues de la guerra pedia que se le obligara á responder á los cargos, y que se lo juzgara como tirano, traidor y homicida.

Durante la lectura el rey sentado siempre paseaba sus tranquilas miradas unas veces por los jueces y otras por el público; por un momento se levantó otra vez, dió la espalda al tribunal para ver lo que detras de él pasaba y volvió á sentarse con aire curioso é indiferente; solo á las palabras de „Cárlos Stuart, tirano, trai„dor y homicida" se echó á reir, aunque manteniéndose siempre callado.

Concluida la lectura Bradshaw dijo al rey: „Caballero, habeis oido el acta de vuestra acusacion, y el tribunal espera vuestra respuesta."

El rey: Quisiera saber cuál es el poder que aqui me llama. Hace poco tiempo que estaba en la isla de Wight, negociando con las dos cámaras del parlamento bajo la garantía de la fe pública. Estábamos ya muy próximos á concluir el tratado. Quisiera saber por qué autoridad, es decir, autoridad legítima, porque en el mundo hay muchas de ilegítimas como la de los ladrones y salteado-

res de caminos públicos; digo que por qué autoridad he sido arrancado de allí y conducido de lugar en lugar, no adivino con qué intento. Cuando sepa cuál es esta autoridad legítima entonces contestaré.

El presidente: Si hubierais querido escuchar lo que el tribunal os ha dicho á vuestra llegada sabriais cuál es esa autoridad; y esta autoridad os requiere en nombre del pueblo de Inglaterra por quien fuisteis elegido rey para que le contesteis.

El rey: No señor: esto lo niego.

El presidente: Si no reconoceis la autoridad del tribunal este va á proceder contra vos.

El rey: Os digo que la Inglaterra jamas ha sido una monarquía electiva, sino que hace cerca de mil años que es hereditaria. Decidme pues por qué autoridad soy llamado aquí: Ahí está el teniente coronel Cobbett; preguntadle si no es cierto que se me ha arrancado á la fuerza de la isla de Wight. Yo sostendré como cualquier otro los justos privilegios de la cámara de los comunes; pero, ¿en dónde estan los lores? Yo no veo lores para constituir el parlamento. En él se necesita tambien un rey. ¿Es esto lo que se llama traer al rey á su parlamento?

El presidente: Caballero: el tribunal aguarda de vos una respuesta definitiva. Si lo que por nuestra autoridad os decimos no os basta, nos bastará á nosotros, porque sabemos que está fundado en la autoridad de Dios y del reino.

El rey: Esto no deben decidirlo ni mi opinion ni la vuestra.

El presidente: El tribunal os ha oido y se dispondrá lo que sus órdenes manden. Llévese al preso. El tribunal se reunirá el lunes inmediato.

Retiróse el tribunal, y el rey salió con la misma escolta que le habia traido. Al levantarse vió la espada sobre la mesa y tocándola con el baston dijo: „no le tengo miedo, nó." Al bajar por la escalera oyó algunas voces que gritaban justicia, justicia, pero era mucho mayor el número de las que decian: „Dios salve al rey, „Dios salve á V. M."

Al comenzar en el dia siguiente la sesion con sesenta individuos

presentes, el tribunal conminó pena de cárcel al que rompiese el silencio, y sin embargo el rey fue recibido con muy vivas aclamaciones. Comenzó la misma discusion del dia anterior, y fue igualmente acalorada por ambas partes. Caballero, dijo al fin el presidente, ni vos ni nadie puede poner en duda la jurisdiccion del tribunal; está aqui por la autoridad de los comunes de Inglaterra, ante los cuales vos, lo mismo que vuestros predecesores, habeis sido siempre responsables.

El rey: Lo niego, citadme algun precedente.

El presidente se alzó colérico y dijo: Caballero, no estamos aqui para cuestionar con vos, hablad acerca de la acusacion, á saber, si sois culpable ó nó.

El rey: Aun no habeis oido mis razones.

El presidente: Caballero, no teneis razon alguna que esponer contra la jurisdiccion suprema entre todas las jurisdicciones.

El rey: Decidme pues cuál es esa jurisdiccion en donde la razon no es oida.

El presidente: Héla aqui, son los comunes de Inglaterra. Sargento: llévese al preso.

El rey se volvió de repente hácia el pueblo:—Acordaos, le dijo, de que el rey de Inglaterra es condenado sin que se le permita esponer las razones que tiene en favor de la libertad del pueblo. Entonces alzóse un grito general de Dios salve al rey.

En la sesion del dia 23 de enero se reprodujeron las mismas escenas: la simpatía del pueblo en favor del rey era mas clara de cada dia: en vano los oficiales y la tropa lanzaban el grito amenazador de justicia, ejecucion. La muchedumbre atemorizada callaba por un momento; mas al presentarse cualquiera nuevo incidente olvidaba el temor y hacia resonar el grito de Dios salve al rey. Los mismos soldados lo lanzaron; el dia 23 cuando Cárlos salia de la sesion un soldado gritó: Señor, que Dios bendiga á V. M.; y como un oficial le diese un bastonazo, el rey le dijo: Paréceme, caballero, que la falta del soldado no merecia un castigo tan severo. Al mismo tiempo llovian representaciones, dábanse pasos poco temibles en verdad y muchas veces poco apremiantes, pero que alimen-

taban la indignacion pública: el embajador de Francia entregó á los comunes una carta de la reina María Enriqueta que pedia permiso para reunirse con su marido, ya á fin de instarlo á que accediese á los deseos de las cámaras, ya para consolarle con su amor y su ternura: El príncipe de Gales escribió á Fairfax y al consejo de oficiales con la esperanza de dispertar en sus corazones algun sentimiento de lealtad: los comisionados de Escocia protestaron solemnemente en nombre del reino contra lo que se hacia: anuncióse la próxima venida de una embajada estraordinaria de los estados generales con el objeto de intervenir en favor del rey. Ya Juan Cromwell que estaba al servicio de la Holanda y era primo de Olivier Cromvell estaba en Londres vituperando al teniente-general y amenazando por lo que se hacia: se descubrió y detuvo la impresion de un manuscrito titulado: *Suspiros reales*, obra, segun decia, del rey mismo y capaz de producir una sublevacion para libertarlo: por todas partes se presentaban si nó grandes obstáculos al menos nuevas causas de fermentacion que en sentir de los republicanos desaparecerian indudablemente al punto que la cuestion se resolviese, pero que mientras estaba indecisa, hacia mas embarazoso y mas arriesgado cada dia su retardo. Por todas estas causas determinaron salir al punto de aquella situacion y cortar todo debate y que el rey no volviese á comparecer sino para oir la lectura de su sentencia. Sea por un resto de respeto hácia las formas legales, sea para presentar en caso necesario mas pruebas de la mala fe de Cárlos en las negociaciones, el tribunal ocupó los dias 24 y 25 en recibir declaracion á treinta y dos testigos, y el 25 al acabarse la sesion se votó casi sin discutirse la condena del rey como tirano, traidor, homicida y enemigo del pais. Scott, Martyn, Harrison, Lisle, Say, Ireton y Love fueron comisionados para redactar la sentencia. En aquel dia no asistieron al tribunal mas que cuarenta y seis miembros, y el dia 26 ante sesenta y dos individuos y á puerta cerrada se discutió y aprobó la redaccion de la sentencia y el tribunal se aplazó para el dia siguiente á fin de pronunciarla.

El 27 despues de dos horas de conferencia secreta se abrió la

Trajes civiles, en tiempo de Carlos II.

Pl. 39

Milan Sculp.

COSTUMES CIVILS SOUS LE RÈGNE DE CHARLES II. (1680)

ANGLETERRE.

sesion segun costumbre pasando lista de los individuos del tribunal. Al pronunciarse el nombre de Fairfax una voz de muger contestó desde la galería: tiene demasiado talento para estar aqui. Despues de un instante de sorpresa y de duda se continuó la lista y se hallaron presentes sesenta y siete individuos. Cuando el rey penetró en la sala oyóse un grito general de ejecucion. Los soldados estaban entusiasmadísimos; algunos oficiales y sobre todo Axtell comandante de la guardia los estimulaban á gritar, algunos grupos esparramados por la sala unieron su voz á la de la tropa; pero la multitud consternada callaba.

Caballero, dijo el rey al presidente antes de sentarse, pido hablar una palabra, y espero que no me interrumpiréis.

El presidente: Responderéis cuando os toque: escuchad antes al tribunal.

El rey: Caballero, deseo que se me oiga, no es mas que una palabra. Un juicio inmediato. . . . . . .

El presidente: Caballero, se os oirá cuando sea hora; antes debeis oir al tribunal.

El rey: Caballero, deseo. . . . . lo que voy á decir es relativo á lo que segun creo va á decir el tribunal, y no es justo, caballero. . . .

El presidente: Se os oirá, caballero, antes de pronunciar vuestra sentencia: hasta entonces debeis absteneros de hablar.

Al darle esta seguridad el rostro del rey pareció mas tranquilo y se sentó. El presidente tomó otra vez la palabra y dijo: Caballeros, todos sabeis que el preso que aqui está ha comparecido muchas veces ante el tribunal para responder á una acusacion de traicion y de otros crímenes presentada contra él en nombre del pueblo de Inglaterra.

„Ni siquiera la mitad del pueblo, gritó la misma voz que ha- „bia respondido al oir el nombre de Fairfax. ¿En donde está el „pueblo? ¿En donde está su consentimiento? Olivier Cromwell es „un traidor."

La asamblea entera se estremeció, todos los ojos se volvieron hácia la galería. Abajo las P. . . . . gritó Axtell, soldados hacedles fuego. Reconocióse entonces á lady Fairfax.

Todos los presentes quedaron consternados, los soldados que los habia en todos puntos y se mostraban amenazadores podian apenas contener al pueblo, mas al fin restablecido el órden, el presidente recordó la obstinacion con que el rey se había negado á responder á los cargos, y declaró que el tribunal unánime por lo tocante á la sentencia consentia antes de pronunciarla en oir los descargos del preso con tal que reconociese su jurisdiccion.

Pido, dijo el rey, que me oigan privadamente los lores y los comunes acerca de una proposicion que importa mucho mas á la paz del reino y á la libertad de mis súbditos que á mi conservacion propia.

El tribunal y la asamblea se manifestaron muy agitados, pues amigos y enemigos todos procuraban adivinar el objeto con que el rey pedia aquella conferencia con las dos cámaras, y qué era lo que podria proponerles: hablábase de ello en mil diferentes sentidos, la mayor parte pensaban que queria abdicar en favor de su hijo, mas como quiera que fuese el tribunal se veia muy embarazado: el partido á pesar de su triunfo no se encontraba dispuesto á perder tiempo ni á correr nuevos azares; entre los jueces mismos mostrábase alguna indecision. Para evitar el peligro el presidente sostuvo que la demanda del rey no era mas que un artificio para burlar la jurisdiccion del tribunal, y acerca de esto se entabló un largo y metafísico debate. Cárlos insistió de cada vez con mayor viveza en que se le oyera, pero cada vez los soldados lo estrechaban mas y se hacian mas insultantes: los unos encendian las pipas y le arrojaban humo, los otros se quejaban con palabras groseras de la lentitud del proceso. Axtell se reia y se zumbaba en alta voz. En vano el rey se volvió hácia ellos distintas veces, y ahora con gestos ahora con la voz procuró que se le oyera ó al menos que se restableciese el silencio, pero se le contestaba: justicia, ejecucion. Turbado finalmente y fuera de sí, gritó con acento firme: oidme, oidme. Reprodujéronse los gritos de antes y se notó entre los individuos del tribunal un movimiento inesperado. El coronel Downs que era uno de ellos se removia en su asiento, y en vano sus dos vecinos Cawley y el coronel Wanton procu-

raban contenerlo. ¿Y qué, esclamó, acaso nuestros corazones son de piedra? ¿Somos hombres ó no lo somos? Nos perdeis, le dijo Cawley, y con nosotros os perdeis tambien vos. No importa, replicó Downs, aun cuando debiese costarme la vida no callaria. Á estas palabras Cromwell que estaba sentado inmediato á él, se volvió desabridamente y le dijo: coronel ¿estais en vuestro juicio? ¿En qué pensais? ¿No sabeis estaros quieto? Nó, repuso Downs, no puedo estar quieto, y levantándose en seguida, dijo al presidente: Milord, mi conciencia no me permite rechazar la demanda del preso: pido pues que el tribunal se retire para deliberar acerca de ella. Puesto que uno de los individuos del tribunal lo pide, dijo con mucha gravedad el presidente, el tribunal se retirará. Al instante pasaron todos á una sala inmediata.

Apenas hubieron entrado en ella cuando Cromwell reconvino agriamente al coronel pidiéndole cuenta del desórden y de las dificultades en que habia puesto al tribunal. Downs se defendió aunque estaba muy turbado, diciendo que las proposiciones del rey quizás serian satisfactorias, y que en resumidas cuentas lo que siempre se habia buscado y se buscaba aun eran buenas y sólidas garantías: que no era justo rechazar las que el rey ofrecia antes de tener conocimiento de ellas, y que á lo menos se le debia oir, y respetar para con él las mas sencillas reglas del derecho comun. Cromwell le escuchaba con una impaciencia brutal, removíase á todos lados, y al fin interrumpiéndole le dijo: "Hénos aqui enterados de los poderosos motivos que el coronel alega para causar este trastorno; no sabe que tiene que habérselas con el hombre mas inflexible del mundo; ¿es justo que el tribunal se deje distraer y estorbar por la terquedad de un hombre? Ya se ve el objeto de todo esto; el coronel quisiera salvar á su antiguo amo; acabemos, volvamos á entrar y cumplamos con nuestro deber." En vano apoyaron la proposicion de Downs el coronel Harvey y algunos otros, la discusion quedó al punto sofocada y á la media hora el tribunal volvió á entrar en sesion y el presidente declaró al rey que no se admitia su proposicion.

Cárlos pareció vencido y no insistió sino con mucha flojedad:

„Si nada teneis que añadir, le dijo el presidente, se procederá á „sentenciar. Nada añadiré, dijo el rey, y solo quisiera que se no- „tase lo que he dicho."

El presidente sin contestar le hizo enteuder que iba á oir su sentencia; mas antes de mandar leerla dirigió al rey un largo discurso que era una solemne apología de la conducta del parlamento, y en el cual se hizo mencion de todos los yerros del rey y se le achacaron todos los males de la guerra civil; puesto que su tiranía hizo que la resistencia fuese un deber y una necesidad. El lenguage del presidente fue duro y amargo, pero grave y decoroso, y pareció íntimamente convencido por mas que se trasluciera algun impulso de venganza. El rey le escuchó sin interrumpirle y con la misma gravedad; pero á medida que el discurso caminaba hácia su término se le veian aparecer en el rostro todas las señales de la turbacion; y cuando el presidente calló quiso tomar la palabra, mas se opuso á ello el presidente mandando luego al escribano que leyera la sentencia. Acabada la lectura preguntó si era aquella el acta, el parecer y el juicio unánime del tribunal, y el tribunal entero se levantó en señal de asentimiento. Caballero, preguntó bruscamente el rey, ¿quereis escuchar una palabra?

El presidente: Caballero, no se os puede oir despues de la sentencia.

El rey: ¿Cómo nó?

El presidente: Nó, caballero, perdonad, pero no puede ser. Guardias, llevad al preso.

El rey: Puedo hablar despues de la sentencia. . . . . . Perdonad, caballero, pero no se me puede negar el derecho de hablar despues de la sentencia. Con vuestro permiso. . . . . Esperad. . . La sentencia, caballero. . . . digo que. . . . . . no se me permite hablar, discurrid pues qué justicia pueden esperar los otros cuando á mí se me niega."

En aquel mismo instante le circuyeron los soldados y arrancándolo del asiento lo llevaron con violencia hasta el sitio en que le aguardaba la silla de manos. Al bajar la escalera hubo de sufrir los mas groseros insultos: unos arrojaban las pipas encendidas en

el punto por donde habia de pasar, los otros le arrojaban á la cara el humo del tabaco y todos le gritaban al oido: justicia, ejecucion. A estos gritos sin embargo el pueblo mezclaba algunas veces las esclamaciones de „ Dios salve á V. M., Dios saque á V. M. de manos „ de sus enemigos." Hasta que estuvo encerrado en la silla los que lo habian de llevar se mantuvieron con la cabeza descubierta á pesar de las órdenes de Axtell que llegó hasta el estremo de pegarles. La comitiva marchó hácia Whitehall cuyo camino tenia guarnecido la tropa: delante de las tiendas y en las puertas y ventanas habia una muchedumbre inmensa y silenciosa, algunas personas que lloraban y otras que en voz alta oraban por el rey. Los soldados deseosos de celebrar su triunfo á cada paso repetian los gritos de justicia, justicia, ejecucion, ejecucion; pero Cárlos habia recobrado su habitual serenidad, y no permitiéndole su orgullo creer que el odio de la tropa fuese verdadero, dijo al salir de la silla: „ miserables, por un chelin gritarian lo mismo contra sus „ oficiales."

Vuelto apenas á Whitehall dijo á Herbert: „ Mi sobrino el prín„cipe elector, y algunos lores que me son adictos harán todos „ los esfuerzos imaginables para verme; yo se los agradezco pero „ el tiempo que me queda es corto y precioso, y deseo emplearlo „ en la salvacion de mi alma; asi espero pues que no llevarán á „ mal que no quiera recibir sino á mis hijos. El mayor servicio „ que pueden hacerme ahora los que me aman es orar por mí." En efecto pidió que le dejaran ver á sus hijos menores, la princesa Isabel y el duque de Glocester, que habian quedado bajo la custodia del parlamento, y al obispo de Londres Juxon, cuyos ausilios espirituales habia ya recibido por la mediacion de Hugo Peters. Accedióse á las dos peticiones. El dia 28 el obispo fue á San James á donde acababan de llevar al rey, y al verle dió rienda á su dolor. „ Dejemos esto, milord, le dijo el rey: nos falta tiempo „ para ello, pensemos en el importante negocio de mi salvacion; „ es menester que me disponga á presentarme delante de Dios, á „ quien en breve tendré que dar cuenta de mí. Espero que podré „ prepararme con calma, y cuento con vuestro ausilio. No hable-

„mos de esos miserables, en cuyo poder estoy: tienen sed de mi „sangre y la derramarán, pero hágase la voluntad de Dios. Le doy „gracias por todo, perdono sinceramente á todos ellos, pero no „hablemos de semejantes hombres.” Pasó el resto del dia en piadosas conferencias con el obispo que estaba solo con él en el cuarto en dónde al principio el coronel Hacker habia puesto dos soldados; pero al fin los hizo salir aunque durante la conferencia con el obispo abrian de cuando en cuando la puerta para cerciorarse de que el rey estaba allí: segun él lo habia previsto su sobrino el príncipe elector, el duque de Richmond, el marques de Hertford, los condes de Southampton, de Lindsey, y algunos otros de sus mas antiguos servidores se presentaron para verle; pero no los recibió. El mismo dia llegó de la Haya Mr. Seymour, gentil-hombre de la servidumbre del príncipe de Gales de quien trajo una carta. El rey mandó que le hiciesen entrar, leyó la carta, arrojóla al fuego, y dada respuesta verbal al mensagero, le despidió en el acto. Al amanecer del siguiente dia 29 el obispo retornó á San James, y terminada la prez matutinal, el rey hizo traer una arquilla en que estaban las cruces de San Jorge y de la órden de la Jarretera hechas pedazos. „Hé aqui, dijo á Juxon y á Herbert la única rique„za que puedo dejar á mis hijos.” Lleváronselos entonces: la princesa Isabel de doce años, apenas vió á su padre derramó lágrimas; el duque de Glocester que tenia ocho lloraba tambien al ver llorar á su hermana. Cárlos se los sentó en los muslos, les repartió las joyas, consoló á su hija, le dió consejos acerca de los libros que debia leer para afirmarse contra el papismo, encargóle que dijera á sus hermanos que habia perdonado á sus enemigos, y á su madre que jamas dejó de pensar en ella, y que hasta el postrer momento la amaria como en el dia primero. Volviéndose despues al duque niño le dijo: „tierno amor mio, van á cortar la cabeza á „tu padre;” el niño lo miraba de hito en hito y con aire muy serio. „Atiende bien, hijo mio, prosiguió el rey, lo que voy á decir„te: van á cortarme la cabeza y quizás á hacerte rey; pero escu„cha bien lo que te digo; tú no puedes ser rey mientras vivan „tus dos hermanos Cárlos y Jacobo, porque les cortarán la cabeza

„si pueden cogerlos, y acabarán por cortártela tambien á tí: te „mando pues que nunca te dejes hacer rey por ellos." Antes me dejaré hacer pedazos, contestó el niño conmovido. El rey lo abrazó con la mayor ternura, lo bajó de sus brazos, estrechó en ellos á su hija, bendijo á los dos, pidió á Dios que los bendijera, y en seguida alzándose de repente dijo á Juxon: haced que se los lleven. Los niños sollozaban, el rey de pie y apoyando la cabeza contra el ángulo de una ventana procuraba reprimir el llanto: abrióse la puerta, y los niños iban á salir cuando Cárlos se separó precipitadamente de la ventana, volvió á cogerlos, los bendijo de nuevo, y arrancándose en fin á sus caricias, cayó de rodillas y volvió á orar juntamente con el obispo y con Herbert, únicos testigos de aquella tristísima despedida.

La misma mañana se congregó el tribunal y fijó para la ejecucion el martes 30 de enero entre las diez de la mañana y las cinco de la tarde. Cuando fue preciso firmar la órden fatal fue muy difícil reunir á los comisionados: en vano dos ó tres de los mas exaltados estaban en la puerta de la sala deteniendo á los compañeros que iban pasando para ir á la cámara de los comunes y apremiándolos á que fuesen á poner su nombre, pues muchos de los mismos que habian votado por la condena procuraron esconderse ó se negaron terminantemente á firmarla. Cromwell que era el único que estaba alegre, bullicioso, atrevido, se chanceaba y dirigia bufonadas á todos; y despues de haber firmado en tercer lugar, ensució de tinta el rostro de Enrique Martyn que hizo lo mismo con el suyo. El coronel Ingoldsby su primo, y que era uno de los jueces pero que no tomó asiento en el tribunal, entró por casualidad en la sala. Esta vez, dijo Cromwell, no se nos escapará; y cogiendo á Ingoldsby, riendo á carcajadas y con la ayuda de algunos individuos que allí habia, le metió la pluma entre los dedos y llevándole la mano le obligó á firmar. Finalmente se recogieron cincuenta y nueve firmas, pero muchas de ellas estaban tan borroneadas, sea por la turbacion, sea á propósito, que era casi imposible leerlas. La órden se dirigió á los coroneles Hacker y Huncks, y al teniente coronel Phayre, encargados de la ejecucion. En vano

los embajadores estraordinarios de los estados generales que hacia cinco dias estaban en Londres pidieron una audiencia á las cámaras, pues ni su demanda oficial ni sus visitas á Fairfax, Cromwell y algunos otros gefes pudieron alcanzarla. De repente se les dió aviso de que á la una los recibirian los lores y á las tres los comunes. Presentáronse á toda prisa, y desempeñaron su encargo: se les prometió una respuesta, y al volver á su posada vieron comenzar en frente de Whitehall los preparativos para la ejecucion. Los embajadores de Francia y España los habian visitado, pero ni uno ni otro quisieron tomar parte en los pasos que daban: el primero se contentó con protestar que desde mucho antes habia previsto aquel golpe fatal y hecho todo lo posible para impedirlo, y el segundo dijo que aun no habia recibido de su corte órden alguna para intervenir, si bien la aguardaba de un momento á otro. La entrevista que los dos holandeses tuvieron con Fairfax el dia siguiente les dió alguna vislumbre de esperanza, pues al general le hicieron sensacion las reflexiones de los embajadores, y parecia dispuesto á salir de su inercia y aun prometió trasladarse al punto á Westminster á fin de alcanzar á lo menos un plazo; mas al salir de la visita los dos enviados hallaron una partida de caballería que hacia desocupar la plaza; todas las avenidas estaban ocupadas por la tropa, y por todas partes oian decir que todo estaba dispuesto y que el rey no tardaria en presentarse.

Efectivamente muy de mañana en un cuarto de Whitehall al lado de la cama en que dormian juntos Ireton y Harrison, estaban reunidos Cromwell, Hacker, Huncks, Axtell y Phayre para redactar el último acto de aquel terrible procedimiento, á saber, la órden que habia de darse al ejecutor: „Coronel, dijo Cromwell á „Huncks, vos debeis escribirla y firmarla." Huncks se negó obstinadamente á verificarlo. „¡Qué hombre tan terco! esclamó Crom„well. En verdad, amigo Huncks, le dijo Axtell, yo me avergüenzo „por vos; teneis el barco en la boca del puerto, y quereis reco„ger las velas antes de echar el ancla." Huncks insistió en la negativa, Cromwell se sentó refunfuñando, escribió por sí mismo la órden, presentóla al coronel Hacker y este la firmó sin inconveniente.

Casi en el mismo instante y despues de cuatro horas de un profundo sueño Cárlos se levantaba. „He de concluir un negocio muy „importante, dijo á Herbert, y por lo mismo es menester madru„gar." Púsose en seguida en el tocador, y como Herbert conturbado le peinaba con menos aliño de lo que solia, el rey le dijo que le rogaba pusiese en ello mucho esmero, ya que su cabeza debia estar poco tiempo sobre sus hombros, puesto que queria presentarse ataviado lo mismo que un novio. Al vestirse pidió otra camisa diciendo: „la estacion es tan fria que pudiera ser que temblase; „algunas personas lo atribuirian á miedo y no quiero que sea po„sible suponer semejante cosa." Apenas hubo amanecido cuando se presentó el obispo y comenzaron los ejercicios piadosos, y como el prelado leyese en el capítulo 27 del Evangelio de San Mateo el relato de la pasion de Jesucristo, el rey le preguntó: „¿Milord, „habeis escogido ese capítulo como el mas aplicable á mi situacion „actual? Ruego á V. M., respondió el obispo, que tenga presen„te que es el Evangelio del dia como lo prueba el calendario." El rey pareció estar muy afectado y continuó orando con mucho mas fervor. Hácia las diez de la mañana llamaron suavemente á la puerta. Herbert se quedó inmóvil, oyóse otro golpe algo mas fuerte aunque nó recio. „Id á ver quién es", dijo el rey. Era el coronel Hacker. „Hacedle entrar, continuó el rey. Señor, dijo el coronel „en voz baja y casi temblando, ha llegado el momento de ir á „Whitehall, allí podrá V.M. descansar una hora. Parto al instante, „dijo el monarca, dejadme." Hacker salió; el rey se recogió un momento, y despues tomando por la mano al obispo le dijo: „Ve„nid, partamos: Herbert, abrid la puerta pues Hacker vuelve á „llamarme." Al momento bajó al parque que debia atravesar para trasladarse á Whitehall. Allí le esperaban muchas compañías de infantería formando dos filas en el camino, al frente iba un destacamento de alabarderos con bandera desplegada y tambor batiente, cuyo estrépito ahogaba las voces. A la derecha del rey marchaba el obispo, á su izquierda el coronel Tomlinson con la cabeza descubierta y al frente de la custodia, al cual Cárlos conmovido al ver los miramientos que le guardaba suplicó que no le

dejase hasta el último instante. Durante el camino habló con él acerca de su entierro y de las personas á quienes deseaba que esto se encargase. Su continente era sereno, sus miradas brillantes, el paso firme y mas veloz que el de la tropa, de modo que se manifestaba pasmado de su lentitud. Uno de los oficiales del piquete, creyendo sin duda desconcertarle, le preguntó si habia concurrido con el difunto duque de Buckingham á la muerte del rey su padre. „Amigo mio, le contestó Cárlos, con dulzura y con desprecio, si no pesase sobre mí otro pecado que ese, pongo á Dios por „testigo de que no tendria necesidad de pedirle perdon." Al llegar á Whitehall subió la escalera con mucha agilidad, atravesó la galería y llegó á su dormitorio en donde le dejaron solo con el obispo que se disponia á darle la comunion. Algunos ministros independientes entre ellos Nye y Goodwin llamaron á la puerta diciendo que querian ofrecer sus servicios al rey. El rey está orando, les dijo Juxon, y como ellos insistiesen, Cárlos dijo al obispo: agradéceles en mi nombre su ofrecimiento y diles con franqueza, que despues de haber orado tantas veces contra mí y sin ningun motivo, no orarán conmigo en los momentos de mi agonía. Si quieren pueden rogar por mí y se lo agradeceré. Retiráronse entonces, el rey se arrodilló, recibió la comunion de manos del obispo, y levantándose con viveza: Vengan, dijo, esos malvados, les he perdonado con toda mi alma y estoy dispuesto para todo lo que va á sucederme. Aunque le habian preparado comida no queria tomar cosa alguna, pero Juxon le hizo observar que estaba en ayunas, que hacia frio, y que pudiera suceder que en el cadalso tuviese un desmayo. Es cierto, dijo el rey, y tomando un bocado de pan bebió medio vaso de vino. Era la una cuando Hacker llamó á la puerta; Juxon y Herbert cayeron de rodillas. „Alzad, mi buen amigo," dijo el rey al obispo alargándole la mano. Entonces Hacker volvió á llamar, el rey mandó abrir la puerta y dijo al coronel: Andad, ya os sigo. Adelantóse á lo largo de la sala de los banquetes metido siempre entre dos filas de soldados: habíanse presentado allí una multitud de hombres y mugeres con riesgo de la vida: manteníanse inmóviles detras de la tropa y rezaban por el rey á medida que

iba pasando, y los soldados silenciosos no los molestaban. Una abertura hecha en la estremidad de la sala conducia al cadalso cubierto de negro, en cuyos dos lados estaban en pie y cerca de la segur dos hombres vestidos de marineros y con careta. Llegó el rey con la cabeza erguida, paseando por todas partes sus miradas, y buscando con ellas al pueblo para hablarle; pero en la plaza no habia mas que soldados, y nadie podia acercarse. Cárlos se volvió entonces hácia Juxon y hácia Tomlinson y les dijo: Solos vosotros podeis oirme, y por tanto os hablaré á vosotros. Entonces les dirigió un discurso que habia preparado, grave y calmoso hasta rayar en frio, y cuyo objeto era sostener que él habia tenido razon, que el desprecio de los derechos del soberano era la verdadera causa de las desgracias del pueblo, que el pueblo no debia tener parte alguna en el gobierno y que solo haciéndolo asi recobraria el reino la paz y la libertad. Mientras hablaba, alguno tocó la segur, por lo cual Cárlos se volvió precipitadamente y dijo: „no echeis á perder la segur, porque me haria mas daño." Al acabar su discurso otra persona se acercó á la segur y Cárlos con acento de terror esclamó: „Cuidado con la segur." Reinaba el mas profundo silencio: el rey se puso un gorro de seda, y dirigiéndose al ejecutor le preguntó si los cabellos le estorbaban. Ruego á V. M., contestó el verdugo inclinándose, que se los arregle debajo del gorro. El rey lo hizo con ayuda del obispo. Tengo á mi favor, dijo el rey mientras hacia esto, una buena causa y un Dios clemente. Sí señor, contestó el obispo, no hay mas que un paso que salvar, ciertamente hay en él mucho terror, pero es breve; pensad que vais á correr un trecho inmenso, pues pasais desde la tierra al cielo. Paso de una corona corruptible á otra incorruptible, dijo el rey, y allá arriba no hay angustia alguna, ninguna especie de angustia; y volviéndose hácia el ejecutor le preguntó si tenia los cabellos bien arreglados. Quitóse entonces la capa y la cruz de San Jorge. Dió esta al obispo diciéndole: „acordaos de mí." Entregó luego la capa, y mirando el tajo dijo al ejecutor: colocadle de manera que esté bien firme. Está firme, Señor, dijo el verdugo. El rey le contestó: haré una oracion breve y cuando estienda

las manos entonces. . . . . Recogióse en sí mismo, se dijo algunas palabras en voz baja, alzó los ojos al cielo, arrodillóse; colocó la cabeza en el tajo, y como el ejecutor tomó los cabellos para meterlos mejor dentro del gorro, el rey creyó que iba á herirle y le dijo: espera la señal. La esperaré todo lo que gusteis, señor, le contestó el verdugo. A los pocos momentos estendió las manos, el ejecutor hirió, y la cabeza cayó al primer golpe. Hé aqui la cabeza de un traidor, dijo el verdugo enseñándola al pueblo: un largo y sordo gemido se oyó en derredor de Whitehall, muchas gentes se precipitaron al pie del cadalso para empapar los pañuelos en la sangre del rey, y á poco rato se adelantaron dos piquetes de caballería que dispersaron lentamente la muchedumbre. Cuando la plaza quedó solitaria sacaron el cuerpo de Cárlos que estaba ya metido en el ataud y Cromwell quiso verlo; contemplólo con cuidado, y levantando con las manos la cabeza como para cerciorarse de que estaba separada del tronco esclamó: era un cuerpo bien constituido y que prometia larga vida.

El féretro estuvo puesto en público durante siete dias en Whitehall, precipitábase á la puerta una multitud inmensa pero eran pocos los que alcanzaban permiso para entrar. El dia 6 de febrero por órden de los comunes fue entregado á Herbert y á Mildmay, con el permiso de hacerlo enterrar en Windsor en la capilla de San Jorge en donde fue depositado Enrique VIII. La traslacion se hizo sin pompa pero de un modo decoroso: arrastraban el féretro seis caballos enlutados, seguian cuatro coches, dos de ellos guarnecidos del mismo modo y que llevaban á los últimos servidores del rey que le habian acompañado á la isla de Wight. El siguiente dia 8 con el asentimiento de los comunes el duque de Richmond, el marques de Hertford, los condes de Southampton y de Lindsey y el obispo Juxon llegaron á Windsor para asistir á los funerales, é hicieron grabar sobre el féretro este sencillo epitafio.

CARLOS REY,
1648 (1).

(1) El año ingles comenzaba entonces en 24 de marzo y por consiguiente murió segun nuestra cuenta en 9 de febrero de 1649.

Cuando se trasladó el cadáver desde el interior del castillo á la capilla, el tiempo que hasta entonces estuvo sereno y hermoso se cambió de repente, y caia tanta nieve que el paño mortuorio que era negro se cubrió enteramente de ella y los servidores del rey gozaron viendo en la repentina blancura del ataud de su desventurado amo, un símbolo de su inocencia. Llegada la comitiva al lugar elegido para la sepultura, el obispo Juxon se disponia á oficiar segun los ritos de la iglesia anglicana, pero el gobernador del castillo se opuso á ello diciendo: „La liturgia decretada por „las dos cámaras obliga al rey lo mismo que á todos los demas „ingleses." No hubo mas remedio que someterse, no se practicó ceremonia alguna religiosa, y apenas estuvo el féretro metido en la huesa cuando todos salieron de la capilla y el gobernador cerró la puerta.

La cámara de los comunes hizo que se le presentase la cuenta de los gastos ocasionados en las exequias, y para pagarlos votó la cantidad de quinientas libras esterlinas.

FIN DEL PERIODO DE LA REVOLUCION POR M. GUIZOT.

LA REPUBLICA.

El homicidio de un rey no mata á un solo hombre sino que rompe todos los lazos de la sociedad porque estan unidos con la existencia del monarca: de ello se vió una prueba en Inglaterra en donde la ejecucion de Cárlos dió al parecer la señal de una confusion absoluta. Todos se creian llamados á reformar el gobierno y todos fueron á presentar sus planes. Los milenarios ó sean los hombres de la quinta monarquía con el objeto de preparar el camino de Jesucristo cuya próxima venida esperaban, pedian la abolicion de las leyes protectoras de la propiedad y el reparto de los bienes entre todos los ciudadanos. Los antinonios sostenian que los electos dirigidos por el espíritu de Dios que se manifestaba interiormente en sus almas no necesitaban otro guia, que por lo mismo eran inútiles y hasta nocivos los preceptos enseñados por la moral y prescritos por la humana justicia. Otros entusiastas políticos habia que no querian culto, reclamaban la abolicion de los establecimientos religiosos, y pretendian asimismo echar abajo la jurisprudencia para rehacerla de nuevo, separándola de todo lo pasado que iba á ser abolido. En el ejército los niveladores se dividian en varias clases, los cavadores y los desarraigadores pretendian apoderarse de los matorrales y de los terrenos eriales como correspondientes á aquellos que los cultivasen. Los turbulentos eran salteadores de caminos, partiendo del principio de que los bienes habian de pertenecer al mas fuerte. En una palabra, las pasiones desencadenadas daban diariamente orígen á los mas estraños y monstruosos principios, y los hombres pensaban seriamente en los medios de aplicarlos. No quedaba mas autoridad reconocida que la del parlamento, la cual dió comienzo á su obra. El dia mismo en que murió el rey y antes que saliese de Londres correo alguno publicaron los comunes un decreto declarando traidor á cualquiera que proclamase en lugar del rey difunto y como sucesor suyo á *Cárlos Stuart su hijo, llamado comunmente el príncipe*

de Gales, ó á *cualquier otra persona, bajo cualquiera título que fuese*. El dia 6 de febrero despues de un largo debate y á pesar de la oposicion de veinte y nueve diputados contra cuarenta y cuatro, abolieron formalmente la cámara de los lores, como inútil y peligrosa, y al dia siguiente se hizo un decreto en estos términos: „La esperiencia ha probado y esta cámara declara que el „oficio de rey es en este pais inútil, gravoso y peligroso para la „libertad, la seguridad y el bien del pueblo; en consecuencia de „lo cual queda abolido desde este dia." Grabóse un gran sello en cuyo anverso estaba la Carta de Inglaterra y de Irlanda con las armas de los dos paises, y el reverso representaba la cámara de los comunes en acto de sesion con este exergo propuesto por Enrique Martyn: *El año primero de la libertad restaurada por la gracia de Dios*, 1648. A la inscripcion de *Cárlos rey*, que habia en las monedas sustituyeron la de *La República de Inglaterra*. El nombre y las armas del rey fueron borrados de todos los lugares en que estaban, derribóse su estatua, y en el pedestal se puso la inscripcion siguiente: *Exiit tyrannus regum ultimus* (murió el tirano, último de nuestros reyes). Los comunes delegaron el poder ejecutivo por tiempo de un año á un consejo de estado compuesto de cuarenta y una personas; y como estas se sacaron de su mismo seno, y por ello la asamblea quedó reducida á noventa individuos, fue completada con los antiguos diputados que consintieron en declarar insuficientes las concesiones hechas por el difunto rey, con lo cual la asamblea vino á componerse de ciento cincuenta diputados. El gobierno celebró su instalacion con el suplicio de sus adversarios, y asi fue que con desprecio de la fe jurada murieron en el cadalso el duque de Hamilton, el conde de Holland, y lord Capel que habian sido hechos prisioneros con las armas en la mano. A Goring y al caballero Owin se les perdonó la vida, y entre los tres gefes realistas Langhorn, Powell y Poyer condenados á la pena de los traidores, la suerte á la cual se habia dejado la eleccion de uno de ellos recayó en el último que murió por sus compañeros.

Por mas que todo se sujetase al yugo del parlamento, tiraniza-

ban á este las peticiones del ejército, entre cuyos promotores era sin duda el mas audaz aquel mismo Lilburne cuya tenacidad heroica no pudo doblegar el tribunal escepcional de que fue mártir. Aunque llegó á ser coronel conservó en los campos de batalla su odio antiguo á la tiranía, lo cual le hacia muy enojoso á Cromwell y á sus adictos, cuyas ambiciosas miras sospechaba. A fin de calmar su exaltacion se le alcanzó la cantidad de tres mil esterlinas para indemnizarle de sus pasados sufrimientos; mas Lilburne mirando esta merced como un acto de justicia no se creyó obligado por la gratitud, y publicó libelos en donde derramaba vituperios acerca de la institucion del consejo de estado y de las otras medidas adoptadas por la cámara. Su ejemplo dió hincapié á una porcion de peticiones mas ó menos atrevidas; pero los comunes lejos de atenderlas persiguieron á sus autores, y Lilburne fue encarcelado con muchos otros y los generales consiguieron establecer la disciplina relajada, prohibiendo con severas penas que en el ejército se formasen asociaciones. No lo alcanzaron sin trabajo, pues los niveladores tratando de desobedecer se reunieron cerca de Londres en número de cinco mil, pero sorprendidos allí por una division de tropa fueron hechos prisioneros, y Lockier que era uno de los gefes sufrió la pena capital. Sus partidarios que no pudieron salvarlo se presentaron en tropel en sus funerales llevando ramos de romero bañados en la sangre de la víctima. Aunque la sublevacion se comunicó á otros regimientos sufocóla muy pronto la actividad de Cromwell, y el parlamento pudo ejecutar su proyecto de someter la Irlanda. Este pais era víctima de la guerra civil sostenida por cuatro distintos partidos: los realistas protestantes cuyo gefe era el conde de Clanricard; los protestantes ingleses que obedecian á las cámaras de Westminster; los católicos indígenas á quienes mandaba O'Nial, y los católicos escoceses sujetos á las órdenes de lord Inchiquin. Despues que el marques de Ormond dejó la isla por haber renunciado á su destino de gobernador general, fue reemplazado por Clanricard; pero volvió allí cuando la muerte de Cárlos y pudo alentar la causa que defendia. El príncipe de Gales habia sido proclamado rey, debia desembarcar en Irlanda

de un momento á otro; contaba en sus banderas á la mayoría de los católicos, y sus armas tenian bloqueados á los generales parlamentarios, á Monk en Belfast, á Coote en Londonderry y á Jones en Dublín. Tal era el estado de las cosas cuando se mandó á Cromwell que conquistase la Irlanda, y este salió de Londres acompañado de sus guardias de corps, oficiales jóvenes todos, coroneles ó mayores, é hijos de muy ilustres familias. Desembarcando al frente de su numeroso ejército puso sitio á Drogheda y la tomó por asalto, la guarnicion fue degollada y los vencedores se entregaron á toda clase de excesos. Wexford sufrió la misma suerte. Poco tiempo despues Ormond fue sorprendido por Jones que dispersó sus tropas, le cogió los bagages, las municiones y la artillería, y este descalabro aseguró el triunfo de Cromwell que en dos campañas se hizo dueño de los condados de Limerick, de Tipperary y de Kilkenny, y con intrigas tanto como á viva fuerza sujetó la mayor parte de la isla. Llamado á toda prisa á Inglaterra encargó á su yerno Ireton la terminacion de la conquista.

El parlamento queria á Cromwell para hacer frente á los escoceses que acababan de reconocer por rey al jóven Cárlos, el cual si bien se trasladó á Jersey para acercarse á la Irlanda á donde pensaba ir en persona, la derrota de sus partidarios le obligó á renunciar á este proyecto y á oir las solicitudes de los escoceses que le ofrecian la corona con pactos tan duros como humillantes. Antes de comprometerse encargó á Montrose que aventurase una invasion en Escocia, esperando que con esto los partidarios del *covenant* cederian algo de sus pretensiones. Montrose siempre infatigable despues de reunir en las Orcadas un millar de voluntarios desembarcó en Caithness; y aunque su nombre y su reputacion le prometian soldados, los montañeses con quienes contaba no osaron acudir á sus banderas, porque recordaban los sufrimientos que por su lealtad hubieron de sufrir poco antes. Cuatro mil hombres aguerridos cayeron sobre la escasa fuerza de Montrose, la despedazaron despues de dos sangrientos ataques, y el mismo gefe obligado á huir vestido de labrador fue puesto en manos de sus implacables enemigos. Condujéronle á Edimburgo en donde entró

dentro de un carro con la cabeza desnuda y las manos atadas á la espalda como un malhechor. A fuer de católico fervoroso era el blanco del odio de los ministros presbiterianos, y como guerrero formidable la multitud lo detestaba. Su intrepidez no se disminuyó ante sus jueces. Condenado á morir en una horca debia despues descuartizársele para colocar sus miembros en las puertas de cuatro ciudades del reino, y por esto volviéndose á los que en el cadalso le insultaban: „ tengo un dolor, dijo, en no poder proporcio„nar á todas las ciudades de Escocia iguales pruebas de mi lealtad." Como el ejecutor le puso en el cuello un libro latino que contenia la relacion de sus hechos de armas, dió gracias á sus enemigos por aquella condecoracion, que apreciaba mas que la órden de la Jarretera con que le habian galardonado sus servicios. Tal fue el término de la carrera de este hombre tan distinguido por su elevado nacimiento como por sus grandes talentos: fue culpable de una fidelidad heroica que espió con una muerte, vergonzosa nó para él sino para los que la ordenaron. La condicion de los príncipes es muchas veces bien triste y entonces lo fue la de Cárlos, que no pudo penetrar en Edimburgo sin ver clavados en la puerta los restos de Montrose, y no solo esto sino que hubo de negar haber estado en relaciones con él. A este precio obtuvo el cetro, y suscribió una declaracion en la cual reconocia que su padre pecó casándose con una esposa idólatra, y que era responsable de toda la sangre vertida durante la guerra civil.

Apenas supo el parlamento ingles que Cárlos II habia recobrado el trono de Escocia cuando tomó la resolucion de arrojarlo de él, pues previa todo el riesgo de vecindad semejante. Invitó á Cromwell á que viniese á recobrar su lugar en la cámara en donde fue recibido con transportes de alegría, alojáronlo en el palacio de San James y se le hizo un donativo de muchas tierras con título de recompensa. A pesar de esto Fairfax fue nombrado generalísimo de la espedicion contra Escocia y Cromwell lugarteniente. Como el primero renunció el cargo, fue á verse con él una diputacion de los cinco individuos Cromwell, Harrison, Lambert, Whitelock y Saint-John, se consultó al Espíritu Santo por medio de

oraciones, y á pesar de todo el general se negó á admitir porque la invasion de Escocia no podia en su concepto verificarse sin violar la liga y el *covenant*. La segunda tentativa practicada al dia inmediato no produjo mejor efecto, y al fin Fairfax hizo dejacion del mando que recayó en Cromwell. Este hipócrita desempeñó tan bien su papel y se mostró tan oficioso en rogar á Fairfax que tomase el mando que engañó á todos sus camaradas. En medio de un gozo inmenso pero bien disimulado hizo aceleradamente todos los preparativos, y á principios de julio atravesó el Tweed á la cabeza de diez y seis mil hombres. Los escoceses atrincherados en un campo fortificado entre Edimburgo y Leith esperaron á sus adversarios á quienes desde luego procuraron vencer por medio del hambre, á cuyo fin habian devastado todo el pais que media entre Berwick y la capital. El general ingles á quien la flota proporcionaba bastimentos trató durante un mes de hacer salir á los enemigos de sus atrincheramientos: en vano el gefe escoces David Lesley se mantuvo muy oportunamente en aquella posicion y solo la dejó para hacerse dueño de los desfiladeros que hay entre Berwick y Dunbar. Cromwell retirado hácia esta ciudad se disponia á embarcar la artillería; pero los ministros escoceses que seguian el ejército salvaron su gloria y acaso su vida obligando á Lesley á bajar de las alturas de Lammermuse para presentar la batalla. Dijeron que el señor habia resuelto el esterminio de sus heréticos enemigos y de su general Agag, (que este nombre daban á Cromwell) y que asi les fue revelado en un sueño: Lesley forzado á obedecer trabó la accion en la llanura, y aunque superior en número sufrió tan completa derrota que en el campo quedaron cuatro mil escoceses, las municiones y bagages cayeron en manos de los contrarios, y fueron hechos prisioneros ocho mil hombres á quienes se vendió como esclavos. En aquella ocasion se vió á Cromwell que regalaba un esclavo á un amigo como pudiera regalarle un caballo, porque entonces el hombre era en Europa una mercadería con la cual un republicano traficaba sin escrúpulo alguno: en el campo de batalla si el vencedor no hacia morir á su enemigo era para vender su libertad. La victoria de Dunbar emancipó al

jóven Cárlos á quien Argyle y el clero presbiteriano tenian en una sujecion intolerable, indicándole lo que debia hacer, dictándole cuando hablaba, vigilando sus pasos y obligándole durante tres horas diarias, á orar y á oir sermones interminables. A escepcion de Buckingham fueron separados de su lado todos los señores ingleses y se veia en la precision de vivir rodeado de presbíteros y saltarrones que le predicaban y contradecian incesantemente. Fastidiado de aquella vida fugóse el rey para ir á reunirse con el general Middleton y con los montañeses, mas alcanzado por el coronel Montgomery volvió á Perth. Su fuga sin embargo de que salió fallida dió motivo á que se le tratase con menos rigor, de manera que comenzó á mezclarse en el gobierno y muy luego fue coronado en Scone. Esta ceremonia al mismo tiempo de revestirle con un carácter sagrado le volvió la mayor parte de las prerogativas de la soberanía; pudo llamar á sus amigos que hubieron de sufrir una penitencia pública y le fue dado ir al ejército en el cual tomó el mando.

Entre tanto Cromwell dueño de Lieth y Edimburgo procuró dividir á sus adversarios, y fue tan feliz en la empresa que cinco mil voluntarios que habian tómado las armas á instancias de dos comisionados se negaron á obedecer al general escoces Lesley, se dejaron batir y la mayor parte de sus oficiales se pasaron al ejército ingles porque ya antes de entonces aprobaban la ejecucion de Cárlos I y habian desaprobado los pactos concluidos entre el parlamento y Cárlos II. Este monarca habia abrazado la prudente resolucion de enterrarse en sus atrincheramientos en donde no era posible que el enemigo le atacase sino con mucha ventaja; pero Lambert pudo hacerse dueño del condado de Fife y proveer de víveres á los escoceses. Desesperado Cárlos y no consultando mas que su despecho determinó invadir la Inglaterra, creyendo que su presencia decidiria á los realistas á levantarse en su pro; mas equivocóse en todo, porque habiéndoseles mandado firmar el *covenant* retrocedieron ante una exigencia tan contraria á sus principios, y si bien mas adelante por disposicion de Cárlos se los relevaba de esta órden tampoco se presentaron, porque la dispensa llegó harto tarde para que pudiesen entenderse y organizarse. En órden á los

presbiterianos, ora temiesen al gobierno, ora desconfiasen de la buena fe del príncipe se mantuvieron tranquilos, y el rey penetró sin obstáculo hasta Worcester en donde fue proclamado por el corregidor y recibido con regocijo y entusiasmo por los gentiles-hombres del condado que estaban bajo la vigilancia de las autoridades de aquel punto. Cromwell que se hallaba á media legua apenas hubo recibido algunos refuerzos cuando penetró en la ciudad, trabóse el combate en las calles, y los desdichados habitantes hubieron de sufrir durante una noche los efectos de la licencia y de la crueldad de los vencedores. El rey espuso á todos los riesgos su persona, pues á la cabeza de los montañeses rechazó á las milicias inglesas, y sin duda hubiera alcanzado grandes ventajas á no ser detenido por una reserva de tropas veteranas que rehizo las desordenadas huestes de Inglaterra. Rodeado entonces por fuerzas superiores apeló á la fuga y anduvo errante cuarenta dias, al cabo de los cuales encontró un buque para huir de una tierra inhospitalaria en donde á cada paso le salia al encuentro la muerte. Su ejército dejó de existir, pues oficiales y soldados ó se dispersaron ó perdieron la vida, ó cayeron prisioneros. Interesante es en verdad la narracion de las aventuras de aquel jóven príncipe, cuya serenidad en medio de los peligros que iban cada dia en aumento es tan admirable como la adhesion de todas las personas á quienes confió su vida. Groseramente vestido anduvo errante pasando las noches cuando en una granja cuando sobre un monton de heno, y hasta hubo dia que lo pasó todo entero oculto entre las ramas de una encina mirando como marchaban por delante de ella los soldados que iban en su busca. Su proscrita cabeza estaba dotada en mil esterlinas, y sin embargo ninguno de los que le reconocieron tuvo la avilantez de venderle, por mas que su pobreza les convidase á ganar aquel deshonroso premio. Finalmente encontró un barquichuelo en un puerto del condado de Essex y pudo llegar á Fecamp en Normandía. La Europa entera se alegró de su milagrosa evasion y concibió grandes esperanzas del héroe de aquella aventura que supo corresponder á ellas cuando ocupó el trono. Cárlos era uno de aquellos hombres que no se sabe lo que valen

rianos que lo idolatraban quizás hubiera podido contener la ambicion de su suegro, porque si bien es cierto que comprendia mal la libertad, la amaba con pasion y la hubiera defendido contra Cromwell mismo. Fue reemplazado por Ludlow presbiteriano celoso que completó la sumision de la Irlanda, cuyos habitantes fueron esterminados en el año 1653. Los católicos que sobrevivieron á la guerra fueron juzgados por un tribunal que condenó á muerte á los unos y desterró á los otros apoderándose de sus bienes. Todos los oficiales adictos á la comunion romana fueron condenados á destierro; sin embargo se les permitió llevar consigo á sus soldados que les siguieron en número de cuarenta mil, tomando plaza en las banderas de diversos reyes del continente. Millares de huérfanos y viudas fueron conducidos á las Indias occidentales, y la mayor parte de aquellos infelices fallecieron á manos de la miseria en el suelo todavía inculto del nuevo mundo. Los historiadores fijan en cien mil el número de católicos inhumanamente arrancados de su patria.

El parlamento dispuso el despojo de los mas ricos terratenientes; confiscó los bienes de los condenados á muerte, y los calificados de culpables perdieron uno ó dos tercios de sus haberes; solo obtuvieron gracia los pobres porque era imposible sacarles dinero. Todos los católicos fueron trasladados á Connaught y al condado de Clare mas allá del Shannon, y el resto del pais fue presa de los capitalistas que habian adelantado fondos al gobierno, de los soldados ingleses que acreditaban pagas del erario. En una palabra la Irlanda sufrió las mas atroces vejaciones, de donde resultó que los habitantes empobrecidos fueron á ocultarse en los pantanos y lugares inaccesibles de donde salian para invadir las tierras de sus usurpadores y saquearlas. Allí hubo mil escenas sangrientas que aun hoy dia se reproducen, contribuyendo no poco á la devastacion y ruina de la Irlanda. Los vencedores no contentos con habérselo robado todo á los habitantes, los hicieron víctimas de la mas sanguinaria y detestable tiranía, sujetándolos á la ley marcial que castigaba con pena de muerte las cosas mas inocentes, como por ejemplo la reunion de cuatro personas, y el hallazgo de una arma en casa. Cualquiera irlandes establecido al otro lado del Shan-

non que fuese encontrado en la márgen izquierda del rio podia ser degollado impunemente. Los católicos tenian que asistir por fuerza á la celebracion de un culto contrario á su creencia; arrebatábanles los hijos para trasladarlos á Inglaterra, y los sacerdotes fueron espulsados de la isla y se los conminó con la última pena si desobedecian esta órden. Los que no supieron resolverse á dejar su pais se ocultaron en los pantanos y cuevas, y durante la noche salian á proporcionar los ausilios espirituales á sus correligionarios, corriendo el riesgo de ser asesinados ó ahorcados si los cogian.

Enorgullecido con su victoria el parlamento de Westminster, volvió los ojos al continente para confederarse con alguna de sus potencias; y á este fin envió á España en calidad de embajador al fanático republicano Asham que ni siquiera pudo entablar negociaciones, pues cuando se trasladaba á Madrid desde Cádiz en donde habia desembarcado, mientras estaba comiendo en una posada fue sorprendido por seis realistas ingleses que lo inmolaron á estocadas. Los asesinos se refugiaron en una capilla y se evadieron luego á escepcion de uno que espió su delito en un cadalso. En Holanda el populacho recibió con insultos á los dos embajadores de la república, y los comunes para vengarse hicieron la famosa acta de navegacion que prohibia importar frutos de Asia, Africa y América en buques estrangeros. Esta providencia daba un golpe funesto al comercio de los holandeses que de pronto armaron una numerosa escuadra: amenazadora demostracion que produjo una guerra marítima entre las dos naciones. El coronel Blake convertido en comodoro tuvo por adversario al célebre Tromp, almirante holandes. Muchos sangrientos combates se dieron en aquella lucha que despues de doce años se acabó con la derrota y humillacion de los holandeses. Portugal hubo de doblegarse tambien al ascendiente de los comunes. El rey no atreviéndose á chocar con la opinion de su pueblo que detestaba á los ingleses á fuer de hereges y regicidas admitió en las aguas del Tajo y concedió su proteccion al príncipe Roberto para ponerlo á cubierto de la venganza de Blake á quien se encargó que castigase sus piraterías. El príncipe

que como recuerda el lector figuró durante la guerra civil á la cabeza de las tropas de su tio Cárlos I, cruzó despues los mares causando no pocos perjuicios al comercio ingles. Este paso del rey de Portugal le puso en la necesidad de procurar un arreglo y se tuvo por muy feliz con poder alcanzarlo: tan formidable se habia hecho la marina inglesa.

Despues de la jornada de Worcester, Cromwell recobró modestamente su lugar en la cámara, pero su ambicion aspiraba á escalar el primer puesto y á deshacerse de sus compañeros que queria convertir en súbditos suyos. Las victorias de Blake le sirvieron de hincapié para irritar al ejército, al cual dió á entender que el parlamento queria sacrificarlo á la marina y recompensar sus servicios licenciándolo. Hizo pues que los soldados redactaran una representacion invitando á los comunes á que se ocupasen de la reforma de abusos en todos los ramos del gobierno. Deseosa la cámara de desarmar á tan formidables esponentes se ocupó de arreglar los atrasos que á la tropa se debian, y destinó para satisfacérselos los bienes arrebatados á las víctimas de la revolucion. Esto no convenia á Cromwell ni á sus partidarios, por lo cual hicieron nueva representacion reclamando la disolucion de la cámara que en su concepto habia hecho grandes servicios, pero que era sazon de que ya dejase la escena para otros actores. Simultáneamente proponia que en el tiempo que mediara hasta la convocacion de otra cámara se erigiese un consejo ejecutivo para que velase por el cumplimiento de las leyes. Grande fue el desplacer con que recibió el parlamento peticion semejante, la cual dió pie á serias discusiones entre los republicanos y sus defensores, y finalmente la cámara apurada acabó por declarar reos de alta traicion á los que en adelante presentasen tales solicitudes. Cromwell que esperaba ya este desenlace, convocó en Whitehall una reunion de oficiales y parlamentarios que le eran adictos. Discutióse allí si era necesario obligar al parlamento á disolverse: Saint-John y casi todos los oficiales apoyaron esta medida, y al dia siguiente Cromwell la puso en ejecucion. Resuelto á ello se trasladó á Westminster á la cabeza de trescientos hombres que colocó en las avenidas, y luego pene-

tró solo en la sala y fue á ocupar su asiento. Despues de escuchar en silencio la discusion dijo á Harrison al oido. „Hé aqui el mo-„mento." „Es cosa muy arriesgada, replicó el coronel, cuidado „con lo que vais á hacer." A poco rato Cromwell se levanta y toma la palabra en términos moderados al principio, y luego animándose gradualmente dirigió á sus compañeros graves cargos, los acusó de ambiciosos, egoistas y tiranos; les echó en cara que se dejaban cohechar, que cometian injusticias, y eran impíos. „El „Señor, les dijo, os repudia, y os desconoce." Sir Pedro Wentworth le interrumpió, y entonces Cromwell se adelantó hasta mitad de la asamblea con el sombrero calado, y dando una patada en el suelo esclama: „os lo repito, ya no sois parlamento, reti-„raos." En el mismo punto ábrense las puertas, y el coronel Worsley entra seguido de soldados. Vane esclama entonces: „Semejan-„te accion es contraria á todos los principios. ¿Quién dice esto? „esclamó Cromwell con voz estentórea: ¿Sois vos, caballero Vane? „Dios nos libre de sir Enrique Vane." Cogiendo al punto por el vestido á un diputado, le dijo: „Tú eres un adúltero," luego agarrando á otro esclamó. „Tú eres un borrachon." De este modo hizo desfilar á todos los diputados, interpelándolos y ofendiéndolos con los mas deshonrosos epítetos. Sin embargo fue preciso arrancar á algunos de ellos de sus asientos á viva fuerza; mas al fin Cromwell despidió á toda la asamblea esclamando: "Vosotros me habeis „puesto en el caso de obrar asi: he suplicado á Dios que me ma-„tase antes que encargarme comision semejante." Cuando los soldados hubieron hecho evacuar la sala dijo á uno de ellos enseñándole la maza de armas. „Llévate esa muñeca." Él salió el último, despues de haber cogido las llaves y metídoselas en el bolsillo. Al dia siguiente 21 de abril de 1653 apareció encima de la puerta de la cámara: *Cámara para alquilar*. Esta violenta esplosion fue el remate del parlamento largo, que asi se llamó por haber durado doce años. Con él se vino abajo el fantasma de república que duró apenas cuatro años: espacio corto pero nó falto de gloria. Aquel parlamento encumbrado por los soldados sobre las ruinas de un trono pereció á manos de los mismos que lo habian puesto en tan-

ta altura. Desapareció sin pesar de nadie porque su larga existencia habia cansado á todos los partidos que aplaudieron á una su caida: estos porque quedaron vengados de su tiranía y aquellos porque aspiraban á reemplazarlo.

EL PROTECTORADO.

Cromwell solo recogió la herencia del parlamento largo, de manera que iba á reinar. Este hombre salido del pueblo usurpó el lugar primero por medio de su estraordinario talento, por lo mismo ha llegado el caso de dar á conocer á los lectores cuál fue su orígen y seguir despues los primeros pasos de este ambicioso. Era hijo de Hundingdon y de honrada familia, y nació en 24 de abril de 1599. En la universidad de Cambridge hizo progresos en las letras, mas vuelto luego á su pais nativo se entregó á todos los vicios; sin embargo de lo cual se casó muy jóven con Isabel Bourchier. Cuanto mas desarreglada habia sido su conducta otro tanto fue despues rígida, pues bien por hipocresía, bien por efecto de su carácter se dedicó á la reforma de tal manera que su casa vino á ser el lugar de reunion de la secta puritana, cuyos principios habia adoptado. Este método de vida sin embargo no fue mas provechoso á sus intereses de lo que lo fueron sus anteriores prodigalidades, de modo que la devocion lo hubiera arruinado completamente á no ser la herencia de un tio que le ofreció medio de arreglar otra vez sus negocios. Fue entonces un propietario de la isla de Ely, se hizo notable por su oposicion á los trabajos emprendidos por el duque de Bedford á fin de desaguar los pantanos situados en las cercanías. Dióseie con este motivo el dictado de *lord de los pantanos*: pero su celo aunque poco juicioso le grangeó el afecto de la muchedumbre y fue elegido diputado de Cambridge para el parlamento de 1640, que disuelto poco despues de la convocacion fue sucedido por el parlamento largo. Elegido para este tomó la palabra muchas veces, pero su lenguage difuso, llano y

oscuro no podia luchar con la elocuencia de los gefes presbiterianos. Forzado á renunciar á la tribuna abrazó la carrera de las armas al principio de la guerra civil, levantó un regimiento de caballería que sujetó á la mas severa disciplina, cimentada en el entusiasmo que supo inspirar á sus compañeros, y misionero á la par que soldado oraba, combatia y predicaba á un tiempo. Sus caballeros llevados del mismo fervor que su gefe se manifestaban piadosos en la tienda de campaña y valientes en los campos de batalla. Cromwell tenia cuarenta y tres años cuando sacó la espada por la vez primera: en breve fue un oficial, y pasando rápidamente de grado en grado justificó sus ascensos con su valor; y su genio hizo lo restante.

La disolucion del parlamento dejaba el poder en sus manos, y por de pronto consintió en repartirlo con sus oficiales, esperando el momento de quedarse con todo. Tomó las riendas del gobierno un consejo de estado compuesto de trece individuos en conmemoracion de Jesucristo y de sus apóstoles y presidido por Cromwell: en aquella corporacion habia cuatro jurisperitos y ocho militares. En política la fuerza es un accidente que debe convertirse en derecho si se quiere dar alguna duracion á sus obras: Cromwell lo conocia y resolvió convocar otro parlamento. Para esto dirigió ó por mejor decir, ordenó las elecciones que recayeron en personas oscuras, casi todas pertenecientes á la secta de los milenarios: los demas eran fanáticos tan ignorantes como groseros. De Inglaterra fueron ciento treinta y nueve diputados, cuatro de Escocia y doce de Irlanda y del pais de Gales. El dia 4 de julio de 1653 el lord general abrió el parlamento con un discurso místico que produjo grandísimo efecto en los diputados á quienes recomendó que fuesen fieles á la mision que Dios les confiaba. "Creo, dijo, que lo „cumplirán á la mayor honra de Dios, y me sirve de garante para „juzgarlo asi el porvenir cuya oscuridad he penetrado en una vi- „sion. Llamados á combatir con el cordero contra sus enemigos, „habeis llegado al umbral de la puerta, estais ya muy inmedia- „tos al cumplimiento de las promesas y de las profecías. Dios va „á conducir el pueblo de Israel á su morada y á ostentar su omni-

„potencia. Dios toca las montañas y se bambolean. Tambien Dios „tiene una montaña elevada, veinte mil ángeles arrastran sus car„ros, y esa montaña es la que Dios ha de habitar para siempre." Estas raras metáforas sacadas de un modo raro de la Biblia eran entonces las galas oratorias de todos los discursos parlamentarios, y pasmaban á las gentes cuyo espíritu no tenia otro manjar que la lectura de la Biblia. Los diputados pues aplaudieron la elocuencia del general y se dedicaron á la obra con empeño comenzando por declarar que las universidades eran instituciones paganas y por lo mismo inútiles: trataron con muy poca consideracion á la jurisprudencia que pensaban reemplazar con la ley de Moises, y propusieron abolir las funciones clericales y el diezmo. A los cinco meses de su apertura la asamblea se habia ya enemistado con todas las clases de la sociedad, y creyéndose investida de la omnipotencia por el Espíritu Santo miraba al consejo de Estado como una autoridad subalterna y se tomó la libertad de corregir sus resoluciones.

En el parlamento habia muchos anabaptistas, que no seguian mas regla que su fanatismo, y que si bien tenian por gefe al mayor general Harrison hicieron que los predicadores atacasen á Cromwell. Estos predicaban en Black-Friars todos los lunes, y desde el púlpito discutian los actos del gobierno. Habiendo sabido que el lord general se oponia á declarar la guerra á la Holanda, en donde decian que los santos debian reunirse para ir á derrocar la prostituta de Babilonia, llegaron hasta calificarlo del modo mas estravagante llamándole la bestia del Apocalipsi y serpiente tentadora. Cromwell lejos de castigar la insolencia de los predicadores conferenció con ellos, y como no pudo convencerlos ni intimidarlos se desdeñó de castigarlos: no eran mas que el eco de los anabaptistas del parlamento y juzgó venido el dia de disolver una asamblea que trataba de hacerse independiente del poder que él habia creado. El coronel Sydenham partidario suyo junto con muchos compañeros se quejaron de la conducta del parlamento que no supo satisfacer sus pagas al ejército, y sí malgastar el tiempo en discusiones contrarias á la religion, á las leyes del pais

y, á la felicidad de los ciudadanos; y terminó su discurso proponiendo trasladarse á Whitehall para trasmitir su mision á Cromwell. Al decir estas palabras abandonó su puesto, imitándole Rouse, presidente de la cámara, los secretarios y una multitud de miembros de la asamblea. Cuando estuvieron delante del lord general le entregaron un escrito en el que despues de manifestar que reconocian hasta qué punto les era imposible desempeñar su encargo lo renunciaban. En la sala se habian quedado unos treinta anabaptistas los cuales no acertaron á hacer otra cosa que ponerse en oracion para pedir al Señor que los iluminase. En esta disposicion fueron sorprendidos por el coronel White que entró con una compañía de soldados y preguntó qué hacian. „Imploramos al Señor, „le contestaron, y el coronel les dijo: id á implorar en otra par- „te, porque os aseguro que desde mucho tiempo acá el Señor no „ha parecido por aqui." De este modo terminó el parlamento de *Barebone* llamado asi porque en él habia dos hermanos fanáticos que solian componer nombres con frases sacadas de la Escritura. Como uno y otro llamaban la atencion por su celo mas piadoso que ilustrado, el público se burló de ellos y dió á toda la asamblea de que formaban parte el nombre de Barebone que ellos se habian aplicado.

A los quince dias de disuelto el parlamento, Cromwell se trasladó con gran pompa á Westminster, en donde estaban reunidos todos los altos funcionarios del estado que le suplicaron aceptase el título y el cargo de protector de la república. Cromwell afectó al principio alguna repugnancia en tomar sobre sí tan grave peso, pero al fin consintió como vacilando todavía si bien no pudo engañar á ninguno de los presentes. Leyóse en seguida una constitucion nueva la cual declaraba que el poder legislativo correspondia al lord protector y al parlamento, cuyas disposiciones serian valederas despues de un plazo de veinte y ocho dias, aun cuando no fuese esta la voluntad del protector, quien no podria disolver la asamblea ni prorogarla sin que hubiese durado cinco meses. La Inglaterra debia nombrar cuatrocientos diputados, la Escocia treinta, y veinte la Irlanda. El poder ejecutivo correspondia en toda

su estension al protector, á quien se asignaba anualmente la cantidad de cien mil esterlinas para el sostenimiento de su dignidad, pero no podia nombrar sucesor, cuya eleccion se dejaba á la sabiduría del consejo privado. Uno de los mas notables artículos de este nuevo plan era la tolerancia de todas las religiones esceptuando el catolicismo. La mayor parte de los compañeros de armas de Cromwell aplaudieron su encumbramiento que juzgaban provechoso para su fortuna; y la nacion lejos de parecer descontenta manifestóse satisfecha de aquel suceso que debia ponerla al abrigo de nuevas agitaciones. Sin embargo de esto, tenia Cromwell implacables enemigos entre sus antiguos partidarios, republicanos inflexibles, y por lo mismo resolvió despojar de sus destinos á los que no pudo hacer adictos á su causa, y aseguró la persona de Harrison y de otros varios fanáticos cuyas ideas exageradas podian amenazar su poder y hasta su vida. Harrison que habia nacido en la clase popular llegó, merced á su valor, á los primeros grados de la milicia: tuvo parte en la muerte del rey, en la disolucion del último parlamento, y en todas las medidas que ensalzaron á Cromwell al poder supremo: pero á fuer de sectario de la quinta monarquía, esto es, de la de Cristo, se enojó de que Cromwell hubiese osado ocupar el puesto del hijo de Dios. Al mismo tiempo hubo de hacer rostro á varias conjuraciones tramadas por los realistas; pero supo trastornarlas, é hizo entender al jóven Cárlos que si se reproducian semejantes tentativas echaria mano contra él de osados medios. Desde luego se estableció en Whitehall: creyendo que acostumbrando al pueblo á verle instalado en el palacio de los reyes, le seria mas fácil disponerle á tolerar que se hiciera rey, para lo cual solo le faltaba tomar el título. Al mismo tiempo nombró una comision para que administrara los bienes del monarca sacrificado y de su familia, y confió el tesoro público á tres personas adictas suyas y que todo se lo debian.

Mientras que la república iba sucumbiendo á la espada de Cromwell continuaba con mas vigor cada dia la guerra con la Holanda; las dos escuadras batallaban encarnizadamente en el océano, y hubo combate que duró dos dias enteros y costó la vida al al-

[illegible] miento [illegible]

[illegible]

[illegible] luego, [illegible] cedí á su voluntad [illegible]

[illegible] parte en la [illegible]

[illegible]

[illegible] trasladado [illegible]

[illegible] Desde luego [illegible]

[illegible] confió el [illegible]

[illegible]

Trajes civiles, en tiempo de Guillermo III.



COSTUMES CIVILS SOUS LE RÈGNE DE GUILLAUME III. (1698)

ANGLETERRE


BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
DONACIÓN DEL EXCMO.
SR. D. J. F. CAMACHO
1894
MADRID

mirante Dean que junto con Monk mandaba las fuerzas inglesas. Los holandeses aunque tenian al frente al perito Van Tromp, hubieron de acogerse á sus puertos y dejar que los buques enemigos dueños de la mar, se enriquecieran con las presas que arruinaban su comercio. Los estados generales procuraron entablar negociaciones sin desistir por eso de la lucha; Tromp salió otra vez en busca del enemigo y murió en un sangriento combate trabado á poco tiempo: Monk venció y el gobierno holandes agobiado por tantos reveses tomó la resolucion de pedir la paz que fue concluida por el protector en 15 de abril de 1654. Tal fue el término de aquella guerra que costó tanto dinero é hizo derramar tanta sangre; y la Inglaterra que quedó vencedora no sacó de la victoria otro partido que repartirse con la Holanda los provechos de la pesca del arenque. Por medio de un artículo reservado se convino en que los príncipes de la casa de Orange no podrian obtener en lo sucesivo las dignidades de Stathouder y de generalísimos de las fuerzas de mar y tierra. El objeto del protector era humillar la casa de Orange por su alianza con los Stuarts. En aquel mismo año tuvo lugar un acontecimiento que admiró á unos y fue vituperado por otros, y fue la ejecucion de D. Pantaleon Sa, hermano del embajador de Portugal, que para vengarse de un insulto habia hecho asesinar por equivocacion á un hombre distinguido de quien ninguna ofensa recibiera. Aquel asesinato perpetrado en la Bolsa y en mitad del dia conmovió al pueblo: Cromwell hizo detener y juzgar á D. Pantaleon que fue condenado á la última pena y ejecutado públicamente en Tower-Hill, á pesar del empeño del embajador. Al obrar de esta manera violaba Cromwell el derecho de asilo: pero no le detuvo esta infraccion que Portugal sufrió sin osar quejarse ni tomar venganza de ella.

Al ensalzarse á Cromwell al protectorado se fijó la época de la abertura del nuevo parlamento á que asistió Cromwell y que se hizo con muchísima pompa: dirigió á la asamblea un largo discurso hablando largo rato de los peligros que habia corrido la república por causa de aquellos que con los nombres de anabaptistas, niveladores y milenarios derramaban doctrinas perniciosísimas, traba-

jando asi bien para aplicarlas; y acabó su arenga de tres horas haciendo un elogio de su administracion á la cual debia la Inglaterra su tranquilidad interior, la gloria fuera de ella, y una multitud de importantes mejoras. Vanaglorióse tambien de la paz ajustada con la Holanda, de los tratados de comercio concluidos con la Dinamarca y la Suecia y acabó con estas palabras: „Os ruego „que creais que Cromwell os dirige la palabra, nó como dueño si„no como un hombre que lo mismo que vosotros es súbdito de la re„pública y que os ruega concurrais con él al establecimiento del „órden." La asamblea nombró presidente á Lenthall que lo habia sido en el parlamento largo: circunstancia que alentó á muchos antiguos diputados para recobrar el póder de que fueron desposeidos. Sometieron á su exámen las prerogativas del protector, y muchos sostuvieron que la autoridad legislativa pertenecia de derecho al parlamento. En el calor de la discusion un diputado esclamó que habiendo sido elegido para derrocar el trono de un déspota no sufriria que otro déspota acabase con la libertad. Otro orador dirigió á Cromwell el apóstrofe del profeta Achab. „Has sido asesi„no y has usurpado." Cromwell indignado y sorprendido al ver una oposicion tan audaz llamó á los diputados á Whitehall y despues de haberles vituperado su conducta les prohibió reunirse á menos que firmasen el reconocimiento del título y de todas las prerogativas del protectorado. La mayoría condescendió con esto; mas nó por ello fueron mas dóciles, pues se empeñaron en ofender al gefe del gobierno no enviando para la sancion ley alguna, y se negaron á que el protectorado se hiciese hereditario, y á que estuviesen á disposicion de Cromwell las fuerzas de mar y tierra. Segun la constitucion á la que el protector debia su dignidad el parlamento podia ser disuelto á los cinco meses; pero Cromwell apoyándose en el uso establecido para pagar el sueldo á las tropas, sostuvo que los meses no debian ser sino de veinte y ocho dias, y con este pretesto convocó la asamblea en Whitehall, echóla en cara haber olvidado los negocios de importancia para ocuparse en inútiles discusiones, y al fin le dijo: „Dios se ha dignado hacer por „sí mismo las reformas introducidas en nuestro gobierno, y cual-

„ quiera que se atreviese á negarlo hablaria contra el Señor y pro„ vocaria su cólera. Vosotros habeis desconocido el poder que se „ me confió: no seré yo vuestro mediador, guardaos pues y no „ digais este hombre es falaz, artero, astuto y político; en una „ palabra no considereis lo que hasta ahora se ha hecho como obra „ humana, sino reconoced en ello el dedo de Dios." Concluida esta arenga despidió al parlamento.

Poco tiempo habia discurrido desde que se cerró la cámara cuando tuvo lugar un alzamiento por parte de los realistas cuyos gefes estaban en relaciones con el pretendiente; mas los secretos de este eran vendidos á Cromwell por Meaning, que so color de un celo muy eficaz tenia entrada en la reducida corte de Cárlos. Asi fue como muy fácilmente pudo Cromwell desbaratar la reunion que se verificó en Salisbury, en donde los conjurados sorprendidos por algunas partidas de caballería se dispersaron sin resistirse, los principales murieron en un cadalso y los demas llevados á las Barbadas fueron vendidos como esclavos. El protector tomó ocasion de esta desgraciada tentativa para despojar á los realistas de quienes exigió el diezmo de sus bienes, y ademas se arrancaban continuas contribuciones á aquellos cuyos hechos ó palabras eran denunciadas como sospechosos. Por entonces dividió Cromwell el reino en diez distritos confiados á otros tantos mayores generales que hicieron sentir á todos los ingleses el peso de su tiranía. Estos magistrados militares considerándose superiores á la ley saqueaban las provincias con un método regularizado, repartiéndose el fruto de sus rapiñas con los comisionados que les ausiliaban á llevarlas á cabo.

Para que la Inglaterra olvidase la pérdida de su libertad, Cromwell tuvo siempre las armas en la mano, ya contra los holandeses cuyo pabellon humilló, ya contra los españoles cuyos galeones perseguia para llenar su tesoro. Ni desistió de hacerlo por respeto á la fe jurada, pues aun cuando estaba en plena paz con el gabinete de Madrid envió al mediterráneo al almirante Blake á fin de que aguardase la flota del rio de la plata. El monarca español sin embargo frustró este proyecto y Blake fue á castigar las piraterías de los

potencias berberiscas, dió la vuelta á Plymouth y fue recibido con entusiasmo por el pueblo que aplaudió aquel hecho de armas. Otra espedicion de tres mil hombres intentó un desembarco en la española, hoy Santo Domingo; mas despues de haber perdido el tercio de la gente en un combate, el general Venable de acuerdo con el almirante Penn hizo rumbo hácia la Jamaica de que se apoderaron. La posesion de aquella isla, tan importante en el dia, fue reputada entonces por de tan poca valía que los dos generales al volver á Inglaterra fueron reclusos en la torre y privados de sus empleos. La opinion pública reprobaba por otra parte aquella guerra hasta tal punto que los oficiales ingleses que servian en los buques reunidos en Plymouth manifestaron abiertamente su repugnancia en tomar parte en una lucha tan injusta y fue menester acudir al rigor para sufocar su resistencia. Algunos oficiales hicieron dimision de sus empleos, otros fueron despedidos, y la flota mandada por Blake y Montague fue á cruzar en el mediterráneo en donde apresó ocho buques españoles que venian de América. Uno de ellos llevaba á bordo un millon quinientos mil duros que no bastaron á cubrir los enormes gastos de Cromwell; por lo cual hubo de apelar á la convocacion de otro parlamento. Los mayores generales fueron los verdaderos electores de aquella asamblea que se reunió en 17 de setiembre de 1656 despues de haber sido espurgada, porque los elegidos que no pudieron presentar una certificacion del consejo fueron detenidos en la puerta de la sala de sesiones por soldados que les negaron la entrada. En vano clamaron contra esta violencia; nadie ni aun el mismo parlamento les sostuvo. La cámara comenzó por escluir la familia de los Stuarts, aprobó tambien la guerra sostenida contra la España, votó un subsidio de cuatrocientas mil esterlinas, y en recompensa consiguió que se aboliesen las atribuciones de los mayores generales aunque se les conservase el título. El negocio de mas importancia de que se trató en aquella legislatura era relativo al protectorado que aspiraba á ceñirse la diadema. El coronel Jephson que era uno de sus adictos fue el primero que soltó esta idea para sondar la opinion de la mayoría. Pocos dias despues el diputado Pack entregó un escrito con el objeto de dar

al gobierno una forma regular y estable, coronando á Cromwell, y restableciendo las dos cámaras. Este incidente puso en agitacion á la asamblea y produjo acaloradas discusiones: en efecto los mayores generales y sus protegidos se declararon contra la proposicion, dirigidos por Lambert, que aspiraba á suceder á Cromwell, y bajo este aspecto rechazaba el restablecimiento de la monarquía, pues si el protector se convertia en rey, es regular que quisiese transmitir el título y el poder de tal á su familia. La oposicion de Lambert se hizo formidable con el apoyo de Fleetwood su yerno, acérrimos republicanos uno y otro; sin embargo de lo cual la ley fue adoptada por una mayoría muy considerable y se nombró una comision para que fuese á dar conocimiento al protector de lo que se habia resuelto y desvaneciera sus escrúpulos. Tres dias duraron las conferencias, durante cuyo tiempo Cromwell hizo cundir la voz de que aceptaba; mas como se le presentaron Lambert y sus amigos declarándole que renunciarian sus empleos, consintió con harto pesar suyo en rechazar un ofrecimiento que con no poca ansia hubiera aceptado. No se atrevió á desafiar la repugnancia del ejército hácia un título que detestaba como el símbolo de la mas vergonzosa tiranía.

El parlamento le confirió de nuevo el título de protector con facultad de elegir su heredero y de establecer otra cámara, cuyos miembros que debian serlo toda su vida gozarian de la mayor parte de las atribuciones de los pares: pero se le retiró la facultad de promulgar leyes sin el concurso del parlamento. La nueva acta constitucional fue inaugurada en Westminster con la mayor pompa: el presidente de la cámara de los comunes puso á Cromwell un manto de púrpura forrado de piel de armiño, le entregó una Biblia, el cetro, ó sea, la mano de la justicia, y le ciñó la espada de mando. En seguida se sentó Cromwell en un trono al rededor del cual se colocaron los embajadores de Francia y de Holanda y todos los grandes dignatarios del estado. Los heraldos proclamaron por las calles al nuevo soberano. Aquel año mismo que fue el de 1657 Cromwell que algunos meses antes habia firmado un tratado de alianza con Mazzarini envió á Flandes seis mil hombres que se

juntaron con el mariscal de Turena, y en la batalla de Dunes batieron á los españoles. El fruto de esta victoria fue la toma de Mardik, en la que entró una guarnicion por mitad inglesa y francesa á las órdenes de un gefe ingles. Dunkerque cayó tambien en manos de Cromwell y sirvió de trofeo á la gloria de sus soldados.

El parlamento que habia sido prorogado abrió otra vez sus sesiones compuesto como en tiempo de la monarquía de dos cámaras legislativas; la de los pares constaba de unas sesenta personas entre las cuales estaban los dos hijos del protector, Ricardo y Enrique, gentiles hombres de grande fortuna, oficiales generales del consejo privado y miembros de la cámara de los comunes. Esta eleccion habia sido hecha con mucho tino, pues dejando vacantes en la otra cámara dió lugar á que ingresasen en ella los individuos poco antes escluidos. De esto resultaron disensiones tales que se llegó hasta poner en duda la validez de la *humilde peticion*, que este nombre se daba á la reciente acta constitucional. Los elegidos por el pueblo se negaron tambien á reconocer la jurisdiccion de los pares; y á impulsos secretos de la mayoría se presentó una peticion en nombre de la ciudad de Londres solicitando al parlamento que restringiese el poder de la espada. Cromwell seguia no sin inquietud todas estas tentativas de independencia, y de repente determinó disolver la asamblea.

En vano quiso detenerle su yerno Fleetwood, pues el protector juró en nombre de Dios vivo que era indispensable disolver aquel parlamento faccioso. Sin mas séquito que diez de sus guardias entró en la cámara de los comunes y les mandó que se disolviesen. No hubo mas remedio que obedecer, y Cromwell recobró el poder cuyo peso se le hacia diariamente mas gravoso, pues no le era dado llevarlo solo, y no se atrevia á dividirlo con nadie. Todos los partidos engañados ú oprimidos por su política conspiraban para derrocarlo: los presbiterianos y los realistas habian olvidado su antipatía, y aunque antes fueron enemigos tan encarnizados hoy iban de acuerdo á fin de colocar en el trono á Cárlos Stuart. El marques de Ormond tuvo la audacia de ir á Londres con el objeto de or-

ganizar un alzamiento; pero fue vendido por Ricardo Willis, miembro del consejo privado que por una cantidad de dinero estipulada reveló al protector los secretos de los realistas. Un simple aviso le valia cincuenta esterlinas, una denuncia ciento, y otro tanto la entrega de un conjurado á la justicia. Erale permitido callar los nombres que quisiera, y por motivo alguno debia comparecer ante un tribunal como testigo. Al mismo tiempo que daba noticia á Cromwell de los proyectos del marques de Ormond avisaba á este el descubrimiento de la conjuracion para que con tiempo pudiese huir del riesgo que le amenazaba.

Otras conspiraciones fueron descubiertas antes que estallasen, y una de ellas costó la vida al caballero Slingsby, gentil-hombre católico y al doctor Bennet los cuales fueron condenados por otro tribunal, pues el protector ya no osaba fiarse del jurado. Por otra parte los miembros sublevados contra la tiranía de Cromwell maduraban planes de venganza; y uno de ellos llamado Saxby se puso en relacion con los consejeros de Cárlos y armó el brazo de Sindercomb para asesinar al protector, á cuyo fin habia de apelar á todos los recursos. El que escogió el homicida fue colocar en la capilla de Whitehall un paquete de materias inflamables para abrasar el palacio y matar al protector en medio de la confusion que causaria el incendio. El uno de los conjurados que era guardia de corps de Cromwell le dió conocimiento de la trama, y Sindercomb fue preso y condenado á la pena capital, y lo encontraron muerto algunas horas antes de la ejecucion. Sin embargo de esto tuvo un apologista que fue el coronel Titus, el cual en un tratado con el título de *Matar no es asesinar* le comparó al último Bruto y á Caton de Utica, añadiendo que muchos aspiraban al mismo honor. „Los nombres de las personas, decia, que se disputan la gloria de libertar el pais estan en la lista de revista del mismo protector: S. A. no está seguro ni en la mesa ni en la cama, la muerte le sigue por todas partes, y aunque su cabeza toca las nubes morirá, y los que lo han visto esclamarán: ¿En dónde está? ¿en dónde está?" Este escrito profusamente derramado por Inglaterra fue leido con ansia y acreció los recelos del protector que á

pesar de su valor no podia tranquilizarse. De dia llevaba debajo del vestido una cota de malla y pistolas: si concedia audiencia á alguno sus ojos interrogaban con inquietud la fisonomía, las miradas y los gestos del que le hablaba; al salir de casa nunca decia á dónde pensaba ir, y hacia por no entrar siempre en palacio por el mismo camino; por la noche rondaba para que vigilasen los centinelas y nadie sabia el punto donde pasaba la noche. Nunca el sueño cerraba sus párpados: y asi las fatigas del dia aumentaban la inquietud de su espíritu que siempre discurria conjuraciones y asesinatos. El poder supremo que ambicionó por tanto tiempo, y de que se apoderó con tantas violencias y estratagemas, se habia convertido en instrumento de su suplicio; y en vez de la dulzura que esperó encontrar solo recogió amarguras é insoportables inquietudes. Ni aun gustaba los placeres domésticos que no pocas veces consuelan las tristezas hijas de las pasiones. Su hija mayor casada con Fleetwood era republicana como su marido: lady Falcomberg que era la segunda estaba casada con un realista exaltado, y lady Claypole niña mimada de Cromwell no podia ocultar ni aun á su padre el afecto hácia la familia de los Stuarts, y le desconsolaba con la manifestacion de sus sentimientos políticos que envenenaban sus mutuos desahogos. No habiendo esta jóven podído recabar la gracia del doctor Haket, complicado en una conspiracion realista, tuvo un pesar tan grande que echó en cara á su padre las fatales consecuencias de su ambicion: al fin murió en la flor de su edad, y su prematuro fallecimiento causó á Cromwell la desesperacion mas profunda. La cuarta hija lady Francisca se enamoró de White, hombre que desempeñaba cerca de Cromwell los oficios de capellan y de bufon, y acabó por casarse clandestinamente con Roberto Rich. El protector consintió mas adelante en este matrimonio, asistió á su celebracion, y en la embriaguez de su alegría ensució de confituras los vestidos de las señoras que asistieron al baile. La madre del protector contribuia tambien á atormentarle con su ternura, pues conturbada por tristes presentimientos exigia que su hijo fuese diariamente á tranquilizarla con su presencia, y hasta su esposa misma estremecida por su elevada fortuna hubiera

deseado que restituyera el trono á los Stuarts para asegurarse una suerte menos brillante pero mas tranquila.

Su posicion política era por otra parte poco agradable. La guerra con la España habia agotado sus rentas y no osaba exigir contribuciones por su propia autoridad ni pedirlas al parlamento. Las presas de Blake llenaron algunas veces su tesoro; mas este grande hombre acababa de morir en Plymouth despues de haber estado en la mar tres años consecutivos. Aunque republicano sincero combatió en provecho de la usurpacion de Cromwell sin embargo de detestarla, porque „nuestro deber, decia á los marinos, es servir á „nuestro pais sin curarnos de saber quién lo gobierna." El protector honró al célebre almirante con magníficas exequias hechas á costa del público, y sepultó sus restos en Westminster en la capilla de Enrique VIII. El poder de Cromwell era no obstante respetado por todos los soberanos que se procuraban su alianza y hacian por adquirirla, ofreciéndole condiciones ventajosas y prodigándole honores: asi Luis XIV le regaló por medio del duque de Crequi una soberbia espada, y el cardenal Mazarini le llamaba en sus cartas hombre grande, y no satisfecho con adularle le hizo ricos presentes.

Todos estos goces que embriagaban su orgullo no podian calmar la agitacion de su alma. El peso del poder que diariamente se le hacia mas intolerable agotaba la energía de su espíritu y minaba las fuerzas de su cuerpo que iban declinando rápidamente. Atacóle una calentura que si bien al principio no presentó síntomas alarmantes, sus frecuentes accesiones pusieron luego en riesgo la vida del enfermo. A pesar de esto ó bien confiase en su suerte ó bien quisiera ocultar su estado dijo á los que le rodeaban: „No creais que me muera, estoy seguro de lo contrario; el mis- „mo Dios se ha dignado concederme la curacion no solo por mis „súplicas sino tambien por las de otras personas piadosas á quie- „nes el Señor atiende mas que á mí." Todos los circunstantes eran entusiastas, y creyeron esta profecía por efecto de la confianza que tenian en las palabras de Cromwell, y uno de sus capellanes esclamó: „O señor, no imploramos de tu bondad la curacion de

„S. A. puesto que te has dignado concedérsela; sino que pedimos „tan solo que sea pronta." A pesar de todo esto las fuerzas del protector se disminuyeron aprisa y cayó en un delirio al cual sucedió un estado de insensibilidad que le hizo incapaz de ocuparse en negocio alguno. Tuvo en medio de esto un lúcido intervalo, durante el cual dijo á uno de sus capellanes: «Decidme si es posible „perder el estado de gracia. —Seguramente que nó, dijo el mi„nistro. —Pues entonces, continuó Cromwell, confio en mi sal„vacion, porque me acuerdo que una vez estuve en estado de „gracia." Tranquilo pues en cuanto á su porvenir no se ocupó mas que en orar por el pueblo de Inglaterra. Era el dia 3 de setiembre, y una violenta tempestad que tronchó los árboles del parque y arrancó los tejados fue la señal de la última hora de Cromwell que espiró èn el momento en que el huracan estaba mas desencadenado. Esta circunstancia fue diversamente interpretada, pues los caballeros decian que aquello eran los diablos que vinieron para llevarse el alma de Cromwell, y sus partidarios sostenian que era Dios que con el desencadenamiento de los elementos anunciaba al mundo la pérdida que acababa de esperimentar. Murió el dia del aniversario de las dos batallas de Dunbar y de Worcester, y Thurloe escribió á Enrique, segundogénito de Cromwell y lord diputado de Irlanda: «Se ha subido al cielo embalsamado con las „lágrimas de su pueblo y en alas de las preces de los santos."

Cromwell temido y envidiado durante su vida mereció honra y admiracion despues de muerto. Los reyes llevaron luto por un regicida, si bien es verdad que este hombre dejaba una reputacion imponente que de pronto no podia menos de respetarse: su gloria ofuscaba á sus contemporáneos que no alcanzaron á comprender por qué medios habia llegado hasta el trono. Al examinar la época en que vivió fácil es conocer las causas que produjeron su encumbrada fortuna. Entusiasta por temperamento no tardó en hacerse notable por su exagerada piedad, y por este medio se grangeó la confianza de los puritanos y de otros sectarios que iban tras estos, impacientes por averiguarlos. Cuando fue individuo de la cámara baja se abrió el paso á la carrera militar, y su genio guerrero coloca-

do en el lugar que habia menester, le condujo al último escalon de la fortuna, porque en las revoluciones políticas sucede rara vez que la espada no corte todas las diferencias. En efecto cuando las pasiones estan estremadamente exasperadas, cuando han despertado deseos de implacable venganza es indispensable que intervenga la fuerza para impedirles que sin cesar trastornen la sociedad; solo ella puede contenerlas hasta la época en que el tiempo las sufoca ó las apacigua cuando menos. Cromwell vencedor en el campo de batalla se encontró dueño de todas las facciones cansadas por sus mismos escesos y las sujetó á su poder; mas aunque llegó hasta el pie del trono no pudo encaramarse á él y esto fue el castigo de su ambicion. En vano pugna por olvidarse de su orígen, ha de reconocer una potencia mas fuerte que la suya que es la de los recuerdos que le impiden colocarse entre los reyes. El principal instrumento de la fortuna de Cromwell fue su profundo disimulo con el cual disfrazaba tan bien sus proyectos que se hacia rogar y casi violentar para abrazar las resoluciones útiles á su fortuna, ocultando de este modo bajo una fingida modestia sus mas ardientes deseos. La hipocresía que le permitia derramar lágrimas y orar con un fervor estraordinario era hija de su naturaleza, y nó fruto de la reflexion: este medio le sirvió para mantener en la obediencia á los soldados que en él reverenciaban al elegido del Señor mas aun que á su general. En una palabra, Cromwell representó el papel de un hombre inspirado, creyóse que comunicaba con Dios, y esta fue la base de su autoridad. A fuer de hombre siempre afortunado murió cuando su poder vacilaba porque no pudo fundar un gobierno cimentado en las leyes. La ruina de este ambicioso era al parecer inevitable; la muerte vino á salvar su gloria próxima á ofuscarse, y desapareció llevando consigo la admiracion del mundo dispuesta siempre á postrarse ante la fortuna.

Dejó dos hijos, Ricardo y Enrique: el primero de inclinaciones honradas pero comunes, nunca se habia presentado en el campo de batalla ni en la arena política, por mas que su padre lo hubiese nombrado individuo de la cámara alta que instituyó. Enrique abrazó la carrera de las armas y en ella se condujo con valor en

presencia del mismo Cromwell cuando la conquista de la Irlanda, cuyo pais gobernaba con el título de lord diputado en la época del fallecimiento del protector. Ricardo estaba entonces en Londres y heredó la dignidad de su padre sin la mas pequeña oposicion. Todas las provincias le dirigieron felicitaciones llenas de promesas de adhesion y de fidelidad, y los príncipes estrangeros se apresuraron á reconocerle. Ante todo procuró Ricardo hacer á su padre exequias verdaderamente reales: el pueblo en tropel fue á ver su efigie colocada sobre un trono, con la corona en la cabeza y llevando en las manos los emblemas del poder soberano. Terminada esta pomposa ceremonia que duró ocho semanas, Ricardo determinó convocar un parlamento para hacer frente á los gastos públicos, porque el tesoro estaba exhausto y se debian pagas á la tropa. Las intrigas del poder le enviaron una cámara compuesta en gran parte de partidarios suyos: los demas eran hombres moderados cuyas inclinaciones eran dudosas, ó republicanos mas ó menos exaltados.

Apenas estuvo reunido el parlamento cuando apareció la discordia, y la cámara baja se negó á conceder á la de los pares toda especie de supremacía. Desde luego se trató de la ley que debia sancionar el título de Ricardo, y despues de muchos debates se resolvió que se prorogaria el reconocimiento del hijo de Cromwell, y que mientras tanto se limitarian con mucho esmero sus prerogativas. Los diputados declararon luego que consentian en entablar comunicaciones con los pares, cuyos poderes reconocian provisionalmente; y en seguida trataron de inspeccionar los actos del protectorado. De sus pesquisas resultaron muchas pruebas de que los gastos escedieron á las rentas, y que no pocos empleados habian cometido actos de cohecho y tiranía. En vista de lo que espuso la comision de quejas, la cámara mandó juzgar al mayor general Boteler. Esta decision alarmó á los oficiales que todo debian temerlo si se los sujetaba á un severo exámen, y determinaron conjurar el peligro uniéndose contra la asamblea. A la muerte de Cromwell se dividieron en dos partidos, unos á favor de Ricardo y otros de Fleetwood. Este que era yerno del protector se habia lisonjeado de sucederle, pero dejó escapársele la ocasion de disputar el po-

der á su cuñado, y no aspiraba sino al mando general del ejército. Mientras se iban robusteciendo estos dos partidos se formó otro cuyo gefe visible era Derborough dirigido por Lambert, general republicano que cayó en desgracia por no haber querido prestar juramento á Cromwell que le destituyó de todos sus cargos. A pesar de esto habia conservado grandísimo influjo en el ejército, y sugirió á sus partidarios la idea de presentar con el nombre de humilde representacion un manifiesto al parlamento esponiendo las quejas de los soldados, cuyos servicios, al decir de ellos, se habian olvidado y despreciádose sus intereses, puesto que habia muchos meses que no se los pagaba. La cámara no contestó cosa alguna á la humilde representacion, y sabiendo que los firmantes habian instituido un consejo permanente que amenazaba su autoridad, declaró que el parlamento y el protector recobraba el mando del ejército y que el ejercicio de este mando se confiaria al segundo: y decretó al mismo tiempo que toda reunion militar celebrada sin órden era un acto ilegal, y se amenazó con la destitucion á cualquiera oficial que rehusase comprometerse bajo juramento á no atentar nunca á los privilegios de las dos cámaras. Estos decretos fueron la señal de un rompimiento abierto y los oficiales exigieron de Ricardo la disolucion inmediata del parlamento. Ricardo obedeció firmando por decirlo asi su renuncia al poder, porque los oficiales no necesitando ya su nombre lo abandonaron, unos para hacer causa comun con Fleetwood, y otros á fin de ponerse de acuerdo con los republicanos. Fleetwood hubiera podido sustituir á Ricardo á tener la audacia necesaria para hacerse dueño del poder, pero se limitó á abandonar á su suerte al hijo de Cromwell que abdicó despues de un reinado que duró apenas tres meses. Entonces los adalides de la revolucion determinaron restablecer el parlamento largo. Con no poco trabajo se reunieron cuarenta y dos individuos que habian formado parte de aquella asamblea; y se presentó tambien el presidente Lenthall, con lo que el congreso fue instalado por una escolta militar. Los nuevos representantes avergonzados de su escaso número llamaron á treinta de sus antiguos compañeros y se adjudicaron la soberanía de los tres reinos,

erigieron un consejo de estado, formaron una junta de seguridad y dieron principio á sus trabajos con una proclama en que prometian establecer una constitucion que no permitiese ni rey ni cámaras de pares. Mack en Escocia, Montague que mandaba las fuerzas navales y todos los gefes militares se unieron al nuevo gobierno que ensayó su poder mandando á Ricardo que desocupase á White-Hall; en cambio del protectorado le prometió satisfacer sus deudas que ascendian á veinte y nueve mil esterlinas, le dió interinamente dos mil, y votó una pension anual de diez mil para él y sus herederos. Enrique hermano de Ricardo que era gobernador de Irlanda y estaba muy bien quisto entre la tropa trató de resistirse al parlamento, pero su espíritu era débil para tanta empresa y procurando contemporizar cuando convenia hacer, enfrió el celo de sus amigos y dió tiempo á sus adversarios para que combinasen sus medidas. El coronel Hardresse-Waller que era uno de ellos le arrebató el castillo de Dublin y no le dejó mas recurso que la sumision: asi fue que abandonando su empleo marchó á Inglaterra á vivir en una casa de campo en donde estuvo hasta 1674 y en la que recibió en la misma una visita de Cárlos II á quien la casualidad llevó á aquel sitio. Ricardo salió de la mansion de los reyes sin llevar de su efímero reinado mas que el peso de una deuda que contrajo para hacer las exequias de su padre. Acabó su larga carrera en la tranquila oscuridad que hizo su ventura, pero que fue causa de que lo menospreciasen sus coetáneos admirados de que no hubiera sabido sacar provecho alguno del talento y de los crímenes de su padre. A pesar de esto tuvo el singular talento de no irritarse por esta injusticia ni turbar su tranquilidad por las habladurías: mas á decir verdad hay motivos para creer que si renunció tan fácilmente á la fortuna de Cromwell fue porque no era digno de gozarla.

La cámara dueña otra vez del gobierno se aprovechó de él para sustraerse al poder militar, y á este fin abolió el destino de generalísimo con que los oficiales habian agraciado á Fleetwood y erigió una junta para que renovase los nombramientos. Los realistas por su parte juzgaron llegado el dia de llevar á efecto á viva fuerza la restauracion de Cárlos II, pero vendidos antes de ejecutar su proyecto

fueron derrotados por Lambert á quien el parlamento envió contra ellos. Esta victoria causó la ruina del general porque al volver á Londres con su ejército quiso dar leyes á la cámara que creyéndose sostenida por dos regimientos y por la milicia de la capital destituyó al general y á sus allegados. Lambert entonces se dirige á Westminster con tres mil hombres: los soldados que habian abrazado la defensa del parlamento en vez de batirse fraternizan con los otros y el parlamento es disuelto. Los oficiales dueños de la autoridad pensaron de pronto establecer un parlamento militar mas no tuvieron tiempo de organizar un gobierno porque su triunfo fue turbado por Monk que se declaró por el parlamento. Monk era descendiente de una antigua familia del condado de Devonshire: habiendo abrazado la carrera militar adquirió en sus muchas campañas tanta pericia que no tardó en ascender á los mas altos cargos. Al estallar la guerra civil sirvió al principio en las banderas de Cárlos I: fue hecho prisionero por Fairfax; estuvo dos años recluso en la torre, y cuando la causa realista hubo sucumbido en los campos de Naseby, cedió á las solicitudes de Cromwell que conocia su mérito y que lo llevó consigo á Irlanda. Allí batió Monk al marques de Ormond, y luego fue enviado á Escocia, la cual sometió al parlamento de Westminster. En el gobierno de aquel pais que le fue conferido supo hacer grata su administracion y bienquistarse con los soldados por medio de su franqueza y la dulzura de sus modales. Desde entonces habia permanecido siempre en su puesto y se declaró á favor del parlamento nó porque le fuese aficionado sino para contrariar á Lambert cuya elevacion temia. Comenzó por asegurarse de la fidelidad de sus soldados, dándoles oficiales de su gusto, puso guarniciones adictas en los castillos de Edimburgo y de Leith, y penetró en Inglaterra al frente de doce mil hombres. Juzgando mas útil contemporizar que combatir con su rival, entabló negociaciones con la junta de oficiales reunidos en Londres, y adrede puso dificultades en los pactos de un arreglo que la junta propuso. Mientras tanto el comodoro Lawsan se declaró con su escuadra á favor del parlamento, en tanto que Haslerig y Morley miembros de la mis-

ma asamblea se apoderaban de Portsmouth y reunian bajo sus banderas las tropas que Fleetwood envió en persecucion suya. Al instante marcharon sobre Londres. La junta militar estremecida tomó el partido de anunciar la convocacion de un nuevo parlamento; pero muchos oficiales destituidos que se hallaban en la capital reunieron soldados licenciados, y á su cabeza se presentaron á Lenthall antiguo presidente del parlamento largo. A semejante noticia Derborough se escapó para acogerse bajo la proteccion de Lambert, y Fleetwood se sometió á Lenthall. El parlamento colocado otra vez al frente del poder comenzó por destituir á Lambert y reorganizar el ejército: creóse un consejo de estado y se exigió juramento á todos los diputados de que nunca reconocerian á los Stuarts.

Mientras tanto avanzaba Monk sin que tuviese enemigos armados porque Lambert habia licenciado sus tropas, é hizo su entrada en Londres despues de haber conseguido que saliesen de ella cinco regimientos cuyo entusiasmo á favor de la república se le hacia temible. Introducido en la cámara se negó modestamente á sentarse en el lugar que le estaba preparado, y en su discurso insistió sobre todo en la necesidad de no dar empleo ni cargo alguno á los realistas ni á los fanáticos. Eludió el prestar como miembro del consejo de estado el juramento prescrito contra la monarquía, so pretesto de que rehusando anticipadamente someterse á los acontecimientos futuros, se ofendia á la Providencia encargada del porvenir. Semejante subterfugio hacia muy sospechosa la lealtad del general, y el parlamento asió la ocasion de ponerla á prueba dándole órden de que disolviese á la fuerza el consejo municipal que habia tratado de sustraerse al poder de la cámara con actos atentatorios á su autoridad. Mandóse á Monk que prendiera á once individuos de la municipalidad, y obedeció haciendo quitar al mismo tiempo las barreras y cadenas que defendian las bocascalles y la entrada al centro de la ciudad. A pesar de esto sus palabras y su actitud dejaban entrever su desaprobacion, y asi fue que á los pocos dias dirigió al parlamento en nombre de sus oficiales un manifiesto en que despues de quejarse de que por obedecer se habian malquistado con sus conciudadanos pedian que al momen-

to fuesen ocupados los asientos vacantes de la cámara. El consejo municipal que habia sido disuelto fue convocado por el general, quien le manifestó que se unia á él para que se formara una cámara cuyos individuos fuesen libremente elegidos, y que en este concepto pudiesen esponer con sinceridad los deseos de la nacion. Estas palabras oidas con mucho gusto colmaron de placer á todos los habitantes que dieron una comida á los soldados de Monk, los cuales aceptaron gustosos el obsequio. El parlamento forzado por la necesidad hubo de admitir en su seno algunos individuos espulsados del parlamento largo, que eran ciento noventa y cuatro, con cuyo refuerzo los presbiterianos contaron con la mayoría. Su primer paso fue poner en libertad á los caballeros que habian caido prisioneros durante la guerra, alzaron el secuestro puesto en sus bienes, dieron el mando en gefe del ejército á Monk y le regalaron veinte mil libras esterlinas. Todo esto indicaba la próxima restauracion de la monarquía que Monk no se atrevia aun á instalar descubiertamente, porque la mayor parte de los oficiales la rechazaban, y los detentores de bienes nacionales, de acuerdo con los republicanos, unian sus esfuerzos á fin de prevenir un suceso que quizás podria amenazar sus vidas, y que de cierto era muy nocivo á su fortuna. Llegaron á ofrecer al general no tanto por virtud como por miedo el poder supremo que rehusó, porque su ambicion estaba subordinada á su prudencia, y esta pocas veces inspira grandes resoluciones. De todos modos en 16 de marzo de 1660 fue disuelto el parlamento largo despues de haber subsistido diez y nueve años en medio de las mas deshechas tempestades.

Sucedió á aquella asamblea otra que tomó el nombre de Convencion, y en la cual dominaban los presbiterianos y los caballeros. La cámara de los pares se reunió tambien, y como solo faltaba uno de los tres poderes necesarios para restablecerse el gobierno sobre sus antiguas bases, Monk proveyó á ello; y como en calidad de representante del Devonshire ocupaba un lugar en la cámara de los comunes, concertó con sir Jorge Grenville enviado á Londres por el pretendiente, el desenlace de aquella grande escena. Grenville fue á Westminster á preguntar por el general y le entre-

gó un pliego cerrado que contenia cartas dirigidas al ejército, á la marina, y á la ciudad de Londres, las cuales fueron leidas públicamente como asi bien la declaracion que las acompañaba. Segun esta Cárlos desde Breda prometia una amnistía cuyas condiciones arreglaria el parlamento, proclamaba la libertad de conciencia, aseguraba sus grados á los oficiales, y el pago de sus sueldos al ejército. Los pares habian recibido un mensage igual, y las dos cámaras resolvieron la restauracion de la monarquía, y llevadas de su impaciencia no quisieron atender á las observaciones de sir Mateo Hall, juez íntegro y realista decidido que queria que las libertades públicas fuesen garantidas por una convencion legislativa; pero la efervescencia de los ánimos no permitió que la prudencia las oyera.

El escudo de las armas reales fue de repente sustituido al emblema de la república: el nombre del rey resonó otra vez en las públicas preces, y su reinado se comenzó á contar desde el dia en que el trono quedó vacante por la muerte de Cárlos I. Salió una escuadra para ir á buscar al monarca á la Haya, y al ser recibido en Douvres en 25 de mayo de 1660 entre el estruendo de la artillería y las festivas aclamaciones de una multitud inmensa esclamó: "¿En dónde estan pues mis enemigos?" Monk fue el primero que se presentó para recibirle: Cárlos le abrazó con efusion y quiso que ocupara un puesto en su coche. El dia 29 de mayo que era su cumpleaños, hizo su entrada solemne en Londres tan festejado y vitoreado como lo fue al tomar tierra en Douvres. Al ver tantos homenages y seducido por tantas protestas que le parecian sinceras y apasionadas dijo á uno de sus amigos: "Hice mal en no venir „mas pronto, porque todos los que yo he visto me han jurado que „constantemente habian deseado mi regreso."

CARLOS II.

Treinta años tenia este príncipe cuando pasó repentinamente del destierro al trono. Aleccionado en la escuela de la adversidad no adquirió en ella prudencia ni sabiduría sino mucha

aficion á los placeres y grandísima aversion á los negocios. Estas dos pasiones fueron adquiriendo medros durante todo su reinado, y á ellas deben atribuirse las faltas que lo mancharon: mas poseia todas las cualidades esteriores que hacen presumir las virtudes que le faltaban; pues su aire franco y afable, sus modales seductores, y la gracia de su persona le atraian los corazones á la primera ojeada y le sirvieron de un poderoso ausilio en los primeros dias de su restauracion. El papel que iba á desempeñar presentaba serias dificultades: era preciso reconciliar odios prontos siempre á avivarse: apagar enojosos recuerdos, tranquilizar intereses nuevos sin ofender la justicia y la gratitud, y cicatrizar finalmente todos los males que produjo una guerra civil de veinte años. Ante todo restableció las dos cámaras que tomaron el nombre de parlamento en virtud de una nueva ley, ratificáronse todas las sentencias pronunciadas y los procedimientos instruidos durante la república y el protectorado. El monarca se ocupó en seguida de componer un consejo en el cual dió entrada á hombres de todos los partidos, y luego recompensó á sus amigos y hasta á no pocos de sus antiguos adversarios. A Monk le dió título de duque de Albemarle, nombró duque tambien al marques de Ormond, á Hyde le hizo canciller y conde de Clarendon, y á Nicholas secretario de estado. Todos estos sugetos, á escepcion del primero, habian seguido la suerte del rey y participado de ella. El conde de Manchester, Hollis y el almirante Montague participaron tambien de los favores del monarca, por mas que durante mucho tiempo hubiesen figurado á la cabeza de sus enemigos: y Cárlos para hacer la fusion completa dió dos plazas de capellanes suyos á dos austeros presbiterianos.

La principal causa de la revolucion habia sido la escasez del real tesoro, y por esto el parlamento puso á este mal pronto remedio haciendo ascender las rentas públicas á un millon doscientas mil esterlinas: decretó la abolicion de los derechos feudales, y los de conocimiento de señorío y en cambio se dió á la corona la mitad del producto de la contribucion sobre líquidos. En seguida adoptó la prudente medida de votar subsidios con el objeto de satisfacer los atrasos del ejército, cuyo licenciamiento se ejecutó con

tranquilidad y libró al gobierno de un apoyo algunas veces útil, pero con frecuencia peligroso. Debía arreglarse aun el importante punto de la amnistía prometida en el manifiesto de Breda, y cuya aplicacion habian de determinar las cámaras. Desde luego fueron esclüidos del indulto concedido por el monarca los regicidas, entre los cuales algunos se habian escapado al continente y solos diez y nueve comparecieron ante un tribunal superior creado para instruir su proceso. Entre los jueces de este tribunal habia varios caballeros, decididos y constantes adictos á la monarquía, y los habia tambien de los que poco antes combatieron contra ella en la tribuna y en el campo de batalla, como por ejemplo Manchester, Robartes, Monk y Montague, generales del parlamento, Hollis y Say conocidos entre los gefes de la cámara de los comunes, y muchos otros que habian formado parte del consejo de estado y de los tribunales en tiempo de Cromwell y durante la república. Por poco que hubieran echado una mirada á su anterior conducta debieran haberse abstenido de entender en semejante negocio; pero no se acordaron de esto ni el público se ocupó de ello tampoco. Entre los acusados los hubo que no solo no se mostraron arrepentidos, sino que se envanecieron de su delito. Scot que era uno de ellos no quiso defenderse, y como en otro tiempo habia dicho en las cámaras que sobre su sepulcro haria grabar: *Aquí yace Tomas Scot, que condenó á muerte al rey Cárlos*, no desmintió su carácter ni ante los jueces ni en el cadalso. El general Harrison se escusó con que no habia sido mas que un ejecutor de las órdenes del parlamento reconocido entonces como autoridad suprema de la nacion, y ademas segun dijo creia haber obrado por inspiracion del Señor y por lo mismo no tenia remordimientos y estaba tranquilo, pues no le impulsó ni el interes ni la ambicion. Carew á fuer de sectario de la quinta monarquía sostuvo que supuesto que Jesucristo era el único que tenia derecho al gobierno del reino no habia sino conformarse con el precepto de la Biblia que manda derramar la sangre del hombre que ha derramado la de los otros. Todos los regicidas encausados fueron condenados á la pena capital, pero solo diez sufrieron la eje-

cucion y soportaron la larga agonía de su muerte con un valor inalterable que les grangeó la admiracion pública: murieron como mártires y nó como delincuentes, pues no mostraron ni arrepentimiento por lo pasado ni temor para lo venidero; cincuenta y uno de los ochenta regicidas que estaban en Inglaterra cuando Cárlos volvió á ella, fiados en el manifiesto del monarca se confesaron criminales y fueron perdonados: veinte y nueve fueron públicamente juzgados y diez de ellos fenecieron en el cadalso. Los regicidas ya muertos no por esto quedaron impunes, pues los restos de Cromwell, de Badshaw y de Ireton sacados de las tumbas de Westminster y llevados á Tyburn fueron colgados en la horca y despues decapitados. El delirio de la venganza llegó hasta tal punto que fueron exhumados los cadáveres de la madre y de la hija del protector, y tambien el de Blake, á quien la gloria no pudo poner á cubierto de la profanacion. Contentáronse sin embargo con desterrarlos de sus tumbas para confundirlos en el cementerio general.

Ejecutadas todas estas espiaciones que dispuso el gobierno, ocupóse este en arreglar los intereses y los derechos que la revolucion produjo, y mandó volver á la corona todas las tierras enagenadas por la república ó cedidas á particulares á título de recompensas nacionales; si bien es verdad que Cárlos permitió á los posesores de aquellos bienes que los conservasen con tal de pagar por ellos una renta anual. Los compradores de bienes eclesiásticos fueron despojados de ellos sin indemnizacion de ninguna clase. El rey restableció asimismo el episcopado á despecho de las reclamaciones de los presbiterianos, cuyos principales ministros transigieron con admitir una mitra, diciendo que el episcopado reformado de aquel modo era distinto del que condenó el *covenant*. Por una ley que votaron las cámaras la iglesia anglicana recobró sus derechos, y despues de esto fue disuelto el parlamento en 29 de diciembre de 1660. La nueva asamblea se componia en gran parte de caballeros, como muy luego lo acreditaron los hechos, pues por mano del verdugo hizo quemar el *covenant*, el acta original de la ley en cuya virtud se erigió un tribunal supremo para juzgar á Cárlos I, y muchas declaraciones entre las cuales habia una que pros-

cribia los derechos de Cárlos II al trono. La asamblea ademas restituyó al monarca el mando del ejército y el veto, prohibió bajo severas penas todo ataque é insulto á la persona del príncipe, y por último le concedió subsidios de gran cuantía.

Los partidos aunque sojuzgados por el doble ascendiente del poder real y de la opinion pública alimentaban locas esperanzas, y si bien el gobierno habia asegurado las personas de Derborough y de muchos otros republicanos exaltados, no podia vigilar ni tener encerrados á todos aquellos á quienes sus principios daban que temer por su seguridad. Algunos fanáticos capitaneados por un tonelero llamado Venner se presentaron de repente en las calles de Londres, y atacaron muchos puntos ocupados por la milicia. Pasaron no obstante la noche fuera de la ciudad y al siguiente dia entraron otra vez para sitiar al lord corregidor en su palacio gritando: *Viva el rey Jesus, abajo las cabezas de sus enemigos, y clávense en las puertas de sus casas*. Despues de sostener con la tropa un sangriento combate fueron derrotados, y murieron en el patíbulo diez y seis de ellos. Estos revolucionarios eran milenarios que iban á conquistar para Jesus su reino, y murieron en la firme creencia de que muy pronto tendria principio el reinado de Cristo. Esta empresa reanimó los temores del parlamento y fue funesta para muchos regicidas olvidados en las cárceles; de modo que las cámaras querian llevar al cadalso á los que voluntariamente fueron á ponerse en manos de la justicia, porque se les ofreció perdon; pero Cárlos retrocedió en vista de este rigor inútil, y escribió al canciller: „estoy cansado de ahorcar, haced pues „que la ley no salga de las cámaras, porque si llegase hasta mí „no podria ya perdonar.”

Con esto la humanidad del monarca puso límites á las ejecuciones, porque las cámaras no estaban aun saciadas de venganzas cual si para sufocar las revoluciones fuesen necesarios los cadalsos; cuando la esperiencia prueba por el contrario que la sangre derramada las atiza en vez de terminarlas. A pesar de todo la clemencia del rey no pudo salvar á un hombre que habia representado los mas interesantes papeles en la guerra civil: este hombre era Vane, rentista

hábil, político sagaz y religionario fanático, el cual fue juzgado con Lambert, soldado ambicioso que creyó poder continuar el papel que habia desempeñado Cromwell. Lambert se mostró débil en presencia del tribunal, al paso que Vane trató de justificar su conducta con mucha audacia, y asi fue que sus argumentos embarazaron á los jueces, con lo cual no consiguió convencerlos sino provocar su severidad, de manera que su defensa le perdió, pues se hizo entender al monarca que el acusado habia hecho su crímen irremisible tratando de probar que el poder del parlamento era superior al real. Sufrió la muerte con serenidad en el lugar mismo en que el hacha cortó la cabeza á Strafford de cuya muerte tuvo Vane la culpa, y la espió en el mismo sitio cual si la divina justicia hubiese querido que este castigo fuese una leccion para todos. Lambert aunque condenado obtuvo el perdon y pasó el resto de sus dias en la isla de Guernesey á donde lo desterraron; allí vivió hasta 1684 distrayéndose en el cultivo de flores, ocupacion que le hizo llevadera su oscuridad, tan enojosa siempre para los hombres criados entre el tumulto de las armas y las agitaciones de la política.

Restablecida en Inglaterra y sobre sus antiguas bases la autoridad del príncipe, dedicóse este á robustecerla en Escocia, pais que en vano quiso sustraerse al yugo del protector, pues los escoceses fueron vencidos y tratados á guisa de rebeldes, si bien con esto se logró consolidar el triunfo de la iglesia presbiteriana. Secundado el monarca por un parlamento que lo constituian criaturas suyas, recobró todas las prerogativas, el mando del ejército, el nombramiento de empleados, el derecho de hacer la paz y declarar la guerra y de convocar y disolver los cuerpos legisladores. Abolióse el *covenant*, cuantos aspiraban á alcanzar algun empleo habian de reconocer la supremacía del rey; el lord comisario Middleton hizo dar de nulidad todo lo que habia hecho el parlamento un los últimos veinte y ocho años, y se restableció el episcopado; mas los realistas no contentos con todo esto necesitaban inmolar alguna víctima espiatoria de lo pasado. Su venganza cayó sobre el marques de Argyle, gefe de los que juraron el *covenant*, y que

habia concurrido á la pérdida de Montrose, lo cual bastó para armar contra él á los jueces cuya mayoría era realista. En vano invocó la amnistía, pues le condenaron á muerte, y fue al cadalso como un valiente. A la suya siguieron otras dos ejecuciones y fueron las únicas que mancharon el triunfo de los adictos á la monarquía.

Trató entonces el gobierno de regularizar la suerte de Irlanda, restableció en ella el episcopado, y como no era menos importante que las materias religiosas, la restitucion de los bienes á los antiguos propietarios á quienes fueron confiscados, y por otra parte Cárlos habia repartido algunos de los suyos á personages poderosos como los duques de York, Albemarle, Ormond, y á varios individuos del clero, se vió en la imposibilidad de retornar sus propiedades á millares de católicos que se arruinaron para defenderlo, y á no pocos oficiales que le habian acompañado en su destierro. Declaróse pues que su derecho habia caducado, y el gobierno escusó esta medida con la imposibilidad de quitar á los soldados de Cromwell lo que se les habia dado. Por otra parte era indispensable que el gobierno sostuviese la supremacía de los protestantes con respecto á los católicos, y por ello convenia que estos fuesen pobres á fin de que no se hiciesen demasiado poderosos algun dia.

Aunque el monarca con el objeto de hacer una fusion de opiniones, nombró como ya lo dijimos para formar un consejo de estado personas de todos los partidos, este sacrificio hecho á la política no era mas que aparente, porque no pudiendo acordar su confianza á hombres de cuya adhesion no estaba seguro, les quitó la direccion de los negocios para encargarla á la comision de relaciones esteriores presidida por Hyde, compuesta del duque de Ormond, Monk, Southampton, el lord tesorero, Nicholas y Morris. Algunos de ellos habian seguido la suerte del príncipe, y los otros eran los autores de la restauracion; no es pues de admirar que todos los asuntos de importancia fuesen discutidos y resueltos anticipadamente, de modo que al consejo no le quedaba mas que ratificarlo todo con su asentimiento. El canciller que á fuer de tal y


DONACIÓN DEL EXCMO.
SR. D. J. F.

Trajes militares, en tiempo de Jorje II.



Lalaisse del. Pret sculp.

COSTUMES MILITAIRES SOUS LE RÈGNE DE GEORGES II. (1740)

de primer ministro á cuya dignidad lo elevaron sus servicios y su talento, tenia ya muchísimo influjo, lo adquirió mas grande casando con el duque de York á su hija Ana, que habia cautivado el corazon del príncipe, mas por sus dotes espirituales que por su belleza física. Unióse con ella clandestinamente y logró que el monarca aprobase su matrimonio á pesar de la oposicion de muchos cortesanos que no reparaban en hablar de la novia en términos que mucho ofendian su honra; pero las protestas de Ana pudieron mas que sus acusadores que al fin retractaron sus calumnias y entonces subió al rango de duquesa de York. Cárlos casó en seguida á su hija Enriqueta con Felipe de Francia hermano de Luis XIV. El interes de su pueblo y los ruegos de sus ministros le decidieron poco despues á buscar esposa, que fue una princesa de Portugal con la que recibió un dote de quinientas mil esterlinas, la posesion de Tánger en Africa y la de Bombay en las Indias orientales.

Aunque el manifiesto de Breda habia prometido la tolerancia religiosa, nunca el monarca pudo alcanzar de los comunes que cumpliesen su promesa, pues insistieron en que se ejecutasen las rigurosas leyes dictadas contra los católicos, y el acta de conformidad que separaba del sacerdocio á los otros disidentes; mas como el parlamento aborrecia sobre todo el papismo, el matrimonio de Cárlos con una princesa que reconocia al pontífice, alarmó sus temores, le hizo ver como posible que el rey acabase por abrazar el culto que la nacion detestaba, y exigió del mismo que condenara á destierro á todos los presbíteros católicos. Los temores de la cámara no eran infundados, pues si bien es verdad que el rey se mostraba muy indiferente en materias religiosas habia dejado entrever alguna tendencia hácia la comunion romana, seducido por la pompa de sus ceremonias y por los principios de su moral favorables á la monarquía. Digno es de notarse tambien que en aquella misma época el duque de York acababa de abjurar la creencia de sus padres por el catolicismo y lo profesaba públicamente. Todas estas causas reunidas esplican la conducta del parlamento celoso de conservar la supremacía de la iglesia anglicana que á sus ojos era la prenda de las libertades del pais.



La importancia del comercio que de cada dia iban apreciando mas los pueblos y los gobiernos, fue entonces causa de una furiosa guerra entre los ingleses y los holandeses. Estos últimos convertidos en factores de todas las naciones de Europa habian acumulado grandes riquezas de que echaron mano para estender sus posesiones territoriales en Africa y en Asia. Bajo la proteccion del duque de York se formó en Londres una compañía con el objeto de comprar oro en polvo y esclavos en las costas de Guinea. Los holandeses zelosos de este tráfico alzaron fuertes y pusieron factorías en los mismos puntos, y los comerciantes de Londres alarmados al ver aquellas tentativas que iban á perjudicar sus intereses se quejaron á la cámara de los comunes que abrazó con calor su causa. Ademas Cárlos estaba agriado con el grande pensionista de Witt, gefe de la faccion aristocrática de quien habia sufrido persecuciones y ultrages durante su destierro, y por esto aprovechó con ansia la oportunidad de vengarse, y votado por la cámara baja para este objeto un subsidio de dos millones quinientas mil libras esterlinas, declaró la guerra á la Holanda en 2 de febrero de 1665.

El duque de York como grande almirante fue puesto á la cabeza de una numerosa escuadra y dió un combate al almirante holandes Opdam. Jacobo hermano del rey corrió en aquella accion los mayores riesgos, el conde de Falmouth, lord Muskerry y Boyle, hijo del conde de Darlington, murieron á su lado. El buque que atacó al suyo fue volado con todos sus defensores entre los cuales estaba el almirante contrario; mas aquella victoria aunque completa no desalentó á los vencidos que supieron encontrar un abrigo cerca de Lowestoff. Witt tomó el mando de la escuadra y merced á su actividad los holandeses se hallaron muy luego en disposicion de hacer rostro á sus vencedores. Comenzó de nuevo la lucha con otro combate que duró tres dias, y en el cual mandaba las fuerzas holandesas el célebre Ruyter, el cual tenia por adversarios al príncipe Roberto y al duque de Albemarle, pues el rey habia quitado el mando de la flota al duque de York, nó porque envidiase la gloria que habia adquirido sino para conservar en la persona

de su hermano la preciosa vida del heredero presunto de la corona. Ambas partes sostuvieron la lucha con igual valentía, mas como Tromp que era hijo del grande almirante del mismo nombre se separó de Ruyter, este hubo de retirarse ante las superiores fuerzas de su enemigo. Mientras que por mar alcanzaban los ingleses tan gloriosos triunfos eran diezmados en tierra por el terrible azote de la peste. Despues de haberse incubado el mal durante mucho tiempo, de repente se derramó la enfermedad por todas las parroquias de Londres y acabó con millares de habitantes. La marcha de los ciudadanos ricos, y la suspension de los negocios que fue su consecuencia redujeron á la miseria á los trabajadores y á los criados, circunstancia que no dejó de aumentar los estragos del contagio. Durante el dia recorrian las calles algunos empleados encargados de hacer llevar en el acto los cadáveres de los infelices que en ellas morian. Por la noche iba un carro anunciado por una campana y precedido por hachas, el cual recogia á los muertos que desde las ventanas de las casas infectadas se arrojaban á la calle. Los parientes y amigos no tenian ni aun el triste consuelo de acompañar los restos de las personas á quienes amaban: á mas de que el temor habia roto todos los vínculos sociales, apagado todos los sentimientos, hecho desaparecer todas las relaciones, y diariamente daba lugar á escenas de la mas infernal depravacion. Los enfermeros asesinaban á los enfermos ó los dejaban morir sin socorrerlos á fin de robarles cuanto tenian. El silencio reinaba en aquellas calles donde poco antes habia tan grande tumulto, y si alguna cosa lo interrumpia eran los gritos de desesperacion que salian de las casas y los alegres cantares de la depravacion á que se entregaba la multitud irreflexiva. Algunos manifestaban el dolor mas profundo al paso que otros hacian por olvidar el riesgo entregándose á toda clase de escesos para agotar la copa de los placeres antes que terminasen sus dias. La epidemia por fin se detuvo despues de haber arrebatado cerca de cien mil personas en la capital, y de trescientas mil en las provincias.

En 11 de octubre de 1666 el rey convocó el parlamento en Oxford. Una y otra cámara se hicieron notar por su liberalidad con res-

pecto al monarca, á quien otorgaron un subsidio de doscientas cincuenta mil esterlinas, y al mismo tiempo con nombre de regalo gratificaron al duque de York con ciento veinte mil libras. Hecho esto se ocuparon de reprimir por medio de leyes severas las conjuraciones de muchos desterrados que habiendo hallado un asilo en Holanda trabajaban para turbar con sus intrigas la seguridad pública, y mantenian correspondencia en Inglaterra con los enemigos del gobierno. Tratóse con nuevo rigor á los sacerdotes disidentes que mientras á causa de la epidemia se habian escapado los ministros anglicanos, ocuparon su lugar en la cabecera de los enfermos y sacrificaron sus vidas con la abnegacion mas sublime. En virtud del acta de conformidad cerca de dos mil ministros presbiterianos habian abdicado voluntariamente sus funciones y fueron castigados porque contraviniendo á la ley habian cumplido la santa mision de ausiliar á la humanidad con riesgo de sus vidas. Los zelos de la iglesia dominante eran tantos, que persiguió á sus rivales, á quienes debia haber colmado de honores.

Apenas hubo cesado el azote de la peste cuando cayó sobre la capital la nueva calamidad de un incendio que se manifestó en la noche del 2 al 3 de setiembre de 1666 y se derramó por toda ella impelido por un viento de este que llevaba las llamas de casa en casa; y como muchas de ellas eran de madera, el fuego devoró hasta trece mil dejando repentinamente sin abrigo á doscientas mil personas. Mientras duró esta calamidad se cometieron toda clase de desórdenes; el populacho exasperado por alarmantes rumores se entregaba á todos los escesos: detenia y maltrataba á las personas reputadas por papistas ó republicanas, porque corrió la voz de que estas dos clases habian pegado fuego por sí mismas y formado el proyecto de asesinar á la poblacion entera. El parlamento convocado poco despues de aquella desgracia, lejos de calmar el furor del pueblo solo trató de exasperarlo mas y obligó al monarca á que desterrase á todos los presbíteros católicos y jesuitas que estaban en el reino.

Durante todo su reinado no cesó el monarca de combatir el espíritu de persecucion de los comunes en materias religiosas, mas

no pudo alcanzar su intento: y asi fue que la intolerancia de las cámaras provocó alguna resistencia en Escocia, y los del *covenant* cansados de sufrir apelaron á una sublevacion. Hicieron prisionero al gefe de las tropas realistas de Edimburgo, y amenazaron á esta plaza; pero vencidos por el coronel Wallace se dispersaron y la espada de la justicia acabó de sufocar la insurreccion por medio de los suplicios. Mientras tanto continuaba con diversa fortuna la lucha con la Holanda. Witt y Ruyter aprovechándose de la negligencia de Cárlos que confiado en que se concluiria la paz puso en la mar fuerzas inferiores, se presentaron de repente en la desembocadura del Támesis, tuvieron la audacia de meterse en él y destruyeron trece navíos incendiándolos con brulotes. Esta afrenta no fue vengada y el monarca ingles alarmado por las hazañas de Luis XIV, que acababa de invadir el Franco-Condado, firmó la paz con los estados y muy luego con la Francia, con la cual estaba en guerra, bien que las hostilidades continuadas con poca actividad no produjeron resultado alguno digno de mentarse.

Desde la restauracion de Cárlos habia estado al frente del gobierno el canciller Hyde, conde de Clarendon, hombre sinceramente amante de su patria y que con su celo íntegro habia despertado la enemistad de los cortesanos, cuyas calumnias le perdieron en la opinion pública, atribuyéndole el fatal resultado de la guerra con la Holanda. Echábanle en cara ademas haber aconsejado al monarca la venta de Dunkerque á Luis XIV, cuya plaza si bien ocasionaba grandes gastos halagaba el amor propio nacional porque abria á los ingleses la puerta de la Francia y les hacia olvidar bajo este aspecto la pérdida de Calais. El canciller tuvo la imprudencia de levantar en aquella época un soberbio edificio para habitacion suya, y la malignidad de sus enemigos le llamó palacio de Dunkerque para dar á entender al público que era el precio de la cooperacion del ministro al abandono de aquella plaza. Es verdad que Clarendon aconsejó aquella venta, mas fue porque el erario estaba exhausto con motivo de los gastos ocasionados por la guerra, y porque la conservacion de Dunkerque costaba cien mil esterlinas anuales. Ademas el rey debia pagar muy luego el dote de su her-

mana casada con el duque de Orleans y no podia esperar en la generosidad de las cámaras. Mas el público nada de esto consideraba y los cortesanos aunque lo supieran, procuraban callarlo para presentar de mal aspecto al ministro. Tambien era por entonces blanco de los realistas cuyo escesivo celo habia provocado el enojo de las dos cámaras. Sin embargo de todo esto se hubiera salvado á no cometer el grande error de negarse constantemente á doblar la cabeza bajo el yugo de las damas del monarca y sobre todo de haber rechazado con desprecio las insinuaciones de la condesa de Castlemaine cuyo poder en el corazon del monarca era ilimitado. Esta muger tan disoluta como vengativa empleó todo su influjo contra el canciller, y contribuyó poderosamente á su ruina, de modo que despues de haber salido victorioso del cargo de traidor de que le acusó el conde de Bristol sucumbió bajo el peso de la indignacion pública que sus adversarios y en particular la dama del monarca tuvieron la habilidad de despertar contra él. Cárlos que apreciaba su carácter no podia avenirse con la severidad de sus principios que no pudieron adulzorar los estravíos de su amo. Por otra parte los enemigos del canciller habian logrado persuadir á Cárlos de que este con el objeto de tenerle bajo su dependencia habia impedido que las cámaras le señalasen mayor asignacion para sus gastos personales, y tambien se dijo que habia impulsado al duque de Richemont á que tomase por muger á la hermosa Stuart con quien al parecer queria Cárlos dividir el trono con preferencia á una princesa de Portugal de la que no podia tener hijos. Imposibilitado el rey de casarse con su dama, se proponia Clarendon asegurar el trono á sus nietos, puesto que su hija estaba casada con el duque de York heredero presunto de la corona; pero Cárlos no le perdonó nunca haber burlado sus deseos. Como ya entonces era el canciller objeto de la animadversion pública y del resentimiento del monarca, sus servicios no bastaron para sostenerlo en el poder, y Cárlos determinó sacrificarlo, haciéndole aconsejar que presentase su dimision, á lo cual se negó el ministro diciendo que esto seria degradarse y convenir en que era culpado, satisfacciones que no queria dar á sus enemigos. Estos ha-

bian intentado contra él otra acusacion ante la cámara de los pares y pedian que provisionalmente fuese detenido: Clarendon confiado en su inocencia quería desafiar esta nueva tempestad; pero hubo de ceder á una órden formal del monarca que le retiró los sellos obligándole á buscar un asilo en el continente. Despues de su marcha la cámara de los comunes le condenó á destierro, calificó de libelo un escrito que el acusado acababa de publicar para justificarse, y lo hizo quemar por mano del verdugo. Retiróse el ministro á Ruan en donde se ocupó trazando la historia de la revolucion que habia arrebatado la corona á Cárlos I; pues no siéndole ya dable servir á sus conciudadanos quiso instruirlos poniendo á su vista un cuadro verídico de los escesos causados por el frenesí de los partidos que so color de reformar el estado lo habian desgarrado sin piedad trayendo otra vez el despotismo en lugar de la libertad que preconizaban. A los seis años de desgracia murió el autor lejos de la patria, olvidado por su príncipe y por sus compatriotas, cuya ingratitud recompensó sus servicios con el desprecio y con ultrages. Como compañero inseparable de Cárlos habia participado de todas las vicisitudes de su fortuna, y merecido su confianza y su afecto por su adhesion y por sus conocimientos. Puesto al frente de los negocios desde los primeros dias de la restauracion supo dirigirlos con firmeza y contener igualmente á todos los partidos que cansados de su inaccion y viendo frustradas sus esperanzas se reunieron para derrocarlo. Tal suele ser el paradero de todos los hombres que toman sobre sí el ardua tarea de asegurar la obra de una restauracion, porque precisados á enfrenar las pretensiones comunmente exageradas de sus antiguos amigos pasan por ingratos si quieren ser justos, y tarde ó temprano son sacrificados á ciegos resentimientos. Clarendon es un ejemplo de ello, pues fue proscrito por un parlamento cuya mayoría era realista. Es menester confesar por otra parte que era poco á propósito para cortesano, porque la gravedad de sus modales y la rigidez de sus principios no podian convenir al monarca ni á sus palaciegos que eran hombres y mugeres que procuraban sacar partido de la debilidad de Cárlos en pro de su ambicion ó de sus placeres. Viéndose pues sa-

crificado á viles intrigas falleció con el corazon lacerado por la injusticia de sus contemporáneos, y solo el tiempo pudo purificar su memoria y colocarle en el rango que de justicia le tocaba.

Separados Clarendon y sus amigos, constituyeron el ministerio el duque de Buckingham, lord Arlington primer secretario de estado, el guardasellos Bridgeman, y sir Guillermo Coventry tesorero. Buckingham, nieto del favorito de Cárlos I habia heredado todos los vicios de su abuelo y hacia alarde de su disolucion de costumbres. Nacido para la intriga se habia hecho necesario á su amo á quien procuraba dinero para acudir á sus prodigalidades, y divertia con la gracia y la mordacidad de su carácter. Con tales calidades no podia menos de agradar á un príncipe de cuyos gustos participaba y cuyas pasiones servia.

El ministerio comenzó por procurarse dinero obligando para ello á sus acreedores á que hiciesen bancarrota con cerrarles por el tiempo de un año las arcas de la tesorería. Como el gobierno arrendaba á varios capitalistas algunas de las rentas públicas y estos le adelantaban los fondos que habia menester, con dejar de cumplir sus obligaciones para con los prestamistas, pudo disponer de una suma de un millon trescientas mil esterlinas; mas perdió el crédito con esta medida que sobre reducir á la miseria á muchas personas dispertó contra el poder la opinion pública. Creyeron los ministros que calmarian la efervescencia del pueblo apoderándose, aunque la Inglaterra estaba en paz con la Holanda, de algunos buques mercantes de esta nacion, cuyos ricos cargamentos ofrecian un grande ingreso en las arcas: mas esta tentativa salió fallida y no le quedó al ministerio mas que la vergüenza de haberla concebido.

Luis XIV que acababa de salir de la tutela de Mazarini y que se hallaba en lo mas florido de su juventud secundado por el talento de Colbert y de Louvois habia restablecido la hacienda pública y puesto en pie y disciplinado un ejército numeroso. La muerte del rey de España su suegro dispertó su ambicion y formó el proyecto de apoderarse de la Flandes, que al decir suyo le correspondia en cabeza de su muger; aunque esta señora al tiempo

de su matrimonio habia renunciado formalmente á todos sus derechos de sucesion á los estados de su padre. Luis mandaba en persona las fuerzas francesas, y teniendo á sus órdenes á Turenne hizo rapidísimas conquistas, y en el congreso de Aquisgran obligó á la España á cederle muchas de las plazas que habian caido en su poder. Los holandeses exasperaron á Luis deteniéndole en el curso de sus conquistas, y por ello determinó castigarlos; mas como para conseguirlo era indispensable separar de su alianza á la Inglaterra, hizo uso de sus intrigas y llevó á cabo este proyecto. Dirigian entonces á Cárlos los consejos de cinco personages á quienes el público designaba con el nombre de *Cábala* porque formaba esta voz la reunion de las iniciales de sus apellidos que eran Buckingham y Arlington de quienes hemos hablado, Clifford hombre dotado de grande talento y cuya probidad en materia de rentas no llegó nunca á ser sospechosa; el duque de Lauderdale amigo del poder arbitrario, y dispuesto siempre á ejecutar con rigor la voluntad y hasta los caprichos del soberano, y finalmente sir Antonio Ashley Cooper que despues fue conde de Shaftesbury, hombre corrompido, y siempre pronto á sacrificar los intereses públicos á su ambicion, y que habiendo servido á Cromwell se convirtió en cortesano cuando la restauracion, y acababa de reemplazar en el destino de guardasellos al insignificante Bridgeman.

Estos cinco hombres persuadieron al monarca que accediese á las proposiciones de Luis XIV que prometia galardonar la deferencia de Cárlos con socorros de consideracion si queria abandonar á la Holanda á su resentimiento. Estrechado por su habitual penuria de dinero consintió en la demanda del monarca frances, gracias á los manejos de la duquesa de Orleans hermana de Cárlos, que fue á verse con este en Londres llevando consigo á la señorita de Keroual cuya belleza acabó de ganar al monarca ingles á favor del de Francia. Declaróse pues la guerra á la Holanda, y á las órdenes del duque de York salió una escuadra en 1672 para ofrecer el combate al enemigo en la bahía de Southwold. Ruyter lo aceptó sin vacilar, y despues de una accion larga y sangrienta, la victoria quedó por los ingleses que obligaron á su adversario á retirar-

se. El duque se distinguió mucho en esta batalla durante la cual hubo de pasar á otro buque porque el suyo estaba tan mal parado que no podia maniobrar por mas tiempo. A pesar de esta accion brillante no pudo Jacobo grangearse la estimacion pública porque despues de haber abjurado el culto anglicano para abrazar la comunion romana, acababa de contratar segundo matrimonio con la hermana del duque de Módena princesa católica. Este enlace le suscitó poderosos enemigos en una y otra cámara; de manera que la de los comunes exigió del monarca que no suspendiese la ejecucion de las leyes penales contra los católicos y aprobó una ley declarando inhábil para obtener empleo alguno á cualquiera que se negase á prestar el juramento de supremacía y á recibir la Eucaristía segun el rito de la iglesia anglicana. El duque de York se vió precisado á renunciar su empleo de almirante, y Clifford ministro de Cárlos dejó tambien por igual motivo el destino de tesorero general. La misma cámara estaba dividida entre sí; porque aquella ley era obra de Arlington quien codiciaba el destino de Clifford, el cual al retirarse tuvo bastante crédito, para que le sucediese en el empleo una de sus criaturas. Por otra parte Shaftesbury intrigaba secretamente con los gefes de la oposicion parlamentaria con el fin de impedir que Jacobo consumáse su union con la segunda esposa: por ello perdió su destino de guardasellos, y se lanzó abiertamente en el partido popular cuyo director fue en los ataques que daba á sus antiguos colegas. Efectivamente la cámara baja impulsada por Shaftesbury pidió que fuesen despedidos los consejeros de la corona sospechosos de adictos al papismo, y amenazó con una acusacion á Buckingham, Arlington y Lauderdale. Los dos primeros se defendieron y triunfaron, y á pesar de esto fueron despedidos de modo que el otro fue el único que se quedó en el poder. Dirigia entonces á Cárlos el sucesor de Clifford, creado conde de Danby, el cual para arrebatar á sus adversarios el arma mas poderosa con que contaban hizo que saliese un manifiesto del rey en el cual habia severas penas contra los sacerdotes católicos y se desterraba de la corte á todos los papistas. Al mismo tiempo el monarca obligó á la princesa María hija de Jacobo á recibir el

sacramento de la confirmacion de manos del obispo de Londres, á pesar de lo que se resistia á ello su padre. Mas los comunes no parecieron dar importancia alguna á esta prueba de ortodoxia. Lord Russel que era uno de los adalides de la mayoría dirigió contra Danby graves cargos que fueron rechazados; pero la cámara redactó una nueva acta con el objeto de mantener intacta la religion anglicana, y en seguida votó un subsidio de ochocientas mil esterlinas fijando el destino que á esta cantidad debia darse, despues de lo cual se prorogaron las cámaras para de allí á quince meses.

La caida del ministerio de Buckingham y los últimos sucesos que hemos referido acontecieron en los años 1672, 73 y 74, durante los cuales tuvieron lugar en Europa otros de la mayor importancia. Entre ellos debe contarse la invasion de la Holanda por Luis XIV que quitó el poder y la vida á los dos hermanos Witt y trajo la restauracion del Sthatouder en la persona del príncipe de Orange. Guillermo salvó á su patria y organizó contra el monarca frances una confederacion formidable, compuesta del emperador de Alemania, del rey de España y de muchos otros príncipes cuya reunion presentaba fuerzas imponentes. Luis hizo rostro á la tempestad, contando con el poco acuerdo de los aliados y con el talento del gran Condé y de Turena su émulo. Cárlos intimidado por el clamor de la opinion, no osando aliarse abiertamente con los enemigos de la Holanda, habia concluido la paz con esta república mediante una suma considerable, y al mismo tiempo vendió su neutralidad á Luis XIV por la suma de quinientos mil escudos. El congreso de Nimegue convocado en 1676 puso término á las hostilidades entre las potencias del continente; y Cárlos sin conocimiento de sus ministros celebró un tratado con el monarca frances de quien aceptó una pension de cien mil esterlinas. Aunque por este medio vino á depender de Luis, preferia esta esclavitud á la necesidad de pedir ausilios al parlamento, cuya condescendencia habia de comprar á costa de su reposo, y no pocas veces de su autoridad. A pesar de esto en 1677 convocó las cámaras y sus ministros presentaron dos leyes, la una para poner bajo la vigilancia de un consejo de prelados anglicanos los hijos que pudiese tener

el monarca, y la otra para eximir á los católicos de algunas penas mediante el impuesto anual del diezmo de sus rentas. La cámara rechazó la segunda de estas leyes por intolerancia y la primera porque al parecer iba dirigida á facilitar el camino del trono á un príncipe católico.

A pesar de este decreto Cárlos compró con el dinero de la Francia una mayoría de treinta votos en la cámara baja, y el otorgamiento de un subsidio para hacer frente á los gastos de la marina. Esta venalidad de los diputados tan cómoda para el monarca podia en algun tiempo serle muy nociva porque tambien los estrangeros compraban votos en el parlamento. De este medio se valieron el imperio y la España para hacer declarar la guerra á la Francia. Cárlos no podia consentir en ello porque estaba comprometido con el gabinete de Versalles; por lo mismo prorogó las cámaras muchas veces y en los intervalos hizo encarcelar á los gefes de la oposicion, entre los cuales estaban Buckingham y Shaftesbury que permanecieron encerrados en la torre por espacio de siete meses. El duque alcanzó la libertad por medio de una retractacion, y el otro que permitió que el tribunal le condenara no pudo volver á sentarse en la cámara alta sin confesar antes su culpa puesto de rodillas. En aquel mismo año se verificó el matrimonio de María hija primogénita de Jacobo con el príncipe Guillermo que se trasladó á Inglaterra en donde la boda fue celebrada con la mayor magnificencia. Al parecer esta union iba á reconciliar al duque de York con los partidarios de la iglesia anglicana, cuando la famosa conjuracion denunciada por Oates hizo que este príncipe volviese á ser el objeto de la animadversion pública.

Este hombre tan pronto ministro anabaptista como presbítero ortodoxo habia sido empleado en un buque de la marina nacional, y como mas adelante le quitaron el destino se hizo católico y jesuita y residió primero en Valladolid y despues en Saint-Omer. Fue arrojado de aqui y volvió á Londres á casa de un cura que en otro tiempo habia remediado su miseria. Este cura llamado Tongue continuamente soñaba en conspiraciones fraguadas por los papistas: oyó con el mayor gusto cuanto quiso referirle Oates y le acompa-

ñó á casa de Kirkby, químico del rey, y á casa de sir Edmundsbury Godfrey juez de paz para que declarase allí todos los pormenores de una conspiracion. Figuraba entre los conjurados Coleman secretario de la duquesa de York. Habiendo Jacobo tenido noticia de esto habló al rey que hizo comparecer al denunciador ante el consejo privado en donde declaró que algunos meses antes Guillermo Grove y Pickering se habian comprometido á asesinar al monarca; mas que como aquella tentativa se frustró, se reunieron en la taberna del caballo Blanco algunos jesuitas, los cuales comprometieron á dos monges y á cuatro irlandeses á deshacerse de Cárlos, y el médico de la reina habia admitido quince mil esterlinas en pago de atentar á los dias del rey por medio de un veneno. Oates atribuia tambien á los jesuitas el crímen de ser autores del incendio de Londres en 1666 y de haber acumulado en aquel lance sumas considerables. Finalmente segun dijo el declarante trataban de incendiar á Westminster y los buques anclados en el Támesis. El padre Lachaise habia dado diez mil esterlinas para coadyuvar á la empresa; y por último el papa cómplice en la conspiracion habia destinado anticipadamente las sillas y los beneficios que debian darse á los presbíteros católicos, puesto que se trataba de restablecer á la fuerza la comunion romana. Oates sostenia que le constaban todos estos pormenores pues lo habian empleado en misiones reservadas que le pusieron en el caso de oir revelaciones de interes y de leer el contenido de papeles de grande importancia. No presentaba sin embargo prueba alguna con que justificar sus dichos, tanto mas sospechosos de falsedad, cuanto eran conocidamente equivocadas muchas circunstancias de su relato: trastornaba cosas y personas, y asi es que aseguró haber visto á D. Juan en Madrid, y como le preguntasen qué especie de hombre era, contestó que era alto, pálido y flaco, siendo asi que la talla de D. Juan era corta y su cuerpo bastante grueso. Dijo asimismo que habia presenciado cuando el padre Lachaise llevó diez mil esterlinas á la casa de los jesuitas inmediata al Louvre, y nunca los jesuitas tuvieron casa cerca de aquel punto. De todo esto resulta que Oates no tenia otras noticias que voces vagas que él compuso á su manera; pero es cierto que

los católicos de Inglaterra mantenian correspondencia con el padre Lachaise que sin duda alimentaba la quimérica esperanza de convertir á los tres reinos.

El exámen de los papeles de Coleman hizo ver que habia recibido dinero del embajador frances, para llevar á cabo, segun decia en sus cartas, una grande empresa. Coleman fue preso, y entre tanto desapareció repentinamente el juez Godfrey que habia recibido la deposicion de Oates: su cuerpo fue hallado á los cinco dias en Primerose-Hill atravesado por su misma espada, y como tenia en el cuerpo varias señales de violencia se dedujo de aqui que no se suicidó sino que fue ahogado. Como por otra parte no le quitaron el dinero ni las sortijas que tenia puestas no pudo dudarse que no fue víctima de malhechores: declaróse pues que habia muerto asesinado y las pomposas exequias con que se le honró atrajeron un prodigioso número de personas las cuales juzgaron que los papistas lo habian hecho matar á fin de que desaparecieran los vestigios de la conjuracion. Desde que Cárlos estaba aliado con la Francia corrian sin cesar vagos rumores, y todas las medidas del gobierno eran interpretadas como tendentes á restablecer la religion romana, y tras ella el poder arbitrario. Todo esto dió hincapié para que la muerte de Godfrey se achacase á los papistas y para que el público oyese con gusto lo que declaró Oates, porque de continuo se soñaba en invasiones, asesinatos y alzamientos. La capital se puso en estado de defensa cual si tuviese los enemigos á la puerta, lo cual dió lugar á que el caballero Flayer dijese en tono de zumba que alababa las precauciones de los gobernantes de Londres sin las cuales los ciudadanos hubieran corrido riesgo de encontrarse todos degollados al dispertarse al dia siguiente. Shaftesbury y sus amigos sacaron partido de esto para enardecer los ánimos dentro y fuera del parlamento. Convocadas las cámaras mandaron al punto que se hicieran pesquisas acerca de la conjuracion que muy imprudentemente fue denunciada por el primer ministro conde de Danby con la esperanza de que con esto aumentaria el afecto del pueblo hácia el monarca. En virtud de las deposiciones de Oates fueron puestos en la torre cinco pares católicos:

llenáronse las cárceles con mas de dos mil personas, y se ofrecieron recompensas á todos los que descubriesen algo relativo á la conspiracion papista. Los pares que profesaban la comunion romana fueron escluidos de la cámara y por medio de varias representaciones se pidió al rey que alejase al duque de York. El lord corregidor puso sobre las armas la milicia de Londres y de Westminster para que velase por la seguridad de los habitantes que todos los dias aguardaban la esplosion de algun complot. Oates á quien el parlamento declaró salvador de la nacion fue alojado en el real palacio de White-Hall, y se le dió una guardia y una pension anual de mil doscientas esterlinas. El celo de las recompensas ofrecidas produjo luego otro acusador que fue Guillermo Bedloé, aventurero de malísimos antecedentes, y que no vaciló en comprometer con sus delaciones á los mas ilustres personages, puesto que tuvo la audacia de decir que la reina habia conspirado para acabar con su esposo, proponiéndose con esto castigarle de sus muchas deslealtades y restablecer en el reino la religion católica. Oates confirmó este horrible cargo y se presentó en la barra de la cámara de los comunes para acusar á la reina Catalina de esta traicion. Sin embargo su audacia quedó burlada en la cámara de los pares que no quiso ocuparse de una denuncia tan monstruosa é inverosímil; mas como era preciso verter alguna sangre para contentar á la muchedumbre y tranquilizar su temor, la primera víctima fue Coleman el cual insistió en sostener que todas sus cartas y sus pasos todos no tenian mas objeto que hacer que los católicos recobrasen el derecho de celebrar públicamente su culto. Despues de Coleman murieron el jesuita Ireland y otras dos personas acusadas de haber querido matar al rey y á las cuales comprometieron las calumnias de Oates y de su digno compañero.

Mientras que los ánimos estaban en la mayor efervescencia el lord tesorero Danby quiso complicar en la conspiracion al papista Montague contra quien estaba muy resentido; mas este le previno presentando á la cámara de los comunes una carta del gran tesorero en la cual encargaba al mismo Montague, que entonces estaba de embajador en Francia, que pidiese al gabinete de Versalles

una suma considerable eu recompensa de la cual el rey habia de apoyar á Luis XIV en perjuicio de las potencias amigas de Inglaterra. Este descubrimiento alzó una terrible tempestad contra Danby que no podia contestar sin dar noticia de secretos cuya publicidad pudiera ser muy nociva, y Cárlos con el intento de salvar á su ministro, tomó el partido de disolver el parlamento en enero de 1679. Procuró el monarca al mismo tiempo desarmar á los enemigos de la corte dando plaza en el consejo privado á los principales gefes que el partido popular tenia en las cámaras; mas este espediente no produjo efecto alguno porque el parlamento apenas estuvo otra vez reunido cuando adoptó una ley declarando que si el monarca moria sin posteridad no podria su sucesor ocupar el trono si no profesaba el protestantismo: cou lo cual se quitaba la corona al duque de York que era el heredero presunto. El duque retirado poco antes á Bruselas fue condenado á permanecer en su destierro por un acuerdo de las dos cámaras que le amenazaba con hacerle cargo del crímen de alta traicion apenas entrase en el reino. Cuando el duque partió habia exigido esplicaciones de su hermano acerca del nacimiento del duque de Monmouth hijo de Lucía Walter que era una de las damas del rey. Este jóven acababa de ser llamado á Londres por su padre que le hizo duque, y le dió por esposa á la mas rica heredera de Escocia. El duque tenia escelentes prendas personales que llamaban la atencion y le hacian bienquisto del pueblo, pero su capacidad no correspondia á su ambicion que aspiraba al trono. Shaftesbury sacó partido de ella para contrarestar al duque de York, con la esperanza de que con sus intrigas conseguiria que el monarca le reconociese por hijo, pero Cárlos se negó constantemente á privar á su hermano de los derechos que tenia á la corona: mas como amaba tiernamente al duque de Monmouth colmóle de favores y le confió el importante cargo de hacer entrar en su deber á los escoceses que estaban por el *covenant*. Estos fanáticos, furiosos por restablecer el episcopado, se negaban á sujetarse á las leyes que les prohibian formar conventículos ó asambleas. Efectivamente semejantes reuniones eran peligrosas para la tranquilidad pública, y no podia el gobierno

desentenderse de que eran el gérmen de todos los desórdenes y revueltas que se habian alzado contra el poder constituido. Despues de Lauderdale que desde el palacio de San James hacia pesar la mas dura opresion sobre el pueblo escoces, los partidarios del *covenant* odiaban particularmente á Sharp arzobispo de San Andres y primado del reino, que antes fue uno de los ardientes amigos del *covenant* y que habiendo vendido despues á sus consocios y sido honrado con la mas elevada dignidad de la iglesia hacia uso de su poder para perseguir con el mayor encarnizamiento á sus antiguos camaradas. Ciegos de ira intentaron estos asesinar al prelado; pero la empresa se falló, y nueve de aquellos fanáticos despues de haber consultado la voluntad del Señor por medio de oraciones, concluyeron que el homicidio de Sharp seria una obra grata á Dios, y habiendo esperado al arzobispo en un camino le hicieron salir del coche y lo degollaron en presencia de su hija. Con el objeto de librarse del castigo que los aguardaba los asesinos tomaron las armas y se manifestaron en rebelion abierta contra el gobierno; apoderáronse de Glascow y decretaron la abolicion de los prelados. El rey encargó al duque de Monmouth que sufocáse aquella rebelion, y el duque derrotó en Bathwell-Bridge á los alzados, de los cuales murieron en la accion mas de setecientos y fueron hechos prisioneros mil doscientos. Dos ministros presbiterianos conocidos como principales motores de aquel levantamiento acabaron su vida en un patíbulo, y los prisioneros fueron enviados á sus casas habiéndoseles tomado antes juramento de que se someterian á las leyes. La mayor parte de ellos alcanzaron la libertad con esta condicion, esceptuando á trescientos que fueron embarcados para la Barbada y naufragaron en el viage en 1679.

La conjuracion atribuida á los papistas continuaba teniendo agitado el espíritu público, aunque las mas escrupulosas pesquisas y las diligencias mas complicadas no hubiesen producido resultado alguno capaz de confirmar las deposiciones de Oates y de Bedloé. Sacrificáronse víctimas de todas clases; por las declaraciones de Oates murieron en el cadalso cinco jesuitas, los cuales en vano jus-

tificaron que aquel miserable no estaba en Londres y que por tanto no pudo asistir á los conciliábulos que los católicos tuvieron en aquella ciudad: mas la evidencia nada pudo contra el espíritu de partido. La exaltacion de los ánimos era tanta que los jueces insultaban á los acusados y los testigos favorables á estos corrian peligro de ser asesinados por el pueblo. Ni aun era permitido dudar acerca de la criminalidad de los católicos; pues un miembro de los comunes que en conversacion particular dejó entrever su poca fe en la famosa conspiracion fue espulsado de la cámara y se autorizó á la comision de la de los pares para interrogar á todos los que tratasen de sostener la inocencia de los acusados ó condenados como cómplices en la grande conspiracion de los católicos.

Segun antes hemos dicho el monarca creyó oportuno llamar á su consejo privado á los principales adalides de la oposicion parlamentaria; mas bien pronto se cansó de estos porque conociendo ellos que no merecian la confianza del rey continuaban envalentonando contra él la mayoría de la cámara de los comunes que estaba á merced suya. El rey pues despidió muy luego á estos consejeros, y prorogando el parlamento para el tiempo de un año se aprovechó de este intervalo para hacer que su hermano volviese del continente. Trasladóse Jacobo á Windsor y luego salió para fijar su residencia en Edimburgo; pero estuvo poco tiempo en Escocia pues una nueva intriga de Shaftesbury le obligó á dejar otra vez su patria. Un tal Dangerfield, alentado sin duda por los buenos resultados que le produjo á Oates, su delacion dió noticia de una conjuracion de los presbiterianos; mas conociendo que el pueblo daria mas crédito á una conspiracion de los papistas, rindió declaraciones contra estos, y segun sus confidencias se cogió en un barril de harina un legajo de papeles que contenian las pruebas de esta trama. Parece que Dangerfield habia tenido relaciones con el duque de York á quien sacó dinero para descubrir los criminales manejos de los adversarios de los católicos. Con semejante estratagema logró introducirse cerca de Shaftesbury á quien tenia prometido dar noticia de las supuestas conjuraciones de los jesuitas. Con este método engañaba á los dos partidos: mas habiendo

hecho cargos á los lores Powis, Peterborough y al conde de Castlemaine, magnates católicos, no pudo conseguir que los condenasen porque el jurado rechazó el testimonio de un hombre á quien se habian impuesto varias penas infamatorias: y sin embargo el duque de York comprometido por las declaraciones de aquel impostor hubo de alejarse del reino. Sus enemigos de la cámara de los comunes se aprovecharon de su ausencia para escluirle del trono en virtud de una ley que se negó á votar la de los pares.

Todas las víctimas que hasta entonces habian sido llevadas al cadalso con motivo de la conjuracion de los papistas eran sacerdotes y otras personas que pertenecian á las clases superiores de la sociedad; pero en la torre estaban presos muchos lores católicos que esperaban se los juzgara. El primero que compareció ante un tribunal fue el vizconde de Stafford, anciano cargado de enfermedades y cuya condena parecia inevitable atendida su poca elocuencia y su poquísima aptitud para sostener una discusion. A pesar de esto se defendió con mucho tino, convenció de falsarios á sus acusadores, y supo escitar la compasion con la sencillez de su lenguage y con el aire de verdad que se veia en sus protestas de inocencia, y no obstante las exigencias del populacho y la parcialidad de las tres personas encargadas del procedimiento arrancaron á los jueces una sentencia de muerte. Stafford la oyó con resignacion, y como el canciller le dijese que la cámara intercederia en su favor á fin de que únicamente fuese decapitado en vez de sufrir la pena impuesta á los traidores, se deshizo en llanto, y protestó que si estaba tan conmovido no era por temor de la muerte sino por la bondad con que sus jueces lo trataban. En los dias en que se difirió la ejecucion derramóse la voz de que habia hecho importantes descubrimientos, á lo menos sus enemigos se valieron de todos los recursos que estaban en sus manos para que lo verificase, pero Stafford llevado ante los pares convino únicamente en que habia proyectado libertar á los católicos de la crueldad de las leyes penales hechas contra ellos, logrando que fuesen mitigadas ó que á lo menos viniese á hacerlas nulas una tácita tolerancia. Al encaminarse al cadalso el pueblo corria para verle y en vez de

dirigirle inprecaciones manifestaba su dolor con lágrimas y sollozos. Pronunció un largo discurso en el cual despues de haber justificado la moral del catolicismo que lejos de alentar al asesinato no predicaba mas que las buenas obras, afirmó del modo mas positivo que moria inocente. Muchas voces de entre la multitud contestaron: „Os creemos, milord, Dios os bendiga," y el mismo verdugo le pidió perdon. La ejecucion de Stafford para la cual se empeñó hasta tanto estremo el partido democrático apagó la rabia de la muchedumbre lejos de alimentarla. La conmiseracion vino á sustituir al odio y preparó la vuelta de la opinion pública á sentimientos de humanidad y de justicia. A pesar de todo la cámara de los comunes dirigida por Russel y Sidney continuaba persiguiendo el principio monárquico con los mas violentos ataques, como puede deducirse por los siguientes proyectos de ley. El primero restableció los parlamentos trienales, el segundo hacia amovibles los magistrados, la tercera calificó de alta traicion cualquiera percepcion de contribuciones no votadas por las cámaras, y finalmente el cuarto proponia formar una liga para la defensa del rey y del protestantismo y para arrebatar la corona al duque de York y á todos los demas papistas.

Los comunes llegaron hasta el punto de declarar que no concederian ningun subsidio mientras el poder no sancionase la ley de esclusion, y amagaron entablar procedimientos contra aquellos que hiciesen adelantos al gobierno sobre las rentas del estado. Semejantes ataques exasperando al monarca hubieran podido encender una lucha peligrosa, y sin embargo aquella asamblea tan facciosa con respecto al rey y tan implacable por lo que toca á los católicos tiene un derecho á la gratitud de sus conciudadanos porque á ella debe la Gran Bretaña la célebre acta de *Habeas corpus*, base fundamental de su libertad. En virtud de esta ley cualquiera persona indiciada en algun delito político ó comun puede conservar su libertad dando caucion, librándose asi de los sufrimientos de una cárcel que son tan malos para los inocentes como para los culpados. Tantas medidas violentas adoptadas por la cámara baja decidieron á Cárlos á disolverla y convocó un nue-

vo parlamento en Oxford. Los gefes del partido popular fueron todos reelegidos y se trasladaron á Oxford circuidos de una inmensa muchedumbre de partidarios suyos, que entraron en la ciudad llevándo banderolas con esta inscripcion: „Abajo el papis„mo, abajo la esclavitud." Por otra parte los amigos del rey se reunian en torno suyo y la ciudad presentaba la imágen de un campo de batalla mas bien que de una reunion parlamentaria. El rey en su discurso de apertura protestó que nunca habia pensado restablecer el gobierno arbitrario puesto que procuró convocar cuanto antes un parlamento, aunque tenia mucho por que quejarse del anterior. En seguida sus ministros presentaron un proyecto de ley en virtud del cual el duque de York debia residir fuera del reino durante toda su vida, y en caso de venir á ser rey todos sus poderes pertenecerian á un regente ó á una regente salida de sangre real; pero la cámara de los comunes rechazó este espediente para volver á su ley de esclusion. Durante estas cosas un tal Fitz-Harris católico irlandes que se habia vuelto espía y estaba á la devocion de la duquesa de Portsmouth, acusó al duque de York de haber tratado de envenenar al rey por medio de la duquesa de Mazarino, y de haber formado una liga con el rey de Francia cuya flota anclada en Flandes, debia pasar á Inglaterra para degollar á todos los protestantes. Aunque estos alegatos no estaban fundados en prueba alguna causaron una sensacion grandísima. Los comunes que querian salvar á Harris retardando su proceso, declararon que intentarian contra él una acusacion; mas los pares enviaron el negocio á la jurisdiccion de los tribunales, lo que produjo entre las dos cámaras una coalicion de que el monarca se aprovechó para disolver el parlamento.

Esta audaz resolucion intimidó á la oposicion y Cárlos para grangearse un partido hizo leer en la iglesias una declaracion en donde esponia la violenta conducta de los comunes que le habian obligado á una disolucion tan brusca. Rehecha de su pasado terror la opinion pública se decidió en pro del monarca y fueron muchas las representaciones que le dirigieron manifestándole la confianza y la adhesion que le tenian. Cárlos se aprovechó de esta fa-

vorable coyuntura para separar de su consejo á las personas cuyas intenciones le eran sospechosas, y contando con su nueva popularidad resolvió perseguir á todo trance á sus adversarios. Shaftesbury y muchos otros fueron acusados, pero el jurado declaró inocentes á todos esceptuando á un tal College cuya condena no podia importar al monarca, y que sin embargo fue ejecutado. Es probable que aquellas sangrientas reacciones de que el suplicio de College fue un preludio no hubieran derramado el luto en el reinado de Cárlos si el duque de York no hubiese arrastrado á su hermano á cometer rigores incompatibles con su carácter, pues Jacobo acababa de ser llamado de su destierro, y como fue perseguido durante mucho tiempo por enemigos implacables, á su vez determinó perseguirlos. Su influjo imprimió á la marcha del gobierno un carácter mas enérgico, pero todos sus actos llevaron el sello del rigor. Como los habitantes de Londres habian manifestado un espíritu sedicioso se los castigó por ello aboliendo las libertades y franquicias de la ciudad. El duque de Monmouth, los lores Grey, Russell y Algernon-Sydney, gefes del partido democrático en los últimos parlamentos, exasperados por una persecucion cuyos límites no podian fijarse, entablaron correspondencia con Shaftesbury, que recobrada su libertad se habia refugiado en Holanda para sustraerse al resentimiento del duque de York. Este hombre se comprometió á enviar á sus amigos de Inglaterra armas y municiones: Russell y Monmouth se obligaban á promover sublevacion en Londres, Bristol y condados de Chester y de Devon, pero mientras se urdian estas intrigas Shaftesbury cayó enfermo en Amsterdam y murió en pocos dias. Este hombre que despues de haber sido el cortesano mas servil se convirtió en furioso demagogo, siempre hizo uso de su talento para satisfacer sus pasiones, fue el mas entendido sostenedor de la causa popular y la puso muy en riesgo con su audacia y con la turbulencia de su carácter, llevándola á escesos que sublevaron contra ella la opinion pública. Como á pesar de esto era el alma de la conjuracion su muerte dejó indecisos á sus cómplices, los cuales formaron un consejo de seis personas, compuesto de Monmouth, Russell, el conde de Essex, Sydney, lord

Howard y Hampden, nieto del célebre parlamentario de este nombre. Esta junta se puso en relaciones con los descontentos de Escocia que prometian tomar las armas juntamente con sus amigos de Inglaterra. Al mismo tiempo que ellos estaban urdiendo esta vasta insurreccion tramaban otra algunas personas de mas baja esfera, entre las cuales habia oficiales reformados, un antiguo jerife de Londres, y muchos mercaderes y artesanos. Uno de estos llamado Shepherd era dueño de una casa de campo puesta en el camino de Newmarket, lugar famoso por las corridas de caballos, en donde habian de esperar al rey y hacer fuego á su coche al traves de los árboles que ladeaban el camino, pero dos conspiradores denunciaron á sus cómplices y en virtud de su delacion fueron detenidos Russell, Sydney, Hampden, el conde de Essex y lord Howard. A todos se les formó causa como indiciados de haber querido asesinar al rey y se justificó que Russell entre otros habia entrado en casa de Shepherd, que tomó parte en una reunion que allí se tuvo, mas no pudo probarse que allí se hubiese tratado de un proyecto de homicidio premeditado contra el rey, porque lord Howard que fue delator de sus camaradas justificó á Russell en órden á este estremo. Condenado á muerte á pesar de esto se preparó Russell á sufrir su pena con un valor firme debido á sus sentimientos religiosos. Tuvo una interesantísima entrevista con su esposa tan querida como digna de serlo, y al salir de aquella escena que lo habia profundamente conmovido esclamó: „Ahora la „muerte ya no es amarga," y se dirigió al cadalso sin manifestar temor ni debilidad. Al llegar al sitio de la ejecucion ofreció su reloj á uno de los circunstantes diciéndole: „ya no lo necesito, „porque voy á contar por la eternidad." En vano su anciano padre el conde de Bedford se dirigió á la duquesa de Portsmouth á quien propuso rescatar la vida de su hijo por la suma de cien mil libras esterlinas: Cárlos fue inexorable pues lo que mas odiaba en Russell era su tenacidad que nada podia doblegar y de que dió pruebas en la cámara de los comunes en donde se mostró el mas ardiente sostenedor de la ley de esclusion.

Despues de Russell le llegó su vez á Algernon-Sydney, hijo del

conde de Léicester, y que habia figurado en la guerra civil entre los adversarios de Cárlos I, pero que nombrado juez para instruir el proceso contra el monarca no quiso tomar parte en aquel atentado. Su elocuencia combatió despues los proyectos de Cromwell, y con el mismo calor se opuso á la restauracion. Aunque no quiso acogerse á la amnistía solicitó su perdon en 1677, y de vuelta á Londres se afilió en el partido de la oposicion. Todos los actos de la vida pública de Sidney indican su inclinacion al sistema republicano, única forma de gobierno que creia compatible con la libertad, para cuyo establecimiento trabajó siempre, y acerca de lo cual compuso varios tratados que se encontraron en su gabinete y fueron causa de su condena. Estos papeles que estaban manuscritos no llegaron nunca á hacerse públicos, pero Jeffreys, elevado entonces á la dignidad de justicia mayor indicó en este negocio cuáles eran sus principios de administracion de justicia, pues sostuvo que el escribir y el obrar eran una misma cosa. El acusado que no tenia contra sí mas testimonio que el de Howard fue declarado criminal, no quiso que le acompañase al suplicio ningun amigo y se desdeñó de dirigir la palabra á los espectadores. „He „hecho las paces con Dios, dijo, y nada tengo que decir á los „hombres." Si Algernon honró su muerte con su valor, y si su memoria es aun hoy grata á los amigos de la libertad, debe confesarse que la conducta de esta ilustre víctima no fue siempre tan rígida como sus principios, pues recibia una pension de Luis XIV y servia de instrumento á los proyectos de este monarca cuyo objeto era sembrar la division en el parlamento y paralizar asi á la nacion por medio del rey y al rey por medio de la nacion. La avaricia sin embargo se ajusta mal con el patriotismo: Sydney se hizo venal y con esto al paso que da motivo para dudar de su buena fe, dispierta en el alma un sentimiento muy inmediato al desprecio. El duque de Monmouth que como lord Grey habia conseguido escaparse de la cárcel, compró su perdon por medio de declaraciones que le cubrieron de infamia. Essex se suicidó ó fue asesinado en la cárcel, á Hampden se le impuso una multa de cuarenta mil esterlinas, y la mayor parte de los otros conjurados es-

piaron su crímen en un cadalso. La venganza del partido dominante no satisfecha con estas ejecuciones cayó sobre los enemigos del duque de York, y asi el infame delator Oates convencido de que habia dado á aquel príncipe el nombre de traidor papista hubo de espiar este crímen con la cantidad de cien mil libras. Otra persona que habia cometido el mismo delito lo pagó con una pena análoga, y el caballero Samuel Barnardisson fue multado en diez mil libras porque en su correspondencia particular habia reprobado la marcha del gobierno. La severidad, ó por mejor decir las injusticias del poder, que en otro tiempo hubiera exasperado á todo el mundo no halló sino panegiristas, la doctrina de la obediencia pasiva vino á ser el tema de los magistrados en los tribunales y de las universidades en las cátedras, de manera que la nacion parecia haber vuelto á la época en que Enrique VIII hacia doblegar bajo su cetro hasta la inflexibilidad de las leyes y disponia de su reino como de una herencia particular.

Cárlos sin embargo no gozaba de su triunfo sin inquietudes, y aun parecia dispuesto á volver atras para seguir el camino regular, pues si estaba subyugado por su hermano no se sentia convencido de la escelencia de sus miras políticas y prevía sus riesgos. En tanto es asi como que un dia en que el duque de York le estrechaba para que adoptase varias medidas severas, le dijo: „hermano mio, „estoy ya muy viejo para empezar una carrera, vos podeis hacerlo si gustais de ello." Mientras que el rey vacilaba en la incertidumbre la muerte vino á sacarle de ella, pues atacado por una apoplejía sucumbió á los cuatro dias en 6 de febrero de 1685. Aunque durante su vida tuvo una indiferencia igual sobre todas las religiones, murió católico despues de haber recibido los sacramentos de manos de un presbítero apostólico romano.

Cárlos no tuvo jamas conviccion ni en el corazon ni en el entendimiento. Criado entre los disturbios civiles y las súbitas mudanzas que estos producen asi en los hombres como en las cosas, acabó por no creer en los sentimientos que honran á la especie humana: parecíale que el interes ó la vanidad eran el móvil de todas nuestras acciones, y en este concepto no podia esperar en

cambio de ellas ni afecto ni agradecimiento. Hé aqui por qué se mostró él ingratísimo entre todos los príncipes, salvo con algunos hombres cuyos servicios galardonó por política; puesto que dejó morir de hambre ó en el olvido á la mayor parte de los caballeros que todo lo habian sacrificado por su causa. Como rey degradó su suprema clase poniéndose á sueldo de un príncipe estrangero, y vendiendo por una pension los intereses de su pueblo; al parecer consideraba su reino como una herencia que podia beneficiar en provecho suyo sin ocuparse en procurarle mejoras que le fuesen útiles á él solo: en una palabra, el egoismo y la indolencia formaban la base de su carácter como rey. En la vida privada fue por lo contrario un escelente amo, un padre ternísimo y un hermano cariñoso. La amabilidad de su carácter que sabia chancearse con finura sin ofender nunca, sus modales francos, atractivos y familiares con nobleza, cautivaban por medio de un encanto irresistible á cuantos se le acercaban; mas si poseia todas las prendas que embellecen las ordinarias relaciones sociales faltábanle casi todas las cualidades de rey; preferia los placeres oscuros al esplendor de la gloria, y era poco celoso por honrar su reinado con el brillo de acciones grandes. No le faltaba inteligencia para el gobierno y dió bastantes pruebas de ello en circunstancias asaz difíciles en que anduvo envuelto. Entonces sabia mostrarse firme sin terquedad ó ceder sin manifestarse débil, y solo de esta manera pudo burlar los ataques de sus adversarios y triunfar de ellos completamente. La autoridad real templada en los embates políticos salió de ellos mas fuerte que nunca, de manera que en sus postreros años Cárlos ejercia un poder casi tan absoluto como el de Enrique VIII. Un historiador no ha vacilado en compararle á Tiberio, mas no hay en su conducta rasgo alguno que pueda sancionar esta comparacion. A la par de Tiberio se entregó á los placeres sensuales; pero al menos estos placeres no ultrajaron en él á la naturaleza ni á la humanidad. Es cierto que Cárlos llevó muy allá su pasion por las mugeres y que estas fueron causa de sus mayores yerros políticos, puesto que para satisfacer los ruinosos caprichos de sus damas vendió á Luis XIV la independencia de su patria. Entre todas las

personas que fueron objeto de sus desarregladas inclinaciones mencionarémos tan solo á las duquesas de Cleveland, y de Portsmouth, y á la actriz Nelly Gwin. La primera que fue un modelo de disolucion humillaba á Cárlos con sus infidelidades, y le desconsolaba con su carácter iracundo; la segunda de orígen frances fue un regalo de Luis XIV que la hizo servir para sus ambiciosos proyectos, y que gobernó á su real amante hasta la muerte. En cuanto á la tercera era una jóven pródiga, viva, disoluta, pero de mucho talento y mucha gracia, y no tuvo jamas otra ambicion que agradar al rey, y por esto fue la única dama que Cárlos al morir recomendó á su sucesor.

Este príncipe no dejó hijos legítimos aunque tuvo muchos naturales: de la duquesa de Cleveland hubo cuatro á saber el duque de Southampton, el de Grafton, el de Northumberland y la condesa de Lichtfield; de Nelly Gwin hubo al duque de San Albano; de la duquesa de Portsmouth al duque de Richmond y de otras distintas damas dos hijos mas, uno de los cuales fue el célebre Monmouth de quien tenemos hablado.

Durante el reinado de Cárlos las costumbres y la política hicieron un cambio completo: á la melancólica beatería de los puritanos sucedió de repente la mas desenfrenada licencia, pues á imitacion del monarca nadie pensaba mas que en placeres. Era tanto lo que habia hecho sufrir la piadosa hipocresía de los reformadores que todo el mundo se lanzó al estremo opuesto: á los sermones sustituyó el teatro, á la iglesia los bailes; y el gusto por los placeres que vino á ocupar el puesto de la vida austera, fue muy nocivo á la moral. Al mismo tiempo las letras dispertaron de su letargo y produjeron obras maestras que no perecerán jamas. Entonces componia Milton su inmortal poema en donde cantaba en versos tan puros como interesantes el nacimiento, la union y la caida de nuestros primeros padres. Milton apologista del regicidio sirvió con su pluma á Cromwell y participó de las exaltadas ideas de su época, y durante el reinado de Cárlos vivió oscuro, pobre y ciego sin tener siquiera el gusto de saborear su gloria, puesto que sus contemporáneos ó despreciaron su obra ó la vieron con indi-

ferencia. Dryden, Otway, Waller, Cowley, Davenant y otros poetas célebres se distinguieron tambien, unos por sus obras dramáticas y otros en el género lírico y en la sátira. En esta fue el mas famoso el desventurado Butler á quien Cárlos II dejó morir en la indigencia aunque de continuo recitaba sus versos. Suyo es el poema de Hudibras en donde con tanta gracia como talento se burla de la autoridad de los puritanos. Sir Hudibras su héroe es una especie de D. Quijote que sostiene la fuerza de sus argumentos teológicos á punta de lanza y que divierte á los lectores con su cándida credulidad y sus burlescas aventuras. El tiempo ha arrebatado á esta obra grande parte de sus encantos, mas no ha podido quitarle el mérito que es independiente de las circunstancias, á saber, el de la versificacion llena de alma en donde la ironía está embozada con la candidez que la hace todavía mas amarga. La razon por que Butler fue pobre es porque habia de sacar provecho de los cortesanos, únicos que podian entoncer paladear el sabor de sus escritos, porque el público aun no leia otro libro que la Biblia. Los poetas reducidos á vivir de las dedicatorias que hacian á los magnates, con mas freeuencia cobraban en alabanzas que en dinero. Hé aqui por qué Oway murió literalmente de hambre, y el autor del Hudibras acabó sus dias en un granero.

JACOBO II.

Las persecuciones que Jacobo sufrió durante el reinado de su hermano le hicieron tanto mas cara su nueva fe como que para profesarla abiertamente habia arriesgado la pérdida de una corona. El restablecimiento de la communion romana parece que fue el único objeto que le ocupaba, y sin embargo comenzó su reinado prometiendo mantener la iglesia establecida, y el pueblo recibió con el mayor contento esta palabra que debia tan pronto quebrantarse. En efecto uno de los primeros pasos del rey fue hacer alarde de su creencia yendo públicamente á misa con sus ministros y los principales empleados de palacio. Al momento despachó un

agente á Roma para que comunicara al pontífice su ánimo de hacer entrar á su reino en el gremio de la iglesia católica. Quiso en seguida establecer la tolerancia en materias religiosas, mas en este punto el espíritu público estaba tan alarmado que amenazaba ya una revuelta cuando Jacobo tuvo la prudencia de calmarla haciéndose coronar segun los ritos de la iglesia anglicana. Habia prometido tambien respetar escrupulosamente las leyes establecidas, y no obstante sin aguardar el asentimiento de las cámaras cobró por su propia autoridad algunos derechos que se le habian concedido á su hermano para durante su vida. Con percibir contribuciones no votadas por las cámaras cometia una visible ilegalidad, mas no se tomó la molestia de justificarse, y descansando en la ley de la necesidad queria tal vez preparar el camino al poder arbitrario por cuyo restablecimiento anhelaba. A pesar de esto confirió los principales destinos á protestantes; nombró tesorero general al conde de Rochester y gran chambelan al de Clarendon, ambos cuñados suyos. Sunderland continuó siendo secretario de estado, y se dió la presidencia del consejo privado á Halifax por mas que en los últimos tiempos del reinado de Cárlos II perteneció al partido de la oposicion. Sin embargo quien gobernaba en realidad era otro consejo que se reunia en el cuarto de Chiffinch page de la guardaropía, y en el cual figuraban varios magnates católicos y el P. Peters confesor del rey.

Los hechos que no ha mucho hemos referido son bastantes para comprender que el monarca nunca habia perdonado las ofensas, y bien pronto dió una prueba de ello haciendo perseguir como perjuro á Oates que fue condenado á la pena de azotes y de la *picota*, las cuales sufrió muy resignadamente. A despecho de la infamia y de la perversidad de su conducta de que no dejaron duda los debates que hubo durante la instruccion del proceso, conservó muchos partidarios que continuaron reverenciándolo como un mártir, porque nada es tan difícil de desarraigar como la oposicion que es hija de los intereses políticos. Oates que á pesar de la crueldad con que se puso en ejecucion su sentencia pudo conservar la vida, en el reinado de Guillermo fue puesto en libertad y alcanzó

una buena pension en desquite de sus sufrimientos. Era justo recompensar á las víctimas y se galardonó al homicida. Tal es la moral de los partidos.

Apenas Jacobo habia empuñado el cetro cuando pareció querer disputárselo un rival que fue el duque de Monmouth quien arrojado de la presencia de Cárlos se retiró al continente en donde contrajo estrechas relaciones con el conde de Argyle desterrado tambien de su patria á fuer de gefe del partido del *covenant*. Los dos resolvieron hacer simultáneamente una invasion en Escocia é Inglaterra. Argyle desembarcó á la cabeza de trescientos hombres y quiso reunir á sus antiguos vasallos, pero hubo disensiones entre los montañeses y los habitantes de las llanuras, y el conde abandonado por la mayor parte de los suyos fue envuelto por fuerzas superiores, preso, vencido sin combatir, y como ya tenia sobre sí una sentencia de muerte espiró en un cadalso. Monmouth tomó tierra en el puerto de Lyme en el condado de Dorset y publicó un manifiesto en el cual protestaba que su venida no tenia otro objeto que defender la religion de su pais y los privilegios políticos contra un asesino y un tirano, y dotó la cabeza de Jacobo. De pronto parecia que el éxito correspondiese á las esperanzas, pues aunque habia desembarcado con solos ochenta hombres en cuatro dias reunió cuatro mil; pero la fortuna no tardó en abandonarle, y vencido en Segde-Moor cayó al dia siguiente en manos de sus perseguidores que le encontraron en una hoya medio muerto de hambre, de frio y de cansancio. Conducido á White-Hall y á presencia del monarca tio suyo pidió perdon de rodillas, pero Jacobo le contestó que no lo merecia, y que era fuerza que muriera, y aun le exortó á que llamase un sacerdote católico para salvar su alma. A vista de la muerte recobró Monmouth todo su valor, y como era el ídolo del pueblo este corrió en tropel á presenciar su agonía que fue dolorosa, porque el ejecutor hubo de darle cinco golpes con la segur para cortarle la cabeza. Tenia entonces treinta y seis años y sobre estar dotado de relevantes prendas físicas poseia todas las morales, menos la prudencia, falta que le llevó á su perdicion. La multitud que lo adoraba no queria

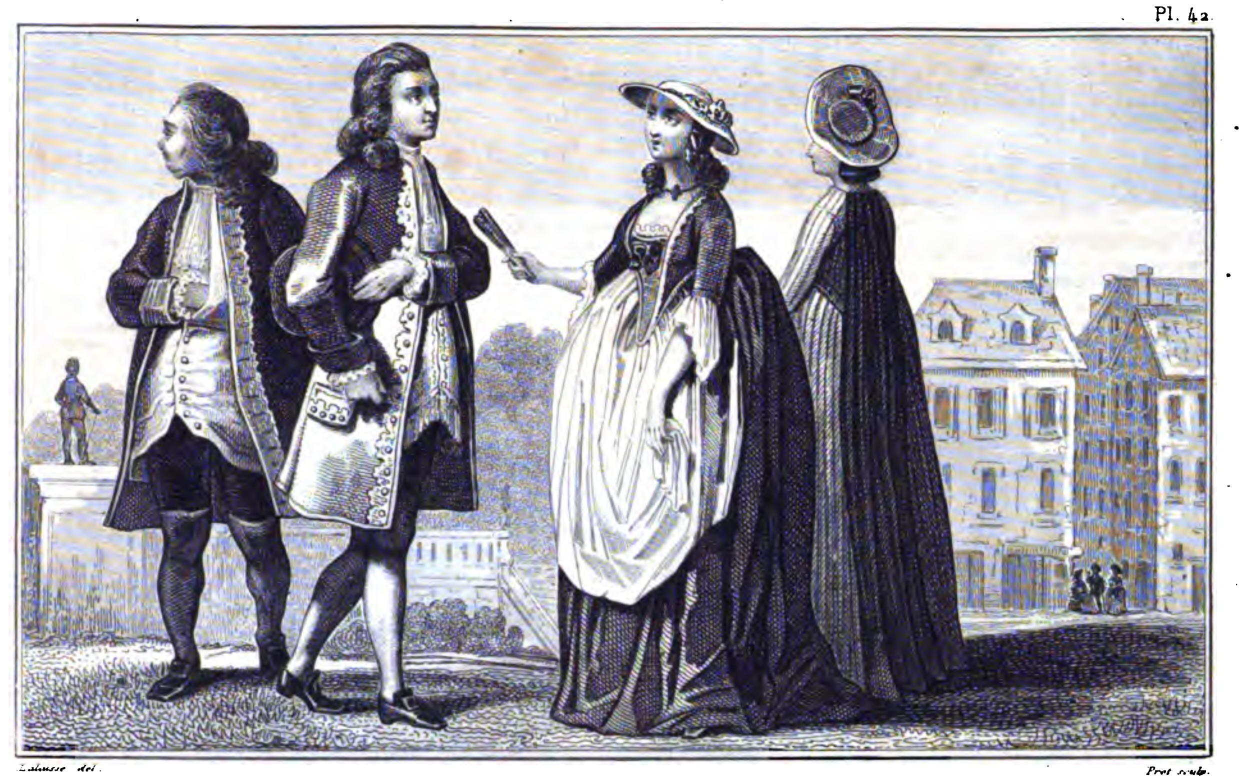
creer aun en su muerte y estuvo en la persuasion de que se habia ejecutado á otra persona en lugar suyo. En la mañana del dia en que iban á quitarle la vida, Jacobo se convidó á almorzar en casa de la duquesa su muger, la cual creyó de pronto que el rey iba á noticiarle el perdon de su marido; mas el objeto de aquella visita fue decirle que le restituiria los bienes del condenado, confiscados en provecho de la corona. Con esto juzgó el príncipe que manifestaba por la viuda de su sobrino un interes muy grande, y quiso tener el gusto de participarle por sí mismo aquel favor: en el concepto de que aquello era un acto de clemencia y de que el paso que daba aumentaria su valor; pero cuantos lo supieron calificaron aquel paso de una prueba de insensibilidad. Si los vínculos de la sangre no bastaron á salvar á Monmouth fácil es comprender que sus amigos fueron tratados con un rigor inexorable. El coronel Kirke soldado feroz hizo ahorcar sin forma de juicio á una multitud de infelices acusados pero no convictos de haber tomado parte en la revolucion. No contento con aumentar las víctimas á merced de su capricho las insultaba en su agonía, unas veces bebiendo á la salud del rey, otras veces haciendo tocar cajas y trompetas, porque como él decia los pacientes necesitaban música que sirviera de acompañamiento al baile de la cuerda: Jeffreys llamado á continuar la sangrienta mision tan bien comenzada por Kirke fue paseando el cadalso por Dorchester, Salisbury, Exeter, Tounton, y Wels. Los que se libraron de la muerte sufrieron azotes y fueron vendidos en las colonias como esclavos. Las cabezas y los miembros de los sentenciados eran puestos á la entrada de las ciudades y pueblos, y daban señal manifiesta del celo atroz de Jeffreys que segun dicen hizo morir á mas de ochocientas personas. Las mugeres acusadas de haber dado asilo á los rebeldes fueron quemadas, y como Jacobo no veia en esto mas que actos de justicia todo lo aprobaba y aun se le acusa de haber dado á estos asesinatos jurídicos el nombre de *las campañas de Jeffreys*. Desembarazado de sus enemigos por la cuchilla de la ley creyó venido el caso de dirigirse audazmente á su objeto que era el establecimiento del catolicismo en Inglaterra. Con este fin pro-

curó levantar un ejército permanente mandado por oficiales católicos; mas para esto era preciso revocar el acta del *Test*. La cámara de los comunes se mostró poco dispuesta á dar su consentimiento al plan del monarca, pues en vez del ejército permanente reclamó la organizacion de las milicias y la espulsion de los oficiales católicos; mas Jacobo al ver esto prorogó el parlamento y cambió el ministerio. Halifax quedó absolutamente desgraciado: Rochester perdió el favor de que hasta entonces gozara y el rey se entregó de todo punto á los consejos de Sunderland á quien nombró presidente del consejo, y de Jeffreys que fue creado lord canciller. Antes de emplear abiertamente la fuerza el monarca echó mano de la astucia y pudo corromper la conciencia de los jueces del tribunal de rentas, los cuales pronunciaron su acuerdo declarando que el rey tenia la prerogativa de dispensar las leyes. Semejante declaracion instaló el despotismo en el estado, pero Jacobo no habia cumplido sino la mitad de su tarea, y era preciso que restableciera el catolicismo y le restituyese la supremacía. Para esto trató de convertir á muchos ministros protestantes, hizo abrir en Londres templos católicos y alentó á los jesuitas para que fundasen un colegio en la capital; en seguida dió muchas plazas en el consejo privado á lores de la comunion romana y entre ellos al P. Peters. Estas tentativas del poder habian alarmado en gran manera la opinion pública, pero el monarca pensó que podia desafiarla haciendo campar muchas tropas en los alrededores de Londres.

Para mejor asegurar en Inglaterra el éxito de su empresa resolvió comenzar por Escocia é Irlanda, mas en el primero de estos reinos el parlamento se negó á consentir en la supresion del *Test*, y por todo favor permitió á los católicos que se dedicasen en secreto al ejercicio de su culto. Cárlos cerró las cámaras y en virtud de sus prerogativas concedió libertad de conciencia á todos los disidentes á los cuales permitió abrir capillas para celebrar públicamente sus ceremonias religiosas. La tolerancia de conciencia era entonces tan repugnante á las costumbres que todas las sectas se negaron á aprovecharse de la concesion como lo hacian los cató-

Trajes civiles, en tiempo de Jorje III.

Pl. 42.



Lalaisse del. Pret sculp.

COSTUMES CIVILS SOUS LE RÈGNE DE GEORGES III. (1765)

licos á los cuales tenian un odio implacable. En Irlanda en donde la mayoría de la poblacion era católica, el rey se creó formidables adversarios porque casi todas las personas que tenian en su mano el poder y las riquezas eran ingleses de orígen y profesaban el protestantismo. Estremeciéronse al ver las recientes medidas de Jacobo, una de las cuales declaraba á los católicos aptos para todos los empleos, pues temieron que invadiendo estos la magistratura y la milicia quisieran vengarse algun dia de los males sufridos: uniéronse pues á fin de conjurar los riesgos de que se veian amenazados. El conde de Clarendon hermano de Rochester fue enviado á Irlanda con título de lord diputado, mas bien pronto hubo de conocer que quien mandaba era Ricardo Talbot recientemente honrado con el título de conde de Tyrconnel. Este hombre que habia abrazado la religion del monarca mandaba el ejército acantonado en aquel pais y habia conseguido espulsar de él á todos los oficiales protestantes y reemplazarlos con católicos. Cansado Clarendon de representar un papel secundario que repugnaba á su conciencia y á su orgullo, hizo su dimision y fue reemplazado por Tyrconnel que acabó de dar en Irlanda la preponderancia á sus correligionarios. Alimentaba la idea de hacer independiente á la Irlanda; mas este proyecto le salió fallido, y el monarca aconsejado por Sunderland se negó á consentir en las medidas que habian de producir este resultado.

Mas audaz Jacobo de cada dia iba adelantando la ejecucion de sus designios, pero hallaba obstáculos imprevistos en la firmeza de los principales dignatarios del estado y en muchos de los empleados inferiores, que todos se negaron á que se les indicasen las personas á quienes habian de dar su voto para diputados y renunciaron los empleos que desempeñaban.

Hasta entonces el monarca habia vivido en perfecta armonía con el clero, pero las tentativas de la corte para convertir protestantes desencadenaron bien pronto el celo de los predicadores. Jacobo deseoso de reprimir su audacia instaló un tribunal eclesiástico compuesto de siete jueces á quien se concedió una jurisdiccion omnímoda. Este tribunal venia á ser con distinto nombre la suprema

junta erigida en tiempo de Cárlos II, y cuyo restablecimiento se prohibió por una espresa declaracion del parlamento. Habiendo un ministro de Londres predicado un sermon contra el papismo se mandó á su obispo que le recogiese las licencias, y como el prelado se negase á ello fue citado ante el tribunal supremo que le suspendió momentáneamente en el ejercicio de su dignidad. Antes de ahora hemos dicho que los monarcas ingleses se atribuian la prerogativa de dispensar de la observancia de las leyes: prerogativa de que Cárlos hizo uso muchas veces en materias esclusivamente políticas; pero Jacobo creyó que podia atreverse á todo con respecto á la iglesia, porque los reyes de Inglaterra tenian sobre ella una supremacía casi tan estensa como la del papa en la comunion romana. Hizo pues una ordenanza concediendo la libertad de conciencia á todos sus súbditos, y mandó á los obispos que la hiciesen leer en las iglesias del reino; pero siete de ellos se pusieron de acuerdo con el arzobispo de Cantorbery y elevaron una esposicion al rey suplicándole que no los obligase á tomar una medida repugnante á sus creencias, y contraria por otra parte á una ley del parlamento. Jacobo irritado los mandó encerrar en la torre acusándolos de haber compuesto un libelo sedicioso, y fueron conducidos á la cárcel por el Támesis cuyas márgenes estaban ocupadas por el pueblo que de rodillas pidió á sus pastores que lo bendijeran. El éxito del proceso fue todavía mas glorioso para los acusados, pues apenas se supo la resolucion del jurado que los absolvió, cuando el pueblo lo iba repitiendo con ardientes aclamaciones que llegando á los pueblos circunvecinos fueron á pasar hasta los soldados reunidos en Honslow-Heath. Estos aplaudieron lo mismo que el pueblo, y Jacobo que se encontraba allí hubiera debido detenerse en el fatal camino en que ya habia entrado; pero lejos de esto prosiguió su marcha con doble audacia. Despues de haber atacado con tan poco provecho al clero se empeñó en luchar con las universidades tratando de obligar á la de Oxford á que contra sus estatutos confiriera la presidencia del colegio de la Madalena á un nuevo convertido. Fue preciso que empleara la violencia y suscitara contra él la opinion pública,

que conociendo la estrecha union que habia entre los destinos de la universidad y los beneficios eclesiásticos, temió que muy luego fuesen á parar esclusivamente á los católicos ó á miserables apóstatas. La universidad de Cambridge atacada poco antes que la de Oxford manifestó la propia firmeza negándose á recibir maestro en artes á un benedictino. Entonces creyó Jacobo que le convenia ceder, mas el modo como despues se condujo con Oxford probó que continuaba en su idea de sujetarlo todo á su despótico capricho.

Distrajo en la apariencia al menos la atencion pública el nacimiento de un hijo del rey que tuvo lugar en 10 de junio de 1688. La venida al mundo de este príncipe trastornaba las esperanzas de los protestantes, pues habian contado que sucederian en el trono de Inglaterra el príncipe y la princesa de Orange y que estos restablecerian la iglesia protestante en todos sus derechos. Con este motivo hicieron cundir la voz de que el hijo no era de la esposa de Jacobo y sí fruto de un engaño, pues segun algunos habia reemplazado al príncipe real muerto á las pocas horas de haber nacido, y otros sostenian que la reina habia abortado y que por medio de una estratagema le metieron aquel niño en la cama. De pronto despreció Jacobo estas calumnias; pero sabiendo que con ellas se habia logrado que la nacion dudase de veras, las desmintió mas tarde por medio de una informacion solemne.

Hasta entonces el príncipe de Orange habia tomado poca parte en los negocios de la Inglaterra contentándose con grangearse el favor por medio de su esforzada oposicion á las ambiciosas miras de Luis XIV. Su adhesion al protestantismo y sus talentos políticos y militares reunieron en torno suyo á los whigs y á los torys, los primeros defensores de las libertades de su pais y los otros de las prerogativas de la monarquía. Los no conformistas contaban tambien con la palabra de un príncipe acostumbrado á la práctica de la tolerancia mas que con la de Jacobo, cuyo gobierno les parecia poco estable: de aqui provino que los mas ilustres personages de la iglesia, de las cámaras y del ejército entraron en relaciones con Guillermo y le instaban para que fuese á salvar la religion y el estado. Guillermo seguro de hacer partidarios en

todas las clases puso manos á la obra: aumentó la escuadra holandesa y levantó regimientos compuestos de protestantes desterrados de Francia por la revocacion del edicto de Nantes. Solapó sus preparativos con el pretesto de una liga qne se tramaba contra Luis XIV, y el crédulo Jacobo conoció que aquellas fuerzas se dirigian contra su trono cuando ya no era tiempo de conjurar el peligro. La corte de Versalles le abrió los ojos y le ofreció ausilios, pero el rey creyendo que algunas concesiones bastarian para volverle la confianza y el amor de su pueblo revocó de golpe todas las ilegalidades que habian dado orígen á las quejas generales. Volvió su carta á la ciudad de Londres, á los obispos su poder, repuso á los magistrados y á los oficiales depuestos, restituyó sus privilegios á las universidades, y dió una amnistía completa; mas estas medidas que se reputaron hijas del temor descubrieron su debilidad y envalentonaron á sus enemigos, de modo que fueron útiles para Guillermo. Mientras que procuraba recobrar el afecto de su pueblo levantó tropas y llamó marineros para defender su corona con las armas en la mano, y no quiso admitir, guiado por los consejos de su ministro el conde de Sunderland que lo vendia, la cooperacion de las tropas y de la flota francesa. Finalmente la tempestad que desde tanto tiempo rugia estalló con el desembarco de Guillermo verificado en Torbay el dia 5 de noviembre de 1688. La escuadra de Jacobo mandada por lord Darmouth dejó pasar al enemigo sin atreverse ó sin querer pelear. Quedábale al rey un ejército de tierra compuesto de cuarenta mil hombres con el cual hubiera podido oponerse al desembarco de los holandeses, pero el P. Peters le aconsejó que no se moviese de Londres. Un ataque vigoroso hubiera indudablemente perdido á Guillermo, porque en los primeros dias de su llegada sus proclamas sedujeron á muy poca gente y aun esta era de la clase ínfima. En Exeter y en Bath el clero tomó el partido de huir para no verse precisado á cantar un *Te-Deum*, y el príncipe sorprendido de frialdad semejante comenzaba á presagiar mal de su empresa cuando se le reunió lord Cornbury hijo del conde de Clarendon. A la verdad eran pocos los oficiales y los soldados que consigo llevaba, pero su ejemplo se hizo muy pronto

contagioso y fue seguido por muchos gentiles hombres influyentes; la determinacion de estos alentó á otros, y el campo holandes en pocos dias estuvo lleno de desertores. En el de Jacobo reinaba un espíritu de indecision que descendia desde los gefes al soldado, y muchos oficiales superiores manifestaron al conde de Faversham que su conciencia no le permitia sacar la espada contra el príncipe holandes que iba á asegurar el mantenimiento de la iglesia anglicana y de las libertades del pais. El rey habia adelantado sus cuarteles hasta Salisbury, de donde salió para ponerse al frente de sus soldados; mas un flujo de sangre por las narices que amenazaba degenerar en hemorragia le hizo volver á Londres y dar á sus tropas órden de que se replegasen sobre la capital. Es probable que adoptó esta medida nó por temor de combatir sino por desconfianza de sus mismas gentes; pues el hombre que tantas veces habia desafiado la muerte por mar y tierra no puede ser tachado de cobarde sin hacerle notoria injusticia. Se creyó vendido y él mismo hizo traicion á su fortuna no atreviéndose á obrar, pues sus partidarios viendo que se abandonaba á sí propio le abandonaron. Los cortesanos á quienes habia colmado de favores desertaron los primeros, entre ellos Churchill cuya hermana, antigua dama de Jacobo, habia atraido sobre su hermano el favor del monarca. Este arrastró consigo al duque de Grafton hijo natural del monarca. Quedábale todavía á Jacobo su hija Ana casada con el príncipe de Dinamarca, hombre de talento menos que mediano, y cuyo lenguage sencillo divertia á la corte y al rey mismo. A la nueva de cada desercion esclamaba: ¿Es posible? Seducido por las instancias de Churchill fue á reunirse á Guillermo con muchas otras personas de distincion. Cuando Jacobo supo su fuga esclamó sonriéndose: "¿Cómo es posible que haya marchado? sentiria mas la fuga de un soldado cualquiera." La princesa Ana siguió las huellas de su marido y el infeliz rey lleno de desconsuelo no pudo contener el llanto y esclamó: "Todo me abandona, hasta mis hijos. ¡Gran Dios, tened compasion de mí!" Era ya preciso tomar una resolucion, pero Jacobo no adoptó ninguna, ni quiso entrar en negociaciones con su yerno ni convocar el parlamento por temor de que los pares y los

diputados una vez reunidos le quitasen la corona, y sin embargo no hacia cosa alguna para defenderla de la espada de Guillermo. Continuaba este su marcha sin hallar resistencia; las ciudades le abrian las puertas, voluntarios á millares engrosaban sus filas, y Jacobo no pudiendo resistir al torrente que contra él iba puso en deliberacion si debia quedarse ó abandonar el reino. Abrazó el último partido arrastrado por los consejos de los señores católicos que le rodeaban, y proyectó tambien enviar su hijo á Francia; pero la flota inglesa habia izado la bandera de Guillermo y el príncipe no pudo embarcarse. La segunda tentativa de fuga tuvo mejor éxito, pues á los pocos dias la reina acompañada de su hijo se trasladó á Gravesend en donde se embarcó para pasar á Calais. Su evasion fue dirigida por el frances duque de Lauzun, cortesano de Luis XIV pero que habia caido en desgracia. Retirado en Inglaterra aprovechó la coyuntura de hacerse célebre por medio de este servicio á fin de recobrar la gracia de su amo.

Apenas supo Jacobo que la reina estaba en salvo cuando procuró transigir con su yerno, mas este le impuso condiciones tan duras que el rey se afirmó mas y mas en la resolucion de abandonar la Inglaterra. Disfrazado de labrador salió á media noche de su palacio para ir á un buque que estaba en la desembocadura del Támesis. Por el camino arrojó el gran sello del estado creyendo que con esto paralizaria las medidas de sus adversarios; esperanza pueril pues Guillermo tenia en favor suyo la fuerza, y la fuerza sabe cuándo es menester prescindir de la legalidad, ó alcanzar su sancion cuando le place invocarla. El buque en que iba Jacobo encalló y hubo de aportar en Faversham en donde fue reconocido y alojado en la casa del corregidor. Apenas se supo en la capital qne el monarca habia abandonado su palacio cuando el populacho se entregó á toda clase de escesos, ordinaria consecuencia de la anarquía, demolió las capillas consagradas al culto católico, robó las casas de los de esta comunion, y devastó los palacios del embajador de España y del enviado especial de Florencia; y si los otros ministros estrangeros salvaron de la destruccion sus palacios fue porque se resistieron á mano armada. La mayor parte de los adictos á Ja-

cobo se habian escondido ó apelado á la fuga: el P. Petets y el conde de Melford se habian refugiado ya en el continente, pero el nuncio del papa y los vicarios apostólicos aunque disfrazados fueron reconocidos y puestos en la cárcel. El canciller Jeffreys tan famoso por su barbarie trató de escaparse vestido de muger, pero fue reconocido en Wapping y desde allí vuelto á Londres sufriendo por el camino infinitos dicterios y no pocos golpes. Medio muerto pudo salvarse del furor del populacho, pero algunos meses despues espiró en la torre de Londres, víctima de los remordimientos de conciencia y de los terrores que causaban á su alma los suplicios de que se veia amenazado.

Jacobo recobrado de su temor se trasladó desde Faversham á Londres y entró con todo el fausto de un monarca y fue saludado con aclamaciones y gritos de alegría. Este incidente embarazó á Guillermo que creyendo que Jacobo abandonaba la Inglaterra se habia apoderado de todas las atribuciones del mando. Entonces resuelto á espantar al monarca envió tropas holandesas con órden de apoderarse á viva fuerza de todos los puestos militares que habia en el palacio real de Westminster. Al mismo tiempo los lores Shrewsbury, Halifax y Delamere dispertaron repentinamente al monarca en medio de la noche para apremiarle á fin de que en el acto saliese de White-Hall y se retirase al castillo de Ham en el condado de Surrey. Jacobo se resignó á partir mas pidió ir mas bien á Rochester, á lo cual accedió Guillermo pues previa que estando Jacobo tan cerca de la mar se aprovecharia de ello para buscar un asilo en el continente. Los sucesos no tardaron en justificar su prevision, pues sabiendo Jacobo que su yerno habia hecho su entrada solemne en Londres y que ya estaban reunidos bajo sus auspicios muchos pares, juzgó que su reinado habia tenido fin. En efecto hallábase casi solo mientras que su rival triunfaba en S. James rodeado con toda la pompa de la soberanía. No tenia ejército porque estaba disuelto, y no veia mas perspectiva que una cárcel. Perseguido por esta idea robóse á sus guardias y se embarcó en la noche del 20 de diciembre de 1688 sin mas compañía que el duque de Berwick y un ayuda de cámara. A los dos dias de su marcha tomó tierra

en Ambleteuse y se trasladó á San German en donde estaban ya su muger y su hijo. El rey de Francia recibió magníficamente al fugitivo monarca, le rodeó de una pompa régia y le prodigó las mas tiernas y delicadas atenciones. Al verse tratado á fuer de rey habria podido creer que todavía lo era, porque su huésped le ofreció todo su poder, mas el destino habia dado su sentencia y esta era irrevocable.

Asi terminó en menos de cuatro años un reinado que comenzara con los mayores aplausos y con las mas lisonjeras esperanzas. Jacobo gobernó su reino sin habilidad, obró sin buena fe y descendió del trono sin resistencia. Ni aun supo honrar su derrota, y sin embargo no era un príncipe que careciese de las cualidades necesarias para el gobierno: tenia un espíritu activo y tenacidad en sus resoluciones, pero en él estas calidades se convertian en defectos porque la primera se empleaba en pormenores fútiles y la segunda degeneraba en obstinacion. Su valor que se dió á conocer tantas veces le abandonó en presencia de Guillermo, encadenado por los temores de una conciencia que se volvió tímida porque se conocia culpable. En una palabra se perdió por falta de mesura y penetracion. Sus contemporáneos apenas le plañeron; la posteridad no se ha mostrado mas sensible, y lejos de perdonar su infortunio lo ha calificado de justo. Efectivamente los príncipes tienen para con los pueblos deberes sagrados que no pueden violar ni desconocer sin que su injusticia ó su ignorancia sean castigadas. Jacobo es otra prueba de ello; sin embargo no se puede menos de hacer reflexiones acerca de la tiranía caprichosa de la opinion que en Inglaterra echó á bajo un Stuart porque se hizo católico á despecho del pueblo; hoy este desafuero ha desaparecido porque el tiempo ha apagado tantas fogosas pretensiones y siniestras aprensiones que en otros dias existieron contra la comunion romana. El mas grande yerro que cometió el sucesor de Cárlos II fue no haber sabido contemporizar con las preocupaciones de su tiempo, mas este yerro era una falta grave en un rey y fue castigada como un crímen.

GUILLERMO III, Y MARIA.

El príncipe de Orange á la cabeza de trece mil hombres con solo presentarse venció á un príncipe cuyo ejército era tres veces mas numeroso que el suyo: la sangre corrió apenas y un rey quedó destronado, mas como no por esto era rey el destronador trató de serlo. Los obispos y pares congregados en número de noventa dieron provisionalmente el poder á Guillermo sin hacer caso alguno de una carta que dejó el príncipe fugitivo, y se negaron á oirle porque consideraban imposible la justificacion de Jacobo. La autoridad legal volvia de derecho al parlamento y se discurrió componer una cámara de los comunes con los diputados que tomaron parte en las diferentes convenciones formadas durante el reinado de Cárlos II, añadiendo el lord corregidor de Londres y cincuenta individuos del consejo municipal. Las dos cámaras arregladas de esta manera encargaron el gobierno al príncipe holandes cuyos mandatos fueron igualmente obedecidos por todas las clases del estado. Los señores y los gentiles hombres escoceses que se hallaban en la capital siguiendo el ejemplo del parlamento ingles confiaron á la misma mano la suerte de su pais, y hechos estos preliminares la convencion inglesa se ocupó de resolver la gran duda de si el trono estaba vacante. Los comunes establecieron como principio que existia un contrato original entre el rey y el pueblo, que Jacobo habia faltado á él y abdicado en el mero hecho de fugarse. Los pares no querian llevar la cosa tan adelante y únicamente reconocieron que habia abandonado el trono; pero hubieron de ceder á la pertinacia de la otra cámara. Determinóse pues que poseyesen la corona el príncipe y la princesa de Orange, pero que el príncipe dirigiria por sí solo los negocios. Ana segunda hija de Jacobo era llamada á suceder á la corona á falta de heredero directo. Al acta que esto disponia iba unida una declaracion de los derechos del pueblo ingles, la cual fijaba los que respectivamente tenian el soberano y la nacion. Por medio de esta transaccion ejecutiva se terminaron los debates sos-

tenidos durante tantos siglos, produciendo al fin la revolucion de 1640: acabárouse cuando se los hubo satisfecho.

Guillermo compuso su consejo de amigos decididos y de adversarios dudosos: asi es que hizo entrar en él al arzobispo de Cantorbery y al conde de Nottingham, cuyos sentimientos eran poco favorables á su causa: mas como eran los gefes del partido eclesiástico convenia desarmarlos con beneficios. Danby que habia vendido su voto al príncipe y mudado de opinion para agradarle, fue nombrado presidente del consejo; al marques de Halifax se le confió la custodia del sello privado, y á Shrewsbury la secretaría de estado. Diéronse empleos de mucha importancia á varios estrangeros, entre los cuales descolló Bentinck que vino á gozar de mucho favor y que llegó á repartirse la confianza del monarca con el doctor Burnet que habia servido al príncipe holandes con sus consejos y sobre todo con su pluma. Obra suya fue el manifiesto publicado por Guillermo en el acto del desembarco, y su adhesion le fue recompensada con la mitra de Salisbury. Apenas Guillermo fue declarado rey por medio de un bill, cuando trató de sancionar su nuevo título haciéndose coronar por el obispo de Londres en defecto del arzobispo de Cantorbery que se negó á tomar parte en la ceremonia. Como el rey era calvinista temíale el clero anglicano, y asi fue que para vengarse hizo adoptar por las cámaras una ley titulada el acta de tolerancia, que eximia á los no conformistas de las penas con que estaban amenazados. Por primera vez arreglaron entonces las cámaras la distribucion de las cantidades votadas para los gastos del servicio y fijaron la renta anual de la corona en doscientas mil esterlinas que fue votada para un solo año. Esta restriccion era obra de los whigs que por desconfianza y por ambicion querian tener en tutela al monarca colocándole bajo la dependencia del parlamento. Una convencion reunida en Edimburgo en marzo de 1689 decretó como la asamblea de Westminster que los derechos de Jacobo habian prescrito. Guillermo y María fueron declarados soberanos del pais, y el primero en muestra de agradecimiento consintió en la abolicion del episcopado tan frecuente y tenazmente pedida por los escoceses. Los partidarios de Jacobo

que tomaron las armas fueron vencidos y del todo desbaratados.

Faltaba reconquistar la Irlanda en donde la mayoría de los habitantes compuesta de católicos era adicta al descendiente de los Stuarts, que acababa de llegar á aquella isla en una escuadra francesa. „Id, le dijo Luis al despedirse de él, lo mejor que puedo desear para vos es no volveros á ver mas." Jacobo seguido de mil doscientos ingleses, pues no quiso tomar tropas de su aliado, se hace dueño de Dublin en donde convoca un parlamento que manda la restitucion de los bienes arrebatados á los católicos por los protestantes y lanza un decreto de proscripcion contra todos los que no sigan la bandera del legítimo monarca. Estas imprudentes medidas imposibilitaron toda reconciliacion y dieron á los protestantes el valor de la desesperacion; como lo probaron en el sitio de Londonderry, ciudad reducida y que resistió heroicamente á multiplicados ataques. Jacobo perdió allí nueve mil hombres y sus partidarios la confianza que tenian en el éxito de la empresa. Entonces llegaron socorros de Francia mientras Guillermo por su parte se trasladó á Irlanda á fin de tomar el mando de sus tropas. La batalla de Boyne dada el 1.° de junio de 1690 decidió la querella entre los dos rivales: Guillermo se hizo notable por su valor, Jacobo por su pusilanimidad: el uno decidió la batalla cargando con espada en mano, y el otro ni siquiera estuvo presente á la pelea. A los pocos dias de esta derrota abandonó la Irlanda dejando á Tyrconnel para que sostuviera la lucha, la cual duró hasta 1691 en que le puso fin el tratado de Limerick. En virtud de este convenio todos los habitantes que reconocieron la supremacía de Guillermo y de María debian recobrar sus bienes y profesar su culto conformándose con las leyes promulgadas acerca de esta materia en tiempo de Cárlos II: dábase libertad á todos los prisioneros de guerra y se autorizaba á las guarniciones de las plazas y fortalezas á que en cuerpo se retirasen al continente. Doce mil hombres abandonaron su patria para irse á Francia antes que abjurar su creencia, y allí ingresaron en el ejército del monarca frances. Los oficiales formaron una compañía como simples soldados, y Jacobo confinado en San German tuvo la dolorosa satisfaccion de revistarlos en

su retiro. „Saludó, dice un historiador, á aquellas nobles víctimas „de la fidelidad, y á la vuelta prorumpió en llanto deshecho. Ellos „se arrodillaron, inclinaron la cabeza hasta el suelo y alzándose „todos á la vez le hicieron el saludo militar. En la batalla habian „sido siempre los primeros y los últimos en retirarse. Faltábales „lo mas preciso para su subsistencia, y sin embargo nunca se los „oyó quejarse sino de los sufrimientos de aquel á quien miraban „como su soberano." Aquellos heroicos soldados fueron los inventores del *God save the King* (Dios salve al rey) sin duda en contraposicion del canto revolucionario *Lilli-Ballero* inventado cuando la caida de Jacobo. Solo cuatro palabras añadirémos acerca de este príncipe. A pesar de la poca energía y resolucion que desplegó para reconquistar el trono, conservó su dignidad en medio de la desgracia. Despreció la corona de Portugal, y cuando su rival que no tenia sucesor resolvió adoptar al príncipe de Gales no fue posible alcanzar el asentimiento de Jacobo que dijo: „Mi hijo no „puede recibir la corona sino de mí, pues la usurpacion no es „capaz de darle un título legítimo." Este príncipe privado de la diadema pasó los últimos años de su vida entregado á los ejercicios piadosos que endulzáron sus amarguras, pero le humillaron á los ojos de sus contemporáneos que se mofaban de su resignacion. Escribió algunas memorias llenas de un espíritu de moderacion que nunca supo observar en su conducta. Murió en San German en 1701, y su sepulcro olvidado como él ha sido encontrado en tiempo de Jacobo IV que le ha hecho erigir un monumento en el mismo sitio en que lo sepultaron. En él se ha puesto una inscripcion que recuerda su alta fortuna y sus muchas desgracias é implora en favor suyo las oraciones de los transeuntes.

La ambicion de Luis XIV sirvió para afirmar el poder de Guillermo, pues ofreciéndole ocasion de emplear fuera de su patria la actividad de sus nuevos súbditos consiguió formar contra el rey de Francia la liga de Ausburgo que trajo una guerra general en Europa. Presentóse el monarca ingles en los Paises-Bajos en donde perdió contra el mariscal de Luxemburgo la batalla de Steinkerque y mas adelante la de Neerwinde sin que fuese mas afortunado en

la mar en donde las tempestades destrozaron la mayor parte de sus escuadras. Los whigs caidos en desgracia del soberano alentaban contra él á la cámara de los comunes, y Guillermo para librarse de su importunidad y de sus cavilosidades hizo un viage á Holanda, porque idolatrado como era por sus compatricios no se sentia bien sino en medio de ellos, cuando por el contrario en su reino vivia circuido de amigos dudosos y de contrarios ocultos, y tenia que comprar los servicios de los unos y desbaratar incesantemente las tentativas de los otros. En Holanda mandaba á fuer de amo, en Inglaterra obedecia á las circunstancias que con harta frecuencia eran mas fuertes que su voluntad.

Durante su ausencia Luis XIV hizo los preparativos para un desembarco en Inglaterra mientras que los enemigos del nuevo gobierno se movian á fin de derribarlo. La reina María encargada de la administracion durante la ausencia de su esposo lo suplió dignamente, reunió las milicias, hizo prender á los descontentos, y armó buques que bajo las órdenes del almirante Russel se reunieron á los holandeses y destruyeron la escuadra francesa en la famosa batalla de la Hogue. Jacobo vió desde la orilla aquel grande desastre que destruia todas sus esperanzas. Las revoluciones hechas en nombre y en provecho de la libertad nunca producen en el acto frutos duraderos. Efectivamente pasado el primer momento de la anarquía y cuando el órden ha recobrado su imperio los intereses vencidos no tardan en reunirse y en hacer que nazca un despotismo pasagero. Entonces se vió una prueba de ello, pues Guillermo obligado á defenderse contra enemigos implacables revocó las leyes que él mismo estableciera. Despreciando la de *habeas corpus* encarceló á muchas personas de todas clases, fueron conducidos á la torre el conde de Marlborough y varios otros magnates, y si se los puso en libertad fue por las vivas instancias de los pares cuyos privilegios habian sido menospreciados con aquel paso. A pesar de lo que intrigó la corte para corromper á los miembros de las dos cámaras el monarca hubo de sancionar la ley que disponia la convocacion trienal del parlamento y su duracion por el mismo espacio de tiempo.

El año 1694 fue notable en Inglaterra por la creacion de un banco nacional y por la muerte de la reina María que falleció de viruelas, á la edad de treinta y tres años. Esta princesa se mostró siempre una esposa fidelísima y tierna, y cuando despues de la fuga de Jacobo muchas personas influyentes quisieron darle á ella sola la corona entregó sus cartas á su esposo y no quiso admitir el trono sino con la condicion de ocuparlo juntamente con este. Su pérdida causó un profundo quebranto á Guíllermo, el cual mostró en aquella ocasion una sensibilidad tanto mas sorprendente cuanto nadie la esperaba. María como heredera natural de Jacobo, puesto que era hija suya, tenia muchos partidarios que se separaron de Guillermo cuando hubo perdido á su esposa; de donde provinieron nuevas conmociones políticas que no pudo el monarca reprimir sino con suplicios. Las dos cámaras adoptaron entonces una ley en cuya virtud comprometian sus bienes y sus vidas para la defensa del rey y de su gobierno, y cuantos aspiraban á empleos era preciso que suscribieran aquel compromiso. Finalmente despues de nueve años de combates el tratado de Ryswick concluido en 20 de setiembre de 1697, puso término á aquella encarnizada lucha. Luis reconoció á Guillermo por rey de Inglaterra y este consintió en dar una pension á la esposa de Jacobo. Fenecida la guerra el monarca ingles entró en hostilidades con el parlamento que quiso obligarle á reducir el ejército y que consiguió su objeto, de manera que el monarca hubo de despedir sus tropas y hasta su guardia holandesa quedándose con solos siete mil hombres, todos ingleses. Los comunes entraron tambien á examinar la distribucion de las tierras confiscadas á los católicos irlandeses que en gran parte fueron distribuidos á estrangeros. Enojado el monarca de esta intervencion ofensiva á su autoridad prorogó el parlamento, y en odio de los whigs á quienes atribuia los ataques de la oposicion nombró un ministerio tory.

Por esta época todos los potentados de Europa tenian la vista fija en España, en donde Cárlos II vegetaba en el trono de Cárlos V é iba á morir sin sucesion. Trataban pues de resolver á quién debia tocar aquella opulenta herencia. Los pretendientes en pri-

mera línea eran Leopoldo emperador de Austria y el rey de Francia, casados ambos con princesas españolas hijas de Felipe IV (1). Aun Cárlos vivia cuando las grandes potencias convinieron en repartirse la monarquía española sin aguardar la voluntad del doliente príncipe. En virtud de aquel convenio que suscribieron la Gran Bretaña y la Holanda, el Delfin hijo primogénito del monarca frances debia heredar el reino de Nápoles, la Sicilia, y la provincia de Guipúzcoa; el archiduque Cárlos hijo segundo del emperador el Milanesado; y el príncipe de Baviera la España y las Indias. Aunque este era menor de edad, Cárlos II le habia elegido por su heredero en un codicilo; pero el príncipe murió y las intrigas del embajador frances consiguieron que le fuese sustituido Felipe duque de Anjou, nieto de Luis XIV, quien aceptó en su nombre el testamento y le envió á Madrid en donde en 1700 fue proclamado rey sin oposicion alguna. Este acontecimiento anuló el tratado de reparto y estremeció á la Europa que no pudo ver, sin temor por su independencia, puestas á disposicion del monarca frances las fuerzas todas de la monarquía española. Felipe fue reconocido por todas las potencias menos por el emperador, que calificando de falso el testamento reclamó toda la herencia é invadió el Milanesado; mas estas hostilidades no hubieran producido sin duda una guerra general sin la imprudente resolucion de Luis que cediendo á los ruegos y al llanto de la viuda de Jacobo saludó á su hijo con el nombre de rey. El pueblo ingles aunque agobiado bajo el peso de los impuestos que hicieron indispensables las continuas guerras de Guillermo, pidió la guerra á voz en grito: el parlamento votó considerables subsidios y declaró que Jacobo III no tenia derecho alguno á la corona y que esta solo podia pertenecer á un príncipe protestante. Guillermo trató de aprovechar al punto el entusiasmo de sus súbditos levantando tropas y marineros y organizando contra Luis una liga formidable. Disponíanse á marchar contra la

---

(1) Rogamos á nuestros lectores que tengan á la vista lo que acerca de este período dijimos en nuestra Historia de España, tomo 3.° pág. 217.

(*Nota del traductor*).

Francia doscientos cincuenta mil hombres aprontados por el emperador, por la Holanda y por la Inglaterra, cuando la muerte vino á cortar los vastos proyectos de Guillermo que falleció de una caida de á caballo en 21 de febrero de 1702, á los cincuenta y dos años de edad y despues de trece de reinado.

Este príncipe no tuvo otra pasion que el amor al poder, y á él sacrificó todos los momentos de su vida. La perseverancia era el rasgo distintivo de su carácter, que dirigiendo hácia un mismo objeto todas sus ideas y sus acciones todas hizo de él si nó un grande hombre al menos un espíritu superior en la guerra y en la política. En Holanda fue monarca sin título, y en Inglaterra rey sin autoridad: vivia en la última combatido por las facciones que sospechaban de su buena fe como él sospechaba de su fidelidad. Se consoló de los sinsabores de la soberanía yendo á ver á sus compatricios que lo trataron mas como rey que como stathouder. Estuvo muy á punto de fijarse para siempre entre ellos, mas no hubiera podido resolverse á descender de un trono que habia conquistado, pues la usurpacion hizo su gloria y su castigo. Gustaba de la guerra, y aunque siempre fue en ella desgraciado pasó por general perito porque se dejaba vencer pero nó abatir. Aquella flema alemana que nada es capaz de alterar y que fue muy útil á sus proyectos, se convirtió en un defecto en las relaciones diarias de la vida y hacia poco amable á Guillermo en el interior de su casa. No tenia aficion ninguna á las letras ni á las artes, y si durante su reinado hubo poetas y sabios no cuidó de tomar parte en su fama asociándose á ella por medio de beneficios; sin embargo de que entonces florecieron Dryden, Locke y Newton.

ANA.

Ana, cuñada de Guillermo, le sucedió á la edad de treinta y ocho años hasta los cuales habia vivido siempre agena á los asuntos de gobierno. Al pasar repentinamente desde la vida privada á un trono necesitaba un guia, y su favorita lady Marlborough se lo dió

en la persona de su esposo, quien compuso un ministerio de whigs moderados y tomó el mando del ejército al mismo tiempo que nombró tesorero general á lord Godolphin cuyo hijo era su yerno. Necesitábase un general hábil para llevar al combate las tropas coligadas contra Luis XIV y un diplomático consumado á fin de mantener la armonía entre los confederados, y Marlborough supo desempeñar debidamente estos dos encargos. En su juventud aquel magnate habia hecho el aprendizage en el arte de la guerra bajo las órdenes de Turena, y sacó tanto partido de las lecciones de tan gran maestro que las batallas que dió fueron casi otras tantas victorias. Cuando el invierno daba treguas á la guerra corria á Viena y á la Haya para reanimar el celo de sus aliados é improvisar nuevos socorros á fin de proseguir la lucha. Al lado del emperador estaba el célebre príncipe Eugenio de Saboya, digno de marchar á la par con Marlborough, y que hubiera debido declararse su rival, pero quiso mas bien secundarle y unió su gloria con la de aquel capitan dividiendo con él el mando en vez de conservarlo todo para sí. Recorrerémos rápidamente todos los lances de aquella larga guerra mencionando solo los hechos de armas famosos por sus resultados, y por esto citarémos la mortífera accion de Blenheim. Eugenio y Marlborough tenian en ella por competidores á los mariscales Tallard y Marsin que habian reemplazado al ilustre Villars, y ambos fueron derrotados completamente, y por consecuencia de aquel descalabro el teatro de la guerra se transportó de la Alemania á Flandes y á España. Al año siguiente murió Leopoldo emperador de Alemania y ascendió al trono su hijo José I heredero del odio de su padre contra la Francia. Mientras que se continuaba la guerra en Alemania los ingleses habian transportado á Portugal al archiduque Cárlos, hermano del nuevo emperador, y por sorpresa se hicieron dueños de Gibraltar que aun todavía conservan. En 1706 Marlborough venció en Ramillies en donde Villeroi perdió veinte mil hombres por su incapacidad. Toda la Flandes española fue el precio de esta victoria que permitió á los aliados llegar hasta las puertas de Lille, la cual fue tomada á pesar de la brillante defensa del mariscal de Boufflers. No fue menos

feliz el héroe ingles en 1708 y 1709 en que ganó las sangrientas batallas de Oudenarde y de Malplaquet. En la misma época Felipe V nieto de Luis XIV sufria grandes reveses y perdió el Aragon, la Navarra y Castilla la Nueva que acababan de reconocer al archiduque su rival. En una palabra, los negocios del monarca español y de su abuelo el rey de Francia parecian hallarse en muy mal estado durante el año 1710.

En el segundo del reinado de Ana tuvo efecto el grande acontecimiento de la reunion de la Escocia á la Inglaterra, pues aunque la poderosa mano de Cromwell habia ya verificado esta incorporacion, la Escocia recobró su independencia en tiempo de Cárlos II y supo conservarla. Ana tuvo la gloria de confundir en un solo reino y sin derramar una gota de sangre estos dos paises por tanto tiempo rivales. Por una acta que se adoptó despues de una acalorada oposicion por parte de los escoceses nobles se convino que la monarquía inglesa tomaría en adelante el título de reino unido de la Gran Bretaña. Resolvióse que la Escocia seria representada en el parlamento británico por dies y seis pares y cuarenta diputados: todos los pares de Escocia eran reconocidos como pares de Inglaterra sin tener derecho no obstante de sentarse en la cámara alta. La Inglaterra satisfizo una indemnizacion considerable, y por último en 1707 la reina sancionó definitivamente el tratado. Esta incorporacion sin embargo no pudo efectuarse sin lastimar intereses y crear enemigos al gobierno, los cuales entraron en relaciones con el pretendiente hijo de Jacobo II quien en 1708 quiso intentar un desembarco en una flota francesa reunida en Dunkerque, pero se retiró sin haber emprendido cosa alguna.

Llegamos ya á una época en que comienza á dominar completamente el influjo del parlamento, de donde resulta que los reyes van á desaparecer de la arena política que hasta ahora habian ocupado esclusivamente: reemplazados en adelante por sus ministros solo se dejarán ver á intervalos y para cumplir algunas ceremonias anejas al rango supremo: asi es que los verémos abrir y cerrar personalmente las cámaras, nombrar agentes depositarios de su poder, aunque con la condicion de no elegir sino á los ge-

fes del partido triunfante en el parlamento. En una palabra, la mayoría decide y el rey no tiene mas que confirmar su decision. Por esto la historia pierde una parte de su interes, que se confunde en intrigas oscuras y discusiones interminables: permítasenos pues ser breves sin defraudar la curiosidad del lector, ahorrándole enojosos debates de la tribuna cuya importancia se desvanece, y que no pueden ya cautivar la atencion cuando el tiempo la ha enfriado. Dirémos pues en pocas palabras que los whigs y los torys se hostilizaron en el asunto de los no conformistas á quienes los unos querian tolerar y perseguir los otros. En el segundo parlamento convocado por la reina los whigs alcanzaron que los protestantes estrangeros pudiesen solicitar cartas de naturaleza, mas los torys se vengaron en el proceso del doctor Sacheverel que perseguido por los whigs fue condenado pero causó la caida de sus acusadores. Este eclesiástico que era cura de una iglesia de Londres habia pronunciado muchos sermones contra los principios de la revolucion de 1688, mas al tiempo que predicaba la obediencia pasiva se manifestó muy acérrimo enemigo de la tolerancia concedida á los no conformistas. Esta doctrina le grangeó el favor público, y citado ante la cámara de los comunes como indiciado del crímen de alta traicion, el pueblo tomó abiertamente su defensa y muchas veces lo llevó en triunfo cuando iba á Westminster, gritando: *viva Sacheverel, mueran los no conformistas.* En el estravío de su celo saqueó é incendió las casas de algunos presbiterianos y católicos; y el asunto terminó con una sentencia en que se prohibia al doctor predicar durante tres años y se mandaba quemar sus sermones por mano del verdugo. La reina asistió asiduamente á los debates que duraron tres semanas: su resultado fue que la opinion pública se volviese contra los whigs, y preparó su desgracia indisponiendo á Ana contra ellos, porque los principios sostenidos en la cámara para refutar á las doctrinas de Sacheverel tendian á conmover las bases del trono. Los whigs hechos aborrecibles á la nacion y sospechosos á la soberana perdieron rápidamente su influjo y fueron comprendidos en la desgracia que alcanzó á la duquesa de Marlborough. Orgullosa esta de su ascen-

diente sobre el espíritu de la reina del cual abusaba sin contemplacion alguna, acabó por irritar á Ana que le retiró su confianza para acordársela á lady Marsham. La favorita caida en desgracia no pudo suportar en silencio el crédito de su rival, y sus zelos estallaron con sordos ataques y finalmente por medio de una desavenencia que hizó desterrar de la corte á la duquesa. Lady Marsham estaba estrechamente ligada con los torys, y dirigida por Harley y por Saint-John determinó á la reina á servirse de sus amigos á los cuales Ana habia conservado siempre una inclinacion secreta. Godolphin tesorero general y Sunderland secretario de estado fueron depuestos de sus empleos, y el mismo Marlborough que era suegro del uno y yerno del otro presentia su caida, puesto que al saber la desgracia de aquellos quiso dejar el mando del ejército, mas consintió en conservarlo ora porque le decidiesen á ello los riesgos de sus partidarios, ora esperase que el tiempo podria rehacer su fortuna. Por entonces se convocó un nuevo parlamento en que los torys obtuvieron mayoría, y se aprovecharon de ella para humillar al vencedor de Blenheim, cuyos triunfos lejos de agradecerse fueron olvidados hasta tal punto que al volver á Inglaterra no solo no fue acogido con aclamaciones sino vituperado con mucha acrimonia por su despotismo, su ambicion y su avaricia. Todas sus criaturas que desempeñaban ministerios fueron reemplazadas por sus adversarios; Harley fue nombrado tesorero general, Saint-John secretario de estado, y estos quedaron al frente de una nueva administracion de que fueron escluidos los whigs. Sin embargo Marlborough conservó el mando del ejército, mas los depositarios del poder resolvieron al momento ajustar la paz.

La Francia cansada por sus largos esfuerzos no parecia dispuesta á resistir por mas tiempo á la alianza europea, la cual amenazaba agobiarla muy presto; pero un incidente preparó su salvacion proporcionando á Harley y á Saint-John un motivo fundado para terminar la lucha. Murió el emperador José I dejando al archiduque Cárlos su hermano sus vastas posesiones de Alemania, y Cárlos obtuvo poco despues la diadema imperial. Si hubiese colocado

sobre su cabeza la corona de España, este aumento de poder habria hecho la casa de Austria harto formidable á los demas estados. Los ministros ingleses tuvieron poco trabajo en conseguir que participase de sus temores el parlamento, el cual los autorizó para continuar las negociaciones que tenian ya entabladas con el gabinete de Versalles. El poeta Prior encargado de esta mision la desempeñó con mucha habilidad mientras que en Inglaterra Marlborough acusado de cohecho era finalmente sacrificado á sus enemigos que le quitaron todos los empleos que obtenia. En vano fue á Londres el príncipe Eugenio con el objeto de sostener con su influjo al duque, pues no pudo conjurar la completa ruina del compañero de sus hazañas, ni impedir la conclusion de un armisticio entre la Francia y la Inglaterra. Falto el mismo Eugenio de su principal apoyo en Denain fue batido por Villars, y su derrota apresuró la conclusion del tratado de paz que fue firmado en Utrecht, en virtud del cual Luis XIV se comprometió á demoler las fortificaciones de Dunkerque, confirmando á la Inglaterra la posesion de Menorca y de Gibraltar en Europa y la de Terranova y de la bahía de Hudson en América. Abandonaba la causa del pretendiente y obligaba á los príncipes de su familia á renunciar sus derechos sobre la España que quedaba para Felipe V á quien la victoria de Villaviciosa ganada por Vendome habia asegurado en el trono. Tales fueron los principales artículos de aquella transaccion memorable que trajo á la Europa una tregua de doce años, y á la Francia un reposo de que tenia necesidad muy grande. Harley y Saint-John principales autores de este resultado fueron creados el primero conde de Oxford y el segundo vizconde de Bolingbroke, que fue el nombre con el cual Saint-John se hizo tan célebre en adelante. El parlamento convocado poco despues arregló el órden de sucesion llamando al trono la línea protestante en la persona de la princesa Sofía duquesa de Brunswick y nieta de Jacobo I, pero habiendo muerto esta señora le fue sustituido su hijo el príncipe Jorge. Como los Jacobitas (que este nombre se dió á los partidarios de Jacobo) hubiesen conspirado para llamar otra vez al caballero de San Jorge las cámaras adoptaron una mocion

para que fuese detenido y juzgado el pretendiente en caso de que se atreviese á presentarse en Inglaterra. La reina hizo comprender su firme intento de legar la corona á la casa de Hanover, y sin embargo se asegura que por entonces habia hecho ir á su palacio á su hermano el caballero de San Jorge con el objeto de dejarle el trono si hubiese querido adoptar la comunion anglicana; mas este príncipe á imitacion de su padre, prefirió mantenerse fiel á su creencia.

Entre tanto habíanse dividido Oxford y Bolingbroke, y la reina obligada á elegir entre los dos rivales despidió al primero y en vano trató de endulzar la acrimonía cada dia mas terrible de los whigs y torys, que llevaban divididos en dos opuestos bandos al parlamento y á la Inglaterra toda. Inútiles fueron sus esfuerzos y sin duda influyeron en su salud que declinó rápidamente; mas al ver que se iba empeorando, cada faccion se dispuso á sacar provecho de aquella muerte que ya se creia inevitable; pero el consejo se adelantó llamando tropas al rededor de Londres é invitando al elector de Hanover que era el heredero designado á el trono á que se dispusiera para trasladarse á Inglaterra. Ana acabó por caer en un estado de insensibilidad que duró algunas semanas, mas al fin espiró en 1.° de agosto de 1714, á la edad de cincuenta años y á los trece de reinado. Tuvo de su matrimonio diez y nueve hijos, y sin embargo no le sobrevivió ninguno. Poseia esta princesa todas las virtudes de una madre de familia pero ninguna de las cualidades que se necesitan para ocupar un trono. Nacida para ser gobernada vivió enteramente sometida á favoritas de quien disponian hombres de talento. La bondad era el rasgo mas marcado de su carácter, y durante su vida le grangeó el amor de sus súbditos y santificó por decirlo asi su memoria, añadiéndole un interesante epíteto que ha ratificado la posteridad. Apellidósele la *buena reina*, y este es el único título que hoy la recomienda. Aunque no tuvo aptitud para las letras esclarecieron su reinado una multitud de hombres célebres en este género. Entonces comenzaron á darse á conocer Addison, tan gracioso por su estilo, tan puro en su moral y tan exacto en sus observaciones; Swift

cuyos versos satíricos son tan mordaces como profundos; el poeta diplomático Prior, y finalmente Pope, y muchos otros que se han grangeado un nombre famoso en todas las carreras. El siglo de Ana fue una continuacion del de Luis XIV, y derramó sobre Inglaterra un resplandor casi igual al que habia arrojado sobre la Francia este gran monarca.

JORGE I.

La vacante del trono amenazaba al parecer á la Bretaña con nuevas revueltas, mas la prudencia del ministerio supo prevenirlas apresurándose á proclamar rey con el nombre de Jorge I al elector de Hanover é instituyendo una regencia á la cual se confió la administracion de los negocios hasta la llegada del soberano que aportó á Inglaterra en 18 de setiembre. Los miembros del consejo de regencia fueron á su encuentro y el monarca al punto dió á conocer con el recibimiento que les hizo cuáles eran las personas que su política preferia; y asi fue que apenas se dignó mirar al conde de Oxford al paso que dió al duque de Marlborough las mas claras pruebas de su afecto y admiracion. Confióse de nuevo á este veterano el mando supremo del ejército; el conde de Sunderland fue nombrado lord-diputado de Irlanda, y el conde Watton, lord Cowper, lord Towshend, sir Stanhope y Roberto Walpole obtuvieron los mas notables empleos del estado con perjuicio de los torys que fueron depuestos de todos los suyos. El rey formó un nuevo consejo, y los whigs quedaron dueños del gobierno. Apenas estaba Jorge coronado cuando los descontentos que no habian osado declararse abiertamente comenzaron á exasperar los ánimos con libelos sediciosos y conmoviendo al pueblo que cometió varios desmanes. El clero se unió tambien con los enemigos del trono clamando desde el púlpito que la iglesia peligraba por la subida de los whigs al poder, mas como estos alcanzaron mayoría en el parlamento entonces convocado, se vengaron persiguiendo á todo trance á sus adversarios por medio de la cámara baja. Se nombró una comision de veinte individuos de ella para que exa-

minasen las operaciones del anterior ministerio; y la junta presidida por Walpole dió tan manifiestas pruebas de su odiosa parcialidad que Bolingbroke y el duque de Ormond se apresuraron á huir al continente. El conde de Oxford que prefirió desafiar la tempestad fue acusado ante la cámara entera y se defendió diciendo que habia obrado en conformidad con la autorizacion del parlamento y segun las órdenes de la reina, y que si á los ministros que asi procedian los amenazaba el riesgo de ser castigados nadie podria en adelante encargarse del gobierno. La contestacion á estas razones fue enviarlo preso á la torre hasta donde le escoltaron muchísimas personas de todas clases que le aclamaban con entusiasmo. El poeta Prior que como dijimos fue uno de los negociadores del tratado de Utrecht envuelto ahora en la proscripcion estuvo preso mucho tiempo, y fue muy maltratado. Mientras tanto las dos cámaras dieron mas fuerza al poder permitiéndole que suspendiera la ley de *habeas corpus* y asignaron una recompensa de cien mil esterlinas al que entregase muerto ó vivo al caballero de San Jorge. El embajador ingles en la corte de Versalles habia dado noticia al ministerio de que el pretendiente se preparaba á una invasion protegido por el monarca frances que le habia facilitado cuatrocientos mil escudos. Sus adictos en Escocia á cuya cabeza estaban el conde de Marr, el duque de Hamilton y muchos otros magnates de gran valía sin esperar su llegada le proclamaron rey con el nombre de Jacobo III en setiembre de 1775. Un cuerpo de jacobitas mandado por Forster que era miembro de los comunes penetró en Inglaterra adelantándose hasta Preston, mas envuelto allí por fuerzas superiores hubo de soltar las armas. Los gefes fueron condenados á muerte y la tropa llevada á Londres sufrió los insultos del populacho y estuvo hacinada en cárceles hasta que plugo á la justicia decidir de su suerte. El mismo dia de la derrota de Forster el conde de Marr daba en Escocia contra las tropas de Jorge una batalla en que los dos partidos se atribuyeron la victoria. A poco tiempo desembarcó el pretendiente, y reuniéndose con el conde de Marr se trasladó á Dundee en la cual hizo su entrada solemne en 5 de enero de 1716. Trasladóse desde allí á Scone pa-

ra hacerse coronar, pero el duque de Argyle no le dejó cumplir esta ceremonia pues se presentó allí de golpe, y el pretendiente tuvo que huir hácia la costa y meterse en un buque que le condujo á Gravelines. Sus partidarios se dispersaron sin combatir y la rebelion quedó sufocada en la sangre que roció los cadalsos. En Londres un tribunal de justicia condenó á muerte á los condes de Derwentwater, Nithsdale, Carnwath, Wintoun, al vizconde de Kenmuir y á los lores Widdrington y Nairn que eran los principales motores de la revuelta. En vano el conde de Nottingham y otras personas de influjo solicitaron la gracia de los condenados, pues Jorge firmó la órden de la ejecucion. Derwentwater que era uno de los condenados quiso que su hijo presenciase su muerte, y le dijo que viendo correr su sangre aprenderia á morir por su rey. El conde de Nithsdale se salvó de la muerte por el amor de su esposa que se vistió su trage y le hizo evadir. El gobierno no se atrevió á castigar este acto de valor que tanto interes inspira, y que mas adelante ha sido imitado en Francia y en España. En Liverpool, Manchester y Preston perecieron en los cadalsos muchas personas de clase oscura, y los que se libraron de la muerte fueron desterrados para siempre á las colonias. El ministerio dueño de la mayoría de las cámaras determinó que la reunion del parlamento fuese sieteañal, y los whigs custodios tan celosos de las libertades del pais sostuvieron esta medida que los torys representaban como el camino del despotismo. Los dos partidos trocaron sus papeles; tan cierto es que los intereses modifican siempre los principios. Finalmente despues de encarnizados debates la ley fue adoptada y subsiste, aunque atacada de continuo por los radicales que han reemplazado á los whigs.

El mismo parlamento despues de condenar á muerte en rebeldía al duque de Ormond y al vizconde de Bolingbroke dejaba fallecer en la cárcel de la torre al conde de Oxford el cual reclamó que se activase su proceso; mas habiendo pedido uno de los pares que antes de esto los comunes manifestasen cuál era el primer cargo que en caso de justificársele debia bastar para condenar á muerte y á la confiscacion de bienes al acusado, la cámara se negó á declararlo, y el conde de Oxford que acudió á la barra fue absuelto

porque no se presentó acusador alguno. Poco despues publicó el monarca una amnistía en favor de todos los que se habian comprometido en la postrera rebelion; pero los comunes exigieron que fuesen exceptuados de ella los antiguos ministros Oxford y Bolingbroke y muchos otros personages.

Aunque Jorge ocupase el trono de la Gran Bretaña, quizás conservaba mas cariño á sus estados de Alemania, patrimonio de su familia, y aumentó su electorado comprando los ducados de Bremen y de Verden que el rey de Dinamarca arrebatara por derecho de conquista á Cárlos XII de Suecia. Este héroe aventurero proyectó invadir la Inglaterra, pero una bala libró de su resentimiento á Jorge, el cual para asegurarse mas en el trono se alió con el emperador, con la Holanda y con la Francia. Regia el cetro de esta Felipe de Orleans que á la muerte de Luis XIV se apoderó de la regencia para mientras durase la minoría del nieto de este gran monarca. En caso de que el jóven príncipe muriese durante la tutela temia Felipe que el rey de España quisiera disputarle sus derechos al trono, y por esto se unió con Jorge á fin de asegurarse respectivamente el uno el trono que ya poseia y el otro el que esperaba poseer. El tratado concluido entre ambos y que suscribieron la Holanda y el emperador tomó el nombre de cuádruple alianza.

Gobernaba entonces en España el cardenal Alberoni cuyo espíritu audaz queria trastornar la Europa para volver á la España su esplendor antiguo. Mientras que conspiraba en Paris á fin de derribar al regente y poner en su lugar al duque de Maine que no hubiera sido mas que un virey español, invadió la Sicilia y daba socorros al pretendiente para que tentase un nuevo desembarco en Inglaterra; mas la escuadra inglesa mandada por el almirante Bing batió á la española; una tempestad destruyó la flota jacobita: el duque de Orleans previno la conjuracion próxima á estallar en su contra: la España hubo de pedir la paz y Alberoni caido del poder vió desvanecidos todos sus proyectos (1).

---

(1) Referimos al lector á nuestra Historia de España. Tomo 3.° pág. 240 y siguientes. (*Nota del traductor*).



Las largas guerras sostenidas por Guillermo III y las victorias de Marlborough aumentaron rápidamente la deuda del estado. Blunt, discípulo de Law que en aquella época proporcionaba á la Francia las ficticias riquezas del Misisipí, propuso al ministerio ingles el medio de reembolsar todo lo que el gobierno debia. Era director de una sociedad que habia tomado el nombre de compañía de la mar del sud, y obtuvo permiso para emitir acciones con pactos muy ventajosos para los compradores. Al mismo tiempo hizo cundir la voz de que el rey de España ofrecia muchas ciudades del Perú en cambio de Gibraltar y del puerto de Mahon. La celebridad que el Perú tenia por sus ricas minas dispertó de tal modo la pública codicia que las acciones emitidas por la compañía de Blunt adquirieron un valor estraordinario. Cortesanos, presbíteros, magistrados, comerciantes, atacados todos de la fiebre del agiotage, se apresuraron á dar dinero por papel, y en vano trató el gobierno de calmar aquella efervescencia pues sus consejos fueron despreciados; mas cuando se supo que el Perú continuaba cerrado para el comercio de Europa y que las magníficas promesas de Blunt no eran mas que mentiras, la ilusion quedó disipada de un golpe y produjo un violento choque que puso en riesgo el crédito y la tranquilidad pública. El parlamento adoptó sabias medidas para hacer la crisis menos funesta y castigó á sus principales autores de un modo ejemplarísimo. Una junta encargada de averiguar este asunto descubrió que el privilegio concedido á la compañía del mar del sud habia sido obra de algunos pares, diputados y hasta de ministros, los cuales se hicieron pagar este servicio quedándose un gran número de acciones: todos ellos fueron espulsados de la cámara, y el canciller del tribunal del banco complicado tambien en la acusacion hubo de renunciar su destino y fue enviado á la torre. Los bienes de los directores sirvieron para recompensar á las víctimas de aquel fraude.

En los últimos años del reinado de Jorge hubo muchas hostilidades entre la España y el emperador, que formó en Ostende una compañía que amenazaba causar grandes perjuicios al comercio de la Gran Bretaña. Habíase ademas comprometido con el rey de Es-

paña á hacer que se le devolviese Gibraltar, y los dos príncipes habian resuelto asimismo restituir el trono al pretendiente. Despues de una guerra en que no hubo accion alguna memorable se hizo un armisticio entre las dos naciones beligerantes por la mediacion de la Francia: reunióse un consejo en Soissons y despues en Aquisgran á fin de ajustar una reconciliacion. Jorge que se habia trasladado al continente á fin de seguir las negociaciones, cayó enfermo de una parálisis que le costó la vida en Osnabruck el dia 11 de junio de 1727.

Este príncipe estraño á la Inglaterra no pudo nunca avezarse á la lengua ni á las costumbres de su nueva patria, y por otro lado no poseia ninguna de aquellas brillantes calidades que en falta de amor hubieran podido captarle la admiracion de sus súbditos. No puede negársele sin embargo que tenia alguna pericia en el manejo de los negocios; su política fue sagaz aunque sanguinaria; atacado de continuo se mostró inexorable con sus enemigos, y al parecer no comprendió que la clemencia es muchas veces un arma mas poderosa que la severidad. El movimiento literario, empezado en el reinado de Ana siguió su camino durante el de Jorge, poco sensible á un mérito cuyos encantos no era capaz de saborear. Lady Moutague célebre por su talento hizo un señalado servicio á sus conciudadanos introduciendo en Inglaterra la inoculacion. Este descubrimiento caido despues en desuso por el hallazgo de la vacuna contribuyó á preservar á la poblacion de los estragos de una enfermedad que tantas víctimas hacia. Digno era por cierto de mencionarse este invento tan importante para la humanidad.

JORGE II.

A los cuarenta y cuatro años de edad subió al trono Jorge II, que conservó todos los ministros de su padre y nombró presidente del ministerio á Roberto Walpole que despues de representar un brillante papel en el reinado que terminaba, habia caido en desgracia de su soberano y héchose partidario del príncipe de Gales

que pertenecia entonces á la oposicion. A su advenimiento al trono recompensó este á Walpole poniendo el poder en sus manos, en las cuales supo el ministro mantenerlo durante quince años; mas como el principio de su política era la corrupcion, consideraba la probidad como una mentira y al arte de engañar á los hombres como base fundamental de la ciencia del gobierno. El primer cuidado de Walpole fue arrancar para el presupuesto la cantidad anual de ochocientas mil esterlinas que se le concedió á pesar de los esfuerzos de la oposicion cuyos oradores manifestaron que los gastos de la reina Ana nunca habian escedido de quinientas cincuenta mil esterlinas.

En los dos primeros años del reinado de Jorge hubo con la España algunas desavenencias de poca importancia que terminaron con el tratado de Sevilla, y á la muerte del duque de Parma una escuadra inglesa puso en posesion de este ducado á D. Cárlos hijo de Felipe V á quien la cuádruple alianza habia asegurado aquel trono. A pesar de esto no tardó en haber nuevos motivos de desabrimiento entre la Inglaterra y el monarca castellano; pues el comercio ingles se quejó amargamente de las vejaciones que los españoles le hacian sufrir en América, de manera que Walpole á pesar de cuanto le repugnaba la guerra, arrastrado por el ímpetu de la opinion pública, determinó sacar la espada. El comodoro Anson á quien se mandó hacer un desembarco en el istmo de Darien dobló el cabo de Hornos para entrar en la mar del sur. Las enfermedades y las borrascas acabaron con sus buques y con las tripulaciones, y solo se salvó el navío que él montaba: mas á pesar de la poca gente que perdonó el escorbuto atacó un galeon en que iban setecientos hombres y lo apresó, tornando en seguida á Inglaterra á donde llegó en 1744. En cerca de cuatro años habia dado la vuelta al globo y llevaba consigo el rico trofeo del buque español cuya venta produjo trescientas treinta mil esterlinas. Este viage fue entonces considerado como un prodigio de osadía y enriqueció y cubrió de gloria al audaz gefe que lo habia terminado y á los que le acompañaron. En la misma época una flota inglesa que llevaba á bordo quince mil marineros y doce mil soldados

tendiente pudo ejecutar su retirada en Escocia. Atacado el príncipe por el general Hawley que le aguardaba, cerca de los pantanos de Falkirk alcanzó un nuevo triunfo, de manera que el duque de Cumberland que despues de haber sacado de Inglaterra á su enemigo se marchó á Londres, voló á tomar otra vez el mando y en los campos de Culloden acabó con las fuerzas de su rival. Cárlos II lo mismo que el pretendiente anduvo errante, ojeado y perseguido como una fiera por sus implacables enemigos, que de todos los medios echaron mano á fin de apoderarse de su persona. Los soldados derramados á millares por el pais, recorrian las carreteras, escudriñaban los bosques, y en el interior de las casas espiaban las acciones y las palabras de los habitantes. Ni el temor del suplicio ni el cebo de las recompensas pudieron alterar la fidelidad de los hombres generosos que recibieron en sus cajas al proscrito príncipe, que al fin logró embarcarse en un corsario de San-Maló, y aunque le persiguieron los buques ingleses pudo escapárseles y aportar á Morlaix en 10 de octubre de 1746. El duque de Cumberland deshonró su victoria con las mas atroces barbaries. Los rebeldes escapados de las batallas fueron encarnizadamente perseguidos: se castigó hasta á sus familias, eran arrojados de sus casas las mugeres y los niños, y en los campos se los dejaba morir de frio y de miseria. En las cárceles no cabian las víctimas de las cuales unas acababan la vida en el cadalso y otras llevadas á América eran reducidas á la esclavitud y condenadas á trabajos intolerables. Muchos pares escoceses murieron en los cadalsos, y entre todos los acusados el conde de Cromatie fue el único que esperimentó los efectos de la clemencia del monarca.

No es nuestro objeto detenernos en los pormenores de la guerra que desolaba al continente, y tan solo dirémos que despues de la batalla de Lawfeld ganada por el mariscal de Sajonia y de la toma de Berg-op-zoom, reunióse en Aquisgran un congreso que ajustó un tratado del mismo nombre que se firmó en octubre de 1748. Despues de derramarse mucha sangre los príncipes que habian tomado parte en la lucha se restituyeron sus conquistas: María Teresa fue reconocida como heredera de los estados austríacos legados



COSTUMES MILITAIRES SOUS LE RÈGNE DE GEORGES III. (1780).

ANGLETERRE.

por su padre. La Francia consintió en demoler las fortificaciones de Dunkerque segun los tratados de Utrecht del cual no se habia ejecutado esta cláusula: la Inglaterra obtuvo de la España por cuatro años el privilegio de *asiento* que era el derecho de comerciar con esclavos en la América española. El tratado de Aquisgran dispertó de nuevo el ardor de la oposicion que parecia haberse amortiguado por algunos años. Habian pasado al partido de la oposicion el príncipe de Gales que estaba abiertamente enemistado con el rey, de manera que el ministerio hubo de sostener terribles ataques bajo la direccion del duque de Newcastle y de su hermano Pelham, pues la administracion dirigida por lord Carteret no pudo continuar por largo tiempo. Lo que mas llama la atencion de todo lo que hizo Pelham es el haber disminuido de tres á cuatro por ciento el interes de la deuda pública. Los acreedores que no quisieron sufrir la rebaja podian reembolsarse el capital; pero el mayor número de acreedores no quisieron aprovecharse de este beneficio, prefiriendo sufrir una pérdida ligera que buscar medios de emplear sus capitales. El gobierno anuló tambien la autoridad de los gefes de clans de Escocia por medio de una ley que emancipaba á los montañeses dándoles en arriendo las tierras que hasta entonces habian cultivado bajo las órdenes de los propietarios: esta disposicion tendia á cambiar las relaciones entre los nobles y sus vasallos, pues juzgóse que por este medio se cortarian de raiz las revueltas suscitadas sin cesar contra la nueva dinastía.

La inteligencia de algunas cláusulas del tratado de Aquisgran relativas á las posesiones de la Francia y de la Inglaterra en América, ocasionó bien luego una lucha entre ambos pueblos; mas esta vez el campo de batalla fue el Canadá adonde el gabinete ingles envió muchas espediciones. Sin embargo en Europa mismo los franceses amenazaron á sus enemigos con un desembarco en el territorio británico y se apoderaron de la isla de Menorca. El almirante Byng á quien se acusó de que habia obrado con poca actividad contra la flota francesa fue puesto á merced de un consejo de guerra que sin atender á sus largos servicios cas-

tigó como traicion un esceso de prudencia. Byng, aunque inocente del crímen que se le imputaba sufrió la muerte porque la política reclamaba el sacrificio de su vida, y en aquella ocasion tomó el lugar de la justicia. Ingleses y franceses contendian al mismo tiempo en la India, en donde establecieron dos compañías rivales que se disputaban las grangerías del comercio y la supremacía militar. El empleado subalterno Clive que por su mérito llegó á ser comandante de las fuerzas inglesas peleó con el gobernador frances Dupleix; hubo varios combates sin resultado alguno decisivo y que solo sirvieron para acrecentar la reputacion de los dos adversarios, pues si Clive tomó plazas importantes, Dupleix se hizo dueño de Wisagapatam con lo cual fue señor de todo el Coromandel.

En aquella época tuvo principio la guerra de siete años contra el rey de Prusia Federico II á quien se trataba de despojar de su reciente adquisicion de la Silesia arrebatada por el monarca pruso á María Teresa sin mas derecho que la fuerza. Militaban por un lado la Francia, el Austria, la Sajonia y la Suecia, y por otro la Inglaterra que abrazó el partido de Federico juntamente con algunos principillos alemanes. El duque de Cumberland sanguinario vencedor de Culloden fue roto en Hastembeck, y perseguido algun tiempo despues por el mariscal Richelieu se tuvo por muy feliz con salvar sus tropas firmando la capitulacion de Closter-Seven, en virtud de la cual le fue prohibido combatir durante aquella campaña; mas Jorge se negó á ratificar este convenio, y el ejército ingles se salvó á costa del honor de su gefe. En América la Gran Bretaña acabó por apoderarse del Canadá y no fue menos dichosa en la India en donde el conde de Lally hubo de rendir la plaza de Poudichery y abandonar los establecimientos que los franceses habian fundado en aquel rico territorio. Todas estas victorias se debian al talento de sir Guillermo Pitt que despues se hizo tan célebre con el nombre de conde de Chatam. Puesto al frente del gobierno le dió una marcha atinada y audaz, y por esto á él deben atribuirse todas las glorias que alcanzó la Inglaterra durante su ministerio.

Cerca estaba Jorge II de recoger todo el fruto de la política de su ministerio cuando murió repentinamente á la edad de setenta y siete años y despues de haber reinado treinta y tres. En su tiempo el comercio hizo rápidos progresos que llevaron á Inglaterra los caudales de todos los pueblos; mas si los intereses materiales de la nacion adquirieron grandísima prosperidad no fue menos la que les alcanzó á las letras, á las ciencias y á las artes. A un tiempo florecieron muchos poetas de mérito estraordinario entre los cuales citarémos tan solo á Thompson, Gray, Goldsmith, Akenside y Guillermo Collins; entre los historiadores bastará mencionar á Hume y á Robertson; entre los moralistas y políticos á Littleton y á Bolingbroke, y entre los romanceros y novelistas á Fielding y á Richardson. Hogarth, Reynolds y muchos otros artistas distinguidos cultivaron con felicísimo éxito la pintura, al paso que Smith, Bradley y Sanderson hacian progresar rápidamente por medio de sus obras la astronomía y las otras ciencias matemáticas.

Jorge aunque sentado en el trono nunca representó mas que un papel secundario: en los primeros años de su reinado lo gobernaron su muger y Walpole, y despues de estos y hasta su muerte Pitt, cuyo genio lo eclipsó enteramente. Este monarca tenia aficion é inteligencia para la guerra, y mezcló á su reino en todas las luchas continentales: de manera que bajo este aspecto la posesion de Hanover fue siempre onerosa á la Gran Bretaña; mucho mas cuando el principal objeto de Jorge era conservar su electorado como un refugio seguro en caso de perder la corona de Inglaterra que sentia balancear sobre su cabeza. Jorge tuvo dos hijos varones, el príncipe de Gales que falleció en vida de su padre, y el duque de Cumberland de quien hemos hablado ya repetidas veces; y cinco hijas, á saber, Ana y Luisa que se casaron la primera con el príncipe de Orange y la otra con el de Dinamarca, y otras tres que murieron en el celibato.

JORGE III.

La larga duracion y los importantes acontecimientos del reinado cuya relacion emprendemos lo hacen muy notable en la historia de la Gran Bretaña. Durante su curso el poder de los ingleses adquirió su mas vasto desarrollo, aumentáronse proporcionalmente sus riquezas y le permitieron sostener el peso de larguísimas y encarnizadas guerras, puesto que pagó los gastos de todas ellas tomando á su sueldo y contra la Francia á todos los pueblos de Europa. Por la misma época el poder del parlamento llegó á su apogeo y se colocó al lado del monarca no dejándole mas que los honores de la soberanía. Esta usurpacion fue muy venturosa para la Inglaterra, pues dió lugar á que la dirigiesen los hombres mas esclarecidos, nó por su nacimiento ó por su fortuna sino por su saber y su talento, y ademas puso al pais al abrigo de las convulsiones políticas que hubieran producido la desgracia del gefe de la nacion atacado repentinamente de la tristísima enfermedad de la locura. El vasto cuadro de esta época no puede pintarse minuciosamente so pena de traspasar muchísimo los límites que en esta obra nos hemos fijado: por ello pues escogerémos los hechos de mas importancia y de mas bulto, dejando á un lado los sucesos de un interes secundario que ocupan la atencion del lector sin llegar á interesarle. El nuevo monarca tenia veinte y dos años, era nieto de su predecesor, tomó el nombre de Jorge III, y apenas estuvo en el trono cuando dió plaza en el consejo á su preceptor Bute, y á Guillermo Pitt que á pesar de de esto quedó al frente del ministerio. La guerra entre la Gran Bretaña y la Francia duraba todavía por voluntad de Pitt, el cual como supiese que Choiseul primer ministro de Luis XV habia concluido secretamente un tratado de alianza con todos los príncipes de la casa de Borbon, quiso obligar á la España á que no accediese al pacto de familia; mas Cárlos III se negó á ello, y Pitt no habiendo podido resolver á sus colegas á romper las hostilidades contra la España, se retiró. Bute que acababa de

ser hecho conde heredó su supremacía en el consejo mas nó su talento, pero sin embargo hubo de prohijar sus principios, y sacar la espada contra el monarca castellano que en pocos meses perdió muchos buques y sus mas ricas colonias. Cárlos y su aliado Luis propusieron la paz, y despues de las conferencias celebradas en Fontainebleau firmóse en 1763 el tratado de Paris que arrebató á la Francia la Acadia, el Canadá, la Dominica, Tabago, el Senegal y otros puntos de importancia, y á la España Menorca, la Florida y Pensacola. Cuando en 1648 se hizo la paz de Westfalia la Inglaterra no poseia en Europa mas que las dos islas de Jersey y Guernesey; y en 1763 habia adquirido la importante fortaleza de Gibraltar, en Africa poseia el Senegal, en Asia toda la provincia de Bengala y muchos puertos y ciudades en las demas de la India, y en América le obedecian la mayor parte de las Antillas, el Canadá y la nueva Escocia y toda la costa septentrional del nuevo continente; mas la nacion habia ganado todo esto á gran costa porque su deuda ascendia á la espantosa cantidad de ciento cuarenta y ocho millones de libras esterlinas.

Lord Bute no pudo sostenerse mucho tiempo en el ministerio, porque la contribucion impuesta á la cerveza le hizo tan impopular que presentó su dimision y tuvo por sucesor á Granville; mas como este cambio en el gabinete no produjo mudanza alguna en la marcha del gobierno, se creyó que el ministerio caido continuaba en realidad mandando. Semejante estado de cosas promovió una guerra de pluma en la cual se hizo célebre por la acrimonia de sus ataques el diputado Wilkes á quien persiguió el ministerio y le hizo encerrar en la torre sin consideracion al carácter de que se hallaba revestido; y los diputados compañeros suyos lejos de reclamar en su favor quisieron juzgarle y al fin lo espulsaron de la cámara porque se negó á presentarse en la barra. Mientras esto se ventilaba cayó en desgracia Granville porque con motivo de una ley relativa á la regencia no quiso que formase parte de ella la madre del rey. Ofendido Jorge por esta omision dió al marques de Rockingham la plaza de Granville que se retiró al momento, viniendo á sucederle otro ministerio formado bajo los auspicios del du-

que de Grafton. Pitt entonces fue restablecido en el consejo y creado conde de Chatam. Bien pronto hubo nuevas elecciones. Wilkes que se habia retirado á Francia volvió á Inglaterra, y habiendo sido nombrado por el Middlesex, antes de ir á sentarse en Westminster quiso que se anulara la sentencia pronunciada contra él en rebeldía: pero fue condenado á dos años de cárcel y á la multa de dos mil libras. Sus muchos partidarios satisfacieron por él y llevaron su generosidad hasta pagar las otras deudas que tenia que ascendieron á la cantidad de veinte mil esterlinas, pues Wilkes era pródigo y disoluto, cuyos defectos escusaba ó disimulaba cuando menos el patriotismo de que hacia alarde. Cuando se abrió el parlamento sufria su condena; y si bien el pueblo quiso ponerlo en libertad para que tomase parte en las discusiones de las cámaras, fue rechazado por los soldados á viva fuerza. El parlamento por su parte lo espulsó de nuevo de su seno, y tres veces lo eligieron sus conciudadanos y otras tantas los comunes anularon su eleccion y admitieron en su lugar á otro candidato que no tenia mas de doscientos noventa y seis votos cuando Wilkes contaba con cerca de mil doscientos. La conducta de los ministros en este negocio descontentó mucho al conde de Chatam, que no pudiendo traer á camino á sus colegas los abandonó declarándoles la guerra en la cámara alta; de modo que tambien este ministerio fue disuelto y reformado poniendo á su cabeza á lord North.

Parécenos llegado el caso de contar con alguna minuciosidad el grave acontecimiento que arrebató á la Inglaterra su mas hermosa colonia, é hizo aparecer un pueblo que poco despues se ha colocado á la cabeza del Nuevo Mundo. Antes de ahora dijimos de qué modo fue colonizado el vasto pais de América comprendido entre los 34 y 35 grados de latitud, una parte del cual que fue aquel á que el memorable Raleigh dió el nombre de Virginia, habia llegado en poco tiempo al mas alto grado de prosperidad. Gracias á su distancia de la metrópoli los habitantes se dieron instituciones democráticas y formaron dos especies de asambleas cuyos miembros elegidos por sus conciudadanos estaban encargados de discutir los intereses de la colonia. Disponia del poder ejecutivo

un gobernador nombrado por los antiguos propietarios de la comarca. La poblacion progresó rápidamente en tiempo de Jacobo I y de su desventurado sucesor, en particular porque muchas personas oprimidas por la intolerancia religiosa de Inglaterra fueron á buscar en América la libertad de conciencia. La mayoría de los emigrados eran puritanos, los cuales internándose en el pais fundaron el Connecticut, el Maine, El New-Hampshire y muchos otros estados, y compraron cartas á la madre patria á fin de dar á sus obras una sancion legal. Durante las guerras civiles que desgarraron á la metrópoli, los colonos americanos gozaron de una paz absoluta, y casi de una completa independencia; mas cuando se fijaron las bases de la navegacion quisieron hacerlas estensivas á la América que desde entonces no pudo esportar las producciones de su suelo y de su industria sino para la Gran Bretaña, y sirviéndose únicamente de buques ingleses. Al descender del solio Jacobo II, el príncipe de Orange mal seguro en el trono usurpado, no pudo ó no se atrevió á turbar el reposo de sus súbditos de ultramar. En tiempo de la reina Ana los americanos ayudaron á sus compañeros de la Gran Bretaña á combatir á los franceses en el Canadá, en las Floridas y en la Acadia. Durante la guerra de los siete años la milicia americana se distinguió tambien preparándose sin saberlo los medios de establecer su independencia por fuerza de armas. La sangrienta lucha en que la Inglaterra tomó parte durante el siglo XVIII habia agotado sus rentas: en 1765 lord Granville quiso que las colonias participasen de la carga que sobre la Gran Bretaña pesaba; para cuyo objeto propuso á la cámara que se impusiera una contribucion sobre el timbre á que quiso sujetar á los anglo-americanos. Este proyecto dispertó en las dos cámaras borrascosos debates, sin embargo de lo cual se admitió; pero cuando fue preciso ejecutarlo en las colonias hubo en ellas una resistencia tan general y tenaz que el ministro creyó oportuno suspender sus efectos sustituyéndole otro impuesto sobre el té que no fue mejor recibido que el primero. Los buques ingleses ni aun pudieron poner aquel género en venta, pues en Boston la plebe arrojó al mar todo un cargamento entero de té: con lo cual dado el primer pa-

so todos los estados juraron unirse para la defensa comun, y en 4 de setiembre de 1774, cincuenta y cinco diputados, órganos y representantes de once provincias se reunieron en congreso, publicaron una declaracion de derechos, dictando en seguida otras medidas que fueron ejecutadas en todes las provincias. Formáronse espontáneamente compañías de voluntarios llenos de valor y resueltos, y cuando el general Gage gobernador del estado de Massachussets quiso sacar un almacen de armas inmediato á Boston, fue atacado á la vuelta de aquella espedicion y perdió trescientos hombres. Este encuentro llamado combate de Lexington fue la señal de la guerra y rompió los vínculos que tenian ligados á los americanos con la metrópoli.

En todas partes se organizaron milicias y el congreso dispuso la emision de tres millones de duros en papel moneda, eligiendo al mismo tiempo para gefe superior de su tropa á un colono de la Virginia que habia servido en la guerra del Canadá. Este hombre era Washington, quien no solo triunfó en el campo de batalla sino que superó todas las dificultades de su posicion. Carecia de armas para su tropa compuesta de voluntarios cuyo valor tenia que regularizar y á los cuales le era fuerza retener en las filas, cosa tan delicada como ardua tratándose de ciudadanos convertidos en soldados por patriotismo, y que habiendo abandonado sus hogares deseaban volver al seno de las familias y proveer á sus necesidades. Tantos obstáculos no impidieron al nuevo general bloquear en 1775 y hacerse dueño de Boston defendida por los ingleses, que contando con un ejército de cincuenta mil combatientes querian activar la guerra á fin de terminarla presto. Antes de comenzarse la lucha el ciudadano de los Estados-Unidos Benjamin Franklin fue enviado á Inglaterra para hacer reclamaciones al parlamento; mas no fue oido, por lo cual el congreso proclamó en Filadelfia la independencia de las trece colonias americanas con el nombre de República de los Estados-Unidos. A esta revolucion acompañó un manifiesto que erigia en principio el derecho del pueblo á elegir la forma de gobierno que mas útil pudiese ser á sus intereses. Estos principios de hecho existian ya en América; mas no habian

sido públicamente formulados, é inflamaron los corazones de los colonos y produjeron en Europa y sobre todo en Francia tanta sensacion que muchos oficiales jóvenes capitaneados por el marques de Lafayette fueron á ofrecer al congreso su fortuna y sus espadas. Washington supo sacar partido del entusiasmo de aquellos nobles voluntarios para disciplinar y aprovecharse del valor de sus soldados á quienes no bastaron á enfriar los reveses. Como solo tenia siete mil hombres y sus adversarios eran treinta mil, fue batido en Brandywine, pero en el norte este descalabro fue vengado por el general Gates que obligó á rendirse sin combatir á diez mil ingleses.

La cuestion americana habia dado lugar á reñidos debates en el parlamento, y la oposicion se decidió con mucha vehemencia contra el ministerio á quien acusaba de imperito y de violento. Mientras tanto Franklin grangeó para su pais el apoyo del gabinete de Versalles que proporcionó á los americanos algunos buques y la esperanza de tropas, lo cual hizo que todos los ingleses deseasen guerrear contra la Francia. Lord Chatam que estaba malísimo se hizo llevar á la cámara de los lores y se esplicó con un dolor é indignacion tanto mas interesantes en cuanto salian de la boca de un moribundo: era el grito de una conviccion verdadera que se reanimaba un momento para hacer á su patria el postrer servicio. „Soy viejo, dijo, y estoy mortalmente herido; la tumba se abre „para recibirme, y quizás esta es la vez postrera que se oye mi „voz en este recinto; pero mientras me quede un resto de vida no „sufriré que mi patria se humille ante la casa de Borbon. ¿Y qué? „¿acaso la nacion ha perdido su valor? ¿Este pueblo que hace „diez y siete años era el terror del mundo entero, ha degenerado „hasta tal punto que ha de decir á su antiguo é implacable ene„migo que se lo tome todo y le deje solamente la paz? Nó, no „quiero creerlo. Si no puede conservarse á un tiempo el honor y „la paz; ¿porqué, vive Dios, no se declara la guerra? No sé cuáles „son nuestros recursos pero sé que todo es preferible al deshonor, „y si es menester sucumbir, sucumbamos al menos como hom„bres." El duque de Richemond replicó, mas como Chatam in-

dignado quiso levantarse para responder, pudo apenas murmurar algunas palabras y cayó sin sentidos, habiendo muerto pocos dias despues agobiado por la edad y mas aun por la energía de su alma. Este ministro á quien dieron el nombre de grande, mereció este dictado por la audacia y el feliz éxito de todas sus empresas. Hizo subir la Inglaterra al mas alto grado de poder, y no alcanzó otra recompensa que la gloria, pues no dejó mas fortuna que su fama. El tesoro público pagó los gastos de su entierro en Westminster y dió á sus hijos una pension de cuatro mil esterlinas. Semejante acto honra tanto la memoria de Chatam que es inútil añadir cosa alguna.

Declaróse la guerra á la Francia que dió un golpe decisivo enviando al conde Rochambeau con seis mil hombres en ausilio de los americanos; mas este feliz suceso fue neutralizado por la traicion de Arnold. Este oficial que al comenzarse la lucha se habia distinguido por sus notables proezas, empañaba sus virtudes militares con vicios que le condujeron al deshonor, pues con el objeto de satisfacer sus deudas y de acudir á sus prodigalidades vendió por dinero el fuerte de Westpoint. El mayor André ayudante de campo de sir Enrique Clinton fue el intermediario de esta negociacion, y como lo cogieron al atravesar las líneas de los americanos y se le encontraron encima los papeles que manifestaban las traidoras relaciones de Arnold con los enemigos, el consejo de guerra le condenó á muerte por espía y fue ejecutado á pesar de las vivas reclamaciones que se hicieron en favor suyo. Arnold mas feliz pudo salvarse y fue á buscar un asilo en el campo contrario. Los ingleses lo admitieron con la esperanza de que podrian utilizar sus talentos; pero no hizo cosa alguna que merezca referirse y solo le quedó la señal de la infamia que sobre sí habia echado. Este incidente trastornó los planes de Washington, pero se vengó muy pronto y con mucho esplendor. El general inglés Cornwallis habia fortificado á York-Town, ciudad situada en la bahía de Chesapeack, la cual queria transformar en plaza de armas. Washington caminando trescientas leguas en quince dias llegó de repente delante de York-Town, y Cornwallis hubo de capitular con todas sus tropas.

Esta victoria tuvo grandes consecuencias, pues probó á los ingleses que el pueblo americano era bastante fuerte para defender ventajosamente su independencia. La lucha se hacia dudosa y dió nuevas fuerzas á la oposicion que siempre se habia manifestado contra la guerra. El gobierno por otra parte encontraba grandes dificultades para hacer rostro á los gastos, y acababa de sufrir un grande contratiempo en la sangrienta crisis de que la capital fue teatro. El aparente motivo de esta crisis fue la abolicion de algunas leyes penales contra los católicos. El diputado lord Gordon que presidia una asociacion protestante hizo un llamamiento al pueblo que vino en número de veinte mil hombres á presentar una peticion al parlamento acerca de este asunto. Rechazada la demanda los peticionarios lejos de disiparse saquearon y demolieron las capillas de todos los disidentes; y despues enardeciéndose progresivamente rompieron las puertas de Newgate en que habia muchos delincuentes, los cuales al verse libres pegaron fuego á la cárcel, y en seguida devastaron completamente las casas de los católicos ricos. Finalmente sitiaron la del lord canciller que fue teatro de las mas estrañas escenas: los alborotados echaron á la calle cuanto les vino á mano, y amontonáronlo todo á fin de pegarle fuego, porque al parecer estaban animados de un espíritu de destruccion que sofocaba hasta la avaricia. Seis dias duró el alboroto, pero como el populacho inflamado mas y mas con los escesos se dirigió al banco manifestándose dispuesto á destruir aquel edificio que era el depósito de la fortuna pública, reunióse el consejo de ministros pero ninguno se atrevió á firmar la órden de repeler la fuerza con la fuerza, y fue preciso que el rey echase sobre sí esta responsabilidad autorizando á los soldados para que empleasen las armas. La tropa hizo fuego á los amotinados que despues de estraordinarios esfuerzos no pudieron llevar á cabo su empresa á pesar de haberse batido durante toda la noche en muchos puntos de la ciudad. Al rayar el alba se puso fin al combate; el gobierno hizo recoger los heridos y mandó echar los muertos al Támesis. En un momento quedó el órden restablecido: los ministros emplazaron en juicio á lord Gordon como promotor de

la sedicion, pero el jurado le declaró libre por falta de pruebas.

Mientras que aquel formidable motin ponia en riesgo en la capital misma la fortuna y la seguridad pública; atacaban sin cesar al ministerio North las *cartas de Junius*. Las primeras aparecieron en el anterior ministerio y continuaron persiguiendo al que le reemplazó, con motivo de la guerra de América, cuyas fatales consecuencias se vaticinaron en ellas. Nunca se habia presentado un libelo político tan gracioso, tan elocuente ni de tanta sustancia: la virulencia de algunos pasages tenian tanta mayor fuerza en cuanto se apoyaban siempre en hechos verídicos y en argumentos justos: por esto el ministerio recibió de aquel papel una herida que no pudo cicatrizar nunca. Ora fuese esceso de prudencia, ora indiferencia por la celebridad, ello es que el autor del Junius se mantuvo oculto, de manera que nadie ha podido averiguar quién fue, y es muy probable que no se descubra en adelante. Lo que prueba el prodigioso mérito de la obra es que ha sobrevivido á las circunstancias á que debió su nacimiento, de modo que ha venido á ser el breviario de los políticos llamados á brillar en las cámaras y en la arena parlamentaria.

Las desgracias del ministerio North eran por lo menos atenuadas por victorias, pues el almirante Rodney libre por la caballeresca generosidad del mariscal de Biron destruyó casi enteramente una escuadra francesa mandada por el conde de Grasse. El general Elliot atacado en Gibraltar por las fuerzas combinadas de Francia y España incendió las baterías flotantes inventadas entonces mismo, é inutilizó los ataques de los aliados, mas por otra parte los ingleses habian perdido Menorca, en América la Florida occidental, y Bailli de Suffren habia vengado en la India las derrotas de sus compatricios. El ministerio perdida ya la opinion pública y hostigado por las cámaras sucumbió y fue reemplazado por otro á cuya cabeza estaba el marques de Rockingham y del cual formaba parte el célebre Fox jóven de veinte y cinco años, hijo de lord Holland, y que era el primer orador de la cámara de los comunes. Este ministerio sin embargo fue de cortísima duracion, pues habiendo muerto á los pocos meses el marques de Rockingham sus

compañeros se retiraron. El gabinete que les sucedió fue transitorio, sin embargo de que uno de los ministros era Guillermo Pitt hijo del grande Chatam, jóven de veinte y dos años pero de mucho talento y rival decidido de Fox. Este subió entonces al ministerio para dar la paz á la Europa aliándose con el mismo North principal motor de la guerra y á quien Fox habia perseguido con tanta tenacidad como elocuencia. Esta monstruosa union causó un grandísimo escándalo, y no obstante de ella salió el tratado de 1783 en cuya virtud se reconoció la independencia de los Estados-Unidos y la España se quedó con las dos Floridas y con Mallorca: la Francia se mantuvo en posesion de Tabago, le fueron restituidos los establecimientos del Senegal y sus posesiones de la India, y adquirió el derecho de conservar las fortificaciones de Dunkerque cuya demolicion habia exigido repetidas veces la Inglaterra. La Holanda habia tomado parte en la guerra contra la Gran Bretaña y fue castigada por ello cediendo á Negapatnam y dejándose arrancar un importante privilegio que permitia á los ingleses comerciar libremente con las colonias holandesas situadas en los mares de la India. La guerra de los Estados-Unidos habia aumentado en dos mil seiscientos cincuenta y seis millones de francos la deuda de la Gran Bretaña que perdió en los siete años de su duracion cuarenta mil soldados.

Ocupó en seguida al público y al gobierno el importante negocio del proceso de Waren Hastings antiguo gobernador de Bengala. Una compañía de comerciantes conquistó en el siglo XVIII la mayor parte de las vastas provincias del Indostan, mas el despotismo de aquellos comerciantes que sustentaban ejércitos y ejercian todos los actos del poder supremo determinó á Fox á sujetarlos á la inspeccion del ministerio, pero no pudo hacerlo y Guillermo Pitt le sucedió en la silla. En el parlamento Fox, Burke y Sheridan se declararon contra Hastings que fue acusado ante la cámara de los lores, donde se le hizo cargo de espantosas crueldades y de enormes cohechos. En la misma cámara se presentó una comision de la de los comunes para sostener los cargos hechos á Hastings: Sheridan tomó la palabra y durante cerca de ocho horas tuvo cautiva-

chos pueblos sangrientas revueltas, y el parlamento para sufocar el incendio que se preparaba armó á Pitt con leyes escepcionales contra la licencia de la prensa y contra la permanencia de los estrangeros en la Gran Bretaña. Al mismo tiempo el ministerio declaraba la guerra á la convencion y se unia con el Austria, la Prusia, la Holanda y la España para sufocar la revolucion á viva fuerza. Al principio consiguió alguna ventaja, pues el almirante Hood se hizo dueño de Tolon: en las Antillas Tabago, Santo Domingo y todos los establecimientos franceses cayeron en manos de la Inglaterra que se apoderó asimismo de Córcega entregada por el general Páoli. Las personas que en nombre de la multitud disponian en Francia del poder supieron aprovechar su exaltacion para enviar al ejército intrépidos defensores de la independencia del territorio amenazada por la alianza de los estrangeros. Catorce ejércitos que guerreaban á un tiempo mismo triunfaron haciendo prodigios de táctica y de valor y obligaron á la liga de reyes á disolverse. La Holanda conquistada por Pichegru se separó la primera y fue imitada luego por España y en seguida por la Prusia.

Por mas que la Francia vencia fuera de su territorio, dentro de él estaba devorada por la guerra civil. Pitt sacó partido de ello para reunir á todos los gentiles-hombres franceses refugiados en Inglaterra y á los que habian militado contra los republicanos á las órdenes del príncipe de Condé, los cuales fueron á desembarcar en la bahía de Quiberon en número de ocho mil, á que se reunieron pronto cuatro ó cinco mil partidarios; pero Hoche general de la convencion cayó sobre los emigrados, cuya mayor parte forzados á rendirse fueron condenados á muerte por el inexorable Tallien.

Los accesos de locura de que fue atacado Jorge cedieron muy pronto á los socórros de la medicina, y el rey habia recobrado el ejercicio de su autoridad cuando abrió de nuevo el parlamento poco despues de la derrota de Quiberon. El pueblo le dirigió á su paso los mas groseros ultrages, y aun se le disparó un tiro que quebró el cristal del coche sin ofender su persona; mas este terrible atentado que tan á las claras manifestaba la exasperacion de

los partidos decidió al parlamento á poner un freno á su audacia disolviendo las asociaciones populares cuya formidable organizacion amenazaba incesantemente la tranquilidad pública. Al mismo tiempo Pitt entabló negociaciones con la Francia regida entonces por una oligarquía democrática: el poder ejecutivo residia en cinco directores, y dos consejos poseian la autoridad legislativa. Lord Malmsbury se trasladó á Paris en donde estuvo siete meses sin concluir cosa alguna porque sus instrucciones le mandaban exigir la mutua restitucion de todas las conquistas hechas durante la guerra, y el directorio no podia negociar sobre semejante base. El diplomático ingles dió la vuelta á Londres, y la lucha suspendida por poco tiempo volvió á comenzar con nuevos brios. El gabinete británico hubo de recurrir á empréstitos onerosos, por medio de los cuales se autorizó al banco á pagar sus obligaciones con papel, que en todas las transacciones vino á sustituir á la moneda.

Mientras que el gobierno tenia que luchar con las dificultades rentísticas le era preciso vigilar la Irlanda que agobiada bajo un régimen opresor aspiraba á sacudirlo por todos los medios imaginables. A pesar de la severa vigilancia del gobierno los católicos habian organizado una vasta asociacion en la cual estaban alistados la mayor parte de los habitantes adictos á la comunion romana, y esta asociacion se subdividia en muchas sociedades, unidas secretamente con un vínculo comun. Las menos numerosas se componian de doce individuos vecinos entre sí: los delegados elegidos por ellos mismos eran los únicos que se comunicaban con otras sociedades mas numerosas, y al fin habia una junta suprema investida del poder ejecutivo cuyos miembros eran desconocidos para todos los de la union esceptuando á los cuatro secretarios de las juntas provinciales; porque toda la Irlanda estaba dividida en cuatro provincias ó distritos: una organizacion militar formada sobre aquellas mismas bases, tenia dividida la poblacion católica en regimientos y compañías con gefes ya nombrados para gobernarlos. Los gastos que este plan traia consigo se sufragaban por medio de suscripciones mensuales. El objeto visible de la union era

la reforma parlamentaria, esto es, hacer general el derecho de votar: mas las personas puestas á la cabeza de este gobierno oculto maduraban otro proyecto, que era separar á la Irlanda de Inglaterra para recobrar su nacionalidad. Como no podian emanciparse por sus propias fuerzas apelaron al directorio frances que prometió enviar en ausilio suyo una numerosa escuadra con un ejército á las órdenes del general Hoche guerrero ya famoso. Efectivamente salió este del puerto de Brest en una escuadra que llevaba veinte mil hombres de desembarco; pero una tempestad dispersó sus buques, de los cuales solo algunos llegaron á la bahía de Bantry, y en uno de ellos iba el almirante. Trastornado por la ausencia del general á quien los vientos habian separado de sus tropas no tuvo valor de verificar el desembarco, y despues de aguardar algunos dias determinó dar la vuelta á Francia. Poco tiempo despues hubo una sedicion entre los marineros ingleses los cuales pedian un aumento de sueldo que les concedió el parlamento, sin embargo de lo cual una parte de la flota se insurreccionó de nuevo. El simple marinero Parker dirigió la sublevacion, la cual no produjo ningun efecto por la falta de inteligencia entre los amotinados, que en vez de ligarse estrechamente se dividieron y entraron en sus deberes abandonando á Parker y á otros varios que fueron ahorcados. Los marinos hicieron olvidar su crímen con la victoria que alcanzaron sobre los holandeses, los cuales en un combate perdieron ocho navíos de alto bordo y dos fragatas, y el almirante hubo de arriar el pabellon. Si el ministerio ingles habia adquirido con triunfos casi continuos la soberanía de los mares, humillábalo en el continente la derrota de su poderoso aliado el emperador de Alemania. El jóven Bonaparte ensalzado de repente al mando superior del ejército habia atravesado los Alpes, recorrido como vencedor la Italia entera y amenazaba llevar sus huestes hasta Viena misma. Francisco II consternado por tan rápidas como estraordinarias proezas se sometió á las exigencias del vencedor y concluyó el tratado de Campo Formio, en virtud del cual concedia á la Francia la posesion de los Paises-Bajos y de las islas Jónicas. Esta paz imprevista dejaba á la Inglaterra sin aliados y por ello

resuelto Pitt á negociar á su vez envió á Francia á lord Malmsbury. Entabláronse conferencias en Lille entre este diplomático y tres negociadores franceses; mas despues de largas discusiones rompiéronse las negociaciones, y se desvaneció toda esperanza de conciliacion. El directorio imposibilitado de hacer un desembarco en la Gran Bretaña proyectó enviar una espedicion á fin de que se apoderase del Egipto, porque siendo dueño de este pais podia atacar á la Inglaterra en el Indostan; y hallaba ademas la ventaja de alejar á Bonaparte cuya popularidad le hacia sombra. En 19 de mayo de 1798 Bonaparte partió de Tolon con una escuadra en que iban treinta mil veteranos. Al paso por Malta se apodera de ella y desembarca en Alejandría de que inmediatamente se hace dueño. En seguida marcha al Cairo, capital del Egipto, dejando los buques en la rada de Aboukir á las órdenes del almirante Brueys. Entre tanto iba Nelson en seguimiento de la escuadra francesa, y presentándose de golpe empeña una sangrienta accion que se termina con la destruccion total de la flota enemiga. Pocos combates se citan en que la victoria se haya disputado con mas encarnizamiento: Brueys fue muerto á bordo y muchos capitanes hicieron volar los buques primero que rendirse. Bonaparte no tenia barcos y á pesar de esto siguió con el mismo calor su empresa, batió á los mamelucos, y entrado en el Cairo recorrió todo el Egipto sometido á sus armas. Invadió en seguida la Siria, mas por falta de artillería quedó desairado en el sitio de San Juan de Acre que fue defendido por el valor y la pericia de un emigrado frances con el ausilio del comodoro sir Sydney Smith. Bonaparte hubo de volver á Egipto de donde á poco tiempo regresó á Francia movido por sus amigos y por las faltas del directorio que habia dejado malograrse el fruto de sus victorias. Efectivamente acababa de formarse contra la Francia una nueva alianza europea. Souwarow á la cabeza de un ejército ruso se habia apoderado de toda Italia é iba á invadir el territorio de la república cuando le detuvo la derrota de uno de sus lugartenientes, batido en Zurich por Massena. Por su parte los austríacos habian obligado á los franceses á evacuar la Alemania, y entonces Bonaparte escapándose de todos los cruce-

ros ingleses aporta á Frejus, corre á Paris, con algunos soldados derriba el directorio, es nombrado cónsul con dos colegas, se hace dueño del poder él solo, y prepara un nuevo destino á la Francia.

Entre tanto el duque de York hijo del monarca ingles habia hecho una invasion en Holanda, pero el general frances Brune fue contra él, le obligó á rendirse sin combatir y á volver con sus soldados á la Gran Bretaña. La conquista de Egipto habia dispertado la esperanza del príncipe indiano Tippo-Saib, enemigo jurado de los ingleses, á quien su padre Hyder-Alií, sultan de Mesur, habia legado con sus estados su odio á los dominadores del Indostan. Tippo vencido por sus adversarios hubo de aceptar en 1791 una paz desastrosa. Cuando supo la victoria alcanzada por Bonaparte en las márgenes del Nilo, creyó que era venido el momento de sacudir el yugo de la Inglaterra, y tomó las armas; pero refugiado en su capital despues de muchas derrotas no quiso rendirse y murió en la brecha con las armas en la mano. Los vencedores se apoderaron de sus tesoros, reserváronse una parte de sus estados y distribuyeron el resto entre varios nababs que quedaron como feudatarios suyos. Obligados estos á tener en su capital guarnicion inglesa, no conservan sino una sombra de su soberanía y obedecen servilmente al gobernador ingles que colocado cerca de la persona del príncipe, le prescribe cuanto debe hacer. Por este medio una sociedad de comerciantes manda á mas de cuarenta millones de hombres y tiene bajo su dominio uno de los mas ricos territorios de Asia. Este fenómeno prueba que la política es un arte que encadena la fortuna por medio de sus combinaciones, y que puede suplir al número apoyando la astucia con la fuerza y la fuerza con la astucia.

Los continuos alzamientos que habian tenido lugar en Irlanda ofrecieron oportunidad á Pitt para proponer una medida cuya ejecucion se habia diferido por mucho tiempo: esta medida era la incorporacion de la Irlanda á la Gran Bretaña. Estipulóse que los dos reinos serian gobernados en lo sucesivo por un solo parlamento residente en Westminster, en el cual la Irlanda seria representa-

da, en la cámara alta por cuatro pares eclesiásticos y veinte y ocho legos, y en la de los comunes por cien diputados; los súbditos de ambas naciones habian de tener los mismos derechos y soportar las mismas cargas, y se decidió tambien que no se harian en las leyes y en los tribunales mas mudanzas que las que reputase necesarias el poder legislativo. El parlamento decidió en 1800 la incorporacion, y desde entonces subsiste con no poca ventaja de ambos paises.

Apenas Bonaparte tuvo en sus manos las riendas del gobierno cuando atravesó los Alpes para recobrar de los austríacos la Italia: la batalla de Marengo puso el colmo á su gloria y obligó al emperador á admitir la paz que fue firmada en febrero de 1801. En aquella época Pablo I que ocupaba el trono de Rusia despues de haber hecho por largo tiempo causa comun con la Inglaterra se habia decidido por Bonaparte, entusiasmado por sus hazañas que le causaban una admiracion inesplicable. Ademas estaba cansado de sufrir el derecho de visita que la Gran Bretaña ejercia despóticamente sobre los buques de todas las naciones, y á fin de librarse de él se ligó con la Suecia, la Dinamarca y la Prusia; pero Nelson y Parker obligaron á los gabinetes de Stokolmo y de Copenague á someterse, y la trágica muerte de Pablo cambió la política de la Rusia. La Inglaterra á pesar de todo suspiraba por la paz; pero Pitt no queria poner treguas á la lucha sino despues de haber vencido. Creyó pues que debia retirarse del ministerio á cuya determinacion acabó de inclinarle la negativa del rey en acceder á la emancipacion de los católicos que á causa de la religion estaban escluidos de todos los empleos. El ministro se habia comprometido á reintegrarlos en todos sus derechos; mas no pudiendo cumplir su promesa se justificó separándose del gabinete. Su retirada produjo grandes mudanzas en el ministerio que se formó de nuevo bajo la presidencia de Addington. Aunque su mision era concluir la paz continuó por algun tiempo la guerra. Despues de un bloqueo de dos años los ingleses recobraron á Malta y obligaron á los franceses á evacuar el Egipto, en donde Kleber encargado del mando despues de la partida de Bonaparte se hubiera qui-

zás sostenido á no haber muerto á manos de un fanático. Sucedióle el general Menou, hombre imperito que con su resistencia entregó á los ingleses todo lo conquistado. Nada le quedaba ya á la Francia sino el glorioso recuerdo de sus estériles victorias y los inmortales trabajos de sus sabios y literatos cuyas investigaciones resucitaron por decirlo asi el pueblo de los Faraones haciendo revivir sus instituciones, sus costumbres, sus monumentos y su industria, conocida apenas de los modernos que no se atrevian á creer las maravillosas relaciones de Herodoto y de Ctésias.

Addington entre tanto habia entablado con Bonaparte negociaciones que se terminaron con el tratado de Amiens concluido en 17 de marzo de 1802. La Inglaterra consintió en devolver á la Francia y á sus aliadas la España y la Holanda todas las conquistas hechas por sus armas, reservándose sin embargo la posesion de Ceylan, de las islas de la Trinidad y del cabo de Buena Esperanza: devolvióse el Egipto al Gran Señor, Malta á los caballeros, los ingleses restituian la isla de Elba y los franceses evacuaban el reino de Nápoles y los estados pontificios. Tales fueron los principales artículos de la paz de Amiens cuya ejecucion produjo luego otra guerra. Gozóse sin embargo un intervalo de reposo durante el cual el parlamento ingles hubo de sondar las llagas del pais cuya deuda habia subido á doce mil millones. Era indispensable buscar medios con que llenar este abismo y hacer frente á los gastos corrientes, y para ello se abrieron empréstitos y se aumentaron las contribuciones.

Bonaparte nombrado cónsul para toda la vida consolidó su poder con sabias medidas mientras ocupaba la actividad de los franceses con nuevas empresas. Intentó recobrar Santo Domingo; mas los franceses diezmados por la fiebre amarilla y por el intolerable calor del clima hubieron de reembarcarse otra vez sin llevar consigo mas que las cenizas de su general Leclerc. Por la misma época Bonaparte se declaró presidente de la república Cisalpina en Italia, obligó á la Suiza á que le tomase por mediador y reunia el Piamonte al territorio de la república francesa. Todo esto escitó las quejas del gobierno ingles que tampoco se habia conducido con

buena fe pues se negó á la restitucion de Malta y á ejecutar muchos artículos del tratado de Amiens. El embajador lord Withworth fue llamado y se rompieron otra vez las hostilidades que seguian con mucha actividad, porque Pitt que estaba de nuevo en el ministerio armó contra Bonaparte al Austria, á la Rusia y á la Suecia á fin de prevenir la invasion con que el campo de Boulogne amenazaba á la Gran Bretaña. El primer cónsul despues de haber desbaratado una conjuracion tramada contra su vida por Georges y Pichegru y de deshacerse del general Moreau, su rival de gloria, por medio de un destierro, se hizo declarar emperador y al punto marchó contra los austríacos y los rusos reunidos bajo las mismas banderas y los venció completamente en Austerlitz: mas este brillante hecho de armas fue empañado por la victoria de Trafalgar en donde la escuadra francesa y española reunidas fueron derrotadas por el almirante Nelson que pagó este triunfo con la vida (1). Entre tanto Napoleon por precio de su victoria obligó á Francisco II por medio del tratado de Presbourg á que le reconociese, arrebatóle todas las posesiones de Italia y le quitó el título y las prerogativas de emperador de Alemania.

La mayor parte de los antiguos electores recibieron de Napoleon el título de rey y formaron bajo su patrocinio una liga llamada la confederacion del Rin, mientras por otro lado el czar se habia vuelto á sus estados sin acceder á la paz de Presbourg. Todo hacia presagiar una nueva lucha en el continente, cuando la Inglaterra perdió su primer ministro Pitt, que murió á la edad de cuarenta y siete años. Este hombre hijo del ilustre conde de Chatam igualó su esclarecida fama, y como él dirigió aunque por mas largo tiempo el destino de su patria. A veinte años fue ministro y

---

(1) Como el combate de Trafalgar es uno de los sucesos mas memorables de la historia moderna, y dió fin con la numerosa escuadra española que nunca mas se ha repuesto de aquel terrible descalabro debido á la mala fe y á la cobardía del almirante frances, rogamos encarecidamente á los lectores que vean lo que acerca de este acontecimiento dijimos en el tomo 3.° pág. 289 de nuestra Historia de España.

(*Nota del traductor*).



murió ministro á los cuarenta y siete despues de haber dirigido casi siempre las riendas del estado. La elocuencia de Pitt tenia mas brillo que fuerza, persuadia pero no subyugaba: y sin embargo resistió los violentos arranques de su rival Fox, los mordaces ímpetus de Sheridan y los obstinados clamores de la oposicion que nunca pudieron desarraigar su poder. No tuvo mas pasion que la política, la cual concentraba todos los sentimientos de su corazon, y todas las facultades de su espíritu; asi es que casi no tuvo ninguna de las debilidades de la humanidad: solo la aficion al vino pudo una vez alterar su razon, y se refiere que un dia se presentó en el parlamento en un estado muy inmediato á la embriaguez y que la cámara por respeto al ministro levantó la sesion. Aunque dueño del tesoro del estado y en disposicion de dar todos los empleos murió tan pobre que sus conciudadanos pagaron su entierro. Como gobernador de Cinq-Ports á lo menos hubiera podido enriquecerse con los emolumentos de este destino, pero los distribuia generosamente entre todas las personas que contribuian al desempeño de aquel encargo. En una palabra, consideraba el dinero como medio y nó como objeto, y solo se servia de él para los intereses del estado, y nó para los suyos propios que no le inquietaban, y por lo mismo mereció que sobre su tumba se pusiera este elogio: *Non sibi sed patriae vivit:* no vivió para sí sino para su patria.

Al ministerio de Pitt reemplazó otro que tenia al frente al célebre Fox el cual no tardó en manifestar un vivo deseo de poner fin á la encarnizada guerra que hacia tanto tiempo duraba entre la Francia y la Gran Bretaña. Entabló negociaciones con este motivo, mas bien pronto se terminaron por un rompimiento, porque Napoleon envanecido con sus victorias no queria transigir con los consejos de la justicia y de la prudencia. El ministro ingles no podia ceder á sus pretensiones sin perjudicar á su carácter y faltar á sus empeños con la Rusia. Poco tiempo despues de esta tentativa siguió á Pitt al sepulcro porque su cuerpo estaba usado por las fatigas de la tribuna y por los escesos á que se entregaba estimulado por otras pasiones menos nobles. Efectivamente ningun orador fue

Trajes civiles, en tiempo de Jorje III.

Pl 44

COSTUMES CIVILS, RÈGNE DE GEORGES III. (1785)

ANGLETERRE

mas terrible en el ataque ni tuvo mas felices inspiraciones; aterraba á sus adversarios con una frase y á veces con una palabra; mas su conducta política y particular no correspondia á sus talentos; asi es que no supo grangearse mas que la admiracion de sus compatricios: el vino, el juego y las mugeres fueron el escollo de su fortuna. Degradado por el primero de estos vicios perdió con los otros dos su consideracion y su salud; de aqui provino que sucumbió al ascendiente de Pitt que en el parlamento triunfó de él por medio de su política y en la oposicion con la regularidad de sus costumbres. Si Fox hubiese tenido tan recto juicio como elocuencia habria servido bien al pais; pero no sirvió sino á su fama. El último acto de su vida pública fue provechoso á la humanidad entera pues hizo que las cámaras abolieran el tráfico de negros.

Napoleon acababa de hacerse célebre con la victoria de Jena que puso la Prusia á merced suya. De la capital de Federico el Grande salió el famoso decreto que proscribia á la Inglaterra de la Europa prohibiendo con ella toda relacion política ó mercantil. La idea del bloqueo continental era quizás mas gigantesca que grande, pues exigia de la Francia cosas superiores á sus fuerzas: érale preciso velar en todos los mercados y reducir los intereses y hasta las necesidades de los otros pueblos condenándolos á privaciones que se resistian á las costumbres desde mucho tiempo arraigadas: de todos modos las mercaderías inglesas fueron públicamente quemadas, y la Inglaterra hubiera acabado por no tener en Europa puertos de importacion si el sistema esclusivo que Napoleon estableciera hubiese durado algunos años mas. Mientras que el póder de la Francia continuaba derramándose por el continente, el ministerio Granville que habia reemplazado al de Fox cayó por haber presentado un proyecto de ley relativo á la emancipacion de los católicos y de los otros disidentes. Habiéndose negado el rey á dictar esta medida se formó un nuevo gabinete compuesto de Canning ministro de relaciones esteriores, de lord Castlereagh ministro de la guerra y de las colonias, de Perceval, canciller del tribunal de rentas, y del duque de Portland primer lord de la tesorería. En

contestacion al decreto de bloqueo el gobierno ingles habia vedado á todos sus buques mercantes entrar en los puertos de la Francia ó sujetos al influjo de su política, y como el rey de Dinamarca no quiso someterse á esta medida, en 2 de setiembre de 1807 se presentó delante de Copenague una escuadra que durante tres dias bombardeó esta capital y se apoderó de la flota danesa que fue llevada al Támesis. Tan escandalosa violacion del derecho de gentes exasperó á toda Europa contra la Gran Bretaña que perdió la amistad de la Rusia, cuyo autócrata algun tiempo antes habia hecho la paz con Napoleon y consentido en reconocer á los hermanos de este hechos reyes por el mismo. Napoleon despreciado por los monarcas antiguos quiso que su dinastía reemplazara á todas las demas, y con este objeto creó los tres estados de Holanda, Nápoles y Westfalia, dándolos á sus hermanos Luis, José y Gerónimo. El príncipe de la casa de Borbon á quien Nápoles correspondia hubo de abandonarlo y refugiarse en Sicilia en donde bajo el patrocinio de los ingleses conservó los atributos de la soberanía. El regente de Portugal amenazado á un tiempo por la Francia y la Inglaterra hubo de espatriarse y buscar un asilo en el Brasil que convirtió en un nuevo imperio. Napoleon se posesionó de Portugal mientras que hacia invadir las principales provincias de España. Ocupaba su trono Cárlos IV de Borbon, el cual forzado á abdicar en favor de su hijo Fernando acudió al emperador que habiendo hecho ir á Bayona toda la familia real le hizo ceder la corona por medio de la mas indigna perfidia y ciñó con ella las sienes de su hermano José. Murat ocupó el reino de Nápoles que José dejaba, y este recibió en una ciudad de Francia el poder supremo de manos de algunos grandes de España cuya mayor parte entrados apenas en su pais protestaron contra lo que habian hecho á la fuerza. Los españoles rechazaron al príncipe entronizado por medio de la violencia y de la traicion: alzóse el reino entero; la junta congregada en Sevilla vino á ser el centro del gobierno, y organizó la resistencia con el ausilio de la Inglaterra que le dió dineros y soldados. El rey José no pudo llegar á Madrid y fue menester que Napoleon lo condujese allí al frente de un ejército; mas obligado el emperador

á volar á Alemania contra los austríacos perdió el fruto de sus victorias en España; pero se apoderó de Viena y con la victoria de Wagram obligó á Francisco II á firmar una paz vergonzosa, pues perdió la Galitzia y sus posesiones de Italia, reconoció á los hermanos del vencedor y se encontró estrechamente ligado al sistema continental. La espedicion armada entonces con el objeto de destruir los buques franceses que se hallaban en Amberes salió fallida por la incapacidad de lord Chatam que la mandaba, pues con un ejército de cuarenta y cinco mil hombres no hizo mas que apoderarse de Flessinga, y luego dirigió el rumbo á Inglaterra dejando en la isla de Walcheren la mayor parte de sus tropas que diezmadas por las calenturas hubieron de alejarse. La guarnicion inglesa de Flessinga siguió muy pronto el mismo ejemplo, y este armamento tan dispendioso se terminó con una retirada tanto mas vergonzosa cuanto se habia contado anticipadamente con el éxito: sin embargo el gabinete de San James se vengó en España y en Portugal. Sir Arturo Wellesley, conocido mas tarde con el nombre de Wellington, desembarcó en Portugal cuando ya se habia dado á conocer en la India en donde tomó parte en el asalto de Seringapatnam que puso fin al imperio del Mesur, y desde allí vino este capitan á medirse con las legiones de Napoleon hasta entonces invencibles. Secundado por los habitantes y por las discusiones de los generales franceses alcanzó grandes ventajas cuyo término fue la evacuacion de Portugal, de que los franceses se apoderaron desde la huida del regente.

El descalabro de Flessinga habia introducido la discordia en el ministerio que fue reorganizado, pero al fin se disolvió por el duelo entre lord Castlereagh y Canning. Pitt habia dado el ejemplo de estos combates de que los hombres de estado debieran abstenerse mas que los demas hombres, porque su honor consiste en triunfar nó con las armas sino con razones. Canning fue reemplazado por el marques de Welesley hermano de Wellington: el conde de Liverpool sucedió á lord Castlereagh y Perceval al duque de Portland. El nuevo gabinete hubo de sostener en la cámara de los comunes violentos ataques relativos á la espedicion de Flessinga, mientras que

las asociaciones populares clamaban contra todas sus medidas con la mayor virulencia. Habiendo sido encarcelado el presidente de uno de los clubs, sir Francisco Burdett miembro de los comunes lo defendió con una carta que fue insertada en los periódicos. La cámara ante la cual fue denunciado aquel escrito se declaró contra su autor que fue encerrado en la torre; decision que dió lugar á un alzamiento formidable que fue preciso sufocar á la fuerza. Despues de tres dias de los mayores desórdenes, calmóse la efervescencia del pueblo y Burdett se quedó en la cárcel hasta la disolucion del parlamento.

Entre tanto continuaba en España la guerra con varia fortuna entre los combatientes. Las Córtes reunidas en Cádiz habian hecho reconocer su autoridad en todas las provincias libres del yugo de los franceses, y discutian una constitucion que habia de regenerar completamente las instituciones del pais. Por su parte Napoleon seguia aplicando el bloqueo continental que era al mismo tiempo un medio para justificar los estravíos de su ambicion. Impulsado por ello quitó á su hermano Luis que era poco dócil á sus órdenes el trono de Holanda que incorporó á su imperio juntamente con los estados pontificios. El papa arrebatado de su palacio fue conducido á Fontainebleau en donde estuvo hasta la caida del usurpador del patrimonio de San Pedro. La Suecia recibió tambien de manos de Napoleon un príncipe que era el mariscal Bernadotte, adoptado por el gran duque de Sudermania que para colocarse en el trono habia arrojado de él al hijo de Gustavo III. En aquel mismo año deseoso Napoleon de tener un hijo para consolidar su poder se casó con María Luisa hija del emperador Francisco II despues de haberse divorciado de Josefina. Simultáneamente murió el rey de Inglaterra cuya razon se alteró segunda vez por la pérdida de su hija la princesa Amalia. El príncipe de Gales nombrado regente quedó investido con algunas restricciones de los atributos de la soberanía. Amistado en su juventud con Fox y con sus camaradas mantuvo en el poder á sus adversarios; mas bien pronto sufrió el ministerio una modificacion por la muerte de Perceval asesinado en la cámara de los comunes de un pistoletazo que le pegó un

negociante tomándolo por lord Gower; de quien juzgaba que tenia motivos de queja. El ministerio fue compuesto del modo siguiente: lord Liverpool fue nombrado gefe del gabinete, Vansittart canciller del tribunal del banco, lord Sidmouth ministro del interior, y lord Hartowby presidente del consejo. El primer acto del gabinete tuvo por objeto transigir con los Estados-Unidos que no habian querido suspender sus relaciones mercantiles con la Francia; sin embargo no pudo impedir que estallase la guerra entre estas dos naciones. Los americanos invadieron inútilmente el Canadá, pero fueron mas dichosos en la mar en donde apresaron algunos buques ingleses.

El mantenimiento del bloqueo continental que hacia pesar sobre todos los pueblos una opresion insoportable tenia encadenada la independencia de los soberanos. Cansado el emperador Alejandro de un yugo que ofendia su orgullo y arruinaba á su pueblo, durante el año 1812 rompió con Bonaparte que penetró en el corazon del imperio á la cabeza de quinientos mil hombres, y dueño de la capital por la victoria de Moscou, le arrojó de esta ciudad el horroroso incendio obra de los mismos rusos; y obligado entonces á emprender la retirada, perseguido por un frio inesplicable que mató millares de hombres estenuados ya por el hambre y por el cansancio, Napoleon dió precipitadamente la vuelta á Paris á fin de reemplazar sus legiones de que solo quedaban tristes restos. La Inglaterra se aprovechó de este descalabro para separar á Napoleon de sus aliados. Durante la lucha empezada en 1813 los austríacos y los prusos se declararon abiertamente contra él, y los sajones le abandonaron en la jornada de Leipsick. Los franceses á pesar de las memorables victorias alcanzadas al principio de la campaña hubieron de pasar otra vez el Rin. Seiscientos mil soldados reunidos de todos los pueblos de Europa invadieron la Francia por muchos puntos, Napoleon se defendió con el valor de la desesperacion é hizo sufrir á sus enemigos sangrientas derrotas, mas la toma de Paris le precipitó del trono. Retiróse á Fontainebleau, abdicó la corona, y á este hombre que habia poseido el vasto imperio de Carlo-Magno no le quedó mas que el misérrimo

principado de la isla de Elba. Mientras que Napoleon peleaba heroicamente contra las masas enemigas que sin cesar iban en aumento, sir Arturo Wellesley, ya duque de Wellington, triunfaba en España en la jornada de Vitoria que arrojó á José Bonaparte al territorio frances. Apresuróse Napoleon á poner en libertad al príncipe de Asturias confinado en Valencey, el cual le prometió hacer retirar el ejército ingles; mas no pudo ó no quiso cumplir su promesa. El general ingles atravesó el Bidasoa cuyos habitantes abrieron las puertas de la ciudad y recibieron al sobrino de Luis XVI con las mayores demostraciones de alegría. Esta circunstancia determinó á los aliados á reintegrar en el trono á los Borbones en la persona de Luis XVIII. El tratado de 30 de mayo de 1814 puso fin á aquella larga serie de combates comenzados en 1792: la Francia reducida á sus antiguos límites recobró las colonias de que se habia apoderado la Gran Bretaña. Cedió sin embargo á esta la Isla de Francia, y la Inglaterra alcanzó la conservacion de Malta. La Holanda aumentada con los Paises-Bajos devolvió el cetro al príncipe de Orange, el Hanover fue convertido en reino, y la Italia recobró sus antiguos soberanos esceptuándose el de Nápoles en que reinaba Murat; pero este hombre que era mas soldado que rey cayó de su trono pocos meses despues por su imprudente política, y hecho prisionero en Pizzo cuando intentaba recobrar la corona fue condenado á muerte y ejecutado.

El monarca frances restablecido en su trono no pudo sostenerse en él por mucho tiempo aunque comenzó por dar á su pueblo una carta que consagraba los principios de la revolucion francesa. Napoleon sale de repente de la isla de Elba, desembarca en Provenza, electriza y arrastra á las tropas enviadas contra él, vuela á Paris sin obstáculo alguno, y Luis XVIII se retiró á Gante con los príncipes de su familia. El congreso reunido entonces en Viena y en el cual todos los reyes tenian sus representantes proscribió á Napoleon. Corre este al encuentro de sus adversarios, vence en Ligny y en Frejus, sucumbe en Waterloo en 18 de junio de 1815, y Wellington y Blucher que habian triunfado en esta célebre jornada penetran en la capital; Napoleon abdica otra vez la corona

y corre á buscar un asilo á bordo del navío ingles el Belerofonte, desde donde escribió al príncipe regente para que se le permitiese vivir en libertad en territorio ingles; pero la Europa lo reclamó como prisionero, y le confinó á Santa Helena. En aquella isla ó por mejor decir en aquella roca que se alza en medio de las olas, Napoleon espió sus gloriosas faltas con una larga agonía que se terminó á los cinco años.

El tratado de 1814 habia pacificado la Europa, pero la Gran Bretaña continuaba la guerra con los Estados-Unidos. Los ingleses se habian apoderado de Washington en donde deshonraron sus armas cometiendo los mayores escesos. Rechazados al fin por las tropas americanas hubieron de retirarse, y el tratado de paz de 21 de diciembre de 1814 restableció la armonía entre los pueblos. Despues de tan largas tempestades al parecer la Inglaterra debia respirar al fin; mas para derribar el poder colosal de Napoleon habia sido necesario tener á su sueldo á toda la Europa, y el gasto anual ascendia en 1816 á cerca de dos mil millones. Las malas cosechas y la imposibilidad de dar salida á una enorme cantidad de mercaderías produjeron una miseria general. Una infinidad de artesanos faltos de trabajo eran víctimas de toda clase de privaciones y atribuian su pobreza al gobierno que en vano procuraba remediarla. Algunos ambiciosos y perversos se aprovecharon de esta disposicion del pueblo para fundar asociaciones populares de las cuales pensaban echar mano á fin de conmover el pais. Estos hombres lograron exasperar á la multitud hasta tal punto que un fanático tiró un fusilazo al príncipe regente en 1817 cuando con toda pompa se trasladaba á Westminster para la abertura del parlamento. Este suspendió la ley de *habeas corpus* y con medidas severas disolvió los clubs demagogos, con lo cual el poder logró conjurar una esplosion que sin duda hubiera estallado muy pronto. El mal aunque sufocado no estaba destruido, sobre todo en las ciudades manufactureras en donde la miseria disponia á la poblacion á escuchar las declamaciones de los demagogos, entre los cuales Hunt convocó en Manchester á los partidarios que se reunieron en número de cien mil hombres. Mientras que al frente de

estos declamaba con vehemencia la caballería de Yomen se lanzó de repente sobre la muchedumbre é hizo prisionero al orador y á muchos de los oyentes. Esta escena de desórden costó la vida á centenares de personas, y el poder hubo de sufrir los vituperios de todos los partidos que condenaron la conducta de los magistrados, autores de aquellas escenas deplorables. Los ministros entre tanto alcanzaron de las cámaras la adopcion de muchas leyes cuyo objeto era prevenir las revueltas, pues prohibian reunirse para ejercitarse en las evoluciones militares, sujetaban á censura los periódicos políticos, imponian graves penas á los autores y repartidores de escritos sediciosos, y mandaban las visitas domiciliarias para recoger las armas de las casas en que se sospechase que las habia.

Si algunos años antes la Inglaterra mereció bien de las naciones europeas forzando á los beyes de Túnez y Trípoli á poner en libertad á los esclavos cristianos y castigando al dey de Argel que se negó á verificarlo, deshonró su carácter con el convenio en virtud del cual entregaba á los habitantes de Parga al sanguinario despotismo del pachá de Janina el célebre Alí de Tebelen. Aquellos infelices cuya fidelidad recompensaron los ingleses con una traicion huyeron de su patria: y antes de dejarla á merced de Alí quemaron en la plaza mayor los huesos de sus antepasados, á fin de no dejar al tirano ni aun los sepulcros.

Por la muerte de la princesa Carlota heredera del trono casada con el príncipe de Sajonia Coburgo y que no dejaba hijos, la corona pertenecia á la hija del duque de Kent que murió de repente en 23 de enero de 1820. A los seis dias le siguió á la tumba el anciano Jorge III que tenia ochenta y dos años y habia reinado sesenta. Enteramente privado de la razon y de la vista vagaba como un espectro por las habitaciones de Windsor, cuyos muros estaban vestidos de colchones para prevenir una peligrosa caida del monarca, que insensible á toda impresion solo la música parecia capaz de dispertar sus sentidos y de calmar sus dolores.

Jorge III llevó en el trono la vida de un particular: no tenia ni las virtudes ni los vicios que casi siempre se hallan en los reyes;

pero hay hombres en quienes el buen sentido puede reemplazar al genio. Jorge es una prueba de ello, pues supo elegir y conservar en el poder al ilustre Pitt, cuya hábil é inflexible política llevó á la Inglaterra al mas alto grado de gloria y de prosperidad, pues le hizo producir inmensos recursos desconocidos hasta entonces. El estado de la Gran Bretaña en tiempo de un príncipe atacado de una demencia incurable prueba la escelencia de sus instituciones que la ensalzaron al mas alto punto de grandeza por mas que el soberano fuese incapaz de sostener las riendas del gobierno.

La locura de Cárlos VI habia costado á la Francia treinta años de sufrimientos, y la de Jorge III no influyó en el destino de su pueblo: su reinado fue glorioso en las armas, próspero para el comercio, y brillante por el vivo resplandor que le dieron las letras, las ciencias y las artes. Entre los prosadores ocupan el primer lugar Gibbon que ha descrito la decadencia y ruina del imperio romano: Godwin que ha presentado las mas audaces teorías: Sheridan autor de la mejor comedia de que se gloría la Inglaterra, hombre de genio flexible y poderoso, eterno honor del teatro y de la tribuna. Mas tarde aparecieron lord Byron, Walter Scott, Tomas Moore, Southey y muchos otros poetas que se hicieron famosos por su genio y por su originalidad. Finalmente en todos los géneros de literatura seria fácil citar una multitud de autores de producciones serias ó satíricas. En las artes West, Lawrence, Wilkie, Chanterey y Haxman han producido obras maestras y fueron justamente admirados los primeros como pintores y como escultores los otros. La elocuencia de Chatam, Pitt, Fox, Burke y Sheridan resucitó en el parlamento aquellas célebres luchas de la plaza pública en donde los grandes oradores de Atenas y de Roma se disputaban la palma de la victoria. Otros hombres que no aspiraban á interesar el corazon ni á encantar el alma se entregaron á profundas investigaciones, y arrancaron á la naturaleza sus secretos para dilatar el dominio de nuestros conocimientos ó hacerles servir para el alivio de la humanidad y el desarrollo de la industria. Tales fueron Davy, Priestley, Bancks, Soleuders, el ilustre marino Cook, Rumford, Cheselden y Jenner, cuyo descubrimiento ha li-

brado de la muerte á tantas víctimas y defendido á la hermosura de los ultrages de una enfermedad que sustituye la feeza y la deformidad á la mas delicada belleza. Kent inventó los jardines en donde se ha logrado hacer agradable el desórden porque está sabiamente calculado á fin de que parezca hijo de la casualidad. La agricultura puede decirse que fue regenerada por Arturo Young, que transportó á su patria y los perfeccionó los métodos agrícolas de otros pueblos. Finalmente Watt, sujetando á merced del hombre las gigantescas fuerzas del vapor, hizo que la industria obrase prodigios, y en nuestros dias gracias á los trabajos de Watt las comunicaciones no se interrumpen por la mucha distancia, puesto que se ha encontrado el medio de acortarlas dando alas á los buques. Tal es en resúmen el cuadro de la época durante la cual fue rey de la Gran Bretaña Jorge III, cuadro que basta para que nuestros lectores puedan apreciar la importancia de aquel reinado.

JORGE IV.

El príncipe de Gales que de diez años á aquella parte desempeñaba las funciones de la soberanía, al subir al trono no habia de hacer mas que cambiar de nombre. Si los yerros en que en su juventud incurren los príncipes pudiesen hacer presagiar los que han de cometer en edad ya sazonada, el nuevo monarca hubiera inspirado á sus súbditos serios temores porque se habia entregado á los mayores desórdenes, ya escandalizando con sus ilícitos amoríos, ya gastando enormemente á fin de procurarse toda clase de placeres, de manera que el parlamento hubo de pagar sus deudas dándole ochocientas mil esterlinas. Asociado á pesar de su alto rango á una compañía de calaveras que comprometieron su fortuna con enormes apuestas acerca de la ligereza de sus caballos, fue espulsado de la comitiva por la negra sospecha de haber faltado á la delicadeza y á la buena fe. Tales eran los antecedentes del príncipe de Gales cuando en vida de su padre empuñó las riendas del gobierno. Su diestro modo de conducirse desvaneció muy luego las manchas que afeaban su reputacion y supo grangearse el aprecio y

la confianza pública. En su advenimiento al trono hubo una terrible conspiracion cuyo gefe era un oficial subalterno llamado Thistlewood, que tenia por socios á un cortante, dos zapateros y otras personas de mas humilde esfera. El plan de los conspiradores era introducirse en el palacio de lord Harrowby que daba un convite á sus colegas, degollar allí á todos los ministros mientras que otros compañeros pegarian fuego á muchos puntos de la ciudad, é instalarian un gobierno democrático. Cuando deliberaban para determinar las postreras medidas fueron presos con las armas en la mano aunque se defendieron con furor, mataron á un oficial é hirieron á muchos individuos de policía. Todos ellos espiaron su crímen en un cadalso. Esta conspiracion tramada por hombres del pueblo era el resultado de los principios demagógicos que se generalizaron por medio de libelos y discursos anárquicos.

Acababa de desvanecerse este peligro cuando el monarca se encontró envuelto en otras dificultades de no menos bulto; que fueron la vuelta á Inglaterra de la princesa de Gales que exigió del rey y de sus ministros que reconociesen su calidad de reina y mandasen hacérsele los honores debidos á su rango. Desde muchos años vivia la princesa lejos de su esposo y justificaba á la vista de los estrangeros las acusaciones dirigidas contra sus costumbres, y los ministros sacando partido de esto y resueltos á negarle las ventajas y la pompa de la soberanía; hubieron de entablar en la cámara alta una causa haciendo cargos á la princesa por el crímen de adulterio. Si el cargo se hubiese probado el hacha habria cortado la cabeza de la acusada, mas los pares retrocedieron ante tan funesto resultado y el escrito de acusacion fue retirado. Cerca de cuatro meses duró aquel célebre proceso que puso en movimiento á la nacion toda, la cual se dividió en dos partidos igualmente encarnizados en sostener el uno la criminalidad de la reina y el otro su inocencia. Entonces fue cuando Brougham, uno de los defensores de la princesa echó la base de la grande reputacion de que goza en el dia: mas en vano empleó todos sus esfuerzos para que su cliente recobrase sus prerogativas: se le negó habitacion en el palacio de los reyes, y su nombre borrado

de la liturgia nunca mas se continuó en la misma. En aquel mismo año que era el de 1820 hubo revoluciones en varias monarquías de Europa: una insurreccion militar obligó á los reyes de España, Portugal y Piamonte á aceptar las constituciones que les fueron presentadas con las puntas de las bayonetas. La Inglaterra no creyó oportuno intervenir entre los príncipes y los pueblos, y antes se habia tambien negado á asociarse á la Santa Alianza concluida entre los mas poderosos aliados: sin embargo lord Castlereagh, gefe del ministerio, al tiempo que se negó á firmar declaró que los principios de aquella alianza merecian la aprobacion de su soberano: asi fue como permitió que el congreso de Laybach arrojase de Nápoles y de Turin á los carbonarios y se restituyese el cetro á los príncipes de uno y otro reino.

Aunque el ministerio ingles iba de acuerdo con respecto á la política estaba dividido en el importante punto de la emancipacion de los católicos. La ley que acerca de esto fue adoptada por la cámara de los comunes la rechazaron los pares que se negaron tambien á otras tentativas cuyo intento era restituir á los católicos sus derechos civiles. Los disturbios que afligian á la Irlanda desde tanto tiempo determinaron al monarca á visitar aquel pais, y en 12 de agosto de 1821 desembarcó en Dublin en donde fue recibido con demostraciones de alegría por todos los habitantes. La muerte de la reina acontecida en Londres por aquella época sacó á Jorge de una posicion tan desagradable como embarazosa, de modo que cuando supo el fallecimiento de su consorte dijo públicamente: "Este dia es uno de los mas dichosos de mi vida." Semejante confesion repugnaba á las reglas del bien parecer, mas en medio del entusiasmo que habia en favor del monarca apenas hubo quien reparase en ello. En seguida se trasladó á su electorado de Hanover en donde fue recibido con los mismos transportes de alegría que en Irlanda. Al año siguiente fue á Escocia á ostentar la pompa de un soberano: desde 1746 Edimburgo no habia visto dentro de sus muros rey alguno, y por esto la llegada de Jorge dió lugar á ingeniosas y brillantísimas fiestas. Al entrar en la capital figurósele hallarse en la Escocia de los Estuardos porque todos los ciudada-

nos vistieron en aquel dia el trage de sus antepasados. El célebre Walter Scott tan versado en la historia de su patria fue el director de esta ingeniosa metamórfosis: su imaginacion que se alimentaba con lo pasado á que la lejanía daba mucho cuerpo, se complugo en hacerlo revivir y se dedicó á desempeñar esta tarea con el mayor entusiasmo. Corto fue el tiempo durante el cual pudo gozar el príncipe de la alegría y de las demostraciones de afecto de los escoceses, porque la repentina muerte de lord Londonderry, presidente del ministerio, lo llamó otra vez á Londres. El noble lord se habia suicidado, segun unos porque quiso castigarse á sí mismo de haber hecho traicion á sus deberes asociándose á los proyectos de la cuádruple alianza, y segun otros para huir de la pena á que se habia hecho acreedor por un feísimo crímen. Fue reemplazado por Canning antiguo colega suyo é hijo de una actriz, hombre que si bien poco favorecido por la fortuna habia ascendido á los mas grandes honores y grangeádose mucha reputacion por su superior talento, y acababa de ser nombrado gobernador general de la India cuando Jorge IV lo puso á la cabeza del ministerio. Aunque educado en la escuela de Pitt inclinábase no obstante á ciertos principios muy distintos de los de su maestro: asi es que queria emancipar á los católicos y hacer abolir la famosa acta de navegacion adoptada durante el protectorado de Cromwell. Aquella acta iba dirigida contra los holandeses que vinieron á ser los correos generales del mundo mercantil; mas los tiempos se habian cambiado y la política creyó que á su vez debia cambiar tambien.

En aquella época el congreso reunido en Verona determinó que el rey de España Fernando VII recobrase la plenitud de sus derechos de que lo despojara la insurreccion de la isla de Leon, y como la Francia se encargó de ejecutar el decreto de las altas potencias, el duque de Angulema sobrino de Luis XVIII á la cabeza de cien mil hombres fue á poner en libertad al monarca español á quien las Córtes habian llevado á Cádiz. El gabinete de San James protestó contra esta intervencion mas no se opuso á ella sino con palabras.

Mientras que las tropas de Napoleon invadieron la España sus vastas colonias del Nuevo Mundo habian logrado sacudir el yugo

de la metrópoli, y la Inglaterra lejos de ausiliar á esta para que recobrase sus derechos envió cónsules á todos los puertos de la América del sur para abrir nuevos canales á su industria. Entonces pareció presentarse una vasta carrera para el comercio ingles que se entregó á las mas audaces especulaciones: formáronse compañías en todas partes; unas enviaban máquinas de vapor para esplotar minas en el Perú, soñaban otras caminos de hierro en paises poco poblados y civilizados apenas, y las hubo que enviaron muchos agentes para la pesca de perlas. Todas estas empresas salieron fallidas y dieron ocasion á una crisis formidable que no obstante se terminó sin sacudimiento alguno político. Por otro lado el poder británico continuaba tomando nuevo crecimiento; y así es que el monarca de los birmanes pueblo guerrero y vecino de las posesiones de la Compañía de Indias, fue vencido por las tropas inglesas que se apoderaron de una de sus mejores provincias. El rey de los asbantios en Africa que tuvo la audacia de atacar por allí el poder británico sufrió una derrota sangrienta, y el dey de Argel que insultó al cónsul ingles hubo de humillarse á fin de evitar un bombardeo.

En Irlanda que pareció tranquila durante la presencia del monarca se repitieron luego los disturbios, gracias á los choques de los tres partidos, orangista, protestante y católico, el último de los cuales organizó una vasta asociacion en la cual estaban afiliadas todas las clases de la sociedad. Dirigia á sus compatricios y lo arreglaba todo con rara destreza Daniel O-Connel, hombre notable por su elocuencia popular, por su prudente firmeza y por su actividad incansable. Un plan sistemático y perfectamente calculado vino á reemplazar los irregulares esfuerzos de los irlandeses é hizo que sus adversarios retrocediesen ante una fuerza de inercia, poderosa porque era unánime. El ministerio quiso disolver aquella formidable asociacion, y esta obedeció pero fue para organizarse en el acto con distinto nombre, y el gobierno no tuvo mas remedio que tolerar lo que no le era dado destruir. Si se quiere comprender la índole de los obstáculos que el gobierno hallaba en Irlanda y concebir la verdadera causa del interior malestar que turbaba de continuo la paz pública de aquel pais es preciso remontarse á la

época en que aquel reino fue conquistado por Cromwell. No era solo el amor de la independencia lo que hacia intolerable á los irlandeses el yugo de la Inglaterra, sino tambien la miseria y el hambre que de continuo afligian á los habitantes. Casi todo el territorio fue distribuido entre los soldados del conquistador, mas sus descendientes cansados muy luego de vivir en un pais hostil y salvage habian resuelto marcharse de él arrendando sus posesiones á intendentes casi todos ingleses que las dividian en trozos pequeños y las arrendaban á los indígenas con no poco provecho suyo porque los labradores se disputaban los arriendos. Ni es de admirar que asi fuese pues no tenian otro recurso que la agricultura porque una legislacion absurda y cruel prohibia á los irlandeses esportar trigos, ganados y lanas. Los intendentes dueños de la poblacion á la cual tenian atada con los crueles vínculos del interes, gobernaban de hecho el pais sostenidos por los ministros de la corona á quienes aseguraban la mayoría en el parlamento, recibiendo en cambio destinos y dinero. Si ha de darse crédito al observador tan juicioso como imparcial, Arturo Young, la Irlanda en el siglo XVIII sufria el yugo mas odioso y humillante. Cada gentil hombre ó propietario tenia una cárcel en que encerraba segun su antojo á los habitantes de la vecindad y se arrogaba el derecho de disponer del honor de sus mugeres y de sus hijas, derecho que en otro tiempo habian disfrutado los grandes señores en mucha parte de Europa. Aunque habia jueces de paz, si escuchaban las quejas de los oprimidos corrian riesgo de tener que desafiarse diariamente con todos los gentiles hombres de la comarca. Cuando los labradores no pagaban el arriendo en el dia fijado eran espulsados por los intendentes sin compasion alguna: á centenares de estos infelices se encontraban de pronto sin pan y sin hogar, protegidos por la noche iban á recoger las patatas que habian sembrado: abrasábanse sus cabañas, se trastornaba el terreno para burlar la esperanza de su hambre que se veia reducida á saciarse con la piel de las patatas pulverizada y hecha tortas. Esto aconteció en el condado de Clare en donde la mayoría de la poblacion agrícola se halló reducida á este horrible estremo. Algunos irlandeses exasperados por sus su-

frimientos se reunieron en 1761 en el condado de Munster y con el nombre de White-boys (muchachos blancos) recorrieron el pais poniendo á contribucion á los pueblos y persiguiendo á los propietarios á quienes hacian morir despues de inauditos tormentos. Estos se pusieron en defensa y cada casa se convirtió en una fortaleza protegida por anchos fosos y gruesos muros. En 1785 los Right-boys (defensores del derecho) reemplazaron á los muchachos blancos, y atacando al clero hacian jurar á los arrendatarios que nunca mas pagarian el diezmo, y martirizaban atrozmente á los quebrantadores del juramento. Enterraban los vivos en hoyos llenos de espinos, les cortaban la lengua, arrancábanles los ojos, y les desgarraban las espaldas con rallos. Los ministros protestantes hubieron de apelar á la fuga porque no les era dado esperar ausilios de los propietarios, que contentos con no ser ya el blanco de la ira popular se mostraban insensibles á los escesos de que solo eran víctimas los eclesiásticos. Despues del diezmo vino el servicio personal que los labradores del norte de Irlanda trataron de abolir formando la sociedad de los Oak-boys (muchachos de los caminos) que fueron reemplazados par los Steel-boys (muchachos de acero) arrojados de sus casas por no haber pagado el arriendo, los cuales saqueaban las alquerías, incendiaban las casas y mutilaban los rebaños. Finalmente otra asociacion formada de protestantes comenzó á saquear las iglesias de los católicos que rechazaron estos ataques, confederándose con el nombre de defensores: mas adelante tomaron el nombre de irlandeses unidos y de Ribbomen: al mismo tiempo que se formaron las logias orangistas instituidas para defender la religion y la supremacía del poder. Sus adversarios mas numerosos estendieron la organizacion de sus sociedades, la cual consiguió tener bajo su régimen universal á casi toda la Irlanda. Entonces nació el capitan Rock personage ficticio en cuyo nombre se dirigian misivas á los propietarios, para intimarles órdenes á las cuales era preciso obedecer, pues quien se resistia á sus mandatos era tarde ó temprano asesinado por algun hombre que habitaba en un condado inmediato y no conocia la víctima á la cual se mandaba que inmolase. La justicia no osaba intervenir por-



COSTUMES MILITAIRES MODERNES (1838)

ANGLETERRE

que no podia hallar ni jurados ni acusadores. Tal era el estado de Irlanda cuando O-Connell se apoderó de la direccion de aquellas formidables sociedades, las disciplinó y supo dirigirlas contra el gobierno.

Otro pueblo, famoso en lo antiguo y que desde muchos siglos vivia en la mas abyecta servidumbre se dispertó en fin de su letargo, y reuniéndose en nombre de Cristo se precipitó sobre los turcos sus opresores: el sultan envió contra los rebeldes á muchos de sus pacháes que no pudieron sujetar á aquellos hombres á quienes la resolucion de vencer ó morir habia hecho indomables. Ultimamente Mehemet-Alí que reinaba en Egipto no dejando al gran señor mas que una soberanía sin poder, envió á su hijo Ibrahim á que conquistase la Grecia en nombre del sultan: pero la escuadra egipcia fue derrotada en Navarino por las flotas reunidas de la Rusia, la Inglaterra y la Francia que habian reconocido la independencia de los griegos. Esta independencia habia sido sellada en su nacimiento por la muerte del ilustre poeta lord Byron que ofreció á los griegos el apoyo de su fortuna y de su nombre, y que espiró en los muros de Missolonghi con el dolor de no poder terminar una obra completada muy luego por otras manos.

Dirigia la Inglaterra el célebre Canning que impulsado por los progresos del estado social habia modificado sus principios y aspiraba á plantear reformas en la política de su patria y en sus leyes interiores; asi es que la legislacion criminal habia recibido grandes mejoras. Mas el objeto del ministro sufrió una oposicion invencible en la cámara de los pares, y no pudiendo suportar el trastorno que esto le causara murió de repente agobiado por sus esfuerzos. Su muerte fue sincera y generalmente sentida. Sucedióle un nuevo ministerio dirigido por lord Goderich que no duró mas que ocho meses, pasando á manos de los torys bajo la presidencia del duque de Wellington. Los amigos de este se habian resistido siempre á la emancipacion de los católicos y sin embargo esta grande medida fue adoptada durante su ministerio. Poco tiempo antes se habia presentado O'Connel en el condado de Clare como candidato de la diputacion, y habiendo sido nombrado fue á

Westminster. Rechazado por la antigua ley, que regia aun cuando su eleccion, no pudo recabar que lo admitieran y volvió triunfante á Irlanda á pesar de esta derrota. Efectivamente todo indicaba que los católicos iban á recobrar sus derechos políticos y O'Connell que en cierto modo era el rey de su patria por la asociacion católica, tomó una actitud tan formidable que Wellington no osó atacarlo abiertamente, y el grande agitador, que así se le apellidaba, continuó desafiando al poder desarmado ante su audacia. Al mismo tiempo que trabajaba para la emancipacion de sus correligionarios reclamaba la reforma del parlamento; mas la resolucion de este grave negocio fue retardada por la muerte de Jorge IV que falleció en 26 de junio de 1830 despues de haber reinado once años, ó mas bien desde 1810, pues entonces se le confirió todo el poder de un monarca. Jorge IV sujeto á exigencias á que se veia forzado á ceder no representó en el trono sino un papel secundario que es la suerte de todos los reyes en un gobierno representativo; mas si no pudo conseguir que la posteridad le haya dado el apellido de rey grande, ha merecido el de monarca hábil. Como hombre particular no se manchó sino con vicios brillantes que le hicieron apellidar el primer gentil-hombre de su reino. Tuvo todas las prendas corporales que hacen resaltar el rango supremo á los ojos de los palaciegos y del pueblo, mas no poseyó ninguna de aquellas virtudes domésticas que le grangearon á su predecesor el afecto y el respeto universal. Como hijo rebelde, esposo inconstante, y padre indiferente no respetó ni conoció los dulces afectos de familia, en su juventud no buscó mas placeres que los estrepitosos, y aun siendo rey conservó relaciones que reprueban la moral y el bien parecer. Era aficionado á las letras y á las artes; las unas divertian sus momentos de huelga y las otras al paso que adornaban su palacio satisfacian su aficion á la magnificencia. Contribuyó á fundar la galería de pinturas en que hoy se encuentran muchas obras maestras, y regaló al Museo su biblioteca compuesta de mas de sesenta mil volúmenes. Este rasgo de generosidad honra su memoria. Si como hombre es poco digno de atencion la merece como rey porque supo gobernar, y si bien no

hasta esto para justificar sus vicios es un poderoso motivo para que se le perdonen.

GUILLERMO IV.

A los dos dias de haber muerto Jorge IV fue proclamado con el nombre de Guillermo IV su hermano el duque de Clarence que desde sus mas tiernos años habia servido en la marina como simple guardia marina y ganado sus primeros grados por su valor y su asiduidad en cumplir los deberes de su carrera. Supo merecer el afecto del grande Nelson y llegó á ser almirante de la flota en 1811, mas sin embargo los ministros no le permitieron tomar parte en las guerras marítimas hasta 1814. Aprovechóse de su inaccion para ocupar un asiento en la cámara de los pares, en donde solo tomó parte en las discusiones relativas á la marina y manifestó intentos muy juiciosos que supo apoyar con la práctica. Este cuidado de no mezclarse sino en las materias que conocia por esperiencia propia acreditaron su moderacion y su cordura, y al parecer indicaban que no habia podido estudiar el conjunto y las delicadas cuestiones de política: asi fue que todos los partidos se dispusieron á sacar provecho de su advenimiento para lograr el triunfo de sus planes. De pronto no hizo el monarca cambio alguno en el ministerio de su predecesor y disolvió las cámaras. La abertura del nuevo parlamento se fijó para el mes de setiembre y en el intervalo tuvieron lugar grandes acontecimientos que dieron nuevo aspecto á los negocios. Cárlos X habia sucedido á su hermano Luis XVIII: su reinado comenzó bajo los mejores auspicios; pero una mayoría de las cámaras se habia declarado hostil al sistema seguido por el gobierno. En vez de ponerse de acuerdo con la oposicion el príncipe quiso combatirla abiertamente esperando vencerla á la fuerza cuando hubiera podido deshacerla con prudentes concesiones. Era preciso sin embargo grangearse la opinion pública, y creyendo Cárlos que lo alcanzaria con una victoria envió á Africa cuarenta mil hombres á las órdenes del general Bour-

mont, con el objeto de vengar una áfrenta hecha al monarca en la persona de su cónsul. En 14 de junio de 1830 se verificó el desembarco á pesar de los árabes, y la ciudad de Argel atacada por todas partes iba á sufrir todas las desgracias de un asalto cuando el dey conjuró la tempestad entregando volùntariamente la capital. El príncipe africano derrocado del trono se retiró á Italia, y los vencedores tomaron posesion de Argel. A la nueva de este rápido triunfo que colmó á Cárlos de una ciega confianza, se dió prisa en promulgar las famosas ordenanzas de julio que variaban las bases de la eleccion y daban un golpe terrible al principio vital del gobierno. Tres dias de combate en las calles de Paris derrocaron al imprudente monarca que fue á buscar un asilo en la Gran Bretaña.

La revolucion de julio inflamó las esperanzas de los reformistas de Inglaterra, y dió á las elecciones una marcha fatal al ministerio. En todas las ciudades se tuvieron numerosas asambleas, en donde se celebró el triunfo de los parisienses, de modo que la monarquía de Guillermo fue amenazada con tristes agüeros para el porvenir. Cuando el rey abrió en persona el parlamento tuvo lugar de conocer por la efervescencia de los ánimos que era inminente una esplosion general si no se daba satisfaccion al furor del pueblo. El duque de Wellington estaba al frente del ministerio, y sea que creyese en la realidad de una conjuracion, sea que quisiera engrosando el peligro, alcanzar el poder de la dictadura, persuadió al príncipe que no asistiera á una fiesta que el lord corregidor le ofrecia para Guildhall. Al mismo tiempo hizo acercarse á la capital muchos regimientos y poner la torre en estado de defensa. La alarma se derramó por todas partes. Wellington trató de justificar las precauciones tomadas presentando á las cámaras pasquines que escitaban al pueblo á dar fin con sus opresores. Esto no pareció suficiente para justificar los temores del duque y de sus colegas que amenazados por vivísimos ataques no pudieron conjurarlos sino retirándose. El poder cayó entonces en manos de los wighs, lord Grey obtuvo el ministerio de estado, Brougham fue lord canciller, lord Althory canciller del tribunal de rentas, lord Palmers-

ton ministro de la guerra y la presidencia se dió al marques de Lansdown. Este nuevo gabinete prorogó en seguida el parlamento despues de haber hecho adoptar una ley en cuya virtud se conferia la regencia á la duquesa de Kent madre de la princesa Victoria, heredera presunta de la corona. La victoria de la poblacion de Paris sobre su rey habia resonado en toda Europa, y la Bélgica incorporada á la Holanda por el congreso de Viena, movida por el contagio del ejemplo se sublevó de repente y destituyó á la casa de Orange. La Polonia á su vez impaciente por recobrar su rango entre las naciones arrojó á los rusos de su territorio á fin de rehacer su perdida independencia. En España y en Italia habia tambien síntomas de revolucion que podian estallar muy pronto. Esta tendencia de los ánimos dió en Inglaterra nueva fuerza á los partidarios de la reforma parlamentaria, y decidió al ministerio á tentar otra vez esta importante medida. El sistema electoral que fue hijo de la necesidad del momento habia echado profundas raices; sin embargo el tiempo habia alterado muchísimo esta institucion, pues algunas ciudades convertidas en pueblos y hasta en aldeas, conservaban el derecho de nombrar diputados para el parlamento, mientras que otras poderosas por el número y por la riqueza de sus habitantes no tenian ventaja alguna política: algunas casas que representaban ciudades antiguas tenian esclusivamente el derecho electoral, y sus habitantes que dependian de los propietarios llenaban con sus votos los bancos de la cámara de los comunes. Esta monstruosa desigualdad que iba de dia en dia en aumento amenazaba entregar la suerte del pais en manos de un corto número de personas, de las cuales unas eran harto pobres para no traficar con sus privilegios y las otras demasiado ricas para no comprarlos. Por lo dicho se ve que la necesidad de la reforma no podia ponerse en duda: mas su adopcion fue siempre rechazada por aquellos que sacaban provecho de tal abuso, y aun por algunas personas cuerdas que consideraban todo cambio como una tentativa peligrosa. Mas la reforma madurada por largas y tempestuosas discusiones, no podia ya ser dilatada, y lord Juan Russell presentó un proyecto para modificar la ley electoral. Este

plan se fundaba en dos principios: el uno era aumentar el número de electores, y el otro la privacion del derecho electoral á todos los pueblos en donde no hubiese mas que dos mil individuos para ser transferido á otros de mas importancia escluidos hasta entonces de toda participacion en este asunto, de modo que muchos cuarteles de Londres iban á adquirir este derecho poseido esclusivamente por la Cité, por las cercanías de Westminster y por el arrabal de Southwark. La ley adoptada por la cámara baja despues de una discusion notable por el calor del debate y la oportunidad de la defensa fue rechazada en la alta por una mayoría de ocho votos. El rey tomó el partido de disolver el parlamento y apelar á la nacion. Ocioso es decir que la lucha entre los dos partidos se sostuvo con encarnizamiento, mas ello fue que resultó una mayoría en favor del ministerio. Sin embargo la resistencia de los pares no habia cedido poco ni mucho, y asi es que insistieron en rechazar la ley de reforma, cosa que irritó sobre manera al pueblo, que en la capital como en las provincias manifestó su descontento con asesinatos, sediciones é incendios. En todas partes se formaron clubs llamados *uniones políticas* á fin de organizar la resistencia: de modo que todo hacia presagiar un alzamiento formidable, cuando el parlamento se reunió en 6 de diciembre de 1831 y se adoptó el proyecto electoral modificado en los puntos mas interesantes. Tambien esta vez se negaron los lores á doblegarse á la voluntad del pueblo y se obstinaron en no adoptar la ley aunque veían la posibilidad de ver aumentada la cámara con la creacion de nuevos colegas. El ministerio de lord Grey presentó su dimision, y este paso exasperó á los radicales contra la cámara de los pares que tuvieron reuniones en las cuales los oradores declamaron de un modo alarmante llegando hasta amenazar al monarca con el hacha del verdugo. El rey despues de no haber podido conseguir que aceptasen el ministerio ni el duque de Wellington ni sir Roberto Peel, representantes de los torys, llamó otra vez á lord Grey y consintió en valerse de su influjo personal á fin de alcanzar la adopcion del acta electoral, y en su nombre hizo escribir á los pares de la oposicion rogándoles que se abstuviesen

de presentarse en las cámaras y fue por sí mismo á visitar á los principales de entre ellos con el objeto de hacerles conocer todo el riesgo de la resistencia ya inútil. Finalmente pasó la ley despues de una discusion de seis dias. Los pares para que se conociese su omnipotencia hicieron algunas ligeras modificaciones y fue sancionada por el rey en 7 de junio de 1832. Hacia cincuenta años que agitaba á los ánimos la cuestion entonces decidida: habia sufrido la prueba del tiempo, y como el pueblo estaba convencido de la necesidad de su adopcion, era ya imposible prescindir de ella. Asi es como las innovaciones políticas pueden dar frutos saludables, mas es preciso que se hayan sazonado con largos debates antes de adoptarlas.

Si el feliz éxito del grande acontecimiento de la reforma habia calmado á la Inglaterra, la cuestion de los diezmos continuaba agitando la Irlanda, en donde los dos tercios de la poblacion tenian que soportar los enormes gastos de un culto opuesto á su creencia. En vano la fuerza armada apoyaba la autoridad civil, porque los deudores se negaban á pagar. No podia obligárselos á ello sino vendiéndoles los muebles á pública subasta, mas no se presentaba nadie para comprarlos, porque si habia algun imprudente que se atreviese á ponerles precio un puñal castigaba su temeridad ó las llamas devoraban sus bienes, dejando paralizada con esto la accion de las leyes. El ministerio presentó entonces á las cámaras un proyecto de ley sobre los diezmos que fue adoptado mas no pudo calmar de golpe la agitacion de la Irlanda secretamente sostenida por O'Connell que perpetuaba el enojo de sus compatricios.

La tempestad revolucionaria parecia dispuesta á bramar en otros puntos, pues el rey de Holanda se habia negado á sujetarse á las condiciones impuestas por las grandes potencias y queria conservar la ciudad de Amberes cuya posesion le permitia amenazar incesantemente la independencia de la Bélgica. Presentóse ante los muros de Amberes un ejército frances mandado por el mariscal Gerard, y despues de un sitio de veinte dias el comandante holandes capituló sobre un monton de ruinas. Los franceses entregaron

su conquista al rey belga que era el príncipe Leopoldo de Coburgo, viudo de la princesa Carlota, cuya prematura muerte fue universalmente llorada en la Gran Bretaña, pues era hija de Jorge IV.

El Portugal era al mismo tiempo teatro de la guerra civil, pues á la muerte del último monarca su hijo D. Miguel que estuvo encargado de la regencia durante la menoría de su sobrina D.ª María se habia apoderado de la corona. D. Pedro padre de esta señora separó el Brasil de Portugal para formar de él un imperio independiente de que se hizo declarar gefe, mas sus nuevos súbditos le habian obligado á abdicar, y D. Pedro de vuelta á Europa quiso hacer que se restituyera á su hija el trono que le pertenecia. A la cabeza de alguuos miles de hombres invadió el territorio portugues, y despues de una lucha mas larga que sangrienta acabó por obligar á su hermano á descender del trono usurpado.

En el norte los rusos destruyeron con la toma de Varsovia la independencia polaca resucitada apenas; pero en la misma época recobraban su libertad los griegos despues de una servidumbre de muchos siglos. Libres por medio de la victoria de Navarino ocuparon otra vez el lugar que habian tenido entre las naciones, recibiendo un rey elegido por las potencias que los habian librado del yugo otomano. El príncipe bávaro con el nombre de Oton I se sentó en el trono de los helenos, llevando consigo la civilizacion y las artes que fácilmente se aclimatarán en un pais que fue en otro tiempo su cuna. Aun amenazaba á la tranquilidad de Europa el estado de la Francia agitada entonces por las hostiles demostraciones de los adictos al poder caido y por las violencias de la oposicion republicana. La duquesa de Berri habia desembarcado en el territorio frances, mas puesta traidoramente en manos de sus enemigos fue encerrada en la ciudadela de Blaye y deportada despues á Italia. No fueron mas felices en la capital los republicanos en donde promovieron un sangriento motin que se terminó con su derrota.

Hácia el fin de 1832 murió el célebre escritor Walter Scott, á la edad de sesenta y dos años. Una de las singularidades que este hombre presenta es que colocado al principio en el rango de los

mejores poetas de su tiempo, él mismo sufocó su primera fama dando á luz una multitud de romances cuyo mérito ha ofuscado su gloria poética, aunque como poeta y como novelista era eminente; el segundo talento ha hecho olvidar el primero. De todos modos ningun literato ha gozado nunca una reputacion mas universal; pues sus obras traducidas en la mayor parte de las lenguas modernas, han tenido un éxito brillante y popularizado su nombre en ambos hemisferios.

El ministerio autor de la reforma hizo adoptar la importantísima ley de la absoluta abolicion de la esclavitud en las colonias: se determinó que los muchachos de mas de seis años serian declarados libres, y todos los esclavos emancipados despues de diez años de aprendizage, dándose en compensacion á los plantadores la suma de veinte millones de esterlinas. Durante el año 1834 hubo dos sucesos de mucha importancia: el uno la revision de la ley acerca de los pobres para atender á sus necesidades. En el reinado de Isabel el parlamento fijó una contribucion que fue aumentándose posteriormente en ciertas provincias hasta el cuarto de las rentas; y las modificaciones propuestas tenian por objeto aligerar el peso de esta carga intolerable por medio de reglamentos cuya utilidad no puede conocerse sino con el tiempo. El segundo suceso fue el incendio de los edificios de ambas cámaras del cual pudieron salvarse sin embargo la gran sala de Westminster, la parte de la abadía y el archivo y biblioteca del parlamento. Una revolucion ministerial restituyó el poder al duque de Wellington y á sir Roberto Peel; mas este nuevo gabinete llegó á erigirse en poder un solo instante para dar á conocer su impotencia. A los pocos meses de estar al frente de los negocios cedió el lugar á los wighs que formaron un ministerio presidido por lord Melbourne, quien á despecho de la constante oposicion que encontró en la cámara de los pares supo mantenerse en su puesto.

Los tres últimos años del reinado de Guillermo IV tienen poco interes para que merezcan ser descritos: la atencion pública de Inglaterra se fijó en las discusiones parlamentarias que tenian por objeto la estincion de los diezmos de Irlanda; y no ocupaba

poco á todos los ingleses ver que O'Connell era en Westminster el árbitro de la fortuna política de los ministros. En el momento en que escribia el autor la presente historia, O'Connell verdadero soberano de la Irlanda la dirigia á merced de su ambicion: tal es el poder que su elocuencia ejerce sobre sus compatriotas que ha conseguido sujetar su turbulencia y convertir su fuerza en un haz hoy indestructible. Guillermo IV murió en Windsor á la edad de setenta y dos años en 20 de junio de 1837. Este príncipe tenia todas las calidades que se grangean la estimacion, y ademas la sencillez de sus modales le habia hecho muy amable al pueblo. Mas ni su carácter ni su espíritu poseian cualidad alguna brillante. Tuvo el mérito de verificar sin sacudimientos una revolucion en el sistema político de su patria, y si no es dable prever las consecuencias de semejante revolucion, puede al menos afirmarse que se verificó á pesar de las resistencias de toda clase. La conducta de Guillermo en aquella coyuntura fue tan prudente como diestra, y su nombre unido al de la reforma no se separará de ella nunca.

VICTORIA I.

El advenimiento de la princesa Victoria al trono de Inglaterra fue saludado con las mayores demostraciones de alegría porque dispertó esperanzas que á los ojos de todos los partidos ofrecen un porvenir venturoso. Los conservadores ó antireformistas se preparan á sostener una nueva lucha contra los radicales que confiados en sus recientes victorias van á emplear sus esfuerzos para consolidarlas y hacerlas mas estensivas. El gobierno por medio de la disolucion de las cámaras ha puesto en lucha á todas las ambiciones que aspiran á conquistar el poder. En el momento en que escribimos acaban de verificarse las elecciones en medio de los desórdenes y de las violencias, que si bien trastornan la paz de algunos pueblos no tienen importancia verdadera, porque el pueblo mira á los combatientes pero no toma parte en sus debates. En el parlamento es en donde debe abrirse la liza, y no es posible prever á

favor de quién se declarará la mayoría. De todos modos el advenimiento de una muger al trono priva á la Inglaterra del reino de Hanover que pasa al duque de Cumberland, hermano del difunto monarca y cuarto hijo de Jorge III. Este príncipe ha dado principio á su reinado declarando que revisará la Constitucion otorgada por su predecesor. Este proyecto ha encontrado al parecer grandes obstáculos tanto entre los hanoverianos como por parte de la confederacion germánica: por lo mismo se cree que será modificada y aun aplazada indefinidamente: por lo demas el destino de Hanover no tiene ya importancia para la Gran Bretaña. Al cumplir la reina Victoria los diez y ocho años entró en posicion de todas las prerogativas de la soberanía: despues de Isabel es la tercera vez que el trono de Inglaterra ha sido ocupado por una muger. Si las instituciones del pais necesitan alguna modificacion, es difícil fijar hasta qué punto deben estenderse para mejorar la obra de lo pasado, y es temible que tratándose de reformarlas se las destruya. Tal es el punto de la cuestion agitada en este momento, nó sin riesgos para el poder, ora se ponga en manos de los conservadores, ora se abandone á los radicales. Se acusa á los unos de que preconizando lo que existe quieren eternizar abusos que les son provechosos, y á los otros se achaca que meditan la ruina de la monarquía para levantar sobre sus ruinas la república. Efectivamente, si puede echarse en cara á los conservadores que pretenden concentrar en sus manos la supremacía de las riquezas y la del mando, las obras y las palabras de los radicales demuestran que aspiran nó á repartirse los beneficios sino á poseerlos esclusivamente. Los últimos unidos todos para destruir, se separarán despues de la victoria, y entonces solo hay que esperar un espantoso choque de todas las pasiones y de todos los intereses que se tragarán el trono y la sociedad misma. Lo que tranquiliza acerca del destino de la Inglaterra son el espíritu público y el poder de los recuerdos que estan profundamente grabados en las leyes y en las costumbres. Estas dos barreras bastarán á lo menos por mucho tiempo á repeler á los novadores y á conjurar su arriesgado ardimiento. En efecto el pueblo ingles ha tenido siempre un religioso respeto á lo pasado,

del cual saca su fuerza, haciéndole servir de cimiento á sus instituciones, que perpetuadas por la tradicion se arraigan en el alma y vienen á ser un pensamiento universal que siempre vive en los corazones de los ciudadanos de una patria misma. Asi es que los antiguos usos se reproducen incesantemente en la legislacion, en la lengua y en las ceremonias públicas para dar mayor firmeza á lo presente: en la consagracion de los reyes un caballero cubierto de antigua armadura se presenta aun en nuestros dias para arrojar el guante de desafío, dispuesto á combatir á los que pongan en duda los derechos del monarca: en la cámara alta el canciller que la preside tiene en vez de asiento un saco de lana; porque la lana era en lo antiguo la mas preciosa produccion de Inglaterra y el mayor manantial de riqueza. En los tribunales se conserva el trage antiguo en toda su pureza primitiva, pues los jueces y los abogados llevan la cabeza sepultada bajo los rizos de enormes pelucas. Aunque esta veneracion por lo antiguo presente algunas singularidades estrañas, es sin embargo la salvaguardia y la prenda de conservacion del edificio político y social de la Gran Bretaña. Llegada al apogeo de esplendor, para mantenerse en él tiene necesidad de reparar esmeradamente los resortes de su antigua organizacion y no crear de repente otra nueva. No puede dudarse que para una nacion es mas prudente mantener con habilidad lo que ya existe que hacer pedazos la máquina social para construirla de nuevo: tentativa perjudicial siempre al pueblo que la emprenda, porque no puede verificarse sino al traves de los males de una revolucion.

Aqui termina nuestro relato; nuestra tarea sin embargo no quedaria cumplida si no hiciéramos conocer á nuestros lectores el mecanismo y los resortes que dan movimiento al gobierno de la Gran Bretaña. Vamos pues á presentar algunos pormenores acerca de este punto, comenzando por las rentas que son por decirlo asi los nervios del cuerpo político. Una nacion saca sus rentas de los impuestos que satisfacen los ciudadanos, pero la naturaleza y la calidad de estos impuestos difieren en muchos estados; en unos lo pagan todo los terratenientes y en otros se exigen sobre los productos de la industria, y lo que se llama contribuciones indirectas.



COSTUMES MILITAIRES MODERNES (1838)

ANGLETERRE

En Inglaterra estos dos últimos recursos son el mas importante manantial de las rentas públicas, como lo justifica el presupuesto de 1835 en que las aduanas y otros derechos de esta misma clase produjeron novecientos diez millones, al paso que la propiedad territorial no dió mas que sesenta y cinco millones, cuando en Francia esta última reditúa cerca de trescientos millones. Para asegurar el pago de las cargas públicas que desde 1688 se han aumentado de una manera prodigiosa, el gobierno ha tenido que recurrir al crédito que le adelanta las sumas necesarias. Los proveedores del tesoro son las compañías á cuyo frente está el banco de Inglaterra; asi es que por medio de este ingenioso mecanismo el bolsillo de los ciudadanos paga anticipadamente las cargas pecuniarias del estado. Las guerras suscitadas en el siglo último y al comenzarse el nuestro por la ambicion guerrera y la avaricia mercantil han hecho subir la deuda de Inglaterra á una cantidad espantosa. Indicarémos algunos términos de esta progresion: en 1697, la deuda era de diez y nueve millones quinientas mil esterlinas; en 1716 de cuarenta y ocho millones trescientas setenta y cuatro mil esterlinas; en 1739 de cuarenta y siete millones; en 1785 de doscientos sesenta y ocho millones; en 1802 de seiscientos veinte y dos millones, y hoy pasa de veinte mil millones. El gasto anual del pais está evaluado en cerca de mil doscientos millones de francos. Tal es el estado rentístico de Inglaterra.

En cuanto á sus fuerzas militares pueden dividirse en ejército permanente, ejército sedentario y ejército de las Indias orientales: el primero consta de mas de cien mil hombres reclutados por alistamiento: el segundo se compone de ciento veinte y nueve regimientos de milicias y presenta un estado efectivo de sesenta mil hombres, de los cuales formaban parte los gendarmes voluntarios que eran propietarios y arrendatarios, mas este cuerpo está suprimido desde el ministerio del marques de Lansdown. El tercer ejército comprende cerca de ciento cincuenta mil hombres pagados por la compañía de las Indias orientales, cuyo destino es la custodia del Indostan y de las colonias inglesas meridionales. Segun esto la Gran Bretaña sostiene en tiempos regulares un efectivo de tres-

cientos treinta y dos mil soldados, que repartidos en sus vastas posesiones bastan apenas para mantener su autoridad y defenderla contra las empresas esteriores y las interiores, porque no solo no todos sus súbditos estan igualmente sujetos sino que algunos se muestran cansados de su dominio: tales como los canadienses que ricos hoy y numerosos parece que á ejemplo de los Estados-Unidos de América, conquistarán muy luego su independencia. El poder de la Inglaterra se funda principalmente en la marina, pues le aseguran la supremacía en todos los mares seiscientos buques de todas clases mandados por oficiales esperimentados y tripulados por los mas diestros marineros. Su marina militar iguala á las escuadras reunidas de las otras potencias europeas, y su previsora política la ha hecho dueña de puntos fortificados en los mas remotos paises del globo. En el mediterráneo su pabellon flota en Gibraltar, en Malta, y en la islas Jónicas; en Africa posee el cabo de Buena Esperanza y muchas ricas comarcas en que hay escelentes puertos. A fuer de señora del estrecho de Malacca, situado entre el mar de las Indias y el de la China se prepara á sojuzgar los dominios inmediatos, al paso que en la mar del sur sus misioneros le han conquistado las islas de Sandwich, y la nueva Holanda poblada y civilizada por sus esmeros le promete nuevos mercados para sus manufacturas. Estas que han colocado al comercio ingles en el primer grado derraman en las arcas del estado sumas inmensas arrancadas á las necesidades de las otras naciones y que sirven para sostener la supremacía de la Gran Bretaña. El nuevo sistema automático que sustituye al trabajo del hombre y de los animales el de las máquinas, vomita por millones y á bajo precio una multitud de objetos que antes de ahora no habia podido usar el pueblo á causa de su carestía. Estos maravillosos resultados se deben á la aplicacion del vapor, cuya fuerza colosal bien dirigida mueve inmensos pesos al mismo tiempo que ejecuta los mas esquisitos trabajos. Las máquinas doblan cual si fueran un junco enormes barras de hierro, las convierten en hilos tan delgados como la seda, tejen la lana y el algodon, ó armadas con aguja bordan con mas finura que la araña. Tales prodigios tienden á generalizar el espíritu de

asociacion tan feliz y prodigiosamente derramado en Inglaterra, á cuyo espíritu debe su prosperidad mercantil sostenida por capitales dispuestos siempre á vivificar las mas audaces empresas; asi es que Londres acumula en su seno las producciones del universo llevadas allí todos los años por veinte y seis mil buques venidos de todos los puntos del globo. Sus mercaderías depositadas en vastos almacenes pueden aguardar con seguridad á los compradores.

Aqui darémos fin al cuadro de la organizacion del gobierno de la Gran Bretaña, el cual basta en nuestro concepto para que los lectores estimen en lo que vale el carácter y los recursos de un pueblo que confinado en un ángulo del Océano, es hoy el señor del mismo, y colocado con la Francia al frente de la civilizacion, le sirve de guia y de modelo.

FIN DE LA HISTORIA DE INGLATERRA.

NOTAS Y DOCUMENTOS,

continuados por *GUIZOT*

Y DIRIGIDOS Á ILUSTRAR EL PERÍODO HISTORICO DE LA REVOLUCION DE INGLATERRA.

I.

SÍNTOMAS DEL ESPÍRITU DE OPOSICION Y DE LIBERTAD DURANTE EL REINADO DE ISABEL.

En noviembre de 1575 fue detenido por órden de la reina Pedro Wentworth, miembro de la cámara de los comunes, por haber pronunciado un discurso en defensa de los privilegios de la cámara, particularmente acerca de la libertad en el uso de la palabra. El preso sufrió ante una comision de la cámara, de que formaban parte muchos consejeros de la corona, el siguiente interrogatorio, curioso documento que da una idea del espíritu de independencia que comenzaba á manifestarse, y de qué manera los personages encargados de castigarlo se veian en la necesidad de darle su asentimiento.

El presidente de la comision: ¿En dónde está vuestro último discurso que habeis prometido entregarnos escrito?

Wentworth: Héle aqui y lo entrego con dos condiciones: la primera que lo examinarán VV. SS. desde el principio al fin y que si en él hallan VV. SS. alguna cosa capaz de presentarme como hombre poco afecto á mi príncipe ó al estado, tendré que responder de todo el discurso como si lo hubiese pronunciado todo entero en la cámara; y la segunda que se lo entregarán VV. SS. á la

reina, y que si S. M. ó alguno de VV. SS. que son miembros del consejo privado cree ver en él cosa que manifieste en mí poca adhesion á la reina ó á mi pais tomo sobre mí la responsabilidad.

El presidente: Nuestro deber se reduce á ocuparnos de lo que dijisteis en la cámara.

Wentworth: VV. SS. no pueden negarse á entregar mi discurso á la reina. Yo se lo envié porque en él he dicho todo lo que siento y todo lo que pienso. Sé que será útil á S. M. y que no puede dañar mas que á mí.

El presidente: Puesto que lo deseais se lo entregarémos á la reina.

Wentworth: Suplico á VV. SS. que lo hagan. (Leyóse entonces el discurso, y acabada la lectura continuó el interrogatorio).

El presidente: En el discurso hablais de algunas cosas que habeis oido referir como salidas de la reina: ¿á quién habeis oido relatarlas?

Wentworth: Si VV. SS. me interrogan con el carácter de consejeros de S. M., con su perdon sea dicho, no contestaré; pues no quiero hacer semejante injuria á la cámara de que soy individuo. Yo no soy persona privada, sino pública; como consejero de todo el pais, estoy revestido de un carácter en virtud del cual puedo segun la ley decir libremente todo lo que pienso; al paso que VV. SS. como consejeros de la reina no tienen derecho alguno para pedirme cuenta de lo que he dicho en la cámara. Si pues me interrogan VV. SS. con este carácter, pido á VV. SS. mil perdones pero no contestaré: mas si me preguntan VV. SS. como individuos de una comision formada por la cámara responderé con mucho gusto.

El presidente: Os interrogamos en nombre de la cámara.

Wentworth: Contestaré pues, y con tanto mayor gusto cuanto mi respuesta bajo distintos aspectos será necesariamente incompleta. Me preguntan VV. SS. en dónde y á quién he oido decir esas espresiones. Las he oido en la misma cámara; mas no puedo decir á quién.

El presidente: Lo que decis no podemos reputarlo como una respuesta.

Wentworth: Es indispensable que VV. SS. se contenten con esto, porque no es dable que yo responda de otro modo.

El presidente: Parece que habeis oido decir por la ciudad que S. M. no gustaba que se hablase de la religion, ni de la sucesion á la corona: vos hablasteis acerca de estos rumores: ¿y no quereis decir ahora á quién se los oisteis?

Wentworth: Aseguro á VV. SS. que puedo enseñar en mi casa ese discurso escrito por mí mismo hace dos ó tres años, por lo tanto no lo he compuesto en virtud de los rumores que han llegado á mis oidos desde que estoy en la ciudad.

El presidente: ¿A quién habeis oido pues referir esos rumores?

Wentworth: Si creen VV. SS. que solo trato de disculparme, procuraré satisfacer á VV. SS.: protesto delante de Dios que no puedo nombrar una persona á quien haya oido tales rumores; pero los he oido referir por ciento ó doscientas personas en la cámara.

El presidente: Entre tantas personas bien podriais nombrar alguna.

Wentworth: Ciertamente que nó: era una conversacion tan general que no he hecho observacion particular acerca de las personas que la tenian, y esto es lo que sucede siempre en tales casos. Por otra parte aun cuando pudiese nombrar á álguien no lo haria, pues nunca diré yo cosa alguna que pueda perjudicar á un hombre si no se me obliga absolutamente á ello, y aqui nada me fuerza á verificarlo. Mas como quiero conducirme sinceramente con VV. SS. si lo desean juraré sobre los evangelios que me es imposible señalar en particular á una persona. Si por vuestra autoridad se me obliga á prestar juramento me negaré á ello porque no quiero comprometer en manera alguna los privilegios de la cámara. Mas ¿á qué sirven tantas palabras? Voy á citar una ocasion en que he oido esos rumores, una ocasion que satisfará á VV. SS. pues convendrán en que en ella VV. SS. las oyeron lo mismo que yo.

El presidente: Si es asi nos satisfará: ¿Cuál es?

Wentworth: En el último parlamento de 1561 el diputado

Roberto Bell que hoy es presidente y que lo era tambien en la postrera sesion del parlamento actual, pronunció un escelente discurso para pedir la revocacion de ciertos monopolios, concedidos á cuatro cortesanos con perjuicio de seis ú ocho mil súbditos de S. M. Aquel discurso desagradó de tal modo á varios consejeros de la corona que el autor fue llamado ante el consejo en donde se le trató tan ásperamente que volvió á la cámara con semblante muy alterado. La cámara quedó tan trastornada que en doce ó quince dias nadie osó levantar la voz para cosa de importancia, y aun cuando se hablase de materias indiferentes todos hacian largos preámbulos, rogando que no se interpretasen mal sus palabras, que no trataba de salirse de la cuestion, etc.; y en la cámara se repetia por todas partes: „Señores, no hableis contra los monopolios, porque incomodaréis á la reina, y enojaréis al consejo." Supongo que no hay uno siquiera que no oyese todo esto como yo lo oí, y no dudo que VV. SS. se esplicarán con la misma franqueza con que yo lo hago.

El presidente: Lo oimos, es cierto; en esta parte estamos satisfechos. ¿Pero qué decis en órden á la acerba interpretacion que habeis dado al mensage que se envió á la cámara? Nunca hemos visto mensage alguno de la reina pintado con semejantes colores.

Wentworth: Ante todo ruego á VV. SS. que me digan si es cierto que ese mensage iba dirigido á la cámara.

El presidente: Es cierto.

Wentworth: Entonces no es posible sino que VV. SS. aseguren que no he inventado cosa alguna. Ahora pues yo respondo que tal mensage no era posible que recibiese ni aun del hombre mas prudente de Inglaterra una calificacion demasiado acre. ¿Es posible dirigir á una asamblea congregada para el servicio de Dios un mensage mas duro que decirle: „no procuraréis hacer que prospere el servicio de Dios?" Creo que jamas ha habido mensage semejante.

El presidente: No teneis derecho para hablar de los mensages, porque quien los envia es la reina.

Wentworth: Si el mensage es contrario al servicio de Dios, á

la seguridad del príncipe ó á los privilegios de la cámara reunida para el sostenimiento del estado, no debo ni quiero callar, porque mi conciencia no se descarga callando. Os juro que me arrepiento muy de veras de haber callado durante tanto tiempo en casos semejantes; y me obligo ante Dios, si Dios no me abandona, á no callar en toda mi vida siempre que se envie á la cámara algun mensage que ponga en olvido la gloria de Dios, ó al príncipe que esté en riesgo, ó que ataque los privilegios del parlamento; y cuantos estan presentes debieran arrepentirse de su silencio y renunciar á él.

El presidente: Tales mensages dirigidos por el príncipe á la cámara no son una cosa nueva. (Al decir esto el presidente citó dos ó tres ejemplares).

Wentworth: Señores; opino que hacen VV. SS. muy mal en citar precedentes en apoyo de lo que estamos tratando. Debieran VV. SS. citarlos para alentar á los hombres á conducirse bien, y nó buscar ejemplos inicuos para aconsejarles el mal espantándolos.

El presidente: ¿Y qué intentabais calificando con tanta acrimonia al mensage?

Wentworth: Me pasma que se me pregunte. ¿No he dicho que ese mensage no podia calificarse con demasiada acrimonia? ¿No espongo en mi discurso las razones en que me fundo para ello? He dicho que por este mensage se manifestó contra nosotros la cólera divina, pues habia permitido que la reina tuviese voluntad de rechazar leyes saludables, y dirigidas únicamente á defender su vida y su gobierno. He dicho que causaron un vivo dolor á sus súbditos fieles, y que todos los papistas, todos los traidores á Dios y á S. M. se habian burlado del parlamento en sus mismas barbas: Esto dije. ¿Y VV. SS. no son de parecer que esto es una verdad?

El presidente: Es preciso convenir en ello: ¿pero cómo osasteis decir que S. M. habia tratado injustamente á la nobleza y al pueblo?

Wentworth: Ruego á VV. SS. que me digan la estension que dan á esas palabras, y si es posible que se tomen en sentido distinto de aquel en que yo las las proferí. S. M. habia convocado el par-

lamento á fin de que se ocupase en prevenir los riesgos de que estaba amenazada su persona, y solamente para esto: dirigiónos S. M. dos decretos mandándonos elegir el que juzgásemos mas á propósito para garantizar su seguridad, y escogimos el uno, y S. M. lo rechazó: adoptamos el otro y S. M. lo rechazó igualmente. ¿Acaso el lord guardasellos no nos dijo en la apertura del parlamento que aquel era el objeto de nuestra convocatoria? ¿S. M. poco antes de cerrarse el parlamento no rechazó todos los que habíamos hecho? ¿Y todo esto no lo saben cuantos estan congregados aqui, ni mas ni menos que lo sabe el parlamento entero? Conjuro á VV. SS. para que siendo sinceros como yo lo soy digan si cabe duda en que S. M. ha maltratado injustamente á la nobleza y al pueblo.

El presidente: Los hechos que acabais de referir son incontestables.

Wentworth: Díganme pues VV. SS. si la conducta de la reina en este punto no ha sido peligrosa bajo todos aspectos. Desde luego podia ofender y desalentar á sus mas fieles súbditos, y hacerlos menos capaces y menos dispuestos á servir bien á S. M. en otra ocasion: y en segundo lugar daba valor á sus mas acérrimos enemigos, y los inducia á intentar contra S. M. misma alguna empresa desesperada.

El presidente: Es cierto que podia correr este doble riesgo.

Wentworth: ¿Por qué pues me preguntan VV. SS. por qué he osado decir una verdad y advertir á la reina un peligro tan inmediato?

Hé aqui mi respuesta: gracias sean dadas al señor mi Dios, nunca mi alma ha esperimentado miedo al tratarse de asegurar á la reina contra sus enemigos: temblad todos si quereis: yo doy gracias á Dios porque no tiemblo y espero que no temblaré nunca. Juro á VV. SS. que mas de veinte veces me he paseado por la sala de mi casa revolviendo en mi cabeza ese discurso y trabajando para fortalecerme en esta prueba: mi corazon me decia que ese discurso me llevaria al lugar á donde voy á ser conducido, y el temor me aconsejaba que no lo pronunciase. Pero me pregunté á mí mismo si en buena conciencia, y á fuer de súbdito fiel podia sin mas

motivo que ahorrarme una prision, no dar á mi príncipe el aviso de salir de un camino peligroso, y mi conciencia me dijo que yo dejaria de ser súbdito fiel desde el punto en que tuviese mas consideraciones á un riesgo propio que á un riesgo del príncipe. Esto me dió valor, é hice lo que VV. SS. saben. Sin embargo cuando en la cámara pronuncié las palabras de que en la tierra no habia nada infalible, ni nuestra reina lo era tampoco, me detuve, miré el rostro de todos, y en él leí que aquellas palabras os aterrorizaban. Entonces tambien yo temblé por simpatía, y el miedo me hizo vacilar acerca de proferir las frases siguientes; porque vuestro continente me dijo que ninguno se opondria á que fuese llevado al lugar que me aguarda. A pesar de esto, la conciencia y el deber de súbdito fiel me dieron la fuerza de continuar, y VV. SS. lo oyeron. Hé aqui por qué hablé de esa manera. Doy gracias á Dios por ello, y si hoy debiese hacerlo otra vez lo repetiria con el mismo objeto.

El presidente: Sin embargo de todo esto pudierais haber hablado en términos dulces, ¿por qué no lo hicisteis?

Wentworth: ¿Hubieran VV. SS. querido que yo hablase como un miembro del consejo privado, y que en asunto tan grave me esplicase de modo que S. M. no me hubiese comprendido? Mi objeto no se cumpliera entonces; yo queria servir á S. M., y esas palabras no hubieran producido ningun efecto.

El presidente: Nos habeis contestado.

Wentworth: Gracias á Dios.

(Wentworth saluda, y el presidente dice).

El presidente: El señor Wentworth no quiere convenir en que ha obrado mal, ni en arrepentirse de lo que ha dicho, ni dar siquiera escusa alguna.

Wentwort: Mientras viva no creeré haber obrado mal con amar á la reina, ni me arrepiento por haberle advertido sus riesgos. Si piensan VV. SS. que esto es una falta, yo no puedo considerarla como tal ni la consideraré nunca.

II.

Escrito encontrado en el sombrero de Felton asesino del duque de Buckingham.

Aun se conserva el escrito original encontrado en el sombrero de Felton; lo posee Upcott, y lo ha publicado exactamente Lingard. Está concebido en estos términos:

El que no está dispuesto á sacrificar su vida por el honor de su Dios , de su rey y de su pais es un vil cobarde, y no merece ser llamado gentil-hombre ni soldado. No quiero que nadie me elogie por haber hecho ese sacrificio, sino que todos se acusen á sí mismos como causa de lo que yo hago; porque si Dios no nos hubiese quitado el valor en castigo de nuestras culpas, el duque de Buckingham no hubiera estado impune por tanto tiempo.

Juan Felton.

III.

Acerca del caracter de la administracion de Strafford en Irlanda.

La siguiente carta escrita por Strafford á su íntimo amigo Cristóbal Wandesford manifiesta todo lo que ha hecho para rebatir cerca del rey y de su consejo los cargos con que afeó su conducta; dice asi:

Solicité permiso para justificarme acerca de algunas cosas con motivo de las cuales habia sido indigna y cruelmente calumniado.

Les conté todo lo que pasó conmigo y con el conde de San Albano, Wilmot, Mountnorris, Piers, Crosby y el jurado de Galway, diciendo cuán bien sabia yo que aquellos y sus amigos habian hecho todos los esfuerzos imaginables á fin de persuadir al mundo de que yo era un hombre duro é inflexible, y mas bien un bajá de Buda que un ministro de un rey clemente y cristiano. Y sin embargo, si no me engaño á mí mismo, les he dicho, soy todo lo contrario. Nadie podrá probar que mi carácter no haya manifestado siempre esta tendencia: ninguno de mis amigos podrá achacarme esos vicios en mi vida privada, y nadie es capaz de decir que soy rígido en el manejo de mis negocios particulares. Si pues en todas ocasiones estoy libre de estos vituperios, cualquiera hombre imparcial habrá de convenir en que solo las exigencias del servicio de S. M. han podido forzarme á ser esterior y aparentemente severo: tal ha sido en efecto el principio de mi rigidez; he encontrado una corona, una iglesia y un pueblo entregados al saqueo, no he podido lisonjearme de que los arrancaria de este estado con miradas dulces y sonrisas graciosas, porque necesitaban medios mas eficaces. Es indudable, que cuando un poder está ya establecido y asegurado puede sostenérsele con medidas suaves y moderadas; mas cuando la soberanía, ¿por qué no decirlo? se va precipitadamente al fondo del abismo, es imposible arrancarla de ahí no teniendo energía, y ponerla otra vez á flote sino usando de un rigor estremado. Es positivo que no he conocido otros medios de gobernar que los castigos y los premios: en todas partes en donde he encontrado un hombre de bien y adicto al servicio del rey mi amo lo he cogido con la mano y alzádolo cuanto me ha sido dable hácia la cumbre de las consideraciones y del poder: cuando he dado con un hombre de disposiciones contrarias no lo he estrechado en mis brazos ni lo he requebrado, y si ha venido á parar á mis manos lo he castigado rigorosamente en cuanto el honor y la justicia me lo han permitido. Mas si este mismo hombre se ha convertido, si se ha vuelto adicto al gobierno, tambien yo he variado de conducta, y como á cualquiera otro le he dispensado todos los favores que de mí dependian. Si esto es rigidez, si esto es severidad, deseo

que S. M. y que VV. SS. se dignen manifestármelo, porque á mí no me parece tal: á pesar de esto si yo sé que S. M. no desea que se le sirva de esta manera, me conformaré muy gustoso con sus órdenes y seguiré las inclinaciones de mi carácter que son de vivir tranquilo y no desabrirme con nadie.

Al llegar aqui S. M. me interrumpió diciendo que la conducta de que yo acababa de hablar no era nueva y que deseaba que continuase observando la misma, pues sirviéndole de otro modo no le serviria como S. M. esperaba ser servido por mí.

IV.

Multas impuestas en beneficio de la corona desde 1629 hasta 1640.

	Libs. esters.
A Ricardo Chambers por haberse negado á pagar los derechos de Aduana no votados por el parlamento.	2,000
A Hillyard por haber vendido salitre.	5,000
A Goodenough por lo mismo.	1,000
A sir Jaime Maleverer por no haber querido ponerse de acuerdo con los comisionados del rey para el título de caballero.	2,000
Al conde de Salisbury por usurpaciones de los bosques reales	20,000
Al conde de Westmoreland por lo mismo. . . .	19,000
A lord Newport por lo mismo.	3,000
A sir Cristóbal Hatton por lo mismo.	12,000
A sir Lewis Watson por id.	4,000
A sir Antonio Coper por haber convertido en dehesas algunas tierras de pan llevar.	4,000
A Alejandro Leigleton por un libelo.	10,000
A Enrique Sherfield por haber roto en la iglesia de	

	Libs. esters.
Salisbury algunos vidrios pintados.	500
A Juan Overman y á muchos otros fabricantes de jabon por haber faltado á las ordenanzas del rey en la elaboracion y venta de este artículo.	13,000
A Juan Rea.	2,000
A Pedro Hern y á otros varios por haber estraido oro del reino.	8,100
A sir David Foulis y á su hijo por haber hablado con poco respeto del tribunal del norte.	5,500
A Prynne por un libelo.	5,000
Al censor Buckner por haber permitido la publicacion de la obra de Prynne.	50
A Miguel Sparks impresor por haberlo impreso. .	500
A Allison y Robins por haber hablado mal del arzobispo Laud.	2,000
A Bastwick por un libelo.	1,000
A Prynne, Burton y Bastwick por id	15,000
A un criado de Prynne por lo mismo.	1,000
A Bowyer por haber hablado mal de Laud. . . .	3,000
A Yeomans y Wright por haber teñido mal las sedas.	5,000
A Savage, Welden y Burton por haber hablado mal de lord Falkland lord lugarteniente de Irlanda. . .	3,500
A Grenville por haber hablado mal del conde de Suffolk.	4,000
A Favers por id.	1,000
A Morley por haber injuriado y pegado á sir Jorge Theobald en las inmediaciones del palacio.	10,000
A Guillelmo, obispo de Lincoln por haber hablado contra el arzobispo Laud.	10,000
A Bernardo por haber predicado contra el uso de los crucifijos.	1,000
A Smart por haber predicado contra las innovaciones eclesiásticas del doctor Cosens.	500
	173,650

Esta lista está muy distante de ser completa, pues de la obra de Rushworth pueden sacarse una infinidad de multas que forman una suma inmensa.

V.

Instrucciones del rey al marques de Hamilton para la celebracion del sínodo de Glasgow en 1638.

El rey escribia á Hamilton:

En cuanto á esa asamblea general, aunque de ella no espero bien alguno, creo que nos impediréis mucho mal desde luego promoviendo debates entre los mismos congregados acerca de la legalidad de su eleccion, y despues protestando contra sus procederes irregulares y violentos.

En otra parte añadia:

Desapruebo de todo punto el dictámen de los prelados de que debiera esa asamblea prorogarse: no dejándola reunirse haré mas daño á mi reputacion del que pueden hacerle á mi servicio sus insensateces. Os mando pues que la abrais en el dia fijado; mas si como me decis podeis disolverla descubriendo nulidades en lo que hagan esto será escelente.

VI.

Planta del ejército levantado por el parlamento en 1642.

Generalísimo: Roberto Devereux, conde de Essex. Mayor general (ó como entonces se llamaba, *Sargento mayor general*) sir Juan Merrick.

General de artillería: Juan Mordaunt, conde de Peterborough.

Coroneles de los regimientos de infantería.

El conde de Essex.
El conde de Peterborough.
Enrique Grey conde de Stamford.
Guillermo Fienes, vizc. Say.
Eduardo Montague, vizconde Mandeville.
Juan Carey, vizconde Rochford.
Sir Enrique Cholmondley.
Sir Guillermo Constable.
Sir Guillermo Fairfax.
Cárlos Essex.
Olivier Saint-John, vizconde Saint-John.
Roberto Greville, lord Brook.
Juan Roberts, lord Roberts.
Felipe Wharton, lord Wharton.
Juan Hampden.
Denzil Hollis.
Sir Juan Merrick.
Tomas Grantham.
Tomas Ballard.
Guillermo Bampfield.

Coroneles de los regimientos de caballeria.

El conde de Essex.
El conde de Bedford.
El conde de Peterborough
El conde de Stamford.
El vizconde Say.
El vizconde Saint-John.
Basilio Fielding vizconde de Fieldingh.
Lord Brook.
Lord Wharton.
Guillermo Willoughby, lord Villoughbi de Parham.
Fernando Hastings, lord Hastings.
Tomas Grey, lord Grey de Grooby.
Eduardo Berry.
Sir Roberto Pye.
Sir Guillermo Wray.
Sir Juan Saunders.
Juan Alured.
Edwin Sandys.
Juan Hammond.
Tomas Hammond.
Alejandro Pym.
Antonio Mildmay.
Enrique Mildmay.
Jaime Temple.
Tomas Temple.
Arturo Evelyn.
Roberto Vivers.
Hércules Langrish.
Sir Guillermo Balfour.
Sir Guillermo Waller.
Sir Arturo Haslerig.

Sir Gualtero Earl.
Sir Faithful Fortescue.
Nataniel Fiennes.
Francisco Fiennes.
Juan Fiennes.
Olivier Cromwell.
Valentin Wanton.
Enrique Ireton.
Arturo Goodwin.
Juan Dalbier.
Adriano Scroop.
Tomas Hatcher.
Juan Hotham.
. . . . . Dimock.
Horacio Carrey.
Juan Neal.
Eduardo Ayscongh.
Jorge Thompson.
Francisco Thompson.
Eduardo Keighly.
Alejandro Douglas.
Tomas Lidcot.
Juan Fleming.
Ricardo Grenville.
Tomas Terril.
Juan Hale.
Guillermo Balfour.
Jorge Austin.
Eduardo Wingate.
Guillermo Pretty.
Guillermo Pretty.
Jaime Sheffield.
Juan Gunter.
Roberto Burrel.
Francisco Dowet.
Juan Bird.
Mateo Drapper.
Eduardo Baynton.
Cárlos Chichester.
Gualtero Long.
Edmundo West.
Guillermo Anselm.
Roberto Kirle.
Simon Rudgeley.

VII.

Acerca del motivo porque los católicos tuvieron entrada en el ejército realista.

En 23 de setiembre de 1642, esto es, en el momento de estallar la guerra civil y antes de la batalla de Edgehill, el rey escribió á Newcastle la carta siguiente:

«Newcastle; os escribo para deciros que la rebelion ha llegado á tal punto que ya no debo ocuparme de la opinion que tienen

los hombres que estan dispuestos á servirme; por lo mismo no solo os permito sino que os mando emplear á todos mis súbditos fieles, sin examinar sus conciencias, sino en órden á su lealtad hácia mi persona, y del modo que vos juzgueis mas útil al mantenimiento de los justos derechos de la corona.''

Brodie ha publicado por primera vez esta carta sacada de los manuscritos del museo británico.

VIII.

Peticion contra la paz, presentada á la cámara de los comunes en 7 de agosto de 1643 por el cuerpo municipal de la ciudad.

Los esponentes han oido decir que la cámara de los pares habia pasado hace poco á esta honorable cámara proposiciones y ofrecimientos que á ser admitidos tememos con fundado motivo que se echarian por tierra nuestra religion, nuestras leyes y nuestra libertad. Ya sabemos por esperiencia que el espíritu de todo el partido bien intencionado asi en la ciudad como en los condados inmediatos, es decir, de todos aquellos que estan dispuestos á sostener con sus personas y bienes al parlamento, se halla muy abatido, y estamos convencidos de que por la misma causa sufrirá muchas dificultades y retardos el fraternal apoyo que de Escocia esperamos no menos que el arreglo y el mantenimiento de nuestras tropas. Los esponentes lo recomiendan todo al maduro exámen de la cámara, y convencidos de que nuestra triste posicion actual proviene de que la paciencia del Omnipotente se ha cansado de los retardos que ha sufrido el justo castigo de los traidores y criminales; ya que aun tenemos una ocasion oportuna para hablar, pedimos que plazca á la cámara insistir en sus precedentes resoluciones con las cuales tanto ha contado el pueblo y por las cuales se ha comprometido la cámara misma disponiendo que se haga la debida justicia de los delincuentes y criminales aunque la empresa deba

costar la vida á los individuos de la cámara. Y pues nosotros estamos dispuestos cual nunca á poner en riesgo todo lo que tenemos y podemos tener para el feliz éxito de tan buena causa, pedimos que os plazca adoptar prontamente la ordenanza adjunta, ó cualquiera otra capaz de producir los mismos efectos, á fin de que podais ocuparos en vuestra defensa y en la nuestra, á lo cual no faltarán con la ayuda de Dios los suplicantes.

A esta peticion iba unida la minuta de una ordenanza para que se nombrara una comision dándole facultades de levantar tropas y de admitir suscripciones.

IX.

Peticion para la paz presentada á la cámara de los comunes por las mugeres de Londres en 9 de agosto de 1643.

Las infelices esponentes aunque pertenecen al sexo débil no por esto dejan de ver muy claramente la desolacion que cubrirá muy luego á todo el reino, á menos que por algun medio muy oportuno logren vuestros honores impedirlo. Vuestros honores son los médicos: con la especial y milagrosa bendicion de Dios, que nosotras humildemente imploramos, pueden volver la salud á esta nacion falleciente, y á la Irlanda vuestra hermana, cubierta tambien de sangre y muy próxima á exhalar el último suspiro.

No debemos nosotras indicar á vuestro espíritu que tiene la vista de águila cuáles son los medios que deben adoptarse para esto; nuestro único deseo es que la gloria de Dios siga resplandeciendo en la verdadera religion protestante reformada, que sean mantenidos los justos privilegios y las prerogativas del rey y del parlamento, que las verdaderas libertades y las propiedades de los súbditos sean garantizadas segun las leyes conocidas del pais, y que para alcanzar una pronta paz se eche mano de todos los medios y caminos honrosos.

Plazca pues á vuestros honores dictar alguna pronta medida á fin de que para gloria de Dios se restablezca la verdadera religion protestante reformada, y renazca con grandísimo gozo de los súbditos la prosperidad del comercio; porque estas dos cosas son el alma y el cuerpo del reino.

Y las suplicantes, juntamente con muchos millones de almas oprimidas bajo el peso de estos tiempos de miseria, rogarán por vosotros como deben hacerlo.

X.

Manifiesto justificativo de Juan Pym, publicado en noviembre de 1643.

Sábese en el mundo y particularmente en Londres y en sus cercanías con cuán terribles y ultrajantes calumnias han atacado la malicia y el furor de los desafectos y que quieren mal á la república mi reputacion y la integridad de mis intenciones para con Dios, con mi rey y con mi patria. Acúsanme unos de haber sido el motor y el defensor de todas las innovaciones violentamente introducidas en el gobierno de la iglesia anglicana; y otros cuyo odio es mas virulento y mas exagerado sostienen que soy el autor de todos los lamentables desórdenes que han ocurrido en el reino; y si bien tales calumnias perjudican mas á sus autores que á las personas contra quienes se dirigen, á lo menos cuando las juzgan personas sensatas y que saben discernir lo verdadero de lo falso; sin embargo como las injurias de que mi inocencia ha sido blanco, han llegado á noticia de las personas de todas clases, entre las cuales muchas pueden haber dado crédito á tan injuriosos rumores, aun cuando me reconozco superior á tanta ignominia, y estuviese por ello resuelto á no ocuparme de tal cosa como indigna de mí; con el objeto sin embargo de defender mi honor he decidido esplicarme á fin de que todos, á escepcion de aquellos que no quie-

ran convencerse ni con la razon ni con la verdad puedan atestiguar mi inocencia.

Pasaré en silencio el asunto del conde de Hereford, en el cual algunas personas han tenido la imprudencia de echarme en cara mucha parcialidad y mucho odio, y me esplicaré con claridad en órden á otras calumnias, en particular por lo que toca á haber promovido y fomentado las disputas que hoy son en tanto número en la iglesia de Inglaterra.

Cualquiera hombre desapasionado conocerá muy luego cuán inverosímil es esto y cuán imposible que se pruebe. Cuantas personas han estado en contacto conmigo pueden atestiguar que yo he sido, que soy y que quiero morir siendo un fiel hijo de la religion protestante; y que mi fe nunca se ha contaminado con los errores de los anabaptistas, brunistas ú otros semejantes. Estas calumnias pues han sido inventadas por algunos eclesiásticos descontentos, por sus agentes y por sus cómplices, los cuales han creido que yo fui el que mas contribuyó á restringir el altivo poder y la orgullosa ambicion de los obispos y demas prelados. Como en esta materia no he manifestado mi opinion sino con el carácter de miembro de la cámara de los comunes, esta accion está justificada para con Dios y para con mi conciencia, y puede dar motivo á que se me considere como revolucionado contra la doctrina ortodoxa de la iglesia anglicana; pero mi objeto no fue otro que procurar la reforma de ridículos abusos introducidos en el gobierno por los ardides y la perversidad de los obispos y demas sustitutos. ¿Y qué? ¿no era todavía tiempo de arreglar su poder, cuando en vez de ocuparse en la salud de las almas que es su verdadero deber imponian castigos corporales, condenaban á destierro en lugares remotos y desiertos, hacian marcar con un hierro candente el rostro de los condenados, y todo esto porque habian seguido el impulso de sus conciencias? Cuando no satisfechos con estas insolencias insoportables trataban de introducir en los cánones de la iglesia ¡cosa inaudita! ceremonias armenianas ó papistas que se diferencian muy poco, cargaban sobre las cabezas pesos que no podian soportar, é introducian la antigua supersticion de inclinar-

se delante del altar. Si el objeto de detener el acrecentamiento de estos errores de la iglesia romana es motivo suficiente para ser acusado de brunista ó anabaptista, dígalo todo protestante justo.

A pesar de lo dicho si los planes de los obispos se hubiesen limitado á eso, aun hubieran sido tolerables y su poder no se habria puesto en duda como se ha puesto; mas apenas columbraron que el honorable y alto parlamento comenzaba á fijar su atencion en sus crímenes y en sus abusos, que habia observado que daban mil vueltas á la religion para llevar adelante sus ambiciosos proyectos, allí fue Troya, entonces comenzaron á desesperar de mantener su usurpada autoridad, y en cuanto estuvo en su mano, ora con manifiesta audacia ora con consejos privados trabajaron á fin de fomentar las disensiones entre S. M. y su parlamento, moviendo á los mal intencionados con abundantes ausilios en hombres y en dinero, y escitando al pueblo con sermones sediciosos á fin de que se alzara. No creo que persona alguna pueda tacharme de ser mal ciudadano por haber dicho mi opinion y votado libremente la abolicion de tales abusos; cosa que el parlamento podia hacer como lo hizo Enrique VIII cuando suprimió los monasterios, y sus perversos habitantes, monges y frailes, pues estos tenian entonces en el reino tanto influjo como han tenido despues los obispos; y si en aquel tiempo el parlamento tuvo derecho de destruirlos, ¿por qué otro parlamento no puede hacer lo que aquel hizo? En cuanto á mí pongo por testigo á Dios todopoderoso que sondea los corazones, de que no me ha movido á ser adversario de los obispos ni la envidia ni enemistad alguna oculta contra todos en general, ni hácia ninguno de ellos en particular; y que no he llevado otro objeto que el celo por la religion y la causa de Dios, conculcados á mi entender por la autoridad demasiado lata de los prelados, que á tenor de la pureza de su institucion debieran ser humildes de espíritu y rectos de corazon, esquilando el rebaño sin desollarlo: y evidentemente hacian todo lo contrario.

Si bien algunas personas han dicho que abolir el episcopado porque hubiera algunos obispos viciosos es sacar consecuencias falsas, yo respondo que puesto que el vicio de esos prelados procedia

de la autoridad aneja á sus funciones, debian reformarse esas funciones, verdadero orígen del mal, y cortarle á su autoridad las alas que habia tomado, pues sin esto hubiera sido imposible que el mismo poder que ha hecho á los obispos de hoy tan orgullosos y arrogantes no legase los mismos vicios á sus sucesores.

Todo esto no es mas que un terron al lado de la montaña de rumores calumniosos que se ha levantado contra mí en órden á mi lealtad con respecto á S. M.; hay quien sostiene que yo soy el autor de las actuales disensiones entre el rey y el parlamento, cuando puedo poner por testigos á Dios y á las personas que saben mi conducta de que ni directa ni indirectamente tuve jamas la menor idea de desobediencia ni deslealtad hácia S. M. á quien reconozco como mi rey y soberano legítimo, y por cuyo servicio derramaria mi sangre con tanto gusto como cualquiera de sus súbditos. Es cierto que cuando he conocido que se atentaba á mi vida, cuando supe que estaba proscrito como un traidor sin mas motivo que mi adhesion á los intereses del pais, cuando he visto que yo y otros honorables y dignos miembros del parlamento, con desprecio de los privilegios de la cámara, habíamos sido reclamados al parlamento mismo por S. M. acompañado de una multitud de hombres con armas y con mala intencion, los cuales en mi concepto espontáneamente y con perversas miras habian determinado á S. M. á tratarnos con tal rigor, cuando por mas que nunca hubiese concebido una idea siquiera que pudiera ofender á S. M. ni tenido intencion mala contra el estado (como de mil maneras me lo atestigua mi conciencia) me vi en peligro manifiesto, traté de ponerme en salvo y bajo la égida del parlamento: mas no creo que esto pueda vituperárseme porque era natural que pensase en salvarme del riesgo y era regular que me acogiese al parlamento, el cual haciendo suya mi causa, no solamente me lavó á mí y á los que conmigo estaban comprometidos del crímen de alta traicion, sino que puso nuestras vidas al abrigo de la tempestad que iba á caer sobre nuestras cabezas.

Si esto dió lugar á que S. M. se alejara de su parlamento, no se me puede imputar á mí de ningun modo, ni á mi conducta, por-

que ni antes ni despues de la partida de S. M. fui mas allá de lo que permitian las leyes del pais y siempre me autorizó el poder incontestable del parlamento. Mientras que mi conciencia me diga que esto es la verdad me creeré superior á todas las calumnias y á las mentiras todas de esas gentes que caerán sobre ellas mismas, sin que puedan dañar mi reputacion en el concepto de los hombres prudentes é imparciales.

En aquella diabólica conspiracion de Catilina contra el estado y senado de Roma ningun senador hubo tan espuesto á la envidia de los conspiradores, ni tan ofendido por sus calumnias como el patriota orador Ciceron, porque á su prudencia y á su celo se debió que se descubriese y trastornase el plan fraguado para la ruina de la patria. Y si bien es cierto que no tengo el orgullo de hacer un paralelo entre aquel ciudadano y yo, sin embargo hay entre nuestras posiciones (si es dable comparar las cosas mas pequeñas á las grandes) alguna analogía. La causa porque se me ha odiado tanto y que ha ofrecido ocasion á los hombres mal intencionados para acusarme, es el haber trabajado con ardor por la reforma de los negocios públicos; esto les ha disgustado, y en su odio lo han convertido en un crímen; sin embargo considero este celo por el bien público, y lo digo sin orgullo, como mi mérito principal: y puesto que por esta causa soy víctima de tales ignominias las soportaré con paciencia, esperando que Dios por su grande misericordia, reconciliará finalmente á S. M. con su parlamento: y no dudo que entonces podré dar á S. M. mismo, aunque enojado contra mí, suficientes pruebas de mi lealtad. Entre tanto que asi lo espero no dudo que el mundo creerá que no soy yo el primer inocente á quien se ha calumniado y que suspenderá su juicio hasta tiempos mas bonancibles.

XI.

Carta del rey al príncipe Roberto, dándole órden de socorrer á York.

Ticknill 14 de julio de 1644.

Sobrino mio.

Ante todo debo felicitarme con vos por vuestros gloriosos hechos, y aseguraros que no tanto me son agradables por sí mismos como porque son obra vuestra. Sé cuánto importa no escasearos la pólvora, y asi es que he tomado todas las medidas oportunas á fin de procurárosla, enviando á buscarla á un tiempo mismo á Irlanda y á Bristol ya que no puedo sacarla de Oxford, pues el portador de esta carta os dirá la imposibilidad de hacerlo. Sin embargo si os dijese que me sobra para la que aqui se necesita vos mismo lo juzgaréis si os digo que no hay aqui mas que treinta y seis barriles. Toda la que venga de Bristol será para vos, no obstante de que en este punto nada puedo deciros como cosa segura, supuesto que Bristol está amenazada de un sitio.

Es indispensable que os haga entender el verdadero estado de mis negocios; y si esto me obliga á daros órdenes mas perentorias de lo que desearia no lo tomeis á mal. Si llegase á caer York consideraria absolutamente perdida mi corona, á menos que vos la aseguraseis en mi cabeza con una rápida marcha para reuniros conmigo y con alguna victoria de importancia en el sur, antes que se hubiese hecho sentir aqui el rechazo de las ventajas alcanzadas en el norte por las armas del parlamento. Pero si no lograreis libertar á York y batir á las tropas rebeldes de los dos reinos que estan al frente de esa plaza, entonces y solo entonces podria hallar medio, manteniéndome en la defensiva, de ganar tiempo hasta que vinieseis en mi ausilio. Os mando pues y os conjuro en nombre del deber y de la adhesion que me consta teneis á mi persona,

que renunciando á toda nueva empresa marcheis al punto, segun queriais hacerlo, con todas vuestras fuerzas á socorrer á York. Si esta plaza fuese tomada, si por sí misma hubiese hecho levantar el sitio, ó si la falta de pólvora os impidiese emprender lo que os mando, dirigios inmediatamente con vuestras tropas á Worcester, á fin de reforzarme á mí y á mi ejército. Si no haceis esto, ni lograis socorrer á York, ni batir á los escoceses, todo lo que pudierais hacer despues no me seria de provecho alguno. Debeis estar bien persuadido de que solo una necesidad estrema es capaz de obligarme á escribiros en estos términos; y por esto no dudo en las presentes circunstancias de vuestra puntual exactitud en obedecer á

Vuestro afecto tio y fiel amigo

CÁRLOS, REY.

XII.

ORDENANZA DE RENUNCIA Á SÍ MISMO, ADOPTADA EN 3 DE ABRIL DE 1641.

Los lores y los comunes congregados en parlamento han mandado que en virtud de la presente ordenanza todos y cada uno de los miembros de cada una de las cámaras del parlamento quedan y quedarán desposeidos despues de cuarenta dias de adoptada esta ordenanza de todos y cada uno de los empleos y mandos militares y civiles conferidos desde el 20 de noviembre de 1640 por una de las dichas cámaras del parlamento ó por las dos, ó por algun poder que hubiesen delegado las dos juntas ó una de ellas. Han mandado ademas que todos los otros gobernadores ó comandantes de todas las islas, ciudades ó castillos y fuertes, todos los otros coroneles y oficiales de grado inferior que sirvan en cualquiera de los ejércitos y que no sean miembros de ninguna de las dichas cámaras del parlamento, deberán en virtud de las comisiones que les

han sido conferidas, continuar desempeñando los empleos y mandos con que estan revestidos, y que obtenian en 20 de marzo de 1644, cual si no se hubiese hecho la presente ordenanza. Han mandado que el vice-almirante, el contra-almirante, y todos los demas capitanes y oficiales subalternos de la armada, deberán en virtud de las comisiones que les fueron conferidas, continuar desempeñando los destinos y mandos de que estan revestidos y que obtenian el 20 de marzo de 1644, como si la presente ordenanza no fuese hecha. Han declarado y mandado que durante la guerra los sueldos y provechos anejos á los destinos que no sean de la milicia ó de la administracion de justicia, que en adelante se confieran de cualquiera manera que sea á una ó á muchas personas, ora sea por una de las cámaras del parlamento, ora por las dos, ora por algun poder delegado por ellas, deberán ser aplicados á las necesidades públicas, segun lo hayan dispuesto las dos cámaras del parlamento, como tambien que los comisionados ó cualquiera otras personas encargadas del desempeño de tales destinos serán responsables al parlamento de todos los provechos ó beneficios casuales que de ellos les provinieren, y no sacarán de dichos destinos otro provecho que su salario regular señalado por las dos cámaras del parlamento. Con la presente ordenanza no se retira el poder ni la autoridad á ningun lugarteniente en propiedad ó delegado de los diversos condados, plazas ó ciudades, á ningun encargado de administrar justicia conciliatoria ó de diques y canales, ni á comision alguna para oir y terminar y volver la libertad á un preso. En consecuencia de esto queda declarado que aquellos miembros de la una ó de la otra cámara á quienes S. M. haya conferido empleos antes de la reunion del anterior parlamento, y que hayan sido depuestos por S. M. despues de la congregacion de dicho parlamento y que han sido despues reintegrados por la autoridad de las dos cámaras, no perderán con esta ordenanza sus empleos ni quedan privados de sus provechos, sino que continuarán gozando de ellos como hasta ahora no obstante cualquiera disposicion contraria que pudiese contener dicha ordenanza.

XIII.

Estracto de los registros del consejo celebrado en Oxford el dia 5 de diciembre de 1644.

Asistieron al consejo celebrado en Oxford en 5 de diciembre de 1644.

Su escelente Magestad el rey.

El príncipe Roberto.
El príncipe Mauricio.
El lord mayor guardasellos.
El lord tesorero.
El lord duque de Richmond.
El lord marques de Hertford.
El lord Gran Chambelan.
El conde de Southampton.
El lord Chambelan.
El conde de Berks.
El conde de Sussex.
El conde de Chichester.
Lord Digby.
Lord Seymour.
Lord Colepepper.
El secretario Nicholas.

El canciller del tribunal de rentas.

Se leyó una carta escrita por el conde de Essex á S. A. el príncipe Roberto, general de los ejércitos de S. M. concebida en estos términos:

Monseñor:

De parte de S. M. se ha remitido á los comisionados de los dos reinos últimamente reunidos en Oxford un mensage pidiendo un salvoconducto para el duque Richmond y para el conde de Southampton, sin esplicar el motivo de esta demanda. He recibido órden de las dos cámaras del parlamento para que haga saber á V. A. que si S. M. desea que los lores y los comunes reunidos en Westminster y que forman el parlamento de Inglaterra libren un salvoconducto al duque de Richmond, al conde de Southampton

y á la comitiva de ambos, como encargados de llevar á los lores y á los comunes reunidos en parlamento de Inglaterra, como tambien á los comisionados del reino de Escocia hallados hoy en Londres, una respuesta á las proposiciones elevadas á S. M. para establecer una paz sólida y segura, les será al instante concedido. No teniendo por ahora nada mas que decir á V. A.

Queda de V. A. su humilde servidor,

ESSEX.

4 de diciembre de 1644.

Examinadas y detenidamente discutidas esta carta y las espresiones que contiene, todo el consejo unánimemente decide que la peticion de un salvoconducto hecha por S. M. en los términos mencionados en la parte que acaba de leerse no supone de modo alguno el reconocimiento ni la confesion de que las dos cámaras congregadas en Westminster formen un verdadero parlamento, y que no puede perjudicar á la causa de S. M.

Acerca de lo cual S. M. declara abiertamente al consejo que pues esta es la opinion de SS. SS. consiente siguiendo este dictámen, y en el mismo concepto en que se haga la demanda. En consecuencia de esto S. M. manifiesta deseos de que S. A. el príncipe Roberto como general de S. M. dé la respuesta siguiente:

Milord:

He recibido órden de S. M. para pedir á V. S. para el duque de Richmond y para el conde de Southampton, sus criados, carruages, caballos y todo lo necesario á su viage, á fin de ir á Londres y para el tiempo de su permanencia en ella y en sus alrededores, cuando juzguen oportuno despedirse de los lores y de los comunes congregados en Westminster en parlamento de Inglaterra, un salvoconducto, con el objeto de llevar á los lores y á los comunes congregados en parlamento de Inglaterra, como tambien á los co-

misionados del parlamento de Escocia, que actualmente se hallan en Londres, la contestacion á las proposiciones elevadas á S. M. para el establecimiento de una paz sólida y segura.

Soy de V. S. su servidor.

ROBERTO.

Oxford 5 de diciembre de 1644.

En consecuencia de esto se ha enviado á Londres por medio de un corneta la carta dicha.

EDUARDO NICHOLAS.

Lo que sigue ha sido escrito de mano de sir Eduardo Nicholas.

Memorandum. Entre todos los individuos del consejo, el rey y yo fuimos los únicos que no participamos de la opinion de que fuese conveniente dar el nombre de parlamento á los que estaban congregados en Westminster. El príncipe Roberto aunque presente no votó, porque debia ser el ejecutor de lo que el consejo determinase. Pero conforme al reglamento y á la costumbre del consejo, cuando la mayoría adopta una medida ó toma una decision, todos los miembros que se hallan presentes aun cuando hayan manifestado un dictámen contrario, son considerados como comprendidos en la mayoría, y deben ser nombrados como consentidores.

EDUARDO NICHOLAS.

XIV.

Continúo aqui (dice Mr. Guizot) los documentos y despachos inéditos relativos á la intervencion de los estados generales de las provincias unidas en favor de Cárlos I. El primero de estos documentos está en frances y los otros en holandes; y los he hecho

traducir íntegra y literalmente segun las copias certificadas de los originales que M. de Jouge, archivero del reino de los Paises-Bajos ha mandado sacar para mí y me ha remitido desde la Haya.

1.º *Sumario de lo que S. A. R. el príncipe de Gales ha hecho manifestar de su parte y en presencia suya á los altos y poderosos señores los estados generales de las provincias unidas de los Paises-Bajos por el embajador del rey de la Gran Bretaña el dia 23 de enero de* 1649.

Hace mucho tiempo que S. A. R. el príncipe de Gales tenia ánimo de pedir audiencia por sí mismo á fin de agradecer la honra y las muchas pruebas de cortesanía que ha recibido de SS. SS. desde que llegó á este pais; y ahora la desea con mas ansia por un motivo que es para S. A. el mas importante que puede ofrecérsele, y del cual cree que SS. SS. recibirán un pesar muy grave. SS. SS. no pueden menos de tener noticias del grande peligro que corre la vida del rey su padre, y de que segun un tratado personal con sus dos cámaras del parlamento estaba tan adelantado el negocio de la paz, gracias á las concesiones hechas por S. M., como que las dichas cámaras han manifestado estar resueltas á proceder al establecimiento de la paz del reino; lo cual hubiera sido llevado indudablemente á cabo si el ejército no se hubiese apoderado de la persona de S. M. y puesto en la cárcel á muchos miembros del parlamento, que se manifestaron mas inclinados al dicho convenio para la paz.

Tal es el estado de aquel reino bien desdichado: el rey está tan estrechamente preso como que un gentil-hombre enviado á propósito de parte de S. A. y sin mas objeto que ver á S. M. no ha alcanzado permiso para presentársele: el parlamento está de tal manera desordenado y deshecho que no quedan mas que unas cincuenta personas de las quinientas de la cámara de los comunes, y la causa de los señores que unánimemente se han negado á concurrir á estos procedimientos, ha quedado de hecho anonadada por una declaracion de esa pequeña fraccion de los comunes, á quienes per-

tenece todo el poder soberano en aquel reino, que está sin rey y sin señores. De manera que los miembros del parlamento no se reunen, sino tan solo aquellos que convienen y se sujetan á las resoluciones de un consejo de guerra erigido para gobernar el reino, á cuyo efecto ha publicado un manifiesto que contiene el modelo de un nuevo gobierno que quiere establecerse para la ruina del parlamento y del rey, trastornando la fábrica y constitucion del reino y de todas sus leyes, y esponiendo la religion protestante á ser invadida por mas heregías y cismas de las que en tiempo alguno han infestado á la iglesia cristiana.

No contentos todavía con esta confusion se ha resuelto nombrar comisionados, y se han nombrado á fin de que instruyan un proceso contra la persona de S. M., segun las apariencias para deponerlo y quitarle la vida: lo cual S. A. no puede decir sin horrorizarse y cree que VV. SS. no podrán tampoco oirlo sin esperimentar un horror semejante.

Es ocioso que S. A. se detenga en encarecer á VV. SS. que consideren cuánto influjo pueden tener tales y tan nunca vistos procedimientos en el interes y reposo de todos los reyes, provincias y estados; cuánto ese estravagante poder que esas gentes han usurpado es capaz de afectar la tranquilidad de los paises vecinos, y hasta qué punto la religion reformada puede sufrir por acciones tan escandalosas de los que la profesan. Se contenta S. A. con haber hecho este triste relato de la condicion y miseria en que se encuentran el rey y la corona de Inglaterra, no dudando que SS. SS. se conducirán en esta materia en conformidad con la estimacion y el respeto que siempre han manifestado hácia tan buen amigo y aliado. Asi es que S. A. se promete con la mayor prontitud posible que la amistad y prudencia de VV. SS. le ayudarán con sus consejos y con otros ausilios de la manera que lo reclama la presente necesidad del rey su padre y de S. A., quienes con esto quedarán obligados para siempre á contribuir con todo su poder al mantenimiento y á los progresos del interes de la grandeza y de la ventura de VV. SS.

En seguida de esta manifestacion del príncipe de Gales (dice Guizot) los estados generales resolvieron enviar á Londres con el carácter de embajadores á los señores Alberto Joachim y Adriano de Pauw, dándoles las instrucciones siguientes.

Instrucciones para los SS. embajadores de las altas potencias, enviados á Londres en 1649.

Los señores embajadores harán presente al parlamento de Inglaterra que las consecuencias de la prision del rey serán provechosas ó nocivas al reino de Inglaterra segun la moderacion ó el rigor que desde ahora se despliegue con respecto á la persona del rey, porque todas las potencias neutrales juzgan que el infortunio que hoy sufre dimana de que fue de parecer distinto del que ha prevalecido en órden á los medios de que convenia hacer uso á fin de remediar los males que afligen al imperio de la Gran Bretaña. Como aun hay tiempo de hallar remedio para esos males se ruega al parlamento que no tolere que se eche mano de pretestos para agravar los cargos que se hacen al preso y aumentar su desgracia.

Suponiendo que el partido que al presente está humillado hubiera salido vencedor, era posible que hubiese querido juzgar con rigor las acciones de sus adversarios, y que les habria negado todos los medios de defensa; pero los estados generales estan persuadidos de que la buena fe de todos los que oirán la proposicion de los señores embajadores les hará conocer que esto no hubiera sido equitativo, y que aprobarán el axioma: *Politicum in civilibus dissensionibus, quamvis sæpe per eas status lædatur, non tamen in exitium status contenditur, proinde qui in alterutras partes descendunt hostium vice non habendi.*

Los estados generales saben que vuestras escelencias han nombrado comisionados estraordinarios á fin de examinar la situacion del rey, y esperan asi de la eleccion de VV. EE. como de la buena fe y de la sinceridad de dichos comisionados que procurarán en la causa de que se trata un fallo que pueda sujetarse al exámen del mundo entero y que merezca algun dia la aprobacion del juez su-

premo, ante quien serán responsables. Todos los hombres de bien esperan que en un negocio de tanta importancia se procederá de un modo prudente y cristiano.

La esperiencia de todos los siglos ha demostrado que en los gobiernos se introduce fácilmente la desconfianza, que esta es un poderoso aguijon en aquellos que se componen de diferentes cuerpos, y que no caben la vergüenza y el deshonor cuando se trata de salvar á un estado, pues esto hace legítimas y loables todas las inquietudes. Sin embargo nada mas arriesgado que abandonarse á ilimitadas sospechas que á todo dan malas interpretaciones.

Si VV. EE. creian que amenazaba al reino de Inglaterra alguna desgracia, con solo impedirla han logrado su objeto. Nadie ignora que hasta á los mas sabios gobernantes les acontece mezclar en los negocios públicos alguna cosa de sus sentimientos particulares; y que no fallar jamas en el manejo de los negocios arduos es una perfeccion superior á la naturaleza humana, y cuya falta tiene muy fácil escusa.

Esto es lo que los estados generales ruegan á VV. EE. que tengan en consideracion, seguros de que lo harán guiados por la mas sabia prudencia. A pesar de la desconfianza que VV. EE. han concebido por un alto personage, deben tener en cuenta su largo encierro (que en sí mismo es ya un gran castigo segun las leyes ordinarias) y los grandes y notables servicios hechos al reino de Inglaterra por él y por sus predecesores, reyes y reinas. VV. EE. tendrán compasion de él y cuidarán, *Ut eximatur periculo qui est inter vos celebri fama ne ipsis opprobrio multi magis ac magis alienentur*.

Importa mucho al bienestar de Inglaterra que VV. EE. procedan en consecuencia de esto y sigan el parecer de aquel romano que para asegurar mejor las medidas del consulado de Pompeyo aconsejaba que nada se anulase de cuanto se hizo en los anteriores gobiernos, y que solo se tuviese mucha cautela para lo venidero. Con mucha exactitud puede aplicarse á las circunstancias actuales la escelente precaucion que se tomaba para que no fuese derribada la estatua propia, que era impedir que se derribase la del enemigo.

sin embargo de que hubiese quedado completamente vencido. De esta suerte rogamos á VV. EE. que procedan en un negocio de tamaña importancia, que puede ser orígen de grandes trastornos, y que hagan manifiesta su bondad hácia un alto personage librándolo de la vergüenza y de la ignominia, porque no es un medio para ganarse á los hombres permitir que sean deshonrados. Por tanto se ruega al parlamento que ponga en libertad al rey.

Los señores embajadores deben asimismo y segun las circunstancias hacer estas consideraciones *mutatis mutandis* al señor general Fairfax y al consejo del ejército, añadiendo que su relevante mérito les ha dado grandísima autoridad en el reino de Inglaterra y que estas cosas dependen principalmente de ellos y tomarán el giro que á ellos plazca. Por lo cual los estados generales recomiendan este negocio á su mucha sabiduría, á fin de que no solamente sean un escudo y una cuchilla en tiempo de guerra para la Gran Bretaña, que funda en ellos toda su esperanza, sino tambien un socorro para el rey en su desgraciada situacion, todo lo cual pueden hacerlo encaminando las discusiones públicas hácia un fin bueno y moderado, del cual el reino sacará gran provecho y ellos una gloria inmortal. Por medio de su magnanimidad harán derramar lágrimas de gozo á la mayoría de sus conciudadanos que en este momento estan muy próximos á llorar de dolor.

En la antigüedad se ha dicho que los siracusanos no eran mas que el cuerpo y los miembros y que Arquimedes era el alma que daba movimiento á todo: lo mismo puede decirse ahora y con mucha mas razon del reino de Inglaterra y de S. E. y del consejo del ejército: ese cuerpo y esos miembros no seguirán en el presente negocio otra direccion sino la que S. E. y el consejo del ejército les inspiren segun sus sabias reflexiones. Al paso que con esto harán resplandecer con nueva gloria y grandeza sus propias y eminentes calidades, derramarán sobre todos los habitantes del reino los bienes que de ello nazcan. Los señores embajadores añadirán ademas que ha habido tambien un grande capitan, sabio hombre de estado que se gloriaba de que nunca habia hecho derramar una lágrima á persona alguna de su pais, y que consideraba como el

mas dulce fruto de sus victorias poder saludar diariamente á todos sus conciudadanos segun el proverbio: La clemencia hace amar y respetar á todos los que usan de ella, y la severidad lejos de remover los obstáculos y las dificultades los hace mayores casi siempre y los multiplica.

Los médicos prudentes temen emplear remedios muy fuertes porque estos muchas veces arrojan del cuerpo la enfermedad y juntamente la vida, y prefieren echar mano para mayor seguridad de medios lenitivos.

Si S. E. y el consejo del ejército obran de esta manera los corazones de los súbditos bien intencionados de Inglaterra se unirán entre sí con una amistad recíproca, mejor y mas poderosa para asegurar un estado que las mas grandes cadenas de hierro.

Los estados generales creen que el reino de Inglaterra será invencible si S. E. y el consejo del ejército quieren edificar sobre bases tan equitativas para con el mundo y tan agradables á Dios, las cuales ademas son muy conformes con el carácter de la nacion inglesa y con la situacion de los negocios.

Los estados generales ruegan á S. E. y al consejo del ejército que quieran abrazar y poner en práctica dichos medios, á fin de que el rey salga de su prision y recobre la libertad.

Primera comunicacion de los SS. embajadores estraordinarios en Inglaterra á los estados generales.

Altos y Poderosos Señores.

Llegamos aqui el dia 5 del corriente y por la noche fuimos recibidos por el maestro de ceremonias del parlamento, y al punto solicitamos é insistimos para alcanzar una audiencia al dia siguiente: despues de lo cual muy tarde de la noche redactamos nuestra

primera comunicacion (1). En la mañana del 6 hicimos pedir por nuestros secretarios y por el maestro de ceremonias del parlamento una audiencia á las dos cámaras del parlamento. En contestacion el presidente de la alta nos participó que dicha cámara estaba prorogada hasta el lunes, y el de la otra nos hizo decir que á pesar de algunos obstáculos presentaria nuestra demanda procurando asi bien que tuviese un éxito favorable. Pasado el medio dia dicho presidente nos notició por conducto de nuestros secretarios que se quedaron aguardando la respuesta, que en aquella mañana la cámara no habia podido celebrar sesion, porque todos los jueces que forman parte de la asamblea habian tenido que asistir al supremo tribunal de justicia, y que por este motivo la cámara baja se habia visto obligada á prorogarse igualmente hasta el lunes inmediato. Sabedores muy luego de que en el mismo dia dicho tribunal de justicia habia pronunciado la sentencia de muerte del rey en presencia del rey mismo, el domingo 7 del corriente, aunque este dia escluye aqui toda ocupacion que no sea relativa al culto, pudimos alcanzar para la misma mañana, gracias á mil gestiones, primero una audiencia particular del presidente de la cámara de los comunes, despues otra del de la cámara alta, y finalmente al medio dia aunque con mucho trabajo fuimos recibidos por el general Fairfax y por el lugarteniente general Cromwell y los primeros oficiales del ejército que entonces se hallaban reunidos en el alojamiento del general. Hicimos todas las reflexiones imaginables á dichos presidentes, al general, y al lugarteniente general, asi en particular como á todos juntos; apoyamos nuestras solicitudes con las mas poderosas razones, á fin de alcanzar un plazo para la ejecucion del rey (que se supone fijada para el lunes) hasta que nos hubiese oido el parlamento; pero no alcanzamos otra cosa que respuestas muy varias, dictadas por la disposicion de ánimo ó por el humor de cada una de dichas personas.

El lunes 8 muy de mañana enviamos de nuevo á las casas de-

(1) No se continúa porque carece de interes histórico.

los presidentes de ambas cámaras para empeñarlos á fin de que nos alcanzasen una audiencia, y despues de haber hecho esperar en Westminster á nuestros secretarios y al maestro de ceremonias hasta el medio dia, vinieron á decirnos de repente y sin darnos medio cuarto de hora de tiempo, que las dos cámaras nos recibirian antes de ir á comer, y que á las dos habíamos de trasladarnos á la de los lores y á las tres á la de los comunes. Nos conformamos con esto y fuimos á la cámara alta en donde habia muy pocos pares, y luego á la de los comunes que no constaba aun de ochenta diputados. Despues de esponer de viva voz y de entregar por escrito lo mas esencial de nuestras instrucciones insistiendo particularmente en que se suspendiese la ejecucion del rey hasta que en otra audiencia ó en conferencias particulares hubiésemos podido esplanar los poderosos motivos que militaban para conservarle la vida, ó al menos para que no se procediese con precipitacion á ejecutar la sentencia de muerte, nos contestaron los dos presidentes que nuestras proposiciones eran admitidas á discusion.

Los miembros de la cámara alta votaron que inmediatamente las dos cámaras celebraran conferencias acerca de este asunto; pero como el dia estaba ya adelantado y los miembros de los comunes inmediatamente despues de nuestra audiencia se levantaban para retirarse aun antes que hubiésemos salido de la pieza á donde nos condujeron, hicimos traducir en ingles con la mayor prontitud nuestra proposicion, y de nuestra parte fue entregada en manos propias de los dos presidentes.

Como al pasar ayer por delante de Whitehall viésemos hacer preparativos que segun decian eran para la ejecucion, y habiendo en la misma mañana conferenciado mucho tiempo con los señores comisionados de la corona de Escocia (para conservar si fuese posible la vida del rey); y continuando siempre en pedir al parlamento por medio de nuestros secretarios ó una respuesta ú otra audiencia, procuramos por la mediacion de los señores comisionados escoceses hablar otra vez al general, á quien hácia medio dia hallamos en casa de un secretario en Whitehall. Al fin conmovieron al general nuestras vivas é interesadísimas instancias, y dijo

que al punto iria á Westminster para recomendar al parlamento la respuesta y la dilacion que nosotros solicitábamos, y que á fin de conseguirlo mejor llevaria consigo á alguno de los mas notables oficiales.

Mas delante de la casa en que habíamos hablado con el general hemos encontrado sobre unos doscientos caballos y sabido por el camino y al entrar en la nuestra, que todas las calles, las avenidas y las plazas de Londres estaban ocupadas por tropa, sin que fuese dable pasar, y que el centro de la ciudad estaba cuajado de caballería, de modo que era imposible entrar ni salir. Por lo mismo ni sabíamos ni podíamos hacer cosa alguna. Ya dos dias antes, asi anteriormente á nuestra audiencia como despues de ella, algunas personas dignas de crédito nos habian constantemente asegurado que ningun medio ni intercesion en el mundo era capaz de evitar la catástrofe resuelta, y que solo Dios podia hacerlo, lo cual con no poco sentimiento nos habian dicho tambien los señores comisionados de Escocia. Asi lo han justificado los hechos, pues entre las dos y las tres del mismo dia el rey ha sido llevado á un cadalso cubierto de paño negro y levantado delante de Whitehall. S. M. asistido por el obispo de Londres que segun dicen á las seis de la mañana le ha dado la comunion, despues de decir algunas palabras se ha quitado la jarretera, la capa y el jubon, y ha mostrado mucha serenidad y firmeza en todo lo que ha hecho. Habiéndose colocado él mismo en el lugar fatal le han cortado la cabeza que el verdugo ha enseñado á la multitud reunida.

Hé aqui lo que con muchísimo pesar y quebranto nos vemos precisados á noticiar á VV. AA. y PP. SS. y decimos que hemos hecho todas las diligencias y medios posibles sin descanso y con todo nuestro poder para cumplir con la comision de VV. AA. y PP SS. procurando impedir que se ejecutara la sentencia. Sin embargo como en este pais las noticias se cuentan de mil maneras y segun el humor de cada uno, y se interpretan muchas veces al reves, y las desfiguran ó exageran sobre todo en estos momentos en que los ánimos estan agitados; rogamos á VV. AA. y PP. SS. que en el caso de recibir algun relato contrario ó mas alarmante que el pre-

sente no le den fe, y que nos crean á nosotros que hemos venido aqui con riesgo de nuestras vidas, y no hemos olvidado ninguno de los deberes cuyo cumplimiento nos estaba encomendado.

No nos atrevemos á referir á VV. AA. y PP. SS. otros pormenores que nos cuentan confidencial y públicamente, porque es muy difícil que pasen las cartas puesto que estan cerrados todos los puertos de mar. Añadirémos únicamente que segun se dice el rey estando en el cadalso ha encomendado que se consolide la religion, tomando consejo de los teólogos católicos romanos y que se respeten los derechos del príncipe su hijo, añadiendo que en su conciencia se creia inocente de la sangre que se ha derramado á escepcion de la del conde de Strafford. Al momento que el rey ha fallecido su muerte se ha hecho pública por toda la ciudad á son de trompeta.

Quedamos rogando al Todopoderoso que conceda largas prosperidades á VV. AA. y PP. SS. y á S. A. y P. gobierno.

Alberto Joachim.

Londres 9 de febrero de 1649.

Segundo parte.

Altos y Poderosos Señores.

En nuestra primera comunicacion de 9 de este mes informamos detenidamente á VV. AA. y PP. SS. de todos los pasos que habíamos hecho cerca de los principales funcionarios y personages de este pais, como tambien de las solicitudes que les habíamos dirigido y de las proposiciones que públicamente y por escrito transmitimos á las dos cámaras del parlamento (de todo lo cual acompañamos copia, que no pudimos incluir en la comunicacion anterior porque la remitimos por un conducto imprevisto) proposiciones

que no fueron contestadas, como tampoco nuestra peticion de segunda audiencia, y despues de las cuales acaeció la ejecucion inmediata de la persona del rey, y la prohibicion sin esceptuar personas de arrogarse autoridad alguna en nombre del poder monárquico, de reconocer y favorecer el gobierno del príncipe de Gales ó de cualquiera otro pretendiente á la corona.

Ya antes de este acontecimiento sospechamos y despues se han realizado nuestros temores, que las autoridades de aqui hubiesen resuelto abolir enteramente el gobierno monárquico y establecer uno de naturaleza del todo diferente; puesto que aqui se dice en público que los descendientes del rey difunto serán sin ninguna escepcion escluidos para siempre de toda soberanía en este pais, sin que á pesar de esto pueda entreverse qué especie de gobierno reemplazará al que acaba de ser abolido.

En este instante sabemos tambien que el parlamento ha elegido comisionados á fin de que inmediatamente se trasladen á Escocia en donde presume y anuncia que podrá dirigir los negocios segun el sistema adoptado en Inglaterra. Dícese tambien asi en público como reservadamente que los señores de la cámara alta se muestran disgustados de la ejecucion del rey, y que no estan de acuerdo con la cámara de los comunes acerca de los cambios que van á verificarse en el gobierno; y por otro lado se cree que la Escocia quiere permanecer fiel al gobierno monárquico y á sus antiguas instituciones. Es difícil prever cuál será el éxito de todas estas combinaciones y cambios en los dos paises: y aunque la tranquilidad pública no se ha turbado en manera alguna dentro de la capital, gracias á la esquisita vigilancia de las muchas tropas apostadas, no sabemos cuál es con respecto á esto la situacion de las provincias.

Ayer recibimos una visita del señor lugarteniente general Cromwell, quien nos habló con grandísimo respeto del gobierno de VV. AA. y PP. SS. y entre otros puntos tocóse el de religion, dándonos á entender que con el concurso de VV. AA. y PP. SS. seria posible y necesario restablecerla aqui siguiendo un sistema mejor y dándole mejor organizacion.

El señor conde de Denbigh que igualmente vino á visitarnos

ayer, habló con detencion acerca de diversos puntos relativos al gobierno pasado y al venidero: de lo que dedujimos que todavía hay muchos negocios que arreglar y que las medidas que aqui se trata de tomar no ofrecen ninguna conjetura probable acerca de lo que se hará ni de sus resultados. Como el aciago suceso de la ejecucion del rey pone término á las negociaciones que eran objeto de nuestra embajada estraordinaria, harémos todo lo posible á fin de que los intereses de nuestra nacion sufran por ello lo menos que sea dable, y continúen tratándose segun lo reclama el bien de VV. AA. y PP. SS. y á su entera satisfaccion.

Terminadas las funciones del supremo tribunal de justicia acaban de instalarse otros tribunales estraordinarios para juzgar á los pares y á otros ilustres presos de estado, como el duque de Hamilton, el conde de Holland, milord Goring y otros. Los de rango inferior serán juzgados por tribunales ordinarios y los prisioneros de guerra por una comision militar.

Entre los negocios que hoy ocupan al parlamento trátase de que nuestros conciudadanos gocen aqui de todos los derechos de navegacion, comercio, fabricacion, oficios y espendicion que disfrutan los ingleses. Como no nos era esto desconocido se nos ha dado á entender que habia disposicion para hacernos con respecto á esto proposiciones mas estensas y minuciosas. Con esto creemos dar á VV. AA. y PP. SS. una prueba evidente de que aqui se ocupan de todo lo que sale del órden comun de los negocios.

Entre tanto rogamos al Todopoderoso que continúe haciendo próspero el gobierno de VV. AA. y PP. SS.

ALBERTO JOACHIM, Y A. PAUW.

Londres 12 de febrero de 1649.

TERCERA COMUNICACION.

Altos y Poderosos Señores.

Despues de la sangrienta catástrofe que puso fin á la vida del rey, de cuyo suceso dimos cuenta en nuestros partes del 9 y del 12 del corriente, nos decidimos á mantenernos encerrados en casa segun lo practican otros embajadores, y los señores comisionados escoceses. Mas como estos y el embajador de Francia nos hicieron una visita antes de ese acontecimiento, y el señor embajador de España lo verificó antes y despues del mismo, no hemos podido menos de corresponder á la cortesanía de los primeros y de recibir la visita del último. Al cumplir con estos deberes el dia 13 notamos que los dichos escelentísimos señores estaban profundamente afectados por aquel estraordinario acaecimiento; aunque el señor embajador de Francia nos habia enterado ya anticipadamente de las positivas noticias que tenia de cuanto habia de sobrevenir.

El señor embajador de España D. Alfonso de Cárdenas, nos dijo que al dia siguiente de aquella ejecucion habia recibido órden de su amo de intervenir en los negocios de este pais; mas en la actualidad asi él como el de Francia son de parecer que habiendo cesado por la inopinada muerte del rey de Inglaterra su carácter y sus funciones diplomáticas, no podrán obrar como tales embajadores, ni mezclarse en cosa alguna hasta que reciban nuevas órdenes de sus cortes. Los señores comisionados escoceses han enviado dos comunicaciones sucesivas á sus comitentes, es decir, al parlamento de Escocia congregado en la actualidad; y esperan que por toda esta semana recibirán contestacion á la primera, sin hacer cosa alguna hasta que esten debidamente autorizados.

Segun la opinion general el gobierno sufrirá un cambio completo, se abolirá la casa real, y se planteará otra forma de gobierno para lo cual servirán de pauta la república de Venecia, de las Provincias-Unidas, ó cualquiera otro gobierno republicano. Efectivamente tenemos noticias de que va á instalarse una comision de

nueve individuos de la cámara de los pares y diez y ocho de los comunes á fin de redactar de comun acuerdo las bases de una nueva constitucion. El dia 13 de este mes era el fijado para reunirse en tribunal de justicia en Westminster-hall los jueces reales; pero se nos acaba de decir que no se ha hecho porque los señores jueces han manifestado que no eran bastante autorizados para esto, porque su encargo ha terminado con la muerte del rey, y no pueden resolverse á admitir con tanta prontitud su nueva eleccion hecha por la cámara sin cambiar la forma con que encabezaban sus procedimientos, y otras formalidades necesarias, como son las adoptadas por el parlamento en 29 de enero de 1648 y que en 9 del corriente remitimos á VV. AA. y PP. SS. Hasta ahora estamos en la mas completa incertidumbre acerca del resultado de los sucesos, que por la divergencia de opiniones y por cosas que no es dable prever, pueden todavía esperimentar muchas vicisitudes que hoy no es capaz de calcular persona alguna. Nos limitamos pues á decir á VV. AA. y PP. SS. que hasta ahora no se ha turbado la tranquilidad pública, y á rogar á VV. AA. y PP. SS. que no den á nuestras noticias otro valor del que merecen nuestros esfuerzos para deslindar la verdad en medio de la confusion y contrariedad de noticias verdaderas ó falsas que de todas partes recibimos, y que no nos permiten sino informar confidencialmente de lo que podemos recoger con el celo que nos mueve por el servicio de VV. AA. y PP. SS.

Continuamos rogando al Todopoderoso que quiera mantener en perpetua prosperidad el gobierno de Vuestras Altas Potencias.

Adriano pauw. = Alberto joachim.

Londres 15 de febrero de 1649.

Cuarta comunicacion.

Altos y Poderosos Señores.

Como las noticias contenidas en nuestro último parte nos parecian de bastante importancia, procuramos remitirlas por un conducto pronto y seguro; mas como desde entonces el viento ha sido muy contrario tememos que no habrán llegado á su destino con la celeridad que esperábamos. Desde entonces hemos sido testigos de acontecimientos mucho mas interesantes. En 16 del corriente la cámara de los comunes á pesar de los deseos y de la esperanza de la comision de las dos cámaras que pedian consultarla acerca de todas las medidas que meditasen; decretó que desde aquel momento cesaban las funciones de la cámara de los pares, y que no será consultada ni considerada como cuerpo deliberativo ni formando autoridad en cosa alguna de las que conciernan á los negocios del reino: de manera que á pesar de que los lores y los príncipes conservan sus títulos, su carácter, y su aptitud para obtener cualquiera dignidad, en adelante no habrá en el parlamento de Inglaterra mas que la sola y única cámara de los comunes, y los pares no serán admitidos en ella sino como simples diputados elegidos por las provincias. Por un decreto del dia 17 la cámara de los comunes abolió para siempre la dignidad real en Inglaterra; y sabemos ademas que el parlamento reducido á la sola cámara de los comunes se reunirá una vez cada dos años por un tiempo limitado, y que el poder ejecutivo permanente será confiado á un consejo de treinta ó cuarenta personas, entre las cuales podrá haber hasta doce pares. Este consejo representará el poder soberano del reino, mientras no esté congregado el parlamento. Esta última medida no está sin embargo resuelta definitivamente como las dos anteriores. La cámara de los comunes se va completando con el regreso á ella de muchos individuos que vuelven á ocupar sus asientos firmando una acta en la cual declaran que renuncian á las opiniones que les

hicieron estar en oposicion con sus colegas. Dícese tambien que desde luego se procederá á la eleccion de nuevos jueces para el tribunal supremo, y de jueces de paz para los tribunales inferiores.

El señor conde de Denbigh presidente de la cámara alta vino á visitarnos el dia 18 para referirnos el modo como se habia verificado la disolucion y abolicion de esta asamblea, y á cumplir con las últimas órdenes que de la misma habia recibido, transmitiéndonos la contestacion de la cámara á nuestras proposiciones. Despues de habérnosla leido nos entregó la copia que incluimos, y guardó el original para que le sirva de descargo, añadiéndonos que era al mismo tiempo el acta final de las deliberaciones de la cámara alta, la cual no quiso disolverse sin haber antes dado un testimonio de respeto á VV. AA. y PP. SS.

La cámara de los comunes nos ha hecho preguntar tambien por el maestro de ceremonias cuándo nos seria dable presentarnos en ella á fin de recibir la respuesta á nuestras proposiciones, á lo cual dijimos que estábamos prontos á verificarlo siempre que la cámara nos indicase el momento en que quisiera darnos audiencia.

Desde el infortunio del rey no insistíamos para alcanzar respuesta, y aunque no habíamos oido hablar mas de este negocio acabamos de saber que se ha publicado en la gaceta una fórmula de esta contestacion, sin que se nos haya comunicado oficialmente. Ya se habia hecho cundir el rumor y aun impreso en los periódicos que nosotros habíamos pedido que no se publicasen nuestras proposiciones; sin embargo nada hay menos cierto, pues no nos ocupamos absolutamente de semejante cosa, y sin tocar una sola palabra de nuestro escrito lo dejamos á la entera discrecion de las dos cámaras, á cada una de las cuales fueron entregadas por escrito nuestras proposiciones con el necesario encabezamiento. Ademas hemos notado que la réplica que hicimos á la respuesta del presidente de la cámara de los comunes al entregarle las proposiciones no ha sido fielmente insertada en la gaceta; y hasta ahora no hemos podido saber si estas cosas se publican con conocimiento de las autoridades superiores, ó sin este requisito.

El dia 16 salieron de aqui para Bristol algunas compañías de in-

fantería y caballería, y cunde la voz de que en dicha ciudad y en Glocester se ha manifestado algun descontento contra la cámara. Sin embargo tanto aqui como en las inmediaciones reina la mayor tranquilidad.

Como el dia de hoy era el fijado para que compareciesen ante el tribunal superior nuevamente instalado en Westminster-hall los lores acusados, á saber Hamilton, Holland, Goring, Capel y sir Juan Owen, todos ellos á escepcion del conde de Holland que está enfermo se han presentado ante dicho tribunal, y despues de haber oido uno tras otro los cargos que se les hacian, y de haber espuesto sus medios de defensa, han sido llevados otra vez á su prision para aguardar el dia en que tengan que comparecer de nuevo segun lo reclame el procedimiento.

Acabamos nuestra comunicacion rogando á la divina providencia que vele por la prosperidad del gobierno de VV. AA. y PP. SS.

ADRIANO PAUW. — ALBERTO JOACHIM.

QUINTA COMUNICACION.

Altos y Poderosos Señores.

Los comisionados del reino de Escocia han recibido despachos de su parlamento y nos han dado conocimiento de ellos, poniendo en nuestras manos la proclamacion, el decreto y la carta cuyas copias acompañamos. VV. AA. y PP. SS. verán por su contenido que el parlamento de Escocia acaba de proclamar al príncipe de Gales rey de la Gran Bretaña, de Francia y de Irlanda. Ademas nos han dado conocimiento dichos SS. comisionados de que desde Escocia ha salido al punto un gentil-hombre á fin de participar todo esto á las cortes estrangeras: que la proclamacion se habia verificado en todas partes, y que al momento iba á salir un comisionado con estensas instrucciones para que se traslade cerca del

monarca. Corre la voz de que esto ha disgustado mucho al parlamento, sobre todo porque no se han contentado con proclamar al príncipe rey de Escocia solamente, sino que le han añadido los títulos de rey de la Gran Bretaña y de Irlanda. Continuan en secreto las levas de gente y su marcha hácia Escocia y otros puntos, lo que da lugar á presumir que en las últimas acciones se han sufrido pérdidas considerables. En la capital continua gozándose suma tranquilidad sin que haya ninguna apariencia de que se turbe. Complétanse las tripulaciones de los buques de guerra y no seria de estrañar que dentro de muy poco tiempo hubiese cerca de treinta navíos perfectamente equipados y dispuestos á hacerse á la mar. Dícese que el plan es que lleguen hasta setenta, y se añade que el mando y la superintendencia de esta escuadra se confiere á tres comisionados del parlamento, sin que se haga mencion del señor conde de Warwick. El lunes pasado 22 de este mes vino el maestro de ceremonias á decirnos que el miércoles ó el jueves siguiente se nos invitaria á ir al parlamento á fin de recibir la contestacion á nuestras proposiciones. El miércoles nos hizo saber que la audiencia tendria lugar el jueves por la noche, y en efecto en ese dia se nos vino á buscar con toda ceremonia para conducirnos con los coches de estilo á Westminster-hall. Introducidos al momento en la cámara de los comunes ocupamos los asientos destinados para nosotros, y despues que el presidente nos leyó la respuesta de la cámara nos fue entregada una copia. Contestamos en pocas palabras que la transmitiríamos personalmente á nuestro gobierno cerca del cual pensábamos volver muy luego, y que aprovechábamos aquella oportunidad para despedirnos del parlamento en calidad de embajadores estraordinarios. La cámara en dicho dia estaba compuesta de mayor número de individuos que en nuestra primera audiencia, ya por haber vuelto muchos diputados ausentes ya por el nuevo ingreso de varios miembros disidentes que se van presentando á ocupar sus asientos por medio de la abnegacion de que dimos conocimiento en nuestro parte anterior. La nueva cámara se ha dedicado desde luego á nombrar un gran número de diputados, despues de lo cual eligió treinta y ocho miembros de que se compondrá el

consejo de estado del reino, y cuyos nombres leerán VV. AA. y PP. SS. en la adjunta gaceta. En la última semana han celebrado tribunal los jueces del reino y tenido las acostumbradas sesiones.

En la víspera de nuestra audiencia y por lo mismo despues que se nos habia fijado dia para ella, recibimos las cartas de VV. AA. y PP. SS. de 22 del corriente, y como ya nos ocupábamos en los preparativos de nuestra marcha, la verificarémos lo mas pronto que nos sea dable, pues deseamos estar cuanto antes cerca de VV. AA. y PP. SS. para comunicarles la contestacion que hemos recibido, y dar cuenta verbal y minuciosa de nuestra mision, durante la cual y despues de ella ha habido una multitud de incidentes y circunstancias que en el precario estado de los negocios no juzgamos conveniente fiar al papel. Como los vientos constantemente contrarios y los hielos obstruyen la navegacion del Támesis no podemos fijar el dia de nuestra salida; pero aprovecharémos la primera coyuntura favorable para verificar la vuelta ó bien en derechura ó por la via de Douvres á Calais, á pesar de las poquísimas comodidades que segun nos dicen ofrece esta ruta.

Los prisioneros de estado, á saber, el duque de Hamilton, lord Goring, lord Capel, y sir Juan Owen han comparecido ya varias veces ante el supremo tribunal de justicia. El primero ha interpuesto una declinatoria de fuero, pero ha sido rechazada y se le ha mandado que preparase su defensa, eligiéndole defensores de oficio; los otros tres se han circunscrito á sus medios de defensa, sobre todo lord Capel, contra el cual por lo que respecta al hecho de la capitulacion y del cuartel que concedia, han sido oidos como testigos el señor general Fairfax y el comisario general Ireton, los cuales han comparecido personalmente ante el tribunal. Todas estas circunstancias hacen temer por la suerte de estos nobles personages y se los considera en inminente peligro.

Creemos del caso decir á VV. AA. y PP. SS. que este es el sexto parte que hemos dirigido: de los cuales los dos precedentes son del 15 y del 19 de este mes, pues los retardos que á causa de los vientos contrarios y de las heladas sufren los envíos de acá nos

hacen temer con razon que quizás no todos habrán llegado á manos de VV. AA. y PP. SS.

Acabamos invocando la proteccion de la Divina Providencia para que dé prosperidad al gobierno de VV. AA. y PP. SS.

ADRIANO PAUW. = ALBERTO JOACHIM.

Londres 26 de febrero de 1649.

FIN.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

FIN DEL ÍNDICE.

ERRATAS DEL TOMO SEGUNDO.

Páginas.	Líneas.	Dice.	Léase.
5	9	el trono al	al trono el
14	26	tenia	tenian
17	12	debian	debia
35	13	primero,	primera,
40	2	otra	otro
46	19	una	un
id.	23	arzobispo de	arzobispo
id.	25	misma	mismo
49	31	duda las	duda los
61	3	toda	todo
118	19	mismo	mismos.
126	6	esperazas.	esperanzas.
171	30	le	les
257	24	le	les
277	15	meseses.	meses.
315	32	conozeo	conozco
336	15	de esta	de este
365	13	Everard, decia	Everard decia,
383	16	entarian	entrarian
430	17	hubieran	hubieron
442	34	útiles	inútiles
482	15	causó	cansó
492	16	entoncer	entonces
501	6	no le	no les
510	28	distribuidos	distribuidas
520	24	1775	1715
528	14	cajas	casas
579	11	posicion	posesion

Señalamiento del lugar en que deben colocarse las láminas del tomo segundo.

